VICTOR DURUY



HISTORIA DE GRECIA

TOMO SEGUNDO

HISTORIA DE GRECIA

POR

VICTOR DURUY,

TRADUCIDA DE LA SEGUNDA EDICION FRANCESA

POR ROBERTO ROBERT.

TOMO SEGUNDO.

MADRID
LIBRERÍA DE SAN MARTIN
calle de la Victoria, 9.

BARCELONA
LIBRERÍA DEL PLUS ULTRA
Rambla del Centro, 15.

1859.



Imprenta de **LUIS TASSO**, en Barcelona.
calle Guardia, 15.

HISTORIA
DE GRECIA.

TOMO SEGUNDO.

PERÍODO QUINTO.

LUCHA ENTRE ESPARTA Y ATENAS (431-404).--DECADENCIA DEL ESPÍRITU PÚBLICO.

CAPÍTULO XIV.

La guerra del Peloponeso hasta la expedicion de Sicilia (1).

LIGA DEL PELOPONESO; INFLUENCIA DE LA PERSIA.—SUCESOS DE CORCIRA (436), POTIDEA Y MEGARA (432).—SORPRESA DE PLATEA (431); FUERZAS DE LOS DOS PARTIDOS.—PRIMERA INVASION DEL ÁTICA (431); PANEGÍRICO DE LOS MUERTOS.—PESTE DE ATENAS; TOMA DE POTIDEA POR LOS ATENIENSES (430).—SITIO DE PLATEA; TRIUNFOS MARÍTIMOS DE ATENAS (430—429).—MUERTE DE PERICLES (429).—SUCESOS DE MITILENE.—TOMA DE PLATEA (427).—CRUELDADES EN CORCIRA (427—425).—OCUPACION DE PILOSA Y ESPECTERIA (425); PAZ DE NICIAS (421).—ALCÍBIADES.—ALIANZA ENTRE ATENAS Y ARGOS (420).—BATALLA DE MANTINEA (418).—SUCESOS DE MELOS (416).

Liga del Peloponeso; influencia de la Persia.

Una vez abolida la soberanía real en todos los estados de la Grecia, menos en Esparta, fué reemplazada pór la oligarquía; pe-

(1) Para este capítulo y el siguiente véanse: Tucídides; Jenofonte: *Helénicos*; Plutarco: *Vidas de Pericles, Nicias, Alcíbiades y Lisandro*: Cornelio Nepote: *Vidas de Alcíbiades, Lisandro, Conon y Trasíbulo*; Kruger: *Leben der Thucid.*

ro tambien esta despues tuvo que ir haciendo concesiones de dia en dia, y siempre mas extensas, al espíritu democrático. No obstante, el movimiento no habia sido igual en todas partes: ciudades habia muy adelantadas, otras estaban en notable atraso. Ocupaban los dos extremos Atenas y Esparta, las dos representantes de la raza y el espíritu griego; aquella en plena democracia, esta irremisiblemente atada á la aristocracia. Entre estos dos extremos cabian muchos grados. Pero cuanto mas se acercaba una ciudad cualquiera al uno ó al otro, mas se inclinaba á unirse con la que por su espíritu era mas conveniente á su constitucion. De ahí nació un pique entre las dos rivales para aumentar su influencia, que acabó por armar una contra otra las dos mitades del mundo griego.

Mientras que Atenas se rodeaba de los isleños y de la mayor parte de las ciudades marítimas, esta conservaba en su alianza los pueblos del continente. Delante del imperio ateniense estaba la liga del Peloponeso. Pertenecíala en propiedad mas de la tercera parte de la península, y como en el resto solo habia ciudades pequeñas, no veia ninguna rival en torno suyo; todas excepto Argos, aceptaban su supremacía. En su propio suelo, su dominacion pesaba sin piedad sobre los ilotas y los mesenios; su vida, contrastando con la fecunda y prodigiosa actividad de Atenas, era una bárbara ociosidad, tan inútil para el mundo, como para ella misma. Pero, debemos confesarlo, en aquella época, su influencia en el exterior era el legítimo imperio de un pueblo fuerte y moderado. Nada de tributos, nada de vejámenes: Esparta era la cabeza de una alianza espontánea, no la capital de un imperio. Cuando un proyecto de interés general reclamaba los esfuerzos de todos, se reunian los diputados de cada una de las ciudades; discutian, votaban, y cada una aprontaba para el objeto su contingente de hombres y dinero. Allí no quedaba lastimada la libertad de nadie, el concurso general estaba mejor asegurado que en aquel imperio ateniense, en donde el jefe estaba siempre temiendo la insubordinacion de sus súbditos.

A parte de todo, las políticas contrarias de aquellas dos ciudades, eran mas bien efecto de sus circunstancias y de su situacion, que del designio premeditado de sus habitantes. Lo mismo era hija de la necesidad la ambicion de Atenas, que el desinterés de

Lacedemonia. Los del Peloponeso, pueblo agrícola, vivian con poca cosa; permanecian gustosos en su rusticidad primitiva, sin industria, sin comercio, sin artes, casi diria sin necesidades; se conformaban con una autoridad cuyo peso no sentian, y la hubieran rechazado si hubiese querido pesar sobre ellos. ¿Qué hubiera adelantado Esparta con tratarlos á manera de súbditos y ensanchar así la ya crecida llaga del ilotismo siempre viva en su seno? ¿Acaso no poseia mas terreno del que necesitaba? Las guerras de Tegea y Argos ¿no habian patentizado que los espartanos no podian salir del sur del Peloponeso á donde la naturaleza los relegara? Su orgullo militar quedaba satisfecho con la deferencia de los aliados; y como sus leyes la condenaban á la pobreza y al desprecio de las artes, no tenia necesidad de arrancar á nadie la riqueza por medios violentos.

Conviene, sin embargo, no creer al pié de la letra esa independencia de los aliados de Esparta. Tucídides nos presenta una Dieta general reunida en Lacedemonia; pero en todas las cuestiones los espartanos tienen sus deliberaciones aparte, y su resolucion es la que prevalece en la asamblea. Hacen mas: les exigen rehenes y los guardan en sitios fortificados; de suerte que Pericles les dice con mucha razon: «Volved vosotros la libertad á las ciudades que teneis subyugadas.» Pero aquellas ciudades no pagaban tributos en tiempo de paz, no estaban obligadas á acudir á Lacedemonia para que fallase en sus litigios, y la aparente libertad de que gozaba la Dieta en las discusiones les deslumbraba respecto á su verdadera dependencia.

Los espartanos habian obrado cuerdamente cuando la traicion de Pausanias, y cuando los isleños tuvieron á bien colocarse bajo el mando de Atenas; pero al elevarse el imperio de esta, elevacion que ellos no habian previsto, entonces estallaron los antiguos celos. Cada una de las victorias de Cimon y de Pericles resonó en su corazon dolorosamente; y al poco tiempo ya no pudieron sufrir aquel rumor importuno que acompañaba siempre el nombre de su rival. Los pueblos interesados en la humillacion de Atenas, fomentaron aquel odio, en cuanto estuvo de su parte. Atenas tenia dos enemigos: aquellos cuyo comercio arruinaba con su competencia, como los de Egina, Megara y Corinto, que fueron los que realmente provocaron la guerra, y los persas á

quienes habia humillado (1). Vencidos estos por mar y por tierra, y aun viendo amenazadas sus provincias marítimas, renunciaron á la guerra abierta; pero la traicion de Pausanias les enseñó que lo que no habian conseguido por el hierro, podian conseguirlo por el oro, y desde aquel dia no faltó en Grecia el oro persa.

En 457 ya hemos visto á un enviado persa procurando lanzar á Esparta sobre Atenas. Artajerjes tuvo, como ciertos potentados de otra época, tuvo, decimos, agentes de otra especie. Plutarco habla de Targelia, hermosa jonia, que estaba en relaciones con los ciudadanos mas influyentes de todos los estados griegos. Con su funesta belleza y su talento subyugaba á todos cuantos llegaban á su presencia, y cuando los tenia fascinados, los entregaba al gran rey. Por este medio, añade, se esparció por las ciudades la semilla de la faccion meda. Reverso de la medalla del reinado de Aspasia en Atenas y de su patriótica influencia. Bien se comprenderá que no podemos seguir los progresos de esa doble corrupcion tan bien meditada; pero se podrá calcular su potencia por los efectos que ha de producir en breve. En el fondo de las vehementes reclamaciones de los peloponesios, en el fondo de su cólera contra Atenas, habia mucha envidia de su poderío, pero ¿por cuánto no entraba tambien el oro persa?

La rivalidad comercial de Megara, Egina y Corinto, y el odio secular de Esparta, estimulado por las intrigas de la Persia; tales fueron, mas bien que la ambicion de Atenas, tan fuertemente contenida por Pericles, mas bien que su despotismo, que, como hemos visto, no era insolente ni cruel; tales fueron las verdaderas causas de la guerra del Peloponeso. Dos graves censuras merece Atenas, dos solamente: su egoismo municipal que rehusa á los metecas el título de ciudadanos, lo cual era hasta una impru-

(1) Desde el año 429 enviaba Esparta embajadores á Persia, y aun antes de que comenzara la guerra. Arquidamos incluia entre los recursos de Esparta el socorro que podrian obtener de los persas (Tucid. I, 82). Al dia siguiente á la derrota, la Persia ya atacaba á la Grecia con su oro: un tal Artmios fué enviado con ricos tesoros para conquistarla. Llegó hasta Atenas, de donde le arrojó Temístocles por un decreto, que Demóstenes vió grabado en una columna de bronce del acrópolis, (*Filípica* III) autorizando á todo ciudadano para que le diese la muerte, donde quiera que fuese habido, por haber llevado á la Grecia el oro corruptor del gran rey.

dencia para ella misma, y su predominio en la judicatura, que obligaba á los aliados á llevar los litigios ante sus tribunales, medida irritante y vejatoria en extremo. ¡Pero cuántos servicios no prestó en compensacion de estas faltas!

No busquemos en otra parte el orígen de aquella lucha fratricida. Esparta habia perdido la preponderancia que ejerciera en Grecia antes de las guerras medas; pero no habia renunciado á ella, y aquella preponderancia era, para las dos ciudades, representantes de dos sociedades diferentes y aun de dos razas, el pleito siempre pendiente y que queria ser juzgado por las armas, mas tarde ó mas temprano. Los motivos presentados oficialmente que dieron ocasion á la guerra, fueron causas secundarias, y la proteccion debida por Lacedemonia á las ciudades marítimas de orígen dórico, acabaron de reforzarlos (1).

Las hostilidades comenzaron á pretexto de ciertas desavenencias particulares, que al parecer no eran bastantes á producir un conflicto general; mas á tal estado habian llegado los ánimos, que bastaba una pequeña chispa para incendiarlo todo. Prendió el fuego en la Grecia casi súbitamente por tres puntos: el Oeste, el Este, y el centro, en Corcira, Potidea y Platea.

Sucesos de Corcira (436), Potidea y Megara (432).

Cerca de las costas occidentales de la Grecia, á la entrada del golfo de Jonia, se hallaba la isla de Corcira, habitada por una colonia corintia. Corcira, hija de Corinto, muchas veces rebelde con su madre, ascendió á su vez á metrópoli y fundó en la costa cercana la colonia de Epidamia. Las colonias se regian generalmente por las mismas instituciones que su metrópoli: el gobierno de Epidamia fué pues aristocrático como el de Corcira. Vino sin embargo el dia en que los males del régimen aristocrático aquejaron á los epidamios; desearon un gobierno popular, é hicieron una revolucion. Los ricos, arrojados de la poblacion, se fueron con los taulancios, tribu bárbara de aquellos alrededores, y causaron tanto daño á los epidamios, que les pusieron en el

(1) Ni siquiera pienso indicar la opinion de que Pericles, siguiendo el consejo de Alcibíades, arrastró á Atenas á la guerra para no tener que dar cuentas. Toda su administracion y el juicio que de él expone su adversario político Tucídides, protestan contra esas anécdotas, buenas para ahorrarse el estudio y la meditacion.

caso de pedir socorros á su metrópoli, y por haberse negado á dárselos Corcira, que era su madre, los solicitaron de Corinto, que representaba ser su abuela. Recordaron á esta que el individuo que, segun costumbre habia presidido la fundacion de su ciudad, era un corintio, y añadian que el oráculo de Delfos les mandaba que á Corinto se entregasen. «Acogieron los corintios bajo su proteccion á aquellos desgraciados, movidos por lo justo de su causa y tambien por su odio á los corcíreos, que no les tributaban los honores acostumbrados en las solemnidades públicas, ni escogian como sus demás colonias un pontífice de Corinto para que presidiese á sus sacrificios. Viéndose iguales por sus riquezas á los estados mas opulentos de la Grecia, y aun superiores por sus fuerzas militares, trataban con desprecio á la metrópoli (Tucídides, lib. I, cap. XXV).»

Envió Corinto á los epidamios una guarnicion, que Corcira les prohibió aceptar (436), y como estos desobedecieran, los mandó atacar por cuarenta buques en los cuales iban los ricos desterrados. Al mismo tiempo propuso á Corinto someter la cuestion al fallo de un tribunal nombrado por ambas partes ó á la decision del oráculo de Delfos; pero rechazaron la proposicion los corintios, dirigieron un llamamiento á todos los que quisiesen establecerse en Epidamia, y armaron dos mil quinientos hoplitas y setenta buques, entre los cuales habia muchos de sus aliados. Pero estas fuerzas no pudieron pasar mas allá de Actium, donde los corcíreos los detuvieron y vencieron. Aquel mismo dia les abrió las puertas Epidamia, y fué severamente castigada (435).

Los preparativos que por espacio de dos años estuvo haciendo Corinto para vengar este descalabro, intimidaron á los corcíreos. Hasta entonces habian vivido apartados de los sucesos y de los tratados de los pueblos griegos; pero en aquella ocasion reconocieron la necesidad de procurarse un aliado útil. No pudiendo entrar en la liga del Peloponeso, en la cual ocupaba su enemiga el primer lugar despues de Esparta, tuvieron que dirigirse forzosamente á Atenas. En esta ciudad se encontraron sus aliados con los de Corinto. Admitidos que fueron ante la asamblea general, invocaron los corcíreos la hostilidad de Esparta contra Atenas, y las injusticias que les habian hecho los corintios; pon-

deraron lo útil que era su alianza para una ciudad marítima, y la importancia de su posicion geográfica para la vuelta de Italia y Sicilia. «En la Grecia, dijeron al concluir, hay tres potencias marítimas considerables: la vuestra, la nuestra y la de los corintios. Si permitís que dos de esas potencias se conviertan en una sola; si los corintios se apoderan de nuestra isla, tendreis que luchar por agua contra los corcíreos y los peloponesios al mismo tiempo; pero si aceptais nuestra alianza, tendreis para luchar contra estos solos, vuestras naves y las nuestras.» Los corintios contestaron que los corcíreos no eran sino unos bandidos, que hasta aquel momento siempre habian permanecido ajenos al derecho comun de los griegos; que habian recibido el mismo trato que las demás colonias de Corinto, las cuales no sabian como agradecer la conducta que con ellas observaba su metrópoli. Atenas, (añadieron) no puede favorecer á los corcíreos sin romper con los corintios, con quienes está unida por un tratado y por grandes obligaciones. ¿Por ventura no fué Corinto la que en la asamblea del Peloponeso hizo reconocer el derecho que tenia Atenas para castigar á la rebelde Samos? La conducta que entonces observamos para con vosotros debe asegurarnos hoy vuestra gratitud y el derecho que á la vez nos asiste, para castigar á esos aliados rebeldes.»

Dos dias pasó el pueblo ateniense deliberando acerca de cuestion tan importante: el primero fué favorable á los corintios, el segundo vencieron los corcíreos, y como, segun habian dicho estos, parecia inminente la guerra con Esparta, interesaba asegurarse el apoyo de la segunda potencia marítima de la Grecia. Además de esto, muchos se figuraban ya ver alzarse delante de ellos, á la otra parte de Corcira y del estrecho de Jonia, la seductora imágen de Sicilia y de Italia. El interés y la prudencia acallaron la voz de la que algunos ánimos rígidos calificaban de justicia. Sin embargo, Atenas no violaba ningun derecho por aliarse á un pueblo que hasta entonces hubiese permanecido ajeno á toda alianza (1), y por otra parte, tuvo buen cuidado para

(1) Los corintios comparaban la situacion de Corcira con respecto á ellos, con la de los aliados respectivamente á Atenas: la comparacion no era exacta. Hacia mucho tiempo que Corcira habia roto con su metrópoli, y hasta habia guerra entre las dos. Siendo así, Corinto no tenia derecho á invocar, como lo hizo, el prin-

que la suya no fuese mas que defensiva. No se comprometió á atacar á Corinto, sino á oponerse á la ruina de Corcira. Y era hacer por esta, menos de lo que habia hecho esta por Potidea, colonia tambien de Corinto, y unida siempre á la metrópoli por lazos que Corcira habia roto desde largo tiempo. Potidea se habia colocado entre los aliados de Atenas, y Corinto no habia imaginado nunca convertir esta alianza en un pretexto de guerra. Solo diez buques salieron de Atenas para el mar de Jonia; sus comandantes tenian órden de no atacar mientras no fuese atacada Corcira.

Corinto habia lanzado al mar ciento cincuenta buques y Corcira ciento diez: las dos flotas se encontraron cerca de la isla de Sibota. Su combate fué el mas encarnizado, segun dice Tucídides, de cuantos se habian verificado entre griegos. Los corcíreos muy mal trechos, perdieron setenta galeras; los buques atenienses que se habian puesto en observacion al comienzo de la batalla, protegieron la retirada de estos á su isla. La accion iba á trabarse de nuevo, mas sangrienta y quizás mas decisiva. Empezaron á entonar el pean (1) por una y otra parte, cuando de pronto retrocedieron los corintios: acababan de divisar á lo léjos veinte buques atenienses, enviados en auxilio de los diez primeros. Levantaron trofeos unos y otros (432); los corintios al retirarse se apoderaron de Anactorion, que hasta entonces habian poseido en comun con los corcíreos, y despues vendieron como esclavos los prisioneros que habian hecho en el combate, exceptuando á doscientos cincuenta que retuvieron para exigir crecidas cantidades por su rescate.

Antes de marcharse, preguntaron á los atenienses si les impedirian el paso á la vuelta. «Nuestro tratado subsiste, contestaron aquellos; ocupamos este sitio para proteger á nuestros aliados; teneis paso franco para todas partes, menos para ir á Corcira.» Parecia en tanto que la paz no se habia alterado; pero inmediatamente despues de los sucesos de Corinto, ocurrieron los de Potidea, al otro extremo de la Grecia.

En el istmo de Palene, la punta mas meridional de la Calcidia,

cipio de la no intervencion en los asuntos de un estado confederado, τοὺς προσήκοντας ξυμμάχους αὐτόν τινα κολάζειν, puesto que los corcíreos no eran para ella προσήκοντες ξυμμαχοι. Tucídides, lib. I, cap. XL.

(1) Himno á Apolo pitio.

se elevaba Potidea, colonia de Corinto, pero aliada y tributaria de Atenas. Hallábase Potidea sometida á una doble influencia hostil á los atenienses: á la de Corinto, que á título de metrópoli la enviaba todos los años unos magistrados con el nombre de *epidemiurgos,* y á la de Perdicas, rey de Macedonia, que si bien fué en un tiempo aliado de los atenienses, habia roto con ellos porque les vió en tratos con su hermano Filipo y con Derdas, príncipe de Elimea, enemigos suyos. Corinto se proponia arrebatar á Atenas una de sus colonias y una posicion muy importante. Perdicas deseaba con ansia librarse de vecinos importunos. Corinto y Perdicas se entendieron fácilmente é hicieron alianza.

Con esta noticia y con el rumor de los movimientos de Perdicas para sublevar la Calcidia, mandaron los atenienses á los de Potidea que derribasen sus murallas por la parte de Palene; que diesen rehenes, y que arrojasen á los epidemiurgos enviados por Corinto. Potidea entabló negociaciones con Atenas para que revocase este decreto, y al mismo tiempo con Corinto y con Esparta, á fin de obtener el apoyo del Peloponeso, en caso de que Atenas no revocase sus órdenes. Persistió en ellas Atenas, y al momento Potidea, y á su ejemplo todas las ciudades de la Calcidia se sublevaron. Perdicas persuadió á los habitantes de las poblaciones marítimas á que derribasen sus murallas, y se refugiasen en Olinto ó en las tierras que él les ofrecia en Migdonia.

Esparta habia prometido á los emisarios de Potidea que invadiria el Ática; de suerte que ella era la primera en romper la tregua de treinta años; y sin embargo, los potideos partieron con aquella promesa, impulsados á la rebelion por Esparta, y Esparta permaneció inmovil. Corinto á lo menos les envió mil seiscientos hoplitas y cuatrocientos soldados de tropas ligeras. Atenas que tenia en aquellos sitios treinta buques y mil hoplitas para apoyar á los adversarios de Perdicas, aumentó estas fuerzas con cuarenta buques y dos mil hoplitas; y aun, poco tiempo despues, envió para que se les reuniesen mil seiscientos hoplitas mas, á las órdenes de Formion. Para acabar con la guerra de Macedonia se firmó un tratado con Perdicas. Este no deseaba otra cosa que permanecer espectador de una lucha, en que quizás uno y otro pueblo gastarian las fuerzas en provecho suyo. La guerra se concentró toda al rededor de Potidea. Los corintios quisieron

sacar de compromiso la plaza; pero fueron vencidos en un combate en que Sócrates salvó á Alcíbiades herido y próximo á caer en manos del enemigo. El resultado de este triunfo fué, apoderarse por completo de Potidea, que tenia una guarnicion de corintios y muchos peloponesios.

Al verse batidos en todas partes, llevaron los corintios las cosas al extremo: convocaron á los aliados para Lacedemonia, y en su asamblea acusaron á Atenas de haber violado la paz y ofendido á los peloponesios. Los eginenses no quisieron enviar diputados públicamente por temor á Atenas; pero se adhirieron en secreto á los que deseaban la guerra, quejándose de que estaban privados de las libertades que los tratados les aseguraban. Los megarenses hablaron mas alto; hacia mucho tiempo que no andaban de acuerdo con los de Atenas. Si hemos de creer á Aristófanes y á los que se complacen en señalar causas pequeñas á los grandes sucesos, el primer motivo de disension entre los dos pueblos fué, que en Megara y en Atenas, algunos jóvenes calaveras habian robado muchachas de virtud poco severa; pero hay un motivo que parece mas grave, y es que los megarenses se habian apoderado de terrenos que pertenecian al Atica, y admitian á todos los esclavos fugitivos de los atenienses. Tampocó habia caido en olvido su odiosa conducta en 445. Pericles hizo dar contra ellos, un decreto que les cerró los puertos de Atenas y sus aliados. Reclamaron los lacedemonios contra esta medida, que cerraba al pueblo dórico la mitad de la Grecia; mas Pericles objetó que lo merecian, por haber labrado unos campos consagrados á Ceres en Eléusis; motivo por el cual los griegos habian mas de una vez empuñado las armas. Pericles se limitó á enviar á Esparta un heraldo, que expuso los motivos de queja de Atenas, en términos mesurados, segun dice Plutarco; pero el heraldo fué asesinado en el camino, sacrilegio que todo el mundo achacó á los de Megara. El pueblo tributó funerales solemnes á la víctima, y amenazó con la muerte á todo megarense que pusiese los piés en el Atica, y aun obligó á sus generales á jurar que todos los años irian dos veces á talar los campos de aquellos.

Este enojoso suceso, en el cual el derecho estaba absolutamente de parte de Atenas, decidió en favor de la guerra, decision que acaso no hubiesen obtenido los corintios si solo se hubiese tratado de Corcira y Potidea.

Tomaron pretexto de las quejas de Megara para pintar á los atenienses como unos ambiciosos, sedientos de novedades, emprendedores é infatigables, y echar en cara á los espartanos una política que participaba demasiado de la sencillez antigua, su morosidad y su indiferencia ante las calamidades de los pueblos griegos amenazados ó subyugados. «Estas calamidades son obra vuestra; sí, porque comenzasteis por permitirles que fortificasen su ciudad despues de las guerras medas, y en seguida que construyesen sus largos muros, y no solo habeis ido privando sucesivamente de libertad á las ciudades que ellos han subyugado, sino que hoy dia hasta se la arrebátais á las que son aliadas vuestras. Y no es el opresor el verdadero culpable, es el que pudiendo desvanecer la opresion, no quiere fijarse en ella, y sin embargo se envanece con su virtud y se hace pasar por el libertador de la Grecia.»

Hallábanse en Esparta unos diputados atenienses, enviados para otro asunto diferente, y al presentarse á la asamblea recordaron los servicios que Atenas habia prestado á la causa comun; justifiearon su conducta para con los aliados que habian ido á ella ofreciéndola su dependencia, en lugar de que Atenas se hubiese unido á ellos, imponiéndoles su imperio; advirtiéndoles que si antes habian padecido bajo los persas, mas padecerian en adelante bajo el dominio de Esparta, á quien nadie podia alabar por su blandura. Despues manifestaron las funestas consecuencias que una guerra general acarrearia, y terminaron proponiendo que se sometiese el litigio á la resolucion de un tribunal de jueces árbitros: conclusion tan sensata como noble.

Despues de oir á los extranjeros, mandaron los espartanos despejar y deliberaron á solas. El anciano rey Arquidamos habló en nombre de su larga experiencia, de los peligros de aquella lucha en que Esparta no tendria marina ni dinero, al paso que Atenas contaria con ambas cosas; y se manifestó partidario de una intervencion enérgica, aunque pacífica, en pro de los aliados; que si no daba por resultado una reconciliacion general, daria tiempo cuando menos para juntar buques y dinero. Respecto á la circunspeccion que habian echado en cara á los espartanos, les conjuró á que no se apartasen de ella, porque era la prenda á que debian todo su poderío. Sin embargo, el éforo Estenelaidas arras-

tró á la asamblea con un impetuoso discurso, y se determinó hacer la guerra si no recibian la debida satisfaccion de Atenas (octubre ó noviembre de 432).

Consultóse el oráculo de Delfos, y el dios dorio se apresuró á contextar favorablemente. Precedieron á las hostilidades algunas vanas negociaciones; tan de mal grado se empeñaba aquella lucha, donde la Grecia fué á buscar su tumba! Los lacedemonios exigian el destierro de la familia de los Alcmeónidas, culpable, hacia mas de un siglo, del sacrilegio cometido en los compañeros de Cilon. El móvil de tan extraña exigencia era, que Pericles pertenecia á la familia mencionada. Tambien pedian que se devolviese la libertad á los eginenses y á los demás aliados, y que se anulase el decreto contra Megara. De suerte que los opresores de los ilotas y la Mesenia, convertidos de repente en hipócritas defensores del derecho y de la libertad, tenian la insolencia de exigir que Atenas renunciase á un imperio, glorificado por sus beneficios, no mancillado aun por ninguna crueldad, y que desde la tregua de los treinta años, es decir, durante catorce años no se habia dilatado con ninguna conquista. Los atenienses contestaron con censuras á las censuras de los espartanos. «Expiad, les decian, expiad los asesinatos de los ilotas que pedian gracia, degollados ante el templo de Neptuno, y el de Pausanias, á quien dejasteis perecer de hambre dentro del de Minerva Calciecos.» En cuanto á los eginenses, respondieron que les devolverian la libertad, cuando Esparta hubiese devuelto la suya á todas las ciudades que habia subyugado; y en cuanto á Megara, que en vez de apoyo, merecia que se emprendiese contra ella una guerra sagrada.

Entre tanto los corintios, llenos de inquietud, se hacian mas importunos de dia en dia. «No tardeis dijeron en otro congreso de aliados que hubo en Esparta, no tardeis en socorrer á los de Potidea. Tened presente que ellos son dorios, y jonios sus sitiadores: lo contrario de lo que sucedia en otro tiempo.»

El pueblo ateniense, á quien los embajadores espartanos intimaron que dijese si estaba resuelto á dar ó negar las satisfacciones que se le pedian, se reunió en asamblea general. Tomó la palabra Pericles, y con tal autoridad se pronunció por la guerra, que ni siquiera se atrevió nadie á tratar de la opinion contraria.

Manifestó en primer lugar que los lacedonios estaban decididos á combatir; que sus proposiciones no tenian mas objeto que ganar tiempo; y que acceder á cualquiera de ellas, era una concesion vergonzosa sin que por eso condujese á la paz. «Concededles lo poco que os piden, y pronto los vereis volver con otras exigencias... O tenemos que tomar el partido de someternos á todo antes de perder nada de nuestras fuerzas, ó tenemos que hacer la guerra decididamente antes de perder nada de nuestros derechos. Comparando despues el poderío de los dos Estados, procuró inspirar á los atenienses confianza en sus recursos. Los espartanos no tienen mas que los tesoros de Olimpia y de Delfos, recurso bien precario por cierto, carecen de buques, y la marina es cosa que no se improvisa; no pueden convertir de pronto á sus labradores en excelentes marineros, y mucho menos cuando las flotas atenienses no les permitan ejercitarse ni aun permanecer en el mar. «Si llegan á ocupar alguna de nuestras fortalezas, podrán en efecto hacer sus salidas á nuestras tierras, talar campos, dar asilo á nuestros mercenarios ó esclavos fugitivos; pero ¿qué muralla pueden inventar que nos detenga y nos impida el ir por mar á destruir sus tierras? Además, falta cohesion en su liga, y como carecen de consejo único, no pueden obrar con presteza. Ellos son varias repúblicas, todas con derecho á discutir y á votar, y como no componen un solo pueblo, cada uno tiene en cuenta sus intereses, de manera que por lo comun, no toman resolucion alguna.

La situacion de Atenas, empero, ¡cuántas ventajas no ofrece! El imperio del mar es una gran cosa. Si fuésemos insulares ¿quién mejor que nosotros estaria al abrigo de todo ataque? procuremos pues aproximarnos lo mas posible á ese estado; abandonemos nuestras tierras y nuestras casas de campo, y guardémonos bien de aceptar una imprudente lucha con los peloponesios, cuyas tropas son tan superiores en número; porque si los venciésemos, tendríamos que renovar la lucha contra otro ejército suyo tan numeroso como el primero, y si fuésemos vencidos, perderíamos el auxilio de los aliados, que es lo que constituye nuestra fuerza. Estos no tendrán descanso hasta que nosotros tengamos fuerza suficiente para ello. No os asuste la tala de los campos ni la destruccion de los edificios; pensad en los hom-

bres; porque los hombres son los que poseen estas cosas y no las cosas á ellos. Y aun si tuviese yo confianza en que me habiais de secundar, os diria: id vosotros mismos á asolar vuestros campos, enseñando así á los lacedemonios que el temor de que lo hagan ellos, no será bastante para someteros á su obediencia..... Nuestros padres, exclamó Pericles al concluir, no eran, ni con mucho tan poderosos como nosotros, cuando volaron á rechazar á los medas; pero abandonando cuanto poseian, con mas honra que fortuna, con mas audacia que fuerza, arrojaron de su suelo á los bárbaros y elevaron los destinos del Estado á muy alto punto de gloria. No degeneremos pues de su virtud; procuremos no dejar á nuestros hijos un imperio menos poderoso que el que hemos recibido.»

Atenas contestó á los lacedemonios que no haria nada por obediencia, y no queria tratar sino de igual á igual. Esto era decir muy claro, que su resolucion era hacer la guerra.

Sorpresa de Platea (431); fuerzas de los dos partidos.

Así las cosas, ocurrió lo de Platea que despues de lo de Corcira y Potidea acabó de fomentar la guerra, contribuyendo con sus atroces sucesos á darle un carácter de desusada violencia.

En una oscura noche de la primavera de 431, entraban de improviso en Platea 300 tebanos guiados por dos beotarcas. Los habitantes que dormian muy tranquilos, fueron despertados por un heraldo que les llamaba para reunirse á la liga beocia. Llenos de estupor en el primer momento, enviaron parlamentarios á los tebanos, que ocupaban la plaza del mercado; mas al ver cuan pocos eran, recobráronse los ánimos, concertáronse en secreto comunicándose por medio de aberturas que practicaron en las paredes interiores de las casas, y poco á poco fueron rodeando al enemigo de barricadas. Viéronse los tebanos acribillados á dardos, sin ver á los que los arrojaban, y trataron, aunque en vano, de apelar á la fuga: casi todos cayeron muertos ó prisioneros. Una partida de tropa enviada á socorrerles se vió detenida por el Asopo que se habia desbordado. Llegó á Atenas muy en breve la noticia del suceso; y deteniendo el pueblo á todos los beocios que se hallaban en el Atica, envió á los de Platea soldados y víveres, y dió asilo á sus ancianos, mujeres y ni-

ños (fines de marzo, 431). Enviáronles tambien á decir que no resolviesen nada acerca de los prisioneros hasta que Atenas hubiese deliberado sobre este punto; pero al recibo de este mensaje ya estaban todos muertos: los de Platea indignados con aquella impía violacion del derecho de gentes, y con aquel ataque en plena paz, los habian pasado á cuchillo en número de ciento ochenta.

Atenas, gracias á su generosa conducta, fué considerada como la primera en romper las hostilidades. Y sin embargo Atenas no habia hecho otra cosa que socorrer y proteger á una aliada leal, y cumplir el juramento, prestado por todos los griegos el dia siguiente á la batalla de Platea, de defender á sus habitantes contra toda agresion, como á un pueblo sagrado. Así lo reconoció despues la misma Esparta. Su falta de resolucion para renovar la guerra durante la expedicion á Sicilia, provenia segun Tucídides del temor de que los dioses la castigasen si rompia la segunda tregua, así como la habian castigado con el desastre de Esfacteria por haber roto la primera (1). Atenas cuyas fuerzas estaban en disposicion de atacar desde el primer dia, prefirió hacer recaer sobre sus enemigos el odio que la agresion inspira.

Tucídides refiere del modo siguiente los aliados que cada partido tenia: los de los lacedemonios eran todos los pueblos del Peloponeso, exceptuando por de pronto los aqueos, y durante toda la guerra los argivos. Fuera del Peloponeso, contaban con los de Megara, Locres y Tebas que llevaba consigo toda la Beocia y oprimia en ella el partido democrático. Los habitantes de la Dórida, que hubieran tomado partido por Atenas, si no hubiesen estado rodeados de enemigos. Los focios, los de Ambracia, Léucade y Anactorion y los etolios, enemigos de los mesenios de Naupacta. Los que proporcionaron los buques fueron Corinto, Megara, Sicion, Pelene, Elea, Ambracia y Léucade; los beocios, los focios y los locrios aprontaron la caballería; las demás ciu-

(1) Tucídides, á quien desterró Atenas, no la acusa ni una vez siquiera de haber violado la tregua de los 30 años. Aristófanes estaba en su derecho al hacer reir á los atenienses á costa de ellos mismos; y nosotros estamos en el nuestro al preferir á la sátira y la caricatura, tantas veces copiadas, la verdad que resulta del minucioso exámen de los hechos.

dades, la infantería. La liga no tenia tesoro comun. Corinto proponia que se echase mano de los tesoros de Delfos y Olimpia. Muchas ciudades poderosas de Italia y Sicilia les prometieron favorecerles secretamente con dinero y con una escuadra que se trataba que llegase á constar de quinientas galeras. Además, confiaban tambien en el oro del gran rey.

«Los aliados de Atenas eran los siguientes: en las fronteras del Atica, los habitantes de Platea y Orope; mas léjos, los mesenios de Naupacta; la mayor parte de los acarnanios, Argos, la de los anfiloquios, Quio, Lesbos, Corcira, Zante, Cefalonia, todas las ciudades que les pagaban tributo, y la Caria, la Dórida, los griegos de las playas del Helesponto, las ciudades de Tracia, todas las islas de levante, entre el Peloponeso y la Creta, y todas las Cícladas, excepto Melos y Tera. Los de Quio, Lesbos y Corcira facilitaban los buques, las demás infantería y dinero.» Los tesalos dieron caballería. Una renta anual de mas de mil talentos, y trescientos triremos, noventa y dos mil soldados y marineros, entre los cuales habia veinte y nueve mil hoplitas; seis mil talentos de reserva en el tesoro público, y el oro de los templos que Pericles calculaba en quinientos talentos, sin contar el que contenian las estátuas de los héroes y los dioses: tales eran los recursos de Atenas.

Primera invasion del Atica (431); panegirico de los muertos.

Cuando Esparta se resolvió por último á llamar á sus aliados á las armas, prometiéndoles el saqueo de la poderosa Atica, acudieron gentes de todas partes á su llamamiento, de manera, que el rey Arquidamos se encontró al frente de un ejército de sesenta mil hombres. Antes de trasponer la frontera, el anciano rey volvió á proponer negociaciones; pero los atenienses le dieron una contestacion romana: «Retire Lacedemonia su ejército, y despues entraremos en trato.» Y al volverse el mensajero de Arquidamos, exclamaba: «Este dia da comienzo á grandes desastres para la Grecia.» Un terremoto que sufrió la isla sagrada de Delos parecia indicar que los dioses confirmaban aquel funesto presagio. En cuanto Pericles supo que el enemigo se acercaba, puso en ejecucion su proyecto: todos los habitantes del campo corrieron á encerrarse en la ciudad con sus mujeres, sus hijos, y

sus efectos muebles; algunos se llevaron hasta el maderaje de sus casas. Los rebaños y las acémilas fueron conducidos á la Eubea. La mayor parte de aquellos desgraciados no tenian en la ciudad ningun amigo ni sitio donde hospedarse. Estableciéronse en las plazas, al rededor de los templos y de los monumentos de los héroes, en el Pelasgicon, sin embargo de que con imprecaciones se habia prohibido ocuparlo, y por último en los largos muros y en el Pireo. No sin sentimientos abandonaban sus campos y moradas, pero el bien de la patria exigia de ellos tamaño sacrificio. ¿Acaso sus padres no habian abandonado al enemigo, no ya sus campos, sino hasta la misma Atenas y el acrópolis para salvarla? Pericles dió el ejemplo del sacrificio. Como le ligaban con Arquidamos lazos de hospitalidad, declaró ante la asamblea, que si el rey de Esparta por aquella consideracion respetaba sus tierras, el desde aquel dia se las cedia al Estado.

Arquidamos fué rechazado del fuerte de Enoe que estaba sitiando, y llevó sus huestes á los campos de Tria y Eleusis. Avanzó hasta la aldea de Acarnes, á once kilom. de Atenas, esperando que los acarnios, que daban un contingente de tres mil hoplitas al ejército ateniense, no podrian presenciar tranquilos la destruccion de sus propiedades y se lanzarian á la pelea. Hubo efectivamente un instante en que el desgarrador espectáculo que se presenciaba desde lo alto de las murallas, casi hizo olvidar la prudencia. La juventud ardia en el ansia del combate; se formaban grupos en los sitios públicos; se discutia acerca de la marcha que convenia seguir, y la gran mayoría estaba resuelta á salir fuera de las murallas. Pericles, apesar de los gritos y los sarcasmos, no convocó la asamblea, apaciguó el tumulto, disolvió los grupos, y aquel pueblo tan indócil, segun dicen, obedeció y se sometió á una prudencia que le parecia funesta. Pericles no hizo mas que mandar salir algunos destacamentos de caballería para molestar al enemigo, táctica que le dió buen resultado. Los lacedemonios, despues de talar algunos demos, se retiraron por Orope y la Beocia. Habian permanecido mas de treinta dias en el Atica.

Los atenienses no habian esperado la partida de los peloponesios para entrar en campaña en su verdadero campo de batalla, que era el mar. Ciento eran los buques que habian salido del Pi-

reo, y reforzados con cincuenta galeras de Corcira, causaron estragos en las costas de la Argólida y de Laconia, y poco les faltó para hacerse dueños de Motonea de Mesenia. El espartano Brasidas, que se hallaba en las cercanías, acudió con cien hoplitas, y atravesando á la carrera el campo de los atenienses, entró en la ciudad. La flota se volvió hácia la Elida, y saqueó sus costas, quitó Solion á los corintios, se apoderó de Astacos y de Cefalonia, y fué en seguida á sostener una expedicion que Pericles en persona dirigió contra la Megárida al frente de todos los atenienses y metecas que en la ciudad habian quedado. Al mismo tiempo una escuadra de treinta galeras habia arrojado á los corsarios locrenses del estrecho de la Eubea, y se dejaba caer con frecuencia sobre la Lócrida. Toda aquella costa y la mar estaban vigiladas desde un fuerte levantado en la isla de Atalanta. Por el otro lado del Atica, Egina fué definitivamente ocupada, y sus tierras distribuidas por Perícles en suerte, entre los ciudadanos de Atenas. Él mismo arrojó á todos sus habitantes, hasta las mujeres y los niños que fueron recogidos por Lacedemonia, en Tirea y sus campos inmediatos. Atenas acababa de reconciliarse con Perdicas de Macedonia, y además hizo alianza con Sitalces, rey de Tracia, y para estar prevenida contra toda contingencia, creó una reserva de mil talentos y cien galeras de las mejores; imponiendo de antemano pena de muerte contra cualquiera que propusiese emplearla en otra cosa que no fuese la defensa de la ciudad, amenazada por una flota enemiga.

Durante el invierno de aquel mismo año, se verificó una ceremonia imponente: la oracion fúnebre de los guerreros que habian sucumbido en defensa de la patria. Sus restos conservados en urnas de ciprés, se expusieron al público dentro de una espaciosa tienda, á donde pudiesen concurrir los ciudadanos á llorar al pariente y al amigo, y hacer las libaciones religiosas. Despues de tres dias concedidos al duelo de los particulares, comenzó el duelo público.

Colocadas las urnas en tantos carros cuantas eran las tribus, recorrieron lentamente la ciudad en direccion al Cerámico, donde se celebraban juegos fúnebres. Detrás de los carros iban las mujeres y los hijos de las víctimas; detrás de estos, la multitud compuesta de ciudadanos y extranjeros. Despues de cubrir de

tierra aquellos restos depositados en un monumento público, el orador designado por el pueblo pronunció el elogio fúnebre.

Pericles ya habia tributado un homenaje semejante á los guerreros que habian perecido en Samos; en la ocasion á que nos estamos refiriendo, mas bien hizo el elogio de Atenas que el de los muertos. Empleó toda la grandeza y autoridad que puede contener la palabra en exhortar á los vivos á que amasen á su patria, á que se adhiriesen á aquellas instituciones que sin distincion de fortuna ni nacimiento, daban á cada uno segun su mérito, y que diferenciándose mucho de la tiránica constitucion de Lacedemonia, dejaban á todos en completa libertad respecto á sus afectos y conducta, sin exigirles otra cosa que el respeto á la ley y á sus intérpretes, los magistrados. Despues hacia la descripcion del carácter nacional, y les suplicaba que no degenerasen, presentándolo como una mezcla de audacia y reflexion, de gravedad y dulzura, franco y hospitalario para con los extranjeros, ocupándose en obras sérias y en fiestas brillantes; por cuyos motivos su ciudad habia llegado á ser el modelo y la maestra de la Grecia (1). «Para esta patria tan gloriosa, dieron generosamente la vida nuestros guerreros, indignados solo al considerar que podia serles arrebatada; por ella estamos dispuestos á padecer los que les sobrevivimos..... Ellos fueron tales como debian ser; los demás, sin cederles en valor, hagan votos porque su vida les sea conservada. No se circunscriban á discurrir acerca de lo que pueda ser útil al Estado, es necesario que obren. El amor á la patria se demuestra trabajando por ella, y acrecentando su poderío. Contemplad su grandeza; pero recordad que sus héroes se la dieron con su bravura, con su aficion á cumplir con sus deberes, con su aversion á cometer bajezas. Si la fortuna no les favorecia, no por esto se creian autorizados para privar al Estado de su virtud, y el sacrificio de sí propios, les parecia entonces un tributo que debian á la patria. Así se hicieron dignos de elogios inmortales y del monumento mas glorioso: no el que guarda sus cenizas, sino la memoria de los hombres. La tumba de los héroes es el universo, no esas columnas llenas de pomposas inscripciones. Hasta en las regiones extranjeras queda gra-

(1) Τήντε πᾶσαν πόλιν τῆς Ἑλλάδος παίδευσιν. Tucídides, lib. II, cap. XLI. Este admirable discurso tendria que ser citado por entero.

bado en las mentes el recuerdo de sus altos hechos mejor que en los monumentos fúnebres. Hé aquí un objeto digno de envidia: creed que la dicha está en la libertad, y la libertad en el valor, y corred á desafiar los peligros de la guerra.

«A los padres aquí presentes, que tienen la esperanza de recibir consuelos de otros hijos, debo decirles, que los dichosos son los que dieron á su vida un término brillante; á los ancianos que hayan sufrido una pérdida irreparable, que en la aridez de la senectud el bien mas apreciable consiste en merecer el respeto que la ciudad entera dispensa á aquellos cuyos hijos la sirvieron lealmente; á los hijos y hermanos de los finados, que veo para ellos una gran lucha, una competencia de honra que sostener; á las esposas sumidas en el luto y la viudez, que la mas alta gloria es la menos conocida entre los hombres. He cumplido con la ley; he dicho lo que me ha parecido útil; nuestros muertos ilustres han recibido el homenaje á que se habian hecho acreedores. Desde este dia sus hijos serán educados á expensas de la república, hasta que se hallen en edad de servirla. La patria ofrece una corona, y ellos querrán merecerla; porque honra al que la recibe, y á aquella por quien se recibe. Los mejores ciudadanos crecen allí donde se ofrece á la virtud las mas bellas recompensas. Pagad el último tributo de lágrimas á los muertos á quienes amasteis, y retiraos.»

Véase como el objeto de la pasion de todos debia ser la grandeza del Estado, y como los únicos medios de dar á la patria gloria y poder, eran el valor, la inteligencia, el recíproco aprecio entre el rico y el pobre, y la abnegacion de todos. Véase con que nobles frases contestaba Pericles, ó Tucídides que las refiere, sin duda por habérselas oido, á aquellos acérrimos partidarios de la paz á todo precio, hasta á precio de su honra, y despues hasta á precio de la seguridad. A ese número pertenecia Aristófanes; pero de todos modos, su ingenio y su travesura abogaban por una causa muy innoble. ¿Qué viene á ser en los *Acarnios*, aquel amigo de la paz, aquel *hombre justo*, el ciudadano Diceópolis, que allá á su manera ajusta un convenio con los enemigos de la patria, porque establece en la plaza pública un mercado á su gusto, comercia con los habitantes de Megara y Beocia, y come anguilas del lago Copais, mientras que Lamacos combate y vuelve cu-

bierto de heridas? Despues de celebrar las agudezas del poeta, mirad si veis allí otra cosa que el egoismo mas grosero, satisfecho á costa de los afectos nobles y del amor á la patria. Desgraciadamente en todas las épocas hay *hombres justos*.

Peste de Atenas; toma de Potidea por los atenienses (430).

A la primavera siguiente volvió á presentarse Arquidamos en el Atica. Iba directamente hácia Atenas, destruyéndolo todo á su paso; y dando vuelta á la ciudad penetraba á lo largo de la costa del sudoeste hasta Laurion, y volvia despues por Maraton, que fué respetada por él, como lo habia sido por Decelies, por ciertas antiguas leyendas. Al cabo de cuarenta dias salió del Atica, huyendo, no de los atenienses, sino de un enemigo mas terrible: de la peste que acababa de declararse en Atenas, y que con tan incomparable energía describieron Tucídides y Lucrecio. El mal habia recorrido la Etiopía, el Egipto, la Persia y el Asia, y quizás la introdujo en Atenas algun buque mercante (1). Apareció de pronto en el Pireo y se creyó que los peloponesios habian envenenado los pozos. Al poco tiempo habia causado estragos espantosos entre aquella multitud hacinada y falta de abrigo. La ciencia de los médicos era inútil; se invocó á los dioses y fueron inexorables. Jóvenes y viejos, ricos y pobres, robustos y débiles, sobre todos caia el azote. Los sufrimientos eran horribles: un fuego interior devoraba todas las partes del cuerpo, y una sed abrasadora impulsaba á aquellos desgraciados hácia los pozos y las fuentes. Pocos eran los que á los siete ó nueve dias no habian muerto. Cuando la enfermedad llegó á su mas alto grado, dice Tucídides, se perdió todo respeto á las cosas divinas y humanas. Ante aquel terrible juego de la muerte, la moralidad cayó vencida. ¿Si la virtud no salvaba, á qué sacrificarse á la virtud? Desapareció todo decoro, y hasta las personas mas honradas se lanzaron á los goces fáciles, para olvidar y disfrutar cuanto antes de los bienes de esta vida, cuya posesion no dura mas que un dia. El malvado se entregaba al crímen, en la confianza de que su juez ni aun tendria tiempo para condenarle.

(1) Era una fiebre eruptiva, diferente de las viruelas, que otra vez asoló el mundo romano en tiempo de Marco Aurelio, y que hoy dia no se conoce. Littré, *Obras de Hipócrates*, tom. I, pag. 122.

En medio de tantas calamidades, Pericles conservaba la firmeza de su ánimo. Conducia en persona una expedicion contra Epidauro, asolaba las costas de la Argólida, y se apoderaba de Prasia en la Laconia; pero la peste se comunicó á su ejército y se vió obligado á retroceder. Tambien habia penetrado en el campamento ateniense, que se hallaba delante de Potidea, la cual seguia resistiéndose. Irritado el pueblo con los estragos del contagio, acusó de su desgracia á Pericles y le condenó á una multa de quince ó hasta de cincuenta talentos. Entre sus mas ardientes adversarios se hallaba Cleonte.

Pericles, que habia sabido llevar su fortuna, supo soportar su desdicha sin apocarse, apesar de los redoblados golpes de la suerte que en su familia y en el agora le alcanzaban. Perdió á su hermana y algunos de sus mas íntimos amigos. Tenia un hijo, llamado Jantipos, que estaba de parte de sus enemigos, y propalaba contra él los mas injuriosos rumores; Pericles le amaba apesar de todo, y la muerte se lo arrebató. Su segundo hijo que se llamaba Paralos, bajó tambien al sepulcro. Su raza iba á extinguirse y á quedar sin sacrificios los altares hereditarios; entonces fué la primera vez que se rindió á sus dolores. En el momento en que colocaba la corona fúnebre sobre la frente del último de sus hijos, exhaló un grito y prorumpió en llanto. Habia perdido á sus hijos legítimos. El pueblo, vuelto de su ingratitud, le otorgó todos los derechos de los ciudadanos, para uno que le habia dado Aspasia, y lo colocó al frente del Estado, dándole, como antes, uno de los seis puestos de los generales elegidos todos los años.

Como durante su desgracia habia sido recibida con desprecio una diputacion enviada á Lacedemonia para solicitar la paz, se volvió con nuevo vigor á la guerra. Potidea, estrechada mas y mas cada dia, tuvo que rendirse. Los generales dieron permiso para salir de la poblacion á los habitantes, hombres, mujeres y niños, pudiéndose llevar un manto y un poco de dinero. El pueblo, que habia gastado dos mil talentos para aquel sitio, les afeó como si fuese un crímen su blandura, y en poco estuvo el formarles causa. Potidea se volvió á poblar con mil familias atenienses (430).

Sitio de Platea; triunfos marítimos de Atenas (430-429).

Al año siguiente, no entró Arquidamos en el Atica, que estaba sufriendo los estragos de la peste; mas fué á poner sitio á Platea, para privar á los atenienses de aquel punto de apoyo fuera de su país. Invocaron los de Platea el juramento pronunciado por los griegos despues de la derrota de Mardonio; pero Arquidamos les replicó: «Sí, hemos jurado defenderos; pero solo mientras no os unieseis á los opresores de la Grecia. Separaos de Atenas; dejadnos abiertos hasta la conclusion de la guerra vuestros campos y moradas, para que podamos establecernos en ellos en pro del bien público. Entonces quedareis en libertad para ir á donde mejor os parezca, y aun os proporcionaremos algun dinero para ayudaros á pasar la vida.» Tan ridículas proposiciones no podian ser aceptadas: inmediatamente comenzó aquel sitio memorable, uno de los episodios mas dramáticos de la guerra que nos ocupa. Vióse en uno y otro bando el mayor encarnizamiento, y se empleó todo lo que enseñaba el arte de los asedios. Arquidamos levantó un terraplen al nivel de la muralla para asaltarla á pié llano; pero los de Platea levantaron su muralla, y detrás de ésta hicieron otra. Ataques de frente, sorpresas, nada era bastante á rendir la plaza, y fué preciso convertir el sitio en bloqueo. Los aliados colocaron un doble muro fortificado al rededor de la ciudad, fiándolo al cuidado de la mitad de sus tropas; pero en lo interior de la poblacion, no habia mas que cuatrocientos hombres de Platea y ochenta de Atenas.

Al mismo tiempo se propusieron los espartanos arrojar á los atenienses del mar Jonio. Se habia desgraciado el éxito de una expedicion enviada contra Zante y Cefalonia en 430, y al año siguiente se hizo un grande esfuerzo contra la Acarnania. Corinto, Leucade, Anactorion y Ambracia dieron los buques y los soldados; é invitaron á tomar las armas á todos los bárbaros de las cercanías, caonios, molosos y orestinos. Perdicas, aliado de Atenas, dió por debajo de cuerda mil macedonios, cuyas fuerzas reunidas á los mil espartanos, se dirigieron contra Estratos, capital de la Acarnania. Este ejército tan heterogéneo y mal gobernado, llegó al término de su marcha desordenadamente; y se dispersó á una oportuna salida de los atacados. Una victoria

naval de Formion acabó de echar por tierra aquel proyecto. Hallábase este general con veinte galeras, contra cuarenta y siete que salian del Peloponeso. Procuraba conservarse prudentemente al pié de Naupacta, pero se lanzó sobre la flota enemiga al verla que iba á pasar el estrecho. Los peloponesios, sorprendidos, formaron sus naves en círculo. Formion mandó á sus capitanes que corriesen al rededor de aquel círculo, estrechándolo cada vez mas, hasta rozarse con las naves enemigas, pero sin llegar á las manos hasta que él diese el aviso. Esperaba que se levantase un viento que suele soplar en aquel sitio al despuntar el dia, y que debia oponerse al órden que querian guardar los peloponesios. Sopló en efecto el viento indicado, y las naves enemigas comenzaron á chocar unas con otras y á entorpecerse mútuamente en sus movimientos; confusion que iba en aumento, gracias á la inexperiencia de los marineros. Cuando Formion dió la señal, la batalla estaba ya ganada: numerosas galeras fueron á pique, y doce cayeron en poder de aquél.

Los lacedemonios, pasmados por aquella derrota, la atribuyeron á la impericia de su almirante, y enviaron á tres espartanos para que formasen su consejo, entre los cuales se hallaba Brasidas, aumentando su flota hasta el número de setenta y siete naves. Formion habia pedido socorros á Atenas; mandábansele veinte buques; pero desviáronse antes para hacer una expedicion contra Creta, y llegaron demasiado tarde en su auxilio; de manera, que con sus veinte galeras que ya habian entrado en combate, tuvo que hacer frente á la flota enemiga. Los peloponesios consiguieron separar nueve de las veinte, obligándolas á varar en la costa; pero las once restantes hicieron por atraerse la persecucion de veinte naves enemigas, y volviendo las proas, las derrotaron, les tomaron seis, y recobraron las suyas que estaban varadas. Uno de los almirantes prefirió darse la muerte antes que caer prisionero; pero las mismas olas llevaron su cadáver á los atenienses. De suerte, que apesar de la desigualdad de fuerzas, la victoria se declaraba en favor de Atenas, que no perdia ni uno de sus aliados del oeste.

Para reparar tan funestos golpes, concibió Brasidas un atrevido proyecto. Mandó á los marineros de la flota que pasasen por tierra el istmo de Corinto; que botasen al agua cuarenta

buques que habia en los arsenales de Nisea, y que se dirigiesen al Pireo, que estaba sin defensa. En lugar de dirigirse á fuerza de remos al sitio designado, se detuvieron ante un fuerte de Salamina, que con sus fuegos dió la señal de alarma á Atenas, cuyos pobladores bajaron armados al Pireo. Este suceso les sirvió de experiencia, y desde entonces cerraron con cadenas la entrada de los puertos.

Muerte de Pericles (429).

Pericles no pudo ser testigo de estos últimos acontecimientos. Cuando ya la peste iba disminuyendo de dia en dia, cuando ya apenas hacia una que otra víctima, entonces se cebó en él (1). No le abatió el mal de un solo golpe; mas fué minándole poco á poco. Cuando estaba próximo á espirar, sus amigos y los ciudadanos mas notables, sentados al rededor de su lecho, recordaban sus virtudes, sus talentos, y los nueve trofeos que habia levantado con motivo de otras tantas victorias. Sobre estos puntos razonaban, creyendo que Pericles ya no les oia; pero el moribundo hizo un postrer esfuerzo para incorporarse y les dijo: «Me estais elogiando por cosas que otros muchos han hecho tambien como yo; pero dais al olvido lo mas grande de mi vida, y es, que nunca hice vestir luto á ningun ciudadano.»

Tanta moderacion durante tan largo período de mando, es su mas alto elogio; las palabras que dieron á conocer su último pensamiento, deberian ser las últimas que se pronunciasen al hablar de él. Oigamos, sin embargo á Tucídides, uno de sus adversarios políticos. «Fuerte por la dignidad de su carácter, por su sábia prudencia y por su incorruptible probidad, guiaba al pueblo con franca mano, sin dejar nunca que á él le guiase. Como no habia apelado á medios indignos para alcanzar el poder, nunca hizo sacrificio alguno para atraerse sus aplausos, y aun en casos necesarios, sabia arrostrar su desagrado. Cuando veia á los atenienses entregados á una peligrosa confianza, templaba su ardor desmedido; cuando les veia inquietos, con temor, desesperados, levantaba sus ánimos. Aquel gobierno era en el nombre una democracia, y de hecho un imperio; mas era

(1) Los pormenores de su enfermedad inclinan á creer que fué una fiebre lenta.

el imperio del primer ciudadano de la república.» Su sepulcro fué colocado en el Cerámico, entre los de aquellos que habian perecido en los combates (1). ¿Acaso no habia muerto Pericles en medio de la lucha y en un campo de verdadera batalla?

Sucesos de Mitilene.

Cuatro años hacia que duraba la guerra (428); y apesar de los estragos que cada año hacia Arquidamos, que tambien aquel verano volvió á penetrar en el Atica, la ventaja estaba de parte de los atenienses, porque nada habian perdido, y se habian apoderado de Potidea. Pero en aquel momento estalló una rebelion que podia conmover todo su poderío.

Habia en Mitilene dos partidos, como en todas las ciudades griegas. Los grandes que tenian al pueblo en la mas rígida dependencia (2), solo habian aceptado, aunque muy á pesar suyo, la supremacía de Atenas por miedo á los persas. Y aun cuando Atenas permanecia respecto de Mitilene y de Quio dentro de los justos límites de la primitiva alianza, no dormia el recuerdo de la brillante época de Pitaco y del tiempo en que toda la isla de Lesbos les estaba sometida. Ya les hemos visto, aun antes de la guerra de Corcira, solicitar en secreto el apoyo de Lacedemonia. Estimulados por los beocios, que eran de su misma raza, aumentaron la resistencia de sus murallas y el número de sus buques; obligaron á los habitantes de aquellos alrededores á trasladar su domicilio á la ciudad, y tomaron á sueldo fuerzas auxiliares. Metimna y Tenedos dieron noticia á Atenas de aquellos preparativos. Envióse á Mitilene una embajada pacífica; pero solo recibió en contestacion palabras de guerra, y al mismo tiempo se supo que los peloponesios admitian á los rebeldes en su alianza. «Atenas, decian estos para sí, quebrantada, exánime con la peste y la guerra, no podrá resistir á un ataque violento;» y ya los espartanos, en el ardor de su odio, llamaban á los aliados á las armas. Acababan de regresar de su tercera expedicion al Atica, y ya se disponian á pasar toda una flota por el istmo, para rodear á Atenas por todas partes.

(1) Tucídid., lib. II, 34: Pausanias, I, 29.

(2) La oligarquía no permitia á aquellos súbditos que enseñasen la lectura ni la música á sus hijos. Eliano, *Historias varias*, lib. IX, cap. XVII.

Mucho se pondera la constancia romana; tambien deberia hablarse de la constancia de aquel pueblo que hacia cuatro años no poseia mas territorio que el que las murallas de su ciudad encerraban. Habia enviado ya una escuadra á Mitilene; otra estaba vogando para la Acarnania; parecia que el Pireo estuviese exhausto, y sin embargo, á la noticia del nuevo proyecto de los lacedemonios, dió salida á otras cien galeras que, á la vista de sus atónitos enemigos, fueron á asolar las costas del Peloponeso. Cuando al año siguiente (427) el ejército de la liga invadió por cuarta vez el Atica, no fué necesario llamar ni galera, ni un soldado de los que estaban en Mitilene; el valor de los atenienses se sostuvo incólume, y, sin embargo, Pericles ya no estaba allí. Dirigia la defensa de aquella ciudad el espartano Saletos; mas apenas entregó armas al pueblo para dar un ataque general á las líneas atenienses, cuando aquella muchedumbre, tanto tiempo oprimida, se sublevó contra los grandes, y fué menester entrar en un convenio y entregar la ciudad á Paques, general de los atenienses.

A esta época pertenece una sangrienta tragedia. Desde el principio de la lucha los espartanos la habian impreso el sello de esa crueldad feroz que los pueblos del Mediodía de Europa, griegos, romanos, italianos de la edad media y españoles habian dado á sus guerras. Todos los aliados de Atenas, todos mereaderes, los pescadores, hasta los que permaneciendo neutrales caian en manos de aquellos, recibian la muerte, y sus cadáveres quedaban insepultos. Una flota del Peloponeso acababa de dar recientemente otra muestra de esa propension á matar, á lo largo de las costas de la Jonia, sin poderse excusar con el pretexto de ningun grave peligro arrostrado. Atenas no quiso quedar rezagada, y dió muerte á dos embajadores que Lacedemonia enviaba al gran rey, uno de los cuales habia sido el instigador de la rebelion de Potidea. Tampoco habian sido mas piadosos los de Platea con los tebanos que querian apoderarse de la ciudad por sorpresa. La traicion de los mitilenios, injustificable de todo punto, por cuanto eran los mas favorecidos entre todos los aliados, puso en grave peligro á Atenas, y fué causa de que llegase hasta las costas de la Jonia una flota del Peloponeso. De suerte que, atendido el espíritu de los tiempos y el carácter de aquella guerra, no habia

que esperar piedad; así como Capua no la tuvo de Roma despues de entregarse á Anibal. Uno de los prisioneros enviados por Paques era Saletos. Breve fué su proceso: apesar de los esfuerzos que hizo para salvar su vida, fué muerto casi al punto de su llegada. El pueblo, en medio de la irritacion que le dominaba, siguió el consejo de Cleonte, y pasó á cuchillo á todos los habitantes de Mitilene.

Cleonte, el digno heredero de Pericles, era (con grande alegría de Aristófanes á quien daba motivo para innumerables chistes), era decíamos, un curtidor de Atenas, muy amigo de la gentuza (1), muy hablador, violento é impetuoso; se agitaba sin dignidad en la tribuna, á donde llevó, en lugar de la severa elocuencia de Pericles, el lenguaje y los ademanes del Pireo. Pero Cleonte, convicto en cierta ocasion del delito de venalidad; Cleonte, mal orador, mal general y adulador del populacho; Cleonte, sin embargo, era hombre enérgico. Dia vendrá en que esta circunstancia le sea útil; pero entretanto le hace cometer una mala accion. Cuando se deliberó acerca de la suerte de los mitilenios, sostuvo que era necesario dar un ejemplo grande y terrible, y su opinion fué aceptada; pero al dia siguiente, no él, sino el pueblo, se sintió inspirado por afectos mas dignos de Atenas. El buque encargado de trasmitir el decreto de muerte, llevaba una delantera de venticuatro horas; el peso de su terrible mensaje le hacia surcar las aguas con movimientos tardíos. La galera que llevaba la contra órden, hizo con rapidez el viaje. Paques acababa de leer el decreto funesto en la plaza de Mitilene, y ya se aprestaba á ejecutarlo, cuando el segundo triremo entró en el puerto. Los mil partidarios de Lacedemonia enviados á Atenas, no por eso dejaron de sufrir la muerte. No se puede negar que fué una sangrienta carnicería. En cuanto á Mitilene, sus muros fueron derribados, confiscados sus buques, y toda la isla, menos el territorio de Metimna, dividida en tres mil partes. De ellas se consagró el diezmo á los dioses, y el resto fué sorteado entre los atenienses. Estos arrendaron aquellas tierras á labradores de Lesbos á dos minas cada lote (2). Mitilene en poco tiempo volvió á estar muy floreciente.

(1) Hizo subir á tres óbolos la indemnizacion de los jueces.

(2) Tucídid., III, 50; Diod., XII.

Un ejemplo, afortunadamente de otra clase, dieron al mismo tiempo los atenienses á los aliados. Paques, el conquistador de Lesbos, cometió en la ciudad algunas violencias; pero al regresar á Atenas fué encausado. Temiendo que le condenasen, se atravesó con su propio acero en el mismo tribunal. Atenas decia muy claramente que lo mismo aborrecia las rebeliones que las injusticias.

Toma de Platea (427).—Crueldades en Corcira (427–425).

La sangre de los mitilenios cayó sobre la frente de los de Platea. Los espartanos se encarnizaron en aquel puñado de hombres que durante dos años se resistieran heróicamente, alzando y reparando sus murallas, derribando las fortificaciones enemigas, desbaratando sus máquinas, arrostrando una lluvia de fuego, azufre y pez que los sitiadores les lanzaban, y aun las llamas que dejaron parte de la ciudad reducida á pavesas. Ya por último, viéndose encerrados por una circunvalacion doble, y faltos completamente de víveres, iban á capitular, cuando se les ocurrió un arriesgadísimo propósito. Tratábase, nada menos, de atravesar la doble líneas de los enemigos, para que al apoderarse estos de la ciudad, no pudiesen coger á ninguno de sus defensores. Contando las piedras, habian llegado á conocer la elevacion de las murallas, y construyeron unas escaleras que llegaban á su mayor altura. En el momento de la ejecucion, no hubo mas que doscientos veinte hombres, es decir, la mitad de la fuerza, que se atreviesen á emprender tan peligrosa aventura. En medio de una noche tenebrosa, mientras silbaba el viento y caia la lluvia y la nieve, salieron de la ciudad, silenciosos, á distancia unos de otros para que las armas no hiciesen ruido al chocarse, descalzos todos para no resbalarse, colocaron sus escaleras, y subieron. Los que iban delante, no llevaban mas que puñal y coraza; los demás, dardos y otras armas. El ruido que hizo una piedra al desprenderse alarmó á los enemigos, que en seguida encendieron las señales. Los de Platea encendieron otras para engañarles. Corrian los sitiadores antorcha en mano buscando de una parte á otra la causa de aquella alarma; pero sus luces solo servian para guiar la mano de los de Platea, que, envueltos en la oscuridad, herian sin peligro. Doscientos de aquellos hom-

bres arrojados, consiguieron salvar las fortificaciones y el foso lleno de hielo; dirigiéronse hácia Tebas para burlar á sus perseguidores, y los vieron en efecto con sus antorchas buscarlos por la parte del Citeren. Despues de haber corrido seis ó siete estadios en aquella direccion, dieron vuelta hácia las montañas y llegaron sanos y salvos al Atica.

Pero el resto de la guarnicion era harto débil para prolongar por mas tiempo su resistencia, y les fué preciso capitular. Vengáronse cruelmente los espartanos del tiempo que habian perdido en aquel sitio, y dieron muestras de una crueldad fria, tanto mas odiosa, cuanto que quisieron revestirla de apariencias de justicia. Cinco jueces especiales fueron enviados de Lacedemonia. Los prisioneros comparecieron uno á uno. No se les dirigió ningun cargo: únicamente se les preguntó: «si en aquella guerra habian prestado algun servicio á los lacedemonios ó á sus aliados.» A esta sarcástica pregunta, aquellos infelices quedaban atónitos, mudos.... y acto contínuo morian degollados. Así murieron doscientos hombres de Platea y veinticinco de Atenas; sus mujeres fueron reducidas á la servidumbre; su ciudad arrasada, y su territorio entregado á los tebanos.

En Corcira, como en todas partes, la aristocracia y el pueblo, los ricos y los pobres, aquellos sostenidos por Lacedemonia y estos por Atenas, se disputaban el poder con vivas ansias. Durante largo tiempo aquellas luchas no habian producido otra desgracia que el destierro del partido mas débil; mas ahora que los vencidos pueden llamar al extranjero en su ayuda, esas luchas intestinas tomarán el caracter de sangrienta crueldad y aun de perfidia que vamos á ver en Corcira.

Los corcireos ricos que habian caido prisioneros de los corintios en la batalla de Sibota, fueron soltados y cuando regresaron á su patria, procuraron con todo empeño cumplir con la condicion secreta de su libertad, que consistia en atraer á todos los de la isla al partido del Peloponeso. Pitias, jefe del bando popular, fué acusado por aquellos de traidor á la patria; él á su vez acusó á cinco de ellos de sacrílegos, y estos se vengaron inmolándolo en presencia del senado. En seguida se apoderan de la ciudad; dan muerte á sesenta partidarios de Pitias, prometen la libertad á los esclavos que se unan á ellos, y llaman á la flota poloponesiá.

El pueblo, que en el primer momento estaba inmóvil de sorpresa, recobra su brio, recibe el auxilio de doce buques de Naupacta, y el partido popular triunfa. Pero llegan cincuenta y tres galeras del Peloponeso; los atenienses apesar de su escaso número, equilibran la victoria, porque el general espartano no sabe aprovechar sus ventajas. Avisado por las señales de los fuegos de la aproximacion de sesenta galeras atenienses, emprende la fuga, y comienza entonces un horrible destrozo. Los nobles y sus partidarios se habian refugiado en un templo; para que saliesen se les prometió que se les juzgaria con arreglo á justicia. Quinientos, que dieron crédito á esta promesa, fueron condenados á muerte y degollados. Los que habian permanecido en el templo, se daban muerte del modo que mejor podian. Siete dias duró en Corcira la matanza, y las pasiones desenfrenadas se saciaron en medio del aquel espantoso desórden. Hubo deudores que por no pagar mataron á sus acreedores; hubo las enemistades personales cubiertas con el manto de la vindicta pública. De aquellos degraciados lograron escaparse seiscientos, y se fortificaron en el monte Iston, donde se estuvieron defendiendo dos años. Cuando los atenienses les obligaron á rendirse, fueron trasladados á un islote, donde debian esperar el fallo de Atenas; su vida estaba asegurada mientras no tratasen de escaparse. Sin embargo, los jefes del partido democrático les tendieron un lazo abominable. Unos supuestos amigos les aconsejaron la fuga, ofreciéndoles medios para realizarla; aceptaron el partido unos pocos, y en seguida se pronunció la sentencia. Sacáronlos de su prision de veinte en veinte, y los condujeron atados entre dos filas de hoplitas, que considerándolos como á enemigos, los herian y despedazaban. Así fueron asesinados sesenta, sin que los que iban detrás, obligados á caminar á latigazos, tuviesen la menor sospecha de lo que sucedia. Cuando llegaron á saber la verdad, no quisieron pasar adelante. Refugiáronse en un edificio; mas los corcireos abrieron su techo, y los abrumaron con proyectiles de toda clase. Los desdichados se mataban por su mano con las flechas que les lanzában sus enemigos; se ahorcaban de los techos y se estrangulaban.

Doloroso es tener que decir que Corcira no recobró la paz sino despues de tan abominables horrores: tan feroz era el odio de

ambos partidos que fué indispensable el exterminio de uno de ellos. Mas ¿quién habia dado el ejemplo de tanta perfidia, de tanta violencia? Los que sin motivo quisieron separar á Corcira de Atenas, los que asesinaron á Pitias ante el senado: el partido de la grandeza.

«En la guerra de Corcira, dice Tucídides, se cometieron todos los horrores que generalmente suceden en circunstancias análogas, y aun podemos decir que fueron sobrepujados; porque hubo padre que mató á su hijo; los que se acogian al derecho de asilo fueron arrancados de los altares sagrados, y hasta perecieron allí mismo al hierro asesino; ¡tan cruel fué aquella revuelta! Y aun lo pareció mas porque era la primera; desde entonces casi toda la Grecia se sintió conmovida, y como en todas partes reinaba la discordia, los jefes del partido popular llamaban á los atenienses, y la faccion mas débil á los lacedemonios. Presa de la sedicion eran las ciudades; y las últimas en levantarse, aleccionadas con el ejemplo de las que las precedieran, se entregaban á los mayores excesos, deseosas de distinguirse por la gloria de la invencion, ya fuese en el arte de molestar á sus enemigos, ya en la atrocidad, hasta entonces inaudita, de sus venganzas. En medio de la paz, los ánimos están mas blandos, la guerra da lecciones de violencia y modifica los hábitos de los ciudadanos segun la aspereza de sus rigores.»

Afortunadamente podemos calificar á Tucídides de exagerado, apelando á sus propias palabras; porque en la continuacion de su historia no presenta ningun ejemplo semejante á los anteriores.

Constancia de los atenienses; ocupacion de Pilos y de Esfacteria (425).

El Atica, la Eubea y toda la Beocia, particularmente Orcomena, experimentaron temblores de tierra: parecia como que la naturaleza quisiera tomar parte en aquellas conmociones generales. La peste jamás habia penetrado en el Peloponeso; pero volvió á diezmar á los atenienses durante todo un año. Desde su primera aparicion les habia arrebatado cuatro mil trescientos hoplitas, trescientos caballeros, y otras numerosas víctimas de entre los demás pobladores. Estos fueron los últimos golpes del

azote. Para aplacar al dios que enviaba y arrojaba la peste, purificaron los atenienses la isla de Apolo. Exhumaron todos los restos mortales enterrados en Delos, y prohibieron para en adelante el vivir y el morir en su recinto. Los enfermos eran trasladados á la cercana isla de Renea. Instituyéronse juegos y corridas de caballos que debian celebrarse cada cinco años.

Lo que prueba que el pueblo de Atenas no habia permanecido ajeno á las grandes empresas realizadas por Pericles, es que al cabo de cuatro años de haber perdido á tan ilustre jefe, habia demostrado contra el doble azote de la peste y el hambre, la constancia que tanto le recomendaba el eminente patricio: ni dió lugar á turbulencias dentro de la ciudad, ni procedió guiado por mezquinas rencillas en la eleccion de sus jefes. En horabuena ocupase Cleonte la tribuna; los que tenian el mando del ejército eran generales beneméritos por sus servicios, por mas que fuesen nobles, ricos y amigos de la paz, como Demóstenes y Nicias.

En aquel mismo año consiguió Demóstenes brillantes triunfos en la Acarnania, y venció por tierra á los peloponesios. Tan grande fué la mortandad en la batalla de Olpea, que solo el general tuvo por su parte de botin trescientas panoplias, las que consagró en los templos de Atenas. La guerra de la Acarnania, sin embargo, no podia dar grandes resultados. Por un momento pareció que todo iba á quedar terminado por una atrevida resolucion de Demóstenes, el cual, navegando al derredor del Peloponeso, se fijó en la excelente posicion de Pilos, promontorio de la costa de Mesenia, que domina la rada actual de Navarino. Discurrió Demóstenes que si llegaba á apoderarse de Pilos y establecer en su territorio una poblacion de mesenios, habria logrado aplicar, digámoslo así, una antorcha encendida al Peloponeso. Consiguió del pueblo ateniense el permiso oportuno para intentar algo respecto á esa idea; mas cuando la flota que iba á Corcira y á Italia llegó frente á Pilos, los generales que la mandaban se espantaron de su proyecto, y se opusieron á que lo realizara. Afortunadamente el viento se puso de parte de Demóstenes, y aproximando á los atenienses á la costa, les obligó á detenerse. Apenas desembarcaron, cuando los soldados con esa industriosa actividad y esa inteligencia que caracterizaban á los atenienses,

comenzaron por sí mismos, á improvisar fortificaciones y á levantar murallas, sin herramientas para tallar las piedras ni útiles en que colocar la argamasa. A los seis dias la fortificacion estaba casi concluida. En aquel sitio se quedó Demóstenes con cinco galeras.

Al saber Esparta la noticia de este hecho, se alarmó con justo motivo; porque el occidente del Peloponeso era una excelente estacion naval para los enemigos, que podian conmover toda la Mesenia, y acaso dar ocasion á los ilotas para un segundo levantamiento. Llamó pues á toda prisa á las tropas que quince dias antes habian entrado en el Atica y á la flota de Corcira, con el objeto de bloquear á Pilos por mar y por tierra. La rada de esta ciudad tenia á su entrada una isla de quince estadios de largo (2 kilom., 7), llamada Esfacteria; introdujeron en ella los lacedemonios cuatrocientos veinte hoplitas, y cerraron los pasos que daban acceso á la rada, con buques colocados proa á fuera. Por la parte del mar, la única defensa de Pilos se puede decir que consistia, en las dificultades del desembarco; y sin embargo, por este lado comenzó el ataque, cuya duracion fué incesante por espacio de dos dias. Brasidas, que tomó parte en la accion con notable valentía, quedó cubierto de heridas y perdió el escudo, que las olas llevaron á los atenienses. Nada empero habia perdido para Lacedemonia mientras continuase siendo dueña del mar; pero llegaron de Zante cincuenta buques atenienses, acometieron la flota enemiga, y despues de un furioso combate, obligaron á las naves enemigas á encallar en la playa; despues de lo cual rodearon á Esfacteria y á los cuatrocientos veinte lacedemonios que la ocupaban.

Esparta quedó consternada con esta noticia. Desde la época de Licurgo, cada dia era menor el número de los espartanos. En tiempo de aquel legislador eran tres mil; cuando la batalla de Platea, cinco mil; antes de un cuarto de siglo, quedarán reducidos á sietecientos. La pérdida de los que Atenas tenia circunvalados, era irremisible. Los eforos fueron en persona á Pílos á informarse del estado de las cosas, y no vieron otro medio de evitar aquella desgracia, que firmar un armisticio con los generales atenienses. Acordose entre ambas partes, que Lacedemonia enviaria embajadores á Atenas; que hasta su vuelta, Lacedemonia

entregaria todas las naves que tenia en la rada; que los atenienses sostendrian el bloqueo de Esfacteria; pero que dejarian pasar á los cuatrocientos veinte y dos jenizas áticas (2 litros 6) de harina para cada uno, dos cotilos (0 litros, 54) de vino, y un pedazo de carne, y la mitad de estas provisiones para los criados.

Presentáronse los diputados lacedemonios ante la asamblea de Atenas, pronunciaron un largo discurso, contra lo que tenian de costumbre, ofreciendo la paz á cambio de sus prisioneros, y añadiendo que desde el momento en que se cerrase el convenio, todas las ciudades suyas depondrian las armas. ¿Dónde estaban pues los motivos de enemistad que tantas veces habian echado en cara á los atenienses al principio de la guerra? ¿Cómo abandonaba Esparta á sus aliados y hasta una causa que antes le parecia tan justa, solo por salvar á unos cuantos ciudadanos? Pero ¿acaso el año anterior no habia vendido cobardemente á los de Ambracia despues de la derrota de Olpea? Desgraciadamente ya no vivia Pericles, que hubiera inspirado al pueblo una abnegacion provechosa. Lo que hizo Cleonte fué excitar á la asamblea á que exigiese la restitucion de las plazas cedidas cuando la tregua de treinta años. Los diputados, que no podian acceder á tamañas exigencias, se volvieron sin haber adelantado cosa alguna.

A su regreso cesó el armisticio; pero los atenienses, pretextando no sé qué violacion de sus pactos, se negaron á devolver los buques. Con esto solo consiguieron hacer patente su deslealtad, sin beneficio alguno; porque, aun cuando hubiesen devuelto los buques á los espartanos, estos no los podian utilizar de ningun modo. El peligro mas inminente para los sitiados era el del hambre; porque como la isla era muy frondosa por todas partes, era en extremo difícil recobrarla por la fuerza. A todo ilota que consiguiese hacerles llegar víveres á las manos, se le ofreció la libertad; intentáronlo algunos y lo consiguieron en efecto. Así pudieron los cuatrocientos veinte sostenerse hasta las inmediaciones del invierno; para en adelante, era de temer que hasta los atenienses de Pilos tendrian sus dificultades para procurarse vituallas. El ejército comenzaba ya á experimentar estas dificultades, cuando se supo en Atenas, y Cleonte, que habia hecho rechazar las proposiciones de los lacedemonios, se quejó de los generales y dijo con razon, que si las hostilidades

no daban ningun resultado era porque ellos carecian de resolucion. Efectivamente: en Pilos los atenienses eran diez mil contra cuatrocientos veinte. Nicias, que nunca conoció la confianza, creia que aun con tan gran número de hombres era imposible el triunfo; para comprometer á Cleonte le dijo que por qué no iba él á tomar á Esfacteria. De pronto no se resolvió Cleonte á hacerlo; pero el pueblo que tambien deseaba poner término al asunto, le cogió la palabra. Ya entonces no hubo vacilacion posible; Cleonte prometió que á los veinte dias todo estaria concluido. Tampoco se necesitaban mas desde el momento en que se pensase en llevar á cabo la empresa. Tuvo Cleonte el buen sentido de pedir que se le diese por auxiliar á Demóstenes; y tuvo tambien la prudencia de no dar paso alguno sin consultarlo con aquel entendido cólega. Pocos dias antes de su llegada á Pilos, un fuego encendido para guisar no quedó bien apagado, y con la violencia del viento se comunicó á la selva: accidente que hizo desaparecer el principal inconveniente para los atenienses. Demóstenes preparaba el ataque, y lo verificó en compañía de Cleonte. Una noche asaltaron la isla con todas sus fuerzas. Las muchas tropas ligeras que llevaban tomaron rápidamente las eminencias, y desde allí comenzaron á molestar á los lacedemonios que estaban poco acostumbrados á aquellos gritos y á pelear con enemigos que herian y escapaban. Las cenizas de los árboles que se habian incendiado poco antes, volaban por el aire y les cegaban; entre esto y su turbacion nada distinguian : así fué que por todas partes se encontraban atacados, sin que sus corazas de fieltro les librasen de tantos proyectiles hasta el extremo de quedarse inmóviles en un sitio. Para que el combate fuese menos desigual, se retiraron en masa á un fuerte elevado al extremo de la isla. Ya en esta posicion les iba mejor y hasta comenzaban á rechazar á los agresores, cuando de pronto vieron aparecer sobre su cabeza, y detrás de unos peñascos, un cuerpo de mesenios que les habia rodeado. Entonces fué necesario rendirse. Antes de que lo hiciesen se les permitió consultar con los lacedemonios que ocupaban la costa inmediata, quienes contestaron lo siguiente : «Los lacedemonios os dejan en libertad para obrar como mejor os parezca, con tal que no hagais cosa vergonzosa.» Rindiéronse aquellos con sus armas; lo cual parece indicar que lo que an-

tes era vergonzoso para Esparta, ya habia dejado de serlo. En el ataque habian muerto ciento veinte y ocho. De los doscientos noventa y dos que les sobrevivieron eran espartanos los ciento veinte y pertenecian á las familias mas distinguidas. Celebraba un ateniense delante de los prisioneros el valor de sus compañeros muertos, y otro prisionero le contestó: «Las flechas serian acreedoras á mucha estimacion si supiesen distinguir entre valientes y cobardes;» respuesta demasiado ateniense para un espartano: no hablaba Leónidas en tal sentido (425).

El triunfo de Esfacteria aumentó en gran manera el prestigio de Cleonte para con el pueblo. Aristófanes desahogó su rabia por medio de sátiras. En sus comedias, Cleonte no era mas que el *Paflagon*, el infame esclavo que se capta el cariño del viejo Demos (pueblo), y sirve á su amo el pastelito de Pilos que solo Demóstenes habia amasado. Limitémonos empero á observar que si bien Demóstenes es realmente acreedor á la gloria de aquel triunfo, Cleonte llevó á él toda su energía, que bien sirvió de algo; que ni aun Tucídides le echa en cara que se condujese mal como soldado ni como jefe, y por último, que cumplió lo que habia prometido.

El equilibrio ya no existia: la fortuna se declaraba por los atenienses, que llevaron á cabo sus propósitos con singular energía. Nicias, al frente de un ejército considerable, desembarcó en el istmo, derrotó á los corintios, fué á la Argólida, donde tomó á Metana, y asoló despues sus campos la guarnicion que habia dejado (425). Al año siguiente se apoderó de la isla de Citera, cercana á la costa meridional del Peloponeso, y por consiguiente á propósito para detener á los buques que por allí pasasen, y tambien para hacer excursiones; á mas de que reunia las circunstancias de tener costas en el mar de Creta y en el de Sicilia, en donde los atenienses tenian á la sazon una flota. La importante posicion de Citera fué causa que se impusiera á sus habitantes condiciones muy suaves. Nicias les dió una guarnicion ateniense; pero no les exigió mas que un tributo de cuatro talentos.

Despues que este general hubo desolado la Laconia por espacio de siete dias, volvió hácia Tirea en la Cinuria, en donde los espartanos habian establecido á los eginenses; tomó por asalto la

ciudad en presencia de un ejército lacedemonio, que no se atrevió á defenderla, y pasó á cuchillo á todos los que la ocupaban. A este acontecimiento se suele achacar con visos de verosimilitud una sangrienta tragedia cuyo teatro fué Esparta : el asesinato de los dos mil ilotas, de que hemos hablado al principio de esta historia, para debilitar y aterrar á cuantos las victorias de Atenas pudiesen inspirar deseos de rebelarse.

Al mismo tiempo Demóstenes pudo haber hecho una conquista mas importante. Reinaba en Megara la discordia : uno de los bandos logró por fin desterrar al bando enemigo; mas los proscritos retirados en Pegea, causaban grandes daños en toda la Megárida, que tambien los atenienses iban á talar generalmente todos los años. Esta situacion era tan cruel, que parte del pueblo conspiró con el objeto de abrir las puertas á los atenienses. Esta conspiracion tuvo mal éxito; pero á lo menos Demóstenes supo aprovecharla, apoderándose de Nicea y de los Largos Muros. Brásidas, que á toda prisa se habia dirigido á Megara, hizo entrar en ella á los desterrados. Se les habia hecho jurar el olvido de lo pasado; mas dieron muerte á cien de sus adversarios, y desde entonces quedó Megara sometida á la oligarquía mas recelosa.

Véase como Atenas tomaba en todas partes la ofensiva; Esparta parecia estar paralizada. Ya no se movia, ya no tomaba resolucion alguna; la pérdida de tantas posiciones importantes, de sus mejores guerreros, de sus ilotas que desertaban todos los dias habian sembrado el miedo en su seno. El mar la espantaba; sus ejércitos de tierra nunca la parecian bastante numerosos; y se dirigió al gran rey pidiéndole socorros con mas vehemencia que nunca, vendiendo así la causa de toda la Grecia y su antigua gloria de las Termópilas. Los atenienses detuvieron en Tracia al persa Artafernes. En la carta de que era portador, se quejaba el rey de no acertar á comprender las intenciones de los espartanos; puesto que cada uno de ellos le decia una cosa diferente; por cuyo motivo les mandaba una persona que se pusiera de acuerdo con ellos. Procuró Atenas neutralizar estos esfuerzos de Lacedemonia, y aun quizás conquistar para sí el buen afecto del rey, de manera que despidieron con gran cortesía al mencionado embajador para su país, y le dieron un cortejo de

hombres distinguidos. Era indudable que la Grecia estaba dispuesta desde aquel momento á dar un vergonzoso espectáculo que no pudo evitar mas adelante : los hijos de los vencedores de Salamina y de Platea á los piés del sucesor de Jerjes. Por fortuna al llegar á Efeso los diputados atenienses recibieron la noticia de la muerte del gran rey, y se volvieron.

Sin embargo, con esta desgraciada idea Atenas habia hecho traicion á su historia y á su destino y poco tardó en expiar este crímen con sus reveses.

El hábil plan de Demóstenes tuvo buen éxito; el Peloponeso estaba rodeado de enemigos; faltaba cerrar el istmo, y los espartanos quedaban encerrados en su península. Era fácil hacerlo ocupando á Megara, y mas fácil todavía si se atraia á la Beocia á la alianza de Atenas. La tentativa contra Megara no habia tenido buen éxito; por consiguiente Demóstenes volvió á su proyecto sobre la Beocia. Estaba en buenas relaciones con algunos beocios que se comprometian á hacerle dueño de Queronea, y él en persona debia tomar por sorpresa á Sifea, situada en el golfo de Crisa; así como el general ateniense Hipócrates, tenia órden de apoderarse de Delion, por la parte de la Eubea. Estos tres golpes debian darse en un mismo dia. Por desgracia el proyecto dejó de ser un secreto, y hubo malas inteligencias entre los encargados de realizarlo. El resultado fué que fracasó la empresa respecto á Sifea y Queronea, y que retrasándose Hipócrates de algunos dias, vió caer contra él todas las fuerzas de los beocios, cuya division hubiera sido segura, si se hubiese seguido el consejo de Demóstenes. A pesar de todo Hipócrates habia tenido tiempo para fortificar el templo de Apolo en Delion. Los beocios clamaron contra el sacrílego, atacaron á los atenienses, y les mataron mil hoplitas. En esta batalla Sócrates salvó al jóven Jenofonte, que estaba herido, como habia salvado á Alcíbiades en Potidea, y con su amigo Laques, y otros valientes, se retiró paso á paso ante la caballería tebana; y mientras tales muestras de valor estaba dando, Aristófanes escribia la comedia titulada *Las Nubes*. Los vencedéros recobraron á Delion en seguida; de manera que de esta empresa nada absolutamente quedó para los atenienses.

Esparta no tenia en verdad mas que un solo hombre: Brásidas,

pero este era tan inteligente como animoso. Lo que Atenas habia hecho contra Esparta en Pilos, Citera y Metana, él quiso hacerlo contra Atenas en la Calcidia y la Tracia. Al principio de la guerra, Atenas habia comprometido á Perdicas, rey de Macedonia, para que entrase en su alianza, y habia ganado el afecto de Sitalces, poderoso rey de los odrisos, cuyo territorio se extendía desde el mar Egeo hasta el Danubio, y desde Bizancio hasta las orillas del Estrimon, camino de treinta jornadas. Las instancias de Atenas habian conseguido que Sitalces invadiese la Macedonia en 429, al frente de ciento cincuenta mil hombres; pero despues el celo de este se habia entibiado, y Perdicas no habia dejado nunca de perjudicar en secreto á los atenienses. En el momento á que nos referimos, estaba aconsejando á Esparta que enviase una expedicion á las costas de Tracia y á la Calcidia, porque muchas de sus ciudades no esperaban mas que una oportunidad para sacudir el yugo de los atenienses. Desposeer á Atenas de aquel país, que le proporcionaba maderas de construccion, era atacarla en su marina y en su fuerza; y además, llevando la guerra hácia el norte, se la alejaba del Peloponeso, que desde algun tiempo estaba sufriendo toda suerte de calamidades. El encargado de realizar esta obra fué Brasidas; encargo tantó mas difícil, cuanto que para desempeñarlo le dieron por soldados unos ilotas armados como los hoplitas, á quienes Esparta alejaba de su seno temiendo que se rebelasen. Otro de los inconvenientes, era que este ejército tenia que hacer el viaje por tierra, es decir, atravesar la Tesalia, país aliado de los atenienses. Todas las dificultades las venció Brásidas con su habilidad y con una flexibilidad de genio muy rara en un lacedemonio. Él supo acallar los temores de los tesalos, y llegar al territorio de Perdicas. Este príncipe deseaba que aquél le ayudase á derribar á Arribeo, rey de los lincestos; pero Brásidas conoció que en caso de conseguirlo, el macedonio quedaria demasiado fuerte. El único medio de encontrar siempre aliados en aquellas comarcas, consistia en conservar en ellas las divisiones. En este concepto se negó Brásidas á las proposiciones de Perdićas, y enojándose este, redujo la cantidad que pagaba á las tropas de Lacedemonia, cuyo general se apresuró á entrar en Calcidia. En Acanto, que fué la primera ciudad que encontró, los ánimos no estaban de acuerdo. Brási-

das era elocuente porque los descalabros sufridos por los espartanos le obligaron á cultivar un arte que tanto habian desdeñado. Solicitó que le permitiesen entrar en la ciudad á él solo, recordó el desinterés de Lacedemonia, cuyos magistrados le habian prometido bajo los juramentos mas sagrados (segun él decia) respetar las leyes de los pueblos que entrasen en su alianza; y añadió á estas promesas de libertad las amenazas: «No aspiramos á la dominacion; pero cuando tanto nos interesamos en reprimir á los que quieren usurparla, seríamos injustos para con la mayoría, si al proporcionar la libertad á todos dejásemos que vosotros os opusierais á nuestros designios.» Vacilaron largo tiempo los de Acanto en separarse de Atenas, contra la cual no tenian motivo de queja; mas venció por fin el partido favorable á Esparta, y se abrieron sus puertas para Brásidas.

Por este medio se apoderó igualmente tambien de Estagira, y la misma Anfipolis cayó en sus manos. Habia entrado por sorpresa en uno de los arrabales de la ciudad; y aun cuando esta se mostraba decidida á la resistencia, supo aplacar á sus habitantes con las condiciones que les presentó, que eran permitir á todos, así anfipolitanos como atenienses, la permanencia en el país, conservando sus derechos y bienes; y conceder cinco dias de tiempo á los que quisieran marcharse, llevándose todo cuanto poseian. Largo tiempo hacia que la guerra no presentaba rasgos de humanidad, y era un espartano el que daba el ejemplo! Conviene tambien tener presente que los aliados de Atenas no mostraban mucha prisa por sacudir un yugo que, segun se vé por los hechos, era menos odioso y duro que las declamaciones de los retóricos que de él nos han hablado.

La aproximacion de un contrario tan enemigo como Brásidas y los golpes que acababa de dar, deberian haber estimulado á los generales de Atenas, que estaban en aquella region, á concentrar todas sus fuerzas en el continente y no léjos de Anfipolis, por ser el principal establecimiento de los atenienses en aquel lado. Uno de ellos se hallaba á la sazon en Tasos, donde nada habia que guardar; y por haber llegado demasiado tarde, solo pudo salvar á Eion. El pueblo castigó tan notable negligencia á propuesta de Cleonte, con un destierro de veinte años. La posteridad tiene que agradecer una obra maestra á esta sentencia;

pues el desterrado fué Tucídides, que empleó sus ocios en escribir la historia de la guerra del Peloponeso.

Los sucesos que acabamos de referir inclinaron á los dos partidos á suspender las hostilidades. Los dos grandes Estados acordaron una tregua de un año, así entre ellos como entre sus aliados (423), y convinieron en que entretanto conservase cada uno lo que entonces poseia. Los pueblos de la liga del Peloponeso quedaron autorizados para navegar por los mares que bañaban sus costas y por los de sus aliados; mas no les era permitido servirse de buques largos. Los firmantes del tratado debian asegurar á todos el libre acceso al templo del oráculo de Apolo Pitio; no recibir á los tránsfugas libres ó esclavos; proteger á los heraldos que viajasen por mar ó por tierra, para desvanecer cuestiones; y últimamente facilitar por todos los medios posibles el arreglo de una paz definitiva.

Mientras que se hacia en Atenas este tratado, Brásidas entraba en Escionea en la península de Palene, donde le recibian con los brazos abiertos, le regalaban una corona de oro, y adornaban su frente con cintas como se hacia con los atletas vencedores. Esta conquista se habia verificado dos dias despues de la tregua; de manera, que tenia que ser restituida, pero Esparta se negó á ello y volvió á comenzar la guerra. Nicias, acompañado de numerosas fuerzas, recobró á Escionea primero, y á Meudea despues, que se la entregó el mismo pueblo, y atrajo á Perdicas á la alianza de Atenas, mientras que Brásidas fracasaba en su proyecto contra Potidea. Al año siguiente Cleonte fué nombrado general. Deseaba que Atenas hiciese un grande esfuerzo por aquel lado, como habia hecho antes en Pilos, y tenia razon; porque era necesario poner á todo precio un dique á los progresos de Brásidas. Comenzó por apoderarse con alguna habilidad de Toronea y Galepsos y despues se dirigió á Anfipolis. Detúvose algun tiempo en Eion, esperando á los auxiliares que debian llegarle de Tracia y de Macedonia; pero inquieto con la impaciencia de sus soldados, fué á acampar á una eminencia que estaba enfrente de la misma Anfipolis. Brásidas, que estaba en la ciudad, sorprendió á los atenienses en un movimiento falso, y obtuvo una victoria completa, aunque le costó la vida. Tambien murió en la accion Cleonte, que segun Tucídides (1) fué uno de los primeros en huir, y segun Diodoro,

murió como un valiente. Brásidas, verdadero héroe y hombre superior, fué llorado de todos los aliados, que acompañaron con armas sus funerales. Colocóse su sepulcro en medio de un recinto sagrado, y fundáronse en honra suya juegos y sacrificios anuales (422).

La muerte de estos dos hombres facilitaba el arreglo de la paz; porque Brásidas habia sostenido la guerra con su actividad y sus discursos, y Cleonte con sus discursos. Los descalabros de Delion y de Anfipolis habian hecho decaer los ánimos de los atenienses; los lacedemonios veian que hacia diez años que duraba con perjuicio suyo una guerra que habian emprendido con la esperanza de derribar de un soplo el poderío de Atenas; y que estaban amenazados de que estallase otra á sus mismas puertas, porque dentro de poco iba á espirar la tregua de treinta años que habian firmado con los argivos. Por fin, se encontraron al frente de los negocios dos hombres pacíficos: en Atenas el prudente Nicias y en Esparta el rey Plistonax que acababa de ser llamado del destierro á que le condenáran nueve años antes por haber entrado en tratos con Pericles. Uno y otro aconsejaron la paz, que fué firmada por cincuenta años en marzo de 421.

El tratado comenzaba, segun costumbre, por asegurar á todos los griegos la facultad de ofrecer sacrificios en Delfos, la de consultar su oráculo, y la de enviar allí teorías. Despues se convino en que cada uno devolveria lo que habia conquistado en la guerra; exceptuando Platea, que quisieron conservar los tebanos, cediendo en cambio á Atenas las ciudades de Nisea, Anactorion y Solion; condiciones que aceptaron todos los aliados, menos Corinto, Megara y los eleos. Por último, se acordó que la paz que-

(1) Segun dice uno de los biógrafos de Tucídides, el autor del destierro de este fué Cleonte, circunstancia que conviene tener presente. Aristófanes habia tenido muchas disensiones con Cleonte; pero en la comedia de *Las Ranas*, representada mucho tiempo despues (en 405), deja escapar una frase que parece explicar la animosidad del partido oligárquico contra Cleonte. Habiendo robado Hercules las provisiones de dos bodegoneros, dice el uno al otro: «Anda, llama á Cleonte, nuestro protector, y á Hiperbólos, y vamos á perder á ese miserable.» De suerte que en Atenas Cleonte tomaba la defensa de los débiles como los patronos tomaban en Roma la de sus clientes. «Un rico, dice Mr. Grote, solicitaba la elocuencia venal de Antifono; el pobre imploraba el auxilio gratuito de Cleonte.»

dase confirmada por un juramento que se renovaria todos los años y se inscribiria en Olimpia, en Delfos, en el Istmo, en la ciudadela de Atenas y en el Amicleon de Lacedemonia.

Uno de los artículos del tratado decia que se devolverian los prisioneros por ambas partes. Al regresar los de Esfacteria, se les exoneró de sus derechos de ciudadanos, como satisfaccion debida al renombre del valor espartano, mostrando así que Lacedemonia no podia creer que fuesen capaces de transigir con sus deberes, ni aun estando en inminente peligro de muerte. Verdad es que al poco tiempo se les restableció en el goce de tales derechos.

Los argivos, al ver el descontento de los aliados de Esparta, creyeron que la ocasion era á propósito para reclamar la Cinuria. Esparta, que mientras los veia solos no los temia, decidió impedirles toda alianza con Atenas; por lo cual las dos ciudades firmaron por cincuenta años un tratado exclusivo entre los dos Estados, de alianza ofensiva y defensiva y de mútua asistencia en caso de ataque ó de rebelion de esclavos. Este último punto que solo podia referirse á Lacedemonia, revela su constante inquietud.

El primero de estos tratados que puso término, aunque no muy duradero, á los males que los pueblos habian sufrido durante diez años, llevó el nombre del digno ciudadano que contribuyó á que se firmase: se llamó la paz de Nicias. Pero ¿á quién habia aprovechado tanta sangre como se derramara? Esparta nada habia ganado en fuerza ni en gloria; Atenas conservaba su imperio, y los pueblos solo habian renunciado por un momento á las feroces pasiones que los habian armado unos contra otros. Nadie habia salido ganando, y la civilizacion habia perdido todo lo que diez años de paz hubieran añadido á la gloria del siglo de Pericles.

Alcibiades.

Tucídides observó que entre las predicciones que circulaban al principio de la guerra del Peloponeso, solo se vió cumplida una despues de la paz de Nicias (1): la que aseguraba que la guerra

(1) Dice Tucídides: «Siete años y dos meses trascurrieron, sin que ninguno de-

duraria tres veces nueve años. Esta guerra tuvo efectivamente tres actos: el primero es el que hemos visto; el segundo es la *tregua mal asegurada* que corre desde 421 á 412, sin que la guerra sea general, aunque la veamos en todas partes; el tercero, de 412 á 401 contiene la catástrofe y las peripecias que la motivaron.

El primer período está lleno de Pericles: su política le sobrevive, su espíritu gobierna en Atenas á pesar de Cleonte; el segundo y el tercero están llenos de Alcibíades; de sus pasiones, sus servicios y sus crímenes.

Alcibíades era descendiente de Ayax por su padre Clinias, y de los alcmeónidas por su madre. La muerte de Clinias, acaecida en la batalla de Coronea, le dejó bajo la tutela de sus parientes Pericles y Arifron. A los diez y ocho años se encontró dueño de una de las mas grandes fortunas de Atenas. A mas de su noble sangre y sus grandes riquezas poseía tambien la belleza; que en el concepto de aquel pueblo artista, aumentaba el prestigio del talento y la virtud, cuando brillaba en la frente de Sófocles ó de Pericles, y que la estimaba como un don de los cielos, hasta en la fisonomía de un atleta. Los parásitos, los aduladores, todos aquellos á quienes atraen la fortuna, la gracia y la osadía, seguian en tumulto los pasos del jóven, que habia llegado á ser en Atenas el rey de la moda, lo cual equivale á ser una potencia. Acostumbrado á recibir aplausos hasta por las mas locas acciones en medio de sus lisonjeadores, no hubo cosa á que Alcíbiades no se atreviese, y de todo salió impune: era el niño mimado de Atenas. La fuerza de su temperamento y la flexibilidad le llevaban ya al vicio, ya á la virtud; ora á la abstinencia, ora á la orgía. Ni en la ciudad de Licurgo habia espartano alguno que le aventajase en fuerza corporal, ni habia sátrapa en Asia mas aficionado al lujo y á la molicie. Pero su audacia, su indomable petulancia, comprometian á veces con un chiste, con un desórden, sus planes de ambicion largo tiempo meditados. Un cúmulo de pasiones ardientes y encontradas le llevaban de uno á otro sendero, y siempre acompañado de excesos, sin que en aquella borrascosa agitacion de su carácter encontrase un ancla con que fijarse: el

los dos pueblos hiciese armas contra el otro, y aún solo fué interrumpida formalmente la paz al cabo de diez años; pero apesar de aquella tregua mal asegurada, se hacian mucho daño recíprocamente»

sentimiento del deber y de la justicia. Hoy le veian en casa de Sócrates, recogiendo con avidez las elevadas lecciones del filósofo y llorando de admiracion y entusiasmo; pero al otro dia le veian atravesar el agora con el traje mal ceñido, el paso indolente y el aspecto afeminado, para ir á encenagarse en vergonzosos placeres, acompañado de sus amigos condescendientes hasta dejarlo de sobra. Sin embargo, durante algun tiempo el Sábio se lo disputó con ventaja á la muchedumbre de sus corruptores. En las primeras guerras ocupaban una misma tienda. Sócrates salvó á Alcíbiades en Potidea, y este protegió en Delion la retirada de Sócrates.

Desde la infancia manifestó la naturaleza de su ánimo mitad heróico, mitad sin tino. Un dia estaba jugando á los dados en la via pública, en ocasion en que hubo de llegar un carro hasta donde él estaba. Díjole al carretero que se detuviese; mas como este siguiera adelante sin hacerle caso, echóse al suelo Alcíbiades, cerrando el paso al carro gritando: «Pasa adelante si te atreves.» Un dia se ejercitaba en la lucha con uno de sus camaradas; él era el mas débil y hubo de morder en el brazo á su adversario. «Hola, le dijo este; muerdes como las mujeres; y Alcíbiades replicó:—No, sino como los leones.» En su escudo habia mandado grabar el amor lanzando rayos.

Tenia un hermosísimo perro que le habia costado mas de siete mil dracmas; y despues que hubo causado admiracion en toda la ciudad, le mandó cortar la cola, que era su mas precioso adorno, para que continuasen hablando de él. «Mientras que los atenienses se ocupen de mi perro, no dirán cosas peores de su amo.» Estas palabras pronunció sobre aquel suceso. Un dia pasaba por la plaza pública; reinaba gran tumulto en la asamblea, y él preguntó el motivo. Se trata, le dijeron de una distribucion de dinero. Apenas lo oyó cuando empezó á tirar dinero al aire con gran regocijo del pueblo. Llevaba, conforme á la moda de la época, una codorniz amansada debajo de la capa, la cual espantada con la gritería echó á volar, y en seguida se lanzó el pueblo á cogerla para entregarla á su dueño. Alcíbiades y el pueblo de Atenas eran uno para otro. «El pueblo le aborrece, dice Aristófanes; pero no puede vivir sin él.»

Un dia apostó á que en mitad de la calle daria un bofeton á

Hiponicos, que era uno de los hombres mas respetables de Atenas, y en efecto ganó la apuesta; mas al siguiente dia se presentó ante el hombre á quien habia ofendido con tanta grosería, se quitó sus vestidos, y declaró estar dispuesto á recibir el castigo que merecia. Estaba casado con Hipareta, mujer muy virtuosa, á cuyo acendrado cariño correspondia él con la mas ofensiva conducta. Cansada ella de sufrir fué un dia á presentar al arconte demanda de divorcio; pero lo supo Alcíbiades, y corriendo á casa del magistrado, cojió en brazos á su mujer en presencia del pueblo que le aplaudia, atravesó la plaza pública, y la llevó otra vez á su hogar. Ella que ya en el acto no se habia atrevido á oponer resistencia, continuó viviendo con él, casi enamorada de aquella agradable violencia.

Alcíbiades trató á Atenas como á Hiponicos y á Hipareta. Atenas lo mismo que Hipareta é Hiponicos, le perdonó muchas veces aquella mescolanza de buenas dotes y de defectos atractivos, en cuyo fondo se encontraba siempre lo que en mas estimaban los atenienses: el ingenio y la audacia. Y efectivamente, su audacia era tal, que le llevaba á burlarse de la justicia y de la religíon. Casi se le ha perdonado el que en cierta ocasion golpease á un maestro en cuya escuela no encontró la *Iliada*; pero en las Dionisiacas, sin tener en cuenta la solemnidad del acto, hirió á uno de sus adversarios en pleno espectáculo, y otro dia, para mejor celebrar una fiesta, se apoderó de la galera sagrada que en aquel momento hacia falta para el servicio público y religioso. A un pintor que se negaba á trabajar para él, encerrólo en su casa hasta que se la hubo adornado por completo; pero al despedirle le hizo mil regalos de gran precio. Para salvar á un poeta perseguido ante los tribunales, extrajo de los archivos públicos el acta de acusacion.

Todos los anteriores hechos eran muy poco republicanos para una república; pero ¡era tanta la pasion que toda la Grecia sentia por Alcíbiades! En Olimpia hizo correr siete carros á un mismo tiempo para eclipsar la magnificencia de los reyes de Siracusa y de Cirene, y ganó dos premios en la misma corrida; y otro carro suyo fué el que llegó el cuarto. El mismo Eurípides cantó su triunfo y las ciudades escotaron para celebrarlo. Los de Efeso le dedicaron una tienda magnífica, los de Quio alimen-

taron sus caballos y le proporcionaron gran número de víctimas, los de Lesbos le dieron el vino, y toda la asamblea de Olimpia tomó asiento á las mesas del festin á que un simple particular la convidaba.

La posteridad, menos indulgente que sus contemporáneos, sin negar las eminentes cualidades del hombre, condenará al mal político que hizo la expedicion á Sicilia; al mal ciudadano que tantas veces dió el escandaloso ejemplo de violar las leyes, y que tuvo la audacia de armarse contra su patria: de levantar la mano á su madre. Alcíbiades quedará como el tipo del mas brillante, pero del mas inmoral, y por consiguiente mas pernicioso ciudadano de una república.

A pesar de su nobleza perteneció Alcíbiades, lo mismo que Pericles, al partido del pueblo, y se declaró adversario de un hombre bien diferente: del tímido, del supersticioso Nicias. Este era tambien noble, rico y probado por largos servicios; pero Alcíbiades tenia sobre él la ventaja de la audacia, la seduccion y la elocuencia. Demóstenes lo considera como el primer orador de su tiempo, no porque tuviese grande afluencia de palabras, al contrario; á veces no se le ocurrian muy á tiempo, y repetia el final de las frases; sino por la fuerza y la elegancia de su discurso, y por cierto tartajeo que no le sentaba mal y le hacian irresistible. El primer acto político de Alcíbiades fué una medida inconveniente, tal como provocar el aumento del tributo que pagaban los aliados, subiéndolo de seiscientos talentos á mil doscientos. Pericles no hubiera cometido semejante imprudencia; pero Alcíbiades tenia otras doctrinas y otros proyectos. Creia en el derecho de la fuerza, y se valia de ella; entreveia empresas gigantescas, y preparaba con tiempo los recursos necesarios. Su inaccion comenzaba á pesarle: tenia treinta y un años y nada habia hecho todavía. Cuando el tratado de 421 se agitó mucho: hubiera querido reemplazar á Nicias y que á él se le debiese la paz. Sus halagos á los prisioneros de Esfacteria no le dieron resultado alguno: los espartanos tuvieron mas confianza en el antiguo general por lo que Alcíbiades les conservó rencor eterno.

No faltaba quien rechazaba aquel tratado que con tanto aplauso acogieron los ancianos, los ricos y los labradores; pero en el cual, por culpa de Nicias, Atenas se dejó burlar completamente.

Los comerciantes que, durante la guerra, habian visto los puertos cerrados para sus competidores, los marinos, los soldados, todo el pueblo del Pireo que vivia del pré ó del botin formaba un partido numeroso. Alcibiades se hizo su jefe; y el espíritu guerrero que se habia enardecido despues de aquella gran combustion, y que no debia aniquilarse sino junto con la Grecia, le proporcionó aliados en el exterior al cabo de muy poco tiempo.

Alianza entre Atenas y Argos (420); batalla de Mantinea (418).

Esparta y Atenas hacian en grande escala lo que otras ciudades hacian en menores proporciones. Fuertes ó débiles, oscuros ó ilustres, todos abrigaban la misma ambicion: todos querian tener súbditos. Los eleos habian sometido á los lepreatas; Mantinea, los caseríos de sus inmediaciones; Tebas habia derribado las murallas de Tespias á fin de tener á esta ciudad á discrecion suya; Argos, no contenta con la destruccion de Micenas, habia tomado cuatro ciudades de la Argólida, entre ellas la antigua Tirinto, y trasladó á sus pobladores á lo interior de su ciudad, aunque concediéndoles el derecho de ciudadanía. Esparta miraba con despecho el movimiento de concentracion de las ciudades débiles al rededor de las mas fuertes; por cuyo motivo proclamó la independencia de los lepreatas, y fomentó en secreto la defeccion de los súbditos de Mantinea y el odio de Epidauro contra Argos; pero despues de los sucesos de Esfacteria, Esparta habia perdido el prestigio. En Corinto, en Megara, en la Beocia se decia de ella en alta voz que habia sacrificado torpemente los intereses de los aliados, y sobre todo causaba indignacion su alianza con Atenas. La liga del Peloponeso estaba disuelta de hecho: hubo un pueblo que pensó en renovarla en beneficio propio.

La calma y la prosperidad de que habia gozado Argos en medio del universal conflicto, habian tambien aumentado sus recursos; y su liberalidad para con los habitantes de las ciudades conquistadas, habia acrecentado sus fuerzas. Pero tambien estos habian sido un poderoso refuerzo para el partido democrático, cuya influencia impulsó á Argos en un sentido político opuesto al de Esparta; de manera que aquella podia y queria llegar á ser el nucleo de una liga antilacedemónica. Mantinea, que era tambien democrática, en oposicion á la aristocrática Tegea; los

eleos, ofendidos por Lacedemonia; y Corinto, que por el tratado de Nicias perdia dos ciudades importantes en la Acarnania, estaban prontas á aunar sus odios y sus fuerzas. Hábilmente supieron aprovechar la ocasion los habitantes de Argos. Enviaron doce diputados á todas las ciudades griegas que quisiesen formar una confederacion, de la cual debian quedar excluidas las dos ciudades Esparta y Atenas, igualmente temibles; mas no consiguieron ponerse de acuerdo. Los oligarcas de Megara y la Beocia no tomaron parte en el proyecto, y aun poco tiempo despues se inclinaron del lado de Esparta. Tegea y parte de los de la Arcadia les fueron fieles. De modo que, alentados con aquel nuevo indicio de fortuna, enviaron á Lepreon los ilotas de Brásidas rescatados, y arrojaron á los de Mantinea de una fortaleza que ocupaban en las fronteras de la Laconia. Estaba visto que sin contar con Esparta ó con Atenas no se podia dar un paso, y que era prematura toda alianza entre los Estados del Norte.

Pero existian entre las dos ciudades muchos motivos de disgusto. La suerte habia ordenado que Esparta fuese la primera en cumplir con las restituciones estipuladas en el tratado de 421. De todas sus condiciones, la mas preciosa para Atenas era la que se referia á Anfípolis y á las ciudades de la Calcidia. Esparta retiró sus guarniciones; mas no devolvió las ciudades; y sin embargo, Nicias, burlado por los éforos, hizo que el pueblo cometiese la falta de entregar los rehenes antes de que Lacedemonia hubiese puesto término á sus deslealtades. Esparta habia tomado el nombre de todos sus aliados; pero los mas poderosos se negaban á adherirse á sus tratos. Los beocios consentian en devolver á Panacteon; pero desmantelada, conservaban los prisioneros atenienses, y no concedian mas tregua que la de diez dias. Atenas que habia creido conquistar la paz se encontraba en guerra: la tenia constante en la Calcidia, y á los diez dias habia de tenerla con los beocios. En cuanto á la primera, Atenas acababa de darle una terrible muestra de su cólera. Los hombres todos de Escionea habian sido degollados en castigo de su reciente defeccion, y no en el asalto, sino en virtud de un decreto del pueblo del cual eran portadores los generales.

En todo lo cual habia mas de lo que se necesitaba para que Alcíbiades se declarase por la guerra. Antes que todo comenzó

por no permitir que los atenienses evacuasen á Pilos; lo único que se hizo, á sòlicitud de los lacedemonios, fué trasladar de esta ciudad á Cefalonia los ilotas y los mesenios que contenia. Advertido despues por los amigos que tenia en Argos, de que Esparta deseaba atraer á esta ciudad á su alianza, contestó que tambien Atenas estaba pronta á unirse con los argivos. De resultas de esta promesa, los diputados de Argos llegaron á Atenas poco antes que los de Esparta á quien inspiraba graves terrores aquella alianza. Los lacedemonios tenian plenos poderes para desvanecer toda disidencia. Ya hábian conseguido que el senado accediese á sus proposiciones, cuando temeroso Alcíbiades de que encontrasen igual aceptacion en el pueblo, echó mano de un ardid el mas inconveniente. Fué á hablar en secreto á los embajadores, y les aseguró bajo juramento que les apoyaria, con tal que ellos dijesen que no tenian plenos poderes; porque de este modo no se excitaria la susceptibilidad del pueblo, y se conseguiria mejor su propósito. En efecto, al dia siguiente comparecieron aquellos ante la asamblea, y al preguntarles Alcíbiades cual era su demanda, contestaron que iban á proponerles la paz, si bien no estaban autorizados para ningun acuerdo definitivo. «¡Pues cómo! exclamó en seguida Alcíbiades, ¿no dijisteis ayer ante el senado que teniais plenos poderes? ¿qué confianza quereis que nos inspiren vuestras palabras? ¡Ya lo estais viendo, atenienses, lo que pretende Esparta es hacer burla de nosotros!» Los embajadores no sabian lo que les pasaba; el pueblo se indignó, y dió la voz de guerra. Sin embargo, al dia siguiente, gracias á sus diligencias y discursos, consiguió calmar un tanto las pasiones y salir enviado por Atenas á Esparta. Pero todos aquellos sucesos habian agriado los ánimos, y aun que Nicias fué recibido decorosamente, no pudo conseguir nada. Atenas firmó al momento una alianza ofensiva y defensiva con los argivos, los mantineos y los eleos. En medio de la exacerbacion de la ira contra Esparta se firmó la condicion de que la alianza debia durar cien años: término harto remoto para semejantes caracteres.

La neutralidad de la Argólida y del centro del Peloponeso habia preservado hasta entonces á Lacedemonia de una invasion continental. La guerra, despues de vagar largo tiempo por los alrededores de la península, no se habia fijado durante los últi-

mos años, sino en ciertos puntos de las costas del Oeste, el Sud y el Este, como Pilos, Citera y Metana, todos muy distantes de Esparta; pero en aquella ocasion los argivos, los mantineos y los eleos la iban á introducir en el corazon del Peloponeso; la iban á llevar ante los mismos ilotas. Esparta volvió á ser un dechado de paciencia y de reflexion, hasta el punto de devorar sangrientos ultrajes. Los eleos habian excluido, por un decreto solemne, á los espartanos de los juegos olímpicos, como violadores de la tregua sagrada. Un espartano de distincion, Licas, hizo correr un carro en la misma carrera en que tanta magnificencia desplegó y tantas coronas obtuvo Alcíbiades. Licas ganó uno de los premios; pero los jueces, al saber su nombre, le mandaron arrojar de allí á palos. Y Esparta no tomó venganza de tamaña afrenta, porque habia perdido la fe en sí misma. Poco tiempo despues recibió otro insulto de sus propios aliados, y tambien tuvo que sufrirlo en silencio. Al tercer año de la guerra habia colonizado á Heraclea, á la entrada de las Termópilas. Atacáronla los tesalos, y la hubiesen tomado, si no hubieran acudido los beocios, que bajo pretexto de arrancarla de sus manos, se establecieron en su recinto, despues de arrojar al gobernador lacedemonio.

Por fin Alcíbiades pasó al Peloponeso con algunas tropas. En todos tiempos habia tenido Atenas amigos en la Acaya; allí procuró Alcíbiades despertar aquel antiguo afecto, y para que mas libremente pudiese manifestarse, hizo por apoderarse de un fuerte en Rion de Acaya, en el punto mas angosto del golfo de Corinto y delante de Naupacta, que ya pertenecia á los atenienses; de manera que si salia bien de su empresa, estos quedaban absolutos dueños de la navegacion del golfo. Impidiéronselo Sicion y Corinto; mas no pudieron evitar que levantase en Patras unas largas murallas, semejantes á las del Pireo, para unir la ciudad con el mar y por consiguiente con Atenas. A los habitantes de Patras les decia uno:—«El mejor dia os engullen los atenienses; y Alcíbiades contestó.—Bien podria ser; pero en todo caso lo haríamos poco á poco y empezando por los piés, mientras que los lacedemonios os engullirian de una vez, empezando por la cabeza.» En Argos persuadió al pueblo á que arrebatase á los de Epidauro uno de los puertos del golfo Sarónico; desde donde po-

drian los argivos recibir con facilidad los socorros de Atenas que poseia á Egina en frente de Epidauro. Pero los lacedemonios enviaron por mar á esta ciudad trescientos hoplitas que rechazaron todos los ataques. Al saber los atenienses esta noticia, escriben al pié de la columna que contenia el tratado, que Esparta acababa de violar la paz, y vuelve á emprenderse la guerra (419).

Los lacedemonios entraron en la Argólida mandados por Agis, con los contingentes de la Beocia, Megara, Corinto, Pelene, Fliunte y Tegea. El general argivo, separado de la ciudad por una maniobra habil, propuso una tregua que Agis aceptó. No era esto lo que deseaban los atenienses que acababan de presentarse. Alcíbiades dirige la palabra al pueblo de Argos, y lo arrastra detrás de sí; rómpese la tregua, dirígese aquel á Orcomena y la toma. La culpa de aquella violacion recayó en Agis. Irritados los espartanos al ver que habia dado á los enemigos el tiempo necesario para ganar á Orcomena, iban á desterrarle y á arrasar su morada; pero cedieron al fin á sus súplicas, y le perdonaron. Gracias á este suceso se acordó que en adelante acompañaria á los reyes en la guerra un consejo de diez espartanos.

Agis, deseoso de reparar su falta, corrió en busca de los aliados á quienes encontró cerca de Mantinea. La izquierda de los lacedemonios fué destrozada; pero la derecha, al mando del rey, restableció las condiciones del combate y ganó la victoria. Esta batalla, que costó mil cien hombres á los aliados y mas de trescientos á los espartanos y es, en concepto de Tucídides, la mas importante de cuantas habian dando los griegos en mucho tiempo, restauró la fama de Esparta en el Peloponeso, y la preponderancia de los ricos en Argos, los cuales suprimieron la comuna popular, mataron á sus jefes, é hicieron alianza con Esparta: tratado que rompia la reciente confederacion de Atenas, Elis, y Mantinea. Esta en particular se creyó en bastante peligro por su defeccion, para consentir en humillarse otra vez á ser aliada de Esparta. En Sicion y en la Acaya los oligarcas se volvieron á levantar ó se consolidaron. Esparta parecia mas poderosa que nunca. Pero un crímen análogo á lo que establecieron en Roma las libertades del pueblo, dió motivo (segun dice Pausanias) á que al cabo de ocho meses presenciase Argos la caida de sus tiranos. Los grandes, arrojados del país, se refugiaron en Esparta,

mientras que el pueblo, hombres, mujeres y niños, trabajaba en unir la ciudad al mar por medio de largos muros, despues de llamar á los atenienses. Alcíbiades se apresuró á socorrerles, llevando consigo albañiles y carpinteros que ayudasen á la obra; pero los lacedemonios, conducidos por los desterrados, dispersaron á los operarios. Estenuada Argos por tan terribles discordias, no pudo volver á levantarse; con ella pereció la idea de la alianza de los estados secundarios, que quizás hubiese evitado muchos desastres á la Grecia, obligando á los dos grandes estados á conservar la paz y cierta prudente cautela (417).

Sucesos de Melos (416).

Atenas no podia de ningun modo vivir en paz; mas lo extraño es que hacia cinco años que debia haber emprendido una expedicion, y nunca se acordaba de ello. Queremos decir que debia enseñorearse nuevamente de Anfípolis, de aquella colonia de Pericles tan importante por su comercio y marina. Pero sus consejeros habituales, Nicias y Alcíbiades, se ocupaban mas bien en sus celos que en los grandes intereses de la patria. El primero, temia las guerras y las rehusaba todas, hasta las necesarias; el segundo meditaba siempre planes, pero los queria nuevos, á fin de no encontrar en su camino las huellas de algun predecesor glorioso, y de esta manera causar mas impresion en los ánimos. Él fué quien con mayor empeño estimuló un proyecto que tambien debia terminar con una sangrienta tragedia. Los atenienses, que obraban con flojedad en la Calcidia, donde habian perdido dos ciudades, vieron al rey de Macedonia separarse de su alianza, y resolvieron vengar en Melos todos los obstáculos que se le suscitaban. La independencia de la isla dórica ofendia á aquel imperio marítimo. Presentóse ante sus costas una escuadra de treinta y ocho galeras, intimó la rendicion á sus habitantes, resistiéronse estos; sitióla un ejército, la ganó y pasó á cuchillo á todos sus pobladores desde la edad adulta hasta los mas ancianos. Las mujeres y los niños fueron vendidos. Antes del ataque, los sitiados habian celebrado una conferencia con los de Melos. «Para dar á nuestra negociacion el mejor sesgo posible, decian los atenienses, partamos de un principio de cuya fuerza estemos bien penetrados, para hacerlo aceptar á los que lo comprenden

tan bien como nosotros, á saber: que entre los hombres los negocios se verifican con arreglo á las leyes de la justicia, siempre que se ven igualmente obligados á someterse á ella; pero que los mas poderosos emplean todos sus recursos, y que los débiles no tienen mas arbitrio que ceder.» Tambien decian: «Tampoco tememos que la proteccion divina nos abandone. Ni nuestros principios, ni nuestras acciones se apartan de la idea que los hombres tienen formada de la divinidad, ni de la conducta que estos siguen. Conformes con las opiniones admitidas, creemos que los dioses (y de los hombres lo sabemos perfectamente por la necesidad de la naturaleza) dominan donde quiera que poseen la fuerza. Esta es una ley que nosotros no hemos hecho, ni siquiera somos los primeros en aplicarla; pero nos aprovechamos de ella, y la trasmitimos á los tiempos venideros. Estamos muy ciertos de que vosotros y otro cualquiera, dueño de nuestro poder, observaria la misma conducta.»

Rara vez se ha hecho una exposicion tan clara de la teoría de la fuerza (1); bastante daño ha causado á la reputacion de Atenas. Reflexionemos empero, aunque condenando el acto de crueldad perpetratado en Melos, que sino la teoría, la práctica del derecho del mas fuerte es muy antigua, es el principio que sirve de base á toda la antigüedad; ni es otra cosa la célebre máxima: *salus populi suprema lex*, tantas veces invocada para justificar el crímen. Desgraciadamente hay otros culpables además de Atenas. Si se levantara una voz que dijese á los pueblos modernos: el que se encuentre sin pecado, arrójele la primera piedra, ¿quién se atreveria á levantar la mano? ¿Acaso no verian todos levantarse á su alrededor el espectro de las naciones que oprimen ó que asesinaron un dia? ¡Cuantas víctimas no mostrarian su llanto y su sangre desde el fondo de la Siberia y de la India, desde

(1) Me equivoco: el enviado de los ingleses decia al príncipe real de Dinamarca, cuya capital iban aquellos á bombardear en plena paz: «La guerra es la guerra: el mas débil tiene que someterse á la necesidad y ceder al mas fuerte» Thiers, *El consulado y el imperio*, t. VIII, pág. 190. Por otra parte, no hay pruebas de que en efecto ocurriese el diálogo á que nos hemos referido. Tal vez Tucídides quiso reducir á fórmulas, á máximas, la política que entonces seguian por instinto uno y otro partido. Este es uno de los hechos por los cuales Dionisio de Halicarnaso le echa en cara el haber calumniado á sabiendas la ciudad que le condenó al destierro. Juicio sobre Tucídides, cap. XXXVII—XLII.

las costas de la China, y de las praderas de América, y sobre toda ola del Océano que cualquier buque inglés haya surcado! Hasta el dignísimo pueblo que mas que ningun otro ha impulsado la civilizacion moderna por la senda de la justicia; hasta ese noble pueblo ¿acaso no conserva en su espada las manchas de una sangre que nunca debió de haber derramado? Lo que es antiguo como el mundo es la fuerza; lo que lentamente se va formando es el derecho; pero tambien un dia establecerá su reinado.

CAPÍTULO XV.

Continuacion y fin de la guerra del Peloponeso.

SUCESOS DE LA SICILIA HASTA LA EXPEDICION ATENIENSE (479-415).—RESUÉLVESE LA EXPEDICION; SUCESOS DE LOS HERMES; LLAMAMIENTO DE ALCÍBIADES (415).—LENTITUD DE NICIAS; LLEGADA DE GILIPOS Á SIRACUSA (414).—LLEGADA DE DEMÓSTENES (413).—DERROTAS NAVALES DE LOS ATENIENSES; RETIRADA; DESTRUCCION DEL EJÉRCITO (413).—PELIGROS Y ENERGÍA DE ATENAS (413-412).—REVOLUCION OLIGÁRQUICA EN ATENAS (FEBRERO Ó MARZO, 411).—RESTABLECIMIENTO DEL GOBIERNO DEMOCRÁTICO.—NUEVO DESTIERRO DE ALCÍBIADES (407).—LISANDRO, CALICRÁTIDAS; BATALLA DE LOS ARGINUSOS (406).—BATALLA DE EGOS-POTAMOS (405).—TOMA DE ATENAS (404).

Sucesos de la Sicilia hasta la expedicion ateniense (479-415).

Los colonos dorios habian contado con el apoyo de Esparta. «Esparta os abandonará,» les dijeron los atenienses; y la prudente ciudad que solo consideraba las cosas bajo el punto de vista utilitario, no les envió ni un buque ni un soldado. Su inercia volvió á alentar las esperanzas de Atenas que creyó llegado el momento de adherir á su imperio la gran ciudad del occidente, cuyas divisiones interiores hacian desear á muchos de sus pueblos una proteccion extranjera.

Gelon, el glorioso vencedor de los cartagineses en Himera, habia muerto al año siguiente á su derrota (479). Siracusa, salvada y engrandecida por él, le tributaba las honras divinas concedidas á los héroes, y dejó que su hermano Hieron le sucediese en el mando. Esta fué la época del mayor poderío de Sira-

cusa. Atendiendo á un mensaje de Hieron, el tirano de Zancla y de Regio, Anaxilao, dejó en paz á los locrenses; y salvó con sus naves á Cumas, atacada por los etruscos y los cartagineses. Esta victoria fué cantada por Píndaro, y su testimonio ha llegado hasta nosotros por un casco de bronce, ofrenda de Hieron, hallado en las ruinas de Olimpia. Hieron era cruel, pero magnífico: atraia á Siracusa, la mas brillante entonces de las ciudades griegas, á Píndaro, Simónides, Esquilo, Epicarmo y Baquílido. Sucedióle su hermano Trasíbulo, y su tiranía fué causa de una revolucion, en la cual todos los griegos de la isla ayudaron á los de Siracusa á arrojar al tirano (465). Vínose abajo el poder real y se estableció el gobierno democrático en todas las ciudades; y aun no paró en esto la reaccion contra aquella dinastía. Los antiguos habitantes de Siracusa declararon incapacitados para el desempeño de los cargos públicos á todos aquellos que habian recibido de los tiranos el derecho de ciudadanía; resolucion que dió comienzo á nuevos disturbios y nuevas luchas, que hallaron eco en todas las ciudades. A tal grado llegó el desórden en toda la isla, que fué necesario reunir una dieta general; acordándose en ella que todos aquellos que habian sido desterrados por la dinastía caida, volverian al goce de sus bienes, y que á los antiguos mercenarios y partidarios de los tiranos se les cederia la ciudad desierta de Camarina con todo su territorio.

Aun así no se libró Siracusa de sus revueltas; levantáronse muchos pretendientes á quienes fué preciso derribar; y ni el ostracismo, introducido en la ciudad bajo el nombre de petalismo, pero falto quizás de las prudentes condiciones á que Clistenes lo habia sometido en Atenas, consiguió devolver la calma á Siracusa. Sin embargo, á fuerza de tiempo se fueron tranquilizando los ánimos; consolidose el gobierno republicano, y el poderío de Siracusa volvió á tomar vuelo. Sus naves purgaron el mar Tirreno de los piratas etruscos, conquistaron la isla de Elba y atacaron la Córcega (453).

En el centro de la isla continuaba existiendo, aunque diseminado en pequeñas aldeas, el pueblo verdadero propietario de aquella tierra. En aquella época todo el litoral de la Sicilia se habia helenizado. Los sículos del interior eran los únicos que defendian aun sus costumbres y su idioma contra la influencia

extranjera; pero antes de que pasasen tres siglos habian de perderlos: Ciceron ya no encontró griegos en la isla de los tres promontorios. En 452, Ducetios, uno de sus jefes, se propuso salvar aquella independencia y aquel pueblo que perecian. Persuadió á los sículos á que formasen una confederacion y edificasen una ciudad defendida por fuertes muros, como las de los griegos. Siguiéronse sus consejos, y Ducetios se encontró al frente de fuerzas bastante considerables para atreverse á atacar á Agrigento; que solicitó y obtuvo el auxilio de Siracusa. Venció primero á las dos poderosas ciudades; pero fué vencido despues, y desesperando ya de escapar á la activa persecucion de los griegos, volvió solo y de noche á Siracusa, entró de incógnito en la plaza, y se sentó al altar del agora (451). El pueblo le acogió compadecido y lo relegó á Corinto. Algun tiempo despues se escapó y volvió á la isla; pero sin acometer empresa alguna notable. Siracusa supo sacar partido de su victoria para hacer nuevos progresos en lo interior de la Sicilia; y una guerra contra Agrigento, cuyo éxito le fué favorable, dió mayor brio á sus secretas esperanzas de reducir á su dominacion toda la isla. Entonces aumentó en otro tanto la fuerza de su caballería, construyó cien triremos y dió mayor extension á su comercio. Su rival Agrigento sacaba tanto partido de sus relaciones con los cartagineses y la costa de Africa, que consumian sus vinos y aceites, que alcanzó grandes riquezas y sus monumentos eclipsaban en magnificencia los de la misma Siracusa. Los demás griegos sicilianos participaban de esta prosperidad en proporcion de su poderío. Pero iban á llegar para todos los dias de la desgracia.

Al comenzar la guerra del Peloponeso, Esparta pidió grandes refuerzos á las numerosas ciudades dóricas de la Sicilia y la Italia; prometieron estas enviarlos; pero creyeron mas conveniente aprovecharse de la impotencia á que (en su concepto) se hallaba reducida Atenas, para atacar las ciudades jónicas de la isla, como Naxos, Catana y Leontium *(Lentini)*. Esta, que estuvo estrechamente cercada en 427, envió á Gorgias á pedir socorros á Atenas. Pericles se hubiera opuesto á una expedicion tan lejana; pero á la llegada de Gorgias ya habia muerto. Atenas envió veinte galeras. Otras las siguieron pero sin dar nunca grande importancia á aquella guerra, que concluyó en 424, cuando un

excelente ciudadano de Siracusa, llamado Hermócrates, puso de manifiesto á todos los griegos de Sicilia, que Atenas no hacia mas que exasperar sus odios con el objeto de convertirlos en su provecho el dia en que celebrase un tratado con Esparta, que la dejase en libertad para hacer uso de todas sus fuerzas.

Desgraciadamente estos consejos no se tuvieron siempre presentes. Leoncion fué víctima de sus disensiones; parte de sus habitantes emigró á Siracusa. Desde el año 422 Atenas habia vuelto á formar una alianza contra la gran ciudad dórica; pero hasta 415 no halló medio de ocuparse en una expedicion grave. En una lucha que se trabó entonces entre Egesta y Selinunte obtuvo esta el apoyo de Siracusa. La otra, despues de solicitar en balde el de Cartago, imploró el de Atenas, á cuyo recinto acudian los emigrados sicilianos.

Resuélvese la expedicion; sucesos de los hérmes; llamamiento de Alcíbiades (415).

Alcíbiades, que habia sido uno de los mas ardientes sostenedores del proyecto de expedicion contra Melos, no dejó escapar la ocasion de lanzar á Atenas á una empresa mucho mas considerable, en la cual esperaba obtener algun mando. Costóle sin embargo bastante trabajo el decidir á la asamblea. Enviáronse antes exploradores, para que se enterasen de los recursos de los de Egesta; pero se dejaron engañar por groseros ardides, y no vieron mas que oro y plata allí donde solo habia miseria é impotencia; y la pintura que hicieron de las inagotables riquezas de la ciudad que les llamaba, enardeció todos los ánimos. Al poco tiempo, dice Plutarco, solo se veia en Atenas, así en los gimnasios como en los talleres y las asambleas, jóvenes y viejos que trazaban el plano de la Sicilia y discutian acerca del mar que la rodea, de la bondad de sus puertos y de su posicion frontera al Africa. Figurábaseles que les serviria de plaza de armas, para ir desde allí á someter á Cartago, y extender su dominio hasta las columnas de Hércules. Los ricos no aprobaban aquellas temeridades; pero temian que de manifestar su oposicion, no se les acusase de querer librarse del servicio y gastos de armamento de las galeras. Nicias tuvo mas atrevimiento, y aun despues que fué nombrado general, á la par de Alcíbiades y Lamacos, tomó

la palabra, manifestó cuan imprudente era el ir á buscar nuevos súbditos, cuando los antiguos se hallaban en plena rebelion, como sucedia en la Calcidia, donde no esperaban mas que un conflicto para deshacer la cadena que les tenia unidos á Atenas. Terminó Nicias echando en cara á Alcibiades que por satisfacer su ambicion lanzaba á la república á una guerra de ultramar, y la exponia á los mas graves peligros. Enumeraba las fuerzas que les serian necesarias que por lo menos ascenderian á cien galeras, cinco mil hoplitas, buques de trasporte, inmensas provisiones, etc. Pensaba de esta manera espantar al pueblo; pero levantóse uno de los demagogos diciendo que iba á desvanecer todos los escrúpulos de Nicias, y en efecto, presentó é hizo aceptar un proyecto de decreto que concedia á los generales plenos poderes para emplear todos los recursos del país en los preparativos de la expedicion.

Nicias estaba en lo cierto: la expedicion de Sicilia era impolítica, insensata. El imperio de Atenas estaba y debia estar en el mar Egeo, á su alcance, bajo su mano. Toda adquisicion allende el Peloponeso, era una pérdida. Aun cuando hubiesen conquistado á Siracusa, no hubiera permanecido mucho tiempo bajo su dominio. Cualquiera que fuese el resultado de la expedicion, no podia acarrearles sino desgracias. A mas de que, ¿no tenian en el mar Egeo á Anfípolis por recobrar, la Calcidia insurrecta por reprimir, y la Macedonia hostil por reducir á la impotencia? Pero en aquella ocasion, el pueblo lo mismo que Alcibiades estaban ébrios con su fuerza y su fortuna.

Sucedió entonces como sucedia siempre al aproximarse grandes acontecimientos: multiplicáronse los presagios y las predicciones en pro y en contra de la expedicion, á gusto de los partidos. Dodona era favorable, Delos adverso; Alcibiades habia llamado á un oráculo del templo de Ammon, cuyo prestigio, aumentado por la distancia, tenia mucho poder sobre el pueblo. Pero el astrónomo Meton no auguraba nada bueno de aquella guerra, y se decia que Sócrates estaba informado por su demonio familiar, de que tendria un éxito desastroso. Un suceso grave, ocurrido poco antes de la partida de las naves, pudo ser considerado como un presagio funesto. Una mañana aparecieron mutilados los bustos de Mercurio ó hermes que adornaban las

calles, los vestíbulos de las casas particulares y los lugares sagrados. Este insulto hecho á los dioses causó una sensacion profunda, y dió motivo á que se reuniesen en seguida la asamblea y el consejo de los Quinientos (1). Se buscó á los sacrílegos; se ofrecieron recompensas al que los descubriese, porque en concepto del pueblo la ciudad estaba amenazada de grandes desgracias, si no conseguia aplacar la justa cólera del cielo por medio de una expiacion suficiente. Alcíbiades podia tener muchos partidarios; pero tambien tenia ardientes enemigos. Poco habia faltado algun tiempo antes para que un hombre tan despreciable como Hiperbolos no le hiciese condenar al destierro; gracias á que reunidas las facciones de aquel y de Nicias hicieron recaer sobre el demagogo el fallo del ostracismo; por cierto que desde entonces quedó tan envilecido este modo de desterrar, que el pueblo no quiso volver á emplearlo contra los grandes ciudadanos. El suceso de los hermes, pareció ocasion oportuna para renovar la tentativa de Hiperbolos. Cierto número de metecas y esclavos, sin fijarse en la mutilacion de los hermes recordaron que anteriormente las estátuas habian sido mutiladas por algunos jóvenes alegres y dados al vino: así acusaban indirectamente á Alcíbiades. Otros le echaron en cara directamente, que en un festin habia parodiado los misterios de Eleusis, y se aprovechaban de los temores supersticiosos del pueblo para despertar su desconfianza política. Iban repitiendo que la mutilacion de los hermes y la mutilacion de las estátuas tenian por objeto la ruina de la democracia, y que no se habia cometido ninguno de aquellos sacrilegios sin la participacion de Alcíbiades; en comprobacion de lo cual hacian notar la aristocrática licencia de sus costumbres.

Era evidente, si bien no habia pruebas materiales de ello, que existia una trama cuyo objeto era impedir la expedicion (2) y

(1) El historiador Timeo, que escribió un siglo despues, atribuia el desastre de los atenienses á la venganza de los dioses, que para hacer mas patente su cólera habian elegido á Hermócrates, descendiente de Hermes, por instrumento de su expiacion. Timeo, Fragmentos, CIII, CIV.

(2) Hacia poco tiempo que un ejército espartano se habia abstenido de pasar la frontera para socorrer á los de Epidauro que los llamaban con instancias, solo porque los sacrificios les habian sido poco favorables. Semejantes escrúpulos re-

acabar con la influencia de Alcíbiades. Este, apesar de su ligereza y su desprecio al pueblo y á las leyes, conocia que no era conveniente dejar en pié aquellas acusaciones. Pidió que le juzgasen antes de su partida; pero sus enemigos temian que el pueblo no reconociese en seguida su inocencia por lo mucho que la expedicion le interesaba; pues al mismo Alcíbiades se debia que acompañase al ejército un cuerpo de tropas compuesto de hombres de Argos y de Mantinea. En este concepto influyeron para que se acordase, que para que no sufriese retardo la expedicion, marchase en seguida Alcíbiades y se le juzgase á su vuelta.

Era á mediados de verano. El dia fijado para la marcha, toda la poblacion, así los extranjeros como los ciudadanos, bajó al al Pireo al asomar la aurora. Todos llevaban sus amigos, sus parientes ó sus hijos. Iban llenos de esperanza; pero con cierta tristeza en el corazon, pues si bien les alagaba lo que iban á adquirir, pensaban tambien en aquellos que quizás no volverian á ver. En aquel momento comprendian mejor toda la importancia de la empresa, los peligros y la distancia; pero al mismo tiempo agradaba á los ojos el espectáculo del gran número é importancia de los aprestos, y el orgullo y la confianza mitigaban el llanto.

La flota debia unirse á los buques que habian singlado á los puertos aliados á Corcira, en cuyo caso constaria de ciento treinta y cuatro triremos, sin contar un gran número de buques de trasporte. Entre estos habia 100 triremos de la república ; Quio, Rodas y los demás aliados proporcionaban el resto. Tripulaban la flota cinco mil ciento hoplitas,cuatrocientos ochenta arqueros, setecientos honderos rodios, y ciento veinte desterrados de Megara armados á la ligera. Nunca habia visto Atenas, ni ninguna otra ciudad griega tan grande armamento en su puerto.

Cuando se hubieron embarcado las tropas y estuvieron llenos los barcos de todo cuanto necesitaban, dió la trompeta la señal de silencio. Las plegarias de costumbre no se rezaron particularmente en cada uno de los buques, sino en toda la flota á la voz del heraldo. La multitud que ocupaba la playa tomó parte en aquel rezo. Echóse el vino en las cráteras; soldados y jefes hi-

ligiosos contuvieron muchas veces á los ejércitos de Lacedemonia. Tucídid., lib. V, cap. XLV, L; Jenofonte, *Helénicos*, cap. IV.

cieron libaciones en copas de oro y de plata; despues el ejército entero entonó el pean. Entonces se agitaron los remos, hincháronse las velas, y la flota fué desapareciendo entre la bruma, en direccion de Egina. Los atenienses acababan de ver por última vez sus naves y sus soldados.

Las empresas atrevidas requieren antes que todo una ejecucion audaz, y aquellos generales no llevaban instrucciones muy bien calculadas ni exactas. Les enviaban á hacer algo grande en Sicilia; pero no les habian dicho á punto fijo cual era la gran cosa que iban á hacer. Por otra parte, Nicias lo paralizaba todo. Habia hecho bien en oponerse á la expedicion antes de que estuviese resuelta; «pero despues que procuró inútilmente que los atenienses renunciasen á ella y que le separasen del mando, ya no era tiempo de manifestar temores, de obrar con lentitud, de estar siempre como un niño mirando al buque y á la playa, ni de repetir que sin hacer caso de sus consejos le habian encargado, á pesar suyo, de aquella guerra imprudente, entibiando así la confianza que asegura el éxito en las empresas.» Por todo lo largo de las costas de Italia encontró la flota un recibimiento muy frio: las ciudades cerraban su entrada y se negaban á vender víveres; la misma Regio, aliada de Atenas en la última guerra, quiso conservarse neutral. Contaban con las riquezas de Egesta, y tres buques que la enviaron llevaron por toda contestacion la promesa de un subsidio de treinta talentos: era todo cuanto podia darles. Contaban con las ciudades jónicas, y ninguna de ellas llamaba á los atenienses. ¿Qué hacer, pues, cuando solo encontraban desconfianza ó miseria, donde esperaban hallar ardiente afecto y socorros de toda clase? Lamacos opinaba que debian marchar directamente contra Siracusa y dar la batalla al pié de sus muros. Alcibiades deseaba que ante todo procurasen separar á los sículos y las demás ciudades del partido de los siracusanos, para dirigirse despues contra Siracusa y Selinunte. Nicias se separó de uno y otro parecer; propuso el intimar á los egestanos el cumplimiento de sus promesas, y en el caso de que estos se negasen á ello, obtener por su conducto algunas condiciones aceptables de parte de los de Selinunte, y en seguida recorrer de vuelta muy pausadamente las costas de la Sicilia, para poner de manifiesto las tropas de Atenas y sus inmensos armamentos El

partido mas prudente era el de Lamacos; el peor, el de Nicias; el plan de Alcíbiades era una especie de término medio y fué el que resultó adoptado (julio 415).

Mesina cerró sus puertas, Naxos las abrió; Catana admitió en la ciudad á Alcíbiades; pero á él solo. Mientras que el pueblo escuchaba sus explicaciones en la plaza, algunos soldados se apoderaron de una puerta mal guardada. Catana entró en la alianza de Atenas, y pasó á ser la estacion de la flota. A sus aguas volvia esta en cierta ocasion, despues de un inútil ensayo sobre Camarana, cuando vieron venir la galera salaminia que llegaba de Atenas, de donde enviaban á llamar á Alcíbiades, invitándole simplemente á que se justificase; pero Alcíbiades conoció que este recado cortés era para no irritar al ejército, y que lo que le esperaba en Atenas era una sentencia de muerte.

Desde el suceso de los hermes reinaba en la ciudad un terror inexplicable; la menor cosa daba ocasion á sospechas (1). Los ultrajes inferidos á los dioses causaban espanto; porque se creia ver en ellos el indicio de una conspiracion misteriosa, temible para la república y la constitucion. El contagio del miedo se extendió tambien á Argos, que se hallaba estrechamente unida con Atenas. Un movimiento que hicieron los ejércitos de Beocia y Esparta hácia las fronteras del Ática, fué considerado como prueba de la connivencia de los traidores de lo interior y los enemigos exteriores. En Argos se dió muerte á los partidarios de la oligarquía; en Atenas fueron ejecutados diez y ocho ciudadanos acusados de sacrilegio; algunos dias despues fueron proscritos otros en número de 42; en fin hasta al mismo Alcíbiades alcanzaron los rigores. Fué llamado para que contestase á los cargos que se le dirigian en concepto de haber violado los misterios de Eleusis; pero huyó á Thurium y de allí al Peloponeso, á Argos. Antes de abandonar la Sicilia, rompió un trato que habia hecho con algunos griegos de Mesina para abrir las plazas de aquella ciudad á los atenienses. Así comenzaba la indigna venganza que estaba meditando contra su patria. En cuanto se supo en Atenas

(1) Téngase en cuenta que hasta 1789, aun en Francia, todo sacrilegio grave como lo era en Atenas la mutilacion de los hermes, no solo causaba tanto terror como cólera allí donde se cometia, sino que la ley castigaba ese crimen con el último suplicio, añadiéndole todos los refinamientos del martirio.

su fuga, le condenaron á muerte; confiscaron sus bienes, pronunciaron contra él las maldiciones, segun la forma antigua, en la oscuridad, vuelto el rostro al occidente, sacudiendo el traje de púrpura, como para rechazar al sacrílego del seno de la ciudad, léjos de la proteccion de los dioses. Solo la sacerdotisa Theano se negó á dar cumplimiento al decreto. «Sacerdotisa soy para bendecir, dijo, no para maldecir.»

Lentitud de Nicias; llegada de Gilipos á Siracusa (414).

La partida de Alcíbiades acabó de desalentar al ejército. Nicias se limitaba á pasar y repasar ante las costas y perdia la ocasion de obrar. Llegó el otoño y nada se habia hecho todavía. Siracusa habia dudado mucho tiempo de la realidad de la expedicion; Hermócrates la habia anunciado mucho antes; pero no se dió crédito á sus palabras hasta que la flota ateniense se mostró ante las costas de la Sicilia. Si hubiese atacado en el acto aun podia aspirar al triunfo. Pero dejóse á Siracusa el tiempo suficiente para volver de su asombro y hacer sus preparativos; de manera que se hallaba dispuesta para cualquier evento, cuando Nicias se resolvió, aunque tarde, á poner en práctica la idea de Lamacos. Si bien Nicias era tardo é irresoluto en el consejo, no carecia de actividad y vigor en la accion. Despues que por medio de una hábil estratagema consiguió sacar fuera de las murallas todas las fuerzas de los siracusanos, se presentó de improviso delante de la ciudad falta de tropas, desembarcó su ejército, y lo hizo acampar entre una laguna donde iba á morir el Anapos, y las vertientes de la colina Olimpieon, á fin de no estar expuesto á los ataques de la caballería enemiga. El combate que trabaron fué completamente favorable á los atenienses; pero llegando el invierno, se retiró Nicias á Naxos, desde donde envió á pedir á Atenas caballería y dinero. Al mismo tiempo apartaba á los sículos de la alianza de Siracusa, y procuraba atraer á la de Atenas á Cartago y Etruria, enemigas ambas de los griegos italiotas y sicilianos. Siracusa se dirigió por su parte á Corinto y Esparta. Alcíbiades acompañó sin rubor á sus diputados, y aun encargó á los lacedemonios que mandasen un ejército á Siracusa, mientras que ellos fortificarian en el Atica misma el puerto de Decelia, para que Atenas se encontrase con dos guerras á un mis-

mo tiempo. Al saber que le habian condenado á muerte, dijo: «Yo les probaré á los atenienses que estoy vivo;» y cumplia su palabra.

Esparta resolvió enviar en efecto á Gilipos con naves de Corinto; pero tan tardía fué su resolucion, que dió lugar á los atenienses para que al verano siguiente volviesen á colocarse delante de Siracusa (414). Por fortuna los siracusanos se habian aprovechado de la retirada de Nicias para levantar, durante el invierno, una muralla que les defendiese las cercanías de la Acradina y Ortiga, y aun iban á ocupar la cumbre del Epipolo, cuando llegaron los atenienses y les ganaron por la mano (1). Nicias bajó en seguida de aquellas alturas, construyó un vasto recinto atrincherado *(syké)*, y de allí hizo que partiesen dos muros de circunvalacion, para envolver la ciudad, que debian terminar por un lado en el puerto de Trogila y por el otro en el gran puerto. Mandó llevar á cabo con actividad estas obras, á pesar de las dificultades que ofrecia el terreno, á causa de las colinas y los pantanos. Los siracusanos, para cortarle el paso, comenzaron una muralla transversal que debia interrumpir los trabajos de los atenienses; tomáronla estos; comenzaron aquellos otra que llegó hasta el Anapos; mas tambien se apoderaron de ella los atenienses. En uno de los combates á que dió ocasion esta porfía, pereció Lamacos, que era un general hábil, valiente y activo. Aristófanes, que ridiculiza su ardor belicoso, le dá sin embargo el dictado de héroe. Era pobre y honrado. Plutarco dice de él que «cuando al volver de su expedicion daba cuentas al pueblo, siempre apuntaba entre sus gastos un vestido y dos calzados.»

Nicias quedó solo al frente del ejército. Sus últimos triunfos le valieron numerosos refuerzos de la Sicilia, de Italia y hasta de los etruscos que le enviaron tres galeras. Ya iba concibiendo esperanzas, y ya las perdian los siracusanos que hablaban de ren-

(1) En 415 Siracusa se componia de dos ciudades: la antigua en la isla de Ortiga, la nueva ó Acradina en la tierra firme á alguna distancia de aquella. La Acradina estaba fortificada y tenia dos arrabales abiertos: *Tiqué*, y lo que mas adelante se llamó *Neapolis*. La Acradina ocupaba la base de un triángulo, cuyo vértice era Epipolis. En esta punta, desde donde se dominaba toda Siracusa, estaba el fuerte Eurielé.

dirse y estaban prontos á capitular, cuando una galera de Corinto, que pudo librarse de los cruceros atenienses, anunció que se reunia una flota en Léucade y que Gilipos se hallaba en Sicilia; y así era en verdad, que habia desembarcado en Himera. Con los socorros que le proporcionaron esta ciudad, Selinunte, Gela y algunos sículos, juntó un ejército de tres mil hombres. Nicias, en vez de salirle al encuentro, le dejó entrar tranquilamente en Siracusa. En seguida variaron las cosas de aspecto. «Gilipos, dice Plutarco, envió luego un heraldo á los atenienses para que les ofreciese seguridad en su retirada, si se resolvian á evacuar la Sicilia. Nicias no se dignó siquiera contestar; y algunos de sus soldados preguntaron en tono de burla al heraldo, si la llegada de un baston y un manto lacedemonios habia comunicado repentinamente tan gran superioridad á los siracusanos, que no tuviesen mas que desprecio para aquellos atenienses que poco tiempo antes habian devuelto á los espartanos trescientos prisioneros que tenian encadenados, mas fuertes todos ellos y mas melenudos que Gilipos.»

Pero el espartano habia reanimado la confianza, restablecia la disciplina, aguerría á los soldados, y por via de ensayo sorprendió y degolló á los que guarnecian el fuerte de Labdalon. Levantó en seguida otro muro que cortó la línea de los atenienses, y lo prolongó á lo largo de las alturas de Epipolis, para apoderarse de la punta del triángulo, llave de toda aquella posicion. Nicias, en vez de dirigir sus fuerzas hácia aquel lado, confesó públicamente su debilidad y sus temores, fortificó el promontorio de Plemmirion, á la entrada del gran puerto, y levantó allí tres fuertes: esto equivalia casi á abandonar el sitio. En efecto, si en aquel punto se recibian cómodamente los socorros por mar, tambien era necesario buscar á lo léjos el agua y la leña, y los soldados no podian salir sin verse acometidos por la caballería enemiga, que se habia enseñoreado del campo. Una victoria obtenida por Gilipos y la llegada de una escuadra corintia, acabaron de convertir al ejército ateniense mas bien que en sitiador, en sitiado.

Entonces mandó Nicias un despacho á Atenas, revelando lo precario de su situacion y la inquietud de su ánimo. Dió cuenta de la llegada de Gilipos, de la inutilidad del muro de circunvala-

cion, de los descalabros del ejército y la armada; del mal estado de los buques que habian permanecido largo tiempo en el mar; de la desercion de los remeros y de los mercenarios; de la falta de recursos de las ciudades aliadas, Naxos y Catana, y por último del desaliento de los soldados y marineros. «Lo peor de todo, añadia, es que por mas general que yo sea, no tengo poder suficiente para impedir esos desórdenes, porque sois difíciles de gobernar..... Bien quisiera ocuparos de cosas mas agradables, decia al concluir; pero nada mas importante que lo que os digo, puesto que os conviene saber el estado en que este país se encuentra, para que sea objeto de vuestras deliberaciones. Por otra parte, yo que os conozco, sé que solo os agradan las buenas noticias; pero que os vengais en los que os las comunican, si los resultados las desmienten. Por eso he creido que lo mas seguro era deciros la verdad. No dudeis de qué jefes y soldados todos se han conducido muy bien; pero ahora que toda la Sicilia se ha coligado contra nosotros, y que espera un nuevo ejército del Peloponeso, deliberad partiendo del principio de que el ejército que aquí teneis es insuficiente. Es menester que lo mandeis retirar ó que envieis grandes sumas de dinero y otras fuerzas de mar y tierra, tan considerables como las primeras. Es tambien menester que nombreis al que haya de sucederme: la enfermedad nefrítica que padezco, no me permite continuar en el mando. Merezco esta condescendencia de vuestra parte, ya que os he servido bien mientras he estado bueno. Por lo demás, lo que tengais á bien disponer, debe estar preparado para principios de primavera. Nada de calma, porque no la tendrán en sus disposiciones nuestros enemigos de Sicilia; los del Peloponeso serán menos activos; pero si no andais muy sobre aviso, los unos os sorprenderán como ya lo han hecho, y los otros os ganarán la delantera.»

Llegada de Demóstenes. (413).

Esta apremiante misiva, léjos de abatir á los atenienses y de excitar su cólera contra el inhábil general, les estimuló á hacer los mas grandes esfuerzos. Votaron un nuevo armamento al mando de Deméstenes y Eurimedonte, que debian compartir con Nicias el generalato de Sicilia; al propio tiempo, casi en el mismo

dia en que Lacedemonia tomaba la resolucion de enviar á la primavera siguiente un ejército á Siracusa y otro al Atica para ocupar á Decelia. Era pues evidente que otra vez iba á generalizarse la guerra. Arrostrar tantos peligros á la vez era quizás muy heróico; pero era sin duda una grande imprudencia. Mientras llegaban los socorros prometidos, Gilipos continuaba sus triunfos. Salió de Siracusa, recorrió las ciudades hasta entonces fluctuantes, y á todas, excepto Agrigento, las atrajo al partido victorioso. Cuando volvió junto á los siracusanos, supo decidirles á que atacasen á un tiempo por mar y por tierra. Y en tanto que los atenienses contemplaban desde la orilla el combate naval, se apoderó por sorpresa de los fuertes de Plemmirion. Allí perdieron los atenienses todas sus provisiones, sus bagajes, el tesoro del ejército, y una posicion desde la cual los siracusanos podian á su vez interceptar todos los arribajes de alta mar. Dos acciones navales en que los atenienses llevaron lo peór, hicieron mucho mas peligrosa su situacion.

Llegó empero Demóstenes. «Apareció de pronto sobre el puerto á la vista de sus enemigos con un tren tan magnífico como formidable. Componíase su flota de setenta y tres buques, montábanla cinco mil hombres de infantería, unos tres mil arqueros y honderos. El brillo de las armas, los vistosos colores de sus enseñas, el gran número de los oficiales y el bélico clamor de las trompetas, todo ofrecia á los enemigos el espectáculo mas pomposo y tambien mas terrible. Los siracusanos volvieron á ser presa de la mas viva zozobra; ya no veian término para sus males, ni esperanza de mejor suerte. Pensaban perder el fruto de todo su trabajo y perecer irremisiblemente. Atenas, cuyos recursos creian agotados; Atenas, apesar de los peligros que la amenazaban en aquel mismo momento y en su propio territorio, ocupado por una guarnicion enemiga, enviaba á Sicilia un ejército mas formidable que el primero.

Demóstenes llegaba muy resuelto; queria terminar prontamente la guerra. Cuando lo hubo examinado todo, declaró que su opinion era la de atacar la muralla de los siracusanos, á fin de terminar la obra de circunvalacion. En caso de salir bien, entraria en Siracusa, sino, volveria á llevar el ejército al Atica, antes qué perder inútilmente el oro y los soldados de la repúbli-

ca. Nicias, espantado de tanta audacia, permaneció en las trincheras. Demóstenes y Eurimedonte asaltaron el Epipolo en medio de la noche con ánimo de dar vuelta á la muralla enemiga. Aquel imprevisto ataque sembró el desórden entre los siracusanos; pero los atenienses creyeron demasiado pronto haber obtenido la victoria, y se dispersaron para perseguir, mientras que el enemigo vuelto de su estupor, se concentraba para la defensa. Los beocios hicieron alto los primeros; atacaron á los sitiadores, y les hicieron perder terreno. Gracias á la luz de la luna se veian bien los bultos; mas no era fácil distinguir entre amigos y enemigos. Extraviáronse hoplitas de uno y otro bando, y la seña que los atenienses se daban de palabra para reunirse fué conocida al instante de los enemigos los cuales supieron aprovecharse de ella para aumentar la confusion. Si los argivos, los corcíreos y todos los dorios del ejército de Atenas cantaban el pean, los atenienses creian hallarse en medio de los siracusanos y herian y peleaban amigos contra amigos, que reconocian su error cuando ya era demasiado tarde. La bajada del Epipolo es estrecha; muchos de los que se veian perseguidos en aquella rápida pendiente, murieron arrojándose á los precipicios. Los que llegaron sin inconveniente al llano, corrieron casi todos á su campamento; en particular los del primer ejército, que conocian mejor el terreno; pero muchos de los que últimamente llegaron, no supieron dar con el camino, y al asomar el dia se hallaron envueltos por la caballería siracusana. La pérdida de los atenienses en aquel combate ascendió á dos mil hombres.

Despues de tamaño desastre solo quedaba un partido que tomar: habiendo fracasado la tentativa de Demóstenes, era menester retirarse de la Sicilia. Pero los ánimos apocados é irresolutos, nunca saben aprovechar la oportunidad. Cuando Demóstenes habló de hacerse á la vela, se le opuso Nicias. No se atrevia este á tomar sobre sus hombros tan grave resolucion; suponia que era necesario quedarse; que los siracusanos carecian de dinero; que su estado no era tan próspero como indicaban las apariencias. La verdad es que temia encontrarse cara á cara con el pueblo de Atenas, que habia de achacar á sus continuas vacilaciones el mal éxito de la guerra. Eurimedonte compartia en los primeros momentos el parecer de Demóstenes; mas sabiendo que

Nicias tenia ciertas relaciones en la ciudad, y al verle tan empeñado en no retirarse, sé creyó que abrigaba esperanzas que la prudencia no le permitia revelar, y cedieron todos y no se pensó en partir.

Derrotas navales de los atenienses; retirada; destruccion del ejército (413).

La penuria de los siracusanos era cierta; no era una invencion de Nicias; pero su fuerza se habia robustecido con sus recientes triunfos. Gilipos volvió á recorrer la Sicilia, y regresó con mas refuerzos; y así como habian ganado la batalla de tierra, quisieron tambien ganarla en los mares; y para impedir la retirada de los atenienses, se propusieron cerrarles la salida del puerto.

Cuando estos hubieron resuelto permanecer en Sicilia, Demóstenes, que comprendia todos los riesgos de su posicion, propuso que, á lo menos, se retirase á Catana ó á Naxos mientras pasaba la estacion de las enfermedades. El campamento era mal sano, el ejército estaba sufriendo los rigores de una epidemia. Nicias acabó por adherirse á aquella opinion, y ya se iba á poner en práctica, cuando el supersticioso general se alarmó con un eclipse de luna y volvió á negarse á dejar la plaza, consagrándose exclusivamente á celebrar sacrificios que apaciguasen las iras de la diosa. Aprovecharon los siracusanos la ocasion, atacaron las naves atenienses, apoderándose de diez y ocho de ellas, y cerraron el puerto con triremos, buques de trasporte y barcas que dejaron anclados.

Era necesario salvar á toda costa aquella barrera; resolviéronse á ello los atenienses, que aun poseian ciento diez buques y los montaron en seguida. Todos conocian la importancia de aquella lucha suprema. Los buques siracusanos estaban divididos en dos grupos: uno guardaba el paso del puerto; otro formaba fuera de él: ambos dispuestos á lanzarse sobre las galeras atenienses que consiguiesen abrirse camino. La batalla comenzó con furor desesperado: revueltos unos con otros los buques, confundidos y chocándose, se despedazaban mútuamente; rivalizaban marineros y soldados con ardor frenético; por todas partes volaban piedras y dardos. Los ejércitos de tierra ocupaban la orilla. Los siracusa-

nos obtuvieron, ventaja y echaron hácia la costa los buques enemigos, en donde los persiguieron. Fué menester que parte del ejército de tierra de los atenienses corriese al socorro de las embarcaciones de la costa, y parte á la defensa de las trincheras. Ya parecia no haber mas remedio: todo el ejército expedicionario iba á quedar prisionero. La situacion de los atenienses era en efecto, poco mas ó menos, la de los espartanos en Pilos: estaban cercados por mar, y solo un milagro podia facilitarles la salvacion por tierra.

El combate habia sido tan rudo, que uno y otro bando tenian que lamentar grandes pérdidas. Los vencedores recojieron sus cadáveres y los restos de sus naves, y levantaron un trofeo. Los atenienses ni aun pensaron en reclamar sus muertos; no pensaban mas que en huir en cuanto llegase la noche.

Demóstenes, cuyo ánimo nunca se abatía, propuso embarcar á los soldados en los buques que les quedaban, y volver á atacar los que les cerraban la salida del puerto, cuando despuntase la aurora. Hacia notar que sus buques útiles eran en número mayor que el de los enemigos; pues estos solo poseian cincuenta, siendo sesenta los suyos, y aun Nicias llegó á participar de su opinion; pero cuando quisieron ponerla en práctica, sus subordinados se negaron á seguirles; porque abatidos por el vencimiento se creian incapaces de conseguir la victoria, y se habia apoderado de ellos una idea: la de emprender la fuga por tierra.

Al dia siguiente de aquella fatal jornada se puso el ejército en marcha. Cuarenta mil hombres partieron abandonando á los enfermos y heridos que se colgaban de sus vestidos suplicándoles que no les dejasen y siguiéndoles hasta donde sus fuerzas se lo permitian. Marchaba el ejército en dos divisiones mandadas una por Nicias y otra por Demóstenes, que procuraban con el ejemplo y la palabra devolver la confianza y los brios á aquellos ánimos abatidos. En los ocho dias que duró aquella desastrosa retirada, no dejaron los enemigos de atacar á los atenienses por el frente, por los flancos y por retaguardia. Demóstenes, que mandaba esta, se vió por fin envuelto con todos los suyos en Policelion, y tuvo que rendir las armas, con la única condicion de que se respetaria la vida de sus soldados. Al saber Nicias esta nueva, hizo proposiciones á Gilipos, pidiendo que se dejase salir libremente de

Sicilia á los tropas atenienses, en cuyo caso estas pagarian los gastos ocasionados por la guerra. Estas proposiciones fueron rechazadas con desden, y continuó la guerra encarnizadamente. Al otro dia llegaron los atenienses al rio Asinaros. Acosados por la sed mientras trataban de pasarlo, se arrojaron muchos al agua, y muchos tambien perecieron en ella; porque, aparte de los que se anegaron, como los siracusanos ocupaban las alturas cercanas, con lanzar sus dardos á la ventura, tenian bastante para que se clavasen en sus enemigos. En poco tiempo se llenó el rio de muertos y se tiñeron en sangre sus aguas. Esta última derrota acabó de determinar á Nicias para rendirse á Gilipos, en vista de lo cual puso este término á aquella carnicería (21 setiembre 413).

Apenas regresaban á Siracusa los vencedores, coronados de flores y montados en caballos de ostentosos jaeces, cuando el orador Euricles propuso ante la asamblea el decreto siguiente: «El dia en que ha caido Nicias prisionero será consagrado para siempre con sacrificios y con la suspension de toda clase de tareas públicas: esta fiesta se llamará Asinaria, por referencia al rio que los siracusanos han ilustrado con su victoria. Los sirvientes y aliados de los atenienses serán vendidos en subasta; los atenienses de condicion libre y los siracusanos que hacian causa comun con ellos, serán relegados á las canteras, exceptuándose los generales, que sufrirán la muerte.» Este decreto fue adoptado. Dos hombres lo combatieron: Hermócrates en nombre de la templanza y la humanidad, y Gilipos en nombre de Esparta. Gilipos reclamaba los dos generales cautivos para llevárselos á su patria: no podia olvidar que Nicias se habia mostrado siempre benévolo para con los prisioneros de Esfacteria; que se habia opuesto á aquella guerra tan mal conducida por su culpa, y sabia además lo mucho que los siracusanos deseaban tener en sus manos á aquel Demóstenes, que tanto daño les habia causado en Pilos. Pero los siracusanos, cansados ya de la severidad rígidamente espartana de su mando, y descontentos de su avaricia y sus concusiones, rechazaron su proposicion llenándole de injurias. Los dos generales perecieron, y aun aceleraron su muerte ciertos siracusanos que habian tenido tratos secretos con ellos, temerosos de que Nicias los diese á co-

nocer como traidores. Dicen algunos que Nicias y Demóstenes fueron muertos á pedradas; pero segun Timeo, advertidos por Hermócrates de la suerte que les esperaba, ellos mismos se quitaron la vida.

Aun así fueron los menos desdichados. Los demás prisioneros fueron hacinados en profundas canteras, al aire libre constantemente, ya abrasados por los ardientes rayos del sol, ya helados por el viento de las noches de otoño. Su alimento era la mitad de la racion de un esclavo: dos cotilos de cebada y un cotilo de agua para cada uno. Los heridos, los enfermos perecian en aquel recinto sin que fuese posible enterrar sus cadáveres. El aire que allí se respiraba era mortífero, y así vivieron por espacio de setenta dias, al cabo de cuyo tiempo fueron vendidos como esclavos los que no habian sucumbido del todo á tanta miseria: primero los extranjeros, y seis meses despues los atenienses y los sicilianos.

Aquella funesta expedicion que hizo bambolear el imperio de Atenas y le arrebató sus mejores generales, parece que tambien habia de ser funesta para los jefes vencedores. El mismo salvador de Siracusa tuvo un fin desastroso. Así como su padre Cleándridas se habia vendido á Pericles, Gilipos fué acusado y convicto de muchas acciones vergonzosas, y por tanto arrojado de Lacedemonia. Hermócrates, que despues de este, fué el que mas contribuyó á la victoria, acusado de traidor, fué desterrado de su patria. Tres años despues quiso invadirla con las armas en la mano, y se le dió muerte en la plaza pública.

Solo la poesía pudo triunfar de la adversa fortuna y apagar los odios. Plutarco dice que algunos prisioneros atenienses debieron su salvacion á Eurípides, unos porque habian recobrado su libertad recitando á sus amos los trozos que habian aprendido de sus composiciones; otros, porque vagando á la ventura despues del combate, habian recibido auxilios de aquellos á quienes repetian los versos del citado poeta.

Los que tal suerte alcanzaron, al verse de nuevo en su patria, fueron á demostrar su gratitud al hombre, cuyo genio les habia servido de rescate.

Riesgos y energia de Atenas (413-412).

Aun no habia terminado la guerra en Sicilia, cuando los espartanos, siguiendo el pérfido consejo de Alcíbiades, invadian y fortificaban á Decelia, distante solo veinte y cuatro kilómetros de Atenas. Allí se habia situado Agis, que estaba asolando el país sin trégua ni descanso.

«Hasta entonces habia sufrido Atenas invasiones de corta duracion, que en los demás períodos no la impedian sacar partido de su territorio; pero ocupando los enemigos aquel fuerte, era excusado pensar en la cosecha de sus campos. Veinte mil de sus esclavos, casi todos hombres de oficio, habian huido; ya no habia para ellos ganados ni acémilas. Como la caballería estaba siempre de servicio para perseguir á los merodeadores y vigilar los movimientos del enemigo, todos los caballos quedaron heridos ó estropeados al poco tiempo. La importacion de los productos de Eubea se habia verificado hasta entonces desde Orope por tierra, atravesando la Decelia; mas fué preciso hacerla, con gran desventaja, por mar, doblando el cabo Sunio. La ciudad misma, mas que ciudad debia llamarse fortaleza. Los ciudadanos se relevaban de dia para dar guardia á sus trincheras, y por la noche, así en invierno como en verano, todos, excepto los caballeros, estaban en las murallas y los puntos dignos de ser guardados. En fin, cuando mas necesitaban el buen afecto de sus aliados, tuvieron forzosamente que aumentar los impuestos que hacian pesar sobre ellos. En lugar del tributo ordinario, impusieron un veinte por ciento sobre todas las mercancías importadas ó exportadas por mar, imaginando que así obtendrian mayores productos (Tucídides).»

He ahí los resultados de aquella aventurada y absurda expedicion. Atenas habia perdido gran número de sus defensores; habia agotado sus recursos; se habia enajenado las simpatías de sus aliados; habia atraido á su territorio, falto de tropas, la guerra que en otros dias llevara al corazon del Peloponeso. A todos estos males debemos añadir la enemistad de Alcíbiades.

Con todo, la constancia ateniense no decayó un momento: Tucídides no puede menos de confesarlo. «Al principio de la guerra, decian algunos, que si los del Peloponeso entraban en el

Atica, los atenienses podrian resistir un año; otros decian que dos; otros se alargaban hasta tres; pero nadie llegaba á cuatro. Y al cabo de diez y siete años de esta primera invasion, agotadas ya sus fuerzas por la guerra, emprendian otra en Sicilia, no menos peligrosa que la que habian sostenido contra el Peloponeso!» El desastre de Sicilia era un golpe tremendo: de pronto nadie quiso darle crédito; despues, cuando ya no pudo dudarse de su evidencia, se echó la culpa á los que habian aconsejado la expedicion; pero este arrebato duró poco; pasado el primer movimiento de ira, Atenas volvió á ser digna de sí misma; apartóse de las recriminaciones inútiles, y no tuvo otro pensamiento que hacer frente á sus enemigos antiguos y á los nuevos que vendrian sin duda al rumor de su mala suerte. Acopiáronse maderas de construccion; colocáronse quillas en los arsenales, fortificóse el cabo Sunio, para proteger el paso de los artículos de procedencia extranjera, y se creó un consejo de diez ciudadanos para que hubiese mas prontitud y firmeza en los actos del poder, así como Roma en sus crísis apelaba á la dictadura.

Parecia efectivamente llegado el momento supremo. La Eubea, el granero de Atenas, estaba prometiendo á Agis que se sublevaria, si este le enviaba algun socorro. Lesbos, Quio y Eritrea prometian lo mismo. Tisafernes, sátrapa de las provincias marítimas, y Farnabazo, gobernador de las del Helesponto, se comprometian á pagar subsidios para la manutencion y gastos de una flota. Desde las victorias de Cimon, Susa no habia hecho pagar impuestos á los asiáticos tributarios de Atenas. Mas al saber Darío la derrota ateniense, creyó que ya no debia andarse con miramientos. Del tributo que Tisafernes debia hacer efectivo por la Jonia y la Caria, no quiso rebajar la cantidad que habian dejado de pagar las ciudades griegas. Igual intimacion debió de recibir Farnabazo, y de ahí su celo en favor de los del Peloponeso. Los agentes de este habian remitido ya hasta veinte y cinco talentos; pero Lacedemonia no se dió por satisfecha, y mandó á los aliados que preparasen cien galeras. Veinte y una fueron las que se armaron; mas cuando fueron á salir del golfo Sarónico para dirigirse á Quio, en cuyo trayecto no creian encontrar un solo barco ateniense, chocaron, asombrados, con una escuadra que los hizo retroceder y naufragar en el mismo puer-

to. Antes que la noticia del imprevisto desastre llegase á las costas de Asia, Alcibiades corrió á Quio con cinco galeras lacedemonias, diciendo que formaban la vanguardia de formidables armamentos. Los nobles de Quio consiguieron arrastrar al pueblo á la defeccion, aunque les costó mucho trabajo persuadirlo (1). Eritrea y Clazomena primero, y despues Teos, Lebedos y Erea, y por último Mileto, entraron tambien en la confederacion peloponesiana.

Alcibiades solo vendia á su patria; el general espartano que lo acompañaba era traidor á la Grecia entera al firmar con Tisafernes un tratado que entregaba al gran rey todos los griegos del Asia, inclusos los de las islas; puesto que Esparta consentia en darle todas las ciudades que ni él ni sus antecesores habian poseído en tiempo alguno (412).

De manera que la lucha antes circunscrita á los límites occidentales del mundo griego, iba á tener el Oriente por teatro. Todas las fuerzas enemigas se acumulaban hácia aquella direccion. Atenas, que imaginaban habia agotado sus recursos y sus fuerzas, fué enviando una tras otra ciento cuatro galeras que hallaron un punto de apoyo y un excelente apostadero naval en Samos. El pueblo de esta isla, escarmentando en la traicion de los nobles de Quio, desterró á los suyos para que no le obligasen á romper los lazos que lo unian con la ciudad (por cuyo medio prosperaba su comercio), y á unirse con los que acababan de entregar vergonzosamente al gran rey la libertad de los griegos de Asia. La flota ateniense defendió á Samos, recobró á Lesbos y Clazomena, y venció cerca de Mileto á los del Peloponeso (se-

(1) Tucídides, lib. VIII, cap. IX, XIV y XXIV. Por lo demás igual observacion se puede hacer, respecto á la defeccion de Lesbos, Acanto, Torona, Meudea, Anfípolis, etc. En todas partes se opone el pueblo á los cambios que los grandes provocan y llevan á cabo. El imperio de Atenas no era por consiguiente impopular, sino para un solo bando, y no para la masa general de los aliados. Lo he dicho ya repetidas veces: pero no puedo menos de repetirlo, siempre que viene al caso, pues veo que hasta el presente se ha dado crédito á la opinion contraria, que casi admite todo el mundo, excepto Thirlwall y Grote en sus obras. La revolucion democrática de Samos, de que se habla mas adelante, demuestra lo mismo. La prosperidad de los aliados de Atenas era tal, que Tucídides llamaba á los habitantes de Quio, «los mas ricos de los helenos.» Lib. VIII, cap. XXV. Despues de Esparta, era la poblacion que poseía mas esclavos. Wallon, tom. I, pág. 319.

tiembre de 412); mas no pudo evitar la defeccion de Gnido y Rodas. A las naves de Lacedemonia se habian unido galeras de Selinunte, Siracusa y Thurium, y Tisafernes les prometia el próximo auxilio de una gran flota fenicia.

Revolucion oligàrquica en Atenas (febrero ó marzo de 411).

Atenas peleaba sola contra todos; mas no podia prolongar tamaño esfuerzo. Un acontecimiento inesperado, la ruptura de Alcíbiades con Lacedemonia, le proporcionó algun descanso. Aquel hombre singular habia admirado á los espartanos por la gracia y facilidad con que habia adoptado sus usos y costumbres. Parecia que en toda su vida hubiese comido otra cosa que aquel pan moreno y aquel caldo negro, y que los ejercicios de los espartanos hubiesen sido la educacion de su infancia. Sin embargo, el calavera no pudo menos de manifestarse hasta el punto de ofender profundamente al rey Agis, que buscó modo de que lo asesinasen. El mismo gobierno, alarmado en vista del ascendiente que Alcíbiades adquiria entre los griegos de Asia, dió órden para que lo matasen. Esto era hacer justicia al estilo del gran rey. A lo menos Atenas no heria sin haber juzgado en forma. Noticioso Alcíbiades de los proyectos que abrigaban aquellos á quienes tan bien habia servido, abandonó su puesto y fué á colocarse bajo el amparo de Tisafernes. Mas no le bastaba hacerse compañero de las orgías del sátrapa; una vez arrojado de Esparta, necesitaba recobrar el afecto de Atenas por sus servicios. Hizo presente á Tisafernes cuan peligroso era entregar á un solo pueblo el mar y la tierra; díjole que mejor seria para los intereses del gran rey equilibrar el peso entre Esparta y Atenas, y dejarlas que se arruinasen mútuamente, y que supuesto que por entonces la que llevaba ventaja era Esparta, convenia reducir desde luego los subsidios que el sátrapa la enviaba y no favorecerla con los socorros que debia recibir de Fenicia.

Tisafernes puso en práctica este plan que en su avaricia creyó tan conveniente á su política como á sus intereses. Con cierta cantidad de dinero discretamente repartida entre los jefes de la flota del Peloponeso, se consiguió que perdiesen en el ocio un tiempo precioso. Solo Hermócrates, siracusano, dejó de manchar sus manos con el oro del gran rey. Alcíbiades supo sacar parti-

dó de este cambio, dirigiendo sus emisarios secretos á las fuerzas atenienses que se hallaban acampadas en Samos. Esos emisarios decian á los trierarcas y á los ricos, enemigos todos de las instituciones populares, que solo Alcíbiadés podia cambiar su suerte, que tan enemiga se les mostraba hacia ya cuatro años. Presentábanle á los ojos de estos como hombre que tenia suspendidos sobre Atenas la alianza y los tesoros, ó la cólera y las armas del gran rey: es decir, la victoria ó la ruina. Alcíbiadès, que habia conseguido privar á los espartanos de los subsidios que recibian, podia conseguir tambien que les fuesen devueltos; él era el que habia detenido en sus puertos los ciento cincuenta barcos fenicios, así como podia hacer que volasen á reunirse á la flota del Peloponeso. Así decian los emisarios; pero añadian tambien que Alcíbiades no se podia contar seguro en Atenas, mientras cupasen el poder los que lo habian desterrado.

Estas palabras hallaban fácil acogida en los principales jefes del ejército. Desde la muerte de Cimon, la nobleza se contentaba con manifestar sus opiniones por medio de los sarcasmos de Aristófanes y de los cómicos. Las públicas calamidades reanimaron sus esperanzas, y les afirmó en su resolucion de salir de aquel estado. Cuánto mas se prolongaba la guerra, cuanto peores iban siendo sus resultados, tanto mas se aumentaban las cargas de la trierarquía. A lo menos, mientras la victoria siguió las banderas de Atenas, el botin ofrecia indemnizaciones; pero al punto á que se habia llegado, ya no habia mas que peligros y gastos ciertos y frecuentes. El pobre que no tenia mas que su vida, bien miserable á veces, la lanzaba á los peligros con patriótico abandono; el rico tenia que temer otra cosa: la ruina. Sin estas noticias no podríamos comprender las escenas que siguen ni la tiranía de los treinta. Los ricos no profesaban odio mortal á la libertad; pero sí odiaban con violencia las instituciones que, en épocas calamitosas, hacian insoportable la condicion de aquellos que creian que los sacrificios hechos al honor y al poderío de la patria debian tener un término.

Para dar mayor fuerza á su oposicion, hacia largo tiempo que los nobles se habian organizado en sociedades secretas, cuyos individuos, obrando todos de concierto, podian en un momento dado, ganar una eleccion en el Pnix, ó dejar sin efecto en el con-

sejo de los heliastas la acusacion que amenazase á cualquiera de los conjurados. Llamábanse *heteristas*, y lo fueron los amigos de Cimon, que en Tanagra se hicieron dar muerte para evitar que recayese una sospecha sobre su nombre. Sin embargo, la época de los nobles sacrificios habia pasado. Las heterías á que nos referimos solo pensaban en derribar el gobierno. Muchos de los jefes del ejército de Samos formaban parte de dichas sociedades secretas. El hombre que tantas quejas tenia del pueblo les pareció un instrumento útil.

Frinicos fué el único que comprendió que á Alcíbiades nada le importaban la oligarquía ni la democracia, y una y otra vez expuso que seria vergonzoso deponer las leyes de la patria á los piés de un desterrado, y que seria muy peligroso restablecer en las ciudades aliadas un gobierno oligárquico, cuyo primer pensamiento habia de ser entrar en tratos con Lacedèmonia. Nadie paró la atencion en este discurso, y los diputados se dirigieron á Atenas, presididos por Pisandro. El primer recibimiento que se les hizo fué de gritos y reclamaciones. Pisandro iba preguntando á los que se oponian, qué recursos ofrecian para salvar la patria, y como todos tenian que confesar que nada poseian, les replicó con altivez: «Pues bien, solo volveremos á poseer algo siendo mas modestos en nuestra política, concentrando la autoridad en un corto número de ciudadanos, para inspirar confianza al rey, y prescindiendo un poco, en estos momentos, de la forma de nuestro gobierno, y volviendo en cambio el pensamiento á la salvacion comun. Si en lo sucesivo vemos algo que nos desagrade, tiempo tendremos para desecharlo; ahora lo que mas nos conviene es llamar á Alcíbiades, único medio de que nuestra situacion mejore.»

La peticion de Pisandro no fué otorgada en el acto; habia mucha vacilacion en renunciar á aquella democracia glorificada por Arístides y Pericles, y enlazada á todas las grandes obras realizadas por espacio de un siglo. Viendo los nobles que la persuasion no surtía efecto, apelaron al terror. Las sociedades secretas, dirigidas por Antifon, se propagaron, y poco á poco la ciudad quedó envuelta en una conspiracion inmensa. Androcles, el primer orador del pueblo, fué muerto á puñaladas. Otros jefes populares fueron tambien asesinados, sin que se persiguiese á sus matado-

nos, y la asamblea general y el consejo de los quinientos no volvieron á deliberar, sino atemorizados por la audacia de los asesinos. «Nadie, dice Tucídides que pinta con muy sombríos colores el cuadro de aquella tiranía de los conspiradores oligarcas, nadie se atrevia á alzar la voz, porque el menor indicio de oposicion llevaba inevitablemente á la muerte.» Para que fuese imposible todo movimiento en contra, Pisandro habia llevado consigo de *Tenos*, Andros, Caristos y Egina, y otras ciudades en donde habia devuelto la influencia á los ricos, trescientos hoplitas que servian de guardas á los facciosos. Cuando se hubo logrado paralizar toda resistencia, Pisandro pidió en una asamblea del pueblo, celebrada fuera de la ciudad para que la oposicion no concurriese á ella, que se nombrase á diez ciudadanos con plenos poderes para revisar las leyes.

La nueva constitucion no pareció á primera vista muy diferente de la antigua. En lugar del consejo de los quinientos habia uno compuesto de cuatrocientos individuos; en lugar de la asamblea general, una de cinco mil ciudadanos, elegidos segun su condicion y su clase. Bien sabemos que bajo el gobierno democrático las asambleas populares nunca fueron tan numerosas; pero en cambio entonces todos los ciudadanos tenian derecho á tomar parte en ellas. Despues ya no hubo mas que cinco mil elegidos, cuyos nombres no se publicaron en algun tiempo; y por otra parte su convocacion dependia de la voluntad del consejo de los cuatrocientos, cuya autoridad era ilimitada, y que por su manera de ser ofrecia toda clase de garantías á los nobles (1), y por último, á fin de alejar á los pobres de las funciones públicas, se acordó que solo habia retribuciones para los que se dedicasen á la carrera de las armas.

El dia en que se puso en práctica la nueva constitucion, se vió patentemente la violencia que se habia cometido con el pueblo. Se colocaron cuerpos de guardia en muchos puntos de la ciudad; una partida de ciento veinte hombres armados acompañó al nuevo consejo reunido para tomar posesion del lugar donde debia celebrar sus deliberaciones; los consejeros llevaban todos espada. Con este belicoso y amenazador aparato se presentaron ante los

(1) Se eligió á cinco presidentes, los cuales nombraron á cien ciudadanos, cada uno de los cuales nombró á su vez otros tres. Tucídid., lib. VIII, cap. LXVII.

quinientos, que se hallaban reunidos todavía. No encontraron la menor oposicion, y sin embargo, á todas partes llevaron la tiranía; muchos ciudadanos fueron condenados á muerte, otros encarcelados, otros desterrados.

El nuevo poder olvidó las recientes proposiciones de Alcíbiades; se creyó bastante fuerte para poder prescindir de su apoyo, y no levantó su destierro. Esta fué su primera imprudencia, á la que siguió en seguida otra: la de poner á Atenas á los piés de Lacedemonia. Nada mas á propósito para desagradar al partido nacional, á los verdaderos amigos de la patria y sobre todo al ejército de Samos. «La guerra (enviaba á decir á Agis) no tiene por qué prolongarse, puesto que Atenas tiene hoy dia un gobierno simpático al de Esparta.» Y no se limitaron á enviar á Esparta á Antifon, Trinicos y muchos otros para negociar la paz, sino que querian obtenerla á toda costa, aun cuando Atenas debiese entregar sus ciudades tributarias, su misma flota, sus propias murallas (1). Para hacerse fuertes contra la reaccion democrática que comenzaba á manifestarse, mandaron levantar á la entrada del Pireo un fuerte, con el objeto (que no ocultaban) de entregarlo á los lacedemonios al primer peligro.

Agis contestó con perfidia á sus demostraciones. Creyendo que en la ciudad abundarian la confusion y la turbulencia, pidió que le enviaran gente del Peloponeso, y desde Decelia se dejó caer sobre Atenas, creyendo que le abririan las puertas de la ciudad ó que conseguiria apoderarse de los Largos Muros. Pero aquel admirable pueblo no se faltó á sí mismo. El pueblo, á pesar de su indigno gobierno, corrió á luchar contra el enemigo, y Agis volvió vergonzoso y derrotado á Decelia.

Segun los planes de Pisandro, en Samos debia estallar al mismo tiempo que en Atenas una revolucion oligárquica, favorecida por algunos generales del ejército. Comenzó como en Atenas, con asesinatos : Hiperbolos y otros varios murieron á puñaladas; pero el ejército, que componia la mejor parte del pueblo, se pronunció en favor de su antigua y gloriosa constitucion. El ejército impidió pues en Samos que triunfase la revolucion oligárqui-

(1) Tucídides, admirador del jefe de aquel odioso bando, que fué Antifon, hombre por otra parte apreciable en su vida privada, reconoce explícitamente que todas estas acusaciones eran fundadas. Lib. VIII, cap. XCI.

ca, y para dar aliento al gobierno que creia estar aun funcionando, le envió diputados manifestándole sus sentimientos. Los diputados llegaron tarde á Atenas; el consejo de los cuatrocientos los hizo prender; pero por fortuna uno de aquellos consiguió escaparse y fué á dar cuenta á sus compañeros de la situacion de Atenas, pintándola con los mas negros colores. Sus noticias conmovieron á todo el ejército. Dos de sus jefes, Trasíbulo y Trasillo hicieron prestar á los soldados el patriótico juramento de conservar el gobierno democrático, continuar la guerra contra el Peloponeso, y derribar á los tiranos. Igual compromiso aceptó la poblacion de Samos. Argos les ofreció su auxilio.

«Entonces, dice Tucídides, hubo una gran division entre el paisanaje y el ejército; empeñándose este en que la ciudad debia seguir en su gobierno popular, y sosteniendo la ciudad que el ejército debia aceptar la oligarquía. Los soldados formaron una asamblea, en la que depusieron á los generales y trierarcas que no les inspiraban confianza. Alentábanse unos á otros, diciendo que no debian desanimarse aun cuando la ciudad rompiese con ellos; que solo era un corto número de hombres los que separaban del comun sentir, y los que, bajo todos conceptos, disponian de los mas poderosos recursos. Siendo dueños de la flota, podian obligar á las ciudades de su dominio á que les proporcionasen dinero, lo mismo que si les enviase Atenas á exigírselo. Tenian á Samos, ciudad poderosa...., y mas fácil les era privar á sus habitantes de los recursos del mar, que á estos privarles á ellos. ¿Qué recibian de Atenas? Ni siquiera buenos consejos; y por lo que hace al dinero, en vez de recibirlo, ellos eran los que se lo enviaban. En la ciudad se habia llevado el crímen hasta el punto de hollar las leyes de la patria, las leyes que querian restablecer. Era necesario llamar á Alcíbiades para que les proporcionase la alianza del gran rey, y cualquiera que fuése el resultado de los sucesos, siempre les quedaba una flota bastante poderosa para ir á un punto ú otro á conquistarse un territorio.»

Hé ahí pues el ejército en rebelion contra el Estado, ó mejor, como decia Trasíbulo, el Estado en rebelion contra el ejército; porque Atenas no estaba verdaderamente en Atenas, sino en la flota, á donde la interminable guerra habia hecho concurrir sus mas valientes ciudadanos. Desde entonces la ciudad quedaba

bajo la dependencia del ejército; el ejército pertenecia al mas hábil, y el mas hábil era Alcíbiades. Los grandes habian contado con él para granjearse la alianza de Persia; pero él les habia prometido mas de lo que podia cumplir; de manera que imaginando aquellos que les habia burlado, no le levantaron el destierro. Alcíbiades en verdad no podia sufrir por mas tiempo el papel de desterrado; y las turbulencias en que se agitaba su patria le parecieron la mejor circunstancia que pudiese desear para volver á entrar, quizás triunfante en Atenas. Al verse desairado por unos se volvió á otros; hizo averiguar las disposiciones en que se hallaba el ejército de Samos, y consiguió que á lo menos le escuchasen. En otro tiempo habia declamado contra el gobierno popular; pero ahora lo levantaba hasta las nubes y lo glorificaba, deslumbrando al mismo tiempo á los soldados con sus falsas promesas. Les responde de que obtendrán la amistad de Tisafernes, sus subsidios y la ayuda de una flota fenicia. Así fué aclamado por unanimidad como uno de los generales. Era necesario que no se desmintiese lo de la amistad de Tisafernes, con cuyo objeto se trasladó á la corte del sátrapa, anunciándose con el título de su nueva autoridad para obtener mejor recibimiento. Desempeñando su doble papel á las mil maravillas, dice Tucídides, consiguió dominar á los atenienses por medio de Tisafernes, y á este por medio de los atenienses. Lo cierto es que obtuvo lo que deseaba; es decir, que quedaran casi rotas las relaciones entre el sátrapa y Lacedemonia.

El ejército, lleno de entusiasmo, queria marchar directamente á Atenas á derribar la oligarquía, lo cual hubiera sido la resolucion mas acertada; pero Alcíbiades contuvo aquel ímpetu, bajo el pretexto de que saliendo de Samos, entregaban al enemigo toda la Jonia y el Helesponto. Aquel retraso pudo muy bien causar la pérdida de Atenas, amenazada de contínuo por la traicion de los cuatrocientos y los ataques de los del Peloponeso; pero Alcíbiades estaba empeñado en no volver á entrar en la ciudad, sino despues de haberla prestado un gran servicio á que debiese quedarle reconocida.

Entretanto en el mismo seno de los cuatrocientos, Teramenes y Aristarco se pronunciaban contra el nuevo estado de cosas. No se crea que fuesen amigos de la democracia; sino que no se les

daba la participacion que en el poder deseaban, y preferian las probabilidades de una nueva revolucion. Comenzaron reclamando que se constituyese la asamblea de los cinco mil, que hasta entonces solo habia existido de palabra. Despues sembraron la alarma en el pueblo con motivo de la nueva fortaleza que se levantaba en el Pireo, fortaleza que fué derribada por los mismos que la estaban levantando. Apenas acababan de echarla abajo, cuando se presentaron á la vista del puerto cuarenta buques lacedemonios, y corrió enseguida el clamor de que aquellos eran los enemigos que iban á tomar posesion del fuerte que se les habia preparado. Vuelan todos al Pireo; cubren las murallas; montan las naves y lánzanlas en persecucion de los del Peloponeso que al ver frustrado su intento vuelven proas en direccion de Eretria. Una flota de treinta y seis naves atenienses fué á colocarse ante la ciudad para protegerla; mas sorprendiéronla los lacedemonios que se apoderaron de veinte y dos de dichas naves, entraron en Eretria, revolucionaron toda la Eubea, y para asegurar para siempre un paso fácil á las tropas aliadas, arrojaron sobre el Euripo un puente que quedó defendido por dos torres.

Tucídides asegura que ni la nueva del desastre de Sicilia produjo en Atenas un abatimiento tan profundo como el levantamiento de Eubea. El Atica perdia al mismo tiempo su baluarte y su granero; quedaba cercada por Decelia y Eubea, y privada de víveres. Ninguna esperanza podia fundar en el ejército de Samos, y á cada instánte temia ver llegar victoriosa la flota enemiga. Bien decian los siracusanos que despues de su triunfo debian vogar hácia el Pireo; mas los lacedemonios no se determinaron, y perdieron aquella buena coyuntura.

Restablecimiento del gobierno democrático.

«Apesar de la consternacion en que habia sumido á los atenienses su reciente derrota, no por eso se descuidaron; antes al contrario, procuraron armar veinte buques. Pero aquel desastre pareció haber herido de muerte la oligarquía. Convocóse una asamblea, y esta depuso á los cuatrocientos, y decretó que el gobierno quedaria confiado á los cinco mil, de cuyo cuerpo debian formar parte todos los que llevaban armas como hoplitas y que

nadie recibiese salario por el desempeño de funciones públicas. Hubo además, segun dice Tucídides, otras asambleas en que se establecieron tesmotetas y se hicieron muchos reglamentos útiles. Esta época fué, de nuestro tiempo, aquella en que los atenienses se portaron mejor en política; puesto que supieron conservar un justo medio entre el gobierno de los ricos y el del pueblo.» Ese justo medio no se encontró como parece indicarlo Tucídides, en una nueva constitucion, mescolanza de aristocracia y democracia; puesto que volvieron á ser puestas en vigor todas las antiguas instituciones, y en breve desapareció la limitacion que restringia el sufragio. La bienandanza de Atenas fué debida á la moderacion y al patriotismo de la democracia renaciente.

El partido oligárquico tuvo un fin digno de los medios que para usurpar el mando habia empleado. La mayor parte de los cuatrocientos se refugiaron en Decelia con los lacedemonios, y uno de ellos, Aristarco, señaló además su destierro con una traicion. Huyó á Enea, fortaleza del Atica que los beocios y los corintios tenian sitiada; persuadió al comandante que se habia hecho la paz con los del Peloponeso, é introdujo al enemigo en la plaza. Cuatro ó cinco años despues cayó en manos de los atenienses que le condenaron á muerte. Antifon tuvo igual suerte (1). Este hombre, que como jefe de la faccion habia consentido ú ordenado tantos asesinatos, obtuvo que el pueblo vendido por él á Lacedemonia, no le condenara sin previo juicio público (2), y pudo además defender su causa, insultar á sus jueces, y dejar al mundo un discurso, cuya maravillosa elocuencia ha protejido su

(1) En todo este relato me quedo muy atrás de la severidad con que Mr. Grote trata á Antifon y á sus cómplices. Aquel termina la comparacion de la conducta templada y patriótica del ejército de Samos, con las violencias, la perfidia y la traicion del partido aristocrático con las palabras siguientes: «Had their domi»nion lasted, no sentiment would have been left to the Athenian multitude ex»cept fear, servility or at best a tame and dumb sequacity to leaders whom they »neither chose nor controled. To those who regard different forms of govern»ment as distinguished from each other mainly by the feelings which each tends »to inspire in magistrates as well as citizens, the contemporaneous scenes of »Athens and Samos will suggest instructive comparisons between Grecian oli»garchy and Grecian democracy.» *History of Greece*, t. VIII, p. 125.

(2) Despues de condenado, se vengaba de sus jueces llamándolos advenedizos, muchedumbre de ocasion, πολλοῖς τοῖς τυγχάνουσιν. Aristóteles. *Ethic. Eudem.*, lib. III, cap. V, §. 57.

memoria contra el severo juicio que la posteridad debia formular acerca de él. En cuanto á Frinicos habia muerto asesinado al volver de su embajada á Esparta, poco antes del movimieno del Pireo. Los acusadores de Antifon eran dos antiguos miembros del consejo de los cuatrocientos; en aquel momento parecian entusiastas adoradores de la libertad; pero en el dia anterior eran usurpadores y ¡bien pronto debian volver á serlo! Tambien el que promovió la resolucion mandando llamar á Alcíbiades, tambien Critias debia convertirse en un cruel tirano!

Miéntras los atenienses perdian y recobraban así su libertad, continuaban las operaciones militares. Los del Peloponeso contaban con la desorganizacion del ejército de Samos. El ejército burló esta esperanza; mas no pudo evitar que las noticias llegadas de Atenas determinasen la defeccion de Abidos, Lampsaco y Bizancio. Afortunadamente Tisafernes hizo perder ochenta dias á los aliados en Rodas, y cuando el espartano Mindaros, que ya no esperaba nada de Tisafernes, dió oidos á las proposiciones de Farnabazo, que le llamaba al Helesponto, cincuenta y cinco galeras atenienses siguieron por ese lado á los setenta y tres triremos enemigos, y consiguieron un señalado triunfo cerca de Sestos. Era el primero que consolaba á los atenienses despues de la rota de Sicilia (411). Cerca de Abidos hubo otra accion que duró todo el dia. A cierta hora de la tarde se presentó Alcíbiades con veinte galeras: socorro inesperado que dió la victoria á los atenienses, los cuales se apoderaron de treinta naves. Carecia la flota de dinero, y creyendo Alcíbiades que Tisafernes se lo proporcionaria, fué á verle. Pero el sátrapa en aquellos momentos tenia que hacer algunos anticipos á los lacedemonios, cuya fortuna declinaba, y mandó prender á su antiguo amigo. Alcíbiades tuvo industria para escaparse y, para comprometer á Tisafernes, hizo correr la voz de que á este era á quien debia la libertad (410). Corrió á reunirse con su gente, y ya se determinaba á atacar con sus cuarenta y cinco galeras las sesenta naves que les quedaban á los del Peloponeso, cuando recibió un refuerzo de cuarenta velas. Toda la flota enemiga quedó prisionera, y aun las tropas que la tripulaban fueron derrotadas en una batalla de tierra cerca de Cizica, en la que pereció Mindaros, á pesar del enérgico socorro de Farnabazo. Hermócrates, que le sustituyó, escribió á los éforos: «To-

do está perdido! Mindaro ha muerto! no tenemos víveres. ¿Qué hacemos?» En todo aquel suceso no habia nada espartano excepto el laconismo de este parte. Esparta, al ver desvanecidas sus altas esperanzas, se ofreció á entrar en tratos; pero con la precisa condicion de que las ciudades habian de conservar lo que poseian. Atenas, que veia renacer su fortuna, creyó que lo iba á recobrar todo á fuerza de constancia. Habia perdido demasiado: habia perdido la Eubea, Quio, Rodas, Mileto y otras muchas ciudades para deponer las armas. Algunas de estas poblaciones volvian por sí mismas á la antigua alianza. Tasos, que se hallaba en muy mal estado despues de su defeccion, arrojó de su seno al harmosta espartano que la gobernaba (410).

Alcíbiades, con su habilidad, sacaba mucho partido de su victoria de Cizica. Esta ciudad habia sido tomada recientemente. Perinto y Selimbria les abrieron sus puertas ó dieron dinero. En frente de Bizancio fortificó á Crisópolis, donde dejó treinta galeras para que cobrasen el diezmo á todos los buques que saliesen para el Ponto Euxino.

El año 409 no les fué tan favorable. Esparta recobró á Pilos; los megarenses volvieron á entrar en Nisea; el general ateniense Trasilo fracasó en una tentativa contra Efeso. No bastaron á compensar tales pérdidas algunas salidas que con buena fortuna hizo Alcíbiades á tierra de Farnabazo. Pero al año siguiente el mismo Alcíbiades tomó á Bizancio, y sus colegas obligaron á Calcedonia á volver al dominio de Atenas. En vano trató Farnabazo de salvarla; abandonada de Esparta y amenazada sériamente, el sátrapa tuvo que prometer subsidios, y se comprometió á acompañar una embajada ateniense ante el gran rey.

Son tan raras las ocasiones que se nos presentan de tributar elogios á Esparta, que aprovechamos el momento para hacer mencion de un acto de justicia. El que abrió las puertas á Alcíbiades, á pesar de la guarnicion lacedemonia, era un bizantino. Acusado de traicion en Lacedemonia, contestó que era bizantino y no espartano; que viendo en peligro, no á Lacedemonia, sino á Bizancio, donde los atenienses no dejaban entrar cosa alguna, y donde la guarnicion del Peloponeso consumia los escasos víveres que quedaban, mientras que los habitantes, sus mujeres y sus

hijos perecian de hambre; habia, no entregado la ciudad, sino apartado de ella los horrores de la guerra, y que en eso no habia hecho mas que seguir las máximas de los mejores ciudadanos de Lacedemonia que colocaban entre las cosas mas bellas y justas el hacer bien á su patria. Los lacedemonios aplaudieron al bizantino que fué declarado absuelto.

Despues de las victorias alcanzadas en la Propóntide, la flota de Atenas se alejó de aquellas aguas donde nadie dejaba de reconocer el ascendiente de sus armas. Dividióse al salir del Helesponto: parte de los buques, á las órdenes de Trasíbulo, recorrió las costas de Tracia para reducir á la obediencia las ciudades sublevadas; otros, al mando de Alcíbiades, bajaron á Samos y fueron á exigir rehenes á la Caria, que dió cien talentos. Las dos divisiones navales debian reunirse en Atenas, despues de presentar á todas las islas, á Tracia y al Asia menor, el estandarte victorioso de los antiguos señores del mar. Esta nueva era de prosperidad no fué toda obra de Alcíbiades. Plutarco no vé mas que á este, en su calidad de biógrafo es natural que todo se lo atribuya á su héroe. Pero al lado de aquel brillante general la historia nos presenta otros personajes, sobre todo el valiente Trasíbulo, el vencedor de Sestos, y detrás de ellos el pueblo de Atenas, que á pesar de su abatimiento y sus discordias, les proporcionó medios para vencer á la Grecia entera y á la Persia conjuradas en su daño. No queden eclipsados los generosos y constantes esfuerzos de un pueblo heróico por los deslumbradores servicios de un hombre ambicioso. Basta con que los mismos atenienses hiciesen ya lo que su historiador habia de hacer despues por Alcíbiades: olvidaban sus traiciones y le atribuian toda la gloria de los últimos triunfos. Proclamáronle general, y sus amigos le aconsejaron que se apresurase á ir á gozar de su gloria.

Alcíbiades se dirigió á Atenas. Sus naves iban engalanadas con muchos escudos y despojos; llevaban á remolque gran número de galeras enemigas, y ostentaban los estandartes de otras muchas mas que habian sido destruidas: no bajaban entre todas de doscientas. Apenas desembarcó, corrió el pueblo á su encuentro, saludándole con gozosas aclamaciones. Siguiéronle en su camino ofreciéndole coronas á porfía; los que no podian acer-

carse á él lo contemplaban desde léjos; los ancianos se lo enseñaban á los jóvenes (1).

Habiéndose reunido el pueblo, Alcíbiades subió á la tribuna, y despues de lamentarse de sus desgracias, y tambien, aunque con cierto miramiento, de los atenienses, acusó de su mala suerte á un demonio enemigo de su gloria. Habló despues largamente de las esperanzas de los enemigos, y exhortó al pueblo á que recobrase su ánimo. Los atenienses le votaron coronas de oro, le nombraron generalísimo de mar y tierra, le devolvieron todos sus bienes, y mandaron á los eumólpidas y los heraldos que retractasen las maldiciones pronunciadas contra él por órden del pueblo. Todos en efecto la retractaron á excepcion del gerofauta Teodoro, que dijo: «En cuanto á mí, si es verdad que no ha hecho ningun daño á la ciudad, yo no le he maldecido (mayo 407).»

Alcíbiades no pensaba permanecer ocioso en Atenas. Esperándole estaban en el Pireo cien galeras ya dispuestas con mil quinientos hoplitas y ciento cincuenta caballos; pero antes de partir quiso hacer una de aquellas brillantes expediciones que tanto le halagaban, y además iba á presentarse como un ferviente y piadoso defensor de los dioses. Era antigua costumbre, en la fiesta de los grandes misterios, llevar á Eleusis con gran pompa, por la via sacra, la estátua de Jaccos. Pero desde que los lacedemonios recorrian sus campos, se solia ir por mar al templo, con muy reducido acompañamiento y ni aun podian celebrarse algunos de los ritos consagrados. Alcíbiades quiso que la funcion se celebrase con la antigua pompa, y pasando por la via sacra. Asistió él mismo con su ejército, y los lacedemonios de Decelia, fuese por temor religioso, fuese por miedo á sus armas, no se atrevieron á atacarle. «Gracias á este suceso conquistó Alcíbiades hasta tal punto el cariño de los pobres y de la clase ínfima, que hubo no pocos que desearon hacerle rey, y otros aun se atrevieron á decirle que debia abolir todas las leyes y decretos, deshacerse de todos los hombres frívolos que turbaban la paz del Estado

(1) Omito muchos pormenores llenos de un sentimiento falso y exajerado que Plutarco refiere con gusto. La narracion de Jenofonte, mas sencilla y mas verdadera, presenta á Alcíbiades llegando con 20 galeras solamente, y no atreviéndose á desembarcar sino rodeado de numerosos amigos.

con sus peroratas, y arreglarlo todo á su placer, sin hacer caso de los calumniadores. No se sabe cual era su opinion sobre la tiranía; pero los ciudadanos mas poderosos, temiendo las consecuencias de aquella popularidad, procuraron apresurar su partida, concediéndole todo cuanto pidió, y dándole por cólegas todos los hombres de su preferencia.»

Nuevo destierro de Alcibiades (407).

Parecia que Alcíbiades iba á poner fin á todo en muy poco tiempo; mas si en las anteriores campañas habia sido fácil someter las ciudades abiertas ó mal defendidas, no podia suceder otro tanto con las que estaban bien fortificadas y eran poderosas, como Rodas, Cos, Quio y Mileto, que continuaban resistiendo. Alcíbiades hizo una tentativa sobre Andros que no tuvo buen éxito. Este suceso no traia consecuencia; pero lo que averiguó al llegar á las costas de Asia paralizó todos sus movimientos. Darío habia dado á su hijo, el jóven Ciro, el gobierno de las provincias marítimas. Tisafernes habia procurado tener en fiel la balanza entre los dos pueblos rivales, para obtener la ruina del uno por medio del otro, con beneficio para su soberano. Ciro tenia otros proyectos; pensaba ya en el dia en què habia de disputar la corona á su hermano, y entre los recursos que queria tener preparados, deseaba contar el auxilio del pueblo mas famoso de Grecia por su valor: es decir, con los espartanos. Ciro, por consiguiente, en vez de las calculadas vacilaciones de Tisafernes, comenzó apoyando abiertamente la causa de Lacedemonia. Como primera manifestacion de su favor, prendió á los diputados atenienses que Farnabazo acompañaba ante el gran rey, y los tuvo encarcelados durante tres años.

El jefe de los peloponesios era entonces un digno rival de Alcíbiades; valiente, pero flexible, diestro, fino, dotado en fin de todas las cualidades políticas de que hasta entonces habian carecido los generales de Esparta: tal era Lisandro. Era heráclida por su padre; mas su madre era extranjera; de modo que su calidad de ciudadano no estaba plenamente justificada. Este borron de su cuna, que le apartaba de las primeras dignidades, le obligó á hacer grandes esfuerzos: para llegar al puesto que ocupaba tuvo que coser la piel de leon con la del zorro. Desgraciada-

mente fió demasiado en el talento para que estimase la probidad. «A los niños, decia, se les entretiene con huesecillos; á los hombres con juramentos.» Lisandro no dió tiempo á que se enfriara el celo de Ciro; corrió á Sardes donde residia, y obtuvo de él un subsidio que elevaba á cuatro óbolos el salario de sus marineros. Atenas no pagaba mas que tres, diferencia á la que Lisandro esperaba tener que agradecer muchos tránsfugas. Tenia ya armadas noventa galeras. Era pues necesario destruir de un golpe aquella fuerza renaciente, y Alcíbiades, harto aficionado á las correrías so pretexto de saquear en provecho de Atenas hacia su negocio, en lugar de permanecer á la cabeza de su flota, se ocupó en recoger dinero, aun á expensas de los aliados, como hizo en Cima, cuyas tierras entro á saco. El teniente que dejó con encargo de que por ningun concepto diese batalla, desobedeció y murió con pérdida de quince galeras.

Al mismo tiempo se supo en Atenas la pérdida de Teos y la de Delfinion, único fuerte que los atenienses ocupaban en la isla de Quio. Cuanto mas grandes eran las esperanzas fundadas en Alcíbiades, con mas violencia se despertaron las sospechas las cuales estallaron al recibo de tan malas nuevas. Uno de sus enemigos llegó á Atenas procedente del ejército, acusándole de haber entregado el mando á sus compañeros de orgía. Echábanle tambien en cara su lujo, sus exacciones; acusábanle de haber levantado fortalezas en Tracia, con objeto de retirarse á ellas, lo cual era un indicio de traicion. Apesar de la confianza recientemente demostrada al vencedor de Cizica, el pueblo tenia demasiados motivos para sospechar del hombre que habia hecho enviar á Gilipos á Siracusa y ocupar á Decelía por los espartanos; que habia sublevado á Quio y Mileto y vuelto á encender una guerra terrible. Creyeron acaso ligeramente en una nueva traicion, y se nombró á diez generales, entre los cuales estaba Conon, para reemplazarle. Alcíbiades ni aun tenia en favor suyo el ejército, así que no fió ni en el ejército ni en Atenas sino que reuniendo algunas tropas extranjeras, fué á Tracia á pelear por su cuenta. Trasíbulo quedó envuelto en su desgracia, y fué tambien privado del mando; pero este virtuoso ciudadano no se creyó autorizado para castigar el error de sus compatriotas, y continuó sirviendo en la flota con el grado que tuvieron á bien señalarle (407).

Lisandro, Calicrátidas, batalla de las Arginusas (406).

El último hecho que acabamos de citar hace honor á un ciudadano; vamos á dar cuenta de otro que hace honor á la ciudad. Al cabo de cierto tiempo, un proscrito de Atenas y de Rodas, un enemigo acérrimo de la causa popular, el mas activo mediador entre Esparta y Persia; Dorieos, en fin, cayó en manos de los atenienses. Segun la ley de aquel tiempo debia ser ajusticiado, pero Dorieos habia ganado tres coronas en Olimpia, siete en Nimea y ocho en los juegos ístmicos. Cuando los atenienses vieron cargado de cadenas al triunfador tantas veces aplaudido por la Grecia entera, olvidaron su odio, y lo dejaron ir libre, sin acordarse siquiera de exigirle rescate. Esparta obró de otro modo: en 395, Rodas se separó de su alianza; Dorieos, que se hallaba entonces en el Peloponeso, nada tenia que ver con aquella defeccion, y sin embargo Esparta lo hizo conducir á Lacedemonia, donde le dieron muerte (1).

Espiró el año del mando de Lisandro y le dieron por sucesor á Calicrátidas, verdadero espartano, ajeno á todo artificio, exento de ambicion, incorruptible, hombre que no conocia mas que el camino recto para ir á donde su patria le enviaba, aun que fuese á la muerte. Lisandro, que queria hacerse necesario, habia arruinado todos los recursos de la flota y organizado una faccion en las ciudades jónicas, que aspiraba al restablecimiento de las antiguas tiranías. Lisandro preveia que aquella oligarquía llegaria á necesitar un apoyo extranjero, y contaba con que Esparta le daria el cargo de sostener lo que él mismo habia levantado.

Calicrátidas encontró un armamento de ciento cuarenta velas; pero le faltaba dinero. Fué pues á Sardes á conferenciar con el joven Ciro, prevenido en contra suya por Lisandro, y por cierto que su paciencia de espartano sufrió una prueba bien dura: estuvo un dia entero esperando una audiencia que por último no le fué concedida. Salió de Sardes deplorando la triste dependencia de la Grecia, respecto á los insolentes persas, y jurando poner todos sus conatos en ajustar la paz entre Esparta y Atenas, desde el momento en que estuviese de vuelta en su patria. Lla-

(1) Jenof. *Hellen.* I, 5,19; Pausan., VI, 7,2.

mado por un partido en Metimna, entró por sorpresa en esta plaza que sus soldados pusieron á saco; mas no quiso hacer venta de sus habitantes. «Mientras yo mande, decia, ningun griego será reducido á la esclavitud.» Conon, que llegó demasiado tarde para salvar á Metimna, quedó encerrado en el fuerte de Mitilene despues de haber perdido treinta galeras. Ya no le quedaban mas que cuarenta, mientras que el enemigo poseia ciento setenta; mas pudo hacer llegar un aviso á Atenas, cuyo pueblo, haciendo un supremo esfuerzo y agotando sus últimos recursos, en treinta dias puso en la mar ciento y diez naves, que tripularon todos los que no eran absolutamente indispensables para guardar las murallas.

Las flotas enemigas se encontraron en las Arginusas, tres islas pequeñas en la costa de la Eólida (julio de 406). La superioridad estaba de parte de los atenienses. Aconsejábanle á Calicrátidas que se batiese en retirada; decíanle los adivinos que ciertos presagios anunciaban su muerte, mas él repuso: «Si somos vencidos, Esparta encontrará fácilmente otra flota; mas yo, si huyo ¿en dónde encontraré mi honor?» Vencido fué y uno de los que primero perdieron la vida. Las galeras tomadas y echadas á pique fueron setenta. Las que perdieron los atenienses fueron veinte y cinco; mas tuvieron pocos muertos, y muchos de los que las montaban se hubieran podido salvar en tablas, si la accion no se hubiese dado tan léjos de la orilla. Los generales comisionaron á Teramenes y á Trasíbulo para que recogiesen los náufragos y los muertos, en tanto que ellos perseguian al enemigo; resolucion algo tardía, porque se levantó una tempestad y mas de mil desgraciados sufrieron una muerte horrorosa. Ni aun se pudo tributar los honores fúnebres á sus cuerpos. Segun las creencias de los griegos, era un sacrilegio dejar á los muertos insepultos; los generales eran pues culpables, y fueron en consecuencia juzgados. Cuando ya casi habian conseguido justificarse, se presentó un jóven diciendo: «Yo estuvé en la batalla; destrozada mi galera me salvé en un mástil, y ví morir uno tras otro á mis compañeros: estos me encargaron que si salvaba mi vida, viniese á decir á Atenas que sus generales los habian abandonado cobardemente.» A estas palabras el pueblo imagina estar oyendo los gritos de los náufragos; los parientes

de estos claman venganza, y la asamblea condena. En vano se levantó contra este fallo de muerte la voz de un justo, la de Sócrates; cuando Atenas se arrepintió ya era demasiado tarde (1), mas bien pronto expió por la incapacidad de sus generales en Egos-Potamos aquella exageracion de un sentimiento laudable contra los vencedores de las Arginusas (406).

Batalla de Egos-Potamos (405). Toma de Atenas (404).

El desastre de los del Peloponeso era grande. La mision de repararlo fué confiada á Lisandro, á solicitud de Ciro, y tambien de todos los aliados de la costa de Asia (405). Lisandro no era mas que segundo de Aracos, porque ningun espartano podia ser almirante dos veces; pero se le habian concedido plenos poderes. Ciro, que veia acercarse la última hora de su padre, le dió á Lisandro todo el oro que quiso, y este pudo hacerse con una flota respetable, con la que recorrió audazmente todo el mar Egeo, y hasta hizo una excursion al Atica. El pueblo de Atenas, con el objeto de neutralizar la fuerza de seduccion del oro persa, que de tantas diserciones era causa, decretó que todo enemigo hecho prisionero en la mar seria mutilado. Filocles, uno de los nuevos generales, hizo mas: mandó dar muerte á las tripulaciones de las galeras de Andros y de Corinto que cayeron en sus manos. Al acercarse á su término, aquella guerra se hacia sin cuartel. Lisandro se habia dirigido al Helesponto. Acababa de saquear á Lampsaco y estaba aun anclado en sus aguas, cuando llegaron enfrente de él, á Egos Potamos, 180 galeras atenienses, encargadas de perseguirle. Preséntanle batalla por la mañana, y él no la acepta; creen los atenienses que se retrae por miedo, y vuelven á su estacion, seguidos de léjos por algunas galeras que observan sus movimientos. Los atenienses desembarcan y se dispersan para procurarse víveres, y repiten al otro dia y al siguiente, y has-

(1) Cinco de los acusadores fueron á su vez acusados de haber engañado al pueblo, y se les juzgó tambien. Tucídides refiere un suceso, lib. IV, cap. XLIV, que demuestra cuanta importancia atribuian al cuidado de recoger los muertos. En 425, habiendo vencido los atenienses en tierra de Corinto, advirtieron, despues de haber vuelto á sus naves, que por olvido habian dejado de recoger dos cadáveres, y no titubearon en reclamarlos por medio de un heraldo, lo cual venia á ser como confesar una derrota. ¡Qué de declamaciones contra Atenas por ignorancia de las costumbres de Grecia!

ta cuatro dias igual maniobra, y encontrando siempre inmóvil á Lisandro, se abandonan á la mas completa confianza. Alcíbiades, que se hallaba en aquellas cercanías, fué el único que vió el peligro; corrió á caballo al campo de los atenienses, les hizo presente la imprudencia que cometian, permaneciendo en una playa descubierta sin refugio, sin víveres asegurados y entregados á una ilusoria confianza, y les aconsejó que se acercasen á Sestos; pero nadie le hizo el menor caso. El mismo Tideo, uno de los generales, le dijo que para nada tenia que ocuparse de los movimientos del ejército que no estaba á sus órdenes. Alcíbiades se retiró.

«Al quinto dia los atenienses fueron como de costumbre á presentar la batalla; y por la noche, cuando se retiraron con aquel aire de negligencia y desprecio que era ordinario en ellos, Lisandro mandó á los comandantes de los barcos, que solia enviar para observarles, que en cuanto los viesen desembarcar, volviesen proas á toda prisa, y colocasen á lo alto de una pica un escudo de cobre así que llegasen á la mitad del estrecho. Esta debia ser la señal del desembarco de la flota. El mismo Lisandro, montando su galera, recorria toda la línea, animaba á los pilotos y capitanes, les exhortaba á que tuviesen en órden á su gente, con mandato de que al dar la señal, hiciesen fuerza de remos hácia el enemigo.

«Apenas vió el escudo levantado en las galeras que habian ido de observacion, cuando dió la señal la trompeta del buque almirante, y comenzó á vogar en buen órden toda la flota. El estrecho que separa los dos continentes no tiene en aquel sitio sino quince estadios de anchura; los remeros los salvaron en muy poco tiempo. Conon fué el primero de los generales atenienses que desde la playa vió avanzar la flota enemiga á todo trapo, y mandó á la gente que corriese á embarcarse. Transido de dolor á vista de la desgracia que amenazaba á los atenienses, llama á estos, conjura á aquellos, obliga á cuantos encuentra á que se embarquen.... pero es inútil su celo. Los soldados se habian desparramado por uno y otro lado; habian ido á comprar víveres, paseaban por el campo, dormian en sus tiendas, ó estaban preparando la cena. Arrójanse los del Peloponeso sobre la línea enemiga, apodéranse de las galeras que estaban abandonadas, y des-

trozan con su choque los remos de las que comenzaban á ocuparse. Los soldados que corrian á defenderlas en pelotones y sin armas, perecen junto á sus naves, ó si consiguen volver á la playa, caen despedazados por los enemigos, que desembarcan y se lanzan á perseguirles. Tres mil prisioneros hizo Lisandro, entre ellos los generales; hízose dueño de toda la flota, exceptuando la galera sagrada y ocho buques que Conon pudo llevar consigo» (setiembre ú octubre de 405).

Esta vez habia vencido el zorro y no el leon: ni siquiera habia habido lucha. Atenas era digna de mas glorioso fin. Una hora antes de aquella ruina, todas las probabilidades estaban en favor suyo. El oro de los persas, la bien ideada estratagema de Lisandro, la negligencia de sus generales, hicieron en un momento lo que en veinte y seis años no habia podido hacer la Grecia entera conjurada en su daño. Ya todo estaba consumado: ya no habia un buque en el Pireo, ni un talento en el tesoro, ni un hoplita en la ciudad, con que rehacer el ejército. Atenas iba á caer, no por falta de valor, sino de hombres. Roma fué mas feliz con Aníbal; pero no tuvo mas constancia ni mas patriotismo.

Abreviemos la dolorosa narracion de sus últimos momentos. No hubo lucha; pero hubo una carnicería. Esparta quiso terminar aquella guerra tal como la habia empezado: los tres mil prisioneros atenienses tuvieron la misma suerte que los de Platea. Lisandro preguntó á Filocles qué suerte merecia el hombre que habia puesto en ejecucion el reciente decreto dado por los atenienses respecto á los prisioneros; Filocles no se dignó contestar al que le preguntaba con el doble carácter de acusador y juez. Lisandro, vestido de sacrificador, como si creyese ser el ministro de las venganzas celestes, mató á Filocles por su propia mano, dando la señal del inmenso degüello.

No hubo ciudad que se atreviera á hacer resistencia: Bizancio, Calcedonia, todas las que vieron delante de sí á Lisandro, abrieron sus puertas. Este abolia en todas partes el régimen democrático, y daba el poder á un harmoste lacedemonio y á diez arcontes, individuos de las sociedades secretas por él organizadas. Desde entonces daba libertad á todos los atenienses que caian en sus manos, enviándolos á Atenas, bajo pena de muerte si no lo verificaban. Como Atenas tenia que alimentarlos, enviarla

sus hijos era lo mismo que enviarla el hambre. A poco se presentó Lisandro personalmente delante del Pireo con ciento cincuenta galeras, y Pausanias fué á acampar en los jardines de la academia con todas las fuerzas del Peloponeso.

Entretanto la galera sagrada, que se habia librado de las armas de Lisandro, habia llegado de noche al Atica. Cunde la nueva del desastre; los gemidos del Pireo resuenan en la ciudad: en un instante se enteran todos de su infortunio. Aquella noche nadie durmió: todos lloraban por los muertos; por ellos mismos; por el poderío perdido; por la libertad que iba á perecer bajo el peso de Lacedemonia ó sometida á una faccion aborrecida. Vino el dia y se reunió la asamblea, para decretar que se cerrasen todos los puertos menos uno, que se reparasen las brechas, que se tomasen precauciones en todas partes, y se dispusiese todo para sostener un sitio.

De manera que aun bajo la impresion de una derrota tan terrible, Atenas no dejaba abatir completamente su ánimo; antes se defendieron sus hijos en medio de discordias intestinás causadas por la oligarquía, hasta que el hambre les hizo caer las armas de las manos. Esparta exigió el derribo de los Largos-Muros, y ellos no accedieron. Teramenes se ofreció entonces para ir á hacer valer la influencia que se atribuia sobre los éforos, y durante tres meses que invirtió en su viaje, los atenienses esperaron heróicamente en medio del hambre, que ya era grande á la salida de aquél, el fin de su inexplicable tardanza. Regresó sin haber conseguido nada, cuando la miseria ya habia llegado á su colmo. Volviéronle, no obstante, á enviar con poderes ilimitados: los aliados estaban reunidos en Esparta, y la mayor parte no querian que hubiese piedad. En este punto se hicieron notables Tebas y Corinto. Esparta que temia entregar la Grecia central á la primera y el mar á la segunda, impuso las condiciones siguientes: derribo de las fortificaciones del Pireo y de los Largos-Muros; evacuacion de las ciudades conquistadas; reduccion de la marina á doce buques, alianza con Lacedemonia: es decir, dependencia, y por último, amnistía para los desterrados. Los que Atenas habia arrojado de Melos y de Egina, habian vuelto ya protegidos por Lisandro.

Y á pesar de que el hambre aumentaba de dia en dia el nú-

mero de sus víctimas, eran muchos los que deseaban resistir hasta el último trance. El partido oligárquico que se iba engrosando en proporcion á las calamidades públicas, hizo encarcelar á aquellos desesperados partidarios de la honra de Atenas, y hubo una asamblea que aceptó las funestas condiciones. «Enviaron á Lisandro todos los buques menos doce, y este tomó posesion de la ciudad el dia 16 del mes de muniquion, dia en que los atenienses habian ganado á los bárbaros la batalla de Salamina (abril, 404). A su entrada en Atenas propuso en seguida cambiar la forma del gobierno; y como esta idea fué recibida con muestras de gran repugnancia por parte de los atenienses, Lisandro mandó decir al pueblo, que habiendo faltado al cumplimiento de la capitulacion, por cuanto habia trascurrido el plazo fijado para el derribo de las murallas sin que se hubiese hecho efectiva aquella cláusula; iba á reunir el consejo para que dictase otras condiciones, supuesto que las primeras no habian sido cumplidas. Añádese que en esta asamblea se presentó la proposicion de que todos los atenienses fuesen reducidos á la servidumbre, y que un tebano pidió que la ciudad fuese arrasada y convertido todo su ámbito en una dehesa. Despues del consejo se celebró un festin á que asistieron todos los generales, y durante el cual un músico de Focea cantó los versos del primer coro de la *Electra* de Eurípides: «¡Oh! hija de Agamemnon, he venido á tu rústica morada... etc.» Conmoviéronse todos los comensales, y exclamaron que seria horrible destruir una ciudad tan célebre y que tantos grandes hombres habia producido.

«Los atenienses se habian sometido á todo. Lisandro reunió gran número de músicos, y mandó derribar las murallas é incendiar los buques al son de los instrumentos y en presencia de los aliados, que coronados de flores cantaban sobre aquellas ruinas la libertad de Grecia emancipada (1).

(1) En esta relacion de Plutarco falta, como en otras suyas, el órden. La fiesta por el derribo de las murallas debia ponerse mas bien despues de la entrada de Lisandro en Atenas, y antes de sus nuevas amenazas por la lentitud de los trabajos.

PERÍODO SEXTO.

SUPREMACÍA DE ESPARTA; LUCHA CON TEBAS (404-359).
DECADENCIA DE GRECIA.

CAPÍTULO XVI.

Tiranía de los Treinta en Atenas; Sócrates (404—399) (1).

LOS TREINTA.—RESTABLECIMIENTO DE LAS LEYES DE SOLON.—REVOLUCION MORAL.—ARISTÓFANES.—SÓCRATES.

Los Treinta.

Aquel dia, que segun los aliados era de emancipacion, y segun Atenas, de horror y duelo eternos, se vió á algunos atenienses, coronados de flores, tomar parte en la fiesta; á otros, salir á recibir á los vencedores, y manifestar alegría por la humillacion de su patria. Estos eran los desterrados que volvian con la gente de Lisandro, y con ellos Teramenes, que habia permanecido tres meses en el campo enemigo, espacio de tiempo bastante largo para fijar algunos artículos de la capitulacion; y por último todo el partido oligárquico que despues de la expedicion de Sicilia, tantas veces habia alterado la paz de la ciudad con sus intrigas y aun con sus traiciones (2). El que tan remiso anduvo

(1) Jenofon, *Helenicos*, *Apología*, y *Diálogos de Sócrates*; Diodoro, lib. XIV; Platon, *Apología*; Ritter; *Historia de la filosofía*.

(2) Jenofonte, tan poco favorable á la democracia, dice que el principal apoyo de los Treinta, hasta el último dia de su abominable tiranía, fué el bando de los caballeros: es decir, de los mas ricos ciudadanos de Atenas.

en concluir el tratado que podia salvar á su patria, anduvo por el contrario muy diligente cuando se trató de derribar la constitucion á que Atenas debia su gloria. El fué quien propuso que se confiriesen plenos poderes á treinta personas para revisar las leyes. Lisandro estaba allí; el ejército del Peloponeso no habia salido aun de Atenas.... preciso fué someterse. Teramenes dió diez nombres; los magistrados otros diez, y la asamblea los restantes. Lisandro se reservó probablemente nombrar los diez oficiales que estableció en el Pireo.

Ocupáronse muy poco de legislar los Treinta; pero mucho de consolidar su tiranía. El mar traia con el comercio funestas ideas de libertad; por consiguiente quisieron distraer al pueblo de aquel espectáculo, y la tribuna de las arengas, el *bema*, fué colocada en otro sitio, para que los oradores no tuviesen siempre á la vista el Pireo que tan patrióticamente solia inspirarles (1). El arsenal, cuya construccion habia costado mil talentos, fué mandado derribar por ellos, y vendieron en tres talentos los materiales, y aun querian echar abajo los fuertes levantados en la frontera, á fin de que el Atica quedase abierta por tierra, tanto como por mar. En fin, cuando sus primeros crímenes exasperaron los ánimos, obtuvieron de Esparta un cuerpo de ejército y lo instalaron en la ciudadela. Para pagar á esa tropa mercenaria despojaron los templos y acuñaron moneda por medio de condenas. Murieron un hijo y un hermano de Nicias... todos los que se habian mostrado adictos á la constitucion antigua; todos los que por sus servicios habian merecido la confianza del pueblo; todos aquellos cuyos despojos excitaban su codicia, fueron víctimas de la tiranía. Cada uno de los Treinta tenia además sus odios y sus venganzas que satisfacer. Un dia el harmoste espartano quiso pegarle con su baston á un ateniense; este le ganó la accion, y lo derribó al suelo; pero fué condenado á muerte. Entonces se habian suprimido todas las formalidades del juicio. Otros hechos menos sangrientos demuestran la invencible tendencia del despotismo á humillar, á matar el espíritu lo mismo que el cuerpo. Cerraron las escuelas y prohibieron á Sócrates su

(1) M. Forchhammer en su *Topografía de Atenas* combate este aserto de Plutarco (*Temístocles*, cap. XIX), y sostiene que el *bema* no ha podido ocupar nunca otro sitio que el que ocupa hoy dia.

propaganda bajo pena de muerte, á lo cual dijo el sábio: «¿Si se habrán figurado que me crea inmortal?»

El pueblo, mientras duró su reinado, habia sufrido con paciencia los mal encubiertos sarcasmos de Aristófanes. Los tiranos temieron que algun poeta amigo de la libertad no los presentase sin máscara y acompañados de sus crímenes en la escena, y que el teatro no se convirtiese en una tribuna vengadora. Prohibieron pues que se sacasen al tablado los personajes, durante su vida, y autorizaron á los ciudadanos para llevar ante los tribunales al autor que los atacase en sus obras escénicas. La comedia política murió de un solo golpe.

Teramenes, que era uno de esos hombres previsores que saben salir á tiempo de una casa que se va á caer, y de un partido que se disuelve, comprendió que las cosas iban demasiado léjos, y dijo á sus compañeros que el terror general, podia muy bien convertirse en sed de venganza. La advertencia fué tomada en cuenta, y los tiranos crearon para su seguridad una guardia de tres mil ciudadanos escogidos, y desarmaron á todos los demás. Los tres mil guardias obtuvieron el privilegio de que no se les pudiese condenar á muerte sin juicio del consejo; el resto del pueblo quedó á discrecion de los tiranos. Una vez ciertos de la impunidad, comenzaron estos á desterrar y matar. La clase de los metecas les era contraria, y convinieron cierto dia en que cada uno de ellos se apoderaria de un meteca (procurando siempre que fuese muy rico), le haria dar muerte y se apoderaria en seguida de sus bienes. Teramenes se negó á tomar parte en aquel nuevo crímen, y ya se hizo para ellos necesario desembarazarse cuanto antes de aquel importuno, que exigia cuando menos un pretexto político para manchar sus manos en sangre inocente. Critias se encargó del asunto, y acusando á Teramenes en pleno consejo, de versátil y de traidor para con las personas honradas, pidió que se le condenase á muerte. Teramenes se defiende: invoca ante todo la justicia, el derecho, sus servicios, y en seguida como cosa de mas efecto en aquella gente, el peligro que atraian sobre sus cabezas, si comenzaban ellos mismos á diezmarse. Si dejaban á Critias dueño de su vida, les decia, ya ninguno de ellos podia contarse seguro. Critias tenia apostados junto al salon algunos hombres, que á su voz se presentaron

puñal en mano. «Senadores, exclamó entonces, un magistrado prudente que ve á sus amigos torpemente engañados, debe evitar toda sorpresa. Este es el deber que yo voy á cumplir. Los ciudadanos que aquí veis declaran que no tolerarán que se permita escapar á un hombre que está zapando descaradamente los cimientos de la oligarquía. Las nuevas leyes no consienten que sin autorizacion vuestra se condene á muerte á un individuo de los tres mil, al mismo tiempo que someten á los Treinta los que no pertenecen á aquella guardia; pues bien, yo borro de la lista el nombre de Teramenes y en virtud de mi autoridad y de la de mis compañeros, lo condeno á muerte.» Teramenes fué conducido fuera del salon, diéronle á beber la cicuta, y arrojando al aire lo que quedó en la copa, dijo: «A la salud del bello Critias.»

Despues de la muerte de Teramenes, los Treinta declararon que solo los tres mil podian habitar en Atenas. Al poco tiempo Argos, Tebas y Megara estaban llenas de desterrados atenienses. Esparta no se avergonzó de promulgar un decreto imponiendo graves penas á todo el que les diese asilo, y autorizó á los Treinta para que se apoderasen de ellos en cualquieralugar de la Grecia donde les encontrasen. Aquel infame decreto era un insulto á la Grecia entera. Tebas, indignada al ver aquellas pretensiones soberanas, contestó mandando que los desterrados de Atenas fuesen recibidos en toda la Beocia, que se les socorriese y que no se les pusiera obstáculo para cualquiera expedicion que tratasen de verificar contra Atenas. Tebas creia haber prestado bastantes servicios á la causa comun, para ser acreedora á alguna deferencia; y cuando reclamó con motivo de los tesoros que le habia quitado Lisandro, no mereció contestacion siquiera. Argos, á donde fueron los lacedemonios encargados de exigir la ejecucion del decreto, contestó que si no se retiraban antes de ponerse el sol, los trataria como enemigos (1).

Entre los personajes desterrados por los tiranos, se contaban Alcíbiades y Trasíbulo. El primero, no creyéndose seguro en sus fortalezas de Tracia, se fué al Asia, junto á Farnabazo. Habia penetrado los designios del jóven Ciro, y queria revelárselos al

(1) Demóst. *Discurso en pro de los Rodios.*

rey. Una noche se declaró un incendio en su casa, y arrojándose fuera para librarse de las llamas, cayó atravesado por las flechas de los bárbaros que rodeaban su morada. ¿Fué una venganza de los Treinta, de Lacedemonia ó de Ciro? No se sabe; aunque se cree que la segunda hipótesis es la mas verosímil. Trasíbulo se habia refugiado en Tebas. Alentado con el reciente decreto de los tebanos, partió con setenta hombres, y se apoderó de la fortaleza de File, á diez y nueve ó veinte kilómetros de Atenas. Su partida se aumentó en muy poco tiempo; los Treinta le atacaron y fueron rechazados; los lacedemonios de la ciudadela enviados contra él no tuvieron mejor suerte.

Era de creer que estos sucesos inspirasen alguna templanza á los tiranos; mas no fué así: dirigiéronse acompañados de sus hombres á Eleusis y Salamina, prendieron á trescientos habitantes, lleváronlos á Atenas y los degollaron. Ya aquello no era tiranía, era un furor, una rabia loca. Actos semejantes iban aumentando las fuerzas de Trasíbulo que, cuando tuvo mil hombres, se dirigió al Pireo y se hizo dueño de la fuerte posicion de Muniquia, á donde fueron á atacarle los Treinta. Acompañaba á Trasíbulo un adivino que le aconsejó no hostilizar hasta que hubiese muerto uno de sus hombres; y para que quedase cumplido en él el oráculo, marchó á vanguardia, como en otro tiempo habia hecho Codro, y se hizo dar muerte. El ejército de los tiranos fué derrotado fácilmente; los vencedores no persiguieron á los que huian, mas eran todavía tan pocos en número, que no se resolvieron á salir del Pireo. «¿Porqué, gritaba á los enemigos un heraldo de Trasíbulo, porqué nos arrojais de nuestras moradas, porqué haceis armas contra nosotros, y os haceis instrumentos del furor de unos hombres que en ocho meses de mando han vertido mas sangre ateniense, que los del Peloponeso en diez años de guerra?» Critias, jefe de los Treinta, habia muerto en el combate. Esta circunstancia hizo que fuese posible un cambio. Los Treinta fueron depuestos y se retiraron á Eleusis: ya hemos visto como se habian dispuesto para esta retirada. Los tres mil que no pensaban en perder sus privilegios, establecieron un consejo de diez ciudadanos, que trataron de sostenerse contra los desterrados dueños del Pireo y contra los Treinta, dueños de Eleusis. Acosados por Trasíbulo, pidieron socorros á Esparta para salvar

á Atenas de los beocios, segun ellos decian. Lisandro que fundaba su orgullo en la duracion de su obra, les mandó dar cien talentos, y se hizo nombrar su harmoste. Levantó sin dificultad un ejército, y fué á cercar el Pireo por tierra, mientras que su hermano lo cercaba por agua con una flota. Pero en cuanto se puso en marcha, los reyes y los éforos que hacia tiempo estaban celosos del vencedor de Egos-Potamos, hicieron presente que en aquella cuestion el Peloponeso no tenia otro interés que el de la tranquilidad pública, que Lisandro no hacia mas que mirar por sus intereses particulares, y que no era bueno que un ciudadano dispusiera de un poder tan grande. El rey Pausanias consiguió hacerse enviar al Atica con un ejército. En vano ofreció el consejo de los diez que volveria á poner á Atenas bajo la dependencia de Esparta, con tal que se le sacrificasen los desterrados; Pausanías ordenó que se hiciese la paz, y se proclamó una amnistía, de la que solo fueron excluidos los treinta y algunos de sus parciales mas comprometidos, si bien se les permitió que se retirasen á Eleusis. Cerrada la negociacion, Pausanías licenció sus tropas; Trasíbulo y los suyos subieron armados á la ciudadela, é hicieron sacrificios á Minerva en accion de gracias por aquella paz tan inesperada. De la dominacion de la oligarquía, la historia sola conservó en sus anales uno de los mas sangrientos recuerdos.

«Poco tiempo despues, dice Jenofonte, se esparció el rumor de que los de Eleusis reclutaban tropas extranjeras; hubo un levantamiento en masa; se les atacó; sus generales fueron muertos en una entrevista; se obligó á los demás á que aceptasen un arreglo por medio de sus parientes y amigos, y en seguida se pronunció el juramento de olvidar todas las injurias. El juramento fué respetado por unos y por otros que aun hoy dia viven juntos, bajo el imperio de unas mismas leyes.» En aquella espantosa crísis el pueblo ateniense dió uno de los mas raros ejemplos que registra la historia. La amnistía fué religiosamente observada, á nadie se persiguió, y en el juramento impuesto á los heliastas, se intercaló la cláusula siguiente: «Juro no acordarme de lo pasado, y no permitir que nadie lo recuerde.» Hasta cuando Esparta reclamó los cien talentos que habia prestado á los treinta, y que no deseaba regalar á la democracia, el pueblo en vez de endosar la

deuda á los que habian recibido el dinero, declaró que toda la ciudad pagaria. Solo el Pecilo, donde los tiranos habian hecho dar muerte á mil cuatrocientos ciudadanos, por mano del verdugo, fué considerado como un lugar maldito por espacio de mas de un siglo, hasta que Zenon hizo olvidar su infamia, eligiendo su pórtico para ir á enseñar su austera doctrina (403).

Restablecimiento de las leyes de Solon.

Atenas era libre; pero su comercio estaba destruido, su poblacion diezmada; su territorio inculto; su marina mas decaida que en tiempo de Solon, y el tesoro tan exhausto que no bastaba para pagar los sacrificios, ni satisfacer á los tebanos, acreedores impacientes, doscientos talentos que habian prestado á Trasíbulo. Las fortificaciones del Pireo estaban destruidas; el arsenal derribado; los Largos Muros demolidos; los de la ciudad presentaban numerosas brechas, y no habia para qué poner mano en aquellas ruinas, vigiladas por una mirada celosa. El pueblo ocurrió á lo mas urgente: á la constitucion, segun el consejo del poeta, que prefiere los pechos fuertes á las murallas recias. El gobierno oligárquico estaba juzgado por lo que dejó en pos de sí, la traicion y el crímen; y el pueblo quiso de comun acuerdo volver á aquella democracia templada que Solon instituyera. El cuidado de examinar y proponer las modificaciones que debiesen introducirse en las leyes existentes, para asimilarlas al espíritu de la constitucion antigua, se confió á un comité legislativo. Cuando la asamblea hubo aprobado sus trabajos, las leyes se escribieron en las paredes de un pórtico (1), y el areópago, repuesto en sus antiguos derechos, debió velar por su cumplimiento. Prohibióse á los magistrados el apoyar sus fallos en alguna disposicion no escrita; y la ley así formulada se declaró superior á los decretos del consejo y de la asamblea. En algunos casos, para que una resolucion fuese válida, se necesitaba una mayoría de mas de seis mil votos secretos. Por último, para evitar la vuelta de los tiranos, se grabó un decreto en la sala del consejo, autorizando á todo el mundo para matar al que conspirase contra la democracia ó hiciese traicion al Estado. Todos los ciudadanos jura-

(1) Primera vez que se usó el nuevo alfabeto, compuesto de veinticuatro letras, en lugar del antiguo, que constaba de dieziseis ó diezlocho.

ron ejercer el terrible derecho que aquel decreto les daba (1). De modo que el primer cuidado de los atenienses, así que se volvieron á ver dueños de sí mismos, fué acogerse á su antigua constitucion democrática: habia sido su gloria en los pasados tiempos, y debia darles aun algunos felices dias.

Revolucion moral.

Deberíamos explicar ahora qué uso hizo Esparta de su poderío; pero nos detienen una revolucion moral y un grande hombre: no podemos dejar de ocuparnos de una y otro.

Atenas habia perdido, no solo su imperió, sino sus antiguas costumbres y sus antiguas creencias. La revolucion interior era inevitable. Dueños de la mitad del mundo helénico, los atenienses veian afluir á su hermosa ciudad las riquezas, las ideas y los hombres. La industria y el comercio habian adquirido un desarrollo considerable. A la conmocion de los Estados corresponde ordinariamante la conmocion de los ánimos. Así como se habian abierto nuevos mares ante el buque del mercader, se habian abierto nuevos horizontes ante la imaginacion de los pensadores. Esquilo, Sófocles, Herodoto, Tucídides, Aristófanes, habian encontrado por las no cultivadas sendas que recorrieron las mas bellas concepciones del genio; Fidias habia visto á Júpiter; el primero entre los griegos habia encontrado á Dios (2). Por eso el anciano Homero y todos los poetas á quienes inspiró, aparecieron despues que la raza griega, como un fecundo aluvion, se hubo derramado por las costas de Asia, y mezclado con el mundo oriental por medio del comercio y de las armas.

Pero detrás de las nobles meditaciones de aquellos elevados espíritus, ¡qué de agitaciones estériles! ¡Cuántos no pudiendo crear destruian! que negaban lo pasado sin afirmar cosa alguna para lo porvenir; que hacian mofa de las leyes, de las buenas

(1) Algunos autores ponen este decreto despues de la caida de los cuatrocientos.

(2) Quiero decir que el primer filósofo griego distinguió el principio espiritual de la materia. «Todas las cosas estaban confundidas, decia en la introduccion á una de sus obras, y vino la inteligencia que hizo reinar el órden.» Verdad es que quizás no daba aun á este principio los atributos de bondad y justicia que en él reconoció Sócrates.

costumbres, de las antiguas creencias, sin tener con que reemplazarlas, sin mas que su negacion estéril! El pueblo se estremecia de horror viendo á aquellos hombres reirse de lo que constituia aun su vida moral y religiosa; dudar de sus divinidades; parodiar sus misterios y renegar de toda creencia.

Desparramados durante largo tiempo por la circunferencia del mundo griego, por Asia, Tracia, la Grecia Magna y Sicilia, los filósofos se habian reunido todos en el centro, jonios, eleatas, pitagóricos y atomistas. Desde el siglo de Pericles, Atenas era su palenque; en su recinto se habia verificado la lucha de los sistemas, allí tuvo comienzo la revolucion que hizo entrar al paganismo en su período de decadencia moral para el pueblo y de transformacion espiritualista para los talentos superiores. Efectivamente el antiguo paganismo veia que el espíritu se le escapaba por dos distintas vias. Los misterios, en particular los de Eleusis, habian á fuerza de tiempo, extraido, reunido y desarrollado todos los elementos espiritualistas, contenidos en los antiguos cultos y propios para hacer prevalecer, sin destruir el politeismo, la idea judía de un Dios único. Los filósofos, con mas atrevimiento y mas libertad, sin mas auxilio que el de su razon, se remontaban á la causa primera. Mas al paso que, para gloria eterna de la inteligencia humana, agitaban los grandes problemas que la religion popular se figuraba haber resuelto, aquellos hombres declaraban su incredulidad respecto á esta, incurriendo en la insubordinacion y en la revuelta. Reducíanla, cuando mas á una forma hueca, á una mortaja en que estaba envuelto el estado, mortaja que no hacian pedazos por prudencia, por el forzoso respeto que debian tener á las debilidades del pueblo.

El panteismo de los jonios permitia sin embargo á Tálés que dijese: «El mundo está lleno de dioses;» Hipócrates subordinaba su accion á leyes constantes y á las condiciones de la materia; Anaxágoras habia proclamado una causa única. Jenofano, mas explícito, habia rechazado toda la teología vulgar, y preguntaba á los poetas como no habian divinizado las fuerzas perniciosas ó útiles que obran constantemente sobre el hombre. Hesíodo y el mismo Homero incurrieron en sus censuras; porque, segun decia, habian degradado la idea de la divinidad, atribuyendo á sus dioses acciones y afectos indignos del Ser absoluto. Sin

embargo, Jenofano, aunque supo distinguirlos, no pudo conciliar Dios y el mundo, la causa y el efecto. Para desembarazarse de aquella vaga mescolanza de teismo y panteismo, su discípulo, el temible Parménides, como le llama Platon, no encontró otro medio que negar el mundo. Dijo que era una apariencia vana, y que los sentidos que nos lo muestran eran instrumentos del error. Estas doctrinas eran un rompimiento manifiesto con la religion nacional.

Por una dolorosa necesidad, la introduccion de las ideas nuevas va siempre acompañada de una disolucion moral, se anuncia anticipadamente, y no desaparece hasta que han triunfado. Despreciadas las antiguas leyes, no indicadas todavía las nuevas, los hombres se hallan momentáneamente suspendidos en el vacío, sin otra norma que su conciencia que vacila y sus pasiones que los arrastran.

La lucha, empero, entre las ideas nuevas y las antiguas, entre la religion y la filosofía, no hubiera ejercido en mucho tiempo su influjo en la ciudad, si los que la desnaturalizaban no la hubiesen llevado á la plaza pública. Aquellos hombres eran los sofistas.

He hablado con frecuencia de la aficion de Atenas á las artes; mas nada he dicho del arte democrático por excelencia, la retórica (1). De ella nacieron dos clases de hombres que muchas veces no formaron mas que una: los retóricos, que analizaban los procedimientos del lenguaje, y los sofistas, que analizaban las ideas morales y políticas.

En una pequeña ciudad democrática, donde la palabra lo puede todo, la elocuencia es una espada y un escudo al mismo tiempo; sirve para la defensa y para el ataque; sirve para obtener un cargo público y para ganar un proceso; para el favor del pueblo y para la indulgencia de los jueces. Es el camino mas seguro para llegar á la fortuna y al poder; como medio para enaltecerse, es superior al de los talentos militares. El arte de decir bien aun sin necesidad de pensar bien; el arte de vestir una opinion falsa con apariencias de verdad y de deslumbrar al vulgo con la

(1) Una de las primeras disposiciones de los Treinta consistió en prohibir la enseñanza de la retórica λόγων τέχνην μὴ διδάσκειν. Jenofonte, *Diálogos*, lib. I, cap. II, 31.

brillantez de las palabras; ese talento del abogado y del político era muy cultivado entre la juventud ateniense, no tan deseosa de conocer verdades filosóficas, como de adquirir lo que Gorgias, segun dice Platon, llamaba el sumo bien, á saber el modo de persuadir á los jueces en los tribunales, á los senadores en el consejo, y al pueblo en las asambleas; la juventud corria pues en gran número á oir á los mercaderes de elocuencia y de argumentos, y pagaba á precio de oro sus lecciones. Anteriormente muchos sábios habian sembrado por todas partes palabras de sabiduría; mas no hacian venta de ellas. Sócrates y Platon se indignaban al ver aquel comercio que nuestras sociedades modernas, fundadas en otros principios ven sin rubor y sin cólera. Los sofistas no formaban, como se ha dicho muchas veces, una escuela y un sistema aparte, si bien es cierto que en general representaban una de las grandes fases de la filosofía griega: el escepticismo. Eran en su mayor parte hombres que prestaban el socorro de su plùma en un país en que cada ciudadano estaba obligado á defenderse por sí mismo, así como nuestros abogados prestan su palabra ó venden su ciencia á la ávida juventud, y como nuestros maestros de todas clases la dan en cambio de un legítimo salario. Se ha dicho que los sofistas fueron de Sicilia á Atenas un dia cuya fecha se señala: esta noticia es cierta en cuanto á Gorgias; mas los sofistas y los retóricos no eran un producto artificial, ni una importacion extranjera; salieron de las entrañas de Atenas, de su constitucion, de su espíritu público: si aquellos fueron culpables, este no puede llamarse inocente (1).

Los sofistas, necesidad del tiempo, efecto mas bien que causa, no fueron corruptores de Atenas ni de su siglo; pero algunos de ellos eran los osados representantes de doctrinas subversivas del órden establecido, y al propagarlas como ideas filosóficas, propa-

(1) Platon es, no solo enemigo de los sofistas, sino tambien de los músicos, los poetas, los políticos y de todo el órden social de su tiempo; llegando á decir que no conocia una sola ciudad que tuviese buenas leyes. *Republ.* lib. VI, cap. XI. Afortunadamente nos hizo saber lo que entendia por buenas leyes.—Respecto al nombre de sofista, debemos decir que no envolvia idea injuriosa. Herodoto llama así á Solon, lib. I, cap. XXIX; á Pitágoras, lib. IV, cap. XCV y Esquino á Sócrates, *contra Timarques*, cap. XXXIV.

gaban la duda, que es mortal cuando no es principio de sabiduría. Las cuatro escuelas que desde la época de Talés habian buscado la verdad fuera de la enseñanza religiosa, y apoyados solamente en su razon, no habian llegado á resultados idénticos, ni á presentar, como era consiguiente, un mismo cuerpo de doctrina. En vista de las contrarias soluciones, algunos pensadores que se habian provisto de armas, es decir, de dialéctica en la austera escuela de Elea, proclamaron que la razon humana era impotente para afirmar cosa alguna, ó lo que es lo mismo, le reconocieron el derecho de afirmarlo todo. Protágoras sostenia que todo pensamiento es verdadero para el que lo concibe, pero solo en el instante que se produce en su mente; de manera que de un momento á otro, la afirmacion y la negacion tenian un valor igual dentro de un mismo individuo. ¿Qué consecuencia debia deducir de ahí, sino que nadie tenia el derecho de establecer una ley general? Convenia, no obstante, en que hay opiniones sino mas verdaderas, mejores que otras, y que el oficio del sábio consistia en colocarlas en el lugar que ocupaban las malas. Harto se comprenderá que en semejante doctrina los dioses corrian gravísimo riesgo; véase como hablaba de ellos Protágoras en una de sus obras: «En cuanto á los dioses, no puedo saber si existen ó no, porque encuentro muchas dificultades que vencer, entre ellas la oscuridad misma de la cuestion y la brevedad de la vida.» Gorgias, al contrario de Protágoras, sostenia primero, que no existe nada; en seguida, que si algo existiese, seria imposible conocerlo, y por último, que si fuese posible elevarse al conocimiento de alguna cosa, seria imposible comunicar á otro ese conocimiento. De modo que tomando un camino opuesto al de Protágoras, llegaba á su mismo punto, á la negacion de toda certidumbre.

Para ellos, pues, nada era verdad, pero todo era verosímil, y á fuerza de arte se podia comunicar á todas las cosas la apariencia de lo verdadero; y por consiguiente no habia tésis que no se pudiese sostener, ni causa que no admitiese defensa. Si doctrinas semejantes pervierten la razon humana, y destruyen la virtud, el patriotismo y la religion no dejaban de ser muy seductoras en los hábiles labios de los que las propagaban. A falta de otro mérito tenian el de agradar á los aficionados á agudezas inge-

niosas, y sobre todo el de ser útiles á los defensores de causas malas. Gracias á estas circunstancias contaban con numerosos adeptos que deseaban brillar y enriquecerse: luchaban á porfía sobre quien defenderia tésis mas extravagantes, sobre quien presentaria argumentos mas sútiles; sobre quien se mostraria mas fácil y atractivo en la palabra, y era su gala sustentar de pronto y sucesivamente el pró y el contra en un debate. En las escuelas, en las fiestas, en los juegos públicos de Olimpia, dónde quiera que se encontrasen muchos hombres reunidos, allí aparecia en seguida un sofista, que pidiendo que le señalasen un asunto cualquiera, lo defendia, por paradójico que fuese, con grandes aplausos de la muchedumbre. Cúpole á Atenas el triste privilegio de convertirse en foco de aquella clase de ingenio, cuyo rastro se encuentra en las costumbres públicas de algunos de sus ciudadanos y hasta en su bella literatura.

Dos ejemplos citaremos de lo que vamos diciendo: Alcíbiades y Eurípides. Alcíbiades no era otra cosa en suma, que un gran sofista político, brillante retórico en acciones como los otros lo eran en palabras; dispuesto siempre al pró y al contra; hoy con Atenas, mañana con Esparta; ya con Argos, ya con Tisafernes: en una palabra, indiferente al sentido de las voces de patria y de virtud, que tanto idolatraban los contemporáneos de Milcíades, conforme lo expresa el poeta en su pieza titulada *Las Nubes*, donde probablemente quiso presentar en Fidípido al indigno pupilo del gran Pericles. Respecto á Eurípides, hasta en sus principales obras campean los rasgos de ingenio propios de aquella época. Empaña con frias sentencias los mas patéticos discursos y las situaciones mas dramáticas; sus personajes, que solo deberian hacer oir el grito de la pasion, se empeñan en sostener una tésis. Aquel refinamiento de ideas confirma la verdad de la observacion moral; pero perjudica al arte haciéndole perder en sencillez y pureza. «Yo he presentado los hombres tales como deberian ser (decia Sófocles), y Eurípides los ha presentado tales como son.» Si se establece el cotejo entre Eurípides y Esquilo, la diferencia es todavía mas notable. Todo el teatro, así los dioses como los hombres, están un grado mas bajos. Los seres divinos, en vez de ser los dominadores de la escena, son como si dijéramos sus auxiliares materiales, para servirla ya en el prólogo, ya en el desenla-

ce: se conoce que la creencia se ha apartado casi completamente de ellos. Sus hombres aparecen cubiertos de harapos, abatidos por la desgracia, la enfermedad y la miseria, y degradados de su dignidad cuando son reyes. Por estos medios excita profundamente la piedad en nuestro corazon, y Aristóteles le llama el mas trágico de los poetas, mas tambien se puede decir que es el que mas enerva.» Eurípides fué el pintor de la debilidad humana, así como antes que él Esquilo y Sófocles habian sido los del heróismo (1).

Aristófanes.

En contra del nuevo ingenio, que por medio de los sofistas daba los peores frutos y que tan lastimosamente empañaba las obras de un genio tan grande como el de Eurípides, se levantaron, entre otras, dos famosas protestas: una en nombre de lo pasado, y otra en nombre de lo porvenir. Me refiero á Aristófanes y Sócrates.

Aristófanes combatió á Eurípides y á Cleonte, á los sofistas y á Sócrates: en una palabra, el espíritu de la época, sin distinguir entre lo bueno y lo malo. Ya hemos visto que la Atenas de Pericles y su belicosa democracia no eran tampoco gratas al poeta satírico. En *Las Ranas*, cuyo objeto es demostrar cuan inferior era Eurípides á Esquilo, por la nobleza de los personajes y la propiedad del estilo, que es el mismo en boca de todos, sean reyes, sean esclavos, Aristófanes hace decir al mismo Eurípides: «¡Por vida de Apolo, que haciéndoles hablar así, les dí un aire mas democrático!»

Pero los que mas atacó fueron los sofistas en la persona de Sócrates, porque no veia en él al hombre sensato que acaso se encubria bajo apariencias sofísticas. *Las Nubes* es una sátira chispeante de ingenio, mordaz, que dá perfectamente en la sofistería, solo que deberia ponerse el nombre de uno de aquellos mercaderes de palabras de que hemos hablado, en lugar del de Sócrates, á quien el poeta representa cerniéndose sobre la tierra é invocando á Las Nubes, diosas tutelares de los sofistas, cuya voz cree oir entre la niebla. El viejo Estrepsiade, arruinado por los desórdenes de su hijo, quisiera encontrar un medio para no pagar

(1) Mr. Patin, *Estudios sobre los trágicos griegos*.—Acerca de los tres grandes trágicos griegos, véase Mr. Pierron, *Historia de la literatura griega*, pág. 216-266.

las deudas de este; con cuyo objeto trata de enviarle á la escuela de los sofistas. «¿Y qué aprenderé? pregunta el hijo.—*Estrepsiade.* Dicen que enseñan dos modos de raciocinar: el justo y el injusto. Por el segundo medio se pueden ganar las malas causas. De modo que, si aprendes el raciocinio injusto, no tendré que pagar ni un óbolo de las deudas que por tu culpa he contraido.» Niégase el hijo, y el viejo se dirije personalmente á casa de Sócrates, donde en poco tiempo aprende á no creer en los dioses. Encuentra á su hijo y le oye jurar por Júpiter Olímpico. «¡Cómo! exclama el padre, ¿qué es eso de *Júpiter Olímpico*? ¡habrá necio! ¿con qué á tu edad crees todavía en Júpiter?—*Fidípido.* ¿De qué te ries?—De ver que siendo tan jóven seas tan dado á chocheces. Vaya, acércate, que quiero instruirte; te voy á explicar una cosa que te va á hacer hombre; pero no se lo digas á nadie.—Veamos que cosa es esa.—¿No acabas de jurar por Júpiter?—Sí.—Pues ahí verás si es bueno estudiar: no hay tal Júpiter, hijo mio.—¿Pues cómo?—Torbellino es el que reina; ha destronado á Júpiter.»—Es la frase: «Pero ahora lo hemos arreglado de otra manera,» de Moliére, y la torpeza de Estrepsiade recuerda tambien su *Villano caballero,* aunque son mas altas las tendencias del poeta griego. Debemos hacer presente que el protagonista ha perdido la capa y el calzado en la escuela, insinuacion de robo, calumniosa á no poder mas con respecto á Sócrates, y aun con respecto á los sofistas.

Mas adelante presenta en escena el Justo y el Injusto que se baten á argumentos. El Justo describe á los jóvenes la vida antigua, que trascurria en medio de los ejercicios gimnásticos, y la práctica de las virtudes, con el pudor, la moderacion y el respeto á los ancianos. El Injusto ostenta todas sus seducciones, y Aristófanes le hace salir vencedor del debate, como si ya desesperase de que los atenienses pudiesen volver á la justicia. «*El Injusto:* Con qué, dime: ¿Qué clase de gente son los oradores?—*El Justo:* Unos infames.—Lo creo; ¿y los autores trágicos?—Unos infames.—Bueno; ¿y los demagogos?—Unos infames.—.... Mira, examina á los espectadores; á ver qué tal es la mayoría.—Espera, que estoy mirando.—¿Qué te parece?—Los infames están en mayoría. A aquel lo conozco yo; y al otro, al del pelo largo, tambien.—¿Qué dirás ahora?—Que me has vencido. ¡Infames,

hacedme el favor de recoger mi capa; me paso á vuestro campo!»

El hijo consiente al fin en ir á la escuela de Sócrates; pero el buen Estrepsiade tiene que arrepentirse muy pronto, y se le ve entrar corriendo en escena, apaleado por Fidípido y exclamando: «¡Hola, vecinos, parientes, ciudadanos; amparadme, que me matan! ¡Ay mi cabeza, ay mis mandíbulas! ¿Pegas á tu padre, infame?—Fidípido.—Verdad es, padre mio.—¿No lo oís? ¡confiesa que me ha pegado!—¡Pero si es indudable!—¡Malvado, parricida!—Repítelo, échame injurias; ¿sabes que me van gustando?—¡Perverso!—Cúbreme de rosas.—¡Pegar á su padre!—Y te probaré que he tenido razon para hacerlo.—¡Calla, impío! ¿cómo puede haber razon para...?—¡Voy á demostrártelo y á convencerte.—¿A convencerme?—Nada mas fácil. Dime cuál de los dos razonamientos quieres que emplee.» En otra escena Fidípido, hablando de la ley que autoriza á los padres para pegar á sus hijos, defiende la reciprocidad. «¿No era un hombre como nosotros el que dictó la ley y la hizo aceptar por sus contemporáneos? ¿Pues porqué no podré yo hacer una ley nueva que autorice á los hijos para pegar á sus padres? Damos de barato los golpes que hemos recibido desde que se estableció la ley; consentimos en que nos hayais pegado gratis. Ahí están los gallos y otros animales que se defienden muy bonitamente contra sus padres, y sin embargo no existe ninguna diferencia entre ellos y nosotros, como no consista en que ellos no publican decretos.» Tales eran en efecto los razonamientos de los sofistas, y hubieran sido muy propios para otro asunto. El viejo sale por último de su error, y reconociendo que los sofistas son unos bribones, corre con un esclavo, armado de una hacha y una antorcha, y quiere incendiar y derribar la escuela de Sócrates con todos sus habitantes.

En los sucesos de Melos hemos visto lo que habian progresado las nuevas doctrinas, que dieron uno de sus resultados mas naturales: la teoría del derecho del mas fuerte. Aristófanes combatió enérgicamente el mal, y lo señaló con singular valentía; ¿pero cuál fué el remedio que propuso? ¿cerrar las escuelas de los filósofos, retroceder de tres generaciones, volver á los tiempos de Maraton? ¿Acaso los pueblos vuelven á los pasados siglos, ni

los rios á repasar su lecho? El mismo Aristófanes ¿no tiene todos los vicios de su tiempo, la inmoralidad y la irreligion? ¿ni qué audacia iguala la suya en su comedia *Los Pájaros*? El verdadero remedio no consistia en la ignorancia de los tiempos primitivos, sino en el talento verdaderamente varonil, en la ciencia que acababa de descubrir un hombre, precisamente el que con mas crueldad habia sido atacado por el poeta.

Sócrates.

Sócrates nació en 469: su madre era comadrona; su padre escultor, y se llamaba Sofronisco. Ejerció primero el arte de su padre, y Pausanias vió en la ciudadela de Atenas uno de sus grupos, que representaba las Gracias envueltas en un velo. Abandonó muy pronto la escultura, aunque pobre, y se dedicó al estudio de los filósofos contemporáneos y predecesores suyos. Esta ocupacion no le impidió cumplir con todos sus deberes de ciudadano. Peleó valerosamente en Potidea, en Anfípolis y en Delion; salvó una vez á Alcíbiades y otra vez á Jenofonte; en Delion fué de los que se resistieron hasta el último extremo, y estuvo en poco para caer prisionero. Los generales decian que si todos se hubiesen conducido como él, no se hubiera perdido la batalla. Dentro de su patria, corrió los peligros á que se expone el que prefiere la aprobacion de su conciencia á los aplausos de la muchedumbre. Fué el único que osó arrostrar las iras populares, cuando formando parte del tribunal que juzgó á los generales vencedores en las Arginusas, no quiso fallar en consonancia con las pasiones de la muchedumbre. Cuando todo se doblegaba ante la tiranía de los treinta, él se atrevió á desobedecerles antes que cometer una injusticia. Vivió pobre y rechazó la riqueza; Alcíbiades le ofrecia terrenos; Cármides esclavos; Arquelao, rey de Macedonia, su favor; y él nada aceptó. Iba siempre descalzo y vestido del mismo modo en invierno que en verano. Su sobriedad le libraba de aquellas necesidades que esclavizan el alma al cuerpo.

Pero ¿qué hizo este hombre honrado, este valeroso ciudadano para atraer sobre sí tanta malevolencia de parte de sus contemporáneos, y tanta admiracion de la posteridad?

Vamos á decirlo: Sócrates se habia impuesto á sí mismo una

mision sagrada: la de combatir sin tregua por la verdad; quiso desvanecer las negras nubes en que los sofistas habian envuelto la idea moral. Nada resistia á la accion deletérea de las doctrinas de estos; el ingenio se adoraba á sí mismo en sus mas peligrosas sutilezas, y ahogaba bajo el oleaje de las palabras, la voz del juez interior que Dios ha puesto en cada uno de los hombres. Sócrates dió con la peña que habia de servir de cimiento á la conciencia, á la dignidad humana: el corazon del hombre, que él convirtió en santuario de la divinidad. Habia leido en el frontis del templo de Delfos: «Conócete á tí mismo,» y esta fué para él la ciencia suprema. Apartó su entendimiento de las doctrinas puramente especulativas; de la averiguacion de las causas primeras; del orígen y de las leyes del universo; de la naturaleza de los elementos, etc., y se engolfó en la meditacion sobre nuestros deberes. Sostuvo que la naturaleza habia puesto á nuestro alcance los conocimientos de primera necesidad, y que bastaba abrir el libro de nuestra alma, para leer en él en caracteres indelebles, las inmutables leyes de lo bueno, lo verdadero, y aun lo bello, leyes que llamaba no escritas νόμοι ἄγραφοι; pero á las que Dios ha puesto su sancion, con los males inevitables que lleva consigo el acto de violarlas. Haciendo del hombre (al contrario de lo que habian hecho sus predecesores) el centro de todas las meditaciones, creó la verdadera filosofía; la que debia manifestar todos los tesoros que encierra la conciencia humana; descubria en fin, y la elevaba sobre los errores, las preocupaciones y las injusticias del tiempo y el lugar, la ley natural, única lumbrera humana que puede iluminar la senda por donde caminan las sociedades. Montaigne ha dicho muy bien, despues de Ciceron: «Sócrates trajo del cielo, en donde consumia su tiempo, la sabiduría humana, para devolverla al hombre, objeto de sus mas justas y prolijas tareas.»

El creador de la filosofía del buen sentido no podia aprisionarla dentro de un sistema: así que la enseñanza de Sócrates no tuvo nada teórico, nada preparado. Dábase á luz dia por dia, en todos sitios, y segun era el error que se presentaba. Asistia asiduamente á la plaza pública, no para tomar parte en los negocios del Estado, pues no se ocupaba de ellos, sino en la medida que la ley le exigia; sino para expiar todas las doctrinas

falsas, desenvolverlas, y mostrar á todo el mundo lo que contenian: la nada. Veíase pasear por la ciudad á aquel hombre nada favorecido por la naturaleza, de nariz chata, labios gruesos, cuello recio y corto, vientre prominente, como el de un sileno, ojos combados y muy salientes; pero donde brillaba el fuego del genio. Iba de un lado á otro, distraido á veces, ó sumido en profundas reflexiones, hasta el punto de permanecer por espacio de veinticuatro horas en la plaza, dirigiéndose con frecuencia á uno y otro transeunte, ó visitando las tiendas de los artesanos y hablándoles de asuntos que les interesaban. Dialogaba siempre. De las verdades mas sencillas, admitidas desde luego por sus interlocutores, les hacia deducir consecuencias no previstas, y les hacia llegar (sin que se viese su intervencion en ello) á nociones de las cuales no tenian el menor indicio. Su método era célebre en la antigüedad bajo el nombre de *ironía socrática*. Recordando el oficio que ejercia su madre, se solia llamar á sí mismo el comadron de los entendimientos. Lo cierto es que él conseguia que, como si nadie le guiase, el artesano llegase á concebir las ideas mas elevadas y racionales con respecto á su arte; el político con respecto á los negocios del Estado, y el sofista con respecto á las cuestiones que trataba. En todas sus conversaciones se encontraba un granito de chiste. Sócrates no se presentaba sino como hombre que busca la verdad, y buscador se llamaba él mismo. Al comenzar, aparentando tener en mucho los conocimientos de su adversario, y el deseo de instruirse oyéndole; mas poco á poco se iban trocando los papeles, y casi siempre lo reducia al absurdo ó al silencio. ¡Extraña cosa! Sus acusadores, el mismo pueblo y hasta atenienses ilustres, lo confundieron con los sofistas, es decir, con los sostenedores de doctrinas falsas y peligrosas, siendo así que fué su mayor enemigo, y se complacia en llenarlos de confusion en presencia de numerosos oyentes; porque Sócrates nunca iba solo. Apenas se presentaba, cuando se veia rodeado de muchísimos hombres, deseosos de verle acosar en el debate á los desgraciados, cuyas pretensiones y sistemas desvanecia de un soplo. Seguíale siempre mucha gente; jóvenes en su mayor parte atraidos por su claro entendimiento y su palabra fácil y cáustica: estos componian su escuela.

Sócrates debe estudiarse en Jenofonte. Platon, como era tambien filósofo, y filósofo de genio, le ha añadido, interpretado y compendiado mucho. Jenofonte, entendimiento de elevacion ordinaria, es menos sospechoso. Sus *Memorias* son una especie de evangelio socrático: en sus páginas vemos al sábio en su existencia cotidiana; en aquella vida de apóstol del buen sentido y de la virtud; ilustrando á todos acerca de lo bello, del bien, de lo justo y lo útil; no solo alejando de los negocios públicos á los jóvenes ignorantes que se ocupaban de ellos con loca ambicion, sino haciéndolos atractivos á los hombres capaces que no se daban á la política por falta de confianza en sus propias fuerzas, y aun cumpliendo de la manera mas digna con los deberes del hombre honrado constituido en sociedad: trabajando en la concordia de todos, reconciliando los amigos, restableciendo el cariño entre dos hermanos enojados, inspirando á su hijo el sentimiento de sus deberes hácia Jantipa, que fué para él una causa constante de que ejercitase la paciencia y la mansedumbre. Esta parte activa y militante de la vida de Sócrates es tan admirable como la parte especulativa.

¿Cómo pudo aquel justo ser condenado al suplicio de los traidores y los asesinos? Dos motivos principales se dieron para su sentencia: Sócrates no era partidario de la democracia; Sócrates destruia la religion del Estado y corrompia la juventud. En cuanto á lo primero, debemos decir que se achacaban á sus lecciones la inmoralidad y los crímenes de algunos discípulos suyos: de Critias, el mas cruel de los treinta tiranos; el cual decia que la religion la habian inventado los legisladores para el buen órden de las ciudades; de Cármides, uno de sus cólegas; de Teramenes, otro de los Treinta, y de Alcíbiades que dos veces fué traidor á su patria. Acusábanle de haber dicho varias veces que «era locura que una haba decidiese del nombramiento de los jefes de la república, siendo así que no se echaban suertes para la eleccion de los pilotos ni arquitectos.» Otra cosa solia decir tambien, bella bajo el punto de vista filosófico; pero impopular en una ciudad, en donde luchas terribles habian sobrescitado el sentimiento del patriotismo: «Yo no soy de Atenas, sino del mundo (1).» Si bien faltó dos veces á la obediencia de los trein-

(1) Ciceron, *Tusculanes*, lib. V, cap. XXXVII.—La doctrina socrática, cuya fór-

ta, es probable que formase parte del cuerpo de los tres mil. Cincuenta y cuatro años despues, el orador Esquino atribuia su muerte á sus opiniones políticas; y sus mas celosos defensores entre los modernos, reconocen que era muy poco circunspecto y respectuoso en sus palabras respecto á las leyes fundamentales del Estado. El segundo cargo que se le dirigia era mucho mas grave, y en cierto modo estaba justificado.

En las sociedades se observa con frecuencia la accion de dos movimientos opuestos. Reina la incredulidad en las regiones superiores (1), y en las inferiores se ve la fe mas ciega y ardiente que nunca: en un mismo período se llega á los últimos límites de la supersticion y del escepticismo. Así sucedió en Roma; que mientras Lucrecio escribia su atrevido poema para la nobleza jóven, los cultos corruptores de Asia y Egipto iban contaminando mas y mas cada dia las clases inferiores. En Francia los convulsionarios fueron contemporáneos de Voltaire y La Mettrie; en Atenas, mientras que Alcíbiades y los suyos hacian burla de los misterios y mutilaban los antiguos dioses, el pueblo introducia divinidades extranjeras: Cotito, diosa de Tracia, el dios frigio Sabazios, Cibeles y Adonis (2). Invade la ciudad una nueva religion, cuyos ritos, en lugar de las antiguas fiestas, son la desen-

mula puede decirse: «la virtud es la ciencia,» es en el fondo muy aristocrática y está en evidente pugna con los principios de la constitucion ateniense. Debemos añadir, sin embargo, que Sócrates no violó ni aconsejó nunca que se violase la ley.

(1) Este movimiento empieza con el siglo VI. Hecateo de Mileto encontraba (hácia el año 500) muchas fábulas absurdas en la leyenda y explicaba otras bajo el punto de vista racionalista. Cerbero se convertia en una serpiente habitadora del cabo Tenaro; Gerion en un rey de Egipto, poseedor de mucho ganado, lo cual no impedia que Hecateo se creyese hijo de un dios. Tucídides no cree que exista una raza de héroes distinta de la de los hombres, que admitia Herodoto; y procuraba aproximar los hechos de la edad mística á la realidad histórica, despojándolos de su carácter maravilloso.

(2) La secta órfica principió tambien el siglo anterior. Lobeck, *Aglaophamus*, lib. II, p. 313. Los ὀρφεοτελεσταί se suponian conocedores de los medios necesarios para encadenar la voluntad de los dioses, y ejercian mucho influjo sobre todos los ricos timoratos, aunque el pueblo los respetaba poco. Eurípides, *Hipólito*, v. 953 y siguientes; Teofrasto, *Caracteres*, cap. XVI. Pero el misticismo es al fin una primera insurreccion del sentimiento religioso que guiará la multitud hácia nuevos dioses: así como los filósofos la conducirán á nuevos sistemas: El misticismo, es involuntariamente, el precursor del racionalismo.

frenada licencia de los cultos orgíacos del Oriente. Con el mayor peso de las calamidades públicas coincidia un aumento de supersticion y tambien de intolerancia. Antes de la guerra la única víctima fué Anaxágoras (1); despues de la peste aumenta el número de las condenas. Cae la proscripcion sobre Diágoras de Melos por haber divulgado los misterios; y el Estado ofrece un talento al que le quite la vida, y dos al que lo entregue vivo á la justicia. Protágoras, condenado á muerte por ateo, huye, pero pierde la vida en un naufragio. Hemos visto ya el suceso de los hermes; la profunda agitacion que en la ciudad produjo y el ruidoso proceso de que fué orígen. Sócrates chocaba, pues, de frente con aquella intolerancia. Verdad es que su conducta no era nunca directamente contraria á la religion nacional; antes al contrario: sacrificaba en los altares públicos, hasta creia en los oráculos y presagios, á lo menos hasta cierto punto, y siendo hombre que provocaba discusion sobre todas las cosas, procuraba evitarla respecto de aquel punto. Un dia que le preguntaban su opinion sobre la leyenda de Boreas y Oritia, contestó que no tenia tiempo para confrontar é interpretar todas aquellas historias, puesto que su principal objeto era estudiarse á sí mismo.

Este legítimo retraimiento, esta prudente abstencion de polémica religiosa (2), no le impedia seguir en la senda de Anaxágoras ni descubrir á sus amigos sus ideas sobre la divinidad. Habíale cabido á Anaxágoras la gloria de distinguir la inteligencia de la materia, á Dios del mundo. Sócrates reconoció ese sér supremo, ordenador y conservador del universo; pero con los atribu-

(1) Antes que él, Esquilo habia sido acusado de impío. Aristóteles, *Etica á Nicomaco*, lib. III, cap. III. El fanatismo religioso es implacable hasta tal extremo, que en el pueblo mas humano de Grecia se condenó á muerte á ciudadanos que no habian hecho mas que arrancar un arbolito de un bosque sagrado, ó matar un pájaro consagrado á Esculapio. Un niño, que habia recogido una hoja caida de la corona de oro de Diana, fué condenado á muerte. Hell. *Hist. var.*, V, 14, 17.

(2) Si hemos de dar crédito á Jenofonte, que tambien era muy supersticioso, y que se esfuerza para librar á su maestro de la nota de incrédulo, Sócrates admitia dos órdenes de ciencias: la ciencia divina, ó segun él la llama, los secretos de los dioses, ó sean las cuestiones relativas á la naturaleza, al orígen del mundo y de los cuerpos celestes, etc., y la ciencia humana, es decir, el estudio de todo lo que está al alcance del hombre. Evitaba entrar en el exámen de las causas y solo permitia el estudio de los fenómenos. Véase todo el cap. I, de las *Memorias ó Diálogos de Sócrates*.

tos de la bondad y la justicia. Gracias á él, el primer motor fué una providencia paternal, obrando sin cesar en medio de las cosas humanas, no ya segun el impulso de sus pasiones puramente terrenales, como el hijo de Saturno, sino para la mayor felicidad del hombre, su criatura. «En tanto que vuestro espíritu permanece unido á vuestro cuerpo, lo gobierna á su placer, decia; pues tambien debeis creer que la subiduría que vive en todo cuanto existe, gobierna á su placer ese gran todo. ¡Cómo! vuestra vista alcanza á muchos estadios ¿y la mirada de Dios no alcanzaria á todo? Vuestra mente puede ocuparse al mismo tiempo de los acontecimientos de Atenas, de Egipto y de Sicilia ¿y Dios no podria ocuparse de todo al mismo tiempo?... Reconoced que tal es la grandeza de la divinidad, que todo lo abarca con una mirada; que todo lo oye; que está en todas partes; y que dirige sus cuidados á todas las partes del universo á un mismo tiempo.»

En este párrafo se ve el sentimiento de la omnipotencia de Dios, de su ubicuidad, de su inteligencia infinita. Era en vano el cuidado que ponia Sócrates, al hablar del poder soberano, en decir unas veces Dios, otras los Dioses y otras la Divinidad, y en vano tambien que admitiese sinceramente dioses inferiores; el instinto popular no se engañaba: en aquel sistema no cabia la teología vulgar, ni aquellas debilidades , aquellos combates y aquellos vicios de los soberanos del Olimpo que legitimaban las debilidades y los vicios de sus adoradores. No carecia pues de fundamento la acusacion de ataque al politeismo; pero era esto un crímen? para nosotros no por cierto; para sus contemporáneos sí.

Su principal acusador fué Anitos, hombre influyente por sus riquezas, celoso partidario de la democracia, y perseguido anteriormente por los treinta (1). Sócrates le habia ofendido aconsejando á su hijo, jóven de inteligencia, que no siguiese el oficio de su padre. Metelos, poeta ramplon y el retórico Licon ayudaron á Anitos en su empresa. El tribunal fué el de los heliastas: halláronse presentes quinientos cincuenta y nueve jueces. Lisias,

(1) Anitos tenia oficio como la mayor parte de los atenienses: era curtidor. Sometido al tribunal en 409 por dejar que recobrasen á Pilos los enemigos, se dice que fué el primero en Atenas que corrompió á los jueces. Arist. *Fragmentos de los historiadores griegos.* Aristóteles pues, no cree en la venalidad de los dicasteri antes de 409. Cf. Tucíd. VIII, 48.

el primer orador de su época, se ofreció á Sócrates para defenderle; pero este prefirió ser su propio abogado, y se defendió con la altivez del hombre que no va á regatear su vida, ni disputar á los acusadores y á las dolencias sus setenta inviernos. «Al primer punto de acusacion: «Sócrates es culpable porque no cree en los dioses que venera la república é introduce nuevas divinidades,» el sábio respondió que nunca habia dejado de venerar á los dioses de la patria y de ofrecerles sacrificios delante de su casa y en los altares públicos, y que muchas veces se le habia oido aconsejar á sus amigos que fuesen á consultar á los oráculos ó á interrogar á los augures. Cuando habló de su *genio*, la asamblea prorumpió en gritos tumultuosos. El demonio interior invocado por Sócrates no era otra cosa que las revelaciones de una inteligencia y de un tacto moral desarrollados por medio de la aplicacion mas constante; revelaciones á que él llegaba sin echar de ver la enérgica é instantánea operacion que en su interior las producia. Habia tomado la voz de su conciencia y de su razon por la de un genio que le guiaba en todas las circunstancias difíciles. Bien podia llamarla una nueva divinidad (1), y no vaciló en hacerlo así. «Mucho mas os desagradará saber, dijo, que la Pitia me ha proclamado el mas justo y sábio de los hombres.» Y como para aumentar á su capricho la irritacion, elogiando á un espartano, añadió que Apolo habia levantado á un lugar muy superior á Licurgo. En cuanto al segundo cargo, sus costumbres eran su mejor defensa; así que excitó á los padres de los jóvenes que se le imputaba haber corrompido, para que declarasen contra él. Ocupóse muy someramente de lo que se referia á la política, y concluyó jurando que si lo absolvian, á condicion de que renunciase á la mision que habia recibido con gran provecho de Atenas, de buscar la sabiduría para sí y para los demás, estaba resuelto á desobedecer. Evidentemente Sócrates comprendia, como dice Jenofonte, que morir culpable así era morir á tiempo. 281 votos contra 278 le declararon culpable. Dos votos mas y salia absuelto. Pero él, que á tanta altura habia elevado la dignidad del hombre, no creyó conveniente rebajarse hasta los medios empleados por los que generalmente procuran ganar á su jueces.

(1) Sócrates no se atribuia el privilegio de tener demonio familiar. Creia que tambien otros podian tenerlo.

Queria que su muerte sirviese de sancion á sus doctrinas; y al hacer su defensa, se dirigia mas bien á la posteridad que á los heliastas.

Faltaba señalar la pena á que debia condenársele; Metelos propuso la de muerte, y Sócrates dijo: «Atenienses: por haberme consagrado completamente al servicio de mi patria, trabajando sin descanso, para que mis conciudadanos fuesen virtuosos; por haber menospreciado con este motivo asuntos de familia, empleos y dignidades, me condeno á pasar el resto de mis dias en el Pritaneo, mantenido á expensas de la república.» Ochenta jueces, ofendidos de tanta entereza, unieron su voto á los 281, y lo condenaron á muerte.

Treinta dias permaneció en la prision esperando el regreso de la *teoría* enviada á Delos, pues durante aquella peregrinacion no permitian las leyes que se quitase la vida á nadie. En todo aquel tiempo discurrió con sus amigos sobre las mas elevadas cuestiones filosóficas: sobre la inmortalidad del alma, y sobre la vida futura, mejor que la presente. El dia antes de la llegada del buque sagrado á Atenas, uno de sus discípulos le proporcionaba medios para huir á Tesalia; mas Sócrates no aceptó, evocando contra sí mismo las leyes de la patria y la obligacion moral impuesta á todo ciudadano condenado legalmente, de someterse al fallo de sus jueces. Llegó su último dia, que Sócrates consagró por completo al sublime trabajo que Platon nos dió á conocer en el *Fedon*. Al ponerse el sol le presentaron la cicuta; bebióla entero y sereno en medio de sus amigos consternados: hasta su carcelero lloraba. Cuando el frio de la muerte, despues de helar sus piernas, iba avanzando á las partes superiores del cuerpo, Sócrates, con una sonrisa que revelaba escepticismo, sin indicar desden (1), dijo: «Criton, debemos un gallo á Esculapio: no te olvides de pagárselo.» Momentos despues, un ligero movimiento de su cuerpo dió á conocer que el alma le habia abandonado (399).

Los discípulos de Sócrates, horrorizados del golpe que la into-

(1) Mr. Cousin, tom. I de la trad. de Platon, pág. 179. Un erudito aleman, Forchhammer, ha sostenido en su obra *Los atenienses y Sócrates*, que este fué condenado justamente por hereje y traidor. Hereje, sí; y me asombra que esa acusacion se haya formulado tan tarde; ¡pero traidor! ¡corruptor de la juventud! Sócrates es un mártir voluntario del libre exámen y de la moral universal.

lerancia religiosa acababa de descargar sobre su maestro, huyeron á Megara y otras ciudades. A todas partes llevaban sus doctrinas, que brillaron en todas las regiones habitadas por la raza griega, y que segun dice uno de ellos, llegaron á impresionar hasta la ruda inteligencia de los beocios. Varias como el hombre cuyo estudio les servia de punto de partida, aquellas doctrinas dieron orígen á numerosos sistemas. Todas las escuelas, todo el movimiento filosófico del mundo, hasta el cristianismo, vienen de Sócrates.

CAPÍTULO XVII.

Desde la toma de Atenas hasta el tratado de Antálcidas (404-387) (1).

EXPEDICION DE LOS DIEZ MIL (401-400).— PODERÍO DE ESPARTA; ESTADO INTERIOR DE ESTA REPÚBLICA; LISANDRO.—ENEMISTADES CONTRA ESPARTA EN GRECIA; GUERRA CON PERSIA (399).—EXPEDICION DE AGESILAO (396).—LIGA EN GRECIA CONTRA ESPARTA (395); PAZ DE ANTÁLCIDAS (387).

Expedicion de los diez mil (401-400).

Los resultados de las doctrinas políticas y sociales no se producen instantáneamente, ni mucho menos. Las ideas necesitan siglos para llegar á su fin y desarraigar las creencias opuestas. La filosofía debia matar á su tiempo el paganismo, y modificar las bases antiguas de la sociedad, infiltrándose en su leyes; pero en la época á que nos referimos, no era mas que un objeto de curiosidad para los entendimientos privilegiados. La tragedia que acabamos de referir, pasó como un hecho aislado en la historia política de Grecia; no desvió á los pueblos de la senda que seguian, y Jenofonte que refiere su historia, ni aun cree que deba mezclar el nombre de Sócrates con los acontecimientos de que se ocupa.

El mas ruidoso de esos acontecimientos era entonces la expedicion de los diez mil.

(1) Jenofonte, *Helen.*, *Agesil.*, *Anab.*; Plutarco, *V. de Artojerj.*, *Lisand. y Agesil.*; Cornelio Nepote, *V. de Conon*; Diodoro de Sicilia, lib. XIV. Justino, lib. VI, Ctesias, *Fragmentos.*

Cuando repentinamente se pone término á una guerra, quedan ociosas grandes fuerzas militares. Queda una muchedumbre formada en los campamentos, que no conoce otra vida que la de las armas, no se siente capaz de emprender un nuevo género de existencia, de trocar por los del ciudadano los hábitos del soldado. Propóngaseles la mas arriesgada aventura y se lanzarán á acometerla. Al terminar la guerra del Peloponeso, se encontraron ociosos muchos hombres entre ellos muchos mercenarios de Esparta y Atenas y los desterrados, que no eran pocos: cómo que uno de los mas lamentables resultados de aquella guerra, fué el de crear una fuerza flotante, un ejército sin patria que ansiaba otra guerra porque no veia otro medio para su subsistencia. Este ejército se entregó al que mas le ofrecia: al jóven Ciro.

Desde que los persas consiguieron encender la discordia en Grecia, permanecian simples espectadores de los sucesos, no tomando en ellos sino la parte necesaria para mantener viva la llama. Incapaces de renovar la gran lucha entablada á principios del siglo, no les quedaba otro recurso que ir aniquilando la Grecia por medio de la corrupcion y la discordia. Los desastres de Maraton, Salamina, Platea, Micala y Eurimedon, acumulados en el espacio de medio siglo, y el vergonzoso tratado que fué su consecuencia, habian descargado un golpe funesto al divino prestigio que en otros tiempos enalteciera al monarca de Asia. A los grandes príncipes habian sucedido los príncipes incapaces. El Oriente es terrible por sus revoluciones palaciegas y la pronta decadencia de sus dinastías. Viose Jerjes asesinado por Artaban, jefe de su guardia; á Artajerjes apoderarse del trono sobreponiéndose á su hermano mayor, legítimo heredero, y abandonándose á la influencia de su mujer y su madre; vióse en fin á Darío II el Bastardo, someterse á la tutela de otra mujer y de tres eunucos.

Las provincias se agitaban alentadas por aquellos desórdenes. Durante aquel siglo el Egipto estuvo en continua revuelta. Algunos pueblos, que nunca se habian sometido del todo, iban poco á poco sacudiendo el yugo. En otros pueblos los sátrapas eran los que ambicionaban declararse independientes. Tisafernes, que administraba el S. O. del Asia Menor, habia servido bien á su monarca, siquiera por la habilidad con que supo conservar el

equilibrio entre Esparta y Atenas; mas en 407, Ciro, que tenia otros proyectos, le dió un sucesor en parte de aquellas provincias, el cual observó diferente política. Desde el momento en que Ciro vió terminar la lucha de Grecia, llamó á todos los aventureros. A Clearco, desterrado de Esparta, le dió diez mil daricas para que le reclutase un ejército en Tracia; y encargos semejantes hizo al tesalo Arístipo, al beocio Proxeno, á Sofeneta de Estinfala y á Sócrates de Acaya. Tambien consiguió hacerse con un cuerpo de auxiliares de Esparta, que constaba de setecientos hoplitas, y con su flota de veinte y cinco galeras que cruzaba el mar Egeo. De esta manera reunió catorce mil griegos, que eran casi la mitad naturales de Arcadia y Aquea, y por su parte tenia cien mil bárbaros.

Por de pronto no reveló sus designios ni aun á sus generales; sino que fingia el proyecto de atacar á Tisafernes, que se le habia apoderado de parte de su gobierno, y despues fingió tambien que pensaba rechazar á los pisidios que infestaban sus fronteras. Partió de Sardes en la primavera de 401, y se dirigió hácia el S. E. atravesando la Frigia, la Licaonia y la Cilicia. Sienesis, sátrapa hereditario de esta provincia, se declaró en su favor, mientras enviaba al rey uno de sus hijos, para que le manifestase la fidelidad que para él en el fondo del corazon guardaba. Aunque se sospechaba, todavía no era conocido el propósito de Ciro; pero las sospechas llegaron á ser vehementes cuando le vieron salir de Tarso, en donde habia mandado descansar veinte dias á su ejército. Entre los mercenarios hubo una alarma, causada, no por temor de combatir al rey de Persia, sino por tener que engolfarse en las profundidades del Asia. Clearco se vió en gran peligro, apedreado y acusado de que engañaba á los griegos. Ciro les aumentó el sueldo hasta una darica y media cada mes, y anunció que iba á atacar al gobernador de Siria. Por último: en Tapsaco declaró que marchaba contra Babilonia. A esta noticia hubo nuevas señales de descontento, que se apaciguó con otro aumento de sueldo. Pasaron el Eufrates, atravesaron los desiertos de Mesopotamia, y llegaron á la llanura de Cunaxa, donde por primera vez vieron al enemigo (1).

(1) De Sardes á Cunaxa cuenta el coronel Chesney 1464 millas inglesas. (*Euphrates and Tigris*, pág. 208.)

Habian llegado ya cerca del sitio donde querian acampar, cuando vieron á uno de los confidentes de Ciro que se dirigia hácia ellos á todo escape. El confidente dice gritando á todos, en su idioma bárbaro y en griego, que el rey está cerca de ellos con un ejército innumerable. Ciro, al oirlo, salta de su carro á tierra, viste su coraza, monta á caballo, y despues de proveerse de dardos, manda que se armen todos y ocupen sus puestos. Fórmanse los griegos á toda prisa: Clearco ocupa el ala derecha cerca del Eufrates, y se apoya en mil ginetes de Paflagonia; Proxeno y los demás generales, el centro; Menon el ala izquierda, con Arieo y el ejército bárbaro. Ciro se colocó en medio de su línea, seguido de seiscientos ginetes, cuyos caballos iban cubiertos de hierro, y aun ellos mismos llevaban, tambien de hierro, sendas corazas, martingala y casco, excepto Ciro que quiso combatir con la cabeza descubierta.

«Era á medio dia y aun no se divisaba el ejército enemigo; mas cuando comenzó á declinar el sol, se percibió una polvareda semejante á una nube blanca, que á poco tomó un color mas sombrío y cubrió todo el llano. Al cabo de un rato ya se distinguian las filas erizadas de picas, y se veia brillar el cobre (1). A vanguardia iban unos carros armados de hoces, unas unidas al eje, que se extendian oblicuamente á derecha é izquierda; otras colocadas bajo el asiento del conductor, se inclinaban hasta el suelo, de manera que pudiesen cortar cuanto hallaran al paso. La idea era precipitarse con aquellos carros sobre los batallones griegos, y desbaratarlos con las hoces.

«Ya solo mediaban tres ó cuatro estadios entre uno y otro ejército, cuando los griegos cantaron el pean, y se arrojaron adelante. Invocan todos con gran vocería á Marte Enyalios, y emprenden el paso de ataque, dando con las picas en los escudos para aturdir á los caballos de sus enemigos. Precipítanse con el ímpetu de las olas en una tormenta, y antes de que se encuentren á distancia de ofenderse, la caballería bárbara vuelve grupas. Los griegos la persiguen, gritándose unos á otros que no rompan sus filas. Los carros de las hoces, abandonados de sus

(1) Jenofonte hace subir á 900,000 el conjunto del ejército real. Ctesias y Plutarco dicen que 400,000. Los párrafos que llevan comillas estan tomados de Jenofonte.

conductores, son arrastrados, unos hácia la línea griega, otros hácia la enemiga. A los griegos no les causaban ningun daño aquellas máquinas, porque abrian las filas para dejarlas pasar. Un solo soldado hubo, que sorprendido por aquel aparato, no se apartó á tiempo y cayó derribado, sin recibir lesion alguna. Un solo griego resultó herido de flechas.

«Ciro se llenó de gozo al contemplar el triunfo de los griegos y ya los que le rodeaban le adoraban como rey. Sin embargo, el ejército real era muy numeroso, y solo se habia dispersado un ala. Su centro era mas fuerte que el ala izquierda del ejército de Ciro. Este se conservó pues en su posicion, rodeado de sus seiscientos ginetes, y observando todos los movimientos del rey. Artajerjes ocupaba tambien el centro de sus tropas, con los seis mil ginetes que iban en torno suyo. Viendo que no habia enemigos delante de él, dió vuelta como si quisiera cercar á los griegos. Temeroso Ciro de que los atacase por la espalda y los destrozase, arremetió contra él con sus seiscientos caballos, dispersó todo cuanto habia delante del rey, ahuyentó á los seis mil ginetes, y mató, segun dicen, al general, por su propia mano. Pero los seiscientos caballos de Ciro se habian dispersado persiguiendo á los fugitivos, de manera que al lado de aquel quedaron muy pocos. Justamente entonces descubrió al rey y á su acompañamiento, y diciendo: «Ya veo al hombre,» se precipitó sobre él, y lo hirió en el pecho, atravesándole la coraza; pero en el mismo instante quedó herido debajo de un ojo por un dardo lanzado con violencia por un soldado. Ciro cayó, y encima de su cadáver cayeron ocho de sus principales amigos. Tal fué su muerte. Todos los que le trataron de cerca aseguran que despues del antiguo Ciro, fué el persa que se mostró mas digno del imperio, y el que mejor poseia las virtudes de un gran rey....

«Su muerte trocó el éxito de la batalla. Sus tropas, sin jefe y sin motivo para prolongar la lucha, se dispersan. El rey las persigue y penetra en su campo. Arieo no le opone resistencia, sino que se retira al campo, de donde habian salido por la mañana, distante del primero cuatro parasanges. Todo fué saqueado.»

Cuando los griegos supieron que los persas se apoderaban de los convoyes, retrocedieron, y el rey les salió al encuentro. Inmediatamente se formaron aquellos, cantaron el pean, y acometie-

ron con tales brios, que los persas echaron á huir con mas prisa que al primer encuentro. Al ponerse el sol volvieron á sus tiendas, extrañando no saber nada de Ciro, pero sin imaginar que hubiese muerto. Esta nueva no la supieron hasta la mañana siguiente, así como supieron que Arieo, con todos sus auxiliares bárbaros, habia retrocedido de una jornada. De modo que aquel pequeño cuerpo de trece mil griegos, que apenas habia perdido uno ó dos hombres, se encontraba dueño del campo de batalla, entre dos ejércitos, uno aliado y otro contrario, que huian en opuestas direcciones!

Entonces comenzó la famosa retirada en un espacio de 2400 kilómetros, por paises en su mayor parte desconocidos de los mismos persas, sin reparar en los desiertos, las montañas, los rios, las nieves, el hambre y los pueblos salvajes. Llamóse la retirada de los Diez mil, porque este era poco mas ó menos el número de los que la emprendieron.

Los griegos se pusieron en contacto con la gente de Arieo: los dos ejércitos se juraron alianza inviolable. Al mismo tiempo el rey les enviaba á decir que depusiesen las armas, y como le contestaron con altivez que no eran los vencedores los que las deponian, cambió de tono y trató de hacérselos suyos, prometiéndoles las subsistencias de que carecian. Los griegos aceptaron la oferta, y aun se aprovecharon de ella, pero no dejaron de seguir su camino. Al poco tiempo llega Tisafernes, que segun dijo, se dirigia á su gobierno; reune sus tropas á las de Arieo; reconcilíanse y pónense de acuerdo todos aquellos asiáticos, y cunde en seguida la desconfianza entre ellos y los griegos. Clearco, deseoso de que cese aquel estado, vá á ver á Tisafernes, acompañado de otros cuatro jefes; y Tisafernes los manda prender en su misma tienda á pesar de la fe jurada, y los entrega al rey, que les manda dar muerte.

El ejército, en el primer momento de hallarse sin generales, cayó en el abatimiento. Hallábanse á una distancia de Grecia de diez mil estadios, estaban rodeados de pueblos hostiles, no tenian víveres ni caballería para ganar una victoria ó protejer una retirada. Todos pasaron desvelados la noche que siguió á aquel desastre.

«Iba con el ejército un ateniense, llamado Jenofonte, que no

era general ni oficial, ni siquiera soldado. Proxeno con quien le unian desde largo tiempo los lazos de la hospitalidad, le habia aconsejado que dejase su patria, brindándole con la proteccion de Ciro, de quien aquel esperaba tambien mas ventajas de las que habia obtenido en su patria. Jenofonte, despues de leer la carta de Proxeno, consultó el caso con Sócrates el ateniense; y este temeroso de que Jenofonte no se hiciese sospechoso á sus conciudadanos si llegaba á tener relaciones con Ciro que era el aliado de Lacedemonia, le aconsejó que consultase el oráculo de Delfos sobre su viaje.» La ambigua contestacion del oráculo permitió Jenofonte el cumplimiento de sus deseos, y en efecto partió para Asia. Es de advertir tambien que ignoraba que la expedicion se dirigiese contra Artajerjes.

Jenofonte fué, pues, el que sacó al ejército de su abatimiento. Iluminado, segun dijo, durante su sueño, hizo arrojar á un traidor que insinuaba la idea de entregarse al rey, y aconsejó que se nombrasen nuevos generales, lo cual se verificó en seguida, siendo él elegido para el lugar que habia ocupado Proxeno. Gracias á sus diligencias se organizó un cuerpo de cincuenta ginetes y otro de doscientos hombres ó arqueros, pudiendo así contener á cierta distancia las tropas de Tisafernes.

No seguiremos á los Diez mil en su gloriosa retirada. Al llegar junto á los carducos, Tisafernes cesó de perseguirles y tomó el camino de Jonia; pero si se libraron de sus emboscadas, no pudieron evitar las de los montañeses de aquel país, que les causaron notable daño con sus largas flechas, á las que ningun escudo resistia. El sátrapa de Armenia Tribazo les hizo buena acogida, mas la nieve los sorprendió en aquellas montañas, cayendo en tanta abundancia, que murieron de frio algunos soldados; otros perdieron la vista con su reflejo, y perecieron la mayor parte de sus acémilas. Despues tuvieron que salvar el Taso y el Harpedos y rechazar la belicosa falanje de los calibes. Llegados por último á la montaña de Teques, descubrieron allá á lo léjos la vasta extension del Ponto Euxino. «Los primeros que llegaron á la cumbre y divisaron el mar, dieron grandes voces de alegría. Jenofonte, al oirles, creyó que el enemigo atacaba su frente..... Los gritos iban aumentando á medida que otros soldados se iban reuniendo á los que habian llegado primero. Jeno-

fonte, cada vez mas inquieto, monta á caballo, llama á los demás ginetes, y corre por todo el flanco de la columna para socorrer á los que estuviesen en peligro; pero en breve oye á los soldados que se comunican unos á otros la alegría, repitiendo: *¡el mar, el mar!* Entonces, reserva, convoyeros, caballería, todos corren á lo alto de la montaña; todos se abrazan con lágrimas en los ojos, soldados, oficiales y jefes confundidos. Inmediatamente y sin que se supiese quien habia dado la órden, corren los soldados á recojer piedras y levantan una pirámide que cubren despues con armas cogidas al enemigo.» Su trofeo era el mas glorioso que hubiese levantado jamás la mano de los hombres, porque habian triunfado del imperio persa y hasta de la misma naturaleza.

Despues de algunos otros combates con las belicosas tribus de la costa, llegaron á la ciudad griega de Trapisonda, colonia de Sinope. Allí celebraron su fortuna con juegos solemnes y sacrificios. Todavía eran en número de ocho mil seiscientos hoplitas y mil cuatrocientos arqueros ú honderos (1). Ya solo una cosa deseaban: encontrar naves que los trasportasen á su patria. «Estoy cansado, dijo uno de ellos en la asamblea, de andar á salto de mata, de marchas y contramarchas, de llevar armas, de alinear y de pelear. Ya que por fin vemos el agua, quiero embarcarme y llegar á Grecia como Ulises, echado sobre el combés y durmiendo.» El almirante espartano estaba en Bizancio. Enviáronle á Quirisofos para que les facilitase buques, mas como no fueron atendidos, hicieron su viaje por tierra. Siguieron la costa á lo largo, ya tranquilamente, ya combatiendo, y se detuvieron en otras dos colonias de Sinope: Cerozunte y Cotiera. Esta última poblacion les facilitó buques para Sinope y de allí fueron á Heraclea y á Calpe. Al atravesar la Bitinia los hostigó constantemente la caballería de Farnabazo; mas no comprometieron uno solo de sus hombres y llegaron á Crisópolis, frente á Bizancio (octubre ó noviembre, 400). Farnabazo, deseoso de que no permaneciesen mucho tiempo en su satrapía, pagó su pasaje al almirante lacedemonio Anaxibios que los condujo al otro lado

(1) Sin contar los enfermos, los soldados de mas de 40 años, los niños ni las mujeres, todos los cuales fueron embarcados en Trapisonda.

del Helesponto. Seutes, príncipe de los odrisios, los tomó á su servicio y recobró con ellos su herencia.

Allí terminó la retirada de los Diez mil. En quince meses y doscientas quince etapas habian recorrido así á la ida como á la vuelta, cinco mil ochocientos kilómetros. Su marcha vitoriosa á través de todo el imperio, demostraba la incurable debilidad de los persas: revelacion peligrosa que no olvidaran Agesilao, Filipo y Alejandro.

Poderío de Esparta; estado interior de esta república; Lisandro (1).

La guerra del Peloponeso habia sido de funestas consecuencias para las costumbres públicas. Su larga duracion, sus sangrientas alternativas habian sembrado en todas partes la desconfianza, exasperado las pasiones, deificado la fuerza, y alterado tan profundamente el carácter griego, que jamás volvió á ser lo que habia sido (2). La ferocidad que se habia desarrollado en los campos de batalla, pasó á las luchas de los partidos. «Oid, dice Aristóteles, el juramento que la oligarquía exige hoy en muchas ciudades. Seré enemigo del pueblo, y le haré todo el daño que pueda (3).» Verdad es que en contraposicion á este juramento homicida podemos citar el de los heliastas de Atenas despues de la tiranía, «olvidaré todo lo pasado y no permitiré que nadie lo recuerde;» pero Atenas aun en su decadencia era Atenas, liberal y generosa, como ciertas estátuas que vemos mutiladas y á pesar de esto bellas todavía.

El sistema de guerra ya no era el mismo. He señalado ya una revolucion en el arte militar: el ejército democrático de los siglos V y VI sucediendo al ejército aristocrático del tiempo de los héroes; ahora viene la edad de los mercenarios: todas las ciudades griegas ponen soldados pagados entre sus soldados ciudadanos. Mas para pagarles se necesita oro; solo Persia lo tiene; los griegos se lo piden; de ahí su actitud de mendigos con respeto al gran rey, la contínua intervencion de los sucesores de Jerjes en los negocios helénicos. Ya hemos visto la rudeza de las costumbres; la dependencia del extranjero en los últimos años de la

(1) Jenofonte, *Helen.*, lib. II; Plutarco, *V. de Lisand. y de Agesil.*

(2) Tucídides, lib. III, cap. LXXXI, LXXXIII.

(3) *Política*, lib. V, cap. VII, 19.

guerra; pues tambien volvemos á ver lo mismo el primer año de la paz ó de la anarquía, que es el nombre que dieron los griegos al comienzo de la dominacion espartana (1).

Para encontrar quien la secundase en sus odios, Esparta habia declamado por espacio de treinta años contra el despotismo de su rival, y prometia romper las cadenas que esclavizaban á Grecia; antigua táctica empleada por Roma, y renovada en nuestros tiempos siempre con buen éxito. Derribada Atenas, la Grecia entera cayó á los piés de Lacedemonia. ¿Qué iba á hacer esta? ¿Organizar por fin el mundo helénico que tenia necesidad de estar unido para ser fuerte, que lo comprendia así en aquel momento, y que quizás hubiera convenido en ello sin gran pesadumbre? No pensó en semejante cosa; solo pensó en venganzas reaccionarias y en ambiciosas tramas. Por todas partes corrió la sangre, porque en todas partes restableció los gobiernos oligárquicos (2). Confirió plenos poderes á diez hombres en cada ciudad, presididos por un *harmoste* espartano á quien sostenia una guarnicion lacedemonia. El primer cuidado de aquellos fué vengarse de la faccion contraria, como habian hecho los treinta. En Tasos hubo una verdadera matanza; en Mileto ochocientos ciudadanos del partido popular, engañados por los juramentos de Lisandro, salieron de sus escondites y fueron degollados; en Heraclea perecieron quinientos; escenas semejantes ocurrieron en Bizancio entre los eteos y en la mayor parte de las ciudades del Asia Menor. «No se podria contar, dice Plutarco, los que perecieron.» En Samos arrojaron á los habitantes y solo les permitieron llevar consigo un vestido (3). En la Tesalia, un hombre de Feres, llamado Licofronte, se hizo dueño absoluto de la provincia, despues de sangrientos combates. «Entonces, dice Jenofonte, desde el momento en que un lacedemonio hablaba, todas las ciudades obedecian; aun los simples particulares disponian de todo á su guisa. El mismo participaba de ese terror. Despues de la retirada de los Diez mil rehusó el título de generalísimo que sus compañeros le ofrecian, temiendo que Esparta no viese con malos ojos el mando en manos de un ateniense; de aque-

(1) *Anabas.*, VI, VI, 12.
(2) Plut., *Lisandro*, 13.
(3) Corn. Nep., *Lis.* 2; Polian., I, 45, 4; Plut., *Lis.*, 19.

llos gloriosos soldados, cuatrocientos fueron vendidos como esclavos por el almirante lacedemonio, porque no habian obedecido una de sus órdenes (1). Una flota que vigilaba todo el mar Egeo, desde Chipre hasta Bizancio; recursos materiales que Esparta no empleaba como Atenas en gloriosos monumentos; la facilidad de encontrar un ejército á cualquiera hora, en aquellas míseras y codiciosas poblaciones del Peloponeso, que dos de ellas solas habian vendido á Ciro la mitad de sus mercenarios; en fin una vigilancia activa y asidua, ejercida en la misma Esparta por los éforos y en todas las ciudades por los harmostas, tales eran, con la inmensa reputacion de Lacedemonia, los apoyos de su imperio.

Atenas en sus tiempos habia constituido el suyo con mas habilidad y mas nobleza, sin violencias, despojos ni crueldades; por lo mismo lo conservó largo tiempo y no tuvo que lamentar numerosas defecciones. Esparta era menos entendida en punto á la organizacion de los Estados. No conocia mas que la fuerza y empleaba la fuerza. Este fué el único lazo de union entre las varias partes del imperio; era tambien el que habia empleado su rival; pero esta ejercia además la justicia y la magnanimidad; se habia convertido en centro político, militar y judicial de su imperio; se habia hecho aun algo mas: metrópoli de las artes y de las letras. Pero la dominacion lacedemonia no puede dejar en pos de sí nada grande ó glorioso, nada fecundo ni útil. Apenas se leventa cuando ya amenaza ruina. Mil causas diversas de disolucion precipitan su rápida decadencia, causas que radicaban unas en Esparta, otras en toda la Grecia, y otras fuera de Esparta y de Grecia.

En Lacedemonia proseguian su desenvolvimiento las consecuencias de las instituciones de Licurgo. La ciudad espartana iba disminuyendo de dia en dia como desgastada por el juego de sus instituciones de hierro. El estrecho cuadro en que aquel la habia hecho entrar y que no volvia á abrirse nunca, se iba estrechando siempre, y ya no contenia mas que un corto número de espartanos. Habian muerto muchos en las guerras, otros ha-

(1) *Helen.*, III, 5, 15; *Anab.*, VI, VI, 12; VII, 2. Y no lo digo todo. Véase en Isócrates, *Panegir.*, 113 y 114, ἔτι δέ παίδων καὶ γυναικῶν αἰσχύνας.... y en Plutarco, *Amator. narrat*, p. 773; *Pelop.*, 20.

bian pasado á la clase inferior, porque su pobreza no les permitia sentarse á las mesas públicas. Aristóteles lo dice explícitamente. «El que no podia contribuir á los gastos de aquellas mesas perdia sus derechos políticos.» Los espartanos conocian perfectamente que corrian riesgo de morir por falta de ciudadanos; nadie habrá olvidado aquel grito de dolor de cuando quedaron prisioneros en Esfacteria los cuatrocientos veinte espartanos. «El territorio de Esparta, dice Aristóteles, podia mantener mil quinientos ginetes y treinta mil hoplitas, y hoy dia apenas sustenta mil guerreros. En las asambleas de cuatro mil personas, apenas habia 40 espartanos, inclusos los reyes, el senado y los éforos (1). Por otra parte, á medida que disminuia el número de los espartanos, aumentaban las desigualdades (2). Ya no estaban proscritos el oro y la plata. Los que volvian de los destinos de Asia, los harmostas y los generales traian consigo grandes sumas metálicas y otras cosas tambien, como la aficion al lujo, la molicie, el espíritu de venalidad: es decir, todos aquellos vicios que Licurgo procuraba no se introdujesen en su patria. Los éforos y los senadores eran los primeros en dar ejemplo de aquellas peligrosas novedades (3). El gobierno se iba haciendo mas oligárquico cada dia. Todo se resolvia entre los éforos y el senado; casi nunca se consultaba la asamblea general, y cuanto menos numerosos eran los gobernantes, mas celosos estaban de sus privilegios, mas temian verlos usurpados. Permitir que ingresaran en sus filas las familias á quienes la pobreza habia inutilizado para el mando, hubiera sido exponerse; porque estas que hubieron formado mayoría, podian provocar alguna reforma territorial; algun nuevo repartimiento de las inmensas propiedades concentradas entonces en pocas manos; y aun que el interés público estuviese en que así sucediera, los intereses privados hablaban en sentido opuesto y eran mas poderosos.

De este estado de cosas resultaban odios violentos entre los privilegiados y la clase inferior que se componia de espartanos,

(1) Aristóteles, *Política*, lib. II, cap. VII; Jenofonte, *Helen.*, lib. III, cap. III.

(2) Sobre la extraordinaria desigualdad de fortuna en Esparta, véase Aristóteles, *Polít.*, II, VI, 10.

(3) Arist., *Polít.* II, VI, 16-18; II, VII, 3. Sobre esta corrupcion de Esparta, Isócrates, *De pace*, 118-127; Jenof., *Republ. de Laced.*, 14.

venidos á menos, ilotas emancipados, laconios á quienes se habian concedido ciertos derechos, é hijos de espartanos de primera clase y mujeres extranjeras. La política de los gobernantes habia separado cuidadosamente todas las categorías por medio de denominaciones é indudablemente tambien por condiciones diferentes. Despues de los Iguales habia los Inferiores ὑπομείονες, ó espartanos excluidos de las mesas públicas, y los Neodamodes ó ilotas emancipados por servicios hechos al Estado, y por último, los Periecos. Esta clase inferior, excluida del gobierno, no dejaba de abrigar el sentimiento de su valor y sus servicios. De su seno habian salido hombres muy notables: díganlo sino Lisandro, Filipos y Calicrátidas (1).

Cuando Lisandro llegó á ser el primer ciudadano de Esparta, se propuso hacer algunas alteraciones en el estado político de la ciudad. «No podia ver sin sentimiento, dice Plutarco, que una ciudad á cuya gloria habia contribuido él tanto, estuviese gobernada por reyes á quienes en nada les cedia; así que trató de despojar de la corona á las dos casas reinantes para que la poseyesen exclusivamente los Heráclidas. Otros dicen que deseaba extender el derecho de ocupar el trono, no solo á los Heráclidas, sino á todos los ciudadanos, á fin de que pudiesen reinar los que llegasen á merecerlo por sus virtudes. Como aquel héroe se habia elevado por su propio mérito al mas alto grado de la estimacion pública, esperaba sin duda que cuando la corona se confiriese como premio al talento, no se la disputaria ningun otro espartano.» Y en efecto el entusiasmo por él habia sido tan grande, que muchas ciudades le levantaron altares y le ofrecieron sacrificios, primer ejemplo de aquel sacrílego servilismo que despues llegó á ser tan comun en Grecia y en Roma. Sin embargo, su fausto y su insolencia le habian creado muchos enemigos, particularmente entre la clase media soberana. Aun sin que se supiesen sus ocultos designios, habia muchos envidiosos de su poderío y gloria. Decian que uno y otra eran demasiados para un simple ciudadano. Al frente de la oposicion contra el vencedor de Egos-Potamos estaba el rey Pausanias, á quien hemos visto en Atenas en 403, derribando la obra de aquel. Cuatro años

(1) Los tebanos dicen á Atenas que Esparta convierte los ilotas en harmostas. Jenofonte, *Helen.*; lib. III.

despues Dercílidas hizo ó permitió que se hiciera lo mismo en las colonias, que desembarazándose de las oligarquías que Lisandro las habia impuesto, volvieron á sus antiguas leyes. Con todo, cuando murió Agis, que fué en aquel mismo año de 399, Lisandro tuvo suficiente influjo para que fuese proclamado rey Agesilao, hermano del muerto, con preferencia á su hijo Leotíquidas, de quien Lisandro dijo que era hijo de Alcíbiades. Lisandro esperaba reinar bajo el nombre de su protegido; mas este resultó ser un hombre superior, que á la primera ocasion rechazó muy léjos toda tutela. Lisandro no tuvo mas recurso que volver á sus tramas. «Mandose hacer, dice Plutarco, un discurso muy hábil por Cleonte de Halicarnaso, esperando sacar partido de él para persuadir á los espartanos, al mismo tiempo que por medio de la corrupcion hacia pronunciar en todas partes oráculos en favor suyo.»

Mientras seguian su curso esas tramas secretas, Cinadon, que no pertenecia á la clase de los iguales estaba llevando adelante una conspiracion de tendencias mucho mas radicales. El que lo denunció contaba á los éforos que «un dia Cinadon le habia llevado al extremo de la plaza pública en donde le hizo contar cuantos espartanos se hallaban presentes. Despues que hube contado hasta cuarenta además del rey, los éforos y senadores, le pregunté para qué sacaba aquella cuenta. «Considera á los que has contado como enemigos, me respondió; los demás, hasta cuatro mil son nuestros. Cinadon, añadió, habia hecho observar ahora uno, ahora dos de dichos enemigos que iba encontrando por las calles; á los demás los tenia por amigos. En cuanto á los campos, si en ellos tenemos un enemigo, que es el dueño, tenemos tambien muchos partidarios.»

Los éforos preguntaron cuantos eran los cómplices.—«Pocos son los que los jefes conocen, me ha dicho Cinadon; pero son hombres de confianza, lo mismo que los ilotas, los neodamodes, los inferiores y los periecos. En cuanto le hablais de un espartano á cualquiera hombre de las clases citadas, no puede ocultar el placer con que le comeria vivo.» Preguntáronle tambien de dónde pensaban sacar las armas. Cinadon le habia dicho que ningun conjurado carecia de ellas; en el barrio habia además muchas fraguas en donde le habia enseñado gran número de

puñales, espadas, varas de hierro, hachas y hoces para la muchedumbre (1).»

Cinadon y sus cómplices cayeron presos. Cuando le preguntaron qué era lo que le habia arrastrado á aquel delito, contestó: «Yo no queria que Lacedemonia tuviese dueños.» El suplicio á que lo condenaron fué horrible.

La conspiracion descubierta venia á revelar que la sociedad espartana ocultaba un abismo de odios, y que entre las clases inferiores, libres y esclavas reinaba el acuerdo mas completo. Aquel estado podia ser muy bien el gérmen de una guerra social; pero Esparta aun sabia deshacer las tramas con aquella actividad y celo que la continua y extremada desconfianza comunica á todas las aristocracias oligárquicas.

Enemistades contra Esparta en Grecia; guerra con Persia (399).

Apesar de esos odios de clase, apesar de otros muchos inconvenientes, como la pugna entre los reyes, el senado y los éforos que los habian reducido á la condicion de súbditos (2), la rivalidad de los reyes entre sí, etc., el gobierno de Esparta no perdia su fuerza en lo exterior, gracias á su misma concentracion del poder en pocas manos. En lo interior los éforos y en lo exterior los harmostas, fingidos *conciliadores*, ejercian una dictadura permanente. Pero ese poder tan rígido solo estaba en la fuerza de la opinion; puesto que Esparta, teniendo pocos recursos, porque tenia pocos ciudadanos, iba sintiendo como las fuerzas la abandonaban.

(1) Jenofonte, *Helen.*, lib. III, cap. III, 7.

(2) Los reyes de Esparta no eran mas que unos generales hereditarios. Los éforos fueron en su orígen un poder protector contra los reyes. (El juramento prestado cada mes. Jenofonte, *República de Lacedemonia*, cap. XV; Platon, *Leyes*, lib. III; Aristóteles, *Política*, lib. V, cap. II, 1; Ciceron los asimila á los tribunales). Polibio, lib. XXIV, cap. VIII pone á los reyes subordinados á los éforos, y en efecto estos los encarcelaron mas de una vez. Su autoridad estaba en oposicion con las demás y ni ellos mismos conocian los límites de su poder. Decidian de la paz y de la guerra contando ó sin contar con el senado y el pueblo.—Eran irresponsables y todos les debian obediencia.—Tenian á sus órdenes los 300 jóvenes encargados de la policía de la Laconia, y fallaban como jueces en ciertos asuntos. Esparta era realmente un Estado despótico gobernado por jefes anuos y electivos, salidos de la clase del pueblo; solo que allí el pueblo entero ó de los ciudadanos que gozaban derechos políticos no eran un millar de hombres.

Sus pretensiones eran ofensivas para todos los que conservaban algun amor á la libertad y que para consolarse de su pérdida no tenian lo que Atenas daba á sus súbditos: la indemnizacion, si así puede llamarse, de un comercio inmenso, la brillantez de las fiestas, las artes y la poesía. Esparta, no menos interesada, pero mas opresora, lo quitaba todo y no daba nada en cambio. Levantaba todos los años un tributo de mil talentos, que entraban en Lacedemonia para no volver á salir (1).

Pronto se dió á conocer lo enojoso del pesado genio dórico, y pronto echaron muchos de menos la supremacía ateniense, agradable hasta en sus altiveces. Que los griegos de las costas de Tracia y Asia, pueblos que nunca habian sabido decir: «No,» temblasen ante el baston y el manto del espartano, se comprende sin extrañeza, puesto que estaban acostumbrados á obedecer. Pero aun para esos mismos pueblos era demasiado sufrir dos servidumbres: la de los oligarcas amigos de Lisandro y la de los harmostas de Lacedemonia. Dentro de la madre patria, Esparta no debia esperar tanta docilidad, y sin embargo, ni aun allí sabia ser justa. En Beocia, dos espartanos, despues de cometer odiosas violencias, dan muerte á dos tiernas jóvenes; igual suerte le cabe á un jóven de Orea; sus padres corren á pedir justicia, y ni siquiera dan oídos á sus lamentos (2). Cuando los destierros de Atenas, se atrevió á hablar como soberana, y á dar de su propia autoridad decretos para toda la Grecia. Ya hemos visto la contestacion que le dió Tebas.

Tebas, potencia continental, aspiraba desde hacia muchos años á representar en la Grecia central el papel que desempeñaba Esparta en el Peloponeso. Entre Tebas y Atenas podia haber celos, pero no grave rivalidad ni oposicion de intereses como sucedia con Esparta, apesar de la analogía de sus gobiernos. Esparta en la embriaguez del triunfo, se llegó á figurar que no tenia que guardar consideraciones; indignóse de que los tebanos se hubiesen atribuido en Decelia el diezmo de Apolo, y habia desoido con el mayor desden sus reclamaciones á propósito de los tesoros de que dió cuenta Lisandro, mil cuatrocientos setenta ta-

(1) Diodoro XIV, 10.

(2) Plutarco, *Pelópidas*, cap. XXI y Ερωτικαί διηγήσεις cap. III.

lentos, resto de los anticipos de Ciro y el botin de la guerra (1). Corinto que tampoco habia logrado que la escuchasen, iba de acuerdo con Tebas; motivo tambien para que Esparta dirigiese cargos á esta. Los argivos, en un debate sobre demarcacion de fronteras, sostenian que sus argumentos eran mejores que los de sus adversarios. «El que mejor se sirva de este argumento, contestó Lisandro señalando su espada, es el que mas entiende la cuestion de fronteras.» Un megarense levantaba la voz en una conferencia, y el citado personaje le dijo: «Amigo mio: vuestras palabras necesitarian una ciudad.»

Todavía fué mas inconsiderada con los eleos, pues les mandó que devolviesen la independencia á sus súbditos (402). Negáronse aquellos á tamaña exigencia, y Agis marchó con un ejército á hacerla efectiva. Detúvole un terremoto; pero volvió á salir al año siguiente con el mismo objeto, llevando consigo los contingentes de todos los aliados: hasta el de Atenas. Solo Corinto y Tebas se negaron á contribuir á aquella violencia. Acudieron á tomar parte en ella muchos voluntarios de la Acaya y de Arcadia, y segun dice Jenofonte, el saqueo de aquella rica provincia, que por espacio de siglos habia permanecido ajena á los desastres de la guerra, derramó la abundancia por todo el Peloponeso. La Elida tuvo pues que reconocer la independencia de las ciudades de la Trifilia y la Pisátida, despues de lo cual, Esparta se dignó contarla entre sus aliadas, ó sea de sus súbditos. Los mismos arcadios y los aqueos solo la servian por miedo; porque, como decian ellos, la tenian encima, como una ciudadela que se cerniese sobre toda la península. En Lacedemonia nadie se engañaba acerca del afecto de dichos pueblos. Al volver de una expedicion en que fué destruido un cuerpo de ejército espartano (en la guerra de Corinto de que vamos á ocuparnos), Agesilao no entraba sino de noche en las ciudades y salia al romper el alba, para que sus soldados no conociesen el secreto, regocijo que su desastre causaba á los habitantes.

Por último, fuera de Grecia, Persia habia dejado de ser aliada de Lacedemonia, desde que esta, al verse dueña absoluta, habia tomado por su cuenta la queja nacional. Antes y despues de Egos-

(1) Jenof., *Helen.*, III. v. 5; Plutarco, *Lisandro*, 27.

Potamos habia sacrificado la independencia de los griegos asiáticos: para estos la única duda era sobre si tendrian que obedecer á Ciro ó á Tisafernes. Inclinábanse todos á Ciro, excepto Mileto, que al comenzar la expedicion tenia sitiada el jóven príncipe. Tisafernes, al volver de su persecucion contra los Diez mil, queria someterlos; enviaron ellos diputados á Esparta; Esparta á su vez les envió á Thimbron con dos mil deodamados, cuatro mil peloponesios y trescientos ginetes de Atenas, á los cuales se unieron los restos de los Diez mil, y tres mil hombres que aprontaron los jonios (398). Thimbron tomó á Pérgamo y algunas otras ciudades; pero la indisciplina y las rapiñas dé sus soldados, produjeron quejas de parte de los aliados; por cuyo motivo fué mandado llamar, y le impusieron una multa que no pudo hacer efectiva, teniendo en consecuencia que salir desterrado. Dercílidas, su sucesor, que con razon se habia granjeado el sobrenombre de Sísifo, se aprovechó (como digno émulo de Lisandro) de la rivalidad que existia entre Farnabazo y Tisafernes para hacer treguas con el uno, á fin de entrar en lucha con el otro. En su tiempo la disciplina fué excelente y rápidos sus triunfos. Un rico canton de las cercanías del monte Ida, llamado la Eólida de Farnabazo, y parte de la Bitinia fueron conquistados ó asolados. Pasó á favor de una tregua, al Quersoneso de Tracia, devastado continuamente por las tribus vecinas, y puso aquel fértil territorio y las once ciudades que contenia al abrigo de semejantes ataques, haciendo levantar por sus soldados la antigua muralla de Pericles, que corria todo el istmo en una extension de treinta y siete estadios. A su regreso llevó la guerra á Caria, en donde Tisafernes tenia sus bienes. Allí estuvo en poco en dar una batalla. Tisafernes tenia griegos mercenarios (entonces los habia en todas partes), y tan gran número de bárbaros, que los griegos asiáticos de Dercílidas manifestaron un terror que hizo titubear á su general. Celebrose una entrevista. Dercílidas pidió que se permitiese á las ciudades griegas gobernarse por sus propias leyes; uno y otro deseaban alejar á los soldados griegos del territorio del gran rey, y que los harmostas de Esparta evacuasen las ciudades en que se habian establecido. Celebraron pues una tregua, con lo cual cada uno podia exponer el estado de las cosas á su gobierno (397).

Expedicion de Agesilao (396).

En aquel mismo momento Lisandro hacia conferir á Agesilao el mando del ejército de Asia. Como si fuese para despertar el recuerdo de la guerra de Troya, Agesilao se embarcó en el puerto de Agamemnon, en Aulida, con dos mil neodamodos y seis mil aliados. Tambien esta vez se habian negado Corinto y Tebas á dar sus contingentes; Atenas se excusó con su situacion precaria. Ocurrió una desavenencia con los beocios que arrebataron del altar y exparcieron las carnes de una víctima inmolada por el rey, porque contra el uso del país se habia valido para el sacrificio de un adivino extranjero en el país en que sacrificaba; y aun con motivo tan grave Agesilao no tomó venganza y se dirigió á Efeso. Lisandro le acompañaba con un consejo de treinta espartanos.

Entonces reinaba el trastorno en las ciudades griegas de Asia; ningun partido dominaba en ellas: ni el democrático, protegido en otro tiempo por Atenas, ni el aristocrático que habia establecido Lisandro. El viaje de este tenia por objeto devolver la influencia á sus partidarios, y aun creia manejar á su voluntad al rey Agesilao, cuyas altas dotes le eran desconocidas. No se tomó la molestia de disimular sus proyectos: antes se hizo una corte numerosa de todos los que iban á solicitar su proteccion, y se rodeó de un fausto verdaderamente régio. «Parecia que Agesilao fuese un simple particular, y Lisandro el rey.» Agesilao no llevó á bien aquella conducta, y procuró darle á conocer su desagrado; entonces Lisandro, á fin de que los que le habian conocido siendo dueño de todo, no fuesen testigos de su desgracia, pidió que se le confiara una mision que le obligase á partir para muy léjos.

Tisafernes se aprovechó de la tregua para reunir un numeroso ejército que ocupaba toda la Caria. El espartano tomó la vuelta de Frigia que habia quedado sin defensa, y recogió un botin inmenso. La falta de caballería le obligó á volverse; pero la organizó con los griegos de Asia, y estableció su cuartel general en Efeso, que convirtió en un verdadero arsenal de guerra. Él presidia personalmente á todos los trabajos, á todos los ejercicios, y comunicaba á sus soldados el ardor y la confianza. «Para

aumentar el desprecio que les inspiraban los bárbaros, mandó vender algunos persas desnudos, en mitad de la plaza. Los soldados al ver aquellos cuerpos blancos, (pues los persas no abandonaban nunca sus vestidos) delicados y no endurecidos, pues no salían nunca de sus carros, se persuadieron de que los enemigos que tendrian que combatir eran como mujeres.» Cuando lo tuvo todo dispuesto, volvió á engañar á Tisafernes que insistia en esperarle hácia Caria, y se lanzó sobre tierra de Sardes. Tres dias se llevó el país adelante sin dar con los enemigos; al cuarto dia pareció la caballería persa, que estaba separada de la infantería. Acometióla bravamente Agesilao, púsola en completa derrota, y recogió un botin de mas de setenta talentos. Esta derrota hizo caer á Tisafernes de la gracia de Artajerjes, que en su consecuencia nombró á Titrausto para que se hiciese cargo de aquel gobierno y de la cabeza del que lo regia. Cumplida esta sentencia de muerte, fingió creer que no habia motivo para una guerra entre Esparta y el gran rey; ofreció hasta reconocer la independencia de los griegos asiáticos, á condicion de que pagasen el antiguo tributo, y por último, dió treinta talentos á Agesilao para que saliese de su gobierno, mientras esperaba la contestacion de Esparta acerca de lo que hasta entonces habia hecho. Agesilao tomó el dinero y se echó sobre la otra satrapía, que era la de Farnabazo. Así lo tenia previsto Titrausto, que, con tal de alejar la guerra de sus provincias, le importaba poco que estallase en otro punto del imperio. Los sátrapas, celosos unos de otros, con gran contentamiento de la corte de Susa, para la cual hubiera sido temible su buen acuerdo, hacian consistir toda su administracion en levantar el tributo, y toda su política en que no se alterase la paz en las provincias. Era todo cuanto exigia de ellos el gran rey. Titrausto se ocupó sin embargo de libertar el Asia de Agesilao. El medio mas seguro para conseguirlo era renovar la guerra con Grecia; por consiguiente mandó á Grecia á un agente suyo provisto de cincuenta talentos.

Entretanto Agesilao seguia avanzando por Asia. Atrajo á su alianza á Otis, príncipe de Paflagonia, y penetró hasta las cercanías de Dascilion, residencia de Farnabazo, que solicitó tener con él una entrevista. «Agesilao y los treinta esperaban al sá-

trapa, echados en la yerba. Farnabazo se presentó magníficamente vestido; sus esclavos colocaron almohadones en el suelo para que se sentase con comodidad; pero al ver la sencillez de Agesilao tuvo vergüenza de su afeminacion, y le imitó sentándose en la yerba, á pesar de su rico traje.» Agesilao le aconsejó que se emancipase de la autoridad del gran rey; él no convino abiertamente en ello; pero el espartano dedujo de sus palabras que de buena gana separaria del imperio las provincias occidentales, y pondria gran número de pequeños Estados entre el gran rey y la Grecia. Así se engrandecian por momentos sus proyectos y aumentaban tambien sus fuerzas. Los lacedemonios acababan de poner su flota bajo sus órdenes; él en poco tiempo la habia aumentado con ciento veinte galeras. Atenas, temerosa siempre por su libertad, dividia el mando; Esparta mas militar por su carácter, lo concentraba en manos de un solo jefe. Esta era una de las causas de su superioridad.

En medio de sus preparativos y sus esperanzas, Agesilao recibió de pronto la órden de volver á Grecia, donde acababa de estallar una guerra que reclamaba imperiosamente su presencia. La noticia le afligió profundamente porque veia que se le iba á malograr una alta gloria; sin embargo, convocó á los aliados y les enseñó las órdenes de la república, diciéndoles que era necesario volar al socorro de la patria. «Si las cosas se arreglan, contad, amigos mios, que no os olvidaré, y que volveré á vuestro lado para corresponder á vuestros votos.» Al oir estas palabras prorumpieron todos en llanto, y determinaron ir con él al socorro de Lacedemonia. Nombró un harmosta de Asia, á quien dejó cuatro mil hombres, pasó al Quersoneso, y tomó el mismo camino que habia tomado Jerjes (394).

Liga en Grecia contra Esparta (395); paz de Antálcidas (387).

«Treinta mil arqueros del rey son los que me arrojan de Asia,» decia Agesilao, aludiendo á las figuras impresas en las treinta mil monedas persas regaladas á los oradores de Tebas, Corinto y Argos que habian excitado á la guerra (1). Titrausto habia cal-

(1) Para Jenofonte la guerra no tuvo otro motivo que aquellas 30,000 monedas: no quiere hacerse cargo de todo lo que preparó las hostilidades. Los tebanos no

culado perfectamente: su emisario encontró á los tebanos muy animados contra Lacedemonia. Una cuestion pendiente entre los focenses y los locrenses, que Tebas mantenia en pié, sirvió de pretexto á la guerra. Lisandro se hizo enviar al socorro de los primeros. El rey Pausanias debia reunirse con él ante los muros de Haliarte; pero el dia fijado se pasó sin que Pausanias pareciera. Lisandro no era hombre para retroceder ni esperar: atacó la plaza, fué derrotado y pereció. Pausanias, que acaso no tenia mucha confianza en la adhesion de sus aliados, no quiso aventurar una batalla, y pidió tregua para enterrar sus muertos. Concediéronsela los tebanos; pero, envanecidos con su triunfo, si veian que algun soldado de Pausanias se desviaba un poco, le acompañaban á golpes al camino real. Pausanias de regreso á Esparta fué condenado á muerte; pero se escapó á Tegea, donde una enfermedad natural puso fin á sus dias (395). La sentencia contra Pausanias fué una satisfaccion dada á la vanidad nacional. La oligarquía de Esparta en cuanto á injusticias políticas no tiene nada que echar en cara á la democracia de Atenas (1).

Antes de la batalla, una embajada de Tebas habia ido á pedir socorros al Atica. Atenas, no repuesta aun de sus derrotas, no tenia buques ni baluartes; no hubo empero que deliberar mucho: Trasíbulo, por toda contestacion, leyó al orador tebano el decreto de alianza. «Resolucion tan sábia como heróica, dijo mas adelante Demóstenes renovando aquel recuerdo, porque el hombre de corazon debe siempre, á pesar de todos los peligros, tomar parte en las grandes empresas á que el honor le obliga (2).»

El ejército ateniense no llegó hasta el dia siguiente al de la batalla de Haliarte; pero formaba al lado de los tebanos cuando se presentó Pausanias, y la intervencion de Atenas decidió á los eubeos y acarnanios y á Locrida, Corinto y Argos á entrar en la

accedieron completamente á lo que Titrausto queria: aceptaron el oro que les ofrecia el gran rey, como anteriormente lo habian aceptado Esparta y Atenas.

(1) M. Grote (tom. IX, pág. 416 dice mas: «Out of the many cases in which this reproach (condenas injustas en Atenas) is advanced, there are very few wherein it has been made good... hardly a single instance of Athenian condemnation occurs, which we can so clearly prove to be undeserved, as this of a Spartan king.» (Nota de la segunda edicion).

(2) Jenof. *Helen.*, III, 3; Demóst., *Pro Corona*, 96.

nueva alianza. Celebróse un congreso en Corinto, donde el corintio Timolaos dijo: «Los lacedemonios son como los rios; poco caudalosos en su orígen, van engrosando en su curso, ó bien como los enjambres, que se cojen fácilmente en la colmena y clavan el agudo aguijon cuando están léjos. Marchemos, pues, contra Lacedemonia, y hallémonos con el enemigo en la ciudad misma, ó lo mas cerca posible.» Bueno era el consejo; pero no fué puesto bien en práctica: todas las confederaciones llevan consigo esas tardanzas funestas. Cuando el ejército aliado estuvo dispuesto, ya se hallaban los espartanos en la Sicionia; fué pues preciso aceptar el combate junto á Nemea. Los aliados tenian cerca de veinte y cuatro mil hoplitas y mil quinientos cincuenta caballos; los espartanos, solo trece mil quinientos hombres (1). Las vacilaciones de los tebanos y la falta de acuerdo en los que mandaban fueron causa de la derrota de los aliados, que perdieron dos mil ochocientos hombres. Los vencedores tuvieron mil cien muertos, aunque entre ellos solo hubo ocho espartanos (julio 394).

La victoria empero no fué decisiva, puesto que los aliados volvieron tranquilamente á su campo. Agesilao llegó atravesando la Tracia y la Macedonia, para lo cual habia tenido que abrirse paso con la punta de su lanza. Los tesalos quisieron oponérsele, pero los derrotó y siguió hasta llegar á Coronea. Allí le esperaban los aliados: allí hubo un choque sangriento. Los tebanos manifestaron prendas militares de muy mal agüero para Esparta. El mismo Agesilao quedó cubierto de heridas; pero el campo quedó por él. Tambien esta victoria era poco decisiva como la de Corinto; porque dos veces habian hecho frente los aliados á todos los que, pocos dias antes, no se atrevian á mirar á la cara (agosto 394) (2).

El dia anterior, Agesilao habia recibido la noticia de un gran

(1) 6000 de Atenas, 7000 de Argos, 5000 de Beocia, 3000 de Corinto, 3000 de Eubea y 1550 ginetes. Esparta habia armado 6000 hoplitas, Elida con Trifilia 3000, Sicione 1500, Epidauro, Trecena, Hermione y Haliea, 3000. Jenofonte no expresa el número de los de Tegea, Mantua (Mantinea) y Aquea, que pelearon al lado de los espartanos.

(2) Jenofonte lidió en Coronea como oficial de Agesilao, contra los atenienses aliados de Tebas. Cuando se supo en Atenas, se publicó un decreto desterrándole.

desastre, que ocultaba á sus tropas. El ateniense Conon, refugiado en Chipre despues de la batalla de Egos-Potamos, habia espiado con atencion los acontecimientos. Nada se sabe de sus patrióticas diligencias, si bien se dice que hizo un viaje á la corte del rey. Pero vese de pronto despertar la actividad de los puertos fenicios; salir de ellos grandes armamentos; ir á reunírsele Farnabazo y tomar Conon el mando de la flota real. Ya habia hecho estallar una revolucion en Rodas que derribó su gobierno oligárquico, y se apoderó despues de un inmenso convoy de trigo que el egipcio Neferites enviaba á los espartanos. Reunido á la escuadra de Farnabazo, destruyó la flota lacedemonia á la altura de Gnido: de ochenta y cinco triremos enemigos cayeron cincuenta en sus manos. El almirante, cuñado de Agesilao, no habia querido abandonar su galera impulsada hácia la orilla, y se habia hecho dar muerte (julio 394).

Los lacedemonios acababan de perder la superioridad marítima. La de tierra la conservaron mas tiempo. La guerra que anteriormente se habia hecho en Beocia, se concentró en los seis años siguientes al rededor de Corinto, que los aliados defendian con todas sus fuerzas, cerrando los dos pasos del istmo para encerrar á los espartanos en el Peloponeso. Pero Corinto renovó casi las atroces escenas de Corcira. Un dia de fiesta sorprendió un partido á sus adversarios y los degolló hasta en los templos y al pié de las estátuas de los dioses. Semejantes violencias tuvieron malos resultados. Los del partido maltratado llamaron á los lacedemonios, cortaron los largos muros, se apoderaron del Lequeo, y desde allí tuvieron como sitiada á Corinto. Quedaba abierto uno de los caminos del istmo, circunstancia que llenaba de terror á Atenas y Tebas. Tratóse de hacer la paz; Esparta consentia en que Atenas repusiera sus muros y sus buques: reconocíala su posesion de Lemnos, Imbros y Esciros; pero no quiso abandonarle el Quersoneso. El pueblo empero no sancionó el acuerdo de sus diputados. Tambien Tebas se volvió atrás, y hubo que proseguir en la guerra.

Habia entre los jefes un ateniense, llamado Ifícrates que mandaba un cuerpo de mercenarios. Hemos visto ya mercenarios en la guerra de Asia; ahora volvemos á encontrarlos de una manera regular en Grecia. Anteriormente, los ciudadanos educados desde

su mas tierna edad para los ejercicios militares en los gimnasios del Estado, componian la infantería de línea, á cuyo alrededor se agrupaban los cuerpos armados á la ligera procedentes de los aliados y de las masas de esclavos. Entonces los deberes del guerrero formaban parte de los del ciudadano: la carrera de las armas no era especial. Lo que la cabeza habia concebido ó aceptado en el senado ó la asamblea, el brazo lo ejecutaba en el campo de batalla ¡y con que fuerza! En la época de que hemos venido ocupándonos, todo habia cambiado. Aquellos hombres asalariados, aquellos hombres iban á guerrear por el que mejor les pagaba, no hacian la guerra con el ardor y la pasion patriótica que antes era condicion inseparable del ciudadano. A la guerra antigua, llena de ignorancia, pero tambien de heróismo, sucedió la guerra inteligente, compuesta de maniobras y de táctica, así como en los tiempos modernos nació la estrategia entre los *condottieri* italianos. Ifícrates tomó una parte activa en aquella revolucion: varió el armamento de cierta parte del ejército ateniense, dando mucha importancia á los peltastos, que armados de escudos pequeños y de ligeras corazas, de largas lanzas y largas espadas, reunian las ventajas de la infantería de línea y de las tropas ligeras. Esta organizacion permitia á los soldados maniobrar mas rápidamente. Ifícrates, que adivinó la táctica que mas adelante proporcionó á los romanos tantos triunfos al otro lado del mar Jonio, tenia siempre ocupadas sus tropas, y no acampaba nunca ni aun en país amigo sin atrincherarse. Tambien introdujo una doble palabra de contraseña para las rondas, pronunciada por mitad entre el oficial y el centinela.

Un encuentro en que los peltastos de Ifícrates lucharon con los terribles lacedemonios causándoles doscientos cincuenta muertos, puso el sello á su reputacion y á la de su general (392). Desde entonces pudieron vivir del saqueo, yendo hasta el fondo del Asia, sin que los aliados de Esparta se atreviesen á salirles al encuentro.

En 390 Esparta hizo un grande esfuerzo; deseaban los aqueos extenderse por la orilla septentrional de su golfo; á peticion suya Agesilao invadió el país de los acarneos, que se vieron obligados á entrar en la liga, y Agesípolis el de los argivos, que se proponian detenerle á pretexto de la próxima celebracion de los

juegos ístmicos y de la tregua sagrada. Agesípolis tenia por lo visto ajustadas sus cuentas con los dioses: antes de emprender la expedicion habia consultado á los sacerdotes de Júpiter Olímpico que contestó conforme á sus deseos, y despues habiendo preguntado á la pitia de Delfos si Apolo era del mismo parecer que su padre, Apolo contestó como buen hijo, y el espartano leyó á los enviados de Argos la respuesta de los dioses. Su territorio quedó asolado (390).

Entretanto los persas, envalentonados con la victoria de Gnido, tomaban la ofensiva. Conon y Farnabazo arrojaban á los harmostas de las islas y ciudades griegas de Asia á las que les permitian, muy discretamente, darse el gobierno que mas era de su agrado, y condujeron su flota hasta el golfo de Mesenia, donde asolaron el rico valle del Pamiso: tambien cayó en su poder Citera donde Conon dejó una guarnicion ateniense. De allí pasó Farnabazo al istmo á conferenciar con el consejo de la liga; exhortole á llevar adelante la guerra y proporcionole dinero (393). Cuando se disponia á volver á Asia, Conon le ofreció que si dejaba á sus órdenes la flota, él alimentaria á los que la montaban sin pedir nada el tesoro persa, y levantaria los largos muros de Atenas, lo cual habia de ser el golpe mas doloroso para Lacedemonia. Parecióle al sátrapa tan conveniente la proposicion, que dió el dinero que le quedaba para que se hiciese la obra con la mayor celeridad posible. Conon llegó al Pireo con ochenta galeras. Sus tripulantes, los operarios que tomó á salario y los que Tebas y otras ciudades enviaron, dieron ayuda al pueblo para rehacer la obra de Temístocles, de Cimon y de Pericles. Desgraciadamente aquella vez el gran rey era el que pagaba los operarios (393).

Ver Atenas restaurados sus muros y pensar en volver á su imperio el auge que con ellos habia perdido, fué todo á un tiempo. Sus rápidos progresos alarmaron á los espartanos, que resolvieron entrar en tratos con los persas, sacrificándoles los griegos asiáticos. Sus proposiciones fueron por de pronto rechazadas; pero la suerte de Conon, atraido á Sardes por Tribazo, encerrado en una cárcel y quizás asesinado (1) bajo pretexto de

(1) Lisias, *sobre los bienes de Aristof.*, 41, 42, 44, dice que Conon murió en Chipre.

que vendia la causa del rey, puso de manifiesto las verdaderas intenciones de la corte de Susa (392). Efectivamente, Atenas, repuesta con la alianza de Persia, comenzaba ya á hacer frente á aquel imperio. Socorria con generosa imprudencia á Evágoras, rey de Chipre que se habia levantado contra los persas (390); colocaba á Trasíbulo, restaurador de su libertad, al frente de cuarenta galeras que la devolvian la alianza de los príncipes de Tracia, de Bizancio, Calcedonia y parte de Lesbos; restablecian en provecho suyo los peajes del Euxino y levantaban contribuciones en todas las ciudades de la costa asiática hasta Panfilia. Desgraciadamente Trasíbulo murió en Aspenda, en una riña entre paisanos y soldados (389). Ifícrates, enviado despues de él al Helesponto con sus peltastos supo conservar su obra.

El ver que aquel pueblo abatido y desarmado recobraba con tanta prontitud su fuerza, espantó tanto al gran rey como á Lacedemonia. Antálcidas, enviado segunda vez á Susa fué perfectamente recibido; Esparta y Persia fijaron las bases de la paz que iban á imponer á los griegos. Las continuas correrías de los eginenses, que una noche sorprendieron el Pireo, y los triunfos de los espartanos en el Helesponto, donde juntaron hasta ochenta naves interceptando todo el comercio de Atenas; obligaron á esta ciudad á aceptar el tratado que lleva el nombre de Antálcidas. Tribazo convocó á todos los diputados de las ciudades beligerantes, y les leyó las órdenes de su dueño. «El rey, decia, encuentra justo que las ciudades del Asia y las islas de Chipre y Clazomena permanezcan bajo su dependencia y que las demás ciudades griegas, grandes y pequeñas, queden libres, á excepcion de Lemnos, Imbros y Esciros, que pertenecerán, como antiguamente, á los atenienses. A los que se opongan á la paz los combatiré de concierto con los que la acepten, y les haré la guerra por tierra y por mar con mis buques y tesoros.»

Tal es el trato vergonzoso é impío (1) que aceptaban los hijos de aquellos que vencieron en Salamina y Platea; los que por dos

De modo que ó se escapó ó le dieron suelta. Atenas reconocida le dedicó cerca de la imágen de Júpiter libertador una estátua de bronce, la primera que, despues de las de Harmodio y Aristogiton se elevaron á un ciudadano. Demóstenes, *Leptina*; Isócrates, *Evágoras*.

(1) Ατσχρὸν καὶ ἀνόσιον εεγον Platon, *Menexene*, 47.

veces acababan de atravesar el imperio que con tanto orgullo les hablaba. Esto era lo que se debia grabar en cobre y en piedra y ponerlo de manifiesto en los templos de los dioses (1). A Esparta corresponde particularmente este oprobio: con la batalla de Leuctres, dice Plutarco (2), perdió la preponderancia; pero con la paz de Antálcidas perdió la honra. Ella habia provocado aquella impudente intervencion de los bárbaros; ella fué la que hizo ejecutar la sentencia. Los griegos asiáticos quedaron abandonados al gran rey. Toda alianza, toda union entre las ciudades quedó destruida en Grecia. Los tebanos no querian conformarse con la cláusula que les separaba de las ciudades de Beocia á quienes habia tenido siempre bajo su dependencia; Agesilao reunió un ejército para obligarles á aceptar y se sometieron. Tambien Argos fué obligada por la fuerza á levantar la guarnicion que tenia puesta en Corinto, en donde volvió á entrar en seguida el partido oligárquico, siempre favorable á Esparta, mientras emigraban á su vez los jefes del partido contrario. Pero Esparta tuvo buen cuidado en no cumplir el contrato en la parte que la concernia, y se quedó con la Mesenia. Habia tratado de debilitar y dividir todo cuanto veia á su alrededor, y ser ella sola la fuerte y compacta. Decíanle á Agesilao que Esparta *perseaba*, y replicó «no: Persia es la que *laconiza*.» Ambas cosas eran verdad por desgracia.

(1) Socrates, Πανηγυρικος, 180.
(2) Artajerjes, 22, 2.

CAPÍTULO XVIII.

Caida de Esparta; efímera grandeza de Tebas (387-361) (1).

EXCESOS DE ESPARTA; SORPRESA DE LA CADMEA (382).—PELÓPIDAS Y EPAMINONDAS; TEBAS EMANCIPADA (379).—RENUÉVASE LA CONFEDERACION ATENIENSE (378).—BATALLA DE LEUCTRES (371).—FUNDACION DE MEGALÓPOLIS (371): SITIO DE ESPARTA (369); MESENIA.—SUCESOS DE TESALIA (368-364).—INTERVENCION DE PERSIA (367).—BATALLA DE MANTINEA (362).

Excesos de Esparta; sorpresa de la Cadmea (382).

«La paz de Antálcidas, dice Jenofonte, dió mucha gloria á los espartanos.» La historia, empero, no ha sancionado el juicio de aquel apasionado amigo de Lacedemonía. Bajo la supremacía de Atenas, Grecia habia llegado al mayor grado de gloria y de poderío; bajo la dominacion de Esparta cayó en menos de diez y siete años á los piés de la Persia. El único partido que Esparta supo sacar de su triunfo, fué la opresion sin tener siquiera la grandeza del despotismo. Su conducta para con Atenas fué pérfida, además de débil. No es así como se legitiman y conservan las dominaciones. Por esto su caida debia ser muy rápida. La vergonzosa paz de Antálcidas vino á ser como una pausa en la decadencia de Lacedemonia; pero la decadencia habia comenzado, y ya no podia detenerse. Cierto es que si los griegos la eran hostiles, estaban divididos y eran por lo mismo impotentes, y Argos humillada y Corinto devuelta á la aristocracia, le entregaban el Peloponeso. Sea, á lo menos, prudente como en tiempo de Pausanias, y podrá ocupar el primer puesto durante largos dias. [redacted]

Habíase proclamado la paz; volvian todos á sus faenas: el labrador á su campo, el comerciante á su nave, el artista á los templos que el arte habia abandonado durante muchos años;

(1) Jenofonte, *Helénicas*; Diodoro, lib. XV; Plutarco y Cornelio Nepote, *Agesilao*, *Epaminondas*, *Pelópidas*; Rehdantz, *Vitæ Iphicratis*, *Chabriæ*, etc.; Bauch *Epaminondas und Thebens Kampf um die Hegemonie*, 1834.

cuando los diputados de Esparta fueron á intimar á Mantinea (Mantua) que derribase sus murallas. El delito de esta ciudad era tener una constitucion democrática. Habia proporcionado un poco de trigo á los argivos durante la guerra, habia manifestado bastante tibieza en presentar su contingente, y no habia hecho aspavientos de dolor por los reveses de Lacedemonia. Negóse Mantinea á la exigencia de Esparta; pero inmediatamente entró por sus tierras talando y destruyendo Agesípolis; sitió la ciudad, tomóla (1) é inundola con las aguas de un rio que encauzó á lo largo de sus murallas; el cimiento del muro era de barro cocido al sol; reblandecióse con el agua y todo se vino abajo. Despues de destruida la ciudad, dispersaron á sus habitantes en cuatro pueblecitos que Esparta trató oficialmente como cuatro Estados diversos, colocándolos bajo la proteccion de los grandes á quienes volvió á llamar. «Allí vivieron, dice Jenofonte, mucho mas dichosos que antes;» y el discípulo de Sócrates al terminar el relato de tamañas violencias, no encuentra mas palabras que: «Así terminó el sitio de Mantinea, que enseña á no hacer pasar los rios por dentro de las ciudades (385).»

Tambien Fliunte habia desterrado la fraccion oligárquica: cuyos individuos fueron á hacer presente á Esparta que mientras ellos ocuparon el poder, la ciudad habia sido dócil y sumisa. Los éforos pidieron al pueblo de Fliunte que abriese sus puertas á los desterrados y les devolviese sus bienes, y el pueblo accedió por miedo (383).

Esparta, que destruia á Mantinea, volvió á levantar á Platea. Autorizó á los pocos hijos que de aquella célebre ciudad quedaban para que levantasen de nuevo sus murallas, siguiendo siempre la misma política, aunque bajo diferentes formas. Destruir toda gran ciudad, toda fuerza colectiva en el Peloponeso para no tener que temer nada, y crearlas en el territorio de sus rivales para debilitarlas. Los harmostas enviados á las ciudades de Beocia, las sometian á la influencia de Esparta, bajo el pretexto de defenderlas.

(1) Plutarco y Pausanias hacen aquí mencion de un suceso que Jenofonte pasa en silencio: el envio de un socorro de tebanos á los espartanos, y una batalla en que Epaminondas salvó la vida á Pelópidas que tenia siete heridas.

Al año siguiente llegaron á Esparta embajadores de Acanto y Apolonia, ciudades de Calcidia, diciéndola que les prestase su apoyo contra Olinto, que amenazaba su independencia. Las ciudades de Calcidia, unidas por la comunidad de orígen é intereses, habian formado una liga ó confederacion, cuya capital era Olinto, para defenderse al mismo tiempo contra Atenas y Macedonia. El principio de la liga era muy liberal. Cada una de las ciudades conservaba su constitucion; pero los aliados tenian en todas las ciudades indistintamente asegurados sus derechos civiles, la facultad de adquirir bienes y la de contraer matrimonio. Amintas, rey de Macedonia, cediendo á las reiteradas instancias de los ilirios, habia cedido á Olinto la costa del golfo Termasco, lo cual contribuyó mucho á fortalecer la liga. La gran ciudad macedonia de Pella y Potidea, que dominaba el istmo, entraron en su alianza. Tenia ocho mil hoplitas, muchos mas peltastos y mil caballos; estaba en buena armonía con los tracios, y en aquellos momentos trabába relaciones amistosas con Tebas y Atenas. Utiles alianzas, rico tesoro, poblacion numerosa, maderas de construccion y las minas del monte Pangeo á corta distancia, tales eran los recursos de Olinto, que podia llegar á ser una potencia de primer órden.

Pero dos ciudades vecinas, Acanto y Apolonia, se creyeron demasiado importantes para vivir confundidas en una confederacion. Desecharon pues las proposiciones de Olinto, y al verse amenazadas buscaron apoyo en lo exterior. Poco le costó á Lacedemonia resolverse á hacer en Calcidia lo que hacia en todas partes; dividir para debilitar y reinar sola. Prometió un ejército y mandó á Eudámidas que se pusiera en marcha con los hoplitas de que pudiese echar mano. Su hermano Fébidas le siguió con otro cuerpo de ejército. Al llegar cerca de Tebas, Fébidas se puso en relaciones con el polemarca Leontiades, que era en dicha ciudad el jefe del partido aristocrático. El dia de la fiesta de Ceres, cuando todas las mujeres estaban en la Cadmea con motivo de los sacrificios, lo cual impedia que entretanto se pudiese celebrar consejo en aquel sitio, y mientras gracias al calor del medio dia en verano, las calles estaban desiertas, Leontiades introdujo á Fébidas en la ciudadela, y en seguida se dirigió al consejo en donde se hallaba Ismenias, jefe del partido contrario;

acusole de estar fomentando una nueva guerra, le mandó prender y lo hizo llevar á la Cadmea.

Tan grande fué la indignacion producida por aquel suceso, que hasta los espartanos parecieron participar de ella; en términos que condenaron á Fébidas á una multa de diez mil dracmas (1) y le destituyeron del mando; pero conservaron la ciudadela. Agesilao habia defendido al culpable, prescindiendo de la cuestion de justicia, y sentando por principio que no se podia condenar á un ciudadano por haber realizado una accion útil á su patria. Arístides y los atenienses habian estado mejor inspirados cuando Temístocles les proponia una cosa útil pero injusta. Una comision compuesta de lacedemonios y aliados pasó á Tebas, y condenó á muerte á Ismenias, so pretexto de haber recibido oro de los persas. Era Ismenias un valiente y un buen ciudadano; Esparta se vengó infamemente de él, por el miedo que mas de una vez la habia causado en la última guerra. Unos cuatrocientos partidarios suyos habian abandonado la ciudad, buscando refugio en Atenas.

La sorpresa de la Cadmea y la muerte de Ismenias, eran un crímen mas en la historia de Esparta; pero eran tambien una probabilidad mas en favor de la guerra contra los olintios. La guerra duró tres años y costó á Lacedemonia dos generales y uno de sus reyes: Eudámidas pereció luchando; su sucesor Telentias, despues de algunos brillantes triunfos á que contribuyeron Derdas, príncipe de Elimea, y Amintas de Macedonia, tuvo igual suerte. El rey Agesilao que se presentó con fuerzas considerables, apenas pudo hacer algunos destrozos y apoderarse de Toronea. En siete dias acabó la fiebre con su vida: su cuerpo embalsamado con miel fué enviado á Esparta. La gloria de someter á los olintios fué para el harmosta Polibiades. Cercados por mar y por tierra, pidieron aquellos la paz, que les fué concedida, á condicion de que sus amigos y enemigos serian los amigos y enemigos de Lacedemonia, y que marcharian como aliados fieles bajo la bandera de esta república (379). La ruina de la confederacion olintia entregaba en un plazo mas ó menos largo, pero cierto, los griegos de la Calcidia y de Tracia á Macedonia, así como la ruina del imperio

(1) Segun Plutarco, Pelópidas, 6; pero Jenofonte, *Helen*, v, 2, 34, no la menciona.

ateniense habia entregado los griegos asiáticos á los persas. ¿Quién habia consumado esta doble traicion á los intereses generales de Grecia?

Al mismo tiempo se quejaron de malos tratamientos los desterrados que habian vuelto á Fliunte; Agesilao fué á sitiar la ciudad, y la tomó despues de una resistencia de veinte meses, dejando una guarnicion suya (379). Otro error y otra nueva carga que se imponia Esparta. Mientras que en todas partes hacia sentir el peso de su mano, imaginando que así aumentaba su poderío, se estaba aniquilando á fuerza de hacerse odiosa.

Pelópidas y Epaminondas; Tebas emancipada (379).

Diodoro de Sicilia creyó que debia dar comienzo á su libro XV citando ante el tribunal de la historia á los lacedemonios, «culpables de haber perdido, por su culpa, un imperio que por espacio de 500 años habian ejercido en Grecia.» Jenofonte vé en este acontecimiento la mano de los dioses. «De aquellos tiempos, dice, se podrian citar muchos hechos que prueban que los dioses nunca pierden de vista á los impíos y malvados. Así, los lacedemonios que habian jurado respetar la autonomía de las ciudades, á pesar de lo cual retenian la fortaleza de Tebas, fueron castigados por los mismos á quienes oprimian.» (*Helen.*, v. 4, 1.)

Tres hacia que la Cadmea estaba en poder de los lacedemonios. Los jefes de la aristocracia tebana Leontidas y Arquías, fiados en su apoyo, no conocieron freno para su conducta. Llenáronse las cárceles y multiplicáronse las ejecuciones como en Atenas en tiempo de los treinta. Sin embargo, en medio de sus desórdenes y crímenes, concibieron los tiranos el recelo de que acaso los cuatrocientos que se habian refugiado en Atenas, vivirian con pena en su destierro, y estarian conspirando para volver á su patria. Para librarse de tales inquietudes resolvieron mandarlos asesinar, á cuyo fin envió Leontiades emisarios á Atenas, pero no pudieron conseguir su intento. El único á quien lograron dar muerte fué el jefe de los refugiados; los demás tomaron precauciones. Al ver que ni aun en el destierro gozaban en paz de la existencia, creyeron que lo mejor era hacer alguna tentativa para volver á Tebas: si allí se exponian á morir tambien se exponian á vencer. Bien se vé que la influencia de Lacedemonia pro-

ducia en Tebas los mismos efectos que en Atenas: sus amigos eran muy peligrosos.

Uno de los desterrados tebanos era Pelópidas, hombre de valor heróico, noble y rico, y sin embargo enemigo de los tiranos y unido á Epaminondas por una amistad que ya habia sido puesta á prueba en los campos de batalla. El ejemplo de Trasíbulo que habia salido de Tebas para ir á libertar á Atenas, le inspiró el deseo de salir de Atenas para libertar á Tebas. Los atenienses, reconocidos á la hospitalidad que habian encontrado en Beocia en tiempo de los treinta, se habian negado á obedecer á Esparta que reclamaba la expulsion de los desterrados. Pelópidas conspiró en Atenas, mientras que Epaminondas, que, gracias á su pobreza, se habia librado del destierro, exhortaba á la juventud tebana á que luchase en los gimnasios con los espartanos, y se acostumbrase á vencerlos. Los conjurados tenian relaciones hasta en la morada de los polemarcas, de los cuales Fílidas, uno de aquellos, se habia hecho nombrar notario. El dia estaba señalado, y aun anticiparon la hora de su salida para salvar á un ciudadano á quien se iba á ajusticiar. Adelantáronse á la comitiva doce de ellos vestidos de simple manto, llevando perros en trahilla, y estacas para asegurar rèdes para que los tomasen por cazadores. Entraron en la ciudad de uno en uno y por varias puertas, y se reunieron en casa de uno de los tebanos mas ricos, llamado Caron, á donde fueron á reunírseles algunos de sus partidarios. Fílidas habia convidado á su mesa á dos polemarcas, prometiéndoles que asistirian á la fiesta las mujeres mas notables de la ciudad. Ya la embriaguez comenzaba á enseñorearse de ellos, cuando llegó á sus oidos la noticia de que en el recinto de la poblacion se ocultaban algunos desterrados. Llamaron á Caron, sobre quien se hacian recaer las sospechas; pero desvaneciólas su tranquilo continente. Otro aviso recibieron de un amigo de Atenas que escribia á Arquías viviese prevenido, y le daba cuenta de todos los pormenores. Arquías ni siquiera abrió la carta: dejola sobre su asiento y dijo: «Los negocios para mañana.» Momentos despues llegaron los conjurados. Iban disfrazados de mujeres para encubrir sus corazas, y ocultábanles el rostro ampulosas coronas de pino y sauce. En cuanto vieron á Arquías y Filipo desenvainaron sus espadas, y atravesaron fácilmen-

te á aquellos hombres anegados en vino. Fílidas corrió inmediatamente á abrir las puertas de la cárcel; al mismo tiempo Pelópidas y otros sorprendian á Leontiades y á Hipates durmiendo y les hacian sufrir la suerte de sus compañeros.

Epaminondas habia requerido sus armas á la primera noticia, y corrió con algunos jóvenes á secundar á Pelópidas. Para ir aumentando aquel pequeño grupo, los conjurados enviaron en todas direcciones heraldos que á son de trompeta anunciaban su emancipacion al pueblo. La ciudad estaba entretanto llena de terror y de pasmo; ilumináronsé algunas casas y llenáronse las calles de gente que corria de un lado para otro, sin saber nada de cierto, y esperando que la luz del dia les revelase lo que ocultaban las tinieblas de la noche. Si los mil quinientos lacedemonios que ocupaban la ciudadela hubiesen hecho una salida contra los conjurados, habrian dado buena cuenta de ellos; pero la gritería del pueblo, la iluminacion de las casas y las precipitadas corridas de la multitud, los llenaron de espanto y permanécieron inmóviles y aun satisfechos de que no les quitasen la ciudadela. Al dia siguiente al amanecer llegaron otros desterrados con gran número de atenienses que se les habian reunido, y el pueblo celebró una asamblea. Ante ella presentó Epaminondas á Pelópidas y su gente rodeados de sacerdotes que llevaban cintas en las manos, y llamaban á los ciudadanos al socorro de la patria y los dioses. A su vista, prorumpió el pueblo en aclamaciones de agradecimiento, y saludó á los desterrados como libertadores de la ciudad (1).

Pelópidas, Caron y Mellon, que fueron de los jefes mas activos entre los conspiradores, recibieron el nombramiento de beotarcas, título que significaba que Tebas queria recobrar su libertad, y con ella su antiguo puesto entre las ciudades beocias. Inmediatamente comenzó el asalto de la Cadmea; los tebanos rechazaron una partida que Esparta enviaba apresuradamente de Platea donde tenia tropas; y entonces la guarnicion falta de víveres y ne-

(1) Plutarco, *Vida de Pelópidas*. El relato de Jenofonte difiere un poco del de Plutarco, y atribuye la ejecucion del complot á siete conjurados y no á doce. Ni siquiera nombra entre ellos á Pelópidas, á quien es abiertamente hostil asi como á su amigo Epaminondas. En *Helenic*, no se hace mencion de Pelópidas mas que una vez sola.

gándose á combatir los aliados que la componian en su mayor parte, quedó evacuada la ciudadela. Esparta condenó á muerte á dos de los armostas é impuso al tercero, que se hallaba ausente cuando el ataque, una multa enorme que no pudo pagar, lo cual le obligó á salir desterrado (379).

La emancipacion de Tebas fué comienzo de una série de acontecimientos que rompieron, dice Plutarco, las cadenas con que Esparta tenia aprisionada á Grecia. ¿Pero qué causa pudo levantar repentinamente á aquella ciudad, de la que solo conocíamos su traicion en las guerras medas, al grado de poderío á que la vemos llegar? Lo que caracterizaba á los beocios era cierta pesadez intelectual que habia pasado ya á ser proverbial por lo conocida. En cuanto á bellas artes, Tebas habia dado el ser en los tiempos mitológicos á Anfion y mas recientemente á Píndaro; pero esto ya pertenecia á su pasado. En vano habia publicado un decreto imponiendo la ley de lo bello á sus artistas y conminando con multas á los que afeasen sus modelos; sus artes no habian prosperado. Desde su orígen tuvo aficion á los banquetes en comun, á las fiestas públicas tan propias de los griegos. Pero mientras que en otras ciudades aquellas reuniones se mejoraban, teniendo por auxiliares ordinarios la música, la danza, la poesía y aun la filosofía, formando un conjunto de los mas elevados placeres del espíritu humano, los banquetes de Tebas se habian convertido en medios de hacer gala de la sensualidad mas grosera y de un lujo completamente falto de gusto. Allí comian y bebian sin medida, como hacian los polemarcas á quienes acabamos de ver sorprendidos por los amigos de Pelópidas. Un terreno muy fértil (1) y de facil cultivo, un aire pesado, el estar léjos del mar, que tanta excitacion comunica á los hombres, escasa industria, ningun comercio, porque aquel suelo daba todo lo necesario; ni siquiera el estímulo de la miseria, que tenia el Atica, ni el del peligro que tenia Lacedemonia: he ahí las causas de que Tebas y Beocia hubiesen permanecido en la oscuridad. ¿Para qué habian de apelar á esfuerzos si vivian bien y sin necesidades? A las causas citadas hay que añadir su impotencia política, nacida de sus divisiones; el menosprecio en que

(1) El trigo de Beocia, era despues del de Africa, el mas pesado que se conocia en Roma, es decir, el mas nutrivo. *Plinio* XVII, 7.

cayeron despues de las guerras medas, y por último, la atraccion que ejercia Atenas sobre todo lo que valia algo, atraccion que debia redundar en perjuicio de las demás ciudades y particularmente de las mas cercanas. Cuando Atenas sucumbió, cuando Esparta se hizo odiosa, Tebas que no habia gastado sus fuerzas en aquella lucha sacó tanto provecho de la ruina de aquella como de las insolencias de esta. Es indudable que la emigracion de los atenienses arrojados por los treinta y la de muchos griegos italiotas que, segun Plutarco, llevaron á Beocia las ideas de Pitágoras, contribuyeron mucho á despertar los entendimientos en Tebas, á donde fueron tambien á propagar la enseñanza algunos discípulos de Sócrates. Estas diversas influencias y las circunstancias políticas produjeron cierto movimiento en aquellas naturalezas, que hubieran sido muy sólidas si hubiesen recibido el necesario cultivo: si en aquella dura tierra se hubiesen hecho surcos bastante profundos. Están dotadas de docilidad, de espíritu de exactitud, de fuerza, de gravedad: no tienen el exquisito ingenio, la fina agudeza, ni la indomable petulancia del espíritu ático.

Me fijo principalmente en Epaminondas: me parece el tipo mas completo de lo que podia producir el genio tebano. Pertenecia á una familia distinguida de aquella raza de los Espartas, de quienes se decia que habian nacido de los dientes de un dragon; nació pobre y lo fué toda su vida; de lo cual se felicitaba porque se veia libre de muchos contratiempos y cuidados. Su instruccion era superior á la de sus compatriotas. Los griegos, aun los mas graves, reunian á la cultura de su espíritu, la del cuerpo; á la filosofía, las artes. Sócrates era escultor; Polibio atribuia extraordinarios resultados políticos á la enseñanza general de la música. Epaminondas no descuidó ninguno de los estudios que contribuyen al complemento del hombre. Aprendió á tocar el arpa y la flauta; á cantar acompañándose, y tambien aprendió la danza(1). Entregóse con ardor á los ejercicios del gimnasio y al manejo de las armas, aun que menos deseoso de adquirir fuerza que agilidad; aquella le parecia cualidad del atleta, y esta del soldado. Su cuerpo, agil y vigoroso, merced al ejercicio, encer-

(1) La *pírrica* era una danza militar que se ejecutaba con espada y lanza.

raba un espíritu dotado de extraordinarias facultades que por medio de la meditacion adquirieron gran desenvolvimiento. Fué su maestro de filosofía el pitagórico Lisis, de Tarento. Era casi un niño cuando ya se le veia siempre al lado del maestro, anciano, triste y sereno, prefiriendo su compañía á la de los demás jóvenes de sus años; y no quiso separarse de él hasta que hubo aprendido los deberes del ciudadano tan bien como los del hombre. Era prudente, calmoso, austero y hábil en aprovecharse de las circunstancias. Nada olvidaba de cuanto podia servirle de experiencia. Su alma era grande y su temple inquebrantable, y sabia mandar y obedecer, lo cual en concepto de Aristóteles (1) es el rasgo distintivo de los buenos ciudadanos. Vémosle hoy vencedor de Esparta en Leuctres, y mañana simple hoplita ó edil encargado de la policía de las calles. «Su respeto á la verdad era tan profundo que nunca faltaba á ella, ni aun en chanza. Admirable por su bondad, su moderacion y su paciencia, sufria, sin quejarse, las injusticias del pueblo y las de sus amigos. Sabia guardar un secreto; hablaba poco; escuchaba mucho, y sin embargo fué un orador hábil y potente que mas de una vez sirvió á Tebas con su palabra tan bien como con su brazo (2).» Tal era la educacion de los hombres distinguidos de Grecia, y tales eran las cualidades gratas y profundas del héroe tebano: como carácter moral, Grecia no tuvo nada mas puro y mas elevado (3). Cuando la conspiracion de Pelópidas, no quiso tomar parte en ella, no por cobardía seguramente, sino porque le repugnaban los medios tenebrosos: preferia la lucha franca y abierta. Mientras los desterrados urdian sus intrigas, él convertia en hombres á todos los jóvenes tebanos, disponiéndolos para el dia de la accion, dia en que le hemos visto expuesto á todos los peligros de los combatientes. Todas estas virtudes no eran obstáculo á que abrigase una grande ambicion, no por él, sino por su patria. Él fué quien mas empeño puso en destruir la supremacía de Esparta en beneficio de Tebas, y quien despues de conseguirlo trató de hacer otro tanto con Atenas. En cierta ocasion se le vió

(1) Arist. *Política*, III, 2, 10.

(2) Cornelio Nepote.

(3) *Epaminondas, princeps, meo judicio, Græciæ*, Cicer, *Tuscul.*, 1, 2, 4, y *De orator.*, III, 34, 139.

aprobar en Tegea, como general, lo que como particular habria abominado.

Pelópidas era hombre de accion exclusivamente. Sus ocupaciones favoritas eran el gimnasio y la caza, mejor que los libros y las lecciones de los filósofos. Pero era tambien un alma generosa y noble, y ávido de gloria y ambicioso, tanto por su país como por él mismo. Hijo de padres nobles y ricos, hizo participar de sus riquezas á sus amigos pobres, y vivió en la mayor sencillez. Llegó á ser un brillante general, rápido en concebir y en ejecutar; pero muy inferior, en cuanto á genio, á Epaminondas.

La grandeza de Tebas vivió lo que vivieron aquellos dos hombres. Su primer cuidado fué poner á su patria en estado de sostener la formidable lucha que preveian. Esparta acababa de resolverse á enviar un ejército contra Tebas. Agesilao no quiso aceptar el mando, so pretexto de sus muchos años; pero le reemplazó su cólega Cleombroto, é hizo una rápida excursion por Beocia. La proximidad de los espartanos espantó á los atenienses; los ricos se aprovecharon del público abatimiento para hacer condenar á muerte á los dos generales que tan liberalmente apoyaron á los conjurados, aunque sin órden de la asamblea, con lo cual habian expuesto á Atenas á tener que sufrir una guerra con Lacedemonia. Uno de los dos fué ejecutado; el otro salió para un destierro: culpable concesion hija del miedo. Gracias á una perfidia, Atenas volvió á la alianza de Tebas. Cleombroto habia dejado en Tespias á Esfodrias con un cuerpo de ejército; alucinole el ejemplo de Fébidas, y determinó tentar un golpe de mano contra el Pireo, para indemnizar á Lacedemonia de la pérdida de Tebas. Salió en efecto una noche con fuerzas considerables, pero sorprendiole el dia cuando aun no habia pasado de Eleusis: su proyecto habia fracasado. Levantose una acusacion contra Esfodrias, por haber atacado deslealmente una ciudad aliada; Agesilao, otra vez defensor de una mala causa, le hizo absolver en atencion á que hasta entonces su conducta habia sido siempre irreprensible. Indignóse Atenas contra Esparta, se preparó para la guerra, terminó la obra de los muros del Pireo, y dispuso una flota de cien galeras (378).

Renuévase la confederacion ateniense (378).

Esparta no castigaba á Esfodrias, y aun le hubiera premiado si hubiese conseguido su intento; porque le causaba inquietud el renacimiento del poderío ateniense. Conon y Trasíbulo habian devuelto á su patria parte de las ciudades que en otro tiempo le fueron tributarias; la paz de Antálcidas volvió á arrebatárselas. Nadie se ocupaba entonces de la seguridad marítima; los piratas pulularon al poco tiempo (1), y los insulares que necesitaban el mercado de Atenas, por los trigos de Taurida, se adhirieron á la única ciudad que podia proporcionar á su comercio los productos y la seguridad que tanto necesitaban.

Atenas conservaba la intendencia del templo de Delos (2), el santuario de las Cícladas y de la raza jónica. Hacer un lazo político de aquel lazo religioso, no era cosa difícil, por poco que á ello contribuyesen las circunstancias. Movidos en favor de Atenas por sus intereses y por la altanería y las violencias de los harmostas lacedemonios, Quio, Bizancio, Rodas, Mitilene, casi toda la Eubea en una palabra: setenta ciudades insulares y marítimas acudieron espontáneamente á renovar aquella confederacion, que por espacio de mas de sesenta años les habia proporcionado la paz, la seguridad y la riqueza. Atenas tuvo además la discrecion de volver al plan de Arístides. Todos los miembros de la liga quedaban independientes en cuanto á su constitucion interior, y enviaron representantes á un congreso que se celebraba en Atenas, en el que todos los Estados tenian un voto, fuesen grandes fuesen pequeños, inclusa la misma Atenas. Confiósele á la asamblea el cuidado de votar la contribucion general y determinar el contingente que á cada ciudad correspondiese. Atenas, para dar á sus aliados una prueba de moderacion, renunció á hacer valer sus derechos sobre los territorios que ya en el continente, ya en las islas, se habian repartido antes entre colonos atenienses, á quienes se habia desposeido despues, al terminar la guerra del Peloponeso; y aun se dió una ley prohibiendo á los ciudadanos de Atenas la adquisicion de bienes rai-

(1) *Isocr.*, *Panegir.*, 115.
(2) Demost., *De Corona*, 134.

ces fuera del Atica (1). El ingreso de Tebas en la confederacion alteró su carácter que hasta entonces habia sido exclusivamente marítimo, y exigió la formacion de un considerable ejército de tierra (veinte mil hoplitas y quinientos ginetes) é hizo subir la flota á doscientas velas.

En vista de la nueva confederacion, Esparta se vió en la necesidad de tratar con mas blandura á sus aliados y repartir con mas equidad las contribuciones que les imponia. La liga se dividió en diez secciones: 1.°, los lacedemonios propiamente dichos; 2.° y 3.° los arcadios; 4.° los eleos; 5.° los aqueos; 6.° los corintios y los megarenses; 7.° los siciones, los filasios y los habitantes de Acté; 8.° los acarnanios; 9.° los focenses y los locrenses; 10.° los olintios y los aliados de Esparta en Tracia. Fijóse la cuota que á cada seccion correspondia, y para evitar arbitrariedades en la leva de los contingentes, se acordó que un hoplita equivaldria á dos soldados armados á la ligera, y un ginete á cuatro hoplitas. Para cada hoplita menos que se presentase, se debian pagar tres óbolos de Egina.

La guerra comenzó en 378. Agesilao hizo una excursion por Beocia y despues de algunas talas presentó batalla al ejército confederado. El marcial continente de los atenienses de Cabrias, que esperaron el choque sin pestañear, apoyado el escudo en la rodilla, y sostenida la lanza en ristre con ambas manos, le intimidó y le hizo retroceder, á pesar de que su gente era superior en número. Atenas levantó una estátua á su general, representándole en aquella actitud belicosa. Esta fué la primera de las adulaciones que Atenas degenerada iba á prodigar en adelante. En los dias de su heroísmo, los jefes gloriosos no tenian mas distincion que una tumba á parte. Verdad es que entonces el mas grande no era el general, sino el pueblo.

Al año siguiente volvió Agesilao á Beocia, llamado por los ricos de Tespias, que habian arrojado de la ciudad á muchos demócratas, y que para acabar con este partido estaban resueltos á hacer una general carniceria. Agesilao calmó sus odios, y devuelta la ciudad á la calma, pudo ocuparse de la guerra. Lle-

(1) Una inscripcion descubierta hace poco contiene este monumento histórico. Véase el apéndice de Bœckh á la segunda edicion de su *Staats-Haushaltung der Athener*, p. XX.

vola él adelante con habilidad, pero sin mas resultado que dejar talados los campos. Comenzaban los tebanos á experimentar los efectos de la carestía; pero tambien se iban haciendo muy aguerridos; porque no teniendo, como los atenienses de Pericles, la mar que les recompensase de lo que perdian en tierra, no se quedaron detrás de sus murallas, donde en poco tiempo se hubieran visto sitiados y perdidos por el hambre. Recorrian pues el campo; seguian á los del Peloponeso, no muy de cerca en verdad, y siempre por las alturas como seguia Fabio á Anibal; pero en sus frecuentes refriegas se acostumbraban á mirar á los espartanos cara á cara. Un dia en que Agesilao, en un encuentro que tuvo con ellos, salió herido de una flecha, un espartano le dijo: «Este es el fruto de las lecciones que les has dado.» Razon tenia Licurgo al aconsejar que no se hiciese mucho tiempo la guerra á un pueblo.

En la primavera del año 376 Cleombroto fué el encargado de guiar á los lacedemonios á Beocia. No tuvo como Agesilao la precaucion de explorar los pasos del Citeron antes de internarse por ellos, y al querer forzarlos experimentó los efectos de su imprudencia. Aquella guerra, poco favorable por tierra, movió á los espartanos á probar fortuna por agua, y enviaron sesenta galeras á cruzar por las Cícladas, con órden de apoderarse de los convoyes de trigo que saliesen para el Pireo. Atenas armó otras ochenta, cuyo mando encomendó á Cabrias. Cerca de Naxos se dió una batalla en que los espartanos perdieron cuarenta buques, y su derrota habria sido mucho mas desastrosa, si Cabrias, acordándose de las Arginusas, les hubiese perseguido en lugar de detenerse á recoger sus muertos, y la gente de diez y ocho galeras suyas que habian quedado rotas (set. 376).

Esta fué la primera batalla naval ganada por los atenienses desde la guerra del Peloponeso; batalla que les hizo ganar mucho en el concepto ajeno, y sobre todo despertó en ellos la estimacion de sí mismos. Inmediatamente entraron muchas ciudades en su alianza, y al año siguiente, mientras que los lacedemonios se disponian á renovar su invasion periódica en Beocia, decidióse Atenas á poner en práctica el atrevido plan propuesto y ejecutado en otro tiempo por Pericles. Timoteo dió con sesenta galeras la vuelta al Peloponeso, hizo volver á la alianza de Ate-

nas á Corcira, Cefalonia, los acarnanios y á Alcetas, rey de los molosos, y venció al almirante lacedemonio que queria atajar sus triunfos. Esta expedicion tuvo además otro resultado. Los lacedemonios, que temian por sus costas, no se arriesgaban á salir del Peloponeso; de manera que Tebas podia atacar á las ciudades beocias que desde la paz de Antálcidas apoyaban al extranjero, como Tespias, Platea y Orcomena. Pelópidas que todos los años salia elegido beotarca, se dirigió á esta última ciudad con el batallon sagrado. Acababa de abandonarla la guarnicion lacedemonia que pasaba á Lócrida; pero otra guarnicion habia entrado en ella de relevo. El proyecto de Pelópidas no podia por consiguiente llevarse á cabo. Al volverse descubrieron de improviso á los lacedemonios cerca de Tegira. «Hemos tropezado con los enemigos,» le dijo uno de los suyos; «¿porqué no han de ser ellos los que hayan tropezado con nosotros?» replicó él. Trescientos hombres llevaba Pelópidas, y los espartanos con ser mucho mas fuertes en número salieron derrotados completamente. Aquel dia recibió el batallon sagrado el bautismo de gloria. Componíase aquel cuerpo selecto de hombres unidos por los lazos de la amistad, el cual existia desde mucho tiempo; mas generalmente sus individuos iban pasando á las filas de preferencia de los demás cuerpos. Pelópidas les hizo pelear juntos y separados, á fin de que comunicando á los demás su valor y disciplina, llegasen á ser irresistibles. «Este combate, dice Plutarco, enseñó á los griegos que no eran solo las orillas del Eurotas las que producian hombres intrépidos, sino que do quiera saben los jóvenes avergonzarse de lo que deshonra y abrazar con ardor lo que enaltece; do quiera que se tema mas el vituperio que el peligro, es indudable que hay hombres temibles.»

Uno de los partidos políticos ofreció á los lacedemonios entregarles la ciudad de Corcira, á donde enviaron estos al momento mucha gente armada. Corcira solicitó el socorro de Atenas; pero la flota ateniense carecia de dinero, tanto que se dió á Timoteo la comision de ir á recogerlo, recorriendo las ciudades aliadas. Este por la blandura de su carácter no quiso apoderarse por la fuerza de lo que de buen grado no le daban, y perdió en su comision mucho tiempo. Entretanto Corcira ya no podia llevar mas adelante su resistencia. Atenas, echando mano de sus últimos re-

cursos, empleó hasta las galeras sagradas, con lo cual pudo formar una segunda flota; pero castigó á su general por la lentitud con que habia exacerbado su impaciencia, destituyéndole del mando. Timoteo fué sometido á juicio. Salváronle dos intercesores poderosos, Alcetas, rey de Epiro, y Jason, tirano de Feres, que se trasladaron á Atenas y vivieron en la modesta habitacion de su defendido. Timoteo, para tenerlos en su casa, tuvo que pedir prestado dinero y vajilla. Era uno de aquellos varones puros y honrados, de la familia de Arístides, de que tantos ejemplos puede presentar Atenas. Sus enemigos le negaban el mérito, y solo le atribuian mucha suerte; tanto, que le representaban dormido en una tienda, mientras que la fortuna le proporcionaba una porcion de ciudades que en una red iba cogiendo. Súpolo él y dijo: «pues ¿qué no haria yo si estuviese despierto?»

Sucediéronle en el mando Ifícrates y Calistrato; el primero aplicó á la marina los talentos militares que ya le conocemos. Diéronle marineros sin conocimiento alguno por ser todos nuevos, y durante el viaje los adiestró en toda clase de maniobras. Llegaba junto á Corcira cuando divisó diez buques que Dionisio de Siracusa enviaba á los espartanos, y cojió nueve. Los corcireos se habian salvado por sí mismos, alcanzando una victoria.

Desde que la guerra se habia hecho marítima, todo su peso recaia sobre Atenas y todos sus beneficios sobre Tebas. Desde 374 se habia apoderado de Platea, cuyos habitantes recogió tambien Atenas, porque la ciudad quedó arrasada; igual suerte habia sufrido Tespias; la Fócida estaba amenazada. Atenas, envidiosa y descontenta, indicó en 374 algunas bases de paz á Esparta, indicaciones que fracasaron por un incidente, pero que se reprodujeron en 371. Calistrato, que en aquella época era el orador favorito de los atenienses, deseaba ver terminada aquella guerra que daba toda la preponderancia á los generales; Ifícrates y Cabrias lo deseaban tambien, en vista de las brillantes proposiciones que les hacia el rey de Persia para que entrasen en su servicio. Diodoro dice que el mismo Artajerjes se ocupó en restablecer la paz entre los griegos, con el objeto de servirse de las tropas que licenciasen en someter sus provincias rebeldes. Tambien se decia que Antálcidas estaba en su corte, y que Atenas debia apresu-

rarse á hacer la paz para evitar los peligros á que la expondria una nueva alianza entre Lacedemonia y Persia. Calias fué enviado de embajador á Esparta, con seis cólegas: acompañábale Calistrato. Jenofonte le atribuye un hábil discurso y las siguientes palabras que revelan los celos que inspiraba Tebas á las dos antiguas soberanas de Grecia: «Todas las ciudades están divididas entre vosotros y nosotros; en todas las ciudades los unos son partidarios de Lacedemonia y los otros lo son de Atenas: si llegamos á unirnos ¿qué adversario habrá temible para nosotros? Apoyados en vuestra amistad ¿quién se atreveria á atacarnos por tierra? apoyados vosotros en la nuestra ¿quién se atreverá á molestaros por mar?» Era aquella la primera vez, dice Diodoro, que Esparta y Atenas consentian abiertamente en compartir el imperio. La paz se firmó á condicion de que los Lacedemonios retirarian de las ciudades sus harmostas; que por ambas partes se daria licencia á los ejércitos de mar y tierra; que cada una de las ciudades quedaria independiente, y que si una de las partes contratantes infringia alguna cláusula del contrato, las demás podrian reunirse en contra suya. Este punto se dirigia contra Tebas. Lacedemonia juró la paz en su nombre y en el de sus confederados; los atenienses y sus aliados, cada uno por sí prestaron igual juramento. Entre los nombres de los aliados de Atenas se puso el de los tebanos; pero al dia siguiente reclamaron que en vez de la palabra *tebanos* se escribiese la de *beocios*. Semejante pretension ponia en claro los designios de Tebas con respecto á Beocia; por lo cual no quiso Agesilao obtemperar á ella y preguntó á Epaminondas que hablaba en nombre de Tebas, si le parecia injusto que las ciudades beocias fuesen libres. «Sí, contestó Epaminondas, á menos que á vos os parezca justo que las ciudades de Laconia sean independientes.» Agesilao borró el nombre de los tebanos del pacto de alianza (junio 371).

Batalla de Leuctres (371).

Veinte dias no habian trascurrido cuando Cleombroto, que antes del tratado entrara en Beocia con diez mil hoplitas y mil ginetes, llegó á la llanura de Leuctres frente al ejército tebano. En aquella llanura se alzaba la tumba de unas jóvenes que se habian dado muerte despues de recibir un ultraje de los lacede-

monios. Aquel monumento conmemorativo de un crímen de sus enemigos, fué considerado por los tebanos como de feliz augurio. No tenian mas que seis mil hombres; pero su caballería era superior á la de los espartanos. El mando estaba confiado á Epaminondas, á quien auxiliaban seis beotarcas. Pelópidas se hallaba al frente del batallon sagrado. En el consejo no se habia decidido aceptar el combate; Epaminondas deseaba presentar la batalla; sus cólegas vacilaban; pero secundáronle tres con sus votos y se resolvió que se trabase pelea. Epaminondas colocó sus tropas conforme á un sistema nuevo que él habia inventado. Puso en el ala izquierda lo mas selecto de su ejército, y estableció oblícuamente su línea de batalla, comenzando la lucha con su ala izquierda que tenia cincuenta hileras de fondo, y negándose siempre á comprometer el ala derecha. Como presentaba al ataque la parte mas escogida y fuerte de su línea, consiguió romper la de los espartanos. Cleombroto quiso envolver aquella masa terrible que penetraba en su centro de batalla; mas acometióle Pelópidas impetuosamente con el batallon sagrado, y el rey cayó herido de muerte. Sus amigos pudieron llevarlo vivo aun á su campamento, á donde fué á refugiarse el ejército, detrás de un foso de defensa. Quedaban en el campo mil lacedemonios y cuatrocientos espartanos de los setecientos que habian ido. Cuando felicitaron á Epaminondas, contestó este: «Lo que mas me alegra es que mi padre vive todavía y podrá gozar de esta gloria.»

Celebrábase entonces en Esparta una fiesta pública; la ciudad estaba llena de extranjeros. Cantábanse en el teatro unos coros de mozos y doncellas, cuando llegaron los correos de Leuctres anunciando la funesta nueva. Los éforos conocieron que acababan de perder el imperio de Grecia; mas no permitieron que se interrumpiese la funcion en el teatro, ni que se retirasen los adornos que hermoseaban la ciudad en señal de fiesta. Al dia siguiente, cuando se recibió la lista exacta de los muertos, sus parientes se presentaron en público luciendo galas y mostrando gozo, y los parientes de aquellos que habian salvado su vida, se encerraron en sus casas como en señal de duelo, y cuando tenian que salir á la calle iban tristes y cabizbajos (1). ¡Qué falsa osten-

(1) Plutarco, *Agesilao*. Jenofonte ni siquiera hace mencion de Epaminondas en la narracion de esta batalla.

tacion de grandeza! ¿Eran sinceros el gozo de aquellos y el dolor de estos, ó eran un papel que Esparta les hacia representar (1)? Aquella máscara encubria al padre, al hijo, al hermano, que endurecidos por la ley no llorarian, lo comprendo; pero bajo la máscara habia tambien el ciudadano, y este debia conocer que en aquella jornada habia perecido uno cuyo nombre no estaba en la lista, y era la misma Lacedemonia.

Los espartanos habian huido; la ley los condenaba á la vergüenza y los incapacitaba para todos los cargos públicos. Agesilao propuso que por una vez se prescindiese de la ley, á fin de que Esparta no tuviese que avergonzarse de un número muy grande de sus ciudadanos.

Fundacion de Megalópolis (371); sitio de Esparta (369); fundacion de Mesenia.

Cuando algun acontecimiento extraordinario alteraba en Grecia el equilibrio de las potencias, iba siempre acompañado de convulsiones generales que los estados grandes hacian reflejar, digámoslo así, en los pequeños. Así hemos visto que sucedió cuando la caida de Atenas, y así lo vemos aun mas claramente despues de la batalla de Leuctres; porque el poder, entonces vacilante, era el mas antiguo y mas autorizado. Resintiéronse hasta en sus cimientos las bases de la dominacion espartana en el Peloponeso, conmocion que quizás alcanzó hasta la aldea mas insignificante de la península; porque en todas partes se hallaban frente á frente los partidos aristocrático y democrático, y cuando uno de ellos veia que su pendon se levantaba triunfante en algun vasto campo de batalla, aprovechaba la ocasion para sentar su dominio en la localidad que ocupaba.

Nunca habian experimentado los espartanos tan gran derrota por tierra. Esfacteria no podia compararse ni remotamente con Leuctres. Atenas creyó llegado el momento de recoger su herencia. La insolente acogida que hizo al mensajero tebano que le anunciaba la victoria, no era sino indicio de su envidia, por no haber sido ella la que habia dado el golpe de muerte á su an-

(1) El mismo Jenofonte nos lo demuestra. Presenta á Agesilao apareciendo un momento en Arcadia, para reanimar á sus conciudadanos: ἐκ γὰρ τῆς πρόσθεν ἀθυμίας εδόκει τι ἀνειληφέναι τὴν πόλιν.

tigua rival y no era prueba de que le inspirase la menor lástima. Su primer cuidado fué sustituirla hasta en el mismo Peloponeso, constituyéndose á su vez en ejecutora del tratado de Antálcidas. Convocó una asamblea, y en ella los diputados de muchas ciudades, entre ellas Corinto, juraron observar y hacer observar el tratado aun cuando para ello tuviesen que apelar á la fuerza. Tratábase nada menos que de una liga nueva, no ya solo de ciudades marítimas, sino dentro del continente, á cuya cabeza se colocaba Atenas contra Esparta y contra Tebas al mismo tiempo.

Sin duda entraron en la alianza los de Mantinea, puesto que inmediatamente abandonaron las cuatro aldeas donde los habian arrojado dispersos los espartanos, y se dieron á levantar de nuevo su ciudad á toda prisa. Agesilao les intimó que suspendiesen sus trabajos, dándoles á entender que Esparta, entonces harto débil para valerse de la fuerza les ayudaria en tiempo y sazon á levantar sus muros, si consentian en no dar á la Grecia el espectáculo de Lacedemonia impunemente burlada. Pero ellos no obedecieron, y Esparta no se atrevió á hacerles violencia. Enviáronles operarios muchas ciudades. Los eleos les dieron tres talentos.

En Figalea los desterrados del partido oligárquico trataron de dar un golpe; mas no consiguieron su intento. Los desterrados demócratas de Corinto quisieron hacer en su ciudad una cosa semejante; pero tampoco lograron su objeto, y se dieron muerte unos á otros para escapar á la venganza de sus enemigos, que establecieron una sangrienta inquisicion contra sus partidarios. Escenas semejantes ocurrieron en Sicion y Megara. En Fliunte los jefes del partido democrático se dirigieron contra la ciudad con tropas mercenarias, y mataron trescientos hombres á los aristócratas; pero perdieron por su parte seiscientos y huyeron á Argos.

Argos era aun mas desgraciada. Era, digámoslo así, el receptáculo de todos los del Peloponeso desterrados por la causa popular; un foco de democracia incoherente y apasionada que los demagogos removian á todas horas. Habiéndose descubierto un complot verdadero ó finjido del partido aristocrático, hubo pretexto para las mas sangrientas venganzas. Acusados hubo que

se quitaron la vida por su mano. Despues prendieron á treinta que esperaban salvarse denunciando á sus cómplices; pero como los procedimientos judiciales eran muy lentos, el pueblo se vengó de ellos matándolos á palos, matanza horrible que fué llamada *escitalismo*, de la palabra griega σκυτάλη, que significa baston. Los demagogos no tardaron en ser víctimas de las pasiones que habian encendido y fueron muertos á su vez. Argos, inundada de sangre, consiguió la paz. Nunca la democracia ateniense se habia mancillado con tales hechos, lo cual en concepto de Niebuhr prueba la superioridad de aquel pueblo privilegiado, que solo por haber oido un relato de este género en una de sus asambleas, se creyó manchada y celebró enseguida ceremonias espantosas (1).

Todas esas agitaciones terribles y estériles sirven de excusa á Esparta y á Atenas en cuanto á haber procurado apoderarse de una dominacion que á lo menos conservaba la paz en Grecia cuando aquellas no se armaban una contra otra. La única revolucion que tuvo entonces resultados trascendentales fué la que varió la situacion política de Arcadia. Con un territorio mas extenso que el de cualquiera de las demás regiones del Peloponeso; con una raza robusta y belicosa, Arcadia nunca habia ejercido influencia en los asuntos de Grecia. Aquel país no era mas que un punto de tránsito para los ejércitos de Lacedemonia, y dejaba que sus hijos vendiesen en todas partes como mercenarios su valor y su indiferencia. Así malograba su mas preciosa sangre sin ningun beneficio propio, y en tanto que los reyes extranjeros conquistaban coronas y poderío por medio de los arcadios, Arcadia vivia sometida á Esparta. Muchos eran los patriotas deseosos de que aquella situacion cambiase, y la batalla de Leuctres vino á dar cuerpo á sus proyectos hasta entonces vagos é impracticables. Un hombre de Mantinea llamado Licomedes, rico y noble, propuso en unir 371 el pueblo arcadio en un solo cuerpo, como los espartanos y los atenienses; fundar una metrópoli y establecer un consejo nacional en quien residiria la autoridad suprema para los asuntos exteriores, en particular para hacer guerras y paces, á fin de organizar una fuerza militar para la seguridad del Estado.

(1) Plutarco, *Preceptos políticos*, cap. XVIII.

Esparta tembló ante aquella empresa que iba á fundar en su frontera del norte una potencia enemiga y formidable; pero Tebas acogió con satisfaccion la idea, y si bien Epaminondas no fué, como se ha dicho, el autor del proyecto, puso todos sus conatos en que se realizase, y cuando se abrieron los cimientos de la nueva ciudad, les envió mil soldados escogidos para seguridad de los operarios. Solo habian trascurrido meses desde la batalla de Leuctres, cuando ya se reunió un congreso de arcadios y poco despues comenzó á levantarse Megalópolis (*la gran ciudad*) en una vasta llanura del S. O. de Arcadia á orillas de un rio tributario del Alfeo, no léjos de las fronteras de Mesenia y de uno de los pasos que conducian al valle del Eurotas. El plano de la ciudad era vasto; su teatro fué el mas grande de Grecia. Segun dice Pausanias, las ciudades que contribuyeron á poblarla fueron cuarenta. Cuatro cantones hubo que les negaron su ayuda: los mas antiguos de Arcadia. A los tres se les obligó por la fuerza; el otro, Licosura, que se vanagloriaba de ser la ciudad mas antigua de cuantas alumbraba el sol, obtuvo gracia por esta misma circunstancia. No existen documentos positivos respecto á la nueva organizacion de Arcadia ; solo se tiene noticia de un gran consejo llamado de los Diez mil que se reunia en Megalópolis. ¿Quienes eran los Diez mil? Sin duda los hoplitas componian el ejército del nuevo Estado, y al propio tiempo su cuerpo legislativo. Solo sabemos que á Licomedes se le daba el nombre de general.

Las ciudades de Orcomena y Tegea fueron las únicas que en Arcadia opusieron enérgica resistencia al nuevo estado de cosas. Orcomena recibió una guarnicion lacedemonia; Tegea fué teatro de sangrientas luchas entre los dos partidos. Los demócratas, vencidos primero tomaron despues su revancha, y ochocientos partidarios de la oligarquía tuvieron que huir á Esparta. Imaginó esta ciudad que era punto de honra el sostener á sus amigos, por cuyo motivo fué Agesilao á talar por espacio de tres dias el territorio de Mantinea; pero al ver que se le aproximaba un ejército tebano, retrocedió para ir á atender á la defensa de Esparta.

El ejército que avanzaba era considerable. A excepcion del Atica, habian contribuido á su formacion casi todos los pueblos de

la Grecia septentrional: tal era la autoridad que habia adquirido Tebas con la victoria. Las ciudades de Eubea, las dos Lócridas, los malios, la misma Fócida, aunque enemiga de Tebas, la habian enviado sus contingentes; Tesalia habia dado caballería y tropas ligeras. Los eleos, los argivos y los arcadios presentaron sus fuerzas. Diodoro dice que llegaron á cincuenta mil hombres; Plutarco los hace subir á setenta mil, entre ellos cuarenta mil hoplitas. Su jefe era Epaminondas. Titubeó en cuanto á penetrar en Laconia, porque su idea era otra, y sabia tambien que aquel país era de fácil defensa. Resolvióse con todo á ello, cuando supo que los pasos no estaban guardados; además de la misma Laconia recibió mensajes secretos que le estimulaban á que la invadiese. Dividido el ejército en cuatro cuerpos, entró por cuatro puntos diferentes y se reunió en Selasia. De allí descendió, siguiendo el curso del Eurotas, hasta cerca de Esparta, que desde que vivia bajo el dominio de los dorios no habia visto encenderse á su alrededor los fuegos del enemigo. El terror habia llegado á su colmo: la mayor parte de la poblacion, libre y esclava, se negaba á la obediencia. Afortunadamente Esparta era entonces como un veterano que en medio del peligro no pierde la sangre fria. Ofrecióse la libertad á los ilotas que tomasen las armas y acudieron seis mil al llamamiento. Un número casi igual de aliados les llegó por mar, de Corinto, Sicion, Pelene, Epidauro, Trecena, Hermione y Haliea.

El enemigo, despues de saquearlo todo al E. de Lacedemonia, pasó el Eurotas. Epaminondas creia que su adversario, viéndole asolar la llanura durante tres ó cuatro dias, saldria á darle batalla. El rey no hizo ningun movimiento. Los tebanos dieron una carga de caballería, y si bien penetraron dentro de la ciudad, no alcanzaron el resultado que se proponian. Quizás se habian adelantado tanto para sostener á doscientos espartanos traidores, que se habian apoderado de una altura en el barrio de Isorion. Los ginetes tebanos que dieron en una emboscada, se retiraron desordenadamente. En cuanto á los traidores, las personas que rodeaban á Agesilao decian que era menester atacarlos. Una guerra civil en presencia del enemigo habria animado á otros traidores y producido la ruina de la ciudad. Agesilao, que así lo entendia, fingió ignorar aquellos malos designios; dirigióse sin armas y

acompañado de un solo hombre, á donde estaban los doscientos, y les dió voces de que habian interpretado mal sus órdenes; que no era aquel el sitio á donde los habia mandado; y al propio tiempo les indicó con la mano los barrios por donde debian extenderse. Ellos, creyendo que nada se habia descubierto, bajaron y obedecieron. Agesilao mandó ocupar en seguida el Isorion; á la noche siguiente perecieron quince de los culpables. Despues fueron descubiertos y ejecutados otros conspiradores. Agesilao tenia que estar vigilando con tanto cuidado á los suyos como á los enemigos.

Los medios de rendir una plaza eran tan defectuosos en aquellos tiempos, que Epaminondas no se atrevió á dirigir un ataque contra aquellas colinas, teniendo que atravesar calles y pasar á lo largo de edificios que podian ocultar emboscadas; descendió pues por el valle saqueando villas y aldeas, y fué á dar inútilmente el asalto á Gition, que era el puerto de Esparta. Pero ya despues de tantas talas el país no podia proporcionarle víveres. Los aliados, deseosos de poner á buen recaudo el botin que les habia deparado la suerte, iban poco á poco desapareciendo. La estacion iba siendo cruda y no habia mas remedio que retirarse. Epaminondas dejó á lo menos en Esparta una huella terrible de su paso: tal fué la construccion de Mesenia en la pendiente occidental del monte Itoma. Trazaron su plan los mejores arquitectos y los mejores operarios levantaron murallas, cuyas ruinas aun hoy dia excitan la admiracion del viajero. Epaminondas llamó á su recinto á todos los mesenios que quedaban, y les adhirió los extranjeros que se presentaban, dando á unos y á otros iguales derechos de ciudadanía. Es probable que los ilotas de Mesenia contribuyesen á aquella empresa con alguna sublevacion, y constituyesen la parte mas considerable del nuevo pueblo (1).

Despues de clavar este puñal en el corazon de Esparta; despues de cercarla con Mesenia al O. y con Megalópolis al N. y por Tegea en donde puso guarnicion, Epaminondas pudo salir contento de la península, cuya faz habia cambiado para siempre;

(1) Así se encontró toda Mesenia separada de Laconia, ejemplo contagioso que fué causa de otras defecciones. Los escíritas al N. se hicieron independientes. (Jenof. *Helen.*, VII, 4, 21). Selasia, en el mismo valle del Eurotas, hizo otro tanto, pero solo conservó su libertad cuatro ó cinco años (*Ibid.*, VII, 4, 12).

pero encontró en el istmo un enemigo que no esperaba: los atenienses. Esparta, reducida al último extremo, habia invocado, como en tiempo de Tirteo, el auxilio de su antigua rival; y despues de algunos debates muy agitados, la asamblea, no tanto por amor á Esparta como por celos de Tebas, habia resuelto que se la enviasen socorros. Estos celos eran tales, que en un solo dia se alistaron doce mil hombres para marchar á las órdenes de Ifícrates. Apostáronse en el istmo; pero Ifícrates no se atrevió á aventurar una batalla, y Epaminondas volvió á entrar en Beocia.

Plutarco, que es aficionado á lo trágico, dice que al volver á entrar Epaminondas en Tebas, en vez de ser festejado con entusiasmo, se encontró con una acusacion capital: habia conservado el poder cuatro meses mas de lo que las leyes permitian. Pelópidas, acusado como él, procuró conmover á los jueces, y mas adelante se vengó del retórico de quien habia salido el tiro. Epaminondas no se defendió: dijo que estaba pronto á morir, y que solo pedia que sobre su tumba se escribiesen los nombres de Leuctres, Esparta y Mesenia. Los dos fueron absueltos (369). Pausanias no sabe mas acerca de este asunto (1); acaso aquel juicio no fuese mas que una formalidad, cuyo cumplimiento reclamase Epaminondas por su propio interés. Los jueces ni aun consintieron en que se depositasen los votos. Tebas, al año siguiente hizo mal uso de sus fuerzas. Bajo pretexto de un complot aristocrático hizo dar muerte á todos los hombres de Orcomena, vendió las mujeres y los niños, y arrasó la ciudad (2). Este acto de ferocidad, hija de sus celos, se llevó á cabo estando ausente Epaminondas, que ya anteriormente lo habia impedido (3). Tebas llevaba ya sobre su conciencia el crímen de Platea, atacada en plena paz y luego destruida. La carnicería de Orcomena dejaba muy atrás lo que Atenas habia hecho con los cautivos mitilenios.

Lo primero que hizo Esparta al verse libre de la presencia de sus enemigos, fué enviar una embajada á Atenas para consoli-

(1) IX, 14, 7,.... οὐδὲ ἀρχὴν περὶ αὐτοῦ θέσθαι τὴν ψῆφον.

(2) Diodoro, XV, 79. Parece que otro tanto se hizo con Coronea. En Tespias y Platea, á lo menos la poblacion tuvo tiempo para huir.

(3) Disminuia, en lo posible los males de la guerra; los tebanos mandaron en un decreto dar muerte á todos los desterrados beocios que fuesen habidos. El fingió que pertenecian á otras ciudades y les dejó ir bajo fianza. *Pausan.*, IX, 15, 2.

dar la alianza entre ambos Estados, y convinieron en que cada uno mandaria cinco dias, alternativamente, así las fuerzas de mar como las de tierra. Dionisio de Siracusa les prometió veinte galeras y dos mil mercenarios españoles y galos, pero los arcadios volvieron á llamar á los tebanos al Peloponeso. Un ejército espartano-ateniense, que intentó cerrarles el paso del istmo, no pudo resistirlos, y Epaminonidas obligó á Sicion y Pelene á volver á su alianza. Una tentativa dirigida contra Corinto, que Cabrias hizo abortar, y la llegada de los socorros prometidos por Dionisio de Siracusa, obligaron á los tebanos á retirarse (369). Durante estas operaciones al N. de la península, los arcadios solos habian invadido la Laconia, asolando algunos cantones impunemente. Al otro año quisieron repetir la invasion; Arquidamos estaba preparado para este caso. Al saber aquellos que este habia pasado sus fronteras, volaron á su encuentro, le hicieron retroceder á Laconia, y lo atacaron cerca de Midea. La *victoria sin lágrimas* no costó la vida de ningun espartano. Jenofonte, en su narracion de esta batalla, ensalza el valor de los mercenarios que Dionisio habia enviado en auxilio de Lacedemonia (1); primera mencion que se hace de los galos en la historia del mundo griego (368).

Sucesos de Tesalia (368-364).

Los sucesos de Tesalia, en los que Tebas tomó parte, dieron algun descanso á Lacedemonia. Jason acababa de morir, despues de elevar la Tesalia al mayor grado de poderío á que llegó en toda su historia. Aquella region, desgarrada largo tiempo por luchas intestinas, tenia tres ciudades principales: Larisa, Farsalia y Feres, que se disputaban la supremacía. En Feres el poder fué usurpado, sin duda en alguna lucha contra la aristocracia, por Licofron que el mismo año de la toma de Atenas ganó una batalla á los de Tesalia, conjurados para derribarle. Larisa supo hacerle frente. Dominábala Medios, jefe de los alebadas, que auxiliado por un cuerpo de beocios y argivos, se apoderó de Farsalia. Agesilao, al volver de Asia, la devolvió la libertad, y durante algun tiempo fué gobernada con el beneplácito de sus habitantes, por Polidamas, que demostró integridad y talento.

(1) *Helen.*, VII, 1, 28.

Las envidias entre las ciudades y la debilidad de Tesalia no terminaban nunca. Un hombre se propuso cambiar y mejorar su suerte: era Jason, sucesor y acaso hijo de Licofron. Tomó á su servicio seis mil mercenarios á quienes adiestró con actividad notable, y cuya adhesion conquistó con sus prodigalidades; obligó á muchas ciudades de Tesalia á que aceptasen su alianza, es decir, á que reconociesen su supremacía, hizo con Alcetas rey del Epiro, un tratado por el cual el epirota se convertia en feudatario del príncipe tesalo, y así como Farsalia se apoyaba en Esparta, así él entró en relaciones con Tebas, rehusando entenderse con Atenas. Para que semejante alianza no fuese un obstáculo á sus proyectos marítimos, celebró una conferencia con Polidamas, le manifestó el estado de sus fuerzas, le dió cuenta de sus planes, y obtuvo de este la promesa de que, si Esparta no socorria á Farsalia inmediatamente, las puertas de esta ciudad se abririan para él. Esparta se negó á mandar socorros, y Polidamas y Jason cumplieron sus promesas; el uno entregó la ciudad y el otro la trató como aliada.

Dueño Jason de toda la Tesalia, se hizo nombrar tagos, es decir, jefe legal y supremo. Elevó sus fuerzas hasta veinte y ocho mil hoplitas y ocho mil ginetes, sin contar las numerosas tropas ligeras. Aspiraba igualmente á crear un poder marítimo, y sus esperanzas eran mas levantadas que poderosas sus fuerzas. Despues de la batalla de Leuctres solicitaron los tebanos que les ayudase á consumar las ruina de Esparta; pero él habia preparado artificiosamente una tregua que salvó los restos del ejército de Cleombroto. Convenia á sus designios que una de las ciudades no triunfase completamente de la otra, á fin de que su rivalidad le abriese y facilitase el paso para la dominacion de la Grecia. Un dia manifestó el deseo de ir á ofrecer un sacrificio á Delfos y presidir los juegos pitios. Con este objeto habia exigido de sus súbditos una contribucion de mil bueyes y diez mil cabezas de ganado menor: ofrenda extraña y prodigiosa que debia llenar de estupor á Grecia, y haceria concebir una idea espantosa de los recursos de Tesalia. Pero como antes de su partida solia recibir en audiencia pública, acercáronsele un dia siete jóvenes como para someter á su juicio la resolucion de una querella, y le dieron muerte. Algun tiempo antes, amenazados los de Delfos en el pri-

vilegio que disfrutaban, habian consultado el oráculo para saber como debian rechazar á Jason; los sacerdotes contestaron que «el dios sabria defenderse,» y en efecto se habia defendido. Los matadores de Jason que no cayeron en poder de sus soldados, fueron recibidos con grandes demostraciones en todas la ciudades de Grecia que se sentian amenazadas por el ambicioso hijo de Tesalia. Sus vastos proyectos murieron con él (370). Acusaron de su muerte entre otros, á uno de sus hermanos, llamado Polidoros, que le sucedió en el mando. Polifron, hermano suyo tambien, le quitó la vida y murió á su vez asesinado por su sobrino, que llegó á ser célebre entre los tiranos crueles, bajo el nombre de Alejandro de Feres. Hizo consagrar á los dioses la lanza con que habia herido á Polifron; mató al sábio Polidamas, é hizo degollar á todos los habitantes de dos ciudades que le habian ofendido. Los alebadas de Larisa pidieron socorro al rey de Macedonia, pero este tenia demasiado que hacer con los suyos; por lo cual se lo pidieron á Tebas. Esta ciudad les envió el socorro de Pelópidas, cuyo enérgico lenguaje produjo tal efecto en el tirano, que huyó á todo correr con sus guardias (368). Desde allí fué Pelópidas á Macedonia. Habíala visitado en 369, despues de la muerte de Amintas, y volvió á visitarla entonces para derribar la influencia de Atenas que estaba en auge, y obligó al regente Ptolomeo á trabar relaciones de amistad con Tebas, para la consecucion de cuyo propósito se llevó en rehenes á Filipo, hermano del rey, y treinta mozos de las familias mas ilustres de Macedonia. «Entonces conoció Grecia á cuanta grandeza habian llegado los tebanos, dice Plutarco; la opinion que se tenia de su poder, y la confianza que inspiraba su justicia.» El último punto es dudoso, los demás son ciertos.

Intervencion de Persia (367); batalla de Mantinea (362).

Entretanto sucedia que, como en tiempo de Antálcidas, los extranjeros se ocupaban en reconciliar á los griegos. Ariobarzano, sátrapa del Helesponto, que tenia motivos particulares para sacar á Esparta de sus apuros, propuso que se celebrase en Delfos una reunion de representantes de los diversos estados. Envióla un hombre de Abidos, llamado Filiscos, con mucho dinero; mas habiéndose negado Tebas á abandonar á Mesenia, nada pudo arre-

giarse, y Filiscos se dedicó á reclutar gente para el servicio de los lacedemonios. Era necesario romper aquella alianza. Pelópidas fué enviado al gran rey; Esparta, Atenas, Arcadia, Elida y Argos le enviaron tambien sus diputados, y Susa volvió á gozar del grato espectáculo de ver á Grecia postrada ante aquellos á quienes habia vencido (367). Artajerjes concentró toda su atencion en el hombre que habia hecho temblar á Lacedemonia, y lo encontró (virtud extraordinaria en Grecia) tan incorruptible como valiente. Al paso que uno de los diputados de Atenas se vendia por un puñado de oro, Pelópidas rechazaba todos los presentes del gran rey; pero obtenia para su patria el reconocimiento de la independencia de Mesenia, la órden dada á Atenas para que desarmase su flota, y la amenaza de un pronto ataque contra toda ciudad que se negase á entrar en la alianza de Tebas y Persia.

Fácil cosa era para el rey el dar órdenes; mas no tan fácil hacer que se ejecutasen. Atenas condenó á muerte el diputado que habia vendido sus intereses, y cuando se reunieron los aliados en Tebas para jurar ante un enviado persa la observancia de las condiciones impuestas, todos protestaron y aun los arcadios salieron de la ciudad inmediatamente. Uno de ellos al volver de la embajada habia dicho en tono de desprecio: «he visto muchos pasteleros, cocineros, coperos y ministriles; pero no he visto un hombre siquiera. La magnificencia del rey es puro boato, su celebrado plátano de oro no sirve para dar sombra á una cigarra.» Estas palabras eran de mal agüero para los persas. Hacia ya mucho tiempo que sus ejércitos no intimidaban á los griegos, solo faltaba que la gran pompa de la corte de Susa inspirase chanzonetas á aquellos burlones por excelencia. El tratado quedaba pues desecho. «Así, dice Jenofonte, se desvaneció el supuesto imperio de Tebas.»

Durante estas inútiles y vergonzosas negociaciones, Epaminondas habia penetrado por tercera vez en el Peloponeso para atajar el gozo que experimentaba Esparta con su reciente victoria sobre los arcadios, y contener á estos tomando contra ellos su punto de apoyo entre Acaya y Elida. Consiguió hacer entrar á los aqueos en la liga de Tebas; pero fué cosa de corta duracion; los arcadios continuaron permaneciendo separados. Este era ya un contratiempo para Tebas; y otro experimentó en el norte. En 366

envió á Pelópidas junto á Alejandro de Feres, para hacerle aceptar el pacto dictado por Persia. El tirano, al ver la escasa compañía que Pelópidas llevaba, se apoderó de él y lo encerró en una prision. Al principio permitia que fuesen á verle los habitantes de Feres; mas el prisionero los entusiasmaba con sus discursos, dice Plutarco, y le mandaba decir que era una insensatez la suya de matar á tanta gente que ningun daño le habia hecho, y de no matarle á él, que en cuanto se escapase de sus manos no dejaria de castigarle. El tirano le preguntó porqué tenia tanta prisa por morir, y él le contestó: «para que seas mas enemigo de los díoses y los hombres, y acabes mas pronto.» Desde entonces no se permitió á nadie acercarse á Pelópidas. Sin embargo, Thebé, mujer de Alejandro, visitó en secreto al héroe. Avergonzose de consentir en que viviese aquel mónstruo, y concibió el proyecto que puso en ejecucion mas adelante.

Aquí ocurren dos malas acciones por parte de Atenas: los celos que le inspiraba Tebas la movieron á hacer alianza con el tirano; elevóle una estátua; envióle treinta galeras y mil soldados, y creyendo en aquella ocasion en la máxima de Esparta que preferia lo útil á lo honesto, trató de sorprender á Corinto, que era entonces su aliada, para tener libres sus comunicaciones con la Arcadia. Esta parte de su proyecto no le salió bien, pero sí la otra. Un ejército enviado por Tebas á libertar á Pelópidas fué derrotado, y hubiera perecido, si Epaminondas, que militaba en sus filas como simple soldado, no hubiese sabido salvarlo. Al año siguiente el pueblo le devolvió el mando; volvióse á presentar en Tesalia, é inspiró tal miedo al tirano, que el prisionero fué puesto en libertad en cambio de una tregua de treinta dias.

Tebas acababa de recobrar á su gran ciudadano; pero habia perdido su influencia en Tesalia, y por consiguiente en Macedonia. Atenas, por el contrario restauraba sin gran ruido su imperio. Timoteo acababa de someter á Samos, dependencia bastante incierta del gran rey (365), y al año siguiente un sátrapa que se rebeló la cedió parte del Quersoneso. En 365, se apoderaron tambien ó hicieron entrar en su alianza á las ciudades de Calcidia. Corinto, espantada de aquella renaciente grandeza y de las intenciones que Atenas habia mostrado recientemente con respecto á ella, quiso no estar expuesta á ningun conflicto.

Mandaron preguntar á los espartanos si creian que su concurso fuese suficiente para asegurarles la paz; que en caso de no serlo, solicitaban permiso para hacer un tratado. Esparta autorizó lo que no podia impedir; Fliunte, Epidauro y otras ciudades imitaron á Corinto (366).

Tebas se encontraba en otras circunstancias, y puso empeño en vencer todas las dificultades para conservar el puesto que habia conquistado. Nunca habia lanzado un buque á la mar, y Epaminondas la persuadió á que construyese trescientos triremos, con los cuales recorrió el mar Egeo y el Helesponto, sin alcanzar gran fortuna, pero sin experimentar reveses. Tesalia habia escapado á su influencia; á Tesalia pues, fué enviado Pelópidas con un ejército. En las Cabezas de Perro, (Cinocéfalos) llanura sembrada de eminencias, encontró á Alejandro; acometióle con ímpetu y le venció; pero quiso perseguir á su enemigo que se escondia entre sus guardias, y en su persecucion encontró la muerte (363).

Las ciudades de Tesalia que le habian llamado, sintieron tanto su pérdida como los mismos tebanos, y le hicieron unos honores fúnebres como otros no ha visto el mundo, si sentamos que lo de mas precio no es el oro ni el marfil, sino las lágrimas de dolor y el sentimiento sincero y profundo de todo un pueblo. Siete mil tebanos enviados contra Alejandro le obligaron á devolver la libertad á las ciudades de que se habia apoderado, y á jurar que obedeceria fielmente todas las disposiciones de los tebanos.

Cuando Tebas hubo recobrado su influjo sobre la Tesalia, quiso recobrarlo tambien en el Peloponeso; y en aquel momento se estaba tramando un complot á sus mismas puertas: los ricos de Orcomena trataban de entregarla á los espartanos. Tebas lo supo, y se vengó de una manera espantosa: la ciudad fué destruida; los hombres, entregados á la muerte; las mujeres y los niños vendidos como esclavos. Esta era otra mancha de sangre en su historia. Epaminondas se hallaba ausente cuando ocurrian tan lúgubres sucesos; los supo y los vituperó, mas no por eso sirvió con menos celo á su patria. En 362 condujo la cuarta expedicion contra el Peloponeso. Allí el desórden era completo. Los eleos y los arcadios se batian, y las cosas tomaban mal sesgo para los

primeros, apesar de un movimiento que hizo Esparta para favorecerlos y que le dió mal resultado. Los arcadios se apoderaron de Olimpia, en donde sus aliados, los de Pisa, hicieron celebrar los juegos. Su espectáculo hizo recobrar los ánimos á los eleos. Presentáronse armados en medio de la solemnidad, y acometieron á los arcadios que estaban sostenidos por dos mil hoplitas de Argos y cuatrocientos ginetes de Atenas. El combate fué vivo y glorioso para los eleos, que hasta entonces tuvieron fama de ser los peores soldados de Grecia. Olimpia, sin embargo, quedó en poder de los arcadios (364). Para pagar á sus mercenarios echaron mano de los tesoros del templo, y reclamaron contra tamaña impiedad los de Mantinea. Citados fueron ante los Diez mil y no se atrevieron á presentarse; amenazáronles con un ataque, y cerraron las puertas. Los mismos Diez mil prohibieron que los tesoros sagrados se empleasen en cosas profanas. Los mercenarios se dispersaron al momento, y los jefes temerosos de que se lanzase contra ellos una acusacion de sacrilegio, llamaron en su auxilio á los tebanos. Entretanto los patriotas de Arcadia celebraron la paz con Elida bajo condicion de que les restituyesen el oro robado de Olimpia. Solemnizaban la paz en Tegea, cuando en medio de la fiesta, el harmosta beocio que mandaba en la ciudad una fuerza de trescientos hombres y que consideraba aquel tratado como la ruina de la influencia tebana, se apoderó de todos cuantos componian la asamblea, y los encarceló fingiendo que tenia sospechas de que iban á entregar la plaza á los lacedemonios. La indignacion pública le obligó á poner en libertad á los presos, pero ya era tarde. Levantóse parte de la Arcadia y pidió socorro á Esparta y á Atenas.

Para que no se consumase aquella defeccion enviaba Tebas á Epaminondas al Peloponeso. Acampó el general en Tegea, para mejor encubrir sus movimientos, y sabedor de que Agesilao, llamado por los de Mantinea, habia salido de Esparta con todas sus fuerzas, se arrojó sobre la Laconia, haciendo de noche sus marchas. «Si un desertor cretense no hubiera corrido á avisar á Agesilao, Esparta, completamente indefensa, era tan fácil de tomar como un nido de pájaros.» El anciano rey regresó á tiempo; tomó todas las disposiciones convenientes, y Epaminondas tuvo que detenerse como la primera vez, ante aquella ciudad

abierta. Habia creido sorprenderla; pero no imaginaba rendirla por medio de un sitio, y por otra parte, no le convenia dejarse encerrar en aquel valle estrecho, entre la ciudad y el ejército espartano que allá acudia. Volvióse á Arcadia á marchas forzadas precedido de sus ginetes que tentaron otro golpe contra Mantinea; pero acababa de llegar á dicha plaza la caballería de Atenas, que salió resuelta á hacer frente á un enemigo que estaba acostumbrado á temer, y lo rechazó en efecto. En esta accion murió Grilos, hijo de Jenofonte. Desde la alianza de Atenas con Esparta se habia anulado el decreto que desterraba al compañero y amigo de Agesilao.

El plazo fijado para la expedicion tocaba á su término. Epaminondas no quiso volverse sin restaurar el brillo algo empañado de las armas tebanas. Fué á buscar al enemigo cerca de Mantinea, y siguió la misma táctica que en Leuctres. Sorprendió á sus adversarios que estaban muy ajenos de pensar en una batalla; puso en juego sus mejores tropas y no otras, y concentró en un solo punto una masa voluminosa de hombres que todo lo destrozaba. Peleó personalmente y peleó en primera fila; porque en aquellas repúblicas celosas los jefes debian hacer tambien el oficio de soldados, y ser los mas valientes al mismo tiempo que los mas hábiles. Epaminondas avanzó demasiado dejando atrás los suyos, se vió rodeado de enemigos, y luchó largo tiempo apesar de sus heridas, hasta que recibió en el pecho tan gran lanzada, que el hierro quedó clavado en sus carnes y el asta rota. Los tebanos consiguieron con gran trabajo rescatar su cuerpo, y se lo llevaron á su campo, respirando todavía. Los médicos anunciaron que al extraerle el hierro, exhalaria el último suspiro. Entonces llamó él á su escudero, para saber si se habia salvado su escudo; pusiéronlo ante sus ojos, y preguntó en seguida por quién habia quedado la victoria. Dijéronle que por los beocios, y exclamó: «¡Pues bien, ya puedo morir!» Mandó que le quitasen el hierro, y los amigos que le rodeaban comenzaron á lamentarse. Uno de ellos exclamaba en alta voz: «¡Cómo, Epaminondas, y ¿morirás sin dejar hijos?»—«Nó, por Júpiter, replicó él, porque dejo dos hijas: la victoria de Leuctres y la de Mantinea (362).»

Antes de espirar dijo que deseaba ver á Iolaidas y Daifantos,

tenientes suyos á quienes creia dignos de que le reemplazasen; dijéronle que habian muerto, y replicó: «Pues entonces, haced la paz.» Tebas habia perdido todos sus jefes, y en Mantinea no habia alcanzado una victoria decisiva. La caballería ateniense habia conseguido algunas ventajas sobre la infantería ligera de los tebanos, de modo que unos y otros habian reclamado sus muertos, y levantado trofeos en el campo de batalla. Este combate, dice Jenofonte, dejaba en Grecia tanta confusion como antes. Es verdad que era el último golpe dado al imperio espartano; pero no era la consolidacion del de Tebas. Al año siguiente convinieron todos en firmar un tratado de paz, que reconocia la independencia de Mesenia y garantizaba la de los demás Estados del Peloponeso. Solo Esparta protestó; pero estaba sola: nada podia.

La obra de Jenofonte termina con la batalla de Mantinea. Hemos perdido á Herodoto despues de la de Platea y á Tucídides en 411. Jenofonte desaparece al mismo tiempo que Epaminondas. Los grandes hombres y los grandes historiadores murieron. ¡La Grecia se va!

CAPÍTULO XIX.

Estado de la Grecia antes de la dominacion macedónica.

GRADO DE PODERÍO; MEJOR CONDICION DE LOS ESTADOS.—ESTADO FLORECIENTE DE LAS ARTES; BRILLANTEZ DE LA ELOCUENCIA; GRANDEZA DE LA FILOSOFÍA; PLATON Y ARISTÓTELES.—PROFUNDA DECADENCIA DE LA POESÍA Y DE LA FÉ POLÍTICA; DESCOMPOSICION DEL PUEBLO ATENIENSE.—LOS MERCENARIOS.—RESÚMEN.

Grado de poderío; mejor condicion de los Estados.

En cambio de los grandes hombres y las grandes cosas que habia perdido Grecia ¿encontraria á lo menos la calma despues de la paz firmada en 361? Así podia sin indiscrecion esperarse.

Hacia siglo y medio que Grecia estaba desgarrándose el seno. Unos se habian armado aspirando al mando supremo; otros para derribar á los usurpadores. Esparta primero, despues Atenas,

otra vez aquella y otra vez esta, habian gastado sus fuerzas en sostener una fortuna demasiado grande. Una y otra habian visto á su vez que despues de una victoria sus aliados se les convertian en enemigos. El espíritu de independencia municipal habia triunfado del espíritu de union. La experiencia era completa: Grecia, obedeciendo á irresistibles instintos, no queria convertirse en un imperio.

De todas aquellas perdidas dominacíones, solo podia echarse de menos una: la de la Atenas de Pericles. Mientras duró aquella hubo menos crueldades é injusticias; hubo grandeza y prosperidad tales como nunca las habia conocido Grecia. Esparta habia pesado sobre todos con su yugo brutal. La conducta de Tebas para con Tespias, Platea, Orcomena y aun Tegea; la costumbre que empezaba á tomar de enviar tambien harmostas á sus aliados, no eran indicios de una autoridad mas suave. Por otra parte, no tenia ningun plan, ni objeto elevado. Ni su dominacion ni la de Lacedemonia tenian razon de ser. Una y otra tomaban mucho sin dar nada en cambio; y ya habian pasado los tiempos en que la coalicion podia ser necesaria. Al dia siguiente de la invasion persa podia temerse una reaccion hostil, así como habia habido un Jerjes despues de un Darío: he ahí lo que habia legitimado el imperio de Atenas, y he ahí tambien porque aquel imperio brotó naturalmente de los sucesos, y porque no encontró oposicion en mucho tiempo. Pero en el momento á que hemos llegado ¿qué peligro podia preveer el ojo mas perspicaz? En Oriente, Persia luchaba con la larga agonía de los Estados orientales, dotados de tan poca vida, y sin embargo, sujetos á tan lenta muerte. En Occidente, los romanos estaban aun ocupados en reedificar su ciudad, incendiada por los galos. ¿Qué habia que temer por el norte? Jason habia muerto y con él sus grandes designios. En cuanto á Macedonia, tan trabajada y reducida á la impotencia durante tantos siglos, mal profeta habia de ser el que creyese en su próxima fortùna (1).

En aquellos momentos pues, el amigo de Grecia podia ver tranquilo la terminacion de aquel sangriento ensayo que cinco

(1) Véase Arriano, *Haz. Alej.*, VII, 9, y *Quinto Curcio* X, 10, la descripcion que Alejandro hace á sus soldados del miserable estado de Macedonia al advenimiento de Filipo.

ó seis generaciones habian llevado adelante con empeño. Los griegos, dado que no pudiesen unirse, parecia que habian llegado á condiciones generales de existencia, mas equitativas y mejores. Ya no habia pueblo que dominase sobre otro pueblo; por consiguiente ya no habia imperio; pero tambien era menor el fraccionamiento. Muchos Estados pequeños habian desaparecido en el seno de confederaciones que habian llegado á extenderse á provincias enteras; medio mas seguro y menos opuesto á las imperiosas tendencias del espíritu griego, para llegar quizás con el tiempo por la union de las ligas provinciales á una confederacion de todo el cuerpo helénico. Además, las ligas tenian ya condiciones mas justas. Cada uno de los aliados de Atenas, así los mas débiles como los mas poderosos, tenian voto en el congreso general. En la nueva alianza entre Lacedemonia y otros muchos pueblos del Peloponeso, se habia convenido en que cada Estado gobernaria su territorio.

Una de lás grandes iniquidades de Lacedemonia, el ilotismo de los mesenios, habia sido reparada: Mesenia era independiente y Esparta estaba encerrada en su valle del Eurotas. La Arcadia, renunciando á sus antiguas divisiones, con sus cuarenta pueblos reunidos en la gran ciudad (Megalópolis), habia hecho un Estado capaz de poner freno á la ambicion espartana y de defender al resto del Peloponeso. Corinto, harta ya de guerras, solo deseaba paz, comercio y placeres. Argos, que tantas veces se habia manchado de sangre, veia apaciguarse sus facciones y gozaba de algun descanso. Los aqueos renovaban su antigua federacion con ideas de igualdad y de justicia, que debian proporcionarles el privilegio de ser los últimos que sobreviviesen á la Grecia. La liga beocia seguia obedeciendo á Tebas, aunque ya casi sin la menor violencia. Por último, Atenas iba reponiendo poco á poco su marina y su comercio, y con su prudente conducta volvia á atraerse el afecto de sus antiguos aliados.

¿Quién podia impedir á aquellos Estados devueltos á sus verdaderos límites, que viviesen en paz, despues que se habian convencido unos á otros de que el extralimitarse era reducirse á la impotencia? ¿Porqué no habian de volver á ser lo que habian sido tres cuartos de siglo antes, un foco de luz cada uno? Apesar de tantos combâtes casi no habian perdido nada de su poblacion

y conservaban toda su actividad física é intelectual. Sus soldados seguian siendo los mejores del mundo, puesto que la legion romana y la falanje macedónica no habian dado á conocer su valía. Sus sábios y artistas eran numerosos. Con respecto al arte, á la filosofía y á la elocuencia, continuaba aquel siglo que se llamó siglo de Pericles.

Estado floreciente de las artes; brillantez de la elocuencia; Platon y Aristóteles.

Fidias, Policleto, Zeuxis y Parrasio habian muerto. El arte decae bajo sus sucesores; el gusto no es tan puro (1); el estilo no es tan severo. Se concede demasiado á la gracia; se habla mas á los ojos que al pensamiento, y como ya no existe ningun gran pueblo, la arquitectura ha muerto. Pero quizás aquel mismo año era el del nacimiento de Praxíteles. Florecian Pánfilo, Nicias, y Eufranor, este pintor y escultor á un tiempo; Apeles iba á llevar la pintura al mayor grado de perfeccion que ha alcanzado en la antigüedad, y Lisipo, á merecer que Alejandro le permitiese solo á él reproducir en mármol ó en bronce su real imágen.

De modo que el arte solo dá algunos indicios de debilidad, mas bien para lo porvenir que con respeto á lo presente. Y ni aun esos síntomas se observan en la elocuencia y la fisolofía. En la tribuna de Atenas resuenan acentos apasionados y enérgicos: son de Demóstenes, Licurgo, Hipérides y Hejesipos. Esquino la embellece con el movimiento y la pompa de su frase; Focion con su virtud. Pero salgamos de la ardiente atmósfera del Pnix; bajemos á los jardines de Academos (2); ved á esos hombres procedentes de todos los países, pendientes de los labios de un discípulo, de un amigo de Sócrates; escuchadle; es el Homero de la filosofía; es

(1) Dentro de breves años Estasícrates ofrecerá á Alejandro la obra de la estátua de Athos.... El héroe tuvo mas buen gusto que el artista y rehusó. Cada uno á su trabajo: deje el hombre las montañas á Dios.

(2) Los jardines de Academos estaban á seis estadios de la ciudad. Sus sombrías calles de árboles, sus corrientes de agua, sus magníficos plátanos, convertian aquellos jardines en un delicioso paseo. A su entrada habia el altar del Amor, con la estátua de Dios; dentro se encontraban los de otras divinidades. Platon iba allí todos los dias á propagar su enseñanza, por cuyo motivo su escuela se llamó academia.

uno de los reveladores de la humanidad: es Platon. Los griegos decian que su verdadero padre era Apolo, que las abejas del Himeto habian depuesto la miel en sus labios cuando estaba en la cuna, y que el dia que lo llevaron á Sócrates, el filósofo habia visto un tierno cisne que desde el altar del Amor fué á posarse en su seno, volando despues al cielo con su canto tan melodioso que maravillaba á los dioses y los hombres.

Despues de la muerte de Sócrates, sus amigos dispersos, habian abierto varias escuelas; Euclides, la de Megara que volvió á caer en la metafísica, despreciada por el maestro; pero preparó el camino á los pirrónicos; Arístipo, precursor de Epicuro, la de Cirene, que propuso como objeto del hombre la felicidad; pero le conducia á ella por la senda del placer, en lugar de dirigirle, como Sócrates, por la de la virtud; por último, Antístenes fundó la escuela cínica, otra exajeracion que para volver á la naturaleza mataba la sociedad. Platon escogió una senda mas elevada y mas vasta. Estudió tambien el alma humana; pero este conocimiento solo fué para él el punto de partida de un sistema, y desde el terreno firme de la conciencia, quiso elevarse al conocimiento de todos los seres y de Dios, su principio comun. Volvió á las especulaciones condenadas por Sócrates; devolvió á la imaginacion los derechos que su maestro le habia negado, y expiaba esta imprudencia tan temeraria como agradable, mezclando en el edificio que estaba levantando, el plomo vil con el oro puro. Y en efecto, aquel inmortal forjador de quimeras está en lo verdadero cuando se cierne sobre el mundo y busca en Dios mismo, en un Dios eterno y centro de todas las perfecciones, los principios de la sociedad y la moral privada, y queda inferior á los mas vulgares legisladores, cuando se propone dar cuerpo á sus grandiosas concepciones. Discípulo á un tiempo de Sócrates y Licurgo, levanta con un sublime esfuerzo el alma hasta los piés de la eterna justicia; pero la exije mas de lo que puede dar su naturaleza, y la hace caer en el lodo de una vida en que todas las condiciones del órden moral están trastornadas. Coloca la conciencia en un punto superior á todas las vicisitudes, dá la inmortalidad al alma, vé la dicha en la virtud, aunque esté escarnecida y crucificada; vé la desdicha en el crímen aunque tenga paz y honores; es cristiano en su moral, y estaba por decir

que en su dogma, antes del cristianismo; y sin embargo la *ciudad* que *funda* en su *República* es un conjunto monstruoso de existencias y de leyes opuestas á la naturaleza. La promiscuidad de los bienes, hijos y mujeres; la muerte de los recien-nacidos contrahechos ó excedentes del número invariable de los ciudadanos; la consagracion de la esclavitud; el sistema de castas; la destruccion de la libertad; el llevar á los niños á la guerra «para aficionarles en cierto modo á la sangre como se hace con los cachorros de jauría;» por último la ciudad cerrada á los extranjeros y á los poetas dramáticos: á Sófocles, á Esquilo, á Hesiodo, al mismo Homero (1)! Hace comparecer al divino ciego ante los jueces de su República, le acusa, lo condena, y rompiendo con dolor, pero para siempre con su querido poeta, derrama perfumes sobre su cuerpo, ciñe su frente de cintajos y le acompaña hasta fuera de la ciudad, como corruptor del Estado. Proclama á Dios, su providencia, su bondad infinita; pero ofende esa misma bondad, y el discípulo de Sócrates justifica la sentencia de muerte, pronunciada contra su maestro, desde el momento en que encabeza el libro de sus Leyes con el derecho de desterrar á todo aquel que no profese sus mismas opiniones con respeto á Dios.

Un comunismo idealizado, un despotismo legal y virtuoso, por mas que estas calificaciones rechacen el sustantivo á que se refieren, y las mas extrañas aberraciones, he ahí en cuanto á política social la última palabra de Platon, del que á pesar de tódo, fundó la filosofía espiritualista; del teólogo que causó admiracion á los Padres de la Iglesia.

En 360 Platon tenia 70 años, pero estaba aun en la plenitud de su brillante genio, de su divina elegancia y su melodiosa palabra. Aristóteles tenia entonces 24 años. Entre estos dos colosos del pensamiento, no hay sitio para Jenofonte que luchó tímidamente con el primero, acusando «á aquellos hombres famosos, aficionados á los misterios de Egipto,» y oponiendo su *Banquete* al *Banquete* de Platon y la *Ciropedia* á su *República* (2).

(1) Justo será añadir que en las *Leyes*, su obra postrera, escrita á los 80 años, no se encuentran semejantes aberraciones.

(2) Debo advertir que las palabras entrecomadas, pertenecen á una carta, quizas apócrifa, y que segun dice Boeckh, el *Banquete* de Platon es posterior al de Jenofonte. La *Ciropedia* es una de sus últimas obras. Platon no menciona para

Aristóteles, que nació en 384 en Estagira, en Calcidia, de un asclepiada, médico de Amintas II, rey de Macedonia, llegó á los 17 años á Atenas, donde estuvo oyendo á Platon durante 20 años, y despues, por espacio de otros 13 años, desde 335 hasta 323, enseñó filosofía. Al advenimiento de Filipo, Aristóteles no habia escrito ni enseñado nada, puesto que no abrió escuela en el Liceo hasta que tuvo 50 años. Demostraba sin embargo aquella actividad profunda que no le abandonó sinó en la tumba, y que daba ocasion á su maestro para decir que no habia menester espuela, sino freno. De modo que aun no habia formado la coleccion de 158, segun unos y segun otros, de 255 constituciones entre griegas y bárbaras, que poseemos, y de la cual sacó su *Política*; ni compuesto su prodigiosa historia de los animales. Para obras semejantes se necesitaba lo que tuvo mas adelante: la amistad de dos reyes y el auxilio de Alejandro, que le dió 800 talentos para su biblioteca, y empleó millares de hombres en buscar para él plantas y animales de Asia. En 359 el colosal monumento que Aristóles debia consagrar á la ciencia no estaba levantado; pero el artista lo guardaba en las profundidades de su pensamiento. A su venida al mundo se encontró con el resultado de los prodigiosos esfuerzos que durante dos siglos habia hecho el genio griego, y todo lo abarcó para fecundarlo todo. Hizo inventario de los conocimientos humanos, llenó las lagunas creando nuevas ciencias, y llevando otras, de un solo golpe, á su perfeccion. Qué hombre aquel, de quien un filósofo ilustre ha podido decir: «De Aristóteles acá, el pensamiento no ha dado un solo paso hácia atrás, ni hácia adelante.» Aristóteles abrazó, como Platon, en una teoría sistemática el conjunto de las cosas; pero sacrificando menos que este lo real á lo ideal. Se apoderó del mundo de los hechos contingentes, y tanto por sus elevadas miras como por el carácter enciclopédico de sus obras, mereció que los árabes le llamasen preceptor de la inteligencia humana. Fundó el método de la observacion, agente poderoso de los descubrimientos; pero lo sometió á la inteligencia que analiza y compara; que encuentra los principios y proclama las leyes de la vida, ya sencillas ya

nada á su antiguo condiscípulo, y Jenofonte solo cita á Platon una vez, con motivo de un hecho muy insignificante. Esto prueba su enemistad. *Diálogos*, lib. III, cap. VI, 1.

complicadas, segun el desarrollo del organismo; fatales en el último escalon de la escala de los seres, libres y morales en el hombre; pero sometidas tambien en esta esfera mas alta á la causa primera que comunica al universo el movimiento y la vida. El Dios de Aristóteles no es mas que un primer motor, indiferente para con el hombre á quien no le asegura una existencia posterior para premiarle ó castigarle. Aristóteles cierra los vastos horizontes que Platon descubria al alma humana; y sin embargo, si la carta á Alejandro fuera suya, hallaríamos en él como un eco del texto bíblico: *Cœli enarrant gloriam Dei*: «Dios es uno, aunque se le llame con diversos nombres, segun los diversos efectos que produce. Su poder es infinito, su belleza sin igual, su voluntad inmutable, su vida eterna. Juzga desde lo alto de los cielos, desde un punto que no se mueve, y dá á su placer el impulso á las esferas celestes...... El mundo es una gran ciudad, cuya ley suprema es Dios. Llámesele Zeus, Necesidad ó Destino: siempre es él, atravesando el mundo apoyado en la justicia que la acompaña para castigar á los que falten á su ley.»

Al cabo de veintidos siglos, el pensamiento humano sigue recorriendo las dos vias abiertas por Platon y el estagirense, religiosa, moral y poética la de aquel; sábia rigorosa y severa la de este. Obedeciendo al vigoroso impulso de Aristóteles, desea penetrar, como él, todos los misterios del mundo físico y del alma humana; pero presta tambien oido á la voz del cisne melodioso, y sigue las nobles inspiraciones del espiritualismo platónico.

Profunda decadencia de la poesía y de la fe política; descomposicion del pueblo ateniense.

La época en que la humanidad hacia tales conquistas, no era una época de entorpecimiento moral. ¿En dónde estaba, pues, la decadencia? En dos puntos próximos uno á otro, y quizás nacidos uno de otro. La poesía se va, arrojada por sus dos hermanas la elocuencia y la filosofía; la fe patriótica se va acosada por el temor y la desgracia.

Así como un ejército valiente que avanza siempre, deja algunos de los mejores soldados en cada uno de los campos de batalla en que ha vencido, así Grecia ya no ve á su lado, sino muy á sus espaldas, aquellos cuyos cánticos habian sido la delicia de su

juventud belicosa. Durante aquellas guerras el cielo se ha encapotado, el ímpetu, el entusiasmo han desaparecido. Ya no hay poetas: la lira de Píndaro está rota, y lo están tambien las de Homero, Sófocles y Aristófanes. El mundo envejece, la musa no encuentra en él aquellos puntos de vista nuevos que le inspiraban, y poco le costaria decir que debajo del sol no hay nada nuevo. En lugar de poetas, vienen ahora sábios y filósofos á ver, analizar y descomponer las cosas ocultas. Arrancan y hacen pedazos aquel Velo de Isis que la musa habia bordado con tan vistosos colores. Indudablemente en ello gana la ciencia, el espíritu se engrandece y se eleva; en vez de las antiguas leyendas, tendremos concepciones mas varoniles, y mas verdaderamente religiosas; pero hay que decir adios para siempre á aquellos gratos cantares, á aquellos cantares que tan blandamente mecian el alma al brotar de los labios de Homero; que la enardecian con la llama de la abnegacion y del patriotismo cuando escapaban de los agitados labios de Tirteo, Simónides ó Píndaro ó del heróico soldado de Maraton.

El triunfo de la democracia tiene su parte en la ruina de la poesía griega. La tribuna, demasiado fecunda en emociones, acaba con el teatro. El que se siente con genio ó con talento se hace orador, y el irresistible atractivo de los triunfos de la palabra, arrastra tras sí á todos los que aspirarian á triunfos de otra clase. Un siglo antes, la filosofía habria dejado á Platon y acaso á Aristóteles á las musas; la elocuencia les hubiera abandonado, sin duda alguna, muchas de sus conquistas (1).

En esto á lo menos, no hay mas que un cambio entre las nueve hermanas, lo que una pierde lo gana la otra. El espíritu griego, sin embargo, no baja de tono aun cuando haya dejado de vibrar una de sus mas poderosas cuerdas. Pero se va para siempre la fe política. Atenas y Esparta han perdido la primera virtud de los pueblos: la confianza en sí mismas. La una desde Egos-Potamos, y la otra desde Leuctres y Mantinea no tienen ya aquella confianza, aquella juvenil audacia que, templada por la razon, sobre todo, cuando aquella razon se llama Pericles hace llevar á cabo grandes cosas. En otro tiempo el espacio que sepa-

(1) Sobre la decadencia de la poesía y de la historia en el siglo IV, véase el libro de M. Pierron.

raba al pueblo ateniense de sus jefes, era á penas el que separa á dos combatientes que pelean en primera fila el uno y en segunda el otro; en los trofeos de victoria, Milcíades, Cimon y Arístides, no tènian siquiera un lugar de preferencia para su nombre. Hoy los atenienses tienen tan baja opinion de sí mismos, que han vuelto al culto de los héroes. Conceden al simple cumplimiento del deber, al menor hecho de armas, lo que antes tenian reservado para los dioses: estátuas de marmol y de cobre; y no tardarán en prostituir hasta los honores divinos. ¡Ya no hay esperanza! Grecia podrá tener grandes hombres, mas no volverá á tener grandes pueblos.

Hay en Isócrates una expresion exacta y profunda, contra su costumbre: «En Atenas, dice, ya no se encuentra un ateniense (1). Hemos perdido en Egipto doscientos buques con sus tripulantes; ciento cincuenta, cerca de Chipre; en Tracia diez mil hoplitas de infantería, entre los nuestros y los de nuestros aliados; en Sicilia cuarenta mil combatientes, y últimamente en el Helesponto otras doscientas naves. ¿Quién podria contar además todo lo que hemos perdido en detalle, así en hombres como en embarcaciones? Basta decir que sufriendo todos los años nuevas desgracias, celebramos todos los años nuevos funerales públicos. Nuestros vecinos y los demás griegos, al acudir á estas pompas fúnebres, menos se acordaban de nuestro dolor que de gozarse en nuestras calamidades. Por último, Atenas veia que los ciudadanos iban llenando uno tras otro las sepulturas públicas, y los nombres extranjeros reemplazaban sus nombres en los registros. La prueba de que entonces perecieron gran número de atenienses, es que nuestras mas ilustres familias, nuestras mas renombradas casas, que habian escapado á la crueldad de la tiranía y á la guerra de los persas, fueron destruidas y sacrificadas á aquel imperio marítimo, blanco de nuestros deseos. Si por las familias á que me refiero se quisiera juzgar de las demás, se veria que el pueblo de Atenas experimentó una renovacion completa (2).»

Estos nuevos ciudadanos habian introducido nuevas costum-

(1) Diga lo que quiera Platon en el *Menexene*. A bien que ¿es obra grave el *Menexene*?

(2) Φανεῖμον ἄν μιμροῦ δεῖν ἀντηλλαγμένοι, Isócrates, *sobre la paz*, cap. LXXXIX.

bres. La incredulidad iba en aumento. Ya que los dioses morian, el culto de la patria y un firme convencimiento de los deberes del hombre y del ciudadano hubieran podido sustituir con ventaja la antigua religion harto escarnecida. Mas ¿qué ardor patriótico podia caber en aquella poblacion extranjera, en aquellos hijos que Atenas no habia concebido ni amamantado con su palabra y las lecciones de su historia? ¿Qué ciudadanos eran aquellos aventureros, aquellos metecas enriquecidos? Demóstenes deplora que en la turbulenta y burlona asamblea á que se dirije, no encuentra la gravedad que requieren los grandes intereses. En todas partes la misma frivolidad y ligereza al tratarse de los austeros deberes que tan bien sabian desempeñar los contemporáneos de Pericles. A excepcion de un gusto exquisito para el arte, y aun para el arte afeminado que cautiva y distrae; para el arte de Isócrates, no para el arte que eleva y enciende, para el de Policleto y Sófocles, Atenas se convertia en Cartago. El lucro y el placer eran todos sus pensamientos (1).

Otra influencia perniciosa, deletérea en todas las ciudades ricas, era la de la esclavitud. El esclavo, consagrado por su propia condicion á la sensualidad, al robo, al engaño, á todas las pasiones innobles y bajas, se vengaba del hombre libre corrompiéndole y aprovechándose de sus vicios. Con hombres corrompidos, no se pueden hacer buenos ciudadanos.

Vergüenza da decir que la misma filosofía, en oposicion al órden social establecido, no era una escuela de patriotismo, sino un disolvente mas introducido en la ciudad. La grandeza, la salud del Estado eran la idea dominante de los contemporáneos de Milcíades y Pericles; los discípulos de Sócrates, lo mismo que este, se llaman ciudadanos del mundo; enseñan con Platon el menosprecio á las instituciones nacionales; con Zenon la misma indiferencia por la libertad que por la servidumbre, ó hacen como Jenofonte en Coronea: dirigen la punta de su espada contra sus conciudadanos.

Esta indiferencia política, esa sensualidad beocia que llegaban á invadir la misma ciudad de Solon, eran celebradas en pleno teatro, sin que el poeta tuviese la excusa de Aristófanes cuan-

(1) Véase un interesante párrafo en Montesquieu, *Espíritu de las leyes*, lib. III, cap. II.

do hacia representar los *Acarneos*. «¿Qué nos vienes á contar ahí? pregunta Alexis. ¡Vaya con el Liceo, y la Academia y el Odeon! invenciones de sofistas donde nada vale nada. Bebamos, amigo Sicon, bebamos hasta no mas, y démonos buena vida. ¡Viva la broma, Manes! Nada mas digno que el vientre. El vientre es tu padre; el vientre es tu madre. Virtudes, embajadas, mando, glorias vanas y vano rumor del país de los sueños! La muerte te dejará frio el dia señalado por los dioses, y ¿qué quedará de tí? Lo que hayas comido y bebido, y nada mas. Lo demás es polvo; polvo de Pericles, de Codro, ó de Cimon.»

Los mercenarios.

De este mal, del decaimiento de las virtudes cívicas, nació otro que deberia tener un nombre propio, porque es un fenómeno general que se observa en muchas épocas de la historia, así en la Italia degenerada como en la Grecia moribunda, en el gastado Oriente, en Cartago, y en el caos en que se estingue la guerra de treinta años. Hablo de la costumbre de vender su sangre, su valor, para tomar parte en luchas que no ofrecen el atractivo de un objeto elevado. Si el derecho de matar es un terrible derecho en las guerras legítimas en que el soldado defiende su patria y su hogar, ¿qué será cuando mata para vivir, por oficio, para ganar algun dinero? Un hecho inmoral solo puede tener consecuencias inmorales: los mercenarios acabaron de arruinar la Grecia. Hacia ya mucho tiempo que los griegos conocian los caminos de Susa y el dinero del gran rey. Este habia tenido siempre á su sueldo numerosas tropas, y despues su intervencion en los negocios de Grecia, no tenia mas objeto que devolverla la paz, para que le proporcionase soldados vendidos. Hasta generales encontró para su servicio, puesto que se llevó á Cabrias y á Ifícrates.

El peligro no está en el oro corruptor que los mercenarios adquieren, ni el olvido de la patria y de sus austeros deberes; está en los hábitos de violencia y de rapiña que contraen en la vida del campamento, en los vicios que inocula en ellos la molicie de Oriente; porque si aun hay algunos que vuelven á su patria para hacer ostentacion de sus mal adquiridas riquezas, no volverán en adelante. Morirán donde hayan vivido, y entonces el daño para la Grecia consistirá en esa emigracion continua que le

irá robando lo mejor de su sangre. Todo hombre de actividad, de valor, de ambicion, toda la parte enérgica del pueblo griego correrá á Asia, y quedará despoblada la madre patria. En Iso tendrá Darío cuarenta mil mercenarios griegos. En tiempo de Alejandro y bajo sus sucesores, la intensidad del mal será diez veces mayor, y Grecia perecerá, segun la enérgica expresion de Polibio, por falta de hombres.

Ya la funesta costumbre se comunica á la misma Grecia. Las ciudades, para dirimir la mas leve contienda, no apelan al valor de sus conciudadanos, sino á gente mercenaria. Orcomena en 371 los compra para combatir contra una ciudad insignificante de Arcadia; Atenas no puede prescindir de ellos; los tiranos de Tesalia y los de Sicilia no tienen ya otros soldados; la misma Esparta los toma á su sueldo! (1) Grecia no es mas que un gran mercado, donde se vende valor á todos los precios, mercancía muy adulterada, porque ese valor venal siempre va mezclado con perfidia y traicion; y nunca es garantía cierta de victoria ni de éxito en las negociaciones. Un dia Anfípolis entrega á Ifícrates unos rehenes que harán caer esta ciudad en poder de Atenas; pero sucédele un mercenario, restituye los rehenes, y pasa al servicio del rey de Tracia: Anfípolis se ha perdido. Esta leccion, lo mismo que otras muchas, no fué de provecho alguno para Atenas. Las fiestas, las luchas, los espectáculos que en otro tiempo tomaba

(1) En 371 tenia en su flota 1500 mercenarios; Dionisio le mandó algunos que le fueron muy útiles; en su caballería los contaba siempre hasta cierto número, y aun Jenofonte desea que la quinta parte de los ginetes se componga de extranjeros mercenarios, *Del mando de la caballería*, cap. IX. En 378, dos ciudades de Arcadia, Clitor y Orcomena estaban en guerra, y la primera solo tenia mercenarios. En 371, Orcomena tenia una guarnicion de 500 mercenarios de que se sirvió Agesilao. Los que tenía Jason eran en número de 6000, Jenof., *Hellen*, VI, 1, 5. Cabrias servia á Acoris, rey de Egipto; Atenas le obliga á volverse. Entonces Ifícrates va á dirigir las operaciones de los persas y se lleva 2000 griegos. Plutarco, *Artajerjes*. El rey de Sidon, rebelado contra los persas, tiene 4000 mercenarios griegos, mandados por el rodio Mentor, que acababa de salir del servicio de Egipto. Al mismo tiempo Focion y Evágoras tienen bajo su mando 8000 en el ejército persa y acuden otros 10000 al llamamiento de Artajerjes. Estas fuerzas reunidas atacan á Nectanebos, que por su parte tiene 20000 mercenarios. Eran mas de 40000 los griegos que combatian bajo diversas banderas, al servicio del extranjero. Diodoro, lib. IV, cap. IV—XLVIII; Jenof. *Hellen.*, III, 1, 13; 3, 15; IV, 2, 5; 3, 15; 4, 14; 8, 35; VII, 5, 10; Demóstenes é Isócrates combaten sin tregua tan funesta costumbre.

como distraccion de sus graves negocios de comercio y guerra, habian llegado á ser su ocupacion predilecta. ¿Porqué no habia de tener un ejército á sueldo aquel pueblo delicado y culto, aquel rey festejado por tantos aduladores? «Con un pueblo numeroso, con un tesoro exhausto, decia Isócrates, queremos tener, como el grán rey, ejércitos mercenarios..... En otro tiempo si armábamos una flota tomábamos por marineros extranjeros y esclavos; pero los ciudadanos eran soldados. Hoy damos armas á los extranjeros para combatir, y hacemos andar al remo á los ciudadanos. Así cuando desembarcamos en playas enemigas se ve á los ciudadanos de Atenas, que quieren dar leyes á los griegos, salir de las naves con el remo en la mano mientras que los mercenarios van al combate con nuestras propias armas.» «En cuanto se declara la guerra, exclama Demóstenes, el pueblo á una voz decreta: llámese á mil, diez mil, veinte mil extranjeros.» Convertida en oficio la vida del soldado, penetró el lujo en el campamento, embarazando á los ejércitos con bagajes y haciéndolos mas costosos: motivo tambien de queja para Demóstenes.

Así se perdieron los hábitos militares y las virtudes anexas al ejercicio de las armas. Dejando de ser nacionales los ejércitos, dejaron de ser ciudadanos los generales. Convirtiéronse en jefes de bando y ocupáronse en procurarse posiciones ventajosas, en ganar la mayor cantidad posible sirviendo al extranjero y aun á veces á los mismos enemigos de su patria. Cabrias aceptó el mando de las fuerzas de Egipto rebelado, en una época en que Atenas solicitaba la alianza del gran rey, y volvió del servicio con costumbres tan disolutas, que ni la licencia de Atenas pudo sufrirlas. Ifícrates, que llevaba veinte mil mercenarios griegos á Artajerjes, se casó con una hija del Tracio Cótis y le secundó en sus ataques declarados contra Atenas. Todos aquellos generales, segun dice Teopompo, hasta Timoteo, hijo de Conon, que era el mas patriota y desinteresado, preferian la muelle existencia de las regiones extranjeras á permanecer en Atenas. Cares, uno de los favoritos del pueblo, vivia ordinariamente en Sigea, en la costa de Asia. Agesilao, ya octogenario, murió al servicio del rey de Egipto, y terminó como aventurero una vida que no carecia de gloria.

De ahí resultaban otras dos consecuencias perniciosas: la facilidad con que desconfiaba el pueblo de los generales que tenian muchos amigos en el extranjero para servir con aquella abnegacion que no permite otra alternativa que vencer ó morir; y la separacion, perniciosa en los pequeños estados, entre la cabeza que concebia y el brazo que ejecutaba. Los grandes hombres de Atenas en la época anterior, habian sido todos á su vez oradores y generales. Plutarco dice que Focion fué el último que con igual energía ocupaba la tribuna ó se lanzaba á la batalla. De ahí la influencia de hombres que no conocian de cerca los negocios y los echaban á perder muchas veces con un período armónioso y un aplauso de la gente del Pnix. Ifícrates, acusado, no supó defenderse sino enseñando su espada y los puñales de los jóvenes que habia colocado entre los concurrentes.

Decadencia del sentimiento de la nacionalidad helénica —Resúmen.

Hay una fuerza capaz de reparar muchas faltas: es el amor á la patria. Los griegos tenian dos patrias, primero la ciudad, despues la Hélada. En lo interior de las ciudades flaqueaba el patriotismo; en la nacion se desvanecia hasta el sentimiento de la nacionalidad helénica. La union fraternal de las tribus griegas habia sido siempre muy débil, aun en sus mejores tiempos, cuando á lo menos el odio al extranjero era una pasion vigorosa que en un momento dado los unia á todos. Cuando Mardonio ofrecia á los atenienses los ricos presentes de su amo, rechazaban estos la amistad del bárbaro con tanto heroísmo como habian rechazado sus ejércitos. Pasa un siglo y todo cambia. Esparta, Tebas la misma Atenas, adulan al gran rey, aceptan su oro, obedecen sus órdenes. A fuerza de envidiarse, de aborrecerse y de hacerse la guerra unas á otras, las ciudades griegas llegan al extremo de preferir el extranjero al compatriota. Hoy uno de los pueblos llama á los persas; mañana escojerá otros aliados; pero siempre será el extranjero el que tenga en sus manos los asuntos de Grecia. Al fin de tales costumbres, de tales querellas y de tamaña decadencia moral, se cae siempre en poder de un amo.

En resúmen: si bien á la muerte de Epaminondas no habia señal alguna de la próxima ruina del mundo griego, puesto que si decaian algunos géneros de literatura era en provecho de otros,

puesto que en política los grandes estados cedian con ventaja de los pequeños; y por último, puesto que, si los pueblos estaban mas entremezclados, mas afeminados, mas corrompidos, y si habian perdido las virtudes cívicas, existian aun hombres como Licurgo y Demóstenes; la decadencia habia indudablemente comenzado. Pero podia prolongarse mucho sin acarrear catástrofes, porque el valor y el espíritu militar no se habian estinguido en Tebas ni en Lacedemonia, y aun hemos de ver á los atenienses acordarse mas de una vez del nombre que llevan. La union de todos bajo uno solo, tan deseada para la salvacion y la grandeza de Grecia, estaba disuelta; el patriotismo nacional habia menguado; pero como no amenazaba entonces ningun enemigo exterior, la union no era necesaria por el momento, y la costumbre de pedir socorro á los bárbaros no se les figuraba un peligro grave.

De modo que Grecia parecia tener una vida muy larga y hubiera sido dueña de su porvenir, á no ser por el fenómeno, único en la historia, de sucederse en un trono dos grandes hombres. Macedonia dió muerte á Grecia: Filipo la subyugó; Alejandro la hizo mas daño, la arrastró en pos de sí, y la desparramó por la superficie del Asia. Despues de él, Grecia perteneció á Alejandría á Seleucia, á Antioquía, á Pérgamo, á las riberas del Nilo, del Tigris y del Indus: á todas partes excepto á Grecia.

PERÍODO SÉPTIMO. (1)

SUPREMACÍA DE MACEDONIA (359-272).--PRIMERA SERVIDUMBRE DE GRECIA.

CAPÍTULO XX.

Filipo (2).

HISTORIA ANTERIOR DE MACEDONIA.—MACEDONIA PACIFICADA Y RECONSTITUIDA POR FILIPO (359).—MACEDONIA SE EXTIENDE HASTA EL MAR; CONQUISTA DE ANFÍPOLIS Y DE PIDNA (358); DE CRENIDES (356).—NUEVA CONFEDERACION ATENIENSE; GUERRA SOCIAL (357-355).—ISÓCRATES Y DEMÓSTENES.—SUCESOS DE TESALIA Y COMIENZO DE LA GUERRA SAGRADA (357-352).—PRIMERA FILÍPICA (352).—LAS OLÍNTICAS, TOMA DE OLINTO POR FILIPO (349-348).—SORPRESA DE LAS TERMÓPILAS POR FILIPO Y FIN DE LA GUERRA SAGRADA (346).—ACTIVIDAD DE ATENAS EN DESCONCERTAR LOS PLANES DE FILIPO SOBRE EL PELOPONESO Y AMBRACIA (346-343).—OPERACIONES DE FILIPO EN TRACIA FRENTE Á PERIM Y BIZANCIO (342-339).—BATALLA DE QUERONEA (338).

Historia anterior de Macedonia.

Hemos visto elevarse rápidamente el poderío de Tebas; pero este poderío cayó con Epaminondas bajo los laureles de Mantinea. Nunca se vió una caida tan cercana á un triunfo. El resultado de las sorprendentes victorias de esta ciudad fué arrebatar á Esparta sus conquistas, menoscabar el prestigio de su nombre, y echar por tierra aquella supremacía tan lentamente adquirida y que parecia tan profundamente arraigada. Lacedemonia su-

(1) Diodoro de Sicilia, Demóstenes, Esquino, Justino, Arrio; Plutarco, *Vid. de Demóstenes, Alejandro y Focion;* Flathe, *Geschischte Macedoniens,* 1834.

(2) Brueckerner, *Kœnig Philipp und die Hellenischen Staaten,* 1837.

fria la misma suerte que habia hecho sufrir á Atenas. Las dos grandes y antiguas potencias, las dos cabezas de la Grecia habian perdido la corona; el lazo de confederacion que las rodeara, estaba roto. ¿Y en provecho de quién? No de Arcadia, convencida de impotencia para el ataque desde sus primeros movimientos en la batalla sin lágrimas; no de Argos, ni de Corinto, ciudades viejas y gastadas; ni aun de Tebas que, como un relámpago, brilló y desapareció. Grecia, sin haber perdido mucha poblacion, sin haber perdido nada de su actividad física ni intelectual, carecia de centro de donde partiese la accion que fuese comun á todos los miembros esparcidos. Centro habia sido primero Lacedemonia, despues Atenas y otra vez Lacedemonia; pero ya volvia á desviarse; el eje de Grecia se inclinaba á las regiones septentrionales. Tebas habia tenido su dia; mas arriba, casi se habia formado y aun podia formarse una potencia dominadora en Tesalia: el dia en que Jason se hizo nombrar *tagos*, habia quedado envuelta en sombras la independencia de Grecia. Pero tampoco era de ahí, era de mas léjos todavía, de donde debia venir el peligro.

La cordillera desde la cual desciende el Pindo al S. se prolonga al E. hasta el mar Negro, bajo los nombres de Orbelos, Escomion y Hemos, siguiendo una línea casi paralela á la orilla septentrional del mar Egeo. El vasto espacio ceñido por dichas montañas y playas, desde el monte Olimpo al S., estaba habitado por tribus tracias y por las que despues formaron la Macedonia. Estas ocupaban la parte occidental y estaban separadas de aquellas por el Ródope que corre desde el Hemos al mar Egeo. El Ródope y el Olimpo: he ahí los dos límites extremos de Macedonia, ó á lo menos los que sus reyes se propusieron darla. Este país está dividido en muchas cuencas por las montañas que se desprenden de la cordillera superior y van descendiendo al mar. Por el fondo de cada una de dichas cuencas corre un rio: el Haliacmon, el Erigon, el Axios y el Estrimon. Entre el golfo Termaico, donde desagua el Axios y el golfo Estrimónico, donde el Estrimon se pierde, se prolonga el continente por el mar Egeo, en una península de forma casi redonda, terminada por tres lenguas de tierra que la asemejan en cierto modo á una mano: tal es la Calcidia. Sus anchurosas y fértiles cuencas contras-

tan con los angostos valles y el estéril suelo del Pindo, el Epiro y la Iliria. Aquel era un sitio para un gran pueblo, y un gran pueblo fué é ocuparlo.

No tenemos datos fijos acerca de la poblacion de Macedonia (1). Fué, segun parece, una mezcla de la raza griega y la bárbara que poblaba la Iliria y el Epiro, aun cuando en tiempo de Polibio, no podian hablar un ilirio y un macedonio sin intérprete. Cuando los helenos invadieron la Grecia por el N. una de sus ramas se detuvo indudablemente al S. O. de Macedonia sobre la corriente superior del Haliacmon y del Erigon (2), al paso que el N. pertenecia desde el Axios al Estrimon, á la gran tribu iliria de los peonios que pretendia descender de los troyanos, y por último en el S. habia tracios, migdones, crestonios, edonios, bisaltas y sitonios. Los tracios pierios habitaban al S. entre el monte Bernicos y el mar; los bocios que se decian cretenses, pero que parecen tracios como sus vecinos, entre las bocas del Haliacmon y el Axios. Al contacto con esos bárbaros, la raza griega se modificó, formándose una poblacion mixta á quien Herodoto no comprendia entre los helenos, pero que manifestó gran facilidad para aprender el idioma helénico; aunque siempre quedaron algunas letras griegas que pronunciaban mal los macedonios. Este pueblo se dividia en muchas tribus, con su jefe respectivo cada una; habia los orestas, los lincestos, los eordeos y los pelagonios. La tribu mas poderosa habitaba en las cercanías de Egea ó Edesa, bajo el nombre, que tan célebre llegó á ser, de macedonios. En algunas de dichas tribus, el hombre que no ha-

(1) Μακεδνη, *el país alto,* Freret. *Memor. de la Acad.*, tom. XLVII, p. 10.

(2) Los valles superiores del Haliacmon y el Erigon están muy próximos á los dos pasos mas fáciles de la Iliria en Macedonia; el primero hácia el Klisura del Devol, donde se interrumpe por completo la cordillera del Pindo. El Devol que nace en su vertiente oriental desagua en el Beratino (*Apsos*); el segundo hácia el collado por donde pasó la gran via romana *Egnatia*. Estas circunstancias físicas facilitan la inteligencia de lo que dice Estrabon, lib. VII, pág. 324, acerca de la grande analogía que se notaba entre los pueblos situados desde el monte Bermios hasta la costa que cae frente á Corcira; puesto que usaban iguales armas, se cortaban el pelo por un mismo estilo y su idioma era en el fondo uno mismo. Debemos recordar tambien que es fácil pasar del Epiro á Tesalia por el desfiladero de Gomfi, y de Tesalia á la cuenca del Haliacmon por los numerosos pasos de los montes Cambunios.

bia dadô muerte á un enemigo llevaba una especie de sello de deshonra (1).

Respecto á la primitiva historia del país no tenemos epopeyas ni cantos nacionales, ni numerosas leyendas, al contrario de lo que sucede en Grecia. Tucídides dice solamente que hácia el siglo IX, esto es, cuando las constituciones republicanas sustituian á las familias reales, un heráclida de Argos, llamado Caranos, se dirigió al frente de un ejército al país de los orestas, fiando en la palabra de un oráculo. El rey de aquella region lo tomó á su servicio para una guerra contra los eordios, y en recompensa de su auxilio le dió la Ematia, provincia al N. del golfo Termaico. Contaban que Caranos, conducido por una cabra á Edesa, que era la capital del país, le dió el nombre de Egea, en memoria del suceso. Egea siguió siendo la capital del país hasta la época de Filipo, que traspasó este título á Pella, que estaba mas próxima al mar.

El narrador por excelencia, Herodoto, sabe algo mas que todo eso. Tres hermanos, de la raza de Temenos, cuarto descendiente de Hércules, llamados Gauanes, Eropos y Perdicas, pasaron á Iliria desterrados de Argos, y de allí á la alta Macedonia, donde entraron á servir al rey de Lebea, como pastores de sus ganados. «Y siempre que la reina mandaba cocer el pan destinado á sus servidores, el de Perdicas adquiria doble peso; circunstancia que por lo extraordinaria refirió ella al rey; el cual la tomó por un prodigio amenazador para su persona, y mandando llamar á los tres hermanos, les dió órden de alejarse de sus Estados. Contestaron ellos que se marcharian en cuanto se les pagase lo que sus servicios merecian. Al oir esta contestacion, el rey, que se hallaba en sitio donde llegaban los rayos del sol, penetrando por una abertura del techo, les replicó como impulsado por una inspiracion divina, y señalando los rayos del sol, «Tomad, esto es lo que os doy, y lo que vuestros servicios merecen.» A estas palabras, los dos hermanos mayores quedaron atónitos; pero el menor, que llevaba un puñal, exclamó: «Pues aceptamos.» Trazó con su puñal un círculo en el suelo, al rededor de la luz del sol, bajose como para recoger los rayos y guardarlos entre los pliegues del vestido, haciendo tambien lo mismo con sus hermanos

(1) Aristot., *Polit.*, VII, 2, 6.

y despues de repetir varias veces este movimiento, se marcharon. Una de las personas que estaban sentadas junto al rey, le hizo fijar la atencion en lo que habia estado haciendo el jóven, y en el modo de aceptar lo que se les habia dado. Enojóse el rey y dió órden á varios caballeros para que saliesen á perseguir y dar muerte á los tres hermanos. Hay en aquella region un rio al que los descendientes de aquellos hombres de Argos hacen sacrificios como á un dios salvador. Aquel rio tuvo una crecida tan grande así que lo hubieron pasado los Teménidas, que los caballeros no pudieron vadearlo. Los fugitivos pasaron á otra region de Macedonia y se establecieron cerca del lago llamado jardines de Midas, donde brotan naturalmente unas rosas de sesenta hojas cada una, mucho mas fragantes que todas las demás conocidas. Allí fué cogido Sileno, segun cuentan los macedonios. Domina aquellos jardines el monte Bernios, que está intransitable en invierno. Los Teménidas sometieron toda la region y salieron despues á conquistar el resto de Macedonia.»

Herodoto atribuye pues la fundacion de la dinastía que conocemos en Macedonia al heráclida Perdicas, y á una época en que aun existian en aquella region en toda su sencillez las dinastías de raza heróica. Tucídides es de la misma opinion, y Grecia reconoció este orígen, al permitir que Alejandro, hijo de Amintas, tomase parte en los juegos olímpicos.

Herodoto cita como sucesor de Perdicas á Argeo, Filipo, Eropos, Alcetas y Amintas que se suceden por herencia. Pocas noticias se tienen de estos reyes. Durante la menor edad de Argeo, los macedonios ganaron una guerra contra los ilirios. Solo al llegar las guerras medas es cuando se comienza á ver alguna claridad en la historia de Macedonia. En aquella época, si bien el reino no extendia hasta muy léjos su accion, se habia dilatado considerablemente. Los naturales habian pasado el Bernios y arrojado de la costa á los pierios, que se trasladaron al E. hácia el Estrimon. Ya los beocios, aunque conservaban á Pella, habian sido rechazados hácia Calcidia. Hasta mas allá del Axios se habia extendido la dominacion macedónica, arrojando á los edonios de parte de Migdonia, y ocupando á Antenio á la entrada de la península calcídica. En lo interior, los eordios al O. de Edesa, y el pueblecillo desconocido de los almopas, estaban des-

poseidos. En una palabra, los reyes de Macedonia dominaban hasta el Axios, y tenian allende el rio fuertes posiciones, y aun parecian feudos suyos los pueblos bárbaros de aquellas cercanías, gobernados por unos como príncipes. Por la parte del mar poseían la costa de la Pieria hasta las bocas del Haliacmon; pero no mas allá, porque se lo impedian las posesiones griegas. Desde la décima olimpiada la península calcídica se habia cubierto de colonias griegas; Metona se habia levantado en la costa de Pieria.

Tal era la situacion de Macedonia cuando los persas se apoderaron de Tracia. Era su rey Amintas, amigo de los pisistrátidas, el cual siguió el ejemplo de las tribus vecinas, que se habian sometido, y consintió en ofrecer la tierra y el agua á los embajadores de Megabaza, sátrapa de Tracia. Sucedió empero que en una comida olvidaron los embajadores el respeto debido á las mujeres de la corte de Macedonia; Alejandro, hijo del rey, no pudo sufrir la injuria, y los mandó asesinar por unos mozos vestidos con el traje de las mujeres ultrajadas. Cuando el sátrapa mandó reclamar sus embajadores, Alejandro ganó al enviado de vengar la injuria, casándole con su hermana; y el asesinato quedó impune.

Alejandro I subió al trono el año 500: durante su reinado se verificó la primera invasion de los persas. Los macedonios se vieron arrastrados por el torrente; pero aun combatiendo al lado de los enemigos de Grecia, Alejandro aprovechó todas las coyunturas en que pudo demostrar que obraba contra sus inclinaciones, y que su deseo era poder servir á sus hermanos de orígen. Él fué quien avisó á los griegos que abandonasen la Tesalia; él fué el elegido por Mardonio para presentar proposiciones amistosas á Atenas; él en fin el que la víspera de la batalla de Platea llegó de noche á caballo al campamento griego, y les descubrió los designios del enemigo. No dejó de ser estimado por Mardonio que le dió la Tracia hasta el monte Hemos. Malograda la expedicion meda, las tribus indígenas se sublevaron y aquella adquisicion quedó perdida. Quizás haya que atribuir á los persas la sumision de los brigas, de los tracios, de la Bisaltica, de los pelasgos de Crestona, y de las ciudades de Terma y Pidna.

El rey de Macedonia hubo menester mucha habilidad para salir con bien de aquel gravísimo suceso y encontrar en medio del desquiciamiento universal un medio para redondear su reino. Sus sucesores, cercados, como él, de enemigos, tuvieron que observar una conducta semejante. La habilidad política, que era indispensable al trono de Macedonia, fué el carácter peculiar de su gobierno. Fué como si dijéramos una escuela que como último resultado produjo á Filipo, el hombre de Estado mas hábil de toda la antigüedad.

Macedonia, que se habia engrandecido con la amistad de los persas, se engrandeció tambien con sus derrotas. Gracias á las victorias de Atenas, Alejandro I y Perdicas II extendieron sus dominios: todo lo que media entre el Axios y el Estrimon pertenecia á Macedonia. Pero Perdicas tenia un hermano, Filipo, que poseia algunos cantones en lo interior del país. Los dos hermanos eran enemigos; Atenas se unió al mas débil, y desde aquel dia tuvo en Perdicas uno de los adversarios mas temibles. Unióse este á Corinto y sostuvo la rebelion de Potidea; aconsejó á Esparta que invadiese el Atica; preparó en Calcidia una revuelta contra Atenas, y reunió en Olinto, al abrigo de las naves atenienses, á los pobladores de muchas poblaciones pequeñas de la costa. Atenas por su parte no mostró menos actividad que su enemigo. Al E. de Macedonia vivian los odrisios bajo el dominio del rey Sitalces, cuya autoridad reconocian las mas valientes tribus de Tracia. Solo esperaba una ocasion para invadir el territorio de sus vecinos; cuando los atenienses le impulsaron á hacerlo. Entra en Macedonia con un ejército inmenso é impone duras condiciones; Perdícas las infringe, y volviendo aquél lleno de cólera, avanza, á pesar de los extraordinarios esfuerzos de Perdicas y de los pequeños príncipes del N.; llega al Axios asolando todo lo que encuentra á su paso, y se hace tan temible que la misma Atenas deja de enviarle provisiones (429). Perdicas aprovecha la ocasion, y vuelve junto al rey de los odrisios que se retira, quizás dejando á Filipo entregado á su hermano.

Perdicas habia reanudado por un momento sus relaciones con Atenas, para batir á su formidable adversario; pasado el riesgo, volvió á ser su enemigo, excitó en contra suya las ciudades de Calcidia, entró en alianza con Lacedemonia, y consiguió que en-

viase á Brásidas hácia aquel lado (424). Tenia además otro proyecto: deseaba que el espartano le ayudase á someter á los pequeños príncipes de la alta Macedonia, que procuraban sacudir su yugo. Perdas, rey de los orestas, habia hecho armamentos con este motivo; ahora era Arribeo, rey de los lincestos, el que los hacia. Brásidas se negó primero; pero cuando aquél se hubo apoderado de todas las ciudades calcídicas y de Anfípolis, consintió en unirse á él con sus tropas. Los mercenarios ilirios del rey de Macedonia, al verse delante del enemigo, volvieron la espalda; los macedonios espantados huyeron, y Brásidas, solo con sus griegos, se vió obligado á emprender una difícil retirada (423).

Este suceso alteró la buena amistad que existia entre el rey y los espartanos; por otra parte estos habian llegado á hacerse demasiado temibles; rompió pues con ellos, entró en tratos con Atenas, é hizo alianza con los tesalos, para que cerrasen el paso á los ejércitos de Lacedemonia. Así permanecieron las cosas hasta su muerte (418). Su regla de conducta habia consistido en no contraer alianzas muy duraderas, y hacer que ya Atenas, ya Esparta contribuyesen á su poderío; política poco generosa, pero hábil y atrevida que pierde los Estados ó levanta muy alto su fortuna.

La expedicion de Sicilia, los reveses de Atenas, el variar de sitio el teatro de la guerra, que se trasladó á las costas de Asia, permitieron á Macedonia que se entregase al descanso. La dominacion de Esparta sucedió á la de Atenas en Calcidia; y no era tan temible, porque no tenia tanta fuerza marítima. El nuevo rey, Arquelaos I, dirigió su atencion á otro objeto: no pensó tanto en engrandecerse, como en consolidar el poder real que aun no habia salido de las tradiciones de la edad heróica. Para llegar al trono habia pasado á cuchillo á un hermano, un tio y un primo, cuyos derechos eran antes que el suyo. Un hombre semejante, enseñoreado de un poder que tan caro le costaba, no debia estar dispuesto á abandonarlo fácilmente á los grandes. Aquella nobleza tenia toda la altivez de una aristocracia dórica semi-bárbara; Arquelaos sostuvo contra ella una empeñada lucha. Triunfó y pudo dar á su reino la organizacion, la fuerza, el esplendor que suelen acompañar las épocas y los Estados en que

el poder real se hace absoluto. Mejoró considerablemente la situacion militar: así como hemos visto ilirios en el ejército de Perdicas II, Arquelao estableció un ejército regular. Fortificó un gran número de ciudades y abrió caminos, cuidado que tuvieron los gobiernos de aquella época. Fomentó la agricultura y las artes; instituyó en Egea juegos en honor de Júpiter, así como los griegos los celebraban en Olimpia; y llamó artistas griegos á su corte, que fué brillante y magnífica. Zeuxis hizo en su palacio pinturas que le valieron siete talentos. Procuró en vano atraer á Sócrates; pero lo consiguió de Eurípides que terminó sus dias al lado de Agaton, poeta dramático tambien célebre, y de Timoteo, famoso músico. Es decir que aquel país semi-griego y semi-salvaje carecia de vida civil regular, de comercio, de industria, de arte y de literatura, y él le dió todos los elementos de estas cosas, empeñándose en que su pueblo ganase en poco tiempo la ventaja que le llevaban los griegos. Fué el Pedro el Grande de aquella Rusia del mundo griego, y murió asesinado en 399, víctima quizás de la nobleza ofendida.

Aun podria llevarse mas adelante la comparacion con Rusia, añadiendo que aquella rápida civilizacion no penetró en el fondo del país, y no hizo mas que suavizar, acaso corromper la nobleza y la corte. Tambien el reinado del rey civilizador fué seguido de crímenes, usurpaciones, asesinatos y guerras civiles que duraron cuatro años. Orestes, hijo de Arquelaos, vivió cuatro años bajo la tutela de Eropos, que le hizo perecer y reinó en su lugar dos años. Eropos dejó el trono á su hijo Pausanias, que al año cayó derribado por un descendiente de Alejandro I, de otra rama que la que hasta entonces habia reinado (393). Amintas II, que así se llamaba, fué derribado al poco tiempo por Bardilis, jefe de bandidos que llegó á ser rey de los ilirios, el cual dió el trono á Argeo, hermano de Pausanias. Pero Amintas volvió con auxilios de los tesalos y los olintios; estos eran temibles para Macedonia. Esparta empero aniquila todas sus fuerzas, y les obliga á devolver al macedonio todas las plazas que le habian quitado en un momento crítico. Entonces pudo Amintas vivir tranquilamente en Pella, su nueva capital, apoyado en la alianza de Esparta y Atenas.

Este rey dejó tres hijos: Alejandro, Perdicas y Filipo (370). El

primero, despues de reinar dos años, fué asesinado por Ptolomeo de Aloros, que quizás pertenecia á la casa real, aunque no legítimamente. Dicen que su madre Eurídice tuvo parte en su muerte para favorecer á Ptolomeo á quien amaba y á quien confió la tutela del jóven Perdicas III. Un príncipe de la sangre, Pausanias, sostenido por una fraccion de Macedonia y por los tracios, se propuso derribar á entrambos. Ifícrates, antiguo amigo de Amintas, se encontraba entonces con un ejército cerca de Anfípolis, ciudad que se proponia ganar para Atenas. Eurídice le pidió una entrevista, y presentándole sus dos hijos les hizo ponerse á sus piés pidiéndole auxilio. Ifícrates se consagró á su defensa, arrojó á Pausanias de Macedonia, y el jóven Perdicas quedó bajo la tutela de Ptolomeo y aliado de Atenas. Tebas vió con despecho aquella influencia y la destruyó. Para tener sometido al regente, Pelópidas llevó á Tebas á Filipo, que era el mas jóven de los dos hijos de Amintas (368).

Perdicas, al verse hombre, vengó en la sangre de Ptolomeo el asesinato de su hermano mayor, la vergüenza de su madre y los peligros que él mismo habia corrido (365). Cinco años mas reinó, y parecia seguir las huellas de Arquelaos: tuvo relaciones amistosas con Platon, y se aprovechó de la penuria en que se hallaban los de Anfípolis, estrechados de cerca por Atenas, para mandar una guarnicion en aquella ciudad; pero atacado en 360 por los ilirios, murió peleando contra ellos.

Macedonia pacificada y reconstituida por Filipo (359).

Filipo, hermano de Perdicas III, y último hijo de Amintas II, tenia entonces veinte y tres años. Es probable que hubiese ya salido de Tebas para tomar el mando de una provincia que, á instancias de Platon, le habia cedido Perdicas. Su permanencia en aquella ciudad perfeccionó las dotes que á la naturaleza debia. Vió la Grecia llegada al mas alto grado de civilizacion, vió á Tebas en el mas alto grado de poderío; y por último, tuvo la extraordinaria suerte de vivir al lado de un hombre que era como un compendio de todas las cualidades de su raza, gran general, orador y filósofo: ya se entiende Epaminondas. ¡Qué de útiles observaciones! para un entendimiento sagaz como ese en aquellas luchas de ambicion en que la política habia alcan-

zado sus últimos límites; en aquellos campos de batalla en donde el héroe tebano inauguraba una nueva táctica superior á la de Esparta! Vió muy de cerca el juego de las instituciones de Grecia, los bruscos arrebatos y el decaimiento de las asambleas populares; la pasion presidiendo á los consejos de las ciudades con mas frecuencia que el buen discurso; la publicidad de los planes, las dilaciones en su ejecucion, la venalidad de los jefes. Conocimiento de los hombres y de las cosas que habia de convertirse en un poderoso medio de accion en manos de un hombre sagaz y osado, emprendedor y astuto, ávido de gloria hasta el punto de ir á buscarla á todas partes, aun en medio de los peligros que es donde se vende mas cara; de una actividad infatigable, sostenida por una robustez de hierro; sin tener nada de tirano, afable, clemente y generoso, siempre que estas cualidades le servian para sus planes, y sobre todo con una ambicion devoradora, que si necesario era hollaba la justicia para cojer y sujetar la fortuna: en una palabra, el ideal del político, si la política consiste en el éxito.

Amintas, heredero del trono, era niño. La tutela correspondia naturalmente á su tio Filipo, que se apoderó de ella. De todas partes surgian inmensas dificultades, amenazando sepultar de nuevo el reino en la anarquía en que tantas veces habia caido durante 40 años. Macedonia estaba rodeada de enemigos: detrás y á los lados tenia los pueblos bárbaros; delante, los griegos que ocupaban el mar Egeo. Los ilirios que acaban de matar á 4,000 macedonios y á su rey entre ellos, amenazaban las provincias del O. Esta derrota habia enardecido á los peonios del N. que asolaban el país, y á los tracios al E. que se proponian invadirlo. Por último, al S. los atenienses estaban espiando el momento de recobrar á Anfípolis, que era su costante pesadilla. Las encarnizadas luchas intestinas abrian la puerta á los extranjeros. De las discordias anteriores quedaban aun dos representantes: Pausanias, aquel príncipe de la sangre á quien Ifícrates habia ya extrañado, pedia socorro al rey de los tracios; Argeo, el antiguo adversario de Amintas ó uno de sus hijos, acababa de conseguir de los atenienses una flota y 3,000 hoplitas mandados por Mantias.

Para hacer frente á tantos peligros, habia un pueblo desalen-

tado con el desastre que acababa de sufrir; una nobleza y un ejército sin ninguna disciplina, y con mucha presuncion como sucede siempre en las guerras civiles; y una fidelidad muy sospechosa en medio de aquellos pretendientes, que podian hacer dudar donde estaba el derecho y donde podria estar el triunfo. Era pues necesario que los macedonios recobrasen la confianza en sí mismos, atraérseles y unirlos con el lazo de la disciplina; de modo que pudiesen luchar con ventaja contra los que estaban acostumbrados á considerarles como de fácil vencimiento: esto en cuanto á lo interior. En cuanto á lo exterior era necesario que las fronteras quedasen despejadas: rechazar á los ilirios por la derecha, á los tracios por la izquierda, y echar á la mar á los griegos que impedian á Macedonia el acceso al litoral. Este fué el primer plan, plan de emancipacion; el segundo debia ser de conquista. De aquella Macedonia pacificada y vuelta á la posesion de sus límites naturales; de aquella fortaleza que domina la Grecia, saldrá Filipo hacia el O. para invadir la Iliria y hácia el E. para someter la Tracia. Querrá tener una mano sobre Bizancio, llave del Euxino, y otra sobre las Termópilas, llave de la Grecia. Conseguido esto, la conquista del imperio persa será cosa muy hacedera. Filipo, diga lo que quiera uno de sus modernos historiadores, no concibió al principio tan gigantesco designio. Sus esperanzas fueron brotando á proporcion de sus triunfos. Su plan fué creciendo con su fortuna, y estaba tan bien concebido en su orígen para sus reducidas proporciones, que despues convino perfectamente con las mas elevadas miras. Y basta esto para la gloria de Filipo, sin que sea necesario atribuirle la prevision de sucesos venideros, veinte años antes de que tales sucesos fuesen posibles. Debemos añadir que las etapas que hemos mencionado las siguió Filipo; su hijo no le reemplazó sino á la última; y aun en ella hubiera precedido á Alejandro, sin la puñalada que le sorprendió en la fuerza de la edad, la fortuna y el genio.

Primero, para separar á Atenas del partido de Argeo, declaró que dejaria á Anfípolis independiente. Por medio de dádivas distribuidas con acierto, consiguió que los ilirios se retirasen y que los tracios permaneciesen impasibles. Argeo invadió á Macedonia antes de que los atenienses se separasen completamente de su causa; pero fué derrotado y probablemente muerto; y la

tropa de su mando, cercada en una altura, no tuvo mas remedio que rendirse. Habia entre ellos algunos atenienses, y Filipo los colmó de presentes y les hizo volver á su patria, precediendo á unos enviados suyos, que eran portadores de una carta del rey al pueblo de Atenas. Semejante proceder era siempre de resultado seguro entre los atenienses: así fué que se celebró la paz. Libre ya por este lado, se revolvió contra los que el dia anterior le imponian condiciones humillantes. Derrotó á los peonios obligándoles á reconocerse feudatarios suyos, y á los ilirios que le cedieron todo el territorio al oriente del lago Licnitis, con los pasos de las montañas que desde entonces podria cerrarles.

Tales triunfos merecian una recompensa: la corona ciñó las sienes del que en tan poco tiempo habia levantado á tan alto punto la Macedonia. Filipo conservó su sobrino á su lado y le casó con una de sus hijas. Otro le hubiera dado muerte; pero Filipo, apoyado en sus servicios y en su popularidad, podia entregarse sin riesgo á la confianza. Por otra parte, ningun príncipe absoluto se ha valido tanto de los medios que se emplean en los Estados libres para congraciarse con el pueblo. Siempre se le veia reunir y arengar por sí mismo á sus tropas. Su popularidad debia legitimar su usurpacion y las reformas que estaba meditando.

El prolongado abatimiento de Macedonia era efecto de la mala organizacion del ejército, y de las pretensiones anárquicas de los nobles. Filipo se aprovechó de los peligros que corria el pais para someterlo á la mas severa disciplina. Acostumbró á sus tropas á hacer con armas y bagajes marchas de 300 estadios cada dia (55 kilómetros). Prohibió á los soldados y aun á los oficiales el uso de carruajes, y no permitió que los ginetes llevasen mas de un criado cada uno; así como á los infantes uno por cada diez. Dicen que despidió de su servicio á un extranjero que habia hecho uso de los baños calientes, y á dos generales que habian introducido una cantatriz en su campamento. Un jóven noble, que en una marcha se desvió para ir á apagar su sed, fué apaleado, y otro que confiado en el favor del rey salió de las filas, fué condenado á muerte. La muchedumbre veia sin enojo esos castigos semibárbaros del príncipe, porque eran motivados por la molicie y la insolencia de los grandes, que tantas veces la habian

irritado. Otra precaucion tomó Filipo contra ellos, cual fué la de hacer que enviasen sus hijos á la corte. Llegó á ser una honra el pertenecer á los guardias del rey, cuerpo que, lo mismo que la caballería, se compuso unicamente de jóvenes de las clases mas elevadas. Por este medio se procuraba Filipo rehenes ó garantías. No satisfecho con hacerse cortesanos con aquellos nobles, medio empleado muchas veces por los reyes para amansar las aristocracias, quiso tambien que fuesen letrados para que le sirviesen en las mas delicadas cuestiones diplomáticas, y para que compitiesen con los griegos en instruccion y elocuencia. El núcleo del ejército fué la falange, cuya primitiva idea pertenecia al sistema militar de Epaminondas. La falange presentaba una gran masa de hombres, masa compacta de 16 de fondo, cubiertos de fuertes armaduras, cuyas armas eran la espada y la *sarisa*, pica de siete metros de largo, cuya acerada punta protegia al hombre de primera fila á seis metros de su pecho; de manera que el de segunda fila hacia salir su lanza á cinco metros delante del de primera; el de tercera, á cuatro, y así los demás, hasta el de la sexta fila, cuya lanza sobresalia un metro del pecho del de primera. Aquello era en efecto, como dice Plutarco, un animal monstruoso erizado de hierro. En terreno llano nada podia resistirle.

El ejército se componia al principio de 10.000 hombres; Filipo lo fué aumentando siempre hasta elevarlo á 30.000. Esta fuerza de armas, considerable, atendida la extension del reino, y puesta en constante actividad bajo un gobierno belicoso, adquirió una importancia tal, que vino á hacer de Macedonia un despotismo militar. Las prerogativas de que hasta entonces habia gozado la nacion pasaron al ejército, sobre todo en tiempo de Alejandro. Una de estas prerogativas consistia en el derecho que tenia el pueblo para juzgar á los reos de Estado, y despues se vió á Alejandro que en muchos casos de alta traicion consultó á sus soldados.

Aun no habian trascurrido dos años desde la muerte de su hermano, y ya Filipo habia pacificado y casi reconstituido la Macedonia. Hallábase organizado un poder único y fuerte; organizaba además un ejército considerable; en la nacion se habian reconciliado los ánimos; conteníase severamente toda pretension descompuesta. Las victorias alcanzadas se considera-

ban como preludio de otras; puesto que si Filipo era fuerte, el suelo por otra parte no era ingrato. Habia en aquellos alrededores pueblos bárbaros á quienes se trataba de dirigir tan solo. Las guerras civiles, léjos de amortiguar aquella energía, quizás la habian fortalecido; porque sucede muchas veces que si no matan un Estado lo robustecen.

Macedonia se extiende hasta el mar; conquista de Anfípolis y de Pidna (358); de Crènides (356).

Macedonia, relegada hasta entonces entre los países bárbaros, no podia hacerse lugar en el mundo griego sino convirtiéndose en potencia marítima, así como Rusia no ha llegado á ser potencia europea hasta el dia en que tomó posesion de San Petersburgo y de las costas del Báltico. Pero entre Macedonia y el mar se alzaban numerosas fortalezas de Atenas y sus aliados, como el premio destinado al valor, en medio de la arena. Filipo quiso hacerlas suyas. Dirige sus primeras miradas á Anfípolis, que por su posicion en las bocas de un gran rio podia abrir ó cerrar el mar á Macedonia y el valle del Estrimon á los atenienses. Poco tiempo antes, el rey, débil aun y amenazado, renunciara á toda pretension sobre aquella ciudad; pero ahora se cree ya bastante fuerte para tomarla. Querellas motivadas á propósito le sirvieron de pretexto para atacarla, y así lo hizo. Sin embargo, inspirábanle temores Atenas y Olinto. Esta, humillada por Lacedemonia, debia su elevacion al decaimiento de los espartanos; pero no habia reformado la gran confederacion á cuyo frente se colocara en 382. Si las dos ciudades se unian, fracasaba el proyecto de Filipo. Con un tacto maravilloso y una doblez de que dió en el curso de su vida mas de un ejemplo, compró la defeccion de Olinto, cediéndole la ciudad de Antemoo; á los atenienses les persuadió de que iba á hacer aquella conquista para ellos, á condicion de que le permitiesen ocupar á Pidna, que en tiempo de Amintas se habia separado de Macedonia para hacerse aliada de ellos. Cuando despues, encerrados los anfipolitanos dentro de sus murallas, ofrecieron á los atenienses que se les entregarian, Filipo reiteró á estos su promesa en una carta. Los atenienses, que entonces tenian ocupada su atencion en otra parte, fiaron en la lealtad del rey, y desoyeron el ofrecimiento de

Anfípolis. La ciudad fué tomada (358) y segun parecé no fué objeto de tanto rigor como dice Demóstenes. Filipo se limitó, segun dice Diodoro, á desterrar á los pricipales ciudadanos del partido contrario. Por lo que tenia tratado con los atenienses, no les debia entregar á Anfípolis, hasta que ocupase á Pidna. Sitió inmediatamente esta plaza, entró en ella por traicion, y siguió ocupando á Anfípolis. Atenas quedó burlada.

El enojo de esta ciudad hacia posible una nueva liga con los olintios; pero Filipo los hizo suyos prometiéndoles entregarles á Potidea, que entonces estaba ocupada por una guarnicion ateniense. Potidea fué tomada, quizás por medio de una traicion, como Pidna, y el rey, fiel á su palabra, por conveniencia, la entregó á los olintios (357); pero trató con toda deferencia á la guarnicion ateniense, y la permitió volver á su patria, diciendo que queria vivir en paz con Atenas. En todo esto las apariencias eran muy legítimas: Filipo no atacaba, sino que, como aquel czar de Rusia que queria apoderarse de Constantinopla, recogia las llaves de su casa.

La toma de Anfípolis le ponia en contacto con Tracia; además de las maderas de construccion del valle de Estrimon, le hacian mucha falta las minas del monte Pangeo. Apoderose de Crénides, cuya poblacion aumentó con una colonia que llevó su nombre, y las minas de oro de sus cercanías, que hasta entonces habian dado muy escasos rendimientos, produjeron bajo la administracion de Filipo una renta anual de mas de mil talentos, que le sirvieron para comprar en todas partes soldados y traidores.

Nueva confederacion ateniense; guerra social (357-355).

¿Cómo permitieron los atenienses que así se fuese extendiendo lo largo de las costas del mar Egeo? Por el estado en que se hallaba el interior de su república y las muchas dificultades en que se veian envueltos. En cuanto á lo exterior; Atenas no habia podido recobrarse del golpe que recibiera un siglo antes, por mas que la alianza de Tebas contra Esparta y de Esparta contra Tebas la hizo volver á desempeñar un papel importante, y la permitió reanudar algunos de los lazos de su confederacion pasada. Aleccionada por la experiencia, habia

preferido establecer sobre mejores bases sus relaciones con los aliados, y entre sus mismos ciudadanos, y repartir con mayor equidad las cargas públicas, formando una nueva estadística de sus propiedades en el Atica. Pero habia vuelto á sus ideas de conquista. Timoteo se habia apoderado de Samos, de parte del Quersoneso de Tracia, y de veinte y cuatro ciudades de Calcidia. La bandera de Atenas flotó otra vez en el Helesponto y á lo largo de las costas de Tracia; los pobres recibieron otra vez terrenos en aquellos dominios de la república, y la política de la metrópoli tuvo que sujetarse á las relaciones amistosas ú hostiles que se establecieron entonces á tanta distancia. Despues de Leuctres, Tebas se alarmó al fijarse en su prosperidad renaciente, y lanzó al mar una flota al mando de Epaminondas, que obligó al ateniense Laqués á emprender la retirada. Si es cierto lo que Diodoro dice, Quio, Rodas y Bizancio se vieron obligadas á unirse á la liga tebana (363). La muerte de Epaminondas interrumpió aquellos triunfos y devolvió á Atenas su preponderancia marítima. En 362 hizo alianza con los sátrapas que se habian rebelado en el Asia Menor; esperó por aquel tiempo recobrar todo el Quersoneso de Tracia por los triunfos de Timoteo sobre Cotis, y despues del asesinato de este príncipe, por medio de un tratado con los jefes tracios que se disputaron su reino. En 358, un esfuerzo vigoroso la puso en posesion de dicha provincia; la misma Eubea se vió arrastrada á su partido, gracias á una resolucion digna de los mejores tiempos de la república. Un cuerpo de tropas beocias habia desembarcado en Eubea; Timoteo lo sabe y exclama lleno de indignacion: «¡Los tebanos están en la isla, y vosotros deliberando! ¡y no volais al Pireo y no cubrís la mar con vuestras naves!» Dióse inmediatamente un decreto; pero todos los trierarcas que debian servir aquel año habian cumplido el término de su empeño, y no habia nadie á quien legalmente se pudiese obligar al armamento de una galera. El patriotismo de los particulares proporcionó, lo mismo que en Roma, al Estado lo que el tesoro público no podia darle. Los ciudadanos se impusieron voluntariamente el pago de cierta cantidad, y cinco dias despues, la flota ateniense vogaba hácia Eubea, rechazando al enemigo. Entre aquellos patriotas se hallaba Demóstenes. Desgraciadamente actos como este que en

otro tiempo eran comunes en la vida de los atenienses, ya no eran despues mas que una pasajera ráfaga de civismo. Los trierarcas que percibian del Estado cierta suma de dinero para equipar los buques, subarrendaban con rebaja de precio la empresa á aventureros menesterosos. Estos se cobraban de lo que habian pagado de más, apelando á rapiñas y exacciones; los mismos generales lo hacian sin escrúpulo alguno de conciencia. Cares robaba parte de los fondos que debia entregar al tesoro, y compraba la impunidad asalariando á los principales oradores.

Así era que con la mejor intencion del mundo los atenienses habian llegado á fatigar la paciencia de sus aliados, sin que en cambio pudiesen ofrecerles eficaces auxilios. En la primera mitad de la guerra del Peloponeso, era tal la superioridad de la marina ateniense, que, marinos y almirantes, estaban animados de una confianza que duplicaba sus fuerzas. Ningun enemigo, ni aun siendo superior en número, se atrevia á resistirles. Hoy dia, merced al *condotierismo*, su adversario deshace soldados constructores y pilotos. Tebas puede recorrer impunemente el mar Egeo con la primera flota que armen sus ciudadanos. Como por via de ensayo, Alejandro de Féres vence á una escuadra ateniense, y entra en el Pireo. Saqueó á Tenos, vendió á sus habitantes, asoló las Cícladas y sitió á Preparetos (362). En medio de esta confusion volvian á parecer los piratas que, despues de enriquecerse, conquistaban alguna ciudad de la cual se hacian tiranos. El antiguo pirata Caridemos se apoderó en la costa de Asia de Scepsis, Cebre é Ilion, donde reinó.

Supuesto que ya no habia seguridad ¿á qué sostener una confederacion costosa é inútil? «El dinero que sobraba de las contribuciones de los aliados, dice Isócrates, se distribuia á cada espectáculo durante las fiestas de Dionisiacas en medio de una multitud de espectadores, en presencia de los aliados, testigos de las dádivas con que, con lo mejor de sus bienes, halagaban al pueblo los oradores mercenarios.» En 357 rompieron abiertamente con Atenas, y comenzó la guerra *social*.

Quio, Co, Rodas y Bizancio estaban á la cabeza de los aliados rebeldes; su liga disponia de 100 buques; Atenas tuvo al principio 60, á las órdenes de Cares y Cabrias, que pusieron sitio á Quio. En un atrevido ataque al puerto, Cabrias se encontró solo en

medio del enemigo, y prefirió morir á abandonar su buque. Esta derrota determinó á los atenienses á dar otros 60 buques á Ifícrates y Timoteo. Reunidos á Cares hicieron rumbo á Bizancio, para atraer hácia aquel lado á los enemigos, que estaban asolando las islas que permanecian fieles, como eran Lemnos, Imbros y Samos. Las flotas se encontraron frente á frente en el Helesponto. La lucha era inminente, pero la violencia del viento impidió que se trabase. Cares queria luchar á despecho de la tormenta; Ifícrates y Timoteo no querian; y cuando atacó le dejaron solo. Por esto les acusó él de traicion, y el pueblo les mandó que se presentasen. Cáres, que se encontraba solo, vendió sus servicios al sátrapa Artabazo, que se habia rebelado, y así tuvo con que pagar á sus tropas. El pueblo aprobó al principio su conducta; pero la amenaza que hizo el gran rey, de enviar 300 buques á los aliados, les determinó á firmar la paz con estos, despues de una guerra de tres años, cuyos pormenores son poco conocidos, y que fué causa de la defeccion de Corcira. Atenas reconoció la independencia de los confederados, con lo cual perdia sus aliados mas importantes y los tributos que la pagaban. Su hacienda y su comercio estaban arruinados; su confianza en sí misma muy debilitada, y era mayor que nunca el decaimiento del espíritu público (356). El pueblo, en vez de acusarse á sí mismo. se quejó de sus jefes. Timoteo que por su carácter perdia la popularidad que le daban sus servicios, fué condenado á una multa de 100 talentos, y no pudiendo pagarla, se retiró á Calcis, donde terminó sus dias. Ifícrates se salvó intimidando á sus jueces, pero desde aquel dia de-
el servicio. Atenas se veia privada de sus dos mejores generales
jó por una sentencia inicua (354).

Isócrates y Demóstenes.

Por aquel tiempo vió la luz un escrito famoso; el que Isócrates compuso en forma de discurso *sobre la paz*, probablemente antes de que la paz se negociara, á no ser que la minuciosa lentitud del escritor, no lo convirtiese en uno de esos alegatos póstumos aparatosos, que se presentan cuando ya para nada sirven. Discípulo del mismo maestro que Platon, deseaba Isócrates aplicar á la práctica los grandes principios de equidad que Sócrates habia enseñado. En el discurso sobre la paz domina una elevada idea

moral. El pensamiento fundamental es que solo la justicia puede asentar imperios duraderos, y que todas las desgracias de Atenas provenian de no haber respetado la justicia. Isócrates creia que la opresion en que gemian los aliados les habia inducido á sublevarse contra Atenas; atribuia esta opresion á la corrupcion del pueblo, los ejércitos y los generales, y esta corrupcion al dominio del mar, que ya habia perdido á Lacedemonia. De ahí la conclusion siguiente: Atenas debia renunciar al dominio marítimo, aun cuando llegasen á ofrecérselo.

Creia Isócrates que una prudente moderacion y un razonable temor eran las únicas condiciones que podian hacer la felicidad de los Estados, y la de los particulares. Llamaba edad de oro de Atenas á la época de Arístides y Temístocles, olvidando que Temístocles fué el que echó los cimientos de aquel poderío marítimo y Arístides el que lo habia organizado, y que sin aquel poderío, Atenas hubiera caido á los golpes de Jerjes y de Esparta. No mas guerra; desármese todo; los ciudadanos ricos, agobiados por las contribuciones, podrán respirar al fin; los atenienses no se envilecerán confiando sus armas á los mercenarios; el comercio florecerá de nuevo; Atenas abandonada por los extranjeros, los verá acudir en gran número á su recinto; los aliados, al ver su desinterés, volverán á ella sus miradas y su afecto; irán por sí mismos á ampararse de aquel imperio que hasta entonces se les habia impuesto por la violencia, y vendrá á nosotros el reinado de la justicia. Así despues de acusar de todos los males al dominio naval, Isócrates iba á parar á él sin conocerlo. Ocupado en dar armonía á sus períodos, llegaba á la conclusion olvidado de las premisas. Quería lo que en Grecia era menos posible que en cualquier otra parte: un imperio fuerte con ciudades perfectamente independientes; demostrando una vez mas que no siempre están divorciadas la utopia y la moderacion temerosa.

Hablamos con este detenimiento del escrito y del hombre; porque los dos eran la expresion de un partido, cada dia mas grande. Esta débil escuela es la que un dia ha de acariciar otra quimera: la reconciliacion de Filipo y Grecia. Se figurará que el último término de la prudencia consiste en esa política que no conoce las imperiosas necesidades de las cosas, y retrocede de espanto cuando deberia tomar una resolucion enérgica ó sostener

una ardiente lucha. La justicia siempre y en todas partes, la moderacion tambien; pero con tal de no retroceder ante ningun peligro, de no sufrir con humillacion las injurias, de no ser insensible á las provocaciones; porque la moral de un Estado no es la de un filósofo solitario.

Frente á frente de esta escuela y del tímido anciano que ni aun se atrevia á hablar en público, se levantaba otro partido, otro hombre y otra elocuencia. Las censuras de Isócrates, envueltas en tantos ambajes filosóficos llegaban á los atenienses, mas no penetraban en su ánimo. Si hubiesen podido recobrar la actividad y alguna de sus antiguas virtudes, hubiera debido ser por medio de Demóstenes, al sonido de aquella voz animada por la pasion, y lanzada como el violento rayo; casi sin precaucion y sin arte en la apariencia: tan rápidas y ardientes eran sus palabras. Compárese, para ver la diferencia que hay entre el retórico y el hombre de Estado, el discurso de Isócrates sobre la paz con el de Demóstenes sobre la guerra con Persia; los dos son casi del mismo tiempo y se diferencian poco en su objeto (1).

Cuando Demóstenes era niño, le llamaban sus compañeros Argos, para indicar la aspereza de su carácter. Su padre era un famoso armero que tenia un vasto taller y muchos esclavos; pero murió siendo su hijo muy tierno todavía. Sus tutores le despojaron de parte de lo que le correspondia, y ni siquiera los gastos de su educacion pagaron. Acompañóse con Iseo, *el impetuoso*, cuya varonil elocuencia cuadraba bien á su carácter, y estudió á Tucídides con tanta aficion, que aprendió de memoria sus ocho libros de historia. Cuando llegó á la mayor edad, defendió él mismo su causa contra sus tutores, y consiguió que los condenasen á restituirle lo que le habian quitado (366). En la tribuna pública tuvo muy mal estreno. Sus largas frases, su dificultoso estilo, su voz débil y su escaso aliento causaban risa. El comediante Satiros le animó manifestándole que su principal defecto consistia en el modo de decir, y desde entonces se dedicó Demóstenes con una tenacidad invencible á corregirse de sus defectos naturales. Plutarco, que tan aficionado es á exagerar las cosas, dice que Demóstenes se mandó hacer un cuartito subterráneo, á donde iba

(1) Es el περὶ συμμοριῶν ó como lo llamaba el mismo Demóstenes, el περὶ τῶν βασιλικῶν del año 354. El habia nacido hácia 382.

todos los dias á estudiar y corregir su voz y sus ademanes; y què muchas veces se encerraba allí con dos ó tres amigos suyos, y que para que la vergüenza le hiciese resistir al deseo de salir á la calle, se afeitaba la mitad de la cabeza. Otras veces subia á toda prisa por una montaña recitando versos en voz alta; ó recorria la orilla del mar, con unas piedrecitas en la boca, para que su lengua se acostumbrase á vencer dificultades, y allí procuraba que se oyese su voz á pesar del ruido de las olas. Bien se comprenderá que para un hombre como aquel, acostumbrado á tamaños esfuerzos, poco temibles debian ser las tempestades en la plaza pública.

Desde el momento en que Demóstenes pudo tomar parte en los asuntos de Estado, su idea predominante fué la ambicion del rey de Macedonia. El dió á Licurgo, á Hegesipos y á Hipérides el auxilio de su poderosa palabra, y fué el alma de aquel partido generoso que queria la independencia de Atenas y de Grecia. Sobre todo aquel partido, incluso Demóstenes, cayó una sentencia de la pública reprobacion, por haber abrazado una causa mala é irrealizable. Grande era su proyecto, y poco faltó para que se realizara. Los triunfos de Filipo llevaron á Alejandro á la conquista del Oriente. La civilizacion del mundo ganó en el contacto de las civilizaciones griega y asiática; pero la vida variaba de sitio: desde Atenas pasó á Rodas, á Pérgamo, á Esmirna, á Efeso, á Alejandría... y el resultado de la dominacion macedónica fué la muerte de la Grecia de Europa. Y como la vida es la primera condicion de un pueblo, la eterna gloria de Demóstenes consiste en haber conocido que aquella potencia que se alzaba al N. iba á matar á su patria, y en haber dado su genio y su vida para salvarla. Nosotros que para indemnizarnos de la muerte de aquel pueblo aniquilado tenemos la nueva Grecia que Alejandro iba sembrando como Cadmo, por donde quiera que pasaba, y el gran movimiento filosófico y religioso que produjo la mezcla de naciones y sistemas; nosotros colocados en el punto de vista de la historia general, estamos por Filipo y Alejandro; pero si nos colocamos en el punto de vista griego, estaremos por Demóstenes.

Vamos á presenciar el extraordinario duelo del hombre, que armado solo de su palabra, hace titubear, detiene y mas de una vez rechaza á un rey triunfador y poderoso.

Sucesos de Tesalia y comienzo de la guerra sagrada (357—352).

Demóstenes parecia no resolverse á comenzar el ataque. En su discurso sobre la guerra con Persia (354), ni aun hizo mencion de Filipo al ocuparse de los peligros que podia correr Atenas. Cuando el rey envió aquel mismo año algunas tropas al tirano de Calcis, en Eubea, contra otro tirano de Eretria, Demóstenes aconsejó al pueblo que no socorriese á este, y bien contra su parecer encargaron á Focion aquella empresa que tuvo buen éxito y de la cual temia el orador que saliese una guerra prematura. Demasiado pronto llegó el momento de renunciar á toda consideracion y dar la voz de alarma.

Entretanto tambien contemporizaba Filipo. En el año 359 habia reconstituido la Macedonia; en 358 tomó á Anfípolis y Pidna y en 357 á Potidea. Para dejar que se calmasen los temores, se detuvo en medio de sus triunfos. Pero aquel tiempo de descanso no fué perdido: mejoró la administracion de sus Estados; completó la organizacion de su ejército y su hacienda, observándolo todo en silencio en lo interior y en lo exterior; leon y zorro, escudriñando y siempre pronto á dar el salto. A fines de 357 pasó muchos meses en las fiestas que siguieron á su matrimonio con Olimpias, hija de Neoptolemo, rey de Epiro. Esta aficion al placer hacia creer á sus enemigos que iba degenerando. Pero su mismo casamiento era un acto de política que le proporcionaba un aliado detrás de la Iliria y de Grecia. En 356 desbarató los proyectos de los reyes de Tracia, Peonia é Iliria, que se habian coligado contra él, fundó la ciudad de Filipos, para tener seguras las minas del monte Pangeo, y recibió una tras otra las tres noticias siguientes: Parmenion, su mejor general, habia vencido á los ilirios; sus caballos habian ganado el premio en los juegos olímpicos, y su mujer acababa de darle un hijo, que era Alejandro. Entonces fué cuando escribió á Aristóteles: «Sabrás como tengo un hijo, y doy gracias á los dioses, no tanto por habérmelo dado, como porque ha nacido viviendo tú. Espero que educado é instruido por tí, será digno de mí y de mi imperio (1);» carta que honra tanto al rey que la escribió, como al filósofo á quien iba dirigida.

(1) No se puede responder de la autenticidad de esta carta, á pesar del testi-

El triunfo de los juegos olímpicos no era un suceso del todo indiferente. Era señal de la resolucion que Filipo habia tomado de introducirse en el mundo griego. Antes de arrebatarle su libertad le quitaba sus coronas. Ya las revoluciones y la guerra trabajaban para él en Tesalia y en Fócida. Alejandro de Feres habia muerto asesinado por sus cuñados Tisifonos, Pitolaos y Licofron, á instancias de Tebe, su mujer. Una noche mientras dormia le quitó ella la espada y se llevó los feroces dogos que guardaban la puerta de su cuarto. Sus hermanos vacilaban, y ella para determinarlos les amenazó con despertar al tirano (359). Sus matadores le habian sucedido en el trono; primero Tisifonos y Tebe, y despues, en 353 Licofron. Los alébadas creyeron llegado el momento de derribar á aquella tiranía degenerada, y pidieron ayuda á Filipo. Este sitiaba entonces á Metonea que se resistia heróicamente, y en donde recibió una herida que lo dejó tuerto. La ciudad no tuvo mas remedio que rendirse, y él la arrasó privando así á Atenas de un punto de apoyo en las costas de Macedonia. Libre ya de este cuidado, respondió al llamamiento de los alébadas; entró con un ejército en Tesalia, derrotó á Licofron á pesar del socorro de 7000 hombres que de Fócida habia recibido, y salió al encuentro de los atenienses en Pagases, puerto de la ciudad de Feres (353). De modo que, merced á las disensiones de los tesalos, Filipo habia conseguido sentar la planta en su territorio. Ocupaba, si así puede decirse, el vestíbulo de Grecia; ya no tenia mas que atravesar el umbral. Una antigua institucion religiosa, parece que ya entonces habia despertado añejas pretensiones que le sirvieron de pretexto.

Algun tiempo despues de la batalla de Leuctres, el antiguo tribunal de los anfictiones condenó á los lacedemonios, á solicitud de los tebanos, á una multa de 500 talentos, que no habian pagado, en castigo de la sorpresa de la Cadmea. Otra multa habia sido impuesta á los de Fócida, por haber aplicado al cultivo ciertas tierras consagradas á Apolo. La sentencia contra estos decia que en caso de no querer verificar el pago, caeria su territorio bajo el anatema, y seria consagrado á la divinidad, lo cual queria decir que seria devastado y ocupado por los sacerdotes de Delfos.

monio de Aulio Gelio y de Dion Crisóstomo. Se sabe empero que Aristóteles era amigo de Filipo desde la infancia.

Uno de los principales focenses (Filomelos), dijo á sus conciudadanos que seria bajeza someterse á decreto tan injusto dado á instancias de sus enemigos los tebanos, y les recordó, citando en su apoyo un verso de Homero, que el patronato del oráculo de Delfos les pertenecia; sostuvo en seguida que debian recobrarlo, y aun se comprometió á que él haria que lo recobrasen. Los focenses le hicieron su general y le dieron poderes ilimitados. Fuese á Esparta y obtuvo la alianza del rey Arquidamos; pero no atreviéndose este á ayudarle ostensiblemente, le dió quince talentos. Filomelos dobló esta suma con su propio dinero, y tomó á sueldo un cuerpo de mercenarios que unió á mil focenses escogidos. Con estas fuerzas se apoderó del templo, mató á los trácidas (1) que lo guardaban, vendió sus bienes en subasta, despues de lo cual tranquilizó á los pobladores de Delfos, prometiéndoles que no se cometerian mas violencias. Los locrenses que se armaron contra él fueron derrotados, y tuvo tiempo suficiente para levantar una fortificacion al rededor del templo, y atrajo á sus banderas con el cebo de una buena paga á gran número de mercenarios, con los cuales fueron cinco mil los hombres de su mando. Entretanto envió embajadores á todas las ciudades, para que hiciesen presente que los focenses se limitaban á recobrar su derecho de proteccion sobre el templo, y para ofrecer que darian cuenta á todos los griegos de las ofrendas consagradas. Pero los beocios por su parte solicitaron á los tesalos y demás miembros del cuerpo anfictiónico para que declarasen la guerra á los focenses por sacrílegos, y en seguida se formó contra ellos una liga considerable. Solo los atenienses, los lacedemonios y algunos pueblos del Peloponeso se negaron á formar parte de ella, sin que por eso favoreciesen mucho á los focenses.

Para oponerse á esta liga Filomelos tuvo que hacer lo que no deseaba todavía, como fué echar mano del tesoro sagrado. «Mas ningun hombre de piadosos y honrados sentimientos permaneció bajo sus banderas; al paso que todo cuanto habia de mas indigno, todos los que preferian el dinero á los dioses, se unieron á él, y así reunió en breve un poderoso ejército, compuesto todo de impíos dispuestos á profanar los templos.» Diez mil eran sus soldados: los locrenses fueron otra vez vencidos. No tu-

(1) Así se llamaban las familias que gobernaban en Delfos.

vieron mejor suerte los tesalos que avanzaron con seis mil soldados; pero los beocios que acudieron en doble número, sorprendieron á los focenses, cerca de Titorea. Filomelos, próximo á caer en manos de sus enemigos, despues de combatir como un valiente, se precipitó de lo alto de un peñasco y murió.

Reemplazóle su hermano Onomarcos, que empleó con audacia los tesoros de Delfos en atraerse soldados y en hacerse con amigos en las ciudades griegas; asoló la Lócrida y hasta se apoderó de Orcomena. Estaba sitiando á Queronea, cuando la llegada de un ejército beocio le obligó á volverse á Fócida. Al mismo tiempo le llamaba al N. el tesalo Licofron, que se veia amenazado por Filipo. Un socorro de siete mil focenses que le envió al mando de su hermano el jóven Paylos, fué insuficiente. Entonces acudió personalmente, venció dos veces al rey obligándole á retirarse á Macedonia, y volvió á Beocia para apoderarse de Coronea. Durante este último movimiento, Filipo volvia á entrar en Tesalia con veinte mil hombres y tres mil caballos. Onomarcos le salió al encuentro, y quedó completamente derrotado. El ejército focense tuvo seis mil muertos, y tres mil prisioneros que fueron arrojados al mar como sacrílegos. Los soldados del rey, defensores de Apolo, habian ido al combate llevando encima del casco el laurel sagrado. El cuerpo de Onomarcos, recogido de entre los muertos, fué clavado en cruz; algunos focenses salvaron la vida echándose al mar y alcanzando á nado una escuadra ateniense que pasaba á vista de la playa.

Filipo, que se constituia en vengador de la religion ultrajada, tomó á su cargo el papel de libertador en Tesalia. Restableció en Ferés el gobierno republicano; pero al mismo tiempo se hacia dar, en concepto de indemnizacion por los gastos que habia hecho en la guerra, parte de las rentas de la provincia, y se apoderaba de las canteras y arsenales. Ocupaba á Magnesia y Pagases, donde encontró la flota preparada por Alejandro, que debia ser la base de la flota macedónica. De allí partieron á muy poco numerosos corsarios que infestaron el mar Egeo, crearon obstáculos al comercio de Atenas, saquearon á Lemnos é Imbros, y se atrevieron á ir á robar la galera sagrada en la costa de Maraton.

Filipo quiso seguir con su fortuna, y así como habia arreglado los asuntos de Tesalia, ir á arreglar los de Grecia y los de la re-

ligion en la misma Fócida, con cuyo objeto se dirigió á las Termópilas. Los atenienses que llegaron tarde á Pagases para salvarla de sus manos, habian corrido á lo menos á las Termópilas donde se fortificaron bien; en términos que Filipo tuvo que retroceder. Esta tentativa fué un rayo de luz para los que todavía dudaban; y en Atenas se dieron gracias á los dioses como podrian haber hecho despues de una victoria (352).

Failos, hermano de Onomarcos, le habia sucedido en el mando. Prodigando el oro del templo se hizo con gran número de soldados, y sus aliados se determinaron á socorrerle eficazmente. Atenas le dió cinco mil hoplitas, los lacedemonios mil, y los aqueos dos mil; Licofron, arrojado de Feres le proporcionaba otros tantos. Fué bastante fuerte para llegar á Beocia, mantenerse en su terreno á pesar de tres fracasos, apoderarse de todas las ciudades de la Lócrida epicnemidiana, y vencer á los tebanos que pretendian salvarlas. Sin embargo, el jóven y activo general estaba herido de una enfermedad que acabó prónto con su vida. El que le sucedió era Falecos, hijo de Onomarcos, á quien fué menester dar un guia, casi un tutor, Mnaseas, que murió muy pronto. Bajó el mando de aquel jóven, siguieron las hostilidades con varia fortuna. Comenzaban á cansarse uno y otro bando; los tebanos hasta se vieron en el caso de pedir socorros en dinero al rey de Persia, que les envió trescientos talentos: por todas partes vemos la mano del extranjero interviniendo en los asuntos de Grecia.

El momento pareció oportuno á los espartanos para recobrar en el Peloponeso el ascendiente que Epaminondas les habia hecho perder, y que Tebas, ocupada en otra parte, no podia disputarles, y atacaron á Megalópolis, á la que enviaron socorros Argos, Mesene y Sicion. Tebas hizo en su favor un grande esfuerzo, enviándole cuatro mil quinientos hoplitas y quinientos ginetes. Llegaron empero en socorro de Esparta tres mil focenses, y se equilibraron las fuerzas de tal modo, que despues de dos campañas inútiles firmaron la paz (351).

Primera filípica (352).

En tanto que las miradas de los griegos se fijaban en aquellos movimientos del interior, Filipo que ya estaba descansado de

las Termópilas, trataba de indemnizarse en Tracia. Avanzaba cautelosamente hácia el Quersoneso, que los atenienses habian recobrado hácia poco, y hácia Bizancio para cortarles la via del Euxino, de donde sacaban sus provisiones; pero Demóstenes seguia todos sus movimientos y prorumpió: «Pero ¿cuándo, cuándo cumplireis vuestro deber, oh atenienses? ¿Qué esperais, un acontecimiento ó la necesidad? ¡Por Júpiter! ¿qué necesidad mas apremiante para las almas libres que el momento en que se ve venir la deshonra? ¿O es que quereis andar siempre de un lado para otro de la plaza pública preguntándoos «qué hay de nuevo?» Pues ¿podria haber algo mas nuevo que un macedonio vencedor de Atenas y dominador de Grecia?—Ha muerto Filipo?—No, por Júpiter, no está mas que enfermo; pero que mas dá muerto que enfermo? Por muy mal que le fuese, como no seais mas previsores, no han de faltar Filipos; pues este tiene mas que agradecer á vuestra inercia que á sus propias fuerzas.» Señalando en seguida con el mayor acierto todos los defectos del gobierno de Atenas y el vicio y los desórdenes de los ejércitos mercenarios, y la ligereza del pueblo y sus resoluciones infructuosas, añadia: «Digo pues, atenienses, que debeis armar cincuenta triremos, y resolveros á montarlos vosotros mismos si necesario fuese. No me vengais con diez mil ni veinte mil extranjeros, grandes ejércitos que solo existen en los libros de las oficinas públicas. Yo quiero tropas que pertenezcan á la patria. Vuestros mercenarios solo saben vencer á nuestros aliados; dejan en paz al enemigo que avanza y conquista, y se embarcan y van á ofrecer sus servicios á Artabazo ó á otro cualquiera. Su general les sigue y ¿cómo extrañarlo? en cuanto deja de pagarles, deja de ser obedecido. Debemos pues, lo mas pronto posible, quitar el pretexto á los generales y á los soldados, asegurándoles la paga, y mandar al ejército conciudadanos nuestros que vigilarán la conducta de los generales. Mirad cuan digna de risa es nuestra política. Si os preguntan «¿teneis paz, atenienses?—No, contestais, no, por Júpiter, estamos en guerra con Filipo.» Y es verdad, porque todos los años nombrais diez taxiarcas, diez estrategas, diez filarcas y dos hiparcas; pero ¿qué hace toda esta gente? Fuera de uno á quien enviais al ejército, todos los demás andan luciendo el talle en las procesiones con los inspectores de los sacrificios. Vosotros haceis

como los que trabajan el barro, taxiarcas muy buenos para adorno, mas no para la guerra.» Ocúpase despues de la mala organizacion del ejército y de sus fatales dilaciones. «¿Sabeis porqué las Panateneas y las Dionisiacas, que os cuestan mas dinero que una expedicion naval, se solemnizan siempre el dia señalado, mientras que vuestras flotas siempre llegan tarde á Metona, Pagases y Potidea? Porque todo lo que concierne á las fiestas está dispuesto por la ley; porque no hay quien no conozca de antemano al corega y al gimnasiarca de su tribu; lo que debe hacer, cómo, cuánto y quién ha de pagarle; porque todo está previsto, nada se ha olvidado, nada se ha dejado al aire; pero en cuanto á guerra y á armamentos, no teneis órden ni regla alguna. A la primera alarma nombramos trierarcas, empezamos á cavilar sobre los recursos pecuniarios, decreta mas que se embarque el meteca, y despues el liberto y despues el ciudadano. Mientras se dan los decretos se pasa el tiempo, y se pierden las plazas que nos proponemos salvar, sin que hayamos echado un buque al agua »

Estas sencillas pinturas manifiestan claramente cuál era el estado interior de Atenas, los vicios de su administracion, los defectos del nuevo pueblo á que poco antes se referia Isócrates. Véase tambien cuanto conocia Demóstenes el peligro entonces temible. «Quizás en otro tiempo podiais obrar así sin riesgo alguno; pero mirad que viene la crísis; se necesita una pronta reforma. Filipo no se detendrá sino se le cierra el paso: esto es evidente.» Respecto á planes de guerra no proponia ninguno. «¿Por dónde empezar? (decia). Ataquemos ahora, atenienses; la misma guerra nos descubrirá la úlcera gangrenada del enemigo.»

En sus palabras habia exactitud y elocuencia. Aun no hacia diez años que Macedonia era el reino mas miserable, y su poder no parecia, ni con mucho, tan formidable como el de Lacedemonia. Sin embargo, Esparta habia caido ¿porqué habia de ser mas difícil la caida de Filipo? Demóstenes estaba en lo cierto, tan distante de los que cerraban voluntariamente los ojos al peligro, como de los que desesperaban de todo como Focion. Si al pedir reformas no era bastante explícito, consistia en que sobre ciertos puntos se necesitaba hablar con mucha prudencia. Un insensato decreto, provocado por el demagogo Eubolos, imponia pena de muerte á todo el que propusiera emplear en la guerra el dinero

destinado á las fiestas públicas, el *teoricon*; y la suma de este dinero se aumentaba todos los años, devorando lo mas efectivo de las rentas del Estado.

Demóstenes y aun mas que Demóstenes la noticia de una tentativa que habia hecho Filipo contra una fortaleza confiada á una guarnicion ateniense, entre Perinto y Bizancio, despertaron hasta cierto punto la energía del pueblo. Votóse un armamento considerable; pero sea que Filipo no estuviese preparado para una lucha directa con Atenas, sea á causa de una enfermedad que lo condenó á la inaccion, lo cierto es que no siguió adelante y estuvo mas de dos años sin dar que hablar á nadie. Sumido en los placeres y en los desórdenes, si hemos de dar crédito á Demóstenes, pero siempre activo, y ocupándose en hermosear su capital con monumentos magníficos, atraia junto á él á millares de artistas, derramando su oro corruptor por las ciudades griegas.

Las olinticas, toma de Olinto por Filipo (349-348).

Entretanto, en el centro de sus Estados, en Calcidia, veia Filipo una ciudad que se conservaba independiente; una ciudad cuya alianza compró un dia á muy alto precio con la cesion de Potidea, pero que tal vez á lo mejor volveria contra él sus armas: una espina en el corazon de Macedonia. Mientras Olinto no fuese suya, sus enemigos podian considerarla como una puerta que se podia abrir para darles entrada en su reino. Ciudad rica y capital de una confederacion de treinta y dos ciudades, Olinto era un obstáculo entre Macedonia y el mar. Hacia mucho tiempo que Filipo estaba meditando su ruina. El asilo que en su recinto habian encontrado dos príncipes macedonios que huian de su cólera, le decidió á intentar aquel gran golpe. Antes de atacarla cuerpo á cuerpo, la rodeó, apoderándose de las ciudades vecinas. Pocos meses despues de apoderarse de Apolonia, tomó y destruyó á Estagira en 349. El terror le abrió las puertas de otras muchas ciudades. «Es menester, dijo á los diputados olintios, que salgais vosotros de vuestra ciudad, ó yo de Macedonia.» Olinto pidió auxilio á Atenas.

Inmediatamente ocupa Demóstenes la tribuna, y presenta con rasgos de fuego los progresos y la pérfida política de Filipo: Olinto engañada con la cesion de Potidea, y Tesalia con la pro-

mesa de que le seria devuelta Magnesia. «Engañar á los pueblos bastante insensatos para dejarse seducir por el cebo de sus ofrecimientos, y cojerlos despues en las redes que les va tendiendo, he ahí el secreto de su grandeza.» Despues comparando esta política activa y sutil con la inercia del pueblo de Atenas, exclama: «¡Estamos durmiendo, atenienses, estais durmiendo!» y propone los verdaderos remedios: actos, reformas, un mejor empleo de las sumas malgastadas en fiestas y en distribuciones al pueblo. «No os maravilleis, atenienses, si mi opinion es diferente de las que profesais en vuestra mayor parte: cread nomotetas y no hagais nuevas leyes para ellos, porque lo que os sobra son leyes, al contrario, derogad las que ya hoy os estorban. Leyes teatrales, leyes militares, las nombro sin rodeos: estas son las que sacrifican por vanos espectáculos el sueldo del ejército á los que pertenecen ociosos en sus hogares, asegurando la impunidad á los soldados desertores, y por lo mismo relajando á los soldados fieles (1).» —«.....¿Qué hemos hecho? Hemos perdido nuestras provincias, hemos disipado sin provecho mas de mil quinientos talentos; la guerra nos habia devuelto nuestros aliados, y vuestros consejeros os los han hecho perder en la paz, y hemos aguerrido á nuestro formidable enemigo! ¡Si alguno lo niega, que salga y me diga de dónde, sino del seno de Atenas, sacó su fuerza ese Filipo!» «En cuanto á administracion interior que me citareis? ¿almenas blanqueadas, caminos reparados y fuentes restauradas... ¡vaya una gran cosa! Lo que debeis mirar es que los administradores de todas esas bagatelas eran pobres y hoy son ricos: cuanto mas ha decaido la fortuna pública, mas se ha levantado la suya. Todas las mercedes están en su mano; ellos son empeño para alcanzarlo todo, y vosotros ¡oh atenienses! enervados, mutilados en vuestras riquezas y en vuestros aliados, haceis el papel de supernumerarios, de criados! satisfechos cuando esos dignos jefes os distribuyen el dinero del teatro y cuando os arrojan una miserable pitanza, y para colmo de bajeza, besais la mano que os da una limosna de vuestro propio dinero..... Y esos desórdenes, ¡por vida de Ceres! que no me admiraria de que fueseis á

(1) *Segunda olíntica*. El órden cronológico de las tres olínticas ha dado lugar á muchas discusiones. Yo no tengo reparo en creer que la que pasa por ser la segunda fuese la primera. Las tres pertenecen al último mes de 350.

pegarme á mí que los cuento, en vez de pegar á los que los cometen! Porque la verdad es que á vosotros no os agrada que os hablen con franqueza; y ya me voy admirando de que tengais tanta paciencia para oirme.» Bien se echará de ver el atrevimiento que necesitaba Demóstenes para hablar así, sobre todo si se recuerda la pena impuesta contra los que propusieran la abolicion de las leyes teatrales (1).

Los atenienses obedecieron á Demóstenes solo á medias, olvidando el asunto principal de sus discursos: esto es, la reforma interior. No introdujeron la menor alteracion en la hacienda ni en el ejército; lo único que hicieron fué enviar á Ceres con treinta buques y dos mil mercenarios al socorro de Olinto; y aun esto, despues de la primera olíntica. Despues de la segunda enviaron á Caridemos y cuatro mil mercenarios; despues de la tercera, á dos mil trescientos soldados: esta vez todos de Atenas. Pero en tanto que los generales, servian mas de enojo que de socorro á los olintios, merced á sus desórdenes, Filipo compraba á los magistrados de la ciudad sitiada, que le abrian sus puertas. Entrególa al saqueo, vendió sus habitantes, y con su parte de botin pudo sembrar el oro con que acallar resentimientos, é hizo celebrar fiestas en Dion semejantes á las de Olimpia, con una magnificencia régia. Asistieron á los juegos gran número de extranjeros de toda la Grecia; Filipo hizo á todos buen recibimiento; sentó á su mesa á los mas distinguidos y los dejó maravillados y muy satisfechos con su trato y sus presentes. Esta era otra campaña, tan fecunda en resultados como cualquiera otra que hubiese podido hacer al frente de su ejército. Sus convidados llevaban al marcharse un funesto gérmen de corrupcion que se fué desarrollando en todas las ciudades, lo mismo que en Atenas,

Sorpresa de las Termópilas por Filipo y fin de la guerra sagrada (346).

Habia en Atenas un partido numeroso, que hablaba continua-

(1) El senador Apolodoro, que propuso se emplease en gastos de guerra, en vez de depositarlo en el teoricon el sobrante del tesoro público, fué condenado á pagar una multa, apesar de un decreto del pueblo, que por una unanimidad habia adoptado su proposicion. Demost· *adv. Neær.*

mente de las buenas intenciones del rey. Los unos estaban alucinados, los otros estaban vendidos; otros tambien desesperando de todo, á todo se resignaban. Sin embargo, no faltaban algunos, á cuyo frente se hallaban Demóstenes, el mismo Eubolos (que era uno de los jefes del partido de la paz) y Esquino, que proponian se reuniese un congreso en Atenas, para tratar de la union de todos los pueblos helénicos contra los nuevos bárbaros que en dos años acababan de destruir treinta y dos ciudades griegas. Este proyecto tuvo un comienzo de ejecucion. Enviáronse algunas embajadas; pero en cuanto circuló el rumor de que Filipo estaba dispuesto á entrar en tratos, decayó la actividad, y se le enviaron diez diputados, entre los cuales iban Demóstenes y Esquino. Este dice que Demóstenes al verse cara á cara con Filipo perdió toda su elocuencia, «y aquel hombre que durante el viaje prometia hacer todo lo imaginable, se quedó mudo en presencia del rey, despues de balbucear algunas palabras.» Sin embargo, los diputados recibieron de Filipo la promesa de que enviaria á Atenas plenipotenciarios para concluir un tratado. Fueron allá en efecto y recibieron el juramento de la república; y entretanto el rey destronaba á Kersobleptes y se apoderaba de las plazas fuertes del Quersoneso, considerando como buena presa todo lo que ocupaba antes de firmar la paz por su propia mano. Cuando por consejo de Demóstenes se le envió otra diputacion para recibir su juramento, empleó esta mas de 23 dias en llegar á Pella y aun tuvo que esperarle allí cerca de un mes. El astuto monarca fingia ignorar su llegada, é iba aumentando sus conquistas en el fondo de Tracia. A su regreso oyó á los embajadores, pero antes de contestarles les hizo ir hasta Feres, en Tesalia. Allí les manifestó que no podia consentir que en el tratado constase el nombre de los focenses. Los diputados se volvieron á Atenas, y apenas entraban en la ciudad, cuando Filipo se ponia en marcha y se apoderaba de las Termópilas. Mas adelante Demóstenes acusó á sus cólegas, en particular á Esquino, de haberse vendido á Filipo. Esquino, á nuestro entender, solo fué culpable de haber contribuido á esparcir entre sus conciudadanos la cándida confianza en las promesas de Filipo, que les perdieron. Pero siendo uno de los consejeros del pueblo, fué cosa muy pobre que tratase despues de justificarse, diciendo que se habia dejado llevar de la

corriente como todo el mundo. Solo Demóstenes habia visto el peligro, y nadie le habia hecho caso.

La guerra de Fócida que Filipo se proponia terminar, hacia diez años que duraba con éxito igual por una y otra parte. No habia ninguna potencia en Grecia que pareciese capaz de ponerle término. Tebas habia obtenido ya del rey de Persia trescientos talentos para poder luchar con los tesoros de Delfos; pero necesitaba un socorro mas directo, y solicitó el de Filipo. Este pasó las Termópilas y con solo presentarse se resolvió Falecos á retirarse al Peloponeso con sus ocho mil mercenarios. La expedicion no presentaba ningun peligro; pero no por eso dejó de caberle la gloria de haber sido el único vengador de los dioses.

Su primer cuidado consistió en convocar el consejo de los anfictriones para resolver sobre la suerte de Fócida. La tradicion antigua atribuia á aquella corporacion una autoridad religiosa y política muy indeterminada y vaga; pero como Filipo ponia á su disposicion una considerable fuerza de ejército bien podia fallar sobre cuanto se le ocurriera. Así decidió que Fócida dejaria de ser un Estado; que los que habian tomado parte en el despojo del templo serian juzgados y tratados como sacrílegos; que las veintidos ciudades de Fócida serian arrasadas y desparramados sus habitantes por las aldeas, ninguna de las cuales podia tener mas de cincuenta casas; que estos conservarian su territorio, debiendo pagar en cambio un tributo anual de sesenta talentos, para reparar las pérdidas experimentadas en el templo de Délos, apreciadas en diez mil talentos; que se romperian sus armas sobre la piedra, y los trozos serian arrojados al fuego, y que se venderian sus caballos sin que pudiesen poseer otros en lo sucesivo. Despues del castigo, las recompensas. La presidencia de los juegos pitios fué conferida á Filipo juntamente con los beocios y tesalos, y se transfirieron al rey de Macedonia los dos votos que en el consejo anfictiónico habian tenido los focenses (346). La religion daba muerte á la libertad.

Actividad de Atenas en desconcertar los planes de Filipo sobre el Peloponeso y Ambracia (346-343).

La noticia de los anteriores sucesos llenó de turbacion á toda la Grecia. Los atenienses fortificaron el Piréo, abastecieron las

fortalezas de las fronteras, y se obligó por medio de un decreto á los ciudadanos á que trasladasen á poblaciones cerradas todos los bienes muebles que tuviesen en el campo. Filipo creyó prudente retirarse á sus estados segun su táctica habitual, y al llegar la época de la asamblea pítia, envió una embajada á los atenienses para que reconociesen su título de anfiction, y lo consiguió.

Demóstenes en aquella ocasion habló en favor de la paz; porque era en efecto cuestion de paz ó guerra, y á pesar de sus recelos y su odio, cada vez mas sobreexcitados, no creia prudente romper con aquel motivo que hubiera resucitado contra Atenas la liga antes formada contra los focenses. Era preferible esperar mejores dias en que fuese Atenas la que pudiese formar la liga, pero en provecho suyo y contra Macedonia.

Lo que Atenas se proponia hacer con el tiempo, lo estaba haciendo Filipo en aquel mismo instante: procuraba aislar aquella ciudad del resto de la Grecia. En 345 se declaró protector de Mesena y escribió á los espartanos: «Si entro en Laconia, destruiré vuestra ciudad.» A lo cual contestaron ellos: «¡Si!» En Corinto, los habitantes apesar de su molicie, hicieron preparativos de defensa, y Diógenes, para no ser el único que permaneciese ocioso, hizo dar una vuelta á su tonel. Demóstenes recorrió el Peloponeso, combatiendo en todas partes las tramas de Filipo, que aquella vez no se salió con su intento.

En las arengas que dirigia á los del Peloponeso, insistia siempre en las perfidias del rey. Filipo juzgó necesario desvanecer aquellas prevenciones; y la ciudad que en medio de su abatimiento á lo menos conservaba mas que todas las demás, con los trofeos de Maraton y Salamina, el sentimiento de la resistencia al extranjero, vió á los diputados enemigos de Grecia presentarse en su recinto á disculpar al rey por sus perfidias. Entonces pronunció Demóstenes su segunda filípica (344), donde vuelve á recomendar la guerra, al ver que la ilusion de la paz se ha desvanecido ante la audaz conducta de Filipo. Recordó las palabras que anteriormente habia dirigido á los mesenios y los argivos para que se apartasen con horror de la amistad del rey, y les mostró á los tesalos que por su credulidad se habian perdido. Llamó particularmente la atencion sobre los traidores y so-

bre aquel partido macedónico que era el peor azote de la Grecia. «¿Quienes son esos que, hecha la paz, á mi regreso de la segunda embajada, cuando al ver á mi patria víctima de una fascinacion le predije las desgracias que la esperaban, protesté contra los traidores, y me opuse á dejar abandonadas las Termópilas y Fócida; ¿quienes son esos que decian que Demóstenes, como hombre aguado debia ser de humor atrabiliario y brusco, y que Filipo en cuanto hubiese franqueado el paso no tendria mas voluntad que la vuestra, fortificaria á Tespias y Platea, reprimiria la insolencia tebana, abriria á sus expensas el Quersoneso, y nos daria la Eubea y Oropos en indemnizacion de Anfípolis? Sí; todo eso os dijeron aquí, en esta tribuna, y sin duda lo rocordais todos muy bien, por mas que no tengais muy buena memoria para los traidores; y para colmo de ignominia frustrais las esperanzas de vuestros descendientes que quedan obligados á la paz por este decreto; ¿se puede dar decepcion mas completa?»—«Libradnos, oh dioses, decia al concluir, libradnos de la mas terrible prueba que podríamos tener de tantas perfidias! No, aun cuando se tratase de un culpable que mereciese la muerte, no me atreveria yo á provocar un castigo comprado con peligro de todos, al precio de la ruina de Atenas.»

Filipo al leer este discurso dijo: «De buena gana habria yo dado mi voz á Demóstenes para que me declarase la guerra y lo habria hecho general!» manifestando así mas bien la profunda impresion que le causaba aquella irresistible elocuencia, que el deseo de que los griegos le declarasen la guerra; porque en caso de formarse una liga griega, no era tan fácil que Filipo consiguiese la victoria. La liga era el pensamiento dominante de Demóstenes; Eubolos, uno de los principales jefes de partido de Atenas, participaba de la misma idea. Hasta entonces siempre habia fracasado; pero el peligro era ya tan eminente que parecia mas fácil la empresa. A lo menos los atenienses, para atraer á los demás pueblos, mostraron una actividad digna de sus mejores dias.

En 344 salió Filipo á guerrear contra los ilirios, cuyo país asoló, apoderándoseles de varias ciudades; pero apenas terminó aquella guerra volvió á Grecia y se dedicó á reorganizar la Tesalia. Dividióla en cuatro distritos; colocó al frente de cada uno á hombres de toda su confianza; puso guarnicion en las plazas fuertes, y se

declaró dueño de todas las rentas del país. Tesalia era, ni mas ni menos, una provincia de Macedonia. Teniendo ocupadas las Termópilas que eran la primera puerta de Grecia, quiso ocupar la segunda, que era el istmo de Corinto. Si llegaba á establecerse allí, se encontraba dueño del camino del Atica y del del Peloponeso. Fomentó una conspiracion en Megara para hacerse declarar protector de la ciudad; pero los atenienses se le anticiparon: Focion entró en la plaza, y volvió á levantar los largos muros (343).

Frustrada esta tentativa corrió á emprender otra á un extremo opuesto; intervino en Epiro en favor de Alejandro, su cuñado, conquistó para él tres ciudades mitad griegas que se negaban á obedecerle, y trató de apoderarse por su cuenta de Ambracia, cuya posesion le hubiera hecho dueño de la Acarnania. Allí habria encontrado para entrar en el Peloponeso el camino que Atenas acababa de cerrarle por Megara; pero tambien Atenas le cérró este otro. Lanzóse sobre Ambracia un cuerpo de atenienses, y Demóstenes fué á enardecer el valor de los acarnanios y aqueos. Una sorpresa que al propio tiempo intentaron los atenienses contra Magnesia, en Tesalia, hizo que Filipo abandonase el Epiro.

Así los dos adversarios que no se atrevian á luchar cuerpo á cuerpo, se atacaban de léjos. Este estado no era la paz ni la guerra; Filipo se quejaba y envió á Atenas á Piton cuya elocuencia era casi igual á la de Demóstenes. Contestóle el orador Hegesipos: su discurso hacia inevitable un rompimiento. «Pero estás abogando por la guerra,» le dijo uno de los descontentos al verle bajar de la tribuna.—«Sí, por Júpiter! contestó él, y abogo además por duelos y entierros públicos y elogios fúnebres, y por todo lo que sea necesario para vivir libres y rechazar el yugo macedónico.» Desgraciadamente en vez de obrar, se ocuparon los atenienses en procesar á Esquino y á Filocrátes por lo que habia dicho Demóstenes, y apesar de todos los esfuerzos que este hizo para que se ocupasen con preferencia de los sucesos verdaderamente grandes (343).

Operaciones de Filipo en Tracia, frente á Perinto y Bizancio. (342—339)

Mientras los atenienses perdian aquel tiempo tan precioso, Filipo levantaba arsenales en sus puertos, construia buques y hacia

una expedicion á lo interior de Tracia, donde conquistaba parte del país, y fundaba muchas colonias con los griegos vencidos de las ciudades de la costa. Entre ellas hubo una, que pobló de malhechores, á falta de colonos voluntarios, que aun hoy dia lleva su nombre. Estos establecimientos á las inmediaciones del Quersoneso y de Bizancio amenazaban las posesiones, el comercio, y aun la existencia de Atenas, que vivia de los trigos de Tauris y de los pescados del Euxino. Diópites, uno de sus generales, estaba en el Quersoneso con un pequeño ejército, é hizo algunas excursiones á las tierras recientemente conquistadas por Filipo, que se quejó de su conducta á Atenas. «Los atenienses, dijo Demóstenes, son los defensores de la libertad griega; cada herida que esta recibe les hiere tambien á ellos.» Y el orador volvia á insistir sobre la única resolucion que podia salvar á Atenas: la reforma de todos los abusos y una liga de toda la Grecia. Pusieron en práctica la mitad de su consejo; despacháronse embajadores, y el efecto que produjeron en la opinion pública fué bastante para que Filipo renunciase por entonces á sus propósitos. Demóstenes ganaba tiempo, lo cual no era poco, como dice él mismo, en la lucha de una república contra un monarca (341).

Filipo aplazaba sus proyectos en cuanto á Grecia; pero los llevaba adelante con mucha actividad en cuanto á Tracia, donde creia encontrar menos dificultades. A fines de 341 puso sitio á Selimbria, y poco despues á la plaza de Perinto, que era la mas importante de la Propontida. Los perintios, protegidos por la fuerte posicion de su ciudad, situada en una eminencia que el mar bañaba por ambos lados, hicieron una tenaz resistencia, á pesar de los treinta mil hombres y las innumerables máquinas de guerra con que Filipo los rodeaba (1). Pero Demóstenes sigue todos sus movimientos. Contra los ejércitos del rey hace uso de su palabra, y se propone hacer en Tracia lo que ya ha hecho en el Peloponeso. Corre á Bizancio y destruyendo con su elocuencia

(1) En tiempo de Filipo y Alejandro, merced á las muchas guerras, hizo grandes progresos el arte de sitiar plazas. Aristot. *Polit.*, lib. VII, cap. II., habla de «la reciente invencion de la ballesta y de otras muchas máquinas cuyo efecto es tan terrible.» Era una revolucion en el arte militar; revolucion favorable á los estados y príncipes poderosos y ricos, así como lo fué el cañon para los reyes del siglo XV, para apoderarse de la autoridad absoluta.

aquellos celos inveterados, renueva la alianza que la guerra social habia destruido. Bizancio envia socorros á Perinto. Los persas, espantados al ver á los macedonios tan cerca del Asia, le envian soldados, víveres y dinero. Atenas por su parte hace un movimiento de muy buen resultado. Uno de sus almirantes va á saquear las ciudades del golfo Pagásico, y se apodera de los buques que iban cargados para Macedonia, mientras que Focion pasa el Eufrates de donde arroja á los macedonios. Focion era solo el brazo que ejecutaba; Demóstenes era el que habia logrado que se votase en pro de la expedicion; á él fué á quien el pueblo atribuyó el buen éxito y le premió con una corona de oro (340).

Filipo no adelantó nada en Perinto; creyendo mas fácil tomar á Bizancio, dividió su ejército, y sitió al mismo tiempo las dos ciudades. De paso se quejaba á Atenas por sus últimas hostilidades. Demóstenes por toda contestacion mandó derribar la columna en que estaba grabado el pacto con el rey, y el pueblo, que se sentia animado de un ardor igual al suyo, armó ciento veinte galeras, que montaron hoplitas atenienses y mandó Focion (1). Animáronse al ver esta resolucion los de Quio, Rodas y Co, y enviaron tambien socorros á Bizancio que, ante la probidad de Focion y la elocuencia de Demóstenes, olvidó sus rencillas y sospechas contra Atenas. Anteriormente no habia querido recibir á Cares y su escuadra; porque Atenas socorria á aquellas ciudades, casi puede decirse á pesar de ellas mismas. Bizancio admitió á Focion, y Filipo vencido por Demóstenes, se retiró temblando de coraje (339) (2).

Bizancio y Perinto se libraron de su dominacion, como Megara, Ambracia y la Eubea. Al O., al E., al centro, por todas partes sufria humillaciones y derrotas, y los que tantas afrentas hacian caer sobre él, eran los vencidos de Egos-Potamos. Sí; pero eran los restos de un gran pueblo, guiados y sostenidos por un grande hombre.

(1) Para llevar á cabo esta empresa introdujo Demóstenes una reforma importante. Las cargas de la trerarquía se repartieron con mas equidad. Parreidt, *De Symmoriis* part. II, pág. 22 etc., y Bœckeh, *Urkunder über das Attische Seewesen*, cap. II, XII y XIII.

(2) Focion arrojó tambien á sus tropas del Quersoneso y sus guarniciones de otras muchas ciudades.

Perinto y Bizancio mandaron hacer un grupo colosal que representaba las dos ciudades ofreciendo una corona al pueblo ateniense, y decretaron que sus diputados asistirian á los cuatro grandes juegos de la Grecia, á proclamar los servicios de Atenas, y su reconocimiento. Sestos, Eleonte, Maditos y Alopeconesa enviaron una corona de oro del valor de 60 talentos, y erigieron un altar consagrado á la Gratitud y al Pueblo Ateniense.

Aquel fué el último de los hermosos dias de Atenas. Pero me engaño: otro debia tener aun el dia siguiente al de Queronea.

Batalla de Queronea (338).

Filipo fué á devorar su despecho léjos de Grecia. Hizo una expedicion contra los escitas establecidos entre el monte Hemos y el Danubio; pero á su vuelta fué vencido por los tribalas que le cogieron todo su botin, y aun le hirieron gravemente. Mientras él se internaba mucho al N., sus amigos le preparaban un triunfo en Grecia. Esquino sublevaba todo el consejo anfictiónico contra los locrenses de Anfisa que se atrevian á cultivar el terreno que habia sido causa de las dos primeras guerras sagradas. ¿Estaria vendido á Filipo y desearia prepararle una nueva intervencion? Así lo creia Demóstenes. Lo que no tiene duda es que favorecia á un mismo tiempo la causa del extranjero y la del fanatismo. Cuando llevó la noticia á la asamblea, Demóstenes exclamó: «Esquino, tú llevas la guerra al corazon del Atica, una guerra sagrada.» En efecto, algun tiempo despues se volvió á dar á Filipo el mando de las fuerzas anfictiónicas, y entró con un ejército en Fócida. Pero de repente, en vez de dedicarse al objeto de la guerra, se lanzó sobre la Elatea, que dominaba los desfiladeros por donde se va á Beocia, comenzó á fortificarla, y envió recado á los tebanos de que se uniesen á él ó le abriesen paso para ir al Atica (339).

La terrible nueva llegó de noche á Atenas. Los magistrados hacen sonar inmediatamente la trompeta por las calles; levántanse los habitantes, y al rayar el dia se encuentran reunidos en el Pnix. Presentóse uno de los que habian ido á dar la noticia, y al terminar su relato, el silencio y el terror reinaban en la asamblea. Ninguno de los oradores ordinarios se atrevió á pedir la palabra; á pesar de los reiterados avisos del heraldo, nadie se levantó. La multitud volvió angustiada é impaciente los ojos á

Demóstenes, y este subió á la tribuna y exhortó al pueblo á que no se desanimase, y aconsejó que se enviasen inmediatamente diputados á Tebas, para proponer á los beocios que hiciesen causa comun con Atenas, y que juntos combatiesen por la causa de la libertad. Queria tambien que se pusieran en movimiento todas las fuerzas atenienses, fuerzas que eran considerables, gracias á las medidas que él habia hecho que se tomasen, una de las cuales era un triunfo sobre un antiguo abuso: pues consiguió que se suspendiesen las obras públicas, y que se aplicasen á la guerra los fondos que á ellas se destinaban, y que á no ser así hubieran ido á parar al *teoricon*. Por otra parte, ya se habia reunido un ejército de diez mil mercenarios.

Los diputados salieron á toda prisa. Los tebanos estaban quejosos de Filipo que se les habia apoderado de Equinos, en el golfo Malio, y les habia rehusado Nicea, llave de las Termópilas, y por último, con su poderosa amistad los tenia aterrados. Habia llegado ya á la ciudad una embajada de Macedonia; que les recordaba los servicios del rey, y la suerte de los que sostenian la guerra, contra la autoridad sagrada de los anfictiones. «Pero Demóstenes con su poderoso aliento fortaleció sus bríos, les inflamó en nobles sentimientos, y redujo á tan miserables términos todas las demás consideraciones, que desechando temores y prudencia, y hasta olvidando si se quiere la gratitud, se abandonaron al entusiasmo de sus deberes preferentes. Aquel milagro de elocuencia pareció cosa tan sublime, tan prodigiosa, que Filipo envió en seguida heraldos á pedir la paz, y la Grecia entera se irguió, fijas las miradas en el porvenir; y no solo los generales atenienses, sino tambien los jefes beocios, siguieron las órdenes de Demóstenes, alma de todas las asambleas populares, así en Atenas como en Tebas (1).

Precedieron á la accion general varios encuentros favorables á los aliados; la accion se retardó bastante á fin de que los espartanos pudieran levantarse y acudir á aquella última trinchera de la libertad; pero ni siquiera se presentaron, como en Maraton, demasiado tarde. Fuera de algunos hombres de Corinto y quizás de Acaya, Atenas y Tebas estuvieron solas. El ejército griego,

(1) Plutarco, *Vida de Demóstenes*. Diodoro no dice que Filipo pidiese la paz, peticion algo inverosímil. Plutarco ha seguido en esto á Teopompo.

mandado por Cares y Lisicles, era muy inferior al de Filipo en cuanto al talento de sus generales; pero á lo menos le igualaba en número. Componíase aquél de treinta mil hombres de infantería y dos mil caballos. Demóstenes, á pesar de sus cuarenta y ocho años, servia á pié entre los hoplitas. La batalla se dió cerca de Queronea. Alejandro ocupaba una ala opuesta á la de los tebanos; Filipo la otra, frente á los atenienses; los mercenarios iban al centro en uno y otro ejército. Alejandro fué el primero que con su impetuoso valor acometió á los enemigos. Dicen que Filipo esperó á que los atenienses, despues de su primer arranque, se desbandasen persiguiendo á los contrarios, cuya línea habian roto, para arrojarse desde una altura sobre sus fuerzas desbandadas y derrotarlas. Ya en la otra ala el batallon sagrado de los tebanos habia perecido, hasta el último soldado; pero todos en su sitio. Murieron mil atenienses; cayeron prisioneros dos mil, entre ellos Démade; los demás, incluso Demóstenes, apelaron á la fuga (1). No se sabe cuales fueron las pérdidas de los tebanos; pero debieron de ser muy grandes. El batallon sagrado, ya lo hemos dicho, quedó todo en el campo de batalla. «No se grabó epitafio en su tumba, dice Pausanias, porque les hizo traicion la fortuna; pero se la puso por remate un leon, en memoria de su bravura.» «La tumba de los vencidos en Queronea guarda para siempre la libertad de la Grecia (2).»

Atenas al saber el desastre se levantó á la altura del peligro: dió á propuesta de Hipérides libertad á los esclavos, el título de ciudadano á lós metecas que se armaron, amnistió á los desterrados, y tomó diez talentos del tesoro para reparar los muros. Demóstenes por sí solo contribuyó con tres. Los cobardes hacian propósito de huir, y se publicó un decreto que declaraba la fuga igual á la traicion, y se ajustició á algunos que abandonaban cobardemente la patria en sus horas de amargura. Lisicles, general incapaz; sufrió la muerte; ¿puede decirse que fuese una víctima inmolada á la cólera del pueblo? La incapacidad en cier-

(1) No debo reproducir la ridícula historia inventada acerca de su fuga. Demóstenes no era Leónidas; pero no fué ni pudo ser el grotesco personaje que han querido presentar algunos. En Atenas no se honraba á los cobardes, y en Atenas se honró siempre á Demóstenes.

(2) Licurgo *contra Leocrato.*

tos cargos y llevada á cierto punto equivale á un crímen. El íntegro Licurgo fué quien le acusó. «¡Mandabas el ejército, y perecieron mil ciudadanos, y nos hicieron dos mil prisioneros, y se levantó un trofeo contra la república, y toda la Grecia es esclava! ¡Estas desdichas cayeron sobre nosotros, mientras tú guiabas á nuestros soldados, y osas vivir, y osas mirar la luz del sol, y te presentas en la plaza pública, tú, padron de vergüenza y oprobio para nuestra patria!»

Roma fué mas grande. Roma salió en masa al encuentro del vencido en Canas. A lo menos Atenas hizo por Demóstenes lo que por Varron habia hecho Roma. A despecho de las voces que se levantaban contra el hombre que tanto habia contribuido á aquella guerra desgraciada, no le privó de su confianza, y le encomendó el elogio fúnebre de sus guerreros. «¡No, exclamaba el orador justificándose á sí mismo y á Atenas en una explosion de elocuencia; no, atenienses, no os habeis equivocado al correr á la muerte por la salud y la libertad de Grecia! ¡No, yo os lo juro por vuestros antepasados, muertos en Maraton, Salamina y Platea!» Consagremos tambien un recuerdo al retórico que fué un dia ciudadano, al anciano Isócrates, que lleno de salud á pesar de sus noventa y ocho años, se condenó á morir de hambre: su eterna ilusion sobre las leales intenciones de Filipo acababa de desvanecerse; la realidad le mató.

Filipo fué digno de Atenas. Dicen que la noche de Queronea, celebrando con sus amigos aquella gran victoria, y añadiendo á la embriaguez del triunfo la del vino, fué á insultar á los prisioneros, coronado de flores. «¡Cómo! le dijo Démade, la fortuna te da á representar el papel de Agamenon y tú tomas el de Tersito!» Despertó su dignidad aquella atrevida frase, y quitándose la corona la tiró al suelo y la pisó, y volviendo á ser el que solia, el político generoso y hábil, dió libertad á todos los prisioneros de Atenas sin exigirles fianza, quemó sus muertos, y les envió de la manera mas honrosa sus cenizas, por medio de embajadores encargados de presentar á Atenas proposiciones de paz que no podia esperar. Filipo le dejaba el Quersoneso, Lemnos, Imbros y Samos, y le daba Oropos, quitándoselo á los tebanos. Estos, que fueron tratados con mayor dureza, tuvieron que pagar el rescate de sus prisioneros y muertos, recibir una guar-

nicion macedonia en la Cadmea, renunciar á todo dominio sobre Beocia, donde volvieron á levantarse Orcomena y Platea, y amnistiar al partido desterrado que entró á ocupar el mando.

En el diferente modo de tratar á uno y otro pueblo, se veia odio hácia la ciudad salvada en otro tiempo por Filipo y hoy su enemiga; hácia aquel rudo carácter beocio que no tenia derecho á nada porque nada habia dado á la Grecia; y se veia cierto involuntario afecto para el pueblo artista, elocuente y arrojado; para aquella ciudad que era su infatigable enemiga; pero en donde recibia su consagracion la gloria. ¿Temia acaso Filipo las dilaciones de un largo asedio, los peligros de algun rasgo de desesperacion, ó el retraso que pudiera experimentar en su grande empresa? Todas estas consideraciones pesaban en su mente, sin duda, y demasiado conocia que Atenas, mientras conservase íntegra su flota, no habia de ser suya. Miremos empero las cosas por el lado menos desagradable: Filipo era omnipotente, y por lo mismo fué generoso.

La grande empresa que se proponia llevar á cabo, era nada menos que la conquista de Persia. Desde Queronea, donde se hallaba, se trasladó á Corinto, á donde llamó á los diputados de toda la Grecia; les manifestó sus proyectos, y les pidió su auxilio. El resultado fué nombrarle generalísimo y determinar el contingente que á cada ciudad correspondia (1). Antes de volver á sus Estados quiso mostrar su poderío en el Peloponeso y humillar á los espartanos; á cuyo fin asoló la Laconia y extendió á sus expensas los territorios de Mesena, Megalópolis, Tegea y Argos. No tuvo necesidad de llegar al O. Los de Acarnania arrojaron por sí mismos á los enemigos de Filipo, y Ambracia recibió una guarnicion de macedonios. Bizancio solicitó por último su alianza (338).

El año siguiente trascurrió entre disensiones domésticas y

(1) En 350, Artabazo, sátrapa de Frigia que se habia rebelado, vencido por el ejército del rey, se habia amparado de Filipo, Diod., XVI, 52. Justin dice lib. IX, cap. VI, que le prometió 20,000 infantes y 15,000 caballos; en lo cual hay un error grosero que varias veces se ha repetido. En caso de ser exactas esas cifras, no serian las de los auxiliares ofrecidos, sino el total de hombres que tenian la edad del servicio militar. Segun esta cuenta Francia tendria 8 ó nueve millones de combatientes. Sin duda se calcularia la poblacion militar de cada una de las ciudades para determinar despues los contingentes.

preparativos, Filipo envió al Asia un cuerpo expedicionario á las órdenes de Parmenion y Atalo. Entonces debieron comenzar las relaciones entre Persia y Demóstenes.

El grande orador no habia esperado el oro del bárbaro para determinar la política que á su patria convenia; no vendió su elocuencia y su patriotismo: le ofrecian un medio provechoso para su causa, la de Atenas y la de Grecia, y lo aceptó. Persia no inspiraba temores; pero los inspiraba Macedonia; los subsidios de aquella sirvieron contra esta, así como en nuestros tiempos se empleó contra Napoleon el oro de Inglaterra. Si Francia tiene derecho para considerar poco honroso este medio de hacer la guerra, por los muchos contratiempos que le ha acarreado, no por eso tiene nadie derecho para acusar de venal á Demóstenes.

Cuando ya casi habia terminado Filipo sus preparativos, consultó á la Pitia sobre el éxito de su empresa. El oráculo le contestó lo siguiente: «La víctima está coronada, el altar dispuesto, el sacrificador espera.» En esta contestacion leyó él la ruina de los persas; pero aquel dia la Pitia no *filipizaba:* la víctima designada era él mismo.

Con fiestas magníficas, espléndidos banquetes, juegos y luchas de canto á que invitó á todos sus amigos, celebró Filipo al mismo tiempo su próxima partida y el casamiento de su hija Cleopatra con su cuñado Alejandro, rey del Epiro. Con tal motivo se reunió en Egea, en Macedonia, un inmenso concurso de gente de todas partes. Durante el régio banquete, un trágico célebre recitó, á invitacion del rey, unos versos que decian: «Vosotros que teneis un alma mas elevada que la zona eterea, y que con orgullo contemplais la inmensa extension de vuestros dominios; vosotros los que levantais palacios sobre palacios y creeis que no ha de terminar vuestra vida; ved á la muerte que con rápido paso se aproxima y va á arrojar entre tinieblas vuestras obras y vuestras grandes esperanzas;» y Filipo aplaudia, creyendo ver en aquellos versos, no su sentencia, sino el destino que esperaba á Persia (Diod. XVI, 92).

En medio de aquellas fiestas los principales convidados y las ciudades mas notables ofrecieron coronas de oro á Filipo. «La misma Atenas le envió una con el siguiente decreto: Si alguno

conspirase contra la vida de Filipo y viniese á Atenas en busca de asilo, seria entregado al rey.» Al terminar el régio banquete, era todavía de noche; los juegos se habian aplazado para el dia siguiente, y la multitud se dirigió al teatro. Al asomar el dia vieron adelantarse una alegoría religiosa, que representaba los doce dioses mayores; sus imágenes eran obra de los mas hábiles artistas y llevaban los mas ricos adornos; detrás de todas iba la del mismo Filipo, colocada en un trono como las de los demás dioses, en cuya categoría lo presentaban, sentado y presente á su consejo. Llegó Filipo vestido de blanco, y mandó á sus guardias que permaneciesen á distancia, sin duda para manifestar que tenia confianza en el afecto de los griegos; pero casi en el acto, un individuo que permanecia oculto entre los adornos del teatro, con una espada celta escondida debajo de su traje, se lanzó sobre él, le hirió por la espalda entre las costillas, y lo dejó muerto á sus piés. El matador era Pausanias, noble macedonio que poco antes le habia pedido inútilmente justicia de un ultraje. Segun dicen otros, no era sino instrumento de los persas ó los atenienses; y hubo tambien quien acusó á Olimpias. Filipo, adoptando el uso oriental de la poligamia que comenzaba á introducirse en Grecia, acababa de casarse con Cleopatra, hija de Atalo, uno de sus generales; la orgullosa Olimpias, en extremo resentida, se habia retirado algun tiempo á la corte de su hermano el rey de Epiro; su hijo Alejandro la habia acompañado para no vivir léjos de su madre, y tambien le alcanzaron las sospechas, sospechas que nos parecen desmentidas por su carácter.

Filipo no tenia mas que cuarenta y siete años.

CAPÍTULO XXI (1).

Alejandro (336—323).

PRELIMINARES DE LA EXPEDICION AL ÁSIA; DESTRUCCION DE TEBAS (336—334).—BATALLA DEL GRANICO Y DE ISO (334—333).—SITIO DE TIRO (332); FUNDACION DE ALEJANDRÍA (331).—BATALLA DE ARBELA (331); MUERTE DE DARÍO; ARMAMENTOS EN GRECIA (330).—CAMPAÑAS EN LA BACTRIANA Y LA SOGDIANA (330—327); MUERTE DE FILOTAS, CLITO (328), Y CALISTENES (327).—CAMPAÑAS EN LA INDIA (327—325),—REGRESO Á BABILONIA; NEARCO; PROYECTOS DE ALEJANDRO; SU MUERTE (325—323).

Preliminares de la expedicion al Asia; destruccion á Tebas (336-334).

«Cuentan que hallándose Filipo en Samotracia, en su primera juventud, le iniciaron en los misterios con Olimpia, que era entonces niña y huérfana de padre y madre. Enamórose de ella, y mas adelante la tomó por mujer con licencia de su hermano Arimbas. La noche que siguió á la de su boda, soñó Olimpia que despues de un pavoroso trueno habia caido sobre ella un rayo que encendió un gran fuego, y se disipó al momento, despues de dividirse en llamaradas.» Este prodigio convenia á la vida de Alejandro y de aquel poderío que á tanta altura debia elevarlo para deslumbrar el mundo y desaparecer en seguida. Tambien se decia que Júpiter era el verdadero padre de Alejandro, que ya por otra parte era descendiente de los dioses y los héroes: de Hércules por Caranos, y de Aquiles por Olimpia. Nació el 19 de julio de 356, el mismo dia que Erostrato quemó el templo de Diana en Efeso.

Alejandro tenia lo que los griegos consideraban como un don del cielo: la belleza. Sus miradas eran dulces, sus ojos límpidos; su cutis muy blanco y algo encarnado en el rostro y pecho; su cabeza se inclinaba naturalmente hácia la izquierda. Los gran-

(1) Arriano, *Anabazo* Diodoro; Plutarco, *Vida de Alejandro*, Justino, Quinto Curcio.—Sainte-Croix, *Exámen crítico de los historiadores de Alejandro*, segunda edicion, 1805; Geier, *Alexandri magni historiarum scriptores*, etc , 1844; Droysen, *Geschichte Alexanders des Grossen*, 1833, obra muy importante, sin embargo de que así como Sainte-Croix, es à veces muy severo para con Alejandro; Droysen suele serle demasiado favorable.

des rasgos de su carácter se manifestaron desde su infancia en las mas pequeñas cosas. Todavía estaba sometido á su primer preceptor, Leónidas, que era pariente de su madre, y le educaba en las severas costumbres de los espartanos, cuando un dia, haciendo un sacrificio á los dioses, arrojó á puñados el incienso. «Para hacer tales ofrendas, le dijo su parcimonioso mentor, esperad hasta que seais dueño del país que da el incienso.» Anduvo el tiempo, y siendo Alejandro dueño del Asia, envió á Leónidas aromas cien talentos de peso aconsejándole que en adelante no fuese tacaño con los dioses. Cuando llevaron á la corte al indomable Bucéfalo, que solo él consiguió domeñar, dejó tan maravillados á los que fueron testigos de su audacia, que Filipo lo cogió entre sus brazos y le dijo: «Busca otro reino, hijo mio, que ya el de tu padre es estrecho para tí.» Las inclinaciones ardientes y heróicas de su alma, encontraron un singular estímulo en otro preceptor suyo, el acarnanio Lisímaco, que le hizo aficionar á Homero, comparándose él mismo con Fénix, así como comparaba á Filipo con Peleo y á Alejandro con Aquiles. Aquiles llegó á ser el modelo del que tanto debia sobrepujarle. Alejandro era, lo mismo que aquél, muy agil para los ejercicios del cuerpo, é infatigable en la carrera; pero cuando le preguntaban si disputaria el premio en las fiestas de Olimpia, contestaba: «Sí, siempre que mis competidores sean reyes.» Tocaba la lira como Aquiles, pero tocaba además todos los instrumentos menos la flauta. Sabia de memoria la *Iliada* y parte de la *Odisea*. Sus poetas favoritos además de Homero eran Píndaro y Estesícoro.

Pero el mas ilustre de los maestros de Alejandro fué Aristóteles de Estagira, el mas práctico, mas sábio y mas profundo de los filósofos de la antigüedad. Él fué el que cultivó los talentos sólidos de Alejandro, que ciertamente no carecia de ellos. Ya cuando niño admiró una vez á los embajadores persas que le hacian preguntas sobre los caminos, las distancias y las fuerzas del imperio del gran rey. Aristóteles le enseñó sin duda muchas ciencias: la política, segun dicen, la moral y la elocuencia que nadie enseña, pero que son susceptibles de reglas. El profesor, que era médico, inspiró á Alejandro bastante aficion á la medicina, para que este escribiese sobre este arte, y aun para que alguna vez lo practicase. Tambien se dice que le inició en sus mas profundas espe-

culaciones; y cuando le dijo que acababa de publicarlas, Alejandro, que en todo deseaba ser superior á los demás, se quejó de que no hubiese reservado solo para los dos los misterios de la ciencia.

Ignoro lo que Aristóteles enseñó á su régio discípulo, porque Alejandro solo fué su discípulo durante tres ó cuatro años, y se separó de él antes de cumplir los 17 (1). Pero lo que sí sé es que el filósofo engrandeció, elevó el alma de su discípulo; le descubrió inmensos horizontes, y aumentó en él la sed de las cosas grandes así en la paz como en la guerra. El filósofo que deseaba saberlo y ordenarlo todo, fué digno preceptor del rey que deseaba conquistarlo y renovarlo todo. Sin embargo, cuando veamos á Alejandro concibiendo tan elevados y liberales proyectos para la organizacion de su imperio, recordaremos cual era para Aristóteles el ideal de un Estado: un corto número de ciudadanos servidos por esclavos. En este particular el discípulo fué mas grande que el maestro.

Al morir Filipo en 336, Alejandro solo tenia veinte años; y ya hacia tres que habia hecho sus pruebas como regente del reino, durante una expedicion que hizo su padre contra los escitas. A su advenimiento al trono las circunstancias eran de las mas difíciles. Así en lo interior como en lo exterior, todo el edificio de Filipo se bamboleaba. Pero Alejandro tenia en favor suyo el ejército, prendado de su notable valor, y el pueblo admirado de sus liberalidades, y sobre todo: su genio (2).

Lo primero que hizo fué acabar con los cómplices, verdaderos ó no, de Pausanias. Amintas, hijo de aquel Perdicas á quien Filipo habia arrebatado la corona, fué envuelto en una conspiracion y por consiguiente ajusticiado. Apenas habia muerto Filipo, cuando Olimpia se habia vengado en Cleopatra y su hijo. Dió muerte á este en los mismos brazos de su madre, y obligó á esta á que se ahorcase. Un tió de Cleopatra mandaba un cuerpo de macedonios en Asia; Alejandro habia de encontrar medio pa-

(1) Aristóteles no salió de Macedonia hasta 335; de modo que su influjo sobre Alejandro pudo prolongarse aun por espacio de cinco años. Stahr, *Aristotelia*, 1832. El primero de los dos tomos se ocupa de la biografía del filósofo.

(2) Segun Justino, lib. XI, cap. I, parece que eximió á los macedonios de toda carga y servicio exceptuando el militar; esto es imposible; los eximiria tal vez del impuesto de aquel año.

ra que lo asesinasen. Estas ejecuciones eran garantías para el nuevo rey, pero muchas tambien eran atroces injusticias. Algunas veces hemos de ver á Alejandro olvidado de que es Alejandro, y no descubriendo sino que es un rey asiático.

Entretanto Grecia se agitaba. Atenas, y en Atenas Demóstenes, habian dado la señal. El grande orador estaba entregado al duelo de su hija, que hacia siete dias habia muerto, cuando un correo le hizo saber el asesinato de Filipo. Inmediatamente se pone vestidos blancos, se corona de flores, y corre á anunciar á los Quinientos que los dioses le han revelado en sueño la muerte del macedonio. A poco se confirma la noticia, y Demóstenes, á pesar de Focion, consigue que se tribute una corona al asesino (1).

En esto hubo dos cosas malas: valerse de un engaño inútil y hacer una ofensa á la moral pública, que no por haber tenido varios imitadores, deja de ser una mancha para la memoria de Demóstenes. Inmediatamente parten de Atenas muchos emisarios; Demóstenes siembra la rebelion y el oro; Esparta, Argos, la Arcadia y la Elida rechazan la supremacía macedónica; Tebas derriba su gobierno oligárquico y ataca la Cadmea; los etolios ofrecen socorros á los que Filipo habia desterrado de Acarnania; los ambraciotas arrojan las guarniciones de macedonios, y Demóstenes compra la rebelion del general Atalo, que mandaba el ejército enviado por Filipo al Asia.

En medio de esta efervescencia aparece Alejandro, y todo lo desconcierta con la rapidez de sus movimientos. Le sigue un ejército formidable. Pone de su parte á los tesalos, convoca en las Termópilas á los anfictiones que reconocian su supremacía, promete respetar la autonomía de los ambraciotas, y se presenta de improviso ante los muros de Tebas, que queda en silencio yerta de espanto. La misma Atenas le envia embajadores entre los cuales va Demóstenes, que sea por miedo, sea por pudor, no pasa mas allá del Citeron. Por último, Alejandro convoca en Corinto la asamblea general de la Helada, y se hace nombrar jefe supremo de los griegos en la guerra contra las persas. Ya entonces habia hecho asesinar á Atalo (336).

(1) En 360 Atenas habia tributado tambien grandes honores al asesino de Cotis, rey de Tracia, como matador de un tirano. Demost., *in Aristocr.*, p. 660, § 142; Plutarco, *de sui laude*, p. 542, E.

Un hombre hubo que dejó admirado al jóven vencedor. En Corinto fué Alejandro á ver á Diógenes y le preguntó: «¿Qué quieres de mí?—Que no me quites el sol,» le contestó el filósofo, y añaden que el monarca replicó: «A no ser yo Alejandro, quisiera ser Diógenes.» Efectivamente, solo hay dos medios para no estar sujeto á la fortuna: despreciarla ó dominarla, y el primero es el mas seguro.

En algunas semanas Alejandro habia pacificado todas las revueltas al S. de su imperio; pero al N. se removian los pueblos bárbaros. Corre pues hácia esta direccion, llega en diez dias al pié del monte Hemo, venciendo la resistencia de los tracios independientes, y derrota completamente á los tríbalos, cuyos restos huyen á la isla de Peucé en el Danubio, en donde no puede vencerles, á pesar de los buques que habia mandado venir de Bizancio. Sin embargo, atraviesa con toda audacia aquel rio; destruye la capital de los getas y recibe embajadas de muchos pueblos bárbaros de aquellas regiones. Llegó hasta algunos habitados por celtas, cerca del golfo Adriático, y «¿qué temeis? les preguntó creyendo que tributarian algun homenaje á su valor.—Que se caiga el cielo; le contestaron ellos.—Valientes son los celtas, replicó Alejandro, y les dió el título de aliados y amigos. Aléjase de las márgenes del Danubio, donde ha sembrado el respeto á su nombre, y pasa á llevarlo al O. entre los ilirios, tribus valerosas pero bárbaras, que antes del combate hicieron un sacrificio de tres mozos, tres doncellas y tres corderos negros.

Alejandro acababa de dar la vuelta á sus estados derrotando de paso los circunvecinos. De pronto llega á su nóticia, que habiendo circulado el rumor de que habia perecido entre los bárbaros, los desterrados de Tebas, habian vuelto á su patria y degollado toda la guarnicion macedónica.

Al cabo de trece dias se presenta en Beocia con treinta y tres mil hombres, entre los cuales habia muchos tracios y getas. «Demóstenes me llamaba niño cuando yo estaba entre los tríbalos (dijo Alejandro), y mozo cuando llegué á Tesalia; ahora voy á demostrarle al pié de los muros de Tebas que soy hombre.» Procuró sin embargo evitar la efusion de sangre, y dió á los tebanos tiempo para que de nuevo se sometieran. Estos contestaron haciendo una salida que costó mucha sangre á los de Macedonia, y con

una alocucion dirigida «á todo hombre que quisiera cooperar, con la ayuda del gran rey, á devolver la libertad á Grecia, y á derribar al tirano de la patria.» Aun cuando no habia recibido los socorros que para ellos habia votado Atenas á propuesta de Demóstenes, ni los de Elida y Arcadia, que se detuvieron en el istmo de Corinto, presentaron la batalla á los macedonios al pié de sus muros. La lucha fué encarnizada y permaneció largo tiempo indecisa; pero Alejandro vió un postigo que habia quedado sin defensa, y lanzó hácia aquel lado á Perdicas con tropas escogidas. Al ver que la ciudad estaba abierta al enemigo, los tebanos volvieron á entrar precipitadamente; pero la guarnicion de la Cadmea hizo una salida y quedaron cercados; y ya que no habia esperanza de vencer ni de salvar la vida lidiando, supieron á lo menos morir como bravos. No hubo uno que pidiese cuartel; el dia se pasó matando: mas de seis mil tebanos perecieron; treinta mil quedaron prisioneros, y el botin recogido fué inmenso.

Tebas iba á sufrir la suerte á que habia condenado á Platea y que habia solicitado para Atenas; no habia para aquella ciudad ningun recuerdo grande y noble que pudiese salvarla. En el consejo de los aliados solo se hizo mencion de uno de sus hechos: de que en algun tiempo fué declarada indigna de la Grecia, por su impía alianza con Jerjes. El decreto que recayó sobre ella fué el siguiente: «La ciudad de Tebas será arrasada, sus cautivos vendidos en subasta; sus fugitivos apresados donde quiera que sean habidos, y ningun griego podrá amparar á un tebano bajo su techo. Orcomena y Platea serán reedificadas.» En conformidad al anterior decreto, fruto de un odio secular, mas bien que de la reciente victoria, Alejandro mandó arrasar la ciudad sin exceptuar la casa de Píndaro, ni la Cadmea donde tenia una guarnicion suya. Vendió efectivamente los cautivos en subasta, cuyo importe ascendió á cuatrocientos cuarenta talentos de plata (9.900,000 reales que viene á dar unos 330 reales cada uno), y repartió el territorio entre sus aliados. Orcomena y Platea fueron reedificadas, sin duda con los escombros de la que fué su rival en algun tiempo.

Esta terrible ejecucion sembró el espanto en toda la Grecia, y de todas partes brotaron manifestaciones de sumision y arrepentimiento. Atenas, la misma Atenas cumplimentó al formidable con-

quistador por su feliz regreso. Alejandro, en contestacion, pidió que le fuesen entregados nueve enemigos suyos. Esta proscripcion era un título honorífico para aquellos sobre quienes recaia: sus nombres merecen ser conservados por la historia: eran Demóstenes, Licurgo, Hipérides, Poliuto, Cares, Caridemo, Efialto, Diotimos y Merocles. Vacilaban los atenienses ante la humillacion que se les imponia, y Demóstenes les contaba la fábula del lobo que pedia á las ovejas que le entregasen sus mastines. El honrado Focion exhortaba á las víctimas á que se sacrificasen por la salud de la patria, y debemos añadir que era hombre capaz de hacer sin vacilacion alguna lo que aconsejaba á los demás que hicieran. Demade salvó la dificultad por medio de un decreto hábilmente redactado, que contenia la resolucion de no entregar á los oradores, y la promesa de castigarlos con arreglo á las leyes si resultaban culpables. Él mismo fué encargado de presentarlo á la sancion de Alejandro. El momento de la cólera habia pasado, y el mismo rey reconoció que sobrada sangre se habia derramado en Tebas. No solo consiguió Demade este resultado, sino la inmunidad de que Atenas pudiese amparar á los tebanos fugitivos.

Tranquilo ya con respecto á Grecia, volvió Alejandro á Macedonia. Reunió el consejo de los jefes de su ejército, para consultarles sobre la expedicion al Asia, ó mas bien para darles cuenta de sus intentos y planes; enardeció á todos con sus palabras, ofreció magníficos sacrificios á los dioses en la ciudad de Dion ó en la de Egea, y celebró juegos escénicos en honor de Júpiter y las Musas, segun el ritual instituido antiguamente por Arquelaos. A la marcha para la expedicion, á las penosas fatigas que todos iban á compartir, precedieron espléndidos banquetes en obsequio á los generales y á los enviados de Grecia, y fiestas magníficas para todo el ejército.

Batallas del Granico y de Iso (334—333).

El imperio que Alejandro iba á atacar estaba, hacia mucho tiempo, próximo á su ruina. La retirada de los Diezmil habia revelado su debilidad; y despues de aquella expedicion, ¡cuántas sacudidas, sin contar la empresa de Agesilao, habian conmovido el caduco imperio! Fijémonos en primer lugar, en la rebelion de Evágoras, que se hizo independiente en Salamina y Chipre; se



unió con Acoris rey de Egipto, y resistió á las tropas del monarca persa, aun despues que este, merced al tratado de Antálcidas hizo que la Grecia reconociese sus derechos á la posesion de Chipre. Vencido por de pronto, volvió Evágoras á levantarse, gracias á las divisiones ocurridas entre los sátrapas que mandaban el ejército enemigo, y al cabo de diez años se hizo reconocer como príncipe soberano (376). Otra vez habia entrado en lucha todo el imperio contra una sola ciudad, y habia sido vencido.

No tuvo mejor resultado la guerra de Egipto. Esta provincia, rebelada desde el año cuatrocientos catorce, tenia sus reyes particulares. En trescientos ochenta y seis reinaba Acoris; y Artajerjes lo mandó atacar al mismo tiempo que á Evágoras. Amenazado otra vez en trescientos setenta y siete, Acoris tomó á su servicio al ateniense Cabrias. Quejóse el rey á Atenas, y esta ciudad mandó llamar á Cabrias; y Farnabazo, encargado de someter el Egipto, con doscientos mil hombres y veinte mil griegos auxiliares, consiguió que Ifícrates fuese á mandarlos bajo sus auspicios. El general ateniense habia ya llegado y aun no estaban reunidos los doscientos mil hombres. «¡Cómo! le dijo á Farnabazo, ¿tan poco concuerdan vuestras palabras con vuestros hechos?— Yo soy dueño de mis palabras, respondió Farnabazo; pero los hechos dependen del rey.» Así sucedia muchas veces que las órdenes ininteligibles y despóticas de la corte, paralizaban la accion de los generales. El retraso con que se habia procedido á hacer las levas hizo fracasar la empresa.

En 362 al Asia Menor la faltó poco para no separarse del imperio. Formóse una liga entre los sátrapas de Frigia, Misia, Lidia y Capadocia, y Mausoleo, príncipe de Caria, pensaba aprovecharse de la avanzada edad del rey y de las disensiones palaciegas para hacerse independientes. Tambien se conmovió Fenicia, y en fin, parecia como que iba á perderse la mitad occidental del imperio. La traicion rompió los lazos de los conspiradores; pero Dátamo, sátrapa de Capadocia, se defendió largo tiempo, y si sucumbió fué gracias á un puñal asesino; que asesinatos y turbulencias domésticas marcaron el fin del reinado de Artajerjes. Oco, su hijo, subió por estos medios al trono en 358, é hizo dar muerte á sus hermanos que eran en número de ciento diez y ocho, y á todos los demás parientes que le ha-

cian sombra. Tuvo que luchar contra una liga de los reyezuelos de Arados, Tiro y Sidon, liga que tambien fué disuelta por medio de una alevosía; y Sidon pereció entregada voluntariamente á las llamas para no sufrir las crueldades del vencedor, que solo encontró en su recinto cuarenta mil cadáveres. Tambien sucumbió Chipre, y el hijo de Artajerjes, para llevar á cabo la reconstruccion del imperio, atacó el Egipto, del que Agesilao habia nombrado rey á Nectanebos. Tomó á su servicio nueve mil griegos de Tebas, Argos y el Asia Menor; los que tenia Nectanebos eran veinte mil. Colocados unos en frente de otros en aquellas luchas extranjeras, los mercenarios se entendian y se guardaban consideraciones como los condotieris italianos del siglo XV, y las guerras no llegaban nunca á su término, á no ser que el oro motivase la desercion de un ejército á las filas contrarias. Oco, mas afortunado que sus predecesores, sometió el Egipto; pero ofendió á sus habitantes en lo mas vivo de sus afectos religiosos, robando los sepulcros y los templos; con lo cual se hizo tan odioso hasta á los mismos persas, que Bagoas le envenenó colocando en lugar suyo á Arsés, hijo menor del rey. Al cabo de tres años Arsés murió á las mismas manos que elevaron al trono á Codomano, nieto de Ostanes y hermano de Artajerjes II; puesto que todos los hermanos de Arsés murieron degollados. Elevado Codoman al trono con el nombre de Darío, á la época en que murió Filipo de Macedonia, puso fin á aquellos asesinatos, dando á beber á Bagoas el veneno que este matador de reyes le habia á su vez preparado.

Esta rápida ojeada nos permite ver el imperio persa mal ajustado en sus diversas partes; lleno de pueblos indiferentes á su suerte; desmoralizado en el centro por los asesinatos y las intrigas, y en los extremos por las rebeliones entregado á un despotismo violento y odioso, á los caprichos de los mercenarios que tomaba á su servicio, á las rivalidades de los sátrapas muchos de los cuales eran hereditarios, y sosteniéndose á pesar de tantas sacudidas y discordias; gracias á las disensiones de sus enemigos, á las traiciones que introducia entre ellos, á los asesinatos y al empleo que hacia de los mercenarios griegos. El poder que este imperio se proponia atacar, no se prestaba á tan odiosos medios, y tenia facilidad para poner muchos obstáculos á las levas

de los ejércitos mercenarios de Grecia, sino para inutilizarlas completamente.

Al comenzar la primavera de 334 salió Alejandro de Pella; llegó en veinte dias á Sestos; dió á Parmenion la órden de que hiciese pasar el estrecho á las tropas en ciento sesenta triremos y barcos de trasporte. Estas tropas se componian de doce mil macedonios, siete mil aliados, y cinco mil extranjeros mercenarios en cuanto á su infantería, á las órdenes de Parmenion; contaban además con cinco mil odrisios, tríbalos ó ilirios y mil arqueros agrianos; total, treinta mil infantes. La caballería constaba de cuatro mil quinientos hombres, á saber: mil quinientos macedonios al mando de Filotas, hijo de Parmenion, mil quinientos tesalos, seiscientos ginetes enviados por los aliados de Grecia, y nuevecientos corredores tracios ó peonios. Alejandro dejaba en Europa doce mil hombres de infantería y mil quinientos caballos á las órdenes de Antípatro. Habia repartido sus bienes entre todos sus amigos; Perdicas le preguntó: «¿pero que guardais para vos? y contestó él: La esperanza.»

Durante el viaje hizo el sacrificio de un toro y libaciones á Neptuno y las Nereidas en una copa de oro. Al llegar cerca de la costa arrojó á tierra su dardo, que se quedó clavado en ella, en señal de toma de posesion y desembarcó el primero. Llegóse á las ruinas de Troya, que no estaban muy distantes, sacrificó á Palas, colgó sus armas en el templo de la diosa, tomó en cambio las que allí se habian consagrado, y en las batallas las llevaron siempre delante de él algunos de sus guardias. Hizo tambien sacrificios á Priamo, para apaciguar los resentimientos de su sombra contra la raza de Neoptolemo á que él pertenecia. En todas partes se le ve haciendo sacrificios á los dioses, consultando los oráculos, y practicando las ceremonias de todos los cultos; ¿seria la fe ó la política la que hacia obrar así al discípulo de Aristóteles? Entrambas eran los móviles que á ello le impulsaban, y sobre todo en el sitio en que ahora le vemos era mas bien un homenaje tributado por su viva y poética imaginacion llena de recuerdos de Homero, á las brillantes ficciones de la mitología griega. Alejandro coronó la tumba de Aquiles, y Efestion la de Patroclo. «¡Dichoso Aquiles, exclamó el príncipe, que tuviste á Homero por cantor de tu gloria!»

El ejército persa se habia reunido detrás del Granico, riachuelo de la Troada, que desagua en la Propóntida al O. de Cizica. En el consejo de los generales, Memnon, de Rodas, habia propuesto convertir en desierto todo el territorio que Alejandro veia delante de él, y acosarlo en seguida sin descanso aunque sin dar batalla; pero Arsites, sátrapa de Frigia, exclamó: «No permitiré que se incendie una sola casa del país en que yo mando.» El consejo del rodio era bueno pero impracticable. Los persas no podian ir destruyendo y retrocediendo siempre; por otra parte los soldados de Alejandro habian demostrado que el desierto no les ponia miedo. Verdad es que cuando tan alegremente lo atravesaron, tenian detrás de sí tres victorias, y delante una inmensa esperanza.

Los persas, segun Arrio, contaban veinte mil hombres de caballería, y casi otros tantos extranjeros á su sueldo de infantería; segun Diodoro, diez mil de caballería y cien mil de infantería. La caballería formaba á lo largo de la corriente del agua, y la infantería detrás, en una eminencia. Alejandro fué de los primeros en echarse al rio, con un cuerpo de hombres escogidos. Esta vanguardia trabó al llegar á la orilla una lucha sangrienta. Por de pronto fué rechazada á causa del terreno que era escarpado y resbaladizo. En un encuentro se le rompió á Alejandro la lanza; iba á coger la de su escudero Ares; pero este le dijo: proporcionaos otra, y al mismo tiempo le hacia ver que no tenia mas que el asta, con la que estaba haciendo prodigios. El corintio Demarate, que era uno de los hetarios (1) dió la suya á Alejandro; corre este á Mitrídates yerno de Darío, le hiere en el rostro y lo derriba. En el mismo momento un persa descarga un violento golpe sobre el casco del héroe macedonio; revuélvese, este y lo pasa de parte á parte; otro iba á herirle por la espalda; tenia ya el brazo levantado, y acierta Clito á cortárselo casi junto al hombro. Entretanto los macedonios van pasando el rio, y se reunen en gran número al rededor de Alejandro. Los persas agobiados por la caballería enemiga y acribillados por los flecheros que se habian mezclado entre sus filas, comenzaron á huir. En cuanto flaqueó su centro, como sus alas estaban ya

(1) Ἑταῖροι, compañeros: tal era el nombre de unos soldados escogidos de Macedonia.

descompuestas, la derrota de aquella primera línea fué completa; y Alejandro acometió en seguida á la infantería que permanecia en su puesto. La falanje y la caballería cargaron á un tiempo, y en pocos instantes sembraron la muerte por todos lados: solo se salvaron los que se escondieron debajo de los cadáveres; los que cayeron vivos en poder del vencedor fueron en número de dos mil....

Por parte de los macedonios murieron en el primer choque veinte y cinco hetarios. Alejandro les mandó levantar estátuas hechas por Lisipo, que fueron colocadas en Dion. El resto de su caballería solo perdió sesenta hombres y la infantería treinta. Alejandro mandó que fuesen enterrados con sus armas, y declaró á sus padres y á sus hijos, libres de todo impuesto. Tuvo el mayor cuidado con los heridos; los visitó á todos, examinando minuciosamente sus heridas, y permitiéndoles que con toda libertad le refiriesen sus hechos de armas. Tambien concedió los últimos honores á los generales persas, y aun á los griegos que estos pagaban, muertos peleando en contra suya; pero mandó cargar de cadenas á los mercenarios que cayeron vivos en sus manos, y los envió á Macedonia para que fuesen esclavos, puesto que, olvidando las leyes de su patria, se habian unido á los bárbaros contra los griegos. Ofreció á Atenas trescientos trofeos de los despojos de los persas, para que los consagrasen al templo de Minerva, con la siguiente inscripcion: «*Sobre los bárbaros de Asia, Alejandro y todos los griegos, excepto los lacedemonios.*»

El rey se apoderó al instante de Frigia, sin aumentar la contribucion de la provincia, y se dirigió hácia el S. En Lidia, devolvió á Sardes y al país entero sus antiguas leyes. En Efeso puso un gobierno democrático en lugar de la oligarquía, y dió para la terminacion de la obra del templo de Diana el tributo que los de Efeso pagaban á los bárbaros. Despues que hubo vengado así á la diosa, la ofreció sacrificios. Mas adelante se comprometia á pagar aquellos gastos, con tal que grabasen su nombre como el del fundador en el templo; pero los de Efeso no aceptaron. Entretanto algunos destacamentos iban á procurar la sumision de las ciudades de Jonia y Eolida y la de Magnesia y Tralas, restableciendo en todas partes las constituciones libres y no cobrándoles el tributo que pagaban á los persas, tanto por

respeto al nombre helénico, como para ganar la amistad de los griegos asiáticos.

Al salir de Efeso, Alejandro fué siguiendo la costa, y se detuvo en Mileto para sitiarla. Nicanor ocupó la entrada del puerto con ciento sesenta buques macedonios, á fin de interceptar toda comunicacion entre los habitantes y una flota de cuatrocientos buques que en vano trató de alejarle de aquellas aguas. Gracias á esta disposicion y al ardor de los ataques que dirigieron contra la ciudad, poco tardaron en tomarla.

Apesar de los servicios que los buques aca baban de prestarle, no quiso volver á servirse de ellos, ya porque careciese de fondos, ya porque no quisiera dividir sus fuerzas. Unicamente se quedó con algunos barcos para el trasporte de máquinas de guerra, y con veinte naves que como auxiliares habia recibido de los atenienses.

Memnon se habia arrojado sobre Halicarnaso, en Caria, donde se defendió tenazmente, hasta que teniendo que abandonarla, prefirió entregarla á las llamas. Acercábase el invierno; Alejandro envió á Macedonia todos sus soldados recien casados, para que volviesen en la primavera, con todos aquellos á quienes sedujesen con la narracion de sus hazañas, las riquezas del Asia y la liberalidad del conquistador. Sometidas la Licia y la Pamfilia, volvió al N. hácia Pisidia y la pequeña Frigia, para establecer su dominacion en el centro de la península y su influencia en las satrapías del N. E. En Gordion, rompió de un tajo el famoso nudo, y se jactó de haber dado cumplimiento al oráculo que prometia el imperio del Asia al que lo desatase (333). De allí volvió por Ancira y Capadocia hasta el Tauro; lo traspuso y penetró en Cilicia: de modo que ya habia atravesado tres veces de N. á S. y de S. á N. aquella ancha península del Asia Menor, hasta no dejar en todo su territorio un solo punto que pudiese resistirle.

Sin embargo, todavía le amenazaban graves peligros por la espalda. Los persas conservaban el imperio del mar, y Memnon al frente de sus naves proyectaba un desembarco en Grecia, con lo cual hubiera introducido la guerra en el territorio de los agresores. Comenzó por dirigir su accion contra las islas, para contar con puntos de apoyo: se apoderó de Quio, sojuzgó casi

por completo á Lesbos, y puso sitio á Mitilene, de la que se hubiese apoderado á no sobrevenir su muerte. Con él perdió el imperio su único apoyo. Los que le sucedieron se hicieron dueños, es verdad de Mitilene, Tenedos y Co; pero no pasaron adelante. Darío, que no defendiera el Asia Menor, se adelantó á resguardar la Siria á la cabeza de cuatrocientos mil hombres de infantería y cien mil de á caballo (1). Por de pronto estuvo ocupando las dilatadas llanuras de Socos, á dos jornadas de las montañas; mas no viendo á Alejandro, se figuró que solo con acercarse por aquel lado, habia amedrentado al macedonio. Avanzó pues, por las puertas Amanicas hasta el golfo de Iso, en un sitio cortado por desfiladeros, poco á propósito para su caballería y su inmenso ejército.

Alejandro se hallaba en Tarso, retenido en el lecho por una enfermedad que puso en peligro su vida, y que por poco cambia la suerte del mundo. Sudando se habia echado imprudentemente en las frias aguas del Cidno, y pocos momentos despues todos desesperaban de su vida. Un acarnanio, el médico Filipo, amigo del rey, fué el único que se atrevió á tentar su curacion, por medio de un brevaje que debia producirle una reaccion violenta. En el mismo momento recibió Alejandro una carta de Parmenion que le aconsejaba desconfiase de aquel médico, vendido á los persas. Hacia poco que Darío ofreciera á uno de los generales la cantidad de mil talentos y el trono de Macedonia en cambio de la vida del rey. El complot habia sido descubierto; pero ya se estaba tramando otro. Alejandro no quiso creer en lo que decia la carta, y mientras con una mano se la presentaba á Filipo, con la otra llevaba á sus labios la bebida. Apuróla de un sorbo, demostrando así un valor mas extraordinario que el del campo de batalla, su confianza en los amigos y su fe en la virtud.

Sanó en efecto, y acto continuo corrió á someter la Cilicia, saliendo al encuentro de Darío, y dió con él en el sitio en que el riachuelo Pinaros desagua en el golfo de Iso. Allí fué donde se dió la batalla de este nombre. Darío apoyó su ala derecha en la costa del mar, donde tenia reunida casi toda su gente de á caba-

(1) Segun Diodoro. Arrio dice que en Iso el ejército de los persas se componia de 600,000 combatientes.

116. A su izquierda, hizo pasar atravesando el rio, mas de treinta mil ginetes y veinte mil hombres de armas arrojadizas con propósito de envolver al enemigo. En cuanto á su centro, defendió con empalizadas los puntos mas débiles del rio, y opuso á la falanje macedónica treinta mil griegos y sesenta mil carducos pesadamente armados. El resto de sus tropas formó á retaguardia una masa compacta é inútil. Alejandro apoyó tambien su ala izquierda en el rio, y su derecha en las montañas, de suerte que pudiese descomponer la izquierda del enemigo, y avanzó lentamente para que la rapidez de la marcha no descompusiera su falanje. Llegados á tiro de flecha, todos los que le rodeaban y aun él mismo á la cabeza del ala derecha, corrieron á rienda suelta en direccion al rio, para llegar cuanto antes á las manos, y evitar los tiros de flecha lo mas pronto posible. Muy pronto cedió el enemigo, pero en aquel movimiento precipitado solo una parte de la falanje siguió al rey, rompiendo los demás sus filas al pasar el rio. Los griegos pagados por Darío aprovecharon la ocasion para dejarse caer sobre la falanje derecha. El combate fué encarnizado: Ptolomeo, hijo de Seleuco y ciento veinte macedonios distinguidos, perecieron allí. Durante aquella lucha á orillas del rio, el ala derecha que habia derribado todo cuanto se la oponia, volviose contra los griegos, cogioles el flanco, é hizo en ellas una espantosa carnicería. Tambien la caballería persa habia pasado el rio y caido con todo ímpetu sobre los tesalos, y luchó valerosamente hasta que vió su infantería y las tropas griegas materialmente destrozadas. Entonces se hizo general la derrota; y como toda aquella inmensa multitud se precipitó á un tiempo por los desfiladeros, dejó un sinnúmero de hombres muertos bajo los piés de sus mismos caballos.

«Así que Darío vió derrotada su ala izquierda, procuró salvarse en un carro, que lo llevó corriendo sin parar por toda la llanura. Al llegar á los difíciles desfiladeros, abandonó su escudo, su traje de púrpura y hasta su arco, y huyó á caballo. La noche le ocultó á la encarnizada persecucion de sus enemigos, en cuyas manos cayó su carro. El mismo Alejandro se hubiera apoderado del vehículo, si antes que perseguir á los fugitivos, no hubiese esperado prudentemente que se reorganizase la descompuesta falanje, que quedasen exterminados los griegos y en completa

derrota la caballería persa. Calculóse en cien mil el número de muertos: barrancos hubo que quedaron colmados de cadáveres (29 noviembre 333.)

«En el campamento de Darío se encontraron su madre, su mujer, su hijo, jóven aun, dos de sus hijas, las mujeres de algunos jefes principales de su ejército, y solo tres mil talentos del real tesoro; puesto que la parte principal con todos los bagajes habia sido conducido á Damasco, donde lo encontró todo Parmenion, enviado allí á toda prisa. Alejandro, aunque padecia á causa de una herida que recibiera en un muslo, visitó al dia siguiente á los soldados heridos; ordenó la inhumacion de los muertos, que se hizo pomposamente ante el ejército formado en batalla, vestido de toda gala, é hizo el elogio de los actos de heroísmo que habia presenciado, ó que la voz general del ejército publicaba. Todos los que se habian distinguido recibieron mercedes proporcionadas á su mérito y su clase; Balácros, que era uno de sus guardias, fué nombrado sátrapa de Cilicia.....

«Cuentan algunos historiadores que Alejandro, despues de perseguir á sus enemigos, entró en la tienda de Darío, que para él habian reservado; oyó gemidos y voces femeniles en uno de los compartimientos inmediatos, y quiso saber quién lloraba y porqué. Contestáronle que la madre de Darío, la reina y sus hijos, sabiendo que el arco, el escudo y el manto del rey estaban en poder de sus enemigos, le creian muerto y lloraban su pérdida. Alejandro les envió en seguida uno de sus hetarios á decirles que Darío vivia y que él solo tenia los despojos abandonados en su carro. El enviado añadió que Alejandro les conservaba los honores, la gerarquía y el título de reinas, puesto que no habia emprendido aquella guerra por odio personal á Darío, sino para disputarle el imperio del Asia. Al otro dia Alejandro pasó á visitarlas acompañado solamente de Efestion. La madre de Darío, ignorando cual de los dos era el rey, porque no los distinguia señal alguna, y engañada con el majestuoso continente de Efestion, se le arrodilló á los piés. Advirtiéronla su error los que la rodeaban, y retrocedia confusa, cuando el rey la dijo: «No os habeis engañado, señora: tambien ese es Alejandro» (Arrio).

Entre los prisioneros hechos en Damasco habia encontrado Alejandro dos diputados de Tebas, uno de Atenas y uno de Esparta.

A los tres primeros los perdonó y puso en libertad; al espartano lo tuvo algun tiempo encarcelado.

Sitio de Tiro (332); fundacion de Alejandría (331).

Mientras que Darío huia por Tapsaca, allende el Eufrates, Alejandro avanzaba por la costa de Fenicia, cuyas ciudades le abrian todas sus puertas. Solo Tiro, al mismo tiempo que pedia paz y alianza, se opuso á que entrase en su recinto ni un so o macedonio, incluso el mismo Alejandro, que deseaba hacer sacrificios á Hércules. El vencedor de Iso estaba poco dispuesto á aceptar condiciones. Interesábale apoderarse de Tiro y la atacó. Difícil era sitiarla, porque estaba situada sobre una peña á alguna distancia de la costa. Fué necesario hacer un muelle para unír el islote al continente. Los tirios ostigaron sin descanso á los trabajadores y pegaron fuego á dos torres de madera levantadas para protejerlos; pero merced á los buques que de todas partes recogió Alejandro, pudo terminar el muelle que subsiste todavía. Entonces se encontró la ciudad bloqueada por sus dos puertos, y sus muros, de cien piés de elevacion, cayeron derribados á los golpes de las máquinas de guerra. La brecha dió entrada á un ejército irritado por aquella resistencia de siete meses. Ocho mil tirios fueron degollados! Solo salvaron la vida el rey Azemilcos, los principales de la ciudad y algunos cartagineses que allí se encontraban por haber ido á ofrecer sacrificios á Hércules. Los demás, hasta treinta mil fueron vendidos como esclavos. «Entonces Alejandro hizo sacrificios á Hércules; su pompa fué acompañada de los soldados con sus armas, en lo cual tomó parte hasta la flota. Celebráronse juegos gímnicos en el templo al fulgor de mil antorchas que llenaban los corredores; y la catapulta que habia abierto la brecha fué dedicada al dios.» (Arrio).

Antes del sitio de Tiro, Darío habia escrito al rey de Macedonia echándole en cara su injusta agresion y reclamando su familia. Alejandro le contestó con la enumeracion de las quejas que de aquel tenia la Grecia, y añadiendo que si queria entregarse á él recibiria pruebas de su generosidad, recobraria toda su familia, y obtendria todo cuanto pidiese; pero que si seguia escribiéndole, le tratase en todas sus cartas como dueño del Asia. Durante el sitio, el gran rey, que conocia la intensidad del golpe

que amagaba su poderío, ofreció á Alejandro diez mil talentos por el rescate de su familia, el imperio de todo el país comprendido entre el mar Egeo y el Eufrates, y por último su alianza y la mano de su hija. Parmenion creia que las proposiciones eran aceptables. «Si yo fuese Alejandro, aceptaria, dijo; y Alejandro contestó:—Yo tambien, si fuese Parmenion.» La contestacion del rey de Macedonia fué que no habia mas que un sol, y que tampoco debia haber mas que un señor.

Despues de tales mensajes ya no quedaba mas arbitrio que la guerra. Alejandro empero no se dignó volverse todavía contra su adversario, y llevó adelante su hábil plan con admirable perseverancia. Las costas de Palestina y Egipto no eran suyas, y quiso conquistarlas antes de penetrar en el Asia alta, para no dejar nada por hacer detrás de sí, y cerrar completamente á los persas el acceso al mar, y á su oro el acceso á Grecia (332). La fuerte plaza de Gaza cayó en su poder despues de tres ó cuatro meses de sitio. Aquí es donde tienen su sitio las anécdotas de la historia romancesca. Refiere Quinto Curcio que habiendo Alejandro hecho prisionero á Betis, gobernador de la ciudad, le mandó pasar una correa por los talones, y lo arrastró siete veces al rededor de los muros para imitar á Aquiles. Este cuento es aun menos verosimil que el que refiere el historiador judío Josefo, el cual dice que Alejandro se separó de su itinerario para visitar á Jerusalen; que se inclinó ante el sacerdote Jadduah, y que se creyó anunciado por las profecías de Daniel en cuanto prometian el imperio de Asia á un hombre de Occidente. Poco despues lo supone haciendo sacrificios al buey Apis (1); y en todas ocasiones se le presenta tributando á los cultos y sacerdotes indígenas homenajes que estos creen dirigidos á sus personas, pero que él solo ofrece en realidad á su propia ambicion ó á la divinidad que adora en todas sus manifestaciones nacionales, y que siempre es una para él á pesar de la diversidad de sus formas.

El Egipto, tan mal tratado por los reyes de Persia, se sometió

(1) Oco, que era mucho menos político, creyó mas conveniente matar el *buey-dios* y hacerselo servir en una comida. La fe de Alejandro es muy sospechosa: acompañábale siempre el adivino Aristandro ¿no indica esto que en su grande ánimo quedaba un resto de preocupacion? El mismo Sócrates no habia podido sacudir del todo el yugo de las antiguas creencias.

inmediatamente. Alejandro entró en Pelusio y en Memfis, bajó el Nilo hasta la aldea de Racotis, junto á la embocadura del Canope y al lago Mareotide. Allí echó los cimientos de Alejandría, la feliz rival de Tiro, futuro emporio del comercio entre el Oriente y el Occidente, punto de controversia para todos los cultos y todas las doctrinas. El mismo trazó sus límites y la disposicion de sus calles cortadas en ángulos rectos para recibir mejor el soplo halagador de los vientos etesios. Queria que fuese una ciudad mitad griega y mitad egipcia, que sirviése de lazo de union entre los dos pueblos, á cuyo efecto la dotó de templos para las divinidades de los dos países.

De Grecia se recibian las noticias mas satisfactorias. Las islas de Quio, Co y Lesbos habian vuelto á entrar en la alianza macedónica; las fuerzas marítimas de los persas ó no existian, ó habian pasado á otras manos. Alejandro era pues verdadero dueño de la mitad occidental del imperio, y podia sin temor alguno penetrar en el corazon del Asia. Antes de emprender este camino consideró prudente ir á conquistar un oráculo famoso, y hacerse dedicar una apoteosis que le habia de servir como de instrumento para nuevas victorias. Atravesó pues las arenas del Africa hasta llegar al templo de Amnon, cuyo sacerdote le saludó con el nombre de hijo de Júpiter. Cirene, que viendo al rey dirigirse al O. creyó que acaso se veia amenazada, le prometió estar siempre á su obediencia.

Batalla de Arbela (331); muerte de Darío; armamentos en Grecia (330).

Por fin emprendió Alejandro la persecucion de Darío, y atacó el corazon del imperio. Dejó en Egipto dos sátrapas del país para que la administracion fuese nacional, y fuerzas militares mandadas por macedonios, para que toda rebelion fuese imposible. Volvió á Tiro, donde celebró juegos escénicos acompañados de sacrificios, y atravesando la Celesiria llegó á Tapsaco, junto al Eufrates, cuyo rio pasó á fines de agosto de 331. De este modo daba una gran vuelta para evitar los desiertos de Arabia. Al hallarse á la otra parte del rio, evitó tambien bajar en derechura á Babilonia, como habia hecho el jóven Ciro. Tomó hácia el N. O. de Mesopotamia para que solo tuviése que recorrer un país bien regado

y abundante en víveres y pastos. El paso del Tigris no le fué disputado, como tampoco le habia sucedido en el del Eufrates. Por último dió con el inmenso ejército persa, que se componia de un millon de infantes y de cuarenta mil, ó segun Diodoro, doscientos mil ginetes, á ciento diez kilómetros de la ciudad de Arbela, en la vasta llanura de Gangamela, cuyo terreno había mandado nivelar el gran rey, para que fuesen mas fáciles las operaciones de sus doscientos carros de guerra y su caballería.

Alejandro habia recibido algunos refuerzos. Su ejército se componia de cuarenta mil infantes y siete mil caballos. Al llegar la noche, los innumerables fuegos de los bárbaros contribuyeron á poner de manifiesto la desproporcion de las fuerzas. Parmenion proponia que el ataque se diese de noche y por sorpresa. El rey desechó este parecer como poco digno de él. La misma prudencia le aconsejaba no acometer, rodeado de tinieblas y en sitios desconocidos, una empresa cuyo resultado habia de ser decisivo.

La batalla se trabó el dia 2 de octubre de 331. Por la mañana costó trabajo despertar á Alejandro que, ocupado en los preparativos del combate, no habia podido dormir hasta la aurora. Tomaron posicion los dos ejércitos: como la falanje ocupaba el centro, Darío colocó en su centro, como habia hecho en Iso, los mercenarios griegos. Alejandro dispuso una segunda línea de batalla detrás de la primera; aquella tenía por objeto salir al paso á los persas siempre que intentasen cercar á los macedonios. Darío se colocó bravamente delante del rey de Macedonia. Alejandro comenzó poniendo en movimiento el ala derecha; los persas le contestaron avanzando su ala izquierda. El movimiento de los griegos iba á hacerles salir del terreno nivelado por los persas. Darío precipitó el movimiento de su ala izquierda, y trató de envolver con su caballería la derecha del enemigo Alejandro mandó cargar contra los ginetes escitas y bactrianos, que iban cubiertos de hierro ellos y sus caballos; cedieron estos, y cobraron brío con los nuevos socorros. Para desbaratar sus filas fué necesario un grande esfuerzo. En aquel momento lanzó Darío sus carros armados de hoces contra la falanje; pero los macedonios estaban ya advertidos de cómo podian atacarlos. Apenas tomaron impulso aquellos aparatos, cuando los agrianos y los honderos empezaron á llover proyectiles sobre los conductores y los ca-

ballos hasta el punto de obligarles á detenerse. Algunos hubo que atravesaron las filas que se habian abierto á su paso, y fueron cogidos, sin que hubiesen causado ningun daño, por los hipáspitas y los palafreneros.

«Darío lanzó entonces todo su ejército. Alejandro avanzó á la cabeza del ala derecha, y mandó á Aretes que se dirigiese con su caballería ligera contra la enemiga que trataba de cercarlos. Una carga impetuosa de este rompió las filas de los bárbaros; siguiole Alejandro y formando el triángulo con la caballería, los hetarios y la falanje, penetró en medio del enemigo. La lucha duró poco: el mismo río retrocedió ante aquella fuerza compacta, numerosa, erizada de hierro por todas partes; y al ver su caballería derrotada, emprendió resueltamente la fuga.

En el centro, la línea de los griegos habia cedido á un ataque de la caballería india y persa, que habia penetrado hasta dar con los bagajes. Allí hubo momentos en que el desórden llegó á su colmo; porque los prisioneros se volvieron contra los que los tenian sujetos. La segunda línea empero hizo un cambio de frente, y cargando á los persas por la espalda, acabó con parte de ellos que estaban ocupados con los bagajes, y á los demás les hizo apelar á la fuga. El ala derecha de Darío habia cercado á los griegos y acometia á Parmenion por el flanco. Este mandó avisar á Alejandro del peligro en que se hallaba, y el rey acudió en seguida al frente de los hetarios, contra el ala derecha de los bárbaros. En este movimiento se lanzó sobre una fuerte columna de partos, indios y persas de los mas valientes que se retiraban con serenidad y buen órden. El choque fué terrible, porque aquellos ginetes sabian que iban á caer todos en manos del enemigo, si no lograban abrirse paso. Sesenta hetarios perecieron; Efestion fué herido; pero los macedonios triunfaron. De los ginetes persas solo escaparon los que se abrieron paso por entre las filas enemigas. Cuando Alejandro llegó á la izquierda ala, la caballería de Tesalia habia restablecido su preponderancia. Viendo que su presencia era inútil, dejó que Parmenion se apoderase del campamento bárbaro y recogiese el botin, y marchó en persecucion de Darío. Solo se detuvo al llegar la noche; concedió algunos momentos de reposo á la gente que le seguia, y volvió á tomar el camino de Arbela, á donde llegó al dia siguiente, pensando en-

contrar á Darío en su recinto. El rey habia ya salido, dejando allí sus tesoros, su carro y sus armas. En dos dias Alejandro habia dado una gran batalla y recorrido seiscientos estadios. En la lucha solo habia perdido cien hombres y unos mil caballos, entre los que el enemigo mató y los que murieron rebentados. Mas de la mitad de esta pérdida recayó en la caballería de los hetiarios. Por parte de los bárbaros dicen que se contaron trescientos mil muertos y muchos mas prisioneros (Arrio).»

Otra vez habia escapado Darío á la persecucion de los vencedores; pero si bien Alejandro le dejó escapar, se apoderó de las capitales del imperio y de los tesoros que encerraban. Al acercarse á Babilonia, los sacerdotes, los magistrados y los habitantes salieron á recibirle, presentándole ofrendas á porfía. El rey habló con los magos, hizo sacrificios á Belo, y reedificó su templo y todos los demás que Jerjes habia derribado. En Susa encontró cuarenta mil talentos en lingotes y nueve mil en numerario, y las estátuas de Harmodios y Aristogiton, que devolvió á los atenienses. Quince mil hombres entre tracios, macedonios y gente del Peloponeso fueron allí á reunírsele y llenar las bajas ocurridas en el ejército, no tanto por el hierro enemigo, como por las guarniciones que en todas partes iba dejando. Entre Susa y Persépolis tuvo que combatir á los belicosos oxianos por cuyas montañas no podia pasar el gran rey sin pagarles tributo. Alejandro atravesó á viva fuerza las Puertas Persas, donde le esperaba Ariobarzano con cuarenta mil hombres, que quedaron derrotados. El camino de Persépolis estaba para él abierto.

Esta ciudad, metrópoli del imperio, «era entonces (dice Diodoro) la mas rica de cuantas el sol alumbra. En sus cercanías encontraron los macedonios muchos griegos asiáticos que habian sido relegados á aquel lejano destierro, despues de someterles á horribles mutilaciones. Su aspecto enardeció la cólera de los vencedores: Alejandro entregó Persépolis al saqueo; por su parte de botin tomó ciento veinte mil talentos (unos 2,500.000,000 millones de reales,) depósito de las rentas del imperio acumuladas. A la noche siguiente la orgía aumentó los estragos causados en la ciudad por el saqueo; Alejandro, estimulado por la cortesana ateniense Taïs, incendió por su propia mano el palacio de los reyes para vengar á Grecia del incendio de sus monumentos, durante

las guerras medas. La ciudad no fué destruida como dice Quinto Curcio; puesto que á poco de la muerte del conquistador vemos al sátrapa Peuceste que ofrece en su recinto sacrificios á los manes de Filipo y Alejandro. Llegó á Pasargada, la ciudad santa de los aqueménidas, donde se celebraba la coronacion de los reyes, y se conservaba el sepulcro de Ciro, y allí se abstuvo de todo lo que pudiese parecer ultraje. Ocupadas Babilonia, Susa y Persépolis, ya nada tenia que hacer Alejandro al S. del imperio; volvió pues á seguir las huellas de Darío, y se dirigió hácia Ecbatana, á donde llegó ocho dias despues que aquel habia salido. Dió licencia á los griegos aliados que quisieron regresar á su patria, y además de su sueldo y su parte de botin; se llevaron como regalo dos mil talentos.

Así como el conquistador habia mostrado mucho desden hácia el rey fugitivo mientras le importaba apoderarse de sus capitales y sus tesoros, así mostró la mayor actividad en perseguirle cuando ya solo le faltaba apoderarse de su persona. En once dias hizo 480 kilómetros, y llegó á Rhagea, á corta distancia de las Puertas Caspias, cuando acababa de transponerlas Darío. Ya casi no habia esperanza de alcanzarlo, cuando llegaron dos servidores del rey, diciendo que Beso, sátrapa de Bocara ó la Bactriana, habia atraido á Darío y se lo llevaba consigo. Inmediatamente vuelve Alejandro á emprender su marcha; camina tres dias y tres noches sin descanso, y el cuarto dia, con quinientos de sus mejores soldados que montaban los pocos caballos útiles que le quedaban, alcanza á los persas no léjos de Hecatompilos. Dispérsanse estos al verle, y se le presenta á la vista Darío; pero Darío muerto. Beso, no pudiendo persuadirle á que huyera con él, habia dejado en el camino un cadáver acribillado de heridas. Alejandro le hizo funerales régios. Allí tambien le dejaron algunos griegos, á quienes dió, siendo ginetes, un talento, y siendo infantes la décima parte; triplicando estas cantidades para los que con él se quedaban.

En aquel mismo período sucedian cosas en Grecia que le libraban de todo temor de perder su patrimonio mientras estaba ganando un imperio. Los espartanos debian haber ido á Queronea; lo que no se atrevieron á hacer viviendo Filipo, lo intentaron al ver á su hijo internado en el fondo del Asia. Se habian ne-

gado á reconocer el congreso de Corinto, y tenian siempre diputados cerca de Darío. Una derrota que los escitas del Danubio causaron á un general macedonio, matándole treinta mil hombres, y la rebelion del gobernador de Tracia, les animaron á aprovecharse de los apuros de Antipatro. Su rey Agis fué á sitiar á Megalópolis con veinte mil infantes y dos mil caballos. Atenas, desoyendo los consejos de Demóstenes, no contestó á aquel llamamiento, si bien debemos decir en su descargo, que se hallaba amenazada por dos lados: por la guarnicion macedonia de la Cadmea y por las naves de Alejandro que eran señoras de las aguas.

Antipatro hizo frente á todo: puso en órden lo de Tracia y llegó con cuarenta mil hombres á Megalópolis á tiempo para salvarla. Agis pereció con cinco ó seis mil de los suyos. El congreso reunido en Corinto condenó á los aqueos á una multa de ciento veinte talentos pagaderos á Megalópolis; Esparta tuvo que entregar cincuenta rehenes y enviar diputados á Alejandro, para que les impusiese sus condiciones. Así como Agis herido se habia incorporado un momento y con una rodilla en el suelo estuvo peleando hasta recibir el golpe mortal, así la Grecia volvia á caer herida á los piés de los macedonios.

Campañas en la Bactriana y la Sogdiana (330—327); muerte de Filotas (330), Clito (328) y Calistenes (327).

Beso podia establecer un centro de resistencia en la Bactriana y la Sogdiana, donde habia tomado el título de rey. Alejandro estaba resuelto de todas veras á no darle tiempo para que se fortificase. Así que tuvo domeñados los mardos y los hircanos, pueblos belicosos de las regiones montuosas que costean al S. el mar Caspio, corrió hácia aquel, sometió de paso la Partia y el Aria, donde fundó una Alejandría, que con el nombre de Herat ha seguido siendo uno de los principales mercados de Oriente. Gobernaba la Drangiana y la Aracosia un cómplice de Beso; él lo destituyó, y se lo hizo entregar por los judíos. Aquí le detuvo un suceso trágico. Filotas, hijo de Parmenion, tuvo aviso de una trama urdida contra la vida de Alejandro, y guardó el secreto por espacio de tres dias, que fué cuando otra persona avisó al rey en el momento en que iba á ser víctima. Este silencio inexplica-

ble, una carta muy oscura de Parmenion; las amargas expresiones y los sarcasmos que hacia algun tiempo se permitia Filotas con respecto al rey, hicieron que se le creyese cómplice. El mismo Alejandro lo acusó en presencia del ejército; puesto en el tormento hizo declaraciones que acaso el dolor arrancó á su pecho (1), y todo el ejército lo apedreó. Muchos amigos suyos, oficiales todos de alta graduacion, murieron con él. Lo mas odioso que ocurrió en aquel lúgubre y tenebroso suceso, fué el asesinato del anciano Parmenion. Hallábase este á treinta jornadas de distancia, en Ecbatana, guardando inmensos tesoros; y como se temia que acaso se rebelase, enviáronle un mensajero, que montado en un dromedario atravesó el desierto en once dias, y lo mató mientras estaba leyendo una carta que le habia entregado fingiendo que era de su hijo (330).

De Proftasia, teatro de estas tristes escenas, pasó Alejandro á los desfiladeros del Paropamiso *(Hindoo-Kuh)* que lo separaba de la Bactriana, dejando detrás de él otras dos Alejandrías de las cuales aun hoy florece una que conserva el nombre de su fundador, Candahar (2). Rebeláronse los arios, mas no por eso se detuvo; sino que envió contra ellos un destacamento y entró en Bactriana.

Las grandes llanuras del Asia central habian quedado muy atrás: el país que ocupaba Alejandro estaba sembrado de montañas y cortado por torrentes. En vez de aquellas masas incoherentes y confusas que habia encontrado en las llanuras de Arbela, los enemigos que ahora se le presentaban eran montañeses, enérgicos y valientes como todos, y tanto mas temibles cuanto que defendian su patria. A las grandes batallas sucedian los combates, los sitios, las luchas contra la naturaleza, no menos que contra los hombres. Beso habia dejado sin víveres todo el país que tenian que atravesar los invasores, los que se vieron al prin-

(1) Prescindiendo de las confesiones arrancadas por el tormento, habia contra él el silencio que guardaba sobre un crímen de alta traicion, que las leyes antiguas castigaban con la muerte, como sucedió en Francia con de Thou. Los artículos 103 y 107 del código penal francés de 1810, castigaban aun con cárcel ó reclusion la no revelacion de los crímenes contra la seguridad del Estado. Hasta 1832 no se derogaron dichos artículos, gracias á la ley de 26 de abril.

(2) Los orientales dan á Alejandro el nombre de Iskander. Al dejar los desfiladeros del Paropamiso, dejó aquel otra Alejandría para que los guardase por el N.

cipio en los mayores apuros. Sin embargo, Aornos «la inexpugnable» y la misma Bactra cayeron; el Oxo dió paso por sus aguas á los enemigos; y Espitameno entregó á Beso que fué azotado en presencia de todo el ejército, despues mutilado, y por último entregado á la cruel venganza de la familia de Darío.

Despues de la Bactriana, sufrió el yugo la Sogdiana, cuya capital Maracanda, ocuparon los vencedores. Alejandro no se detuvo en su recinto, sino que avanzó hasta el Iaxarte, lo atravesó, y á la opuesta orilla fundó otra Alejandría (¿Khojend?) que fué el último punto á que llegó por el N. (1).

Una rebelion de Espitameno le hizo volver al S. El sátrapa habia derrotado uno de los cuerpos de su ejército y huia de su persecucion; Alejandro castigó la provincia por aquel suceso, á que quizás habia permanecido ajena, causando grandes destrozos (329). El movimiento tomó mucha mas extension al año siguiente: Piton y sus tropas cayeron en poder de Espitameno; pero al ver que en un dia habia sido tomado el peñon Sogdiano, fortaleza muy famosa en el país, causó algun desaliento entre los sublevados. A la intimacion que Alejandro dirigiera al gobernador, habia contestado este preguntándole si tenia alas; y en efecto parecia imposible tomar sin alas la inaccesible fortaleza. El rey prometió diez talentos al primero que llegase al muro, y un corto número de soldados escaló el peñasco cortado á pico.

En la fortaleza encontró Alejandro la familia de un magnate persa, cuya hija llamada Rojana era hermosa en extremo. La política del conquistador se dirigia á verificar la union de los dos pueblos: en todas las ciudades que fundaba confundia siempre los griegos con los indígenas; así fué que casándose con Rojana dió un ejemplo de estímulo para la fusion de las dos razas. El padre de la jóven halagado con aquella distincion se dió prisa á demostrar su obediencia, con lo cual llevó tras sí gran parte de la provincia. Para mas asegurar la sumision de aquel territorio, se dió á Efestion el encargo de fundar allí doce ciudades que sirviesen de punto de defensa contra las excursiones de los escitas, mientras que Alejandro recorria el resto del país no dejando subsistir una fortaleza cerrada contra él, ni un ene-

(1) Tambien ocupó un poco mas hácia el S. siete fortalezas, levantadas sin duda por Ciro, cuyo nombre llevaba una de ellas.

migo armado. Espitameno quiso intentar otro golpe por sorpresa que le fué funesto. Derrotóle el macedonio, y los masagetas, al saber que se acercaba á ellos, salvaron sus tribus del saqueo, enviándole la cabeza del osado guerrillero. Alejandro habia gastado dos años en someter aquellos belicosos pueblos; pasó aun algunos meses mas en la Bactriana, donde seguian defendiéndose algunos jefes, y no salió de allí sino para emprender su campaña contra la India.

En aquellas regiones iba dejando Alejandro recuerdos muy profundos y muy terribles. En los desiertos del Oxo se le vió, despues de una larga marcha á pié, á la cabeza de su ejército, muriendo de sed, rehusar un poco de agua que uno de sus soldados habia encontrado, y derramarla porque no podia compartirla con todos los suyos. En los combates siempre se le veia en primera fila, y recibió muchas heridas; nunca dejaba á los demás el cuidado que requerian aquellas prodigiosas marchas que tantas veces asombraron al enemigo, sorprendidos por sus repentinos y decisivos ataques. En una cacería no quiso que Lisimaco le socorriese contra un leon que lo acometia, y lo mató en efecto; pero el ejército resolvió que en adelante el rey no podria cazar á pié ni sin escolta. Su liberalidad era tan ilimitada como su valor; y en ciertas ocasiones daba muestras de una perseverancia igual á sus briosos ímpetus. Habia acostumbrado á los macedonios á creer que para ellos no habia imposible; de modo que los soldados, sobre todo los nuevos, al ver los grandes hechos que llevaba á cabo, solian ocuparse de su orígen divino, de las contestaciones que le habia dado Amnon, y de la serpiente misteriosa que Filipo habia encontrado en su cámara nupcial el dia de su boda. Sin embargo, los que le rodeaban de cerca eran menos crédulos. Sus amigos de la infancia, sus ancianos generales, toda la altiva nobleza de Macedonia, en otro tiempo tan familiar para con sus reyes, veia aquella apoteosis con profundo despecho.

Cuando Alejandro adoptó, á la muerte de Darío, los estilos de los persas, ciñó la diadema, vistió la túnica blanca, hizo vestir trajes de púrpura á sus favoritos, aprendió el idioma de los vencidos y admitió en su guardia á los hijos de las familias mas ilustres del país, no fué que cediese solo al simple y vano deseo

de parecerse al *gran rey*, sino que cedió á una exigencia de la política. Los macedonios se irritaron al ver abandonadas las costumbres nacionales, y comenzaron á mostrar celos de los persas favorecidos. Alejandro, á pesar de su talento superior, no supo encontrar el límite en que podian conciliarse sus derechos como conquistador del Asia y las consideraciones que la prudencia le aconsejaba guardar á los macedonios. Hubiera sido menester que, como el dios de las dos caras, hubiese podido desempeñar dos papeles á un tiempo, siendo el gran rey para los persas, y no dejando de ser el rey de Macedonia para sus compatriotas: posicion imposible y rodeada continuamente de odios y sospechas. El uno se abandonó al orgullo y al despotismo, los otros á la indisciplina y la insolencia. Ya antes habia dado con aleves y conspiradores; ya habia condenado á muerte á Filotas y asesinado á Parmenion. En 328 una escena deplorable puso de manifiesto los progresos de aquel doble mal.

Sucedió en Maracanda que en una fiesta de los Dioscuros, algunos de aquellos bajos personajes, adivinos ó sofistas que con sus adulaciones alimentaban la vanidad del rey, dieron en ensalzarle hasta declararle superior á las dos divinidades, y aun al mismo Hércules. Clito indignado suelta la voz diciendo que Alejandro no ha alcanzado la gloria por sí solo, y que una parte corresponde á todos los macedonios. Y como se habia llegado á rebajar el mérito de Filipo, para que apareciesen muy superiores las hazañas de su hijo, el anciano general traspasa todos los límites; comienza á hacer el elogio del padre, satiriza al hijo, y extendiendo hácia él el brazo, le dice: «Alejandro, á no ser por el socorro de este brazo hubieras perecido en el Granico.» El rey ebrio de vino y de cólera no puede contenerse, arrebata la pica á uno de sus guardias, y hiere con ella á su salvador y amigo. El arrepentimiento no tardó en levantarse en aquel corazon generoso. Cuéntase que recobrando al momento su razon dirigió contra su pecho la pica resuelto á atravesarse, lo que le impidieron los circunstantes. Tres dias permaneció encerrado en su tienda, sollozando, llamando á Clito, y negándose á tomar alimento.

Pero vertida estaba la sangre, y aun mas iba á verter Alejandro. Los persas que lo rodeaban lo adoraron un dia como hijo de

Júpiter Amnon. El filósofo Calístenes de Olinto, discípulo y pariente de Aristóteles, no quiso tomar parte en aquella humillacion. Algun tiempo despues, un jóven de la servidumbre del rey, llamado Hermolao, que habia recibido un ultraje sangriento por órden de Alejandro, conspiró contra su vida. La conspiracion fué descubierta, y Calístenes acusado como cómplice, murió con Hermolao y otros. Calístenes era honrado; era de sentimientos rectos y elevados; virtuoso y rígido: su muerte es una mancha en la gloria de Alejandro (327) (1).

Campañas en la India (327-325).

En la Sogdiana habia recibido Alejandro la embajada de Taxilo, príncipe indio que reinaba en el país situado entre el alto Indo y el Hidaspes, el cual le pedia auxilio contra otro rey vecino que se llamaba Poro. Alejandro dejó en Bactriana diez mil infantes y tres mil quinientos caballos, para que tuviesen á raya todo el país hasta el Iaxarte. Del mismo territorio sacó soldados que elevaron su ejército á ciento veinte mil infantes y quince mil caballos. Pasó otra vez el Paropamiso y llegó al Cofen, donde le esperaba Taxilo. En tanto que Perdicas y Efestion bajaban á lo largo de dicho rio, hasta el sitio donde se une con el Indo, él fué á someter á los aspios, los asacenios y los gureos, pueblos belicosos al N. del Cofen. En esta expedicion, en que se invirtió el resto del año (327), se verificó la segunda toma de Aornos, en que, segun se decia, habia fracasado Hércules. En Nisa y en el monte Meru, creyó encontrar indicios de haber pasado por allí Baco, y se sirvió de esta idea para exaltar el valor de sus macedonios. Creia en efecto seguir las huellas de un dios y un héroe y eclipsar con su gloria la que hubiesen podido adquirir aquellos. Por fin, pasó el Indo; atravesó los estados de Taxilo, donde vió con cierta sorpresa la austeridad de los braminas, y llegó á orillas del Hidaspes, cuyo paso se preparaba á disputarle Poro. Aquel valeroso príncipe detuvo algun tiempo á Alejandro, y solo fué vencido despues de un sangriento combate, en que quedó herido y prisionero. «¿Cómo quieres ser trata-

(1) Otros dicen que fué encerrado en una jaula de hierro, dentro de la cual lo llevaba á donde quiera que iba el ejército, y en la que murió siete meses despues en la India.

do?» le preguntó el vencedor.—«Como rey.»—«Eso hubiera yo hecho sin que tú me lo dijeras. Dime además lo que puedo hacer por tí.»—«Todo lo he dicho.»—«Pues te devuelvo el poder y el reino y aun añadiré algo mas;» díjole Alejandro, y cumplió su promesa. Su generosidad estaba de acuerdo con su política. No era conveniente que Taxilo reinase allí sin un rival que pudiese contrabalancear su fuerza. Alejandro fundó allí dos ciudades: una se llamó *Nicea* para que recordase su victoria; otra se llamó *Bucefalia* en recordacion de su fiel y viejo caballo que acababa de morir de resultas de las heridas que recibiera en el combate.

El Hifaso es el último límite de la expedicion de Alejandro. Detúvose, no porque no desease ir adelante, sino porque sus soldados le obligaron á ello. Rendidos de fatiga, con setenta dias de tormenta y de continuas lluvias (1), despedazados sus vestidos y con armas ya muy usadas, se espantaron al considerar las empresas que Alejandro se proponia llevar á cabo, teniendo que atravesar un desierto inmenso, contra aquellos gangáridas y prasios, cuyo rey podia salirles al paso con doscientos mil infantes, veinte mil caballos y centenares de elefantes. Antes de pasar el profundo y rápido rio que corria á sus plantas, comenzaron á murmurar divididos en grupos. Alejandro convocó inmediamente á los jefes. «Corta es la distancia que nos separa del Ganges, les dijo, y del mar de Oriente que se une al de Indias á la otra parte del golfo Pérsico y ciñe el mundo. Desde el golfo Pérsico subiremos á las columnas de Hércules, y dejando el Africa sometida al igual del Asia, nuestro imperio no tendrá mas límites que los de la tierra.... Si yo no participase de vuestras fatigas y peligros, comprenderia vuestro decaimiento. Podriais quejaros si hubiese aquí la desigualdad de que para mí fuesen las recompensas y para vosotros las penalidades; pero riesgos y trabajos, todo es comun entre nosotros que al término de la carrera hallamos la recompensa. ¿Veis este país? es vuestro. ¿Veis esos tesoros? son vuestros. Una vez sometida el Asia, yo satisfaré con exceso vuestros deseos. A los que quieran volver á sus hogares, los acompañaré yo mismo; á los que quieran quedarse los colmaré de presentes inestimables.»

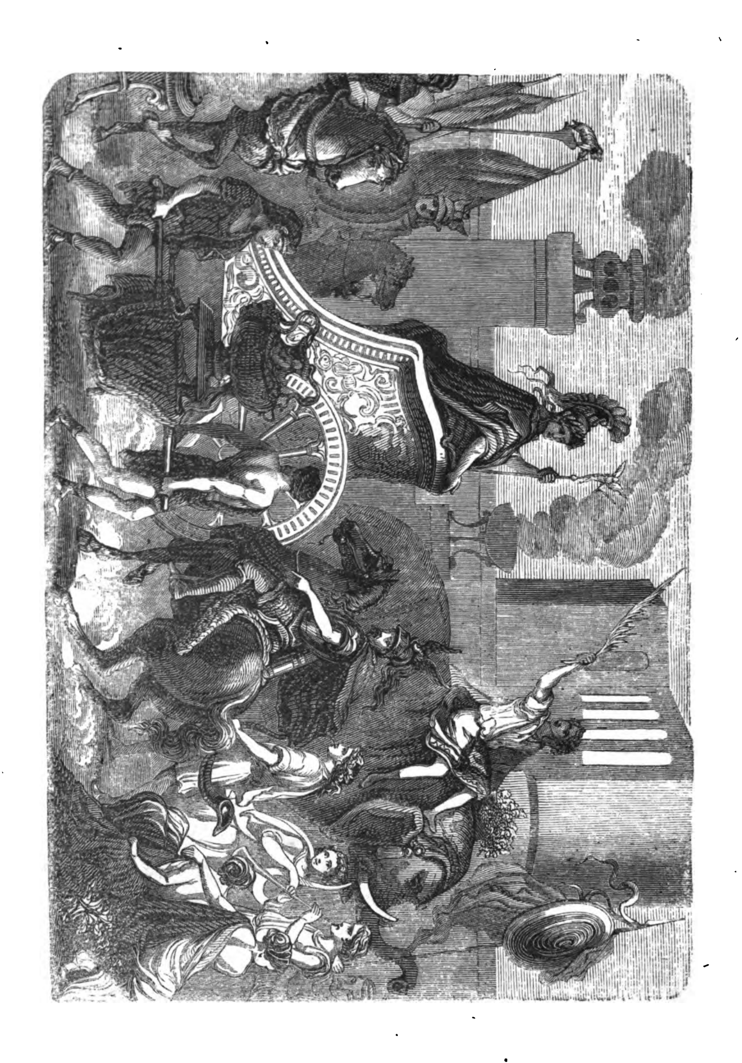
(1) El monzon del S. E. comienza en el norte de la India á fines de junio.

A estas palabras siguió el mas profundo silencio. «Si hay alguno que no esté de acuerdo con mis designios, dijo Alejandro, que hable;» y volvió á reinar el silencio, hasta que despues de un rato, Cœnos, uno de los oficiales mas antiguos, expresó los sentimientos de todos, suplicándole que les permitiese volver á Macedonia, «donde encontraria una numerosa juventud ávida de gloria y dispuesta á reemplazar á los soldados viejos.» Estas palabras fueron acogidas con universales aplausos. Alejandro se marchó irritado.

Al dia siguiente volvió á reunir el consejo de los jefes y dijo: «No quiero que nadie me siga á la fuerza; vuestro rey seguirá yendo adelante y no le faltarán soldados fieles. Los que deseaban retirarse, pueden hacerlo; id á anunciar á los griegos que habeis abandonado á vuestro príncipe.» Dice y se encierra en su tienda, donde permanece tres dias sin hablar á ninguno de sus hetarios; esperando una de esas reacciones que son comunes á los soldados y varian el estado de su ánimo. El ejército empero sigue en silencio. Alejandro ofrece los sacrificios de costumbre para tener una marcha feliz; los auspicios le son adversos, visto lo cual reune á los mas ancianos y mas íntimos hetarios y les dice: «Puesto que todo se conjura para hacerme retroceder, id á anunciar al ejército que nos volvemos.»

Al oir esta noticia, la multitud lanza gritos de júbilo: todos corren á la tienda de Alejandro y le bendicen por su generosidad en ceder al cariño de sus soldados. Entonces divide su ejército en doce cuerpos, á cada uno de los cuales manda levantar un altar inmenso, alto como las mas altas torres; para que sean monumento de sus victorias y testimonios de su gratitud hácia los dioses. Terminada esta tarea manda ofrecer sacrificios conforme al rito griego, celebra juegos gímnicos y ecuestres y pone todo el país hasta el Hidaspes bajo la dominacion de Poro. Despues de esto fué cuando se resolvió á volverse.... (Arrio).»

Embarcóse con parte de su ejército en el Hidaspes, donde habia mandado reunir dos mil naves. «Ocupa la suya, toma una copa de oro; hace sus libaciones desde la proa; invoca al dios de aquellas aguas y al del Acesino que se reune al Hidaspes para precipitarse en el Indo que tambien invoca; y despues de las libaciones á Hércules, progenitor de su raza, á Amnon y á otros



dioses á quienes reverenciaba, suena la trompa anunciando que la flota se da á la vela (Arrio).» El resto del ejército seguia por las márgenes del rio.

Alejandro recibió las declaraciones de sumision de los pueblos ribereños de los tres rios que hemos nombrado, si bien algunos se le resistieron como los malienos y los oxidracos. Su impetuoso arrojo puso en grave peligro su existencia en el asedio de un fuerte de los malienos. Subió sobre sus muros el primero, seguido de tres oficiales; rompiéronseles las escaleras; Alejandro se encontró solo en la parte mas elevada del muro, siendo el blanco de todos los tiros, y se precipitó dentro de la fortaleza. Apoyando la espalda contra el lienzo de la muralla y defendido por el tronco de un arbol, tuvo á raya á sus enemigos; mató á los mas osados que se le acercaron, pero al fin cayó herido de una flecha. Afortunadamente los tres oficiales habian llegado junto á él y le cubrieron con sus escudos. Esta resistencia dió tiempo á los soldados para asaltar el fuerte y acudir á él en gran número. Alejandro fué llevado sin conocimiento á su tienda, donde estuvo como muerto mucho tiempo, en términos que su ejército no creyó que vivia hasta verle desembarcar y montar á caballo ante su vista. Despues de una feliz navegacion por el Indo, durante la cual tuvieron algunos combates, llegó á la isla de Patala que es el delta formado por las bocas del gran rio (325).

Regreso à Babilonia; Nearco; proyectos de Alejandro; su muerte (325-323).

Llegado ya á aquel término, volvió Alejandro á tomar el camino de Occidente. En aquellas regiones, que los señores del Asia no habian visitado antes que él, dejaba numerosas huellas de su paso é indicios de sus grandes designios de civilizacion. Habia sembrado por su camino, en todas las posiciones ventajosas, ciudades que poblaba parte con sus soldados y parte con los indígenas, y que en su mayor parte debian conservar la civilizacion griega que en ellas establecia, y algunas vivir durante muchos siglos para llegar hasta nosotros. Su proyecto era volver por tierra con el grueso de su ejército; pero queria que al atravesar las provincias que aun no habian visto á sus soldados, su flota explorase, á las órdenes de Nearco, las costas meridiona-

les del imperio, y volviese del Indo á las bocas del Tigris. En cuanto los vientos no lo impidieron, se lanzó Nearco á aquel Occéano, cuyo flujo y reflujo habia admirado á los griegos, como cosa nueva para ellos. Alejandro, con su deseo de que se estableciesen relaciones entre el Eufrates y el Indo, preparaba recursos y puntos de refugio para el comercio. En el delta de dicho rio, levantó antes de marcharse una fortaleza para tenerlo bien sometido; abrió pozos é hizo un puerto, almacenes y arsenales. A fines de 325 se interna al O. al través del país de los arabitas y los horitas, levanta una nueva Alejandría en Rambacia, y pasa en seguida á los desiertos de Gedrosia.

En aquellas ardientes y movedizas arenas experimentó el ejército al poco tiempo los mayores sufrimientos: calor, sed y hambre (1); muchas acémilas, muchos convoyes y aun soldados tuvieron que quedar abandonados. «El ejército, dice Estrabon, se salvó gracias á los dátiles que abundaban mucho en el lecho de los torrentes.» Alejandro compartió todas las fatigas con sus soldados. Un dia le presentan en un casco un poco de agua turbia que con grandes trabajos han adquirido, y él la derrama por el suelo para que no se diga que mientras el ejército muere de sed, bebe su jefe. Al cabo de dos meses llegaron á Carmania, donde encontraron las provisiones que los sátrapas vecinos habian enviado. Entonces, si hemos de dar crédito á Diodoro y á Quinto Curcio, sucedieron á los padecimientos las orgías, y una marcha triunfal de siete dias, durante los cuales Alejandro fué conducido en un carro, vestido de Baco.

En Pasargada, por donde pasó, mandó reparar la magnífica tumba de Ciro, que habia sido objeto de pillaje; despues fué á Susa por Persépolis. En Susa castigó á muchos sátrapas desleales ó culpables de exacciones. Uno de ellos, llamado Harpalo, sátrapa de Babilonia, no se atrevió á esperarle; huyó llevándose consigo cinco mil talentos y tomó á su sueldo seis mil mercenarios. Los griegos desparramados por el Asia, que vendian su sangre al que mejor se la pagaba, eran muchos. Alejandro prohibió á sus sátrapas el tener guardas mercenarios y trató de hacerse dueño de esta fuerza flotante, indisciplinada y peligro-

(1) Las narraciones de los viajeros modernos son menos desfavorables para Gedrosia (Mekran). Véase particularmente *Kinnear's Memoir*.

sa, poblando de mercenarios las colonias de Pérsida; pero su proyecto, aunque tuvo un principio de ejecucion, no se llevó á cabo.

A pesar de su ejemplo y sus esfuerzos, la fusion entre los dos pueblos no iba adelante. Ya hemos dicho que se habia casado con Rojana; algun tiempo despues se casó tambien con Barsina (1), hija mayor de Darío. Dió á Efestion la mano de Dripetis, hermana de esta, y dotó ricamente á las mujeres mas distinguidas de Persia, casándolas con sus oficiales superiores. Mas de noventa bodas se celebraron en un solo dia y una sola ceremonia, para mejor estrechar los lazos que unian al rey y á sus generales. Invitó á todos sus soldados á que hicieran otro tanto, y dió regalos de boda á los que se casaron con mujeres asiáticas; diez mil fueron los que se inscribieron optando á aquellos presentes. Aquellas fiestas precedieron á un espectáculo extraordinario. Calanos, que así se llamaba un bramina que Alejandro habia sacado de la India, se entregó á las llamas de una hoguera en presencia de todo el ejército. Tenia setenta y tres años, acababa de caer enfermo, y prefirió convertir su muerte en una fiesta á esperarla rodeado de dolor y de tristeza. Se privaba de una corta existencia, y ganaba en cambio celebridad para su nombre.

Los casamientos de que hemos hablado eran un gran medio para la fusion de los dos pueblos, fusion que tambien se propuso Alejandro realizar en la organizacion de su ejército. Los sátrapas le enviaron un cuerpo de treinta mil jóvenes persas, á quienes dió el nombre de epígonas, y les hizo armar y disciplinar como los macedonios, quienes no vieron con satisfaccion las nuevas tropas. Olvidando los beneficios de Alejandro, que acababa de pagar veinte mil talentos de sus deudas con la delicadeza de un amigo (2), comenzaron á manifestar su disgusto y expresaron sus deseos de ponerse en marcha. Alejandro, indignado, bajó de su sitial, cogió á trece de los mas revoltosos en medio de la multitud que murmuraba, y los mandó al suplicio.

(1) Segun Arrio. Plutarco la llama Estatira.

(2) Los deudores no se atrevian á declarar su nombre cuando recibieron la primera órden; pero Alejandro mandó que en el campo se colocaran mesas llenas de oro, y entonces se fueron presentando con sus acreedores, manifestaron cuanto debian y recibieron su importe.

Volvió en seguida á ocupar su asiento, recordoles todo el poderío, el bienestar y la gloria que á su padre y á él les debian, y terminó diciendo: «Marchaos; id á decir á los griegos que Alejandro, abandonado por vosotros, se entrega á la fe de los bárbaros por él vencidos.» Desde allí pasa á su tienda, se encierra por espacio de dos dias, y no permite la entrada ni aun á sus amigos mas íntimos. Al tercer dia llama á los principales persas, les confiere los mandos, y forma un ejército todo de persas. A esta noticia los macedonios no pueden con la idea de que Alejandro vaya á conceder á los persas el afecto que á ellos les profesaba; corren en tumulto á su tienda, piden licencia para verle y le suplican que los perdone. Alejandro se enternece al ver su desesperacion y como se le humillan; asoman las lágrimas á su rostro y exclama: «¡Vosotros sois mi familia; no quiero daros otro nombre!» A esta reconciliacion se le puso el sello en un banquete de nueve mil personas, al que asistió Alejandro. Poco despues licenció buenamente á los macedonios que habian quedado inválidos á consecuencia de la edad ó de las heridas; los cuales formaron un total de diez mil. Dioles, además del dinero necesario para el viaje, un talento á cada uno, y encargó á Crátera, su mejor amigo, que los acompañase á sus hogares.

Por aquella época experimentó Alejandro un dolor profundo: perdió á Efestion, que era su mas íntimo amigo (1). Hízole unas honras fúnebres tales como no se han hecho á ningun hombre; como que le costaron mas de doscientos millones, y mandó preguntar al oráculo de Ammon si Efestion debia ser honrado como héroe ó como dios. Para distraerse de sus pesares fué á subyugar á los montañeses coseos. Todos los prisioneros que les hizo fueron pasados por las armas; sin duda como víctimas ofrecidas al nuevo dios. En Babilonia, donde volvió al fin, encontró embajadores de todos los puntos del mundo conocido. Habíalos italianos, lucanos, brucios, etruscos, africanos, cartagineses, etíopes, libios, escitas de Europa, celtas é iberos (2). Los macedonios oye-

(1) Alejandro tuvo dos amigos íntimos: Efestion y Crátera que se disputaban su afecto y que mas de una vez estuvieron á punto de disputárselo con la espada en la mano. Alejandro decia que aquel era el amigo del rey, y este el de Alejandro.

(2) Arriano no cree que recibiese embajada de romanos. La de los Celtas, como no fuesen los del Danubio y la de los Iberos, son igualmente dudosas.

ron nombres desconocidos y se vieron invocados como árbitros por pueblos cuya existencia y situacion geográfica ignoraban. En medio de tantos homenajes y aun para hacerse acreedor á ellos, Alejandro solo pensaba en grandes proyectos. «Dicen unos que pensaba dar la vuelta á la Arabia, costear la Etiopia, la Libia, la Numidia y el monte Atlas, pasar por las columnas de Hércules, penetrar hasta Gades (Cadiz) y volver al Mediterráneo despues de someter á Cartago y toda el Africa.... Dicen otros que pensaba ir por el Euxino y la laguna Meotis contra los escitas, y aun hay quien asegura que trataba de ir á Sicilia y al promontorio de Iapigia, atraido por la celebridad de los romanos.» Arrio se equivoca: el nombre de estos no tenia aun nada de célebre. Lo cierto es que Alejandro mandó construir en Fenicia mil galeras que debian ser trasportadas á Tampsaco y bajar desde allí al golfo Pérsico. Tambien es cierto que envió tres expediciones á las costas de Arabia para completar las noticias adquiridas por Nearco. El mas atrevido fué el ciliciano Hieron, que parece haber recorrido toda la costa oriental de la península. Heráclido habia sido enviado con un objeto semejante al mar Caspio, en donde debia construir una flota.

Mientras esperaba poder salir para nuevas conquistas, se ocupaba de nuevas mejoras interiores. Mandaba abrir en Babilonia un puerto capaz de contener mil galeras y radas donde estar al abrigo. Hizo quitar los obstáculos que los reyes de Persia habian mandado echar en el Tigris inferior para impedir su navegacion. Recorrió por sí mismo el lago Palacopas, donde desaguaba el Eufrates en la época del deshielo, pero donde se perdian inútilmente las aguas, y resolvió arreglar mejor las presas que disminuian el agua del rio. Diez mil hombres trabajaron durante tres meses en aquella obra. Un dia que navegaba por el lago, al llegar junto á un sitio donde estaban las tumbas de algunos antiguos reyes, el viento se llevó su diadema, que quedó detenida en las breñas que al rededor de las tumbas crecian. Un marinero se echó al agua para recogerla, lo consiguió, y se la puso en la cabeza para llegar nadando á la nave régia. El marinero fué recompensado; pero tambien condenado á muerte, porque los sacerdotes caldeos consideraron aquel hecho como un augurio fúnebre. Hacia algun tiempo que menudeaban los presagios

siniestros, impresionando desagradablemente los ánimos hasta el punto de que el mismo Alejandro, deseoso de acallar su inquietud, se entregó sin tasa á los placeres de la mesa, donde tantas veces habian perdido la razon así él como su padre. Bajo el clima de Babilonia, aquella destemplanza era la muerte; y en efecto, despues de muchas orgías que duraban largo tiempo, le acometió una fiebre cuyo gérmen le comunicaron quizás los miasmas de las lagunas del Palacopas. Al onceno dia de su enfermedad, el 21 de abril (323) terminó su vida. Hacia algunas semanas que habian ido diputados de Grecia á llamarle dios y adorarle. Alejandro murió antes de cumplir los treinta y tres años. La fuerza habia terminado casi su obra; la razon iba á comenzar la suya. ¿Hubiera sido superior á su capacidad esa segunda tarea? Lo poco que dejó entrever de su política y sus designios, demuestra lo que hubiera sido capaz de hacer:

Los vencidos prendados de los miramientos del vencedor y asociados á sus empresas (1);

El comercio, lazo entre las naciones, desarrollado en una escala inmensa, y teniendo delante sendas nuevas que Alejandro le habia abierto ó allanado; los puertos, los arsenales, las plazas de refugio y de descanso que él habia preparado;

La industria, activamente solicitada por aquellos inmensos tesoros estériles en otro tiempo, y lanzados entonces á la circulacion por la pródiga mano del conquistador;

La civilizacion griega sembrada y arraigada en mil puntos del imperio por tantas colonias, entre las cuales Alejandría por sí sola recibió y derramó continuamente un inagotable manantial de riquezas y de ideas (2);

Los pueblos, los pensamientos, las religiones, todo mezclado y confundido en una unidad grandiosa, de donde iba á brotar una civilizacion nueva.

(1) Lloráronle los vencidos, y Sisigambis, madre de Darío, no quiso sobrevivirle. Se ha hablado de si le envenenaron; pero las Efemérides reales prueban que su enfermedad fué una de esas continuas fiebres que son comunes en los países cálidos.

(2) Alejandria fué, no solo el emporio del comercio de Europa y la India, sino un gran centro de traducciones y comentarios. Hasta la Biblia de los Setenta se tradujo, así como todos los grandes libros del Egipto, de Caldea y sin duda de la India, segun Estrabon nos dijo.

Eso es lo que Alejandro habia preparado; este es el motivo de que al cabo de dos mil años el mundo se detenga y se incline ante el nombre del jóven victorioso.

Pero ¿qué ganaba en ello la Grecia, cuya historia es el objeto de nuestro estudio? La victoria de Alejandro remachó sus cadenas, y con su libertad decayó tambien el movimiento intelectual que la libertad habia producido. La Grecia vió desviarse los polos del mundo moral, y Pérgamo y Alejandría sustituir á Atenas, y Efeso y Esmirna á Corinto. No solo perdió aquella fecundidad en hombres, poetas, artistas y filósofos que en tiempo de Pericles se derramaban por todas las costas del Mediterráneo; sino que habia de agostarse para dar á las nuevas cortes orientales guerreros y ministros, parásitos y soldados. Todo el que pueda llegar á dar honra á su patria, pasará al servicio del extranjero. Todo cuánto sea savia, sangre, generosidad, ambicion, talento..,. todo lo abandonará para volver á sus colonias asiáticas y africanas. Ya las musas no cantarán mas en el sagrado valle; una sola vez se las oirá en Sicilia y en Cirene; despues.... nunca. El arte y la elocuencia irán á Rodas, la filosofía á orillas del Nilo, la ciencia á Siracusa (1), Aristóteles, que durante trece años de permanencia en Atenas (335-323) habia escrito sus principales obras bajo aquel hermoso cielo, la abandona, para no volver á pisar su recinto, en donde acababa de morir Licurgo. En breve han de morir tambien Demóstenes y Focion, que no tendrán quien los reemplace. Todo declina: hasta los dioses. Alejandro, extendiendo sus derechos de conquistador hasta el Olimpo, colocó en segundo lugar el templo y la divinidad de Ammon, despues de Olimpia, pero antes de Delfos. Ni aun habrá para Grecia el consuelo de ver como se aprovecha el Asia de sus pérdidas. El espíritu griego debilitado por lo mucho que se habia estendido, no producirá en su nueva patria aquellos sabrosos y saludables frutos de la poesía, y el arte que, cuando se sentia estimulado y reprimido á la vez, prodigó sin tasa al pié del Himeto y del Parnaso.

(1) Calímaco era de Cirene; Teócrito y Arquimedes, de Siracusa.

CAPÍTULO XXII.

Grecia desde la muerte de Alejandro á la de Pirro (323—272) (1).

PRIMER ARREGLO PARA LA SUCESION DE ALEJANDRO (323).— LEVANTAMIENTOS PARCIALES; GUERRA LAMIACA; MUERTE DE DEMÓSTENES (323—322).—AMBICION Y MUERTE DE PERDICAS (323—321); EUMENES.—REGENCIA DE ANTIPATRO (321—319); Y POLISPERCON; MUERTE DE FOCION Y EUMENES (316); RUINA DE LA CAUSA REAL.—DESTRUCCION DE PARTE DE LA FAMILIA DE ALEJANDRO (317—316); PODERÍO DE ANTÍGONO; TRATADO DE 311.—ASESINATO DE LOS DOS HIJOS DE ALEJANDRO (311—309); HUMILLACION DE ATENAS; NUEVOS REYES (306).—BATALLAS DE IPSO (301) Y CIROPEDION (282).—INVASION DE LOS GALOS (280—279); MUERTE DE PIRRO (272).

Primer arreglo para la sucesion de Alejandro (323).

Alejandro habia conquistado mucho, mas nada habia fundado: no habia tenido tiempo para ello. El Asia arrebatada en una rápida carrera como un inmenso botin, estaba esperando que aquella poderosa mano le diese una forma, una organizacion y una civilizacion nuevas; pero la muerte acababa de helar aquella mano. Alejandro, como los grandes pintores cuyos bocetos conocemos, solo habia podido marcar con algunos rasgos de su genio los sitios á donde habia llevado sus conquistas; rasgos indelebles que sus sucesores debian recojer: habia desbastado mucho sin concluir nada.

¿Quién podia imaginar que el dios habia de morir, y morir tan pronto, en la fuerza de la edad y de las concepciones? Su muerte llenó de estupor al mundo. La noche siguiente su ejército permaneció sobre las armas, por un vago instinto de temor, como si tuviese muy cerca á los enemigos. Los habitantes de Babilonia cerraron las puertas, no encendieron luz en sus casas, y estuvieron encerrados, inmóviles, prestando el oido á todos los rumores

(1) Arrio, *Los sucesores de Alejandro*; Diodoro, Justino, Plutarco, *Vidas de Eumenes, Demetrio y Pirro;* Droysen, *Geschichte der Nachfolger Alexander's;* Flathe, *Geschichte Macedoniens und der Reiche welche von Macedonischen Kœnigen beherscht, wurden*, 1834; Gillies, *History of World from the time of Alexander to that of Augustus*, 1810.

y creyendo á cada paso que aquel ejército terrible contenido hasta entonces por su señor, iba á entregarse á la violencia y al pillaje.

Al asomar el dia, los guardias del rey, que desde la muerte de Efestion habian quedado reducidos á siete, se reunieron y convocaron á los demás oficiales; pero los soldados deseaban tambien tomar parte en sus deliberaciones, é invadieron todos los pasos que conducian á la sala del consejo. Al ver el trono desocupado, donde no habia mas que la diadema, el manto real, y la armadura del conquistador, resonaron mil dolorosos lamentos. El silencio no se restableció hasta que se presentó Perdicas que llevaba el anillo real con que se sellaban los documentos de importancia, anillo que Alejandro al morir habia puesto en sus manos. Depúsolo sobre el trono, y dijo á la asamblea que á su disposicion lo dejaba; añadiendo que mientras Rojana no daba á luz la criatura que llevaba en su seno, importaba al interés de todos elegir un jefe á quién prestar obediencia.

Perdicas esperaba que este modesto discurso recomendaria su candidatura; pero salióle fallida su esperanza. Nearco propuso que no se esperase la incierta descendencia de Rojana: «El heredero de Alejandro, dijo, vive ya; es Hércules, hijo de Barsina (1); á él ès á quien pertenece la diadema.» Esta opinion no fué bien recibida, como lo demostraron los tumultuosos gritos de los soldados. Ptolomeo dijo entonces que los macedonios no podian obedecer á hijos de Barsina ni de Rojana; que el trono debia quedar vacante, y que el gobierno debia pasar á manos de los que habian formado el consejo del rey. Esta proposicion convenia á los jefes, pero desagradaba á los soldados, apasionados todos de la familia de Alejandro; de manera que tambien fué desechada, resolviéndose que hasta el nacimiento del hijo de Rojana, Perdicas y Leonato desempeñarian la regencia de Asia, y Antipatro y Crateres la de Europa.

Durante esta escena, Meleagro, enemigo de Perdicas, se habia dirigido á la infantería, que, celosa de la caballería (por ser una fraccion aristocrática del ejército en la que se apoyaba Perdicas)

(1) Esta Barsina no era la hija de Darío, sino la viuda del rodio Memnon, á quien prendieron en Damasco los soldados de Alejandro, del que pasó á ser concubina.

quiso elegir á su vez un pretendiente, y se fijó en Arrideo, hijo de Filipo y de la tesala Filina. Arrideo no tenia sangre bárbara en sus venas; circunstancia que lo hizo aceptable á pesar de la oscuridad á que le habia reducido Alejandro, que conocia la debilidad de su entendimiento. Meleagro lo llevó consigo; la infantería lo escoltó hasta el salon en que estaban deliberando los generales, que se negaron á sancionar aquella eleccion. Los soldados prorumpieron en amenazas, y Arrideo se sentó en el trono. Perdicas habia colocado seiscientos hombres escogidos á la puerta del cuarto donde se hallaba el cadaver de Alejandro, que quisieron cerrar el paso á la muchedumbre, con cuyo motivo se trabó una lucha. Ya volaban contra Perdicas las armas arrojadizas; ya corria la sangre, y hubieran ocurrido grandes desgracias á no mediar la intervencion de los demás jefes. La caballería descontenta salió de Babilonia; tambien salió Perdicas que se veia amenazado. Durante algunos dias se temió con razon una colision sangrienta, y sin embargo el peligro de aquella situacion dió motivo para una buena avenencia. Perdicas y la caballería regresaron. Convínose en que Arrideo y el hijo que tuviese Rojana, caso de ser varon, ocuparian juntos el trono; en que Antipatro mandaria las fuerzas de Europa; en que Crateres dirigiria los asuntos sujetos á la autoridad de Arrideo, y en que Perdicas mandaria la guardia de á caballo, mando que, si no me engaño, equivalia en Persia á un principal ministerio. Meleagro iba asociado aunque subordinado, á Perdicas.

Algun tiempo despues este hizo pasar á Arrideo, sobre quien tenia mucho ascendiente, una revista al ejército. Y en medio de la revista, como si obedeciese á una órden del rey, mandó prender á trescientos de los que con ahinco le habian hecho la oposicion, y los hizo pisotear por los elefantes. Meleagro, considerando aquella terrible ejecucion como una advertencia, huyó creyendo hallar refugio en un templo; pero dentro del templo le hizo dar muerte Perdicas.

Así fueron los desórdenes que siguieron á la muerte de Alejandro; tal fué el comienzo de los *sangrientos funerales* que el mismo habia predicho. No vemos mas que las pretensiones de los jefes, las pasiones de los soldados, y el vacío inmenso que dejaba el conquistador, y la incertidumbre en que envolvia todas las cosas

la falta de un heredero de alguna valia. Un hijo que habia de nacer, un hijo natural recien nacido, un hermano imbécil, tales eran los varones de aquella deplorable familia. Las mujeres eran Olimpia, madre de Alejandro; Cleopatra y Tesalonice, sus hermanas, Euridice su sobrina, y sus esposas Rojana y Barsina. Entre todos estos personajes, figuras pálidas y mudas en su mayor parte, no hubo mas que una que tuviese energía, y aun la empleó solo en la intriga y el crímen: tal fué Olimpia.

Cuando Perdicas hubo con su audacia establecido su autoridad de regente, se ocupó en distribuir las provincias á los generales. Entre estos solo se repartieron las provincias de Europa y las del Asia occidental. En el alta Asia, que no era objeto de tantas ambiciones, por la distancia á que se encontraba, quedaron casi todos los mismos sátrapas que habia puesto Alejandro. Treinta y cuatro generales participaron del mando, siendo los mas notables Ptolomeo, hijo de Lagos, á quien tocó el Egipto y la Cirenáica; á Laomedonte el mitilenio, la Siria; á Filotas la Cilicia; á Piton la Media; á Eumenes la Paflagonia y la Capadocia, que Alejandro por la premura del tiempo no habia podido visitar y someter; á Nearco la Panfilia y quizás la Licia mandada por Antígono á quien tocó tambien la gran Frigia; á Casandro la Caria; á Menandro la Lidia; á Leonato la Frigia Helespóntica; á Lisímaco la Tracia y las naciones limítrofes situadas á orillas del Euxino; á Antipatro y Crateres Macedonia y Grecia con las provincias del Adriático; á Seleuco, que muy pronto debia desempeñar un papel de importancia, solo le correspondió el mando de los hetarios. Perdicas para distinguirse del vulgo de los generales, no tomó el mando de ninguna provincia; pero se reservó el del ejército y la armada que se hallaban en Asia.

¿Qué correspondia hacer, una vez desvanecido aquel caos y establecida una especie de gerarquía y de forma de gobierno? ¿Se llevarian adelante los proyectos que Alejandro habia dejado consignados en sus papeles? Gigantescos eran tales proyectos. Tratábase nada menos que de construir mil buques, atacar á los cartagineses y demás pueblos de la Libia, llevar las armas de Macedonia hasta el Océano Atlántico y abrir por todo lo largo del litoral africano una senda practicable para los carruajes; tratábase además de llevar á Europa y Asia y recíprocamente, numerosas

emigraciones para refundir las razas, y por último: de construir en varios sitios seis templos magníficos, y para sepulcro de Filipo una pirámide igual á la mas alta de las de Egipto. Los soldados, á quienes se dió conocimiento de aquellos grandes proyectos, los rechazaron todos. Bastantes fatigas habian arrostrado; pareciole s que ya era tiempo de tomar algun descanso, y aun los mismos generales deseaban hacerse cargo cuanto antes de sus provincias, considerándolas ya de antemano como soberanías independientes.

Levantamientos parciales; guerra Lamiaca; muerte de Demóstenes (323—322).

Que á la muerte del conquistador se elevasen algunas protestas contra la conquista y la dominacion macedónica, era cosa inevitable; y en efecto hubo cinco. En el alta Asia, veinte y tres mil griegos mercenarios que guarnecian las colonias fundadas por Alejandro, se sublevaron y dispusieron para volver á su patria. Piton, gobernador de Media, marchó contra ellos y los exterminó por órden de Perdicas. En Capadocia el rey Ariarato se negó á entregar sus estados á Eumenes, mas fué vencido y enviado al suplicio con todos los suyos. Los pisidios habian dado muerte á su gobernador macedonio, y Perdicas mandó que sus dos ciudades principales Laranda é Isaura fuesen destruidas y sus habitantes pasados á cuchillo. La rebelion mas grave fué la que estalló en Grecia, y llevó el nombre de *guerra Lamiaca*.

Todos los pueblos griegos, excepto Lacedemonia, habian aceptado la supremacía macedónica. La misma Atenas vencida, pero con la compensacion de los homenajes y los halagos de su vencedor, acabó por prestarle su apoyo. Sin embargo, al inclinar la cerviz bajo aquel yugo, que se tenia buen cuidado de que no la lastimase, no desconocia que las conquistas de Macedonia llegarian á trocar su dependencia en servidumbre. Demóstenes la habia hecho aprender que el Asia ganaria por medio de las costumbres lo que perdia por las armas; que la influencia oriental domeñaria á los conquistadores, y que su patria, en lugar de un príncipe griego, tendria dentro de poco por dueño un señor asiático. Durante el reinado de Alejandro la política del grande orador habia recibido una consagracion solemne con el éxito del fa-

moso pleito de la corona. En aquel debate habia quedado vencido Esquines, el partidario de Macedonia, y todo el pueblo ateniense habia aplaudido el elocuente patriotismo de Demóstenes, aceptando la responsabilidad de lo de Queronea, á pesar del resultado contrario á sus armas.

Otro proceso causó tambien agitacion en Atenas. El acusador era Licurgo: hombre de los antiguos tiempos, justo como Arístides, sábio como Sócrates, noble, rico, dado á la abstinencia, dotado de una elocuencia varonil, de un patriotismo ardiente; figura austera que solo podemos saludar de paso (1). Leocrates, uno de los cobardes que huyeron de Atenas con sus bienes despues de la rota de Queronea, pensando, como aquel poeta latino de la decadencia, que la patria es un sitio cualquiera donde uno lo pase bien, se atrevió á volver al cabo de siete años. Licurgo solicitó contra él la pena de muerte y lo hizo condenar.

Admíranse algunos de que Atenas, con aquellos sentimientos no se asociase al armamento de Lacedemonia cuando la batalla de Arbela; pero Macedonia era entonces tan fuerte, que la prudencia aconsejaba permanecer neutral con ella. Así Atenas se reprimió esperando el éxito de la atrevida y quizás temeraria empresa de Alejandro. Cuando á este se le antojó convertirse en dios y dió un decreto para que tambien lo adorasen en Grecia, los atenienses le hicieron aun menos oposicion que los macedonios. Bien mirado todo, ¿qué les importaba? «¿Alejandro quiere ser dios? dijeron los espartanos, pues que lo sea.» Démade aconsejó á los atenienses que no se expusieran á perder la posesion de la tierra por una disputa sobre la quimérica posesion del cielo. Demóstenes les habló en el mismo sentido.

(1) Por espacio de doce años fué guardador del tesoro público; diez y nueve mil talentos pasaron por sus manos sin que jamás su probidad sufriese el menor detrimento. Hizo subir las rentas ordinarias de la ciudad de seiscientos á mil doscientos talentos, y Bœckh dice que acaso fué el único hacendista de la antigüedad. Por medio de sus disposiciones draconianas, puso fin á las piraterías que á consecuencia de la guerra asolaban el Atica. Construyó cuatrocientas galeras, dos arsenales, un teatro, un gimnasio, un estadio, una palestra, y acumuló en los templos, como Pericles, las estátuas y los adornos de metales preciosos, lo cual aumentaba el brillo de las fiestas y servia como de recurso ó fondo reservado para las épocas difíciles. Instituyó competencias de canto, tomó ciertas medidas para las funciones de teatro, y quizás tengamos que agradecerle la posesión de las obras maestras de Esquilo, Sófocles y Eurípides.

Otra cuestion, que agitó mucho mas profundamente la Grecia, fué la de los desterrados. Cuando Alejandro envió á Nicanor de Estagira á los juegos olímpicos para que leyese una carta que decretaba el regreso de los desterrados, los etolios y los atenienses se alarmaron con el temor de que volviesen un número considerable de proscritos. Los primeros habian arrojado de su seno la poderosa familia de los eniadas; los segundos habian repartido entre sus colonos los terrenos de Samos, y no estaban dispuestos á restituirlos. No se atrevieron á tomar las armas contra Alejandro, pero le enviaron diputados para que revocase su decreto. El asunto se dilató mucho, y entretanto ocurrió el suceso de Harpalos, que llamó la atencion en otro sentido. Demóstenes seguia siendo el alma del partido contrário á Macedonia, y conservaba vivo el sentimiento de la independencia. Sus enemigos políticos le acusaron de que se habia vendido, y le hicieron condenar á una pesada multa, que no le fué posible pagar, por lo cual tuvo que salir de su patria (1).

Tal era el estado de las cosas á la muerte de Alejandro; suceso que hizo renacer la confianza de los atenienses. El partido nacional recobró su prestigio, y recorrieron la Grecia varios diputados, para formar una liga contra los macedonios y los desterrados. A ellos se unió Demóstenes que se hallaba entonces en Megara; enardeció los ánimos y mereció por este servicio que se abrieran de nuevo para él las puertas de la patria. Las únicas que permanecieron neutrales fueron Arcadia, Acayá y Esparta; Esparta algunas veces heróica bien inoportunamente, como en 330 y con mas frecuencia egoista. Los beocios sostuvieron la causa de Macedonia temerosos de que se les desposeyese del territorio de Tebas que Alejandro les habia dado. Los tesalos se pronunciaron en igual sentido; pero al comenzar la guerra se pusieron de

(1) ¿Habria recibido dinero de Harpalos? No es fácil decirlo. Parece desvanecer toda duda la circunstancia de que habiendo caido en manos de los macedonios despues de la muerte de Harpalos, uno de sus oficiales, y viéndose obligado á decir los nombres de las personas á quienes su jefe hubiese corrompido, no pronunció el de Demóstenes. Con este motivo se practicaron minuciosas visitas domiciliarias. La policia no quiso penetrar en una habitacion ocupada por dos jóvenes recien casados, μόνην-τὴν τοῦ γεγαμηκότος νεωστὶ παρῆλθον (Plutarco, Preceptos polit., XVII, 9.) Rasgo de exquisita delicadeza, muy poco comun en la antigüedad.

parte de los griegos. El resto de Grecia y gran número de ilirios aceptaron la idea de la confederacion. El mando general fué conferido al ateniense Leóstenes que habia servido á las órdenes de Alejandro, y traido muchos mercenarios de Asia. Tambien esta vez fué Atenas el alma de la guerra de la independencia, y desplegó una energía que recordaba sus mejores tiempos. Levantó cinco mil hoplitas, quinientos caballos y dos mil mercenarios; alistó á todos los ciudadanos de cuarenta años abajo que se hallaban en estado de llevar armas, y montó doscientos triremos y cuarenta naves de cuatro bancos. Por toda la Grecia circuló un decreto del pueblo que decia: «Los atenienses están dispuestos á combatir de nuevo por la libertad griega, y auxiliarán á todas las ciudades que quieran libertarse de las guarniciones macedonias.» Los ricos y Focion á su cabeza se habian opuesto inútilmente á tan heróica imprudencia.

El comienzo fué de los mas brillantes. Leóstenes, despues de vencer á los beocios, corrió á las Termópilas á esperar á los macedonios. Estos se presentaron en número de trece mil infantes y seiscientos caballos: eran todo cuanto Antipatro habia podido sacar por entonces del agobiado reino. Verdad es que se habia apresurado á llamar á Leonato que estaba en Frigia y á Crateres que se hallaba en Cilicia, pero ¿no podia suceder que el estado de las cosas en Asia no les impidiese obtener socorros? Ya Rodas habia rechazado su guarnicion macedonia; otras ciudades podian imitarla, que hartas eran las divisiones entre los herederos del conquistador. Por otra parte ¿podrian llegar á tiempo Crateres y Leonato? No, la empresa de Atenas no era tan insensata como sostenian los partidarios de la paz. El talento de Leóstenes, la superioridad de sus fuerzas, que ascendian á treinta mil hombres, y sobre todo, la defeccion de Menon de Farsalia que mandaba la caballería tesala y se pasó á los griegos, valieron á estos la victoria de Lamia. Antipatro se refugió en la ciudad, junto á la que se habia dado el combate, donde se vió estrechado tan de cerca que pidió la paz á los atenienses. El pueblo en la embriaguez del triunfo le pidió que se rindiese á discrecion. Aquí debemos añadir que esta paz, desaprobada por Leonato y Crateres no hubiera sido mas que una tregua, propia solo para amortiguar el ímpetu de la liga y desarmar á los atenienses.

El sitio continuó y en el fué muerto Leóstenes al oponerse á una salida. Hipérides pronunció el elogio fúnebre del general y de los ciudadanos que á su lado habian muerto, uno de los mas bellos trozos de elocuencia griega, del que solo nos queda un corto fragmento. Hasta entonces no volvió Demóstenes á su patria, segun dice Diodoro. Despues de su destierro, no habia podido alejarse de Atenas. Habíanle visto vagando por las playas de Trezena y por las montañas de Egina, siempre fija la vista en direccion del Atica, y aun en Megara, que estaba mas cerca. Su regréso fué como un triunfo. «Enviaron á Egina para recibirle una galera de tres bancos. Cuando se acercó al Pireo, los magistrados y los sacerdotes, seguidos de todo el pueblo, le recibieron con las mas vivas demostraciones de júbilo..... Sin embargo, el fallo que le condenaba á una multa subsistia aun, y el pueblo no podia legalmente dispensarle de la pena. Imaginose pues un medio de eludir la ley. En el sacrificio que todos los años se tributaba á Júpiter salvador, era costumbre dar cierta cantidad al que habia tenido cuidado de disponer y adornar el altar de aquel dios; aquel año dieron este encargo á Demóstenes, y en cambio le entregaron cincuenta talentos que era el importe de la multa (Plutarco).»

Demóstenes saboreó la dicha de volver á ver á su patria, pero esta dicha iba á costarle la vida. Los griegos al perder á Leóstenes habian perdido un buen general; además, la retirada de los etolios, que habian sido llamados á su patria, habia reducido su ejército á veinte y dos mil hombres. Los macedonios por el contrario, veian llegar de Asia á Leonato al frente de veinte mil hombres de á pié y dos mil quinientos caballos. Para que no pudiesen reunirse Leonato y Antipatro, el sucesor de Leóstenes, que era Antifilos, levantó el sitio de Lamia y salió al encuentro de aquel, que murió en un choque que tuvo la caballería. Antipatro reunió sus fuerzas á las del ejército vencido, y cuando Crateres llegó á su vez, los macedonios contaban mas de cincuenta mil hombres. Los griegos, que no llegaban á la mitad, fueron vencidos en Cranon (322).

Esta derrota fué decisiva, no por el número de muertos de los vencidos que fué poco considerable, sino porque acabó de sumirles en el desaliento. Tambien por mar les fué contraria la fortu-

na. Clito, comandante de la flota real, acababa de destruir las fuerzas marítimas de Atenas. Entabláronse negociaciones, y como Antipatro declarase con mucha habilidad que solo trataria con cada una de las ciudades en particular, todas porfiaron sobre cual se someteria la primera, de modo que la confederacion se vino abajo.

En Atenas, el partido favorable á la guerra, conoció que no habia mas remedio que entrar en tratos; Demóstenes y otros se marcharon, cediendo el puesto al partido macedónico, que era el único que podia servir de mediador. Este partido tenia entonces por jefes á dos hombres considerables: Focion y Démade. El primero era un Caton ateniense, personaje poco amable, íntegro y sábio, eso sí; pero de una sabiduría muy material, sin ilusion y sin entusiasmo. En medio de las espansiones de gozo que en otro tiempo habian provocado los triunfos de las armas griegas, ni un rayo de la alegría general se habia reflejado en aquel rostro frio y severo, y solo habian salido de sus labios palabras irónicas y desconsoladoras. «Hola, hola, decia despues de la victoria de Leóstenes; ¿al cabo salimos con que somos conquistadores?» Y sin embargo Focion era hombre honrado: cuarenta y cinco veces fué elegido general sin solicitarlo nunca, y sirvió lealmente á su patria, siempre gruñendo y censurando. Cuando la ocasion se presentaba sabia tambien batir á sus amigos los macedonios, como acababa de hacerlo en Maraton, donde habia hecho volver precipitadamente á sus naves á un cuerpo de ejército que estaba asolando la llanura. A él se dirigió Atenas para que aplacase á Antipatro con quien tenia relaciones, y no se negó á hacerlo, si bien dijo, con muy poca generosidad por cierto, que si antes hubiesen seguido sus consejos, no hubieran tenido que ir á pedirle favores.

Démade era ya otro hombre: era el talento en la corrupcion. Poseedor de una gran fortuna mal adquirida, recibia de todos los partidos, y lo confesaba sin pudor; pero su elocuencia era quizás tan poderosa como la de Demóstenes, y aun decian algunos que le superaba por el ímpetu y el atractivo. Veíasele proponer medidas á cual mas ilegales, riéndose del rigor de las leyes con la impúdica audacia del que conoce su ascendiente sobre el pueblo. Sin embargo, tanto abusó de ese ascendiente, que dió lugar á que

le condenasen; pero no tuvo que pagar mas que una multa de diez talentos, que era un sarcasmo atendida su fortuna. Verdad es que á la multa iba unida la inhabilitacion política; pero él, poco ciudadoso de la honra continuaba viviendo en Atenas, sin mezclarse en los negocios públicos, y en medio del insolente lujo que le proporcionaba el oro de Macedonia. En el momento del peligro le devolvieron sus derechos de ciudadano, y el primer uso que de ellos hizo fué obtener la pena de muerte contra Demóstenes, en una asamblea á que solo acudió aquel dia el partido macedónico. Inmediatamente despues salió con Focion para ir á ver á Antipatro.

El vencedor trató á los atenienses segun estos le habian tratado anteriormente. Estableció como base de las negociaciones una sumision entera, é impuso tres condiciones principales. Los atenienses debian entregarle sus oradores, inclusos Hipérides y Demóstenes; reformar su constitucion con arreglo á unas instrucciones trazadas por el vencedor, y por último, recibir una guarnicion macedonia en Muniquia. Además de esto debian pagar los gastos de la guerra.

Y estas condiciones se cumplieron: eran la sentencia de muerte, no solo de Demóstenes, sino de Atenas. Al recibir una guarnicion macedónica, los atenienses perdieron aquella libertad de accion de que muchas veces habian hecho mal uso; pero que para un pueblo, aun estando degenerado, es la única garantía de un porvenir mejor; el único medio, la única esperanza, de que algun dia sus reformas puedan dar vida al Estado. Acostumbráronse á inclinar la cabeza y doblar la rodilla ante sus señores; mas desgraciados que en tiempo de los Treinta, tuvieron que obedecer, no ya á sus conciudadanos, sino á los extranjeros. La reforma de la constitucion fué lo que mas principalmente alteró para siempre el carácter del pueblo ateniense, mutilándolo y reduciéndolo á su parte mas débil. Esta reforma privó de derechos políticos á los que no poseyeron dos mil dracmas á lo menos; y no eran mas que dos mil los que poseian una cantidad igual ó mayor que la citada. Las dos mil dracmas que fijaba Antipatro se referian sin duda á propiedades inmuebles; de modo que los artesanos y mercaderes que vivian de su industria, se encontraron fuera de los nueve mil, sin que por eso pudiera decirse que

componian una turba famélica. A todos los que quedaron privados de sus derechos les ofreció Antipatro un establecimiento en Tracia y veinte y dos mil habitantes del Atica lo aceptaron. «Los nueve mil fueron declarados dueños de la ciudad y su territorio, y adoptaron una forma de gobierno conforme con las leyes de Solon (Diodoro).» La democracia ateniense habia recibido un golpe de muerte: bien sabia Antipatro lo que se hacia despoblando la ciudad que tan heróicas locuras habia cometido, y entregándolo todo á aquella minoría rica que por odio á las instituciones nacionales tantas veces se habia mostrado dispuesta á favorecer á los extranjeros (1).

Faltaba dar cumplimiento á la cláusula segun la cual los oradores debian ser entregados al vencedor: despues de desterrar al pueblo que aplaudia sus elocuentes voces, era menester que las voces se extinguieran ahogadas. Los oradores se habian dispersado por todos lados. Antipatro encargó su persecucion á un cuerpo mandado por Arquias, que habia representado tragedias. Este encontró en Egina á Hipérides, Aristonicos de Maraton, é Himereos, hermano de Demetrio de Falera, que se habian refugiado en el templo de Ayax; los arrancó de su sagrado, y los envió á Cleone, donde se hallaba entonces Antipatro, que les hizo morir inmediatamente; y aun hay quien dice que mandó arrancar la lengua á Hipérides, y que dió á comer sus restos á los perros. Sabiendo Arquias que Demóstenes se habia refugiado cerca del templo de Neptuno en Calauria, se dirigió á él y trató de persuadirle á que abandonara su asilo y fuera á ver á Antipatro, asegurándole que ningun daño se le haria. Pero Demóstenes se entró hácia lo interior del templo, y tomando sus tablillas como para escribir, llevó el estilo á sus labios, y lo mordió como solia siempre que iba á componer algo. Al cabo de un rato, se cubrió el rostro con su vestido. Los soldados que estaban á la puerta del templo se burlaban de él, llamándole hombre débil y cobarde. Arquias se le acercó excitándole á que se levantara y repitiéndole lo que ya le habia dicho, le prometia reconciliarle con Antipatro. Cuando Demóstenes conoció que el veneno habia producido su

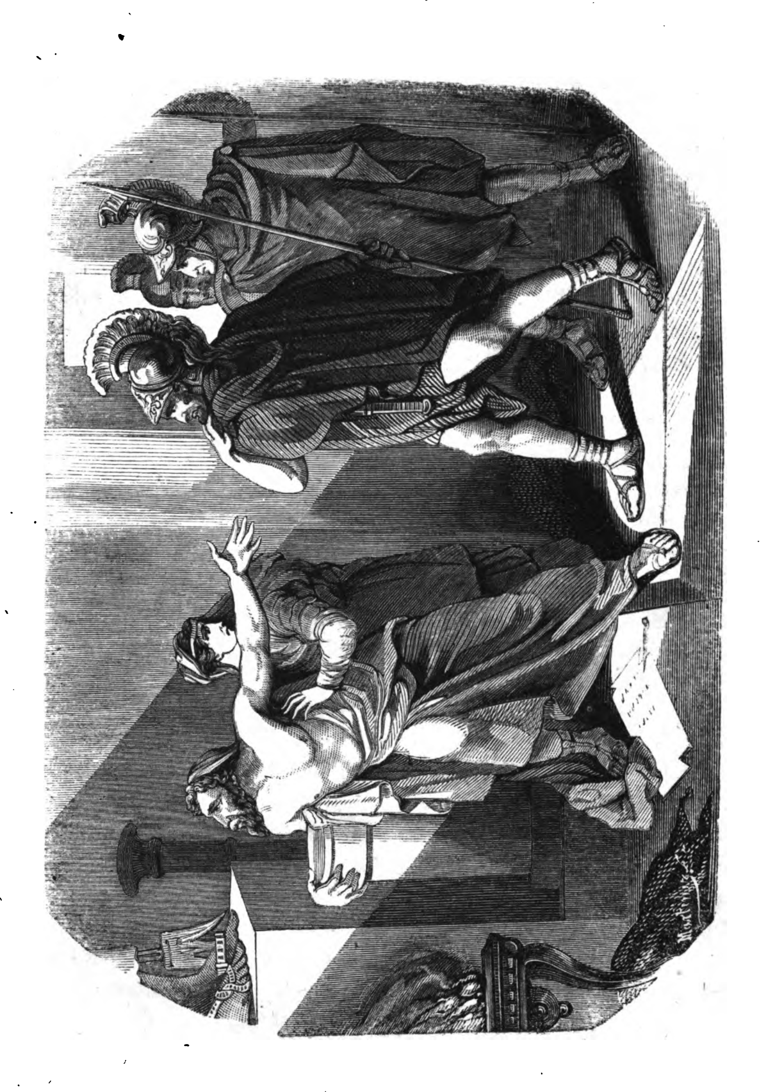
(1) Los colonos atenienses que se habian establecido en Samos fueron arrojados al mismo tiempo de aquel territorio, y la república acabó de perder sus posesiones en el exterior, Lemnos, Imbros y Esciros.

efecto se descubrió, y fijando en Arquias sus miradas, dijo: «Ya puedes ahora desempeñar el papel de Creonte en la tragedia, y mandar que arrojen á los perros este cuerpo, sin concederle los honores de la sepultura. ¡Oh Neptuno, salgo de tu templo vivo todavía; mas no por eso habrán dejado de profanarlo con mi muerte Antipatro y los macedonios!» Apenas acababa de decir estas palabras, cuando comenzó á temblar y estremecerse; pidió que le sostuvieran para andar, y al atravesar por delante de la divinidad, cayó y murió exhalando un profundo suspiro.

«Era el dia 16 del mes de pianepsion (10 de noviembre), el dia mas triste y mas funesto de la fiesta de las Termoforias, dia en que las mujeres que la celebran, sentadas en el suelo en el templo de Ceres, guardan el ayuno hasta la noche. Poco tiempo despues, el pueblo ateniense rindiendo á su memoria el homenaje que merecia, le mandó erigir una estátua de bronce, y decretó que el mayor de su familia fuese para siempre alimentado en el Pritaneo á expensas del público.» Este decreto del cual se cree que existe el original, decia en sustancia: «En tiempos de escasez ó de calamidades públicas ha dado al Estado trece talentos y tres triremos; ha rescatado á varios ciudadanos que estaban prisioneros; ha provisto de armas á ciudadanos pobres; ha contribuido con su dinero á reparar las fortificaciones y á mejorar los fosos. Ha granjeado muchos aliados á Atenas, y contenido por medio de su elocuencia y sus liberalidades los malévolos designios del Peloponeso. Defendió la independencia nacional mejor que todos sus contemporáneos, y desterrado por la oligarquía cuando el pueblo ya habia perdido sus derechos, murió sin cometer accion alguna que le hiciera indigno de Atenas.» En el pedestal de su estátua se grabó un rótulo, cuyo sentido era el siguiente: «Demóstenes: si tu poder hubiese sido igual á tu elocuencia, Atenas no estaria hoy encadenada.» Tambien se le erigió un monumento en Calauria y otros en otros puntos. Mientras se conservaron en Grecia recuerdos de lo pasado, se honró á Demóstenes casi al igual de los antiguos héroes (1).

Démade no gozó mucho tiempo de su triste victoria. Hallándose en Macedonia en 320, fuele cogida una carta que dirigia á

(1) Pausanias, lib. II, cap. XXXIII. §, 5.



Perdicas, instándole á libertar á Grecia que estaba pendiente de un hilo medio podrido: así calificaba á Antipatro. Casandro lo mandó degollar junto con su hijo. Licurgo habia muerto algunos años antes. Focion solo sobrevivió á la caida de su patria, para ser víctima al poco tiempo y tener un fin miserable. Esquines pasaba su vejez en el destierro, y no volvió á ver á Atenas. Así desapareció aquella generacion de hombres, dotados unos de austeras virtudes, que solo un breve momento inspiraron dudas; dañados otros por la corrupcion general; pero llenos todos de genio, que hicieron resplandecer la elocuencia con mayor brillo del que jamás ha alcanzado, y dieron á su siglo una importancia casi igual á la del siglo de Perícles. Con ellos, sobre todo con Demóstenes, murió la independencia de Atenas, toda su dignidad, toda su iniciativa política; por eso veremos á esta ciudad humilde y servil en adelante, aclamar con igual docilidad á todos los vencedores, á todos sus amos. A este precio adquirió mucho bienestar, mucha riqueza, y trocó por las ventajas materiales la esplendorosa gloria de los siglos anteriores.

Un pueblo del norte de Grecia, mas rudo y mas jóven, porque habia permanecido ajeno á aquella civilizacion, observó una conducta muy diferente. Los etolios, refugiados en sus montañas, y en las ciudades fortificadas que coronaban sus cimas, resistieron durante un riguroso invierno á fuerzas muy numerosas que contra ellos dirigia Crateres, casado con una hija de Antipatro. Los acontecimientos del Asia los salvaron, y la recompensa de su valor fué la conservacion de su plena independencia.

Ambicion y muerte de Perdicas (323—321); Eumenes.

Los rebeldes así de Asia como de Europa habian sido reducidos á la obediencia; pero las ambiciones y las rivalidades de los generales volvian á entrar en lucha. Desde entonces se observa la existeucia de un hecho que súbsiste por espacio de cuarenta años: por una parte los esfuerzos constantes de uno ú otro de los generales para dominar solo y recojer la herencia de Alejandro, y por otra la resistencia comun de sus cólegas que se aunan para no tener que obedecer á señor alguno. Mientras existe la familia de Alejandro, el aspirante al imperio universal se coloca siempre bajo su salva-guardia y al abrigo del ascendien-

te que tiene sobre los macedonios; es decir, que los regentes, al sucederse unos á otros, se trasmiten la pretension al trasmitirse la tutela.

Al extinguirse la familia de Alejandro, el general que tenga mas fuerza será el que sin mas recomendacion que la fueza misma se adjudicará la mision á que todos los demás aspiran.

Perdicas fué el primero que se propuso realizar tan ambiciosos designios. No pudo ver sin recelo que sus cólegas asentasen en sus respectivas provincias las bases de establecimientos duraderos. Así se consolidaba el poder de Ptolomeo en Egipto. Este general, cuyos grandes talentos y dulzura de carácter le servian de excelentes auxiliares para lo que se proponia, iba atrayendo á su alrededor á todos cuantos deseaban un dueño menos imperioso que Perdicas. Och o mil talentos que habia encontrado en poder del tesorero Cleómenes, le habian permitido adquirir un numeroso ejército de mercenarios; y aun habia ya hecho una importante conquista al O. sometiendo al Egipto la Cirenaica, á donde fué llamado por uno de los partidos militantes; y por último, habia colocado su naciente reino bajo la advocacion de los manes de Alejandro, mandando llevar á Alejandría el cuerpo del conquistador que Perdicas habia querido devolver á Macedonia.

Por otra parte, Antipatro y Crateres, vencedores de los griegos y unidos, como ya hemos dicho, por los lazos del parentesco, levantaban en Europa una potencia formidable. Perdicas, que hasta entonces habia mantenido buenas relaciones con Antipatro, con cuya hija debió casarse, resolvió buscar un apoyo mas sólido aun en la familia de Alejandro, é introducirse en su seno para explotarla en pró de sus designios. Acababa de conocer á costa suya cuan grande era el prestigio que la sangre del conquistador ejercia sobre la gente de armas. Cinane, hermana de Alejandro, mujer valerosa y acostumbrada al uso de las armas, habia ido con su hija Euridice al campo macedonio, donde fueron recibidas con grandes aclamaciones. Perdicas, alarmado, hizo dar muerte á Cinane. El ejército se sublevó inmediatamente, y no quiso volver á la obediencia sino á condicion de que Euridice casase con Arrideo. Perdicas tuvo que acceder á esta exigencia, y desde entonces tuvo dos enemigos en los dos régios esposos. Para reponerse de este golpe, se puso secretamente de acuerdo

con Olimpia, antigua enemiga de Antipatro y entonces refugiada en Epiro, y prometió casarse con Cleopatra, hermana segunda de Alejandro.

Preparada esta intriga, emprendió otra. Deseaba deshacerse de sus rivales uno á uno. Primeramente acusó ante el ejército á Antigono, y le citó para que se presentase á unos jueces imparciales (segun él decia) á dar cuenta de su falta de docilidad. Antigono en vez de presentarse huyó á Grecia. Este fué el que dió el primer grito de alarma, y suscitó la primera liga, cuyos jefes fueron Antipatro, Antigono y Crateres que abandonó entonces su comenzada expedicion á Etolia. Perdicas aceptó la guerra, devolviendo su mujer á Antipatro para casarse con Cleopatra.

Todo el mundo estaba contra Perdicas, excepto su hermano Alcetas y un hombre cuyo carácter particular es digno de estudio. Eumenes habia nacido en Cardia, de Tracia. Filipo reconoció en él cualidades muy semejantes á las suyas propias. Eumenes, que llegó á ser secretario de Alejandro, adquirió sin hacer mucho ruido una influencia verdaderamente considerable. No habia alcanzado su posicion como los demás generales, por medio de rasgos brillantes; creíasele mas propio para los negocios que se resuelven con escritos, que para los que requieren la espada. Era hombre frio y nada pródigo. Sus facciones regulares y delicadas revelaban lo exquisito de su ingenio. A la muerte de Alejandro, haciéndose cargo de la extremada prudencia que su origen extranjero le imponia, procuró permanecer oscurecido. Diéronle sin embargo el mando de una provincia; pero su política, inspirada por el sentimiento de la inferioridad de su origen, le llevaba á unirse á la familia de Alejandro ó á los regentes; pronuncióse pues en favor de Perdicas, y fué encargado por este de defender el Asia Menor contra Crateres y Neoptolemo.

Dos veces derrotó Eumenes á estos dos generales, que perdieron la vida en el segundo encuentro. Habia necesitado una maravillosa habilidad para evitar que Crateres se encontrase frente á frente con los macedonios siempre expuestos á dejarse seducir por aquel antiguo amigo de Alejandro. Le habia echado encima una division de bárbaros que no conociéndole lo pasaron á cuchillo, mientras que él mismo mandando la otra ala, luchaba cuerpo á cuerpo con Neoptolemo, le derribaba, y le daba muerte de dos estocadas.

La causa del regente triunfaba en Asia, pero el regente perecia á orillas del Nilo. Allí encontró un digno adversario que ningun medio habia perdonado para ponerse á cubierto, y á quien solo con mucha repugnancia atacaban los macedonios. Rechazado ante un pequeño fuerte llamado el *Muro de los Camellos*, avanzó Perdicas hasta el Nilo, y quiso vadearlo por un punto donde el agua era tanta que llegaba hasta el cuello á sus soldados. Hundiose el lecho bajo el peso de los hombres y los caballos, y perecieron dos mil hombres, entre soldados y oficiales, arrastrados por las aguas, y devorados en su mayor parte por innumerables cocodrilos que acudieron á aquel cebo. El ejército al presenciar tan horrible espectáculo, se exasperó contra Perdicas, de quien ya estaba descontento. Piton, Antigenes, Seleuco y casi otros ciento, conspiraron contra él, le sorprendieron en su tienda, y lo mataron.

Los soldados de Perdicas, por el contrario, estaban tan satisfechos de Ptolomeo su enemigo, que acababa de enviarles piadosamente las cenizas de los muertos arrancados á las aguas del rio y á los cocodrilos, que le ofrecieron la regencia. Pero él, demasiado prudente para trocar con los peligros de aquel puesto supremo la posicion, mas segura y bastante ventajosa que le habia cabido en suerte, no quiso aceptar, é hizo que recayese en Piton y el general Arrideo. Al cabo de algun tiempo, viéndose estos contrariados á cada paso por las intrigas de Euridice, dimitieron en favor de Antipatro.

He ahí pues el primer pretendiente caido y un nuevo regente elevado.

Era menester un tratado que diese á las cosas la regularidad que los acontecimientos habian alterado. En Trisparadisos (Siria) se hizo una nueva distribucion de provincias, que no varió mucho las disposiciones de la primera. Antipatro, Ptolomeo, Lisímaco y Antigono conservaban sus gobiernos; solo se dió Babilonia á Seleuco que fué á erigirla en un poderoso estado. Además Antipatro dió el mando de los soldados viejos á Perdicas y á Antigono, con órden de perseguir á Eumenes; mas como en aquellas guerras civiles (y este es uno de sus mas deplorables resultados) nada se podia esperar de la lealtad y gratitud de los hombres, Antipatro consideraba ya sospechoso á Antigono y pu-

so á su lado á su hijo Casandro para que le vigilase, dándole el mando de la caballería.

Regencia de Antipatro (321—319) y Polispercon; muerte de Focion (317) y Eumenes (316); ruina de la causa real.

Antigono emprendió inmediatamente la persecucion de Eumenes. En esta guerra desplegó Tracia todos los recursos de su inteligéncia. Vencido por la traicion de muchos de sus generales, privado del apoyo de los últimos partidarios de Perdicas, derrotados por Antigono, reducido al fin á unos pocos soldados que no podian resistir á una guerra de táctica y de movimientos rápidos; Eumenes resolvió encerrarse con sietecientos hombres en Nora, pequeña fortaleza de Capadocia, situada sobre un peñasco inexpugnable. Allí resistió por espacio de un año al ejército que lo sitiaba, negándose á toda negociacion, como antes no le devolviesen su gobierno. Sostenia con ingeniosas estratagemas el vigor de sus hombres y caballos en aquel reducido espacio, y comunicaba su actividad á todos los sitiados.

Estando así las cosas murió Antipatro (319) antes de que tuviese tiempo para alarmar á los generales, y dar ocasion á una nueva liga. Tal es la inclinacion de los hombres á apoderarse del mando supremo, que aquí vemos, aunque no sin sorpresa, la regencia del reino considerada como una propiedad, y trasmitida por Antipatro á su amigo el anciano Polispercon, y ¡cosa bien rara! aceptar todos los generales, menos uno, disposicion tan arbitraria. El único que protesta es Casandro, hijo de Antipatro, y ¿en qué concepto? en el de creerse despojado de un derecho hereditario. Disimuló de pronto finjiendo que solo se acordaba de sus placeres; mas cada una de sus partidas de caza era un complot en que combinaba con sus amigos el modo de derribar al nuevo regente. Se puso secretamente de acuerdo con Ptolomeo, que estaba casado con su hermana, y le pidió que enviase al Helesponto las fuerzas navales que Egipto acababa de adquirir en la conquista de Siria y Fenicia, contra Laomedonte. Tambien tenia correspondencia con Antigono y asentaba las bases de una nueva liga.

Antigono estaba del todo dispuesto á aprovecharse de la debilidad de Polispercon; su deseo era reunir bajo sus leyes toda el

Asia Menor. Esta era empresa que requeria una ejecucion pronta, á fin de anticiparse al momento en que Polispercon pudiese impedirlo; por lo cual se decidió á compartir la empresa con Eumenes, que acababa de revelar sus talentos militares. Envióle pues á Gerónimo de Cardia, que era uno de sus mas íntimos amigos, y que mas adelante escribió su historia, ofreciéndole restituirle sus provincias. El tratado solo hacia mencion de la familia de Alejandro por mera fórmula, é implicaba la fidelidad que Eumenes debia profesar á Antigono. Eumenes finjió que consideraba aquella disposicion como una inadvertencia, y varió los términos del contrato de manera que no se obligaba con Antigono, sino con la familia de Alejandro. Los macedonios que lo sitiaban, consagrados siempre á la régia casa, le dejaron salir de la fortaleza. En cuanto Antigono conoció el engaño, dió inmediatamente la órden de estrechar mas que nunca el bloqueo; pero ya no era tiempo; Eumenes corria ya por el campo con dos mil caballos que de varios puntos habia reunido. Exponíase á perderlo todo, haciendo alianza con un pretendiente, y así como habia permanecido del todo fiel al regente Perdicas, permaneció tambien del todo fiel á Polispercon, adhiriéndose no á los hombres, sino á las cosas, á la monarquía legítima que le habia proporcionado una posicion brillantísima, y no á los usurpadores, cuya primera diligencia hubiera sido desembarazarse de él ó relegarle á un puesto oscuro.

Tres medios empleó Polispercon para combatir la nueva liga: captarse la amistad de Grecia, devolviéndola el régimen democrático que Antipatro habia abolido, y que por gratitud se haria enemiga de Casandro; sostener á Eumenes en su guerra contra Antigono; y por último, llamar á Olimpia que estaba en Epiro y reunir en Macedonia toda la familia de Alejandro, para interesar á todos sus miembros en una misma política, y contrabalancear con todo su peso reunido el de las ambiciones opuestas.

Comenzó pues dirigiendo una alocucion solemne á Grecia, en nombre de Arrideo, en la que este príncipe manifestaba á todos los griegos su benevolencia, y mandaba que todas las ciudades amnistiasen á sus desterrados y restableciesen las formas políticas existentes en tiempo de su padre Filipo y de su hermano Alejandro. Por este escrito devolvia Samos á Atenas. El efecto inmedia-

to de este manifiesto fué una reaccion contra los partidarios de Antipatro que habian pasado á ser los de su hijo Casandro, y en Atenas, en particular, contra los Nuevemil y Focion. Esta libertad desordenada y de mala ley, obtenida de manos extranjeras, no podia producir nada bueno. Todos aquellos hombres, lanzados de la plaza pública desde 322, volvian con afectos de venganza, mas bien que de patriotismo. El silencio que desde largo tiempo reinaba en las ciudades, se trocó repentinamente en un clamoreo furioso, en propósitos llenos de audacia; pero que por ningun concepto recordaban los de Demóstenes ó Licurgo. Focion, cuya conducta en aquellos últimos tiempos habia sido cuando menos imprudente, dejó sorprender torpemente el Pireo por Nicanor, oficial de Casandro, se vió obligado á huir con muchos de sus partidarios, y buscó un asilo en el campo de Alejandro, hijo de Polispercon, que se lo envió á su padre. El acusador de Focion, llamado Agnónides, fué á sostener su acusacion al campo macedónico.

Polispercon habia colocado á Arrideo bajo un dosel de oro, en medio de sus cortesanos. Los atenienses quedaron autorizados á sostener su causa ante aquellos jueces. Como hablaban todos á la vez, acusándose unos á otros, Agnónides exclamó: «Mandad, ¡oh rey! que nos encierren á todos en una jaula, y que nos envien á Atenas para que demos cuenta de nuestra conducta.» Así se restableció el silencio, y cada cual fué hablando segun su turno. Polispercon obró con irritante parcialidad contra Focion, interrumpiéndole á cada paso, y dando en el suelo con su baston hasta que le obligó á callarse. Hegemon, que era otro de los acusados, citó á Polispercon por testigo de su amor al pueblo, y el regente se irritó como si se le hubiera hecho una ofensa. Arrideo, pobre maniquí se puso en pié al oir las voces de su tutor, y queria coger una lanza para clavarla en el pecho del insolente. Esta circunstancia fué causa de que se disolviese la asamblea y de que se enviase á Atenas á los acusados «con el pretexto de que allí los juzgasen; pero con el deliberado propósito de que les diesen muerte.» De la asamblea que falló sobre su suerte, no se excluyó á los esclavos, á los extranjeros, ni á los que tenian notas infamantes. «Leyóse primeramente la carta del rey que declaraba á todos los acusados convictos de traicion, y se remitia al juicio de los atenienses como hombres libres. Clito los introdujo ante el tribunal;

al ver á Focion, los buenos ciudadanos, bajando los ojos y cubriéndose el rostro, derramaron amargas lágrimas. Uno solo tuvo valor suficiente para decir que si el rey habia querido fiar al pueblo un juicio de tamaña importancia, era justo excluir de la asamblea á todo el que fuese extranjero ó esclavo; mas el populacho desechó á gritos la proposicion, exclamando que era menester apedrear aquellos partidarios de la oligarquía, enemigos del pueblo. Y ya nadie volvió á atreverse á hablar en pro de Focion, y aun él mismo no consiguió sino con mucho trabajo que le escuchasen. «Atenienses (dijo) ¿hay ó no hay justicia en vuestro deseo de que se nos mate?—Hay justicia, contestaron algunos.—«Y ¿cómo podreis saberlo de cierto si no quereis oirnos?» Y en seguida, viéndolos dispuestos á no hacerle ningun caso, se adelantó hasta colocarse en medio del pueblo y dijo:—«Pues bien; con-«fieso que he cometido injusticias en mi administracion, y en «castigo me condeno á muerte yo mismo; mas ¿porqué habeis de «condenar á muerte á los que están conmigo, que ningun «daño os han hecho?—Porqué son amigos tuyos,» respondió el populacho. Focion al oir estas palabras se retiró, y no volvió á abrir los labios. Agnónides leyó el decreto que habia extendido, y en el que se leia que el pueblo expresaria con sus votos si los acusados eran ó no culpables, y que en caso de serlo, serian ejecutados inmediatamente. Algunos deseaban además que antes de dar muerte á Focion se le aplicase el tormento, y ya estaban dando órdenes para que les trajesen la rueda y se presentasen los ejecutores. Agnónides conoció la indignacion que causaba en Clito semejante deseo, y se opuso á ello diciendo: «Cuando tengamos que castigar á un malvado como Calimedon, «le aplicaremos el tormento; pero por mi parte no se lo deseo á «Focion.» Entonces salió un hombre de bien diciendo: «Tienes ra-«zon; que si á Focion lo sometiésemos al tormento, á qué tendríamos que condenarte á tí?» El decreto fué aprobado, y cuando se recogieron los votos, fueron todos de muerte.

«Disuelta la asamblea, llevaron á la cárcel á los condenados. Enternecidos todos por la presencia de sus parientes y amigos que habian ido á darles el último abrazo, caminaban derramando lágrimas y lamentando su infortunio. Solo Focion conservaba el mismo aspecto que cuando salió de la asamblea para tomar el

mando de las tropas acompañado de los atenienses y las honrosas distinciones de que le rodeaban. Los que le veian pasar admiraban aun sin querer sú impasibilidad y grandeza de alma. Seguíanle muchos de sus enemigos llenándole de injurias; uno de ellos se atrevió á escupirle en la cara, y Focion sin perder su tranquilidad se volvió á sus jueces diciendo: «¿No habrá quién reprima la indecencia de ese hombre?» Cuando llegaron á la cárcel, Tudippos vió que machacaban la cicuta, y comenzó á deshacerse en quejas, y dijo que se cometia una grande injusticia en condenarle á muerte lo mismo que á Focion, y el hombre de bien le replicó: «¿Todavía te parece poco consuelo morir con Focion?» Uno de sus amigos preguntó á este si tenia algo que decir á su hijo, á lo cual contestó él: «Sí, debo encargarle que no guarde re«sentimiento alguno por la injusticia de los atenienses.» Nicóles, que era su mejor amigo, le suplicó que le dejase ser el primero en beber la cicuta. «Muy triste y dura es vuestra peticion, le contes«tó; mas puesto que ninguna cosa os negué en vida, debo daros «esta última satisfaccion á la hora de mi muerte.» Bebieron todos la cicuta; nada quedaba para Focion, y el ejecutor declaró que no machacaria mas, como no le diesen doce dracmas que era el precio de cada dósis. Como esta dificultad era una pérdida de tiempo, Focion llamó á uno de sus amigos y le dijo: «Ya que en «Atenas no se puede morir de balde, os suplico que le deis á ese «hombre lo que pide.»

Era el dia 19 del mes de muniquion. Aquel dia los caballeros hacian una procesion á caballo en honor de Júpiter. Cuando pasaron por delante de la prision, unos se quitaron la corona, y otros fijando las miradas en la puerta no pudieron contener el llanto; los menos sensibles consideraban como una impiedad que á lo menos no se hubiese aplazado la ejecucion para el siguiente dia, á fin de que en una fiesta tan solemne no recayese en la ciudad la mancha de una muerte violenta. Los enemigos de Focion habian hecho decretar que su cuerpo fuese trasladado fuera del territorio del Atica, y que ningun ateniense pudiese dar fuego para sus funerales. Ninguno de sus amigos se atrevió á llevar la mano á su cuerpo; pero un tal Conopion, acostumbrado á vivir del producto de esta clase de servicios, trasladó el cadáver mas allá de Eleusis, y lo quemó con fuego adquirido en el territorio de

Megara. Una mujer del país, que por casualidad se halló presente con sus esclavas á aquellos funerales, le dedicó en el mismo sitio un cenotafio, hizo las libaciones de costumbre, y ocultando entre sus ropas los huesos que habia recogido, los llevó de noche á su casa y los escondió en el hogar diciendo: «En tu seno deposito, oh hogar mio, los preciosos restos de un hombre virtuoso. Consérvalos bien para que sean devueltos á la tumba de sus antepasados, cuando los atenienses recobren la razon.» Llegó en efecto ese dia; los huesos de Focion fueron devueltos á Atenas; erigiósele una estátua de bronce; el pueblo condenó á muerte á su acusador, y aun cayeron otros dos á los golpes de su hijo.

Focion tuvo la desgracia de ser amigo de todos los enemigos de Atenas: de Filipo, de Alejandro, de Antipatro, últimamente de Nicanor que acababa de sorprender el Pireo, y del hijo de Polispercon que lo habia enviado á su padre como uno de sus mas ardientes partidarios. Fué quizás un grande hombre, pero no un gran ciudadano. Su fin hace olvidar su arisca virtud y aquella política desesperada que pierde todas las causas. Supo morir bien, y esta fué su mayor gloria; pero es gloria que alcanzaron tambien Sócrates y Demóstenes.

En tanto que el partido democrático se levantaba un momento sobre los demás, sostenido por Polispercon, llegaba al Pireo una flota guiada por Casandro y compuesta de tropas que Antígono habia proporcionado. Polispercon se aproximó cuanto pudo á Atenas, para apoyar su resistencia con veinte y cinco mil hombres y sesenta y cinco elefantes; pero faltábanle víveres y dejó en el Atica un destacamento á las órdenes de Alejandro, y pasó al Peloponeso, para reducir á la obediencia á Megalópolis. Esta ciudad, adicta á Filipo y á Alejandro, en cuanto veía en ellos dos protectores contra Esparta, se habia adherido tambien á los regentes antecesores de Polispercon; pero habia recibido de Antipatro un gobierno aristocrático bastante fuerte, bastante nacional para que cayese en el momento de la revolucion democrática provocada por Polispercon en toda Grecia. Los habitantes de los campos vecinos corrieron á guarecerse detrás de sus murallas, y llegó á contar con quince mil defensores entre ciudadanos, extranjeros y esclavos. Damis, oficial que habia sido de Alejandro, dirigia la defensa. Todos los esfuerzos de Polispercon fueron vanos.

Entre tanto iban llegando otras fuerzas de Asia en auxilio de Casandro. Clito, encargado de cerrarles el paso, alcanzó una importante victoria naval en el Helesponto; pero entregóse á la confianza que su triunfo le inspiraba y entre tanto Antígono, improvisando una flota á toda prisa con buques de trasporte, cayó sobre él de repente, y dejó tan destruida la flota real que solo Clito pudo escaparse; si bien poco despues cayó en Tracia, á los golpes de los soldados de Lisímaco.

Este desastre unido al contratiempo de Megalópolis, acabó de perder la causa de Polispercon en Grecia. Los atenienses entraron en tratos con Casandro. Conservaban su ciudad, territorio, rentas, buques y demás posesiones. La base del gobierno quedaba la misma que en la constitucion de Antipatro; pero se habia ensanchado con la reduccion del censo de elegibilidad que de dos mil dracmas bajó á mil. Además, Casandro conservaba una guarnicion en Muniquia, y estaba autorizado para designar el ciudadano ateniense á quien la administracion de la ciudad debiese confiarse. Su eleccion recayó en Demetrio Falera, hombre sábio y modesto, amigo de las letras y las artes que gobernó á los atenienses por espacio de once años, los mas tranquilos, ya que no mas honrosos de su agitada existencia.

Polispercon, vencido en Grecia, no fué mucho mas feliz en Asia, apesar de que en este país tenia por lugarteniente al hábil Eumenes. De parte de los reyes se habia dado órden á los tesoreros reales de Cilicia para que le entregasen á este quinientos talentos como indemnizacion personal, y todo el dinero que pidiese para el servicio del Estado, así como tambien se habia mandado á los tres mil argiráspidas que estaban de guarnicion en aquellas provincias, para que en todo le obedeciesen. Al propio tiempo Olimpia le escribia considerándole como verdadero sosten de la familia real, y preguntándole si haria bien en volverse á Macedonia, á lo cual contestó él que no saliese del Epiro.

El porvenir del partido de los reyes parecia pues descansar sobre Eumenes; pero la mucha importancia que este habia adquirido, no desvanecia su mente siempre reflexiva y fria. Para no comprometer su posicion, manifestóse mas que nunca modesto y reservado, rehusó los quinientos talentos que se le habian ofrecido, y al llegar á Cilicia habló á los argiráspidas en términos

muy á propósito para acallar todo espíritu de resistencia á su autoridad. Manifestó que él no era mas que un extranjero, y que en este concepto no tenia derecho alguno al poder; así como que no habia solicitado la carga que los reyes ponian sobre sus hombros, sino que la aceptaba con resignacion á pesar de su decaida salud, quebrantada en penosas campañas. Procuró con gran cuidado no herir la susceptibilidad de los oficiales macedonios; y aun mandó colocar en el salon del consejo un trono de oro y en él la diadema, el cetro y demás adornos régios, como para dar á la sombra de Alejandro la presidencia perpetua: elocuente censura á todos aquellos generales que ardian en deseos de ocupar el puesto de aquel á quien ninguno igualaba; signo de concordia y de union ofrecido á todos los macedonios.

Eumenes tuvo al poco tiempo á sus órdenes un ejército de quince mil hombres, y se apoderó de Fenicia, donde encontró gran número de buques con lo que compuso una flota para comunicarse con Polispercon. Desgraciadamente entonces fué cuando el regente sufrió descalabros en Europa, y Eumenes se encontró en Asia abandonado á sí mismo. Antigono y Ptolomeo recelosos de su poderío, no desperdiciaron ocasion para arrebatárselo. Enviaron dos oradores encargados de hacer grandes promesas á los argiráspidas y sus oficiales, tropa que era lo mas selecto y aun el nucleo del ejército de Eumenes: uno de los mas admirables cuerpos de veteranos que se hayan conocido. Eran en número de tres mil, escogidos para la guerra, y no conocian las enfermedades ni el peligro. Aquellos soldados viejos, tenian, no solo la sangre fria y la firmeza que dan los años y la experiencia de los combates, sino que sobrepujaban á los jóvenes en intrepidez y audacia. Nunca habian sido vencidos. La importancia de un cuerpo semejante era de mucha consideracion en aquellos tiempos en que la falta de instituciones daba gran peso á las fuerzas militares. Así era que los argiráspidas se veian halagados y regateaban mucho sus servicios, hallándose siempre dispuestos á servir al que mejor les pagase. Ya comenzaban á ceder á las seducciones y amenazas de Filotas, cuando se presentó Eumenes, que tuvo que hacer uso de toda su autoridad para conseguir que permaneciesen fieles á la causa real; pero su talento fué tan eficaz que hasta llegó á inspirarles, por algun tiempo á lo menos, una viva adhesion á su persona.

Sin esperanza de socorro por parte de Europa y amenazado en la costa del Mediterráneo por las fuerzas, superiores, de Antígono y Ptolomeo, resolvió Eumenes ir á buscar dinero y soldados al Alta Asia. Entró al efecto en Mesopotamia é invitó á Piton y Seleuco, gobernadores de Media y Babilonia, á que se unieran á él para la defensa de los reyes. Estos dos generales no se atrevieron á declararse abiertamente contra el lugar-teniente del regente; pero anunciaron lo que venia á ser lo mismo, es decir, que no obedecerian á Eumenes, que al cabo era un extranjero, y que en otro tiempo habia estado proscrito por el consejo de los macedonios. Detenido por ellos en el paso del Tigris, atravesó el rio á viva fuerza, y encontró en la Susiana á la mayor parte de los sátrapas del Alta Asia coaligados contra Piton, que habia mandado dar muerte á uno de ellos, y trataba de obligar á los demás á que reconociesen su supremacía. Peucestes, gobernador de Pérsida se hallaba al frente de aquella liga que acababa de ganar una victoria; este llevó á Eumenes unos veinte y cuatro mil hombres (317).

En este punto tambien necesitó Eumenes de extraordinaria habilidad, para conjurar la discordia que parecia próxima á estallar entre los generales. Su orígen extranjero amenguaba en todas partes la autoridad de su persona para el mando. Peucestes trató de que lo nombrasen para la direccion suprema; pero Antígenes, jefe de los argiráspidas, objetó que la eleccion de jefe pertenecia exclusivamente á los macedonios, antiguos compañeros de Alejandro, y jamás vencidos. Eumenes logró que se acordase que no habia entre ellos jefe supremo; pero que todos los sátrapas deliberarian juntos, y resolverian por mayoría de votos, ante el trono de Alejandro, «como en una ciudad que estuviese gobernada democráticamente (Diodoro, l. XIX, cap. XV.)»

Antígono habia seguido á Eumenes; Piton y Seleuco se habian declarado en favor suyo. Atravesó pues el Tigris y llegó á Susa. Pero la autoridad de las letras reales era tan grande aun en aquellos apartados países y en manos del extranjero Eumenes, que el que custodiaba la ciudadela y sus tesoros, se negó á abrir las puertas á Antígono, porque Eumenes se lo habia prohibido; continuó aquel su marcha por la Pérsida, y Eumenes le causó cuatro mil muertos en el paso del Pasitigris, y lo arrojó hácia la Me-

dia; mas para defenderse de las intrigas de sus aliados y sobre todo de Peucestes, se vió en la necesidad de fingir unas cartas que daban cuenta de la muerte de Casandro, el triunfo de Olimpia, y el viaje de Polispercon á Asia; y se aprovechó de la consternacion que sembraron aquellas noticias para tomar algunas medidas enérgicas y ahogar las pretensiones de los ambiciosos.

Entretanto Antígono volvia de Media. Eumenes salió á su encuentro hasta Paretacena. Su primera batalla no dió resultado alguno, aun cuando Antígono perdió unos cuatro mil hombres y Eumenes solo cinco ó seiscientos. A la primavera siguiente (316) se dió una accion decisiva. La victoria fué muy disputada: la traicion de Peucestes que se retiró antes de tiempo, habia dejado en grave compromiso á Eumenes; pero sirviéronle para recobrarse los argiráspidas, que se portaron admirablemente. Desbarataron la infantería de Antígono y, segun dice Diodoro, mataron cinco mil enemigos sin pérdida alguna por su parte. Pero durante el combate, aprovechándose Antígono de la espesura del polvo, mandó rodear á sus enemigos por un cuerpo de caballería meda que se habia apoderado de los convoyes; y cuando los argiráspidas supieron que sus bagajes, mujeres é hijos habian caido en poder del enemigo, se pasaron al campo de Antígono, y entregáronle á Eumenes á quien dió muerte aquel por considerarle el mas fiel sostenedor de la familia de Alejandro.

Destruccion de parte de la familia de Alejandro (317—316); poderío de Antígono; tratado de 311.

Perdída estaba en Europa y Asia la causa de los reyes y de Polispercon, y á mayor abundamiento, la familia de Alejandro se iba diezmando por sus propias manos.

Eumenes habia aconsejado á Olimpia que permaneciese en el Epiro, previendo sin duda que aquella mujer altiva y cruel sembraria terribles discordias en la real familia. Polispercon fué á sacarla de su retiro, y los soldados de Euridice al ver á la madre de Alejandro, se pasaron á su bando y la entregaron Arrideo y su mujer: Olimpia los mandó encerrar en una prision hecha á propósito, tan estrecha, que apenas podia contener los cuerpos de los dos cautivos, y sin mas que una pequeña abertura por donde les arrojaban su escaso alimento. Cuando su largo martirio co-

menzó á excitar la compasion á los macedonios, Olimpia hizo matar á flechazos á Arrideo por unos soldados tracios, y envió á Euridice un acero, un nudo corredizo y cicuta, para que eligiese el género de muerte que quisiese. Euridice, despues de invocar la venganza de los dioses contra su implacable enemiga, y de lavar como pudo las heridas de su esposo, se ahorcó con su cinturon (317). A estas muertes siguieron otras: un hijo de Antipatro y cien amigos de Casandro fueron inmolados.

Casandro, al saber lo que pasaba, abandonó el Peloponeso donde hacia frente al hijo de Polispercon, y se trasladó á Macedonia. Olimpia se encerró en Pidna con Rojana, su hija Tesalonice, hermana de Alejandro, y gran número de cortesanos, poniendo su confianza en Polispercon y Eacido, rey del Epiro que se ponia en camino para socorrerla. Pero los epirotas se rebelaron contra su rey, y los soldados de Polispercon se pasaron á Casandro. Sitiada por mar y tierra, sin esperanza de salvacion, hizo una resistencia enérgica, hasta que los soldados vencidos por el hambre y las enfermedades la arrancaron la venia para rendirse; y ella misma fué la que tuvo que entenderse con Casandro. Prometióle que la salvaria la vida; pero al mismo tiempo levantó en contra suya á los parientes de sus víctimas, que la acusaban de homicidio. Mandóla advertir secretamente de que tan pronto como pudiera huyese por mar; porque tenia hecho el propósito de hacerla morir entre las olas, y atribuir el caso á una tormenta; pero manifestó resueltamente que no queria huir, y que estaba pronta á presentarse al juicio de los macedonios. Casandro no se atrevió á exponerse á aquella prueba, y envió doscientos soldados á matarla. Cuando llegaron estos á su presencia, les pareció tan imponente con sus vestidos reales, de pié y apoyada como estaba en dos de sus damas, que se retiraron llenos de respeto. Los parientes de aquellos á quienes ella habia mandado dar muerte, no tuvieron escrúpulo, y fueron á degollarla; pero no pudieron arrancarle una súplica ni una señal de debilidad (316).

Casandro hubiera querido librarse al mismo tiempo de Rojana y su hijo. Por de pronto los apartó de la vista de los macedonios, y los dejó encerrados y bajo una guardia segura en la ciudadela de Anfipolis. Para abrirse por sí mismo el camino del trono, se casó con Tesalonice, hermana del conquistador, y anticipándose

á desempeñar el papel de rey, levantó una ciudad nueva en el fondo del golfo Termaico, que se llamó Casandria, y adquirió en breve mucha importancia.

Durante estos trágicos sucesos, Polispercon se habia retirado entre los etolios, que enviaron un cuerpo de ejército á ocupar el paso de las Termópilas. Casandro se abrió paso por la fuerza, llegó á Beocia, y restauró á Tebas para adquirir renombre de clemente. Toda la Grecia contribuyó á la restauracion de aquella ciudad; hasta se recibió para ello dinero de Sicilia é Italia. El pueblo de Atenas, al saber que su antigua rival iba á levantarse de su abatimiento, se habia coronado de flores por uno de esos impulsos del corazon que hacen perdonar muchas faltas al pueblo griego, porque es el único pueblo de la antigüedad en que los encontramos. Casandro desembarcó en seguida en el Peloponeso, obligó á Argos y Hernione á que se pusieran de su parte, mas no pudo conseguir otro tanto de Itoma en Mesenia. Polispercon y su hijo Alejandro ya no contaban mas que con la Acaya, Sicion y Corinto. Esparta, la Etolia y la Arcadia eran lo único que se conservaba independiente en Grecia (316).

En 315, las cosas se encontraban en el estado siguiente: Antígono tenia casi toda el Asia, Casandro casi toda la Grecia y Macedonia. La familia de Alejandro ha perdido á Olimpia, Arrideo y Euridice, y su principal apoyo en Eumenes. Este decaimiento de la familia real y el del estade de Polispercon, presentaban las cosas bajo un nuevo aspecto. Ya entonces no era el regente el que ponia en alarma á los generales; ya no será él el objeto contra quien se formen las ligas, sino el primero que atreviéndose á prescindir del amparo de los reyes, aspira á la supremacía general para ejercerla contra Antígono. Tambien Casandro oculta la ambicion del cetro; pero su poder no es tan formidable. Antígono tiene diez mil soldados; se ha apoderado de los tesoros de Ecbatana y Susa, y ha mandado acuñar moneda por valor de veinte y cinco mil talentos. Desde la derrota de Eumenes parece tan dueño del alta Asia como del Asia Menor, y obra como rey. El año anterior se habia apoderado de Piton por medio de la astucia; era hombre que le inspiraba celos, y no vaciló en hacer condenar por un consejo de guerra y ajusticiar inmediatamente á aquel antiguo oficial de Alejandro, muy respetado por su talento y sus an-

tiguos servicios; en lugar del cual nombró á Orontobates gobernador de Media. Tambien habia arrojado á Pecuestes de su gobierno de Pérsida. Por último habia pedido cuenta á Seleuco de los productos de su gobierno de Babilonia; Seleuco habia contestado, que habiendo recibido aquel cargo de los macedonios, ninguna cuenta tenia que dar á Antígono; mas acordándose de la suerte de Piton, huyó á Egipto, junto á Ptolomeo.

Antígono pudo acordarse entonces de que tambien él hallándose proscrito y fugitivo habia organizado una liga, por cierto la primera de todas, ante la cual habia sucumbido Perdicas. Poco le costó á Seleuco interesar en su favor á Ptolomeo, que á su vez atrajo á Lisímaco y los dos Casandros, el de Macedonia y otro que gobernaba la Caria. Pasemos rápidamente sobre los pormenores, sin interés de esta lucha, de la que solo nos importa conocer los resultados.

Estalla la guerra despues de algunas negociaciones inútiles (315). Antígono tiene la ventaja de dividir sus enemigos, por medio de una dominacion sólida y fuerte. Para impedirles que se comunicasen por mar, mandó construir una flota en los astilleros de Sidon, Biblos, Trípoli, Cilicia y Rodas, y despues fué á poner sitio á Tiro. Por allí fué por donde atacó á Ptolomeo. Atacó á Casandro en Grecia por medio de una alianza que hizo con los etolios, y enviando al país de estos con quinientos talentos á Alejandro, hijo de Polispercon, que habia ido á Asia á excitar la indignacion de los macedonios, haciéndoles presente la conducta de su nuevo dueño: la muerte de Olimpia y la restauracion de Tebas, que eran un doble insulto á la memoria de Alejandro; el establecimiento de los olintios en la nueva ciudad de Casandria, insulto hecho á la memoria de Filipo; y por último, el cautiverio en que vivian Rojana y su hijo Alejandro Aigos. Además Antígono presentaba á los griegos el cebo de siempre, esto es, una promesa de libertad. A Lisímaco lo atacaba por la espalda, enviando tropas á Seuthes, rey de Tracia, que se habia armado en contra suya.

Esta atrevida actitud ofensiva no dió por de pronto grandes resultados; Tiro se rindió en 313; pero el jóven Demetrio, hijo de Antígono, encargado por este de la defensa del camino de Siria, fué vencido cerca de Gaza por Ptolomeo (312). Esta victoria volvió á abrir á Seleuco las puertas de Babilonia, que se apresuró á vol-

ver á entrar en su recinto, donde se consolidó tan bien por la prudencia y la blandura de su mando que una campaña que al año siguiente hizo Demetrio en su provincia, léjos de amenguar la fidelidad de los babilonios, los dejó mucho mas adictos á su persona. En Grecia, Alejandro, aventurero venal, se pasó al partido de Casandro, que le ofrecia grandes ventajas, y defendió por él el Peloponeso que habia ido á conquistar por cuenta de Antígono. Casandro en persona sometió á los acarneos, venció á los ilirios, y puso una guarnicion en Epidamia. En Tracia, Lisímaco venció á Seuthes.

A fines de 312 volvió á adquirir medros la causa de Antígono. Arrojó á Ptolomeo de Judea y Fenicia, mientras que uno de sus generales conquistaba la Eubea, entraba en el Atica, donde hizo pacto con él Demetrio de Falera y sometia la Beocia y parte de Fócida y Lócrida. Estos rápidos triunfos eran resultado de las promesas de Antígono que ¡extraña cosa en aquel tiempo! su teniente parecia realizar, porque no puso guarnicion en ninguna de las ciudades donde entraba.

En aquellos momentos (311) se firmó un tratado de paz. El vencedor era Antígono, que á pesar de la liga habia sabido sostenerse, y que además habia adquirido la Grecia, Siria, Judea y Fenicia y no renunciaba del todo á Babilonia. El gobierno de Europa quedó en manos de Casandro el de Macedonia, con el título de estratega, hasta la mayor edad de Alejandro Aigos; á Lisímaco se le confirmó la posesion de Tracia; á Ptolomeo la de Egipto y territorios adyacentes, además de Chipre y Rodas de que recientemente se habia apoderado. El gobierno de toda el Asia quedaba para Antígono, y no se hablaba siquiera de Seleuco, á quien abandonaban los confederados. Antígono tuvo buen cuidado de estipular por una parte la independencia de Grecia, y por otra la libertad de Rojana y de Alejandro Aigos, desempeñando así un papel agradable á los griegos y á los macedonios.

Asesinato de los dos hijos de Alejandro (311 y 309); humillacion de Atenas; nuevos reyes (306).

Puesto que Antígono habia, no solo conservado, sino tambien consolidado su mando, era evidente que la guerra no habia logrado su objeto y debia comenzar de nuevo. Tenemos pues que

considerar como una tregua el espacio de cuatro años (311-308) que media entre la guerra que acaba de extinguirse y la renovacion de hostilidades generales.

En este intérvalo continua el exterminio de la familia de Alejandro, que debe allanar el camino que conduce al trono á los generales que antes de mucho tendrán suficiente osadía para ocuparlo. El artículo que se habia estipulado en favor de Rojana y Alejandro Aigos, se volvió contra ellos. Temeroso Casandro de lo que acaso podrian hacer si recobrasen su libertad, y guiados por uno de sus propios enemigos, les hizo dar muerte. Todavía quedaba un heredero de Alejandro, el jóven Hércules, hijo de Barsína, que vivia en Asia con su madre. Las sucesivas muertes de su tio y su hermano le daban una importancia que hasta entonces no habia tenido. El mismo Casandro habia obrado con la mayor imprudencia al aproximar tanto al trono á un príncipe á quien manejaban sus enemigos. Polispercon, quizás con el consentimiento y por instigacion de Antígono, llevó hácia Grecia á Barsina y su hijo, y se constituyó en su campeon para franquearles el camino de Macedonia. Por las demostraciones que se vieron entre los macedonios en favor del último vástago de sus reyes, comprendió Casandro el peligro que corria y se apresuró á conjurarlo. Propuso á Polispercon que hiciese dar muerte á Hércules, en cambio de lo cual él le devolveria sus dominios en Macedonia, y compartiria con él el poder á fin de proporcionarle tropas con que pudiese tomar posesion del Peloponeso. Polispercon aceptó tan infames condiciones, y mandó ahogar ó envenenar al jóven príncipe (309). En seguida con un pequeño ejército y cien talentos que le dió Casandro, emprendió la conquista del Peloponeso; pero fracasó en su empeño, y desde entonces terminó en el olvido una existencia deshonrada en sus últimos dias por un crímen bajo é impío.

Otro crímen hizo desaparecer el último miembro que vivia aun de aquella desgraciada familia. Ptolomeo queria casarse con Cleopatra, y Antígono la hizo asesinar para que su rival no gozase de la honra y el provecho que su casamiento le prometia.

Habia quedado sin ejecucion una de las cláusulas del contrato de 311, cual era la que prometia la libertad á Grecia. Casandro conservaba aun las guarniciones y trabajaba para extender ca-

da dia mas su dominio en aquel territorio; Ptolomeo acababa de apoderarse de Corinto y Sicion (308). Antígono, que habia reunido una flota considerable, habia vuelto á hacer el papel de defensor de la libertad helénica; y como Casandro no habia obedecido á su intimacion de que evacuase la Grecia, envió á su hijo Demetrio al frente de un ejército, para que cuidase de la ejecucion del tratado en todas sus partes (307).

Dirigióse desde luego á Atenas, porque su inclinacion natural le llevaba hácia la ciudad de las artes y las ciencias. Era uno de aquellos macedonios que se presentaron como discípulos y admiradores de aquella Grecia que habian vencido, y figura entre los primeros Ptolomeos, ilustre dinastía que supo hacer brotar una brillante centella de genio en Grecia; y habia sido el primer ingeniero de su época, si no hubiera sido uno de sus principales personajes políticos. De carácter apasionado y simpático, dividiendo su atencion entre las ocupaciones graves y los placeres, amaba con locura á Atenas, porque contenia lo que halagaba todos sus gustos: ciencia y placeres refinados, y su mas hermoso ensueño era llegar á gobernar á los atenienses, por libre consentimiento de estos (1).

Aquel pueblo se encontraba entonces en una situacion verdaderamente extraña. Su último esfuerzo en tiempo de Demóstenes la habia quebrantado. Treinta años habian trascurrido desde el dia en que muriera la libertad de Grecia. La nueva generacion, que habia nacido bajo el dominio del extranjero, sabia recordar de palabra, mas no con la práctica, los gloriosos hechos de sus padres. Sus abuelos habian acumulado tanta gloria sobre el nombre ateniense, que aquella generacion imaginaba que podria vivir de aquella herencia sin necesidad de aumentarla, dulcemente entretenida con sus recuerdos, con que los mismos vencedores procuraban enervarla. Filipo, y sobre todo Alejandro habian respetado al pueblo predilecto de Minerva al verle en decadencia. Atenas, viéndose halagada, halagaba tambien y devolvia en adulaciones mucho mas de lo que recibia, presintiendo que los que la adulaban eran ya sus señores.

(1) El mismo Casandro habia copiado la *Iliada* y la *Odisea* completas, y sabia casi de memoria á Homero. Ateneo, lib. XIV, cap. XII. Sus dotes de ingeniero valieron á Demetrio el sobrenombre de *poliorcetes* (conquistador de ciudades).

Acababa de disfrutar diez años de paz bajo la administracion de Demetrio de Falera, que era tambien hombre ilustrado, discípulo del filósofo Teofrasto, y que enriqueció la ciudad con monumentos útiles, administró bien su tesoro (1) y la dió ciertas leyes que Ciceron ensalza. Entre estas leyes habia algunas que limitaban el número de convidados en los festines, y la magnificencia de los funerales. Atenas no era efectivamente una gran ciudad, sino una ciudad refinada. Las artes, la elocuencia, la poesía no brillaban ya con aquel fulgor de los bellos siglos; pero sus filósofos sutiles, los retóricos, los poetas amanerados y aduladores eran muchos, y el lujo desplegaba en su recinto todas sus delicadezas. Espíritu y costumbres semejantes no sostienen la dignidad de carácter; así aquel pueblo degradado, pero ingenioso aun, empleaba todo su ingenio en sus placeres y bajezas, como lo habia empleado antes en grandes cosas. Mandó fundir á Demetrio de Falera trescientas sesenta estátuas de bronce, es decir, tantas cuantos dias tenia el año. Maleado por la adulacion, y contagiado por la influencia del lujo general, Demetrio acabó por abandonar la sencillez de sus costumbres, y se dió á la afeminacion y la molicie. Fué celebrado por las ricas pinturas de sus aposentos, la exquisita disposicion de sus festines, y el talento de su cocinero que adquirió gran fama y riqueza.

Tal era Atenas cuando el hijo de Antígono entró de improviso en el Pireo. Alarmados en el primer momento los atenienses corrieron á las armas; mas él los tranquilizó por medio de un heraldo y trocó su zozobra en contento, participándoles que iba á libertarlos de la dominacion macedónica, y á devolverles su independencia. Viva, pues el nuevo Demetrio, y vaya el otro á un destierro (2). Un decreto mandó destruir sus trescientas sesenta estátuas, excepto una que el nuevo dominador pidió que se conservase. Sus amigos los filósofos fueron tambien desterrados, y hasta el poeta cómico Menandro hubiera sufrido igual suerte, á no ser por la proteccion de Telesforo, sobrino de Antígono. Co-

(1) Las rentas públicas ascendian á mil doscientos talentos, como en tiempo de Licurgo. La estadística que él obtuvo, probablemente en 309, daba veinte y un mil ciudadanos, diez mil metecas, y cuatrocientos mil esclavos.

(2) Se refugió en Tebas y despues en Egipto, junto á Ptolomeo, que le confió la direccion de la biblioteca de Alejandría.

miénzanse en seguida á renovar las adulaciones, invéntanse cosas inauditas; á las diez tribus se añaden otras dos llamadas Demetrias y Antigonias (1); se da á un mes del año y á un dia del mes el nombre de Demetrio; se saluda como *reyes* á Antígono y su hijo, y aun es poco: se les adora como *Dioses salvadores*, se les levantan altares en este concepto; se nombra un sacerdote para su culto, se instituyen procesiones solemnes en honra suya, así como sacrificios, juegos.... etc.

¡Y esta es Atenas! He ahí á donde la habian conducido la dominacion extranjera y la pérdida de sus libertades! y sin embargo, aun vivian algunos de sus hijos que habian oido la voz de Demóstenes!

La guarnicion de Muniquia no habia opuesto mucha resistencia; la de Megara tambien habia tenido que abandonar su puesto. Demetrio despues de una inútil tentativa para libertar á Sicion y Corinto, salió de Grecia, acudiendo al llamamiento de su padre. Ptolomeo estaba haciendo progresos formidables. Demetrio procuró, aunque tambien en valde, atraer á su partido á los rodios, que por sus intereses mercantiles estaban en buenas relaciones con Egipto. Fué á Chipre con quince mil hombres y además ciento setenta galeras, y atacó á Salamina. Sitióla muy estrechamente, mas no pudo tomarla porque llegó Ptolomeo con ciento cuarenta buques largos y mas de doscientos de carga (306).

Entonces se dió delante de Salamina una de las mas grandes batallas navales que conocieron los antiguos. En ella se distinguió Demetrio por su habilidad y bravura, y alcanzó una victoria tan completa, que Ptolomeo perdió mas de cien barcos de carga con ocho mil soldados que en ellos iban, y ciento ochenta buques largos. Demetrio solo tuvo veinte buques mas ó menos maltratados. Apoderóse fácilmente de todas las ciudades de la isla, é incorporó á su ejército los soldados que las guarnecian. Antígono al saber la victoria de su hijo, dejó á un lado la hipocresía, ciñó su frente con una diadema, tomó el título de rey y se lo dió tambien á Demetrio. Los demás jefes, Ptolomeo, Lisímaco, Seleuco y Casándro no quisieron irle en zaga é hicieron otro tanto: la corona real de Alejandro se dividió entre seis cabezas.

(1) Con este motivo el senado creció hasta componerse de seiscientos individuos.

El tomar los generales el título de reyes no era una nueva revolucion, sino la sancion de una ya consumada. Tenian el poder y quisieron tener el dictado. Extinguida la familia de Alejandro, quedaba el trono vacante, y se sentaron en él. Fraccionada así la monarquía, era evidente que no habia esperanza de unidad para el imperio. Antígono no lo creyó así, segun parece: al tomar el título de rey imaginó hacerse superior á todos sus rivales; pero como estos hicieron lo mismo que él, se encontraron todos sobre un mismo plano. La cuestion no quedó por tanto resuelta, y la guerra prosiguió entre reyes, así como habia comenzado entre gobernadores de provincia.

Batallas de Ipso (301) y Ciropedion (282).

Creyendo Antígono y su hijo que Ptolomeo despues de su derrota no habria tenido tiempo para preparar la defensa de su reino, atacaron repentinamente el Egipto este por mar y aquel por tierra; pero Ptolomeo lo habia previsto todo, y sus enemigos lo encontraron invulnerable.

La fundacion de Alejandría habia variado las antiguas vias del comercio. Allí iban entonces los productos de la India y Africa; allá iban á buscarlos los rodios para derramarlos por todo lo largo del Asia Menor y por Grecia. Este comercio, muy provechoso para Rodas, la unia estrechamente con Egipto, de donde sacaba sus provisiones de trigo. Quiso pues Antígono vengar en Rodas el descalabro que habia sufrido á orillas del Nilo, y Demetrio fué á sitiarla con doscientos buques de guerra y un ejército de cuarenta mil hombres. Este sitio fué célebre por el valor y la habilidad desplegados por una y otra parte. Para este caso mandó Demetrio construir la famosa torre llamada Helepolo ó *ganadora de ciudades*, que era un colosal edificio de madera de nueve pisos, puesto en movimiento por tres mil cuatrocientos hombres. Consiguió en efecto derribar parte de la muralla; pero los rodios, con las ruinas de sus templos y teatro, habian levantado otra detrás de la primera. Recibian además el auxilio de Casandro, Lisímaco y sobre todo de Ptolomeo, á quien recompensaron dándole el nombre de *Soter*. Despues de salir vencedores de varios encuentros parciales en el mar, consiguieron tambien ventajas por tierra; triunfos que prepararon la celebracion de la

paz que la mayor parte de los griegos, y especialmente los atenientes aconsejaban á Demetrio. Por este tratado Rodas conservaba sus leyes, su independencia, sus rentas; no quedaba sujeta al pago de ningun tributo; quedaba renovada su alianza con Antígono, á quien se comprometia á auxiliar en todas sus guerras, excepto en las que pudiese tener con Ptolomeo, y por último entregaba cien rehenes (304). Demetrio antes de partir regaló á la esforzada ciudad las máquinas de guerra que en contra suya habia empleado; de las que segun dicen, sacaron trescientos talentos, que aplicaron á la construccion del famoso coloso de Rodas.

Demetrio se apresuró á volver á Atenas con una flota considerable. Rechazó al momento á Casandro que se habia aprovechado de su ausencia, y fué á batirle á las Termópilas. Seis mil macedonios pasaron á su campo. Durante el invierno de 304 permaneció en Atenas rodeado de adulaciones que iban todos los dias en aumento. Habian llegado al extremo de señalarle habitacion dentro del mismo Partenon, del templo de la diosa vírgen, que él profanó con sus torpezas.

A la primavera siguiente (303) volvió á ponerse en campaña; tomó á Sicion, Corinto, Argos, en donde se casó con la hermana de Pirro, á quien el ilirio Glaucias acababa de reponer en el trono del Epiro, á pesar de su mortal enemigo Casandro. En una asamblea general celebrada en Corinto se le declaró generalísimo, como lo habian sido Filipo y Alejandro; solo que esta vez no se trataba de ir contra los persas, sino contra los macedonios y Casandro. Antes de poner en práctica esta resolucion volvió Demetrio á Atenas. Conocia tan perfectamente la paciencia y la debilidad de los atenienses, que se atrevió á llevar adelante un capricho tan extravagante como impío. Queria iniciarse al mismo tiempo en los pequeños y los grandes misterios que se celebraban aquellos en marzo y estos en octubre. Era entonces mayo y se resolvió que aquel mes se llamaria mayo para celebrar los pequeños misterios, y en seguida octubre para celebrar los grandes; con lo cual hacian gala de respetar la letra de la ley. Escarnio digno de aquel pueblo que salia á recibir á Demetrio con guirnaldas, incienso, danzas y cantares como el siguiente:

«Los demás dioses están harto léjos ó no oyen; ó no son dioses «ó no se acuerdan de nosotros. A tí te vemos en nuestra presen-

«cia; tú no eres una vana imágen de piedra ó madera, sino un «cuerpo de carne y sangre.» Apoteósis brutal é impía de la fuerza; principio de aquellas adoraciones de reyes y emperadores que envilecieron los últimos siglos del paganismo. ¡Qué abismo habia abierto la libertad en su caida! ¡Cuánto debemos amarla si es este el fin de los pueblos á quienes deja de sostener su mano poderosa!

La asamblea de Corinto habia hecho abrir los ojos á Casandro. El solo no podia luchar contra Antígono y su hijo. Tuvo una entrevista con Lisímaco y se pusieron de acuerdo para invitar á Seleuco y Ptolomeo para una nueva liga. Era necesario acabar con las aspiraciones de Antígono al poder omnímodo.

Esta liga, que era la cuarta, se celebró en 302, é inmediatamente comenzaron las hostilidades. Lisímaco fué al Asia y sometió la Frigia, la Lidia y la Licaonia; Ptolomeo recobró la Fenicia, Palestina, la Celesiria, excepto Tiro y Sidon á las que puso sitio; Seleuco se puso en marcha para el Asia Menor; y por último, Demetrio y Casandro comenzaron en Grecia una guerra cuyo teatro fué Tesalia, pero que se suspendió en breve por medio de un tratado. Antígono, amenazado por una parte por Lisímaco y por otra por Seleuco, pidió socorro á su hijo.

No fué posible impedir que se reuniesen las tropas de Seleuco y Lisímaco, que juntas componian sesenta y cuatro mil infantes y doce mil quinientos caballos, sin contar cuatrocientos ochenta elefantes y mas de cien carros de guerra aportados por el primero. Antígono tenia setenta mil infantes, cien mil caballos y setenta y cinco elefantes. Los dos ejércitos se encontraron en Ipso, en Frigia, (301). Antígono que tenia ya 80 años no manifestó en aquella jornada decisiva la audacia y resolucion con que solia enardecer á sus soldados. Triste y silencioso permaneció como si presintiera su última hora. El éxito de la batalla se debió al temerario arrojo de Demetrio, que persiguió desalentado la caballería enemiga, y á los elefantes de Seleuco que, al retroceder aquel, le opusieron una barrera insuperable. Entretanto Seleuco amenazaba los flancos no cubiertos de Antígono, y esta infantería que sin duda estaba vendida de antemano, se pasó á sus filas. Demetrio se escapó con cinco mil infantes y cuatro mil ginetes. Pirro, á quien Casandro habia arrojado del Epiro, habia peleado tambien y huia con él.

Los vencedores se repartieron los estados del vencido. Lisímaco y Seleuco, á quienes se debia el triunfo, llevaron la mejor parte: Lisímaco el Ásia Menor hasta el Tauro; Seleuco la Armenia, la Mesopotamia, Siria y Capadocia, al mismo tiempo que conservaba toda el alta Asia hasta el Indo. Ptolomeo conservó el Egipto, la Fenicia, Celesiria, Judea y Cirenaica. Casandro no obtuvo aumento de territorio, á no ser la Cilicia para su hermano Pleistarco; pero sin duda le concederian en secreto todo lo que pudiese conquistar en Grecia.

La batalla de Ipso no dió por resultado el establecimiento de una division duradera del imperio. Todavía hemos de ver reducirse el número de los reyes. Antes de esta batalla eran cinco; despues fueron cuatro; al poco tiempo no fueron mas que tres; de modo que aquel combate solo sirvió para simplificar la cuestion, suprimiendo á Antígono. Demetrio volverá á levantarse, es cierto; pero aunque tome el lugar que ocupa Casandro, no resultará aumentado el número de los reinos.

Demetrio conservaba á Tiro, Sidon, Chipre, algunas ciudades del Helesponto y fuerzas marítimas considerables. Léjos de desesperar, abrigaba aquella confianza casi nunca estéril, cuando va unida al valor y al talento. Desde luego volvió sus ojos á Grecia, como si el amor que profesaba á este país le diese algun derecho á poseerlo. Sin embargo, durante su ausencia, Casandro se habia extendido hácia el Norte, conquistando á Tesalia, Ambrasia y Acarnania, y ocupando además algunas ciudades del centro. En Atenas, Argos, y Sicion, así como en muchas plazas de Acaya, se habian levantado tiranos á la sombra del poderío macedónico.

Demetrio iba á recibir un cruel desengaño. Al atravesar las Cícladas para ir á Atenas, se le presentó un diputado ateniense para decirle que el pueblo habia determinado no volver admitir reyes en su recinto. ¡Aquella ciudad de él tan estimada lo abandonaba! Dicen, y es cosa que le hace mucho honor, que este golpe fué para él mas doloroso que la batalla de Ipso, y que permaneció algunos momentos sin voz para pronunciar una palabra. A decir verdad, Atenas no debia estarle muy agradecida; si él habia arrojado á los macedonios de Muniquia, en cambio de este servicio la hizo cometer tantas bajezas y la extrajo tanto dinero, que bien pudo Atenas avergonzarse de lo uno y echar de menos lo otro,

sobre todo despues de los triunfos de Casandro; pero el dios no veía mas que la apostasía de sus devotos.

Preciso le fué resignarse, y aun la fortuna le indemnizó por otro lado. Lisímaco y Ptolomeo ya no iban de acuerdo con Seleuco; este se dirigió á Demetrio, cuya flota y posesiones en Fenicia le inspirarian sin duda envidia, y le pidió la mano de su hija (299). Así Demetrio se encontró de repente estrechamente enlazado con el mas temible de los sucesores de Alejandro, con el que parecia haber heredado el poderío de Antígono; pero en aquel tiempo las amistades duraban poco: el yerno quiso poseer á Tiro y Sidon; el suegro no quiso, y no pudieron entenderse.

Sin embargo, Demetrio no podia vivir sin Atenas; y como la ciudad no quería entregársele, se resolvió á obtenerla por fuerza y la puso sitio (296). Mientras permaneció en su recinto el tirano Lacares, la ciudad hizo resistencia; pero en cuanto huyó el tirano, la ciudad abrió sus puertas. Demetrio convocó el pueblo al teatro, cuyas avenidas y gradas ocupaban las tropas. La muchedumbre temblorosa le vió aparecer en la escena; pero en vez de reconvenciones amargas, solo escuchó quejas llenas de dulzura y promesas de olvido. Durante su discurso, la interrumpió una voz para corregirle de una falta de lenguaje que acababa de cometer; dió gracias al mentor, y el entusiasmo del pueblo llegó á su colmo. Demetrio restableció la forma democrática, pero dejó prudentemente una guarnicion en el Museo que habia fortificado. Entró enseguida en el Peloponeso, venció dos veces á Arquidamos, rey de Esparta, y puso sitio á esta ciudad (295) que iba á caer en sus manos, cuando los sucesos de Macedonia llamaron su atencion hácia otro lado.

Casandro habia muerto en 298. Su hijo mayor, Filipo, solo le habia sobrevivido cuatro meses; los otros dos, Antipatro y Alejandro se disputaban el trono. Tesalonice, su madre, favorecia al mas jóven; Antipatro la mató por su propia mano, y su hermano llamó contra el parricida á Demetrio y Pirro II, famoso rey del Epiro. Este que llegó el primero, arrojó á Antipatro de casi todo el país, y colocó á Alejandro en el trono. Al llegar Demetrio, como Alejandro ya no le necesitaba, le tendió un lazo; Demetrio lo tendió otro, y en él se dejó prender el hijo de Casandro. Despues de su muerte, Demetrio se hizo con sus soldados, y se hizo procla-

mar rey de Macedonia (294). Ocupaba tambien la mayor parte de la Grecia; pero su dominacion carecia de fundamento sólido, puesto que no encontraba afecto en los pueblos y habia ofendido á los macedonios al imponerles las serviles prácticas de las cortes de Asia. Sin embargo, los habia vencido de manera que pudo haberse captado su aprecio. Comenzó la accion por un combate singular con su general, al que hubiera muerto si no lo hubiesen socorrido, y despues de salir vencedor en un hecho de armas que sus mismos adversarios aplaudian, trató con blandura á sus cinco mil prisioneros. En vista de aquel peligro, Demetrio concibió la disparatada idea de convertir en provecho suyo el poderío de su padre. ¡El, el vencido en Ipso! Ya estaba haciendo activas diligencias para reunir un inmenso ejército y quinientas galeras, cuando se formó contra él una liga: era la quinta y última. Lisímaco atacó la Macedonia por el E.; Pirro por el O.; Ptolomeo desembarcó en Grecia y dió la voz de libertad á todos los pueblos. El ejército de Macedonia se entregó al rey de Epiro; Atenas se libró por sí misma de la guarnicion del Museo. Demetrio encontró en el Peloponeso, donde se habia retirado, once mil hombres que su hijo Antígono Gonatas habia reunido; pero en lugar de defenderse sin salir de aquel territorio, se dirigió audazmente al Asia. Allí fué vencido (280), allí cayó en poder de Seleuco que lo encerró en un palacio cárcel, en donde pasó dos años gastando su vida y su gloria en los placeres.

En 287 Pirro y Lisímaco habian compartido la Macedonia; pero á los pocos meses este habia arrojado á su rival, y dominaba desde el Pindo hasta el Tauro. Otro enemigo tenia tambien en Antígono Gonatas; pero este que solo era dueño de Corinto y algunas otras ciudades, no se hallaba en estado de tomar la ofensiva. El resto de Grecia obedecia á tiranos particulares. El gran poderío de Lisímaco y el de Seleuco no podian menos de entrechocarse, tanto mas cuanto que se estaban tocando. Una intriga sangrienta que costó la vida á Agatocles, hijo de Lisímaco, hizo estallar el rompimiento. La viuda del jóven príncipe huyó á donde estaba Seleuco, y le incitó á que vengara la muerte de su esposo. Los reyes de Tracia y Siria eran entre los antiguos generales de Alejandro, los únicos que ocupaban el trono: el primero tenia 74 años, el segundo 77. Los ancianos se presentaron en batalla en Cirope-

dion (Frigia), en donde quedó Lisímaco vencido y muerto (281). Con él cayó su imperio; los reinos quedaron reducidos á dos, por la reunion de las coronas de Tracia, Macedonia y Asia en la frente de Seleuco que vino á reinar sobre todo el imperio de Alejandro, exceptuando Egipto y Grecia. Mas parece que él mismo comprendió la necesidad de que Europa y Asia tuviesen cada cual su existencia separada; pues deseaba abandonar todas las provincias asiáticas á su hijo Antioco y quedarse él con la Macedonia que era su país natal, y en cuyo suelo hacia tiempo que pensaba terminar sus dias. Macedonia aceptó tan resignada la suerte de las armas, que no hizo ningun movimiento durante los seis meses que tardó Seleuco en ir á visitarla. Cuando este se puso en marcha, fué asesinado en el Quersoneso por Ptolomeo Ceraunos (281), que inmediatamente se hizo proclamar rey de Tracia y Macedonia.

En este momento histórico se encuentran definitivamente formados, salvo alguna pequeña cuestion de fronteras, tres grandes estados correspondientes á la gran division natural de Grecia de Europa, la de Asia y la de Africa. En Europa, la Macedonia todavía unida á Tracia, que la abandonará muy pronto, ya no tratará de extenderse por Asia, sino por Grecia. Estas regiones tendrán que ser teatro de sucesos del todo propios suyos, mientras que los reinos de Asia y Egipto se moverán en una esfera del todo diferente. El desbordamiento de Macedonia y Grecia por Asia y Africa nos ha obligado á ocuparnos de estos países en la presente historia durante la vida de Alejandro y despues de su muerte. Ahora vuelven á seguir el curso regular de su existencia, aunque profundamente modificada por las costumbres y las ideas helénicas, pero no tan poco diferente del mundo griego para que no exijan una historia particular ajena á nuestro trabajo.

Harto nos hemos ocupado ya recorriendo esas guerras llenas de confusion por las repetidas traiciones que las prolongan y faltas de interés porque solo tienen por objeto la estéril ambicion de algunos hombres y la inútil independencia de algunos pueblos abatidos. La historia, y no me refiero á la que se propone satisfacer frívolas curiosidades, no es como los museos en donde se admite todo, hasta los fragmentos mutilados y sin carácter alguno. Para que un suceso tenga derecho á ser mencionado, no basta con que haya sido; es menester que implique una leccion

ó un recuerdo digno de ser conservado. Esto explica el porque de la brevedad de nuestro relato, despues de la muerte de Alejandro y la que emplearemos hasta la última hora de Grecia.

Invasion de los Galos (280—279); muerte de Pirro (272).

Ptolomeo Ceraunos, ó el *Rayo*, que por medio de un asesinato acababa de subir al trono de Macedonia, era el hijo mayor de Ptolomeo Soter, que lo habia desheredado á causa de su violento carácter. Consolidóse en el trono, alejando de él á todos sus rivales; dejó á Antíoco la pacífica posesion del Asia Menor; dió á Pirro tropas para su expedicion contra los romanos, y por último, venció á Antígono Gonatas, que al mismo tiempo perdió en Grecia la mayor parte de sus posesiones. Esparta, que parecia deseosa de sacudir el largo sueño en que habia permanecido, y del que apenas saliera una ó dos veces despues de Mantinea, habia formado una liga que arrojó de Trecena y Epidauro las guarniciones de Gonatas. Muchas ciudades de Acaya recobraron su independencia: de allí iba á salir la liga aquea (280).

Grecia usó noblemente de aquella renaciente independencia para rechazar una invasion terrible é imprevista cual fué la de los galos. Aquellos celtas que Alejandro habia visto confusamente en el N. y que, si bien no le atacaron, permanecieron firmes en su presencia, iban tambien á buscar fortuna á las regiones del Mediodía. Ya hacia algun tiempo que habian comenzado á vender sus servicios á los jefes que se disputaban la Grecia. Una emigracion considerable, procedente de la misma Galia, les movió á invadir por su cuenta la Macedonia y la Tracia. Dividiéronse en tres grupos bajo la direccion suprema de un *brenn* ó generalísimo y tomaron tres caminos diferentes. El ala izquierda, mandada por Ceritrios penetró en Tracia; el centro, guiado por el *brenn* en persona, invadió la Peonia, al N. de Macedonia; la derecha, al mando de un jefe llamado Bolg, atravesó la Iliria y atacó la Macedonia por el O. Este cuerpo fué el primero que llegó á las manos con el enemigo. La falanje fué derrotada: Ceraunos cayó prisionero y fué degollado. Los macedonios nombraron reyes sucesivamente á su hermano Meleagro y á Antipatro, hijo de Casandro, que apenas reinaron cuatro meses. Los estragos que les causaba el enemigo, la indisciplina de los soldados, y la falta de un general hábil, te-

nian desesperados á los macedonios. Desde lo alto de los muros de sus ciudades, dice Justino, levantaban las manos al cielo invocando los nombres de Filipo y Alejandro, dioses salvadores de la patria.» Aquella patria que se abandonaba á sí misma debió su salvacion á un hombre del pueblo. Sosteno juntó algunos valientes, atacó y venció las partidas sueltas de los invasores, y en poco tiempo tuvo una division, un ejército. Bolg retrocedió á su presencia, quizás no tanto por miedo, como para ir á depositar su botin en sitio seguro. Macedonia parecia estar libre; ofreció la corona á Sosteno, y Sosteno no quiso admitirla.

Sin embargo, el *brenn* habia dispuesto otro ejército durante el invierno. A la primavera de 279, volvió á entrar en Macedonia, derrotó á Sosteno, y si el miedo no multiplicó á los ojos de los griegos el número de los invasores, bajó á Grecia al frente de ciento cincuenta mil infantes y veinte mil ginetes, cada uno de los cuales llevaba dos escuderos. Aquella muchedumbre se arrojó sobre Tesalia y la devastó. Los griegos resolvieron detenerlos en las Termópilas; que aun cuando el Peloponeso permaneció ajeno á este movimiento, toda la Grecia del N. estaba coligada. Los etolios dieron hasta diez mil hombres; Atenas no dió mas que mil hoplitas y seiscientos ginetes; pero en cambio emboscó todas sus galeras en el golfo Maliaco, desde cuyo punto, los que las montaban, pudieron durante la accion tirar contra los bárbaros. El mando del ejército de tierra recayó en el ateniense Calipos, postrero y justo homenaje tributado á la ciudad que ni una sola vez habia dejado de acudir al peligro de Grecia.

Rechazados enérgicamente del paso de las Termópilas, los galos descubrieron la senda que habia franqueado la Grecia á Jerjes, y que, ¡extraño caso! no se hallaba mejor defendido que entonces. Inmediatamente se dirigieron á Delfos para robar sus tesoros. Dicen que el dios, al ser consultado, habia respondido que él sabria defenderse; que un terremoto abrió el suelo bajo los piés de los bárbaros, é hizo rodar sobre sus cabezas peñascos y montañas, y por último que una tempestad conmovió la atmósfera de tal modo que los galos que se habian salvado de la lluvia de peñascos, perecieron abrasados por el rayo. Esta leyenda, renovada cuando la invasion de los persas, no es mas que un embellecimiento poético de la resistencia entonces organizada por los habitantes

de un país, cuya defensa era tan fácil. Los galos, rechazados de Delfos, hicieron una retirada que por los ataques de los montañeses les fué desastrosa. El hambre y el frio les causaron horribles padecimientos. El *brenn*, que estaba herido de gravedad, se dió muerte por su mano para evitar la cólera de sus soldados y la vergüenza del vencimiento (278).

El trono de Macedonia estaba vacante, y lo ocupó Antígono Gonatas en virtud de un tratado hecho con Antíoco I. Destruyó otra partida de galos que habia quedado al N., y procuró consolidarse en el mando, cuando volvió Pirro de Italia en donde habia admirado primero y vencido despues á los romanos, penetrado hasta su ciudad, conquistado y abandonado la Sicilia, y por último perdido una gran batalla. No estaba todavía completamente satisfecho de aventuras, y se lanzó á ojos cerrados á lo mas enmarañado de las intrigas que revolvian la Grecia. De repente apareció en Macedonia, se granjeó la adhesion de la falanje, y dominó casi todo el país.

Antes empero de completar su conquista, tomó parte en otra empresa. Llamábale en su ayuda Cleónimo, pretendiente al trono de Esparta, y queria arrojar á Antígono de las ciudades que conservaba en el Peloponeso. En 273 llegó al pié de los muros de Esparta, que habia sido fortificada para resistir á Casandro y Demetrio. El rey Areos estaba ausente: se hallaba en Creta. Los lacedemonios espantados pensaban ya si enviarian sus mujeres á aquella isla, cuando Arquidamia, madre de Acrotatos, se presentó en el senado con una espada en la mano, y declaró que las mujeres sabrian defender su patria. En efecto, ellas hicieron un foso en el sitio donde no habia muralla, y Pirro fué rechazado. Algunos dias despues, la llegada de Areos y de un cuerpo de auxiliares argivos, le obligó á levantar el sitio. Trató de penetrar en Argos para vengarse, pero Antígono y Areos le seguian muy de cerca, y no tuvo mas tiempo que el necesario para atravesar la ciudad, pues mientras él salia por una puerta, ya entraban aquellos por otra. En esta retirada, una teja despedida por la mano de una anciana, á cuyo hijo acababa de causar él una herida, lo alcanzó y lo mató.

La muerte de Pirro señala un nuevo período en las grandes conmociones qué ocurrieron desde el Adriático al Indo, con mo-

tivo de la sucesion de Alejandro, pues aseguró el trono de Macedonia á Antígono Gonatas y á su familia. En vano será que Alejandro, hijo de Pirro, vuelva á invadir la Macedonia (267); en vano que un nuevo ejército de galos ataque este territorio; Antígono los vencerá á todos, y Macedonia, desembarazada casi de sus posesiones asiáticas y de sus ensueños de dominacion allende los mares, se limitará á llevar adelante el primer proyecto de Filipo: la dominacion de Grecia. La expedicion de Alejandro y las rivalidades de sus sucesores, quedarán reducidas á un glorioso pero sangriento intermedio. La situacion vuelve á ser casi la misma que era en 359; solo le falta la generacion patriota aun, altiva y valerosa que tenia Grecia antes de Queronea, y le sobra una corrupcion de costumbres, una afeminacion en los caracteres, un aniquilamiento de la gran vida política é intelectual que señalan lo inevitable de la decadencia. El indiferentismo político y la venalidad han dado sus frutos; por todas partes se han alzado tiranos auxiliados por sus mercenarios, que dominan allí donde en otro tiempo solo la ley dominaba. Grecia ya no se pertenece. ¡Si á lo menos fuesen los amos los gloriosos soldados de Queronea y Arbela! pero no; son oscuros aventureros á quienes ni siquiera conoce, y cuyos nombres apenas ha conservado la historia (1). Sin embargo, aun se ha de ruborizar una vez de tanta ignominia; hará un esfuerzo supremo y morirá, ya que haya de morir á los filos de la espada de un gran pueblo.

(1) Acerca de los crímenes de todos estos tiranuelos, V. Jenofonte, *Hieron.* I, 12; II, 8-10; III, 8; VII, 10.

PERÍODO OCTAVO.

LA LIGA AQUEA (272-146).--ESFUERZOS IMPOTENTES PARA UNIRSE Y SALVARSE (1).

CAPÍTULO XXIII.

Desde la muerte de Pirro hasta la batalla de Selasia (272-221).

ARATO.—LAS LIGAS AQUEA Y ETOLIA.—AGIS (241) Y CLEOMENES (236).—GUERRA ENTRE ESPARTA Y LOS AQUEOS; INTERVENCION DE MACEDONIA (227-221).

Arato.

Cayeron Atenas, Esparta y Tebas; dos pueblos hasta entonces desconocidos se elevaron á su altura; tales fueron los aqueos y los etolios, que pasaron á ocupar aquel escenario desierto, pero lleno de escombros.

La costa septentrional del Peloponeso es una cinta, digámoslo así, estrecha, encerrada entre el golfo de Corinto y la cordillera de montañas que ciñe la Arcadia del N. Su fertilidad nada ofrece notable, exceptuando la parte que da á Sicion. Sus corrientes de agua, que son muy numerosas, bajan en línea recta de las montañas á la costa. La orilla del mar, mejor dispuesta que al O.

(1) Polibio, Tito Livio, Diodoro, Justino, Pausanias, Plutarco, *Vidas de Arato, Filopemen, Agis y Cleomenes;* Sainte-Croix, *Antiguos gobiernos federales.* En este último período de la vida del pueblo griego, se encuentran indudablemente hombres dignos de estudio. Pero es poco interesante, poco provechoso el seguir paso á paso esta historia. Sabemos porqué muere Grecia; esto nos basta; con la mayor brevedad posible diremos porqué se prolonga su agonía.

del Peloponeso, deja penetrar las aguas por entre las rocas. Pero ¿qué exportacion podia tener el comercio de sus ciudades? ¿Habia de exportar para Elida ó para la pobre Arcadia? ¿Qué medios de comunicacion encontraria en el corazon de las montañas? Por otra parte, Corinto, que estaba mucho mejor situada, acaparó muy de antemano todo el comercio de su golfo, que pasó por delante de las ciudades aqueas, sin dejar en ellas ni fortuna ni lujo. Vivian pues en la pobreza aquellas ciudades, pero vivian unidas. Herodoto nos dice que desde la mas remota antigüedad, las doce ciudades de la Egialea estaban confederadas. Si es dicha la oscuridad, aquellas ciudades fueron largo tiempo dichosas. En medio de las sangrientas discordias de la Grecia, llamó sin duda la atencion la paz y la tranquilidad que su pobreza les proporcionaba unida á la bondad de sus costumbres y de sus instituciones; puesto que muchas ciudades de la Magna Grecia, despues de la catástrofe de los pitagóricos, imitaron el gobierno y las leyes de la Acaya.

No podemos decir en elogio de esta region, que permaneciese extraña á la lucha nacional contra los persas. Hubiera deseado tambien que Atenas, y Esparta no hubiesen turbado su reposo; pero tuvo que renunciar á él de una manera violenta por la guerra del Peloponeso, que no consentia posiciones neutrales. Patras se pronunció por Atenas, Pelene por Esparta; la influencia dórica se extendió por todo el resto. Ya con este motivo sufrió detrimento la confederacion; pero lo sufrió mucho mayor, cuando los reyes de Macedonia amagaron con vengarse de los aqueos por haber peleado en contra suya, en Queronea con Atenas, en Mantinea (330) con Esparta. Su abatimiento fué tal, que no pudo tomar parte en la guerra Lamiaca. Las ciudades se separaron. Habian quedado reducidas á diez, desde que en 373 un terremoto habia destruido á Hélice, su antigua capital, y que Olenos habia sido abandonada por sus habitantes. Demetrio, Casandro y Antígono Gonatas pusieron guarnicion en algunas, y entregaron las demás á tiranos; «porque de aquel Antígono, dice Polibio, salieron todos los tiranos de Grecia.» Hácia 281 se aprovecharon de los reveses de Macedonia para emanciparse y reconstruir su liga. «Las primeras ciudades que se unieron fueron Dimas, Patras, Tritea y Fares. Cinco años despues los egeos, despues de arrojar la guar-

nicion macedónica, entraron tambien en la liga. Despues los buríos dieron muerte á su tirano; el de Cerinea abdicó voluntariamente. Leoncion, Egira y Pelene completaron la reunion de toda la Acaya. Pero aun así la liga era muy débil, cuando Arato hizo que la ciudad de Sicion entrara en ella (Polibio).»

Sicion habia estado gobernada en otro tiempo por la aristocracia dórica, cuya caida llevó consigo grandes desórdenes que dieron por resultado los tiranos. Sin embargo, Sicion consiguió recobrar su independencia á la muerte de uno de ellos, que era Cleonte, y entregó el poder á dos ciudadanos muy estimados, Timoclides y Clinias. Muerto el primero de estos, se apoderó del mando un tal Abantibas, hizo dar muerte á Clinias, y trató de hacer lo mismo con su hijo Arato, que tenia entonces siete años. El niño se salvó gracias á una hermana del tirano, y se refugió en Argos, donde fué muy bien recibido por los amigos de su padre. Allí pasó trece años, frecuentando poco los filósofos, pero mucho los ejercicios gimnásticos. Salió en ellos tan extremado que venció á todos en los cinco combates del pentatlo. Sus formas y estatura eran atléticas; pero el atleta era al mismo tiempo un prudente y sagaz personaje, aficionado á las emboscadas y sorpresas, así en política como en guerra; temeroso de la claridad, las resoluciones prontas y los medios directos y la guerra abierta; valiente soldado y mediano general, gran ciudadano y quizás mal político.

Desde muy jóven meditó Arato en la emancipacion de su patria. Cuando tuvo tomadas todas sus medidas, el tirano Nicocles, que reinaba entonces en Sicion, tuvo noticias de sus proyectos, y envió á Argos espías encubiertos. Sabedor Arato del suceso, mandó comprar en el mercado los manjares mas delicados y los perfumes, y contrató á los que tocaban la flauta, para una gran orgía que iba á celebrar en su casa. Los espías volvieron á Sicion, riéndose de la credulidad y de los recelos del tirano. Apenas habian dado cuenta del resultado de su viaje, cuando Arato salia de Argos, y se reunia con cierto número de soldados que le esperaban en la torre de Poliñoto. Condújoles á Nemea, dióles cuenta de su proyecto, estimuló sus brios y les condujo en derechura á Sicion, ordenando su marcha por la de la luna, á fin de no llegar al pié de las murallas hasta que su luz se hu-

biese ocultado. Un hijo de Sicion, escapado de las prisiones de Nicocles, le habia dicho que habia un sitio en que la muralla era bastante baja, y que estaba al nivel del interior de la ciudad. Caia empero hácia aquel lado la casa de un jardinero, guardada por perros vigilantes. Uno de sus hombres fué á ver si conseguia apoderarse de ellos; mas no le fué posible; circunstancia que desalentó á la tropa, por cuyo motivo Arato prometió que si los perros se hacian demasiado importunos, renunciaria á su empresa. Así continuaron avanzando precedidos de los que llevaban las escalas. Al aplicarlas á la muralla, ladraron los perros con fuerza; y ya subian los primeros soldados, cuando se vieron expuestos á otro peligro. El oficial que debia ser relevado á la mañana pasó por encima de ellos tocando una campana y seguido de una porcion de hombres que llevaban antorchas encendidas, lo cual todo junto producia mucho ruido. Los que subian se mantuvieron quietos y no fueron vistos de nadie. Inmediatamente despues, subieron á lo alto de la muralla, se apoderaron de los dos lados del camino, y avisaron á Arato para que procurase llegar cuanto antes. Poca distancia habia desde el jardin á la muralla y á la torre, donde velaba un perro muy grande, que no habia conocido la proximidad de los conjurados; pero habiéndole incitado los perros del jardinero, ladrando en voz baja, contestó con un ladrido sordo al principio y fuerte despues, al pasar por delante de la torre los primeros que habian practicado el asalto. El centinela pregunta en alta voz al montero, porque ladraba tan fuerte su perro, y el montero le respondió que sin duda lo habian aturdido y deslumbrado la campana y las antorchas. Esta contestacion dió mas ánimo á los soldados de Arato, que creyeron que el montero estaba de acuerdo con su jefe, y que sin duda su empresa encontraria apoyo en un gran número de ciudadanos. Cuando trataron de subir los demás soldados corrieron otro peligro; pues las escalas se iban á romper bajo su peso, y tuvieron que ir llegando á la muralla primero unos y despues otros. Entretanto pasaba el tiempo, ya cantaban los gallos; ya iba á llegar la gente del campo con sus provisiones para la ciudad.

«Arato subió á la muralla en cuanto vió que lo habian hecho cuarenta de sus soldados; esperó á algunos que le seguian; y se

dirigió con ellos sin detenerse al palacio del tirano. Los guardias de este pasaban la noche sobre las armas; Arato los atacó bruscamente, se apoderó de ellos (pero no dió muerte á ninguno), y mandó avisar á sus amigos para que en seguida fuesen á reunírsele. Acudieron en efecto estos de todas partes cuando asomaba el dia, y en breve se llenó el teatro de una considerable muchedumbre que nada sabia de cierto sobre lo ocurrido; pero un heraldo avanzó hasta colocarse en medio de todos, y anunció que Arato, hijo de Clinias, llamaba los ciudadanos á la libertad. No dudando ya entonces del suceso que hacia muchos años estaban esperando, corrieron todos al palacio del tirano y le prendieron fuego. En todos los acontecimientos de aquel dia no habia resultado un solo hombre muerto ni herido siquiera. Arato abrió las puertas á los que habian sido desterrados por Nicocles, que llegaban hasta el número de ochenta, y á los que lo habian sido por otros tiranos, que no bajaban de cincuenta. Estos anduvieron errantes, cerca de cincuenta años, léjos de su patria; la mayor parte volvieron en el colmo de la miseria y recobraron la posesion de sus casas, bienes y tierras.... (Plutarco).»

Este relato presenta toda una fase de la vida política de Grecia: un bando desterrado volviendo á su ciudad por medio de una sorpresa. Esto era lo menos raro, si bien generalmente á esos regresos solian acompañar los despojos y los desórdenes, causados por el reintegro de sus bienes á los que volvian del destierro; de manera que tenian que abandonar su patria otros proscritos, los cuales esperaban la ocasion oportuna para volver á entrar por la fuerza. Aquella vez Arato obtuvo de Ptolomeo un presente de ciento cincuenta talentos que empleó en indemnizar á los que habian sufrido perjuicios, merced á lo cual evitó tambien nuevos odios y peligros (251). El obsequio de Ptolomeo no dejaba de ser interesado. El egipcio veia con despecho la influencia que el rey de Macedonia ejercia en Grecia, y con el objeto de poner obstáculos á sus proyectos y de tenerle constantemente ocupado, auxiliaba á todos los que en su concepto eran enemigos de Macedonia. Arato habia aceptado sin hacerse de rogar el apoyo que espontáneamente se le ofrecia.

Las ligas aquea y etolia.

No era época aquella en que una ciudad pudiese vivir mucho tiempo aislada é independiente. Arato no tardó en observar que Antígono andaba dando vueltas al rededor de Sicion, como al rededor de una presa. Este príncipe se habia apoderado de Atenas despues de una guerra ó mas bien de un sitio de seis años, bravamente sostenido por los atenienses (263); era dueño de Corinto y le hubiera importado mucho serlo de Sicion. Arato para salvarla no encontró otro medio que incorporarla á la liga aquea, débil entonces sin duda; pero que habia de hacerse respetable si Sicion se le reunia. Su territorio parecia como la continuacion del de los aqueos: nada pues mas natural que su alianza. Verificóse en efecto bajo el pié de la mas perfecta igualdad, aunque Sicion era mucho mas poderosa que cualquiera de las demás ciudades de la liga; pero entrando en ella con la mira de tener quien la auxiliara, tuvo que aceptar, en vez de imponer condiciones.

Véase en resumen la constitucion de la liga. La soberanía residia en la asamblea general, á que eran admitidos todos los individuos de treinta años para arriba. Esta asamblea declaraba la paz y la guerra, ratificaba ó desechaba las alianzas, hacia los reglamentos de la confederacion, y nombraba los magistrados superiores. Los votos se contaban por ciudades y no por cabezas; de manera que la asamblea era verdaderamente representativa. No era necesario que asistieran á la asamblea todos los habitantes de una ciudad; bastaba la asistencia de algunos, en muy corto número, para que el voto de la ciudad no se perdiese (1). Pero ese corto número que tenia espacio y recursos suficientes para ir á votar léjos de su casa, eran solo los ricos, ó á lo menos los bien acomodados. De ahí el carácter conservador y moderado de aquella democracia. El punto de reunion era al

(1) Esto explica la frase de Tito Livio, *Príncipes Achæorum*, l. XXXIII, c. XXII, sin que sea necesario apelar á la hipótesis de Hellwing de que los diputados iban con delegacion de cada una de las ciudades. La asamblea no era una reunion de diputados elegidos, puesto que todo ciudadano mayor de 30 años, podia, segun Polibio, cap. XXIX, 9, 6, votar en ella; pero cuando de una ciudad no iba sino un corto número, estos eran en efecto los representantes de sus conciudadanos que no habian podido asistir.

principio Hélice; despues de la ruina de esta ciudad fué un bosque de Egion, consagrado á Júpiter y próximo al santuario de Ceres panaquea. Polibio sin embargo nos presenta la asamblea reunida ya en Citora, ya en Sicion, así en Corinto como en Megalópolis. Se reunia dos veces al año, á principios de invierno, y á los del verano. En los casos graves y urgentes el magistrado supremo podia convocarla. Nunca deliberaba sino acerca de puntos propuestos por mayoría de los magistrados. Las sesiones duraban tres dias cada una.

Los poderes permanentes eran un senado director, de cuya organizacion no tenemos noticias, y aun hay quien ha dudado de su existencia; un consejo de diez *demiurgos*, los cuales eran doce antes de la ruina de Helia y Olenos, circunstancia que prueba que, cuando menos en su orígen, fueron representantes de las ciudades, pues vemos que al variar el número de estas varia el de ellos. El magistrado supremo era el *estratega*, único durante algunos años; despues fueron dos. Mandaba las fuerzas militares, era depositario del sello de la liga, y convocaba y presidia la asamblea; los demiurgos le estaban subordinados. Los demás magistrados eran el hiparco, el hispostratega (acaso fuese una sola magistratura con dos distintos nombres) y el secretario.

Respecto al espíritu que animaba á la liga, oigamos á Polibio en el siguiente párrafo: «Desde hace lárgo tiempo muchísimos hombres habian aconsejado la union á los pueblos del Peloponeso; pero como estos pueblos se guiaban mas bien atendiendo á su interés particular que á la libertad comun, la division subsistia siempre. Ahora, por el contrario, se ha establecido tan perfectamente la concordia, que no solo están unidos por la alianza y la amistad, sino que tienen iguales leyes, pesos, medidas, monedas, magistrados, senadores y jueces. En una palabra, todo en los pueblos del Peloponeso es uniforme é igual; solo se diferencian en que cada uno tiene sus murallas que le ciñen.

»¿Cómo ha llegado á dominar en el Peloponeso la denominacion de aqueos? No será ciertamente por la extension del país, el número de las ciudades, ni la riqueza y el valor de sus habitantes; porque los aqueos no eran superiores en ninguno de estos conceptos á los demás pueblos. La Arcadia y la Laconia son

mas extensas y mas pobladas, y sus habitantes no ceden en valor á ningun pueblo. ¿Porque pues es hoy dia una honra para los arcadios, para Lacedemonia y para todo el Peloponeso haber tomado las leyes y el nombre de los aqueos? Atribuirlo á simple casualidad sería insigne locura; vale mas averiguar la causa de este hecho, puesto que no hay hecho bueno ni malo que no tenga su causa. Y en mi opinion, la causa está en que no hay república en donde la igualdad, la libertad, es decir, la perfecta democracia, sin excepcion alguna, sea tan íntegra como en la de los aqueos. Entre los pueblos del Peloponeso que la componen, los hay que se presentaron á la liga espontáneamente; á otros hubo que demostrarles la conveniencia que encontrarian en ello; á otros no se les pudo obligar sino por medio de la violencia, aunque no tardaron en alegrarse de que así se les hubiese obligado. Los antiguos ciudadanos no tenian ningun derecho que no tuviesen los nuevos: todo era igual para unos y otros. Así la república alcanzó lo que se proponia, por dos poderosos medios, es decir, por la igualdad y la blandura. A estos dos medios deben los peloponesios esa perfecta union, base de la felicidad de que les vemos disfrutar hoy dia.»

De modo que Grecia encontraba en sus últimos momentos dos bienes preciosos que jamás habia conocido: la igualdad y la union entre las ciudades. Desgraciadamente ya era muy tarde. Habia igualdad porque ya no habia pueblos fuertes; habia union porque todo era debilidad en todas partes.

Un punto acerca del cual ni Polibio ni ninguna otro historiador de la antigüedad da explicacion alguna, es la relacion que existiese entre la liga y sus miembros. Cada ciudad tenia su administracion municipal, cierta libertad de accion en aquello que no comprometia los intereses generales de la liga. Lo que Polibio dice del régimen uniforme y democrático de todas las ciudades ha dado tambien motivo á algunas objeciones.Pero cada ciudad tenia tambien sus dos bandos, el aristocrático y el democrático, y el ingreso en la liga aquea iba precedido ó seguido siempre del triunfo del partido popular, sin intervencion de los confederados. Así en tiempo de la lucha entre Atenas y Esparta una revolucion interior en un estado hacia prevalecer la alianza con una de las dos ciudades, segun el partido que quedaba triunfante.

Los etolios formaban entre sí una confederacion muy parecida. Sus pueblos y ciudades tenian una asamblea comun á la que probablemente solo debian ser admitidos los hombres de edad madura. Esta asamblea, llamada *panatelicon*, se reunia todos los años en Termos por el equinoxio de otoño, determinaba sobre la paz ó la guerra, y elegia los magistrados. Además de esta asamblea anual tenia la asamblea permanente de los *apocletas* ó diputados que componian un consejo semejante al de los demiurgos de Acaya, solo que era mas numeroso. El primer magistrado era el *estratega*, que mandaba las fuerzas militares. Despues venian el *hiparco*, el *grammateo* ó secretario, etc. La liga etolia admitia en su seno á ciudades muy apartadas y las dejaba gran libertad de accion; pero se ignora hasta qué punto. No todos los derechos y deberes estarian perfectamente determinados; y entre esas ciudades las habria, como en el imperio de Atenas, de condiciones muy diferentes: confederadas, aliadas y tributarias.

Los etolios, lo mismo que los aqueos, eran un pueblo nuevo que no habia agotado su sávia. Por su posicion excéntrica hácia la frontera occidental de Grecia, en el seno de las montañas y próximos á tribus bárbaras, habian conservado costumbres rudas y hábitos de pillaje que en el resto de Grecia habian desaparecido algunos siglos antes.

Emprendian frecuentes excursiones y pirateaban lo mismo por mar que por tierra. Una inscripcion hace memoria de haber existido entre ellos un tribunal de presas. Cuando su lucha con los aqueos les hizo desear la extension de su liga, el pillaje les sirvió muchas veces como medio para obligar á las ciudades á que aceptasen su alianza. Merced á esta circunstancia solicitaron ser admitidas Lisimaquia, Cios y Teos, cuyas dos primeras ciudades estaban situadas, la primera en el Helesponto, y la segunda en la costa oriental de la Propóntida.

Sicion, antes de que la libertase Arato, se veia amenazada por los etolios. Nombrado este estratega de los aqueos en 246, á la edad de veinte y seis años, volvió inmediatamente las armas de la liga contra los etolios. Primero recorrió militarmente sus tierras, y despues fué á dar auxilio á los beocios á quienes ellos atacaban; pero llegó demasiado tarde: los etolios habian sido

vencidos en Queronea. «Abatidos con aquella derrota, dice Polibio, ya no se atrevieron desde entonces á emprender nada para recobrar su antiguo poderío, ni á unirse por decreto público con los demás griegos cuando alguna expedicion les proponian. Ya no pensaron mas que en comer y beber, y lo hicieron con tanto exceso, que quedaron completamente aniquilados en cuanto á valor y fuerza.» Tambien añade Polibio: «Por aquel tiempo se introdujo entre los beocios una costumbre perniciosa: los hombres que morian sin hijos, no dejaban sus bienes á su familia, sino á sus comensales, que los gastaban en comun. Aun los que tenian hijos, dejaban la mayor parte de lo que poseian para el establecimiento de cofradías semejantes. Así era que muchos beocios tenian á veces que asistir á tantos convites que no les bastaban los dias del mes, á uno cada dia.

Este envilecimiento de los beocios dejaba la Grecia central entregada á los enemigos de la liga aquea. Era de temer que entrasen ahora en el Peloponeso, cuya llave poseia desde 244 Antígono, que se habia hecho aliado de los etolios. Arato, nombrado estratega por segunda vez en 243, se apoderó del Acrocorinto por medio de un golpe de mano semejante al que le habia hecho dueño de Sicion, devolvió á los corintios las llaves de su ciudad, que estos no poseian desde el tiempo de Filipo, y les hizo entrar en la liga lo mismo que á Megara, Trecena y Epidauro. Para que los atenienses se separasen de la amistad de Antígono, les devolvió sin rescate algunos de sus conciudadanos que tenia prisioneros. Antígono habia logrado hacerle sospechoso al rey de Egipto; Arato deshizo su obra, y obtuvo de los aqueos que nombrasen á Ptolomeo generalísimo de mar y tierra. El rey se veria obligado á hacer honor á su título proporcionando algun buen socorro, y por otra parte la distancia que de ellos les separaba, quitaba todo carácter peligroso á su protectorado. Arato fué en efecto el verdadero jefe de la liga. «Como la ley no permitia que todos los años saliese elegido estratega, lo nombraban para este cargo de cada dos años uno; pero por la influencia que ejercia se puede decir que desempeñaba el cargo perfectamente.»

Arato continuaba en guerra contra los tiranos. Argos tenia entonces uno, llamado Arístipos, que Plutarco nos presenta co-

mo uno de esos tipos odiosos de tirano desconfiado que la antigüedad nos ofrece con harta frecuencia. Aquel hombre, rodeado, de dia, de sus satélites, se encerraba de noche en una habitacion alta á la que subia por una escalera que despues se retiraba; entraba en ella por medio de una abertura practicada en el suelo, y encima de la trampilla ó escotillon colocaba la cama. Fácilmente se comprende que un hombre que vivia con tantos temores y recelos, habia de ser cruel. Tal era sin embargo la apática indiferencia de los argivos, que no daban un paso para sacudir aquella tiranía. Arato renovó contra Arístipos las tentativas que ya habia hecho contra su predecesor Aristómacos. Llegó por sorpresa hasta subir á las murallas de Argos; el mas leve socorro por parte de los habitantes le hubiera dado la victoria; pero estos dejaron al tirano echarse encima de los aqueos, «como si asistiesen, imparciales espectadores, á los juegos nemeos y fuesen jueces del combate.» Este contratiempo movió á Arato á dar una batalla fuera de los muros; pero al hallarse en campo raso perdió todo su aplomo y fué vencido dos veces, hasta que por fin en el tercer encuentro derrotó y mató á Arístipos. Desgraciadamente la muerte del tirano no llevó consigo la inmediata caida de la tiranía: Arístipos tuvo un sucesor, que fué el jóven Aristómacos.

Lo que habia ensayado en Argos, queria Arato ensayarlo en todas partes. Tantas amarguras ocasionaba á los tiranos, que uno de ellos, Lidiades, dueño de Megalópolis, prefirió abdicar á vivir en tan continuos sobresaltos. Invitó á Arato á que fuese á verle, y en su presencia entregó el poder, é hizo entrar á Megalópolis en la liga de los aqueos, los cuales en recompensa de su sacrificio, le nombraron estratega. Pero poco faltó para que no tuviesen que arrepentirse de su nombramiento. Lidiades entró en la liga con una ambicion incalificable; se declaró en oposicion con Arato, y provocó sin objeto alguno una ruptura con Esparta. Los dos alternaron seis años en el mando; mas por último se vió claramente que el móvil de la conducta de Lidiades era puramente personal, y Arato recobró su ascendiente.

Nada mas prudente que observar con Esparta una política contemporizadora, como se patentizó en 238, cuando los etolios se presentaron en el istmo de Corinto. Agis fué á unirse á los

aqueos con tropas de Lacedemonia, y queria dar la batalla; pero Arato se opuso, Agis se retiró irritado, y los etolios se abrieron paso fácilmente. A lo menos Arato reparó gloriosamente su falta, matándole setecientos hombres en una sorpresa.

Antígono Gonatas habia muerto en 243, dejando el trono á su hijo Demetrio II. El nuevo príncipe, dueño del Atica y de Fócida, queria poseer tambien la Beocia, que separaba dichas provincias. Quitósela en efecto á los etolios, y como era natural, pasaron estos al partido de los aqueos. Este momento fué quizás el mas brillante de la liga. Aliada de Esparta y de Etolia, engruesada con Corinto y Megalópolis, libre de toda influencia peligrosa, habia llegado á ser el centro á cuyo alrededor se agrupaban todos los enemigos de Macedonia. Sus progresos no se interrumpieron; á pesar de los esfuerzos de Demetrio, Aristomacos II se vió reducido á hacer lo que Lidiades. Mediante cincuenta talentos, hizo entrar á Argos en la liga, y en recompensa fué nombrado estratega al año siguiente. Zenon tirano de Hermione y Cleonimos, tirano de Fliunte hicieron otro tanto. Polibio señala la muerte de Demetrio en 233, como el momento en que todos los pequeños jefes del Peloponeso cayeron por faltarles el que los protegia. La mayor parte de las ciudades de Arcadia entraron entonces en la liga. Por último Atenas arrojó la guarnicion macedonia, gracias al socorro de Arato, y Egina se hizo recibir como miembro confederado. Los disturbios que agitaban la Macedonia, bajo la regencia de Antígono Doson, hermano de Demetrio y tutor de su sobrino Filipo, á quien despojó; las defecciones que tuvo que combatir en todas las fronteras, y sus empresas fuera de Grecia hasta Caria, dejaron predominar por algun tiempo, casi sin contrapeso, la influencia aquea.

Así en 229 los aqueos contaban como aliados ó como individuos de su liga (1) en la Grecia central, el Atica, Megara y la Etolia; en el Peloponeso, Esparta, Corinto, Sicion, Argos y la mayor parte de Arcadia. Esta concentracion de las fuerzas de Grecia, ese progreso hácia una union voluntaria de la mayor

(1) Estas dos condiciones, que son muy distintas, se han confundido equivocadamente con frecuencia. Atenas, los etolios y Esparta, eran aliados; pero no individuos de la liga. De ahí las consecuencias violentas que se han deducido del poderío de los aqueos.

parte de las ciudades, eran necesarios para salvar la independencia siempre amenazada por Macedonia; pero ¡cuánto mas no lo eran para resistir al huracan que ya comenzaba á formarse al Occidente! Aquel mismo año (229) los romanos ponian el pié en Iliria apelando á frívolos pretextos. Si los griegos hubiesen podido leer en el porvenir ¡cuántos esfuerzos hubieran hecho para conservar la concordia que comenzaba á establecerse! Mas sucedió al contrario: én aquel momento fué cuando se dividieron para siempre.

Agis (241) y Cleomenes (236).

Mucho hubiera ganado Grecia con que en aquel momento la vida hubiese abandonado todos sus miembros, excepto los de la liga: de este modo toda la nacionalidad griega se hubiera cobijado bajo aquella nueva forma política; pero vivian todavía los etolios, y Esparta resucitó por un momento.

La constitucion de Licurgo ya no era mas que un recuerdo. Aquel artificioso edificio, construido por medio de una combinacion tan sábia y tan calculada, se habia ido cayendo piedra á piedra. Asentábase sobre la reparticion de las tierras y el número fijo de los lotes. Por este número quedaba determinada la cifra invariable de los ciudadanos. Pero sucedió que la poblacion fué disminuyendo lo mismo que las herencias, de lo cual vino á resultar que la constitucion se alteró profundamente. Las batallas habian diezmado mas de una vez á los espartanos, y careciendo de una ley de sucesiones bastante previsora, los lotes que quedaban sin dueño por la extincion de las familias, pasaban á aumentar la fortuna de los ricos, mas bien que á aliviar la penuria de los pobres. Esta desorganizacion de la propiedad acabó de precipitarse con la ley del eforo Epitadeos, que violando abiertamente el principio de la constitucion, permitió á los jefes de familia la libre disposicion de su patrimonio. Desde aquel momento los ricos y las mujeres absorbieron las fortunas, que ni siquiera estaban sujetas á la trasmision en línea recta. Así fué que de setecientos espartanos que existian aun en tiempo de Agis, apenas llegaban á ciento los que poseian tierras. Desde el tiempo de Aristóteles, las dos terceras partes del terreno pertenecian á las mujeres.

A consecuencia de este estado de cosas, el gobierno habia llegado á ser privilegio de un corto número; la muchedumbre, no teniendo con que llenar las obligaciones á que iban anexos los derechos políticos, no tomaba parte alguna en los negocios públicos. De ahí resultaba que el gobierno pertenecia por entero á los que habian conservado su patrimonio. Esta degradacion producia dos tristes consecuencias: los pobres considerados como objetos despreciables, eran malos soldados en la guerra, y conspiradores tenaces en la paz, que acechaban sin descanso la oportunidad de derribar el Estado. Las costumbres, por decontado no eran ya las mismas. El rey Areos y su hijo Acrotatos introdujeron abiertamente en Esparta el lujo de las cortes orientales. Esparta dejó de ser Esparta; fué una ciudad como las otras, afeminada, ociosa y corrompida, mezcla aborrecible de riqueza y pobreza extremas.

Sin embargo, aun se distinguia por cierto carácter tradicional belicoso y heróico que la salvó mas de una vez, de Demetrio, por ejemplo y de Pirro, y que se manifestó tambien en lo exterior por las expediciones de Cleonimos á la Magna Grecia, en pro de los tarentinos, de Areos á Creta, á Etolia y contra los macedonios, de Jantipo á Africa en favor de Cartago; y esto ¡extraña cosa! al mismo tiempo que en su propio territorio se dejaba arrebatar cincuenta mil esclavos por los etolios: doble indicio de un espíritu militar temible todavía, pero de extincion completa del sentimiento patrio. Iban de buena gana á granjear oro como aventureros al servicio de un extraño, y dejaban abandonada su tierra.

Agis IV, que ocupó el trono de los euripóntidas á la edad de veinte años, resolvió regenerar á Esparta, encaminándola otra vez á las instituciones y costumbres de Licurgo. Era necesario comenzar por repartir de nuevo las tierras: y esto era tropezar al primer paso con la cuestion mas peligrosa, puesto que se trataba de desposeer á los ricos en provecho de los pobres. La mayor parte de los ricos, los ancianos acostumbrados al lujo y enemigos de toda innovacion, y las mujeres, espantadas con solo recordar la severidad de costumbres que las imponia Licurgo, formaban el partido opuesto á la reforma. A su frente estaba el rey Leónidas, compañero de Agis, que habia pasado parte de su

vida en las cortes de Asia, y enseñado á sus conciudadanos nuevos refinamientos. En favor de Agis estaban los pobres y los ambiciosos, pero tambien todos los corazones nobles en general, los jóvenes, todos los que deseaban el bien de la patria y tenian algun afecto á la virtud. Su madre Agesistrata y su abuela Arquidamia, las dos mujeres mas ricas de la ciudad, se unieron á su partido. El mismo, criado por ellas en el lujo, poseia vastas propiedades y un tesoro de seiscientos talentos; pero renunció á sus costumbres, vistió el severo traje de los antiguos espartanos, y declaró que sus bienes pasaban al dominio comun. Su madre y su abuela se asociaron á este rasgo de abnegacion.

El plan de las reformas propuestas por Agis era el siguiente: Abolicion de las deudas; reparticion de toda la Laconia en diez y nueve mil quinientos lotes, de los cuales habia quince mil para los laconios capaces de llevar las armas, y cuatro mil quinientos para los espartanos; formacion de un cuerpo de cuatro mil quinientos ciudadanos para que se reuniese á los setecientos un número suficiente de vecinos ó extranjeros de educacion liberal, jóvenes y bien formados; y por último, restablecimiento de la disciplina de Licurgo. Para realizar este proyecto, tanteó primero las vias legales y lo presentó al senado. Leónidas objetó que Licurgo nada habia hecho que se pareciese á lo que se proponia; que ni habia abolido las deudas, ni admitido extranjeros entre los espartanos. Agis replicó que si bien el venerado legislador no habia abolido las deudas, tampoco habia permitido contraerlas, puesto que habia suprimido el dinero, y que sentaba muy mal el mostrarse tan exclusivo con respecto á los extranjeros en un hombre como Leónidas que se habia casado con una asiática. El proyecto fué desechado por mayoría de un solo voto. Hubo pues que emplear otros medios para realizarlo. Los tres personajes principales del partido de Agis, eran Agesilao, su tio materno, orador hábil; Lisandro, descendiente del vencedor de Atenas, y dotado de cualidades semejantes á los de su antepasado; y en fin, Mandróclidas, espartano célebre por su destreza. Entre ellos convinieron en deshacerse lo primero de Leónidas. Agis habia procurado que Lisandro fuese admitido entre los eforos de aquel año. En este concepto restableció Lisan-

dro una antigua ley que prohibia á los heráclidas casarse con extranjeras, y aun consideraba como un crímen de muerte el que residiesen fuera de Laconia, como habia hecho Leónidas; y fundándose en este doble motivo, le mandó deponer y reemplazar con su yerno Cleombroto.

Al año siguiente perdió Agis el eforado que se llenó de enemigos suyos, los cuales acusaron á Lisandro de haber tomado medidas ilegales. Agis se resolvió á obrar revolucionariamente; echó en cara á los eforos que se excedian mucho de sus primitivas atribuciones, reducidas á intervenir cuando los reyes no estaban de acuerdo, los destituyó y puso otros en su lugar, entre los cuales se hallaba Agesilao. Se dieron armas á los jóvenes y libertad á los presos, y Agis se encontró dueño absoluto, sin haber vertido una gota de sangre. Aquel era el momento de realizar las reformas. Desgraciadamente entre los tres consejeros de Agis habia uno que trabajaba por su cuenta. Agesilao tenia muchas tierras, pero tambien tenia muchas deudas. Deseaba librarse de estas, pero queria conservar aquellas: dióse buena maña para que Agis comenzase por la abolicion de las deudas, y en efecto se prendió fuego en medio de la plaza pública á todos los títulos de crédito, en presencia de todo el pueblo. Agesilao en medio de su gozo exclamaba que nunca habia visto llama mas pura y hermosa. Despues, cuando se trató de la reparticion de las tierras, encontró pretextos para aplazarla. Así siguieron las cosas hasta 238 en que los etolios pidieron socorro á los espartanos. Agis marchó hácia el istmo.... ¡funesta partida la suya! Mientras que en todos los países por donde pasaba admiraban su sencillez, su valor y la disciplina de sus soldados, Agesilao desacreditaba el partido con sus desórdenes y su escandalosa tiranía. La muchedumbre pobre que fundaba todas sus esperanzas en las reformas, creyó que Agis la habia engañado; los partidarios de Leónidas recobraron su preponderancia, y cuando volvió aquél solo pudo ser testigo de una revolucion que restablecia á su rival en el trono. Refugióse en un templo con Cleombroto; este fué salvado por su mujer, hija de Leónidas; pero inducido Agis traidoramente á que saliera del santuario, y llevado ante un tribunal excepcional, se hizo condenar á muerte por no haber querido negar su generosa tentativa. Redujéronle á pri-

sion, donde fué ahorcado, y el mismo suplicio sufrieron su madre y su abuela sobre su cadáver.

A este rasgo de crueldad inaudita siguió un período de terror, durante el cual, por primera vez hubo un solo rey en Esparta, que fué Leónidas. Del seno mismo de su familia le salió un enemigo. Parecia que el alma de Agis habia entrado en su casa con Agiatis, mujer de aquel desgraciado rey, á quien Leónidas no habia destruido por consideracion á su gran fortuna y con la que casó á su hijo Cleomenes. Éste era jóven, de corazon ardiente y se encontraba en esa época de la vida en que todo se desea con ansia: el mal, si á él nos arrastra nuestra índole; el bien, si una mano querida ó respetada nos lo muestra. Escuchaba con mucha atencion lo que Agiatis le referia de los proyectos y virtudes de su primer esposo; enardecíase con sus palabras y se llenaba de indignacion al saber cómo y porqué habia muerto aquel mártir, y que el triunfo de su padre habia sido la señal de la tiranía oligárquica, de la corrupcion y afeminacion de los grandes, de su desprecio á las instituciones antiguas, y de su olvido de la virtud y el patriotismo. Un filósofo estóico, Esferos de Olbia, discípulo de Cleanto, el último de los grandes hombres de Atenas (1), se habia establecido entonces en Esparta, donde parece que con las nuevas costumbres habia penetrado la filosofía. Cleomenes asistió á sus lecciones, y sin duda adquirió en la austera enseñanza de la escuela del deber, nuevo pábulo para las ideas que en su mente acariciaba, y acaso tambien ese afan por el bien, esa violencia de virtud, si así puede decirse, y ese olvido de las condiciones reales del hombre y de la sociedad, que caracterizan la noble escuela de Zenon. El estoicismo comprende mal el hombre; Cleomenes comprendió mal su época, y su impaciente afan por el bien le condujo quizás al crímen (2). Ocupando el trono en 236, Cleomenes se propuso llevar adelante los proyectos de Agis; pero comprendió que una reforma tan radical, tan opuesta á intereses poderosos, solo seria posible el dia que estuviese apoyada por un ejército. Y para tener un ejér-

(1) Si no nació, vivió á lo menos en Atenas. Véase sobre este filósofo-poeta la *Historia de la literatura griega*, de Mr. Pierron, p. 363.

(2) No me refiero al asesinato de los eforos ni me acuerdo de ello; pero sí al de Archidamos, pretendiente al trono, de que le acusa Polibio, l. V, cap. XXXVII.

cito, necesitaba una guerra, triunfos militares, gloria. Agis habia deseado reformar el Estado para rehacer el ejército y el poderío de Esparta; Cleomenes siguió el mismo camino, emprendiéndolo por el extremo opuesto. Su proyecto era rehacer el imperio, para corregir despues la constitucion. Si hubiese comparacion posible entre Esparta y Roma, y entre un héroe fingido y un grande hombre, diríamos que Agis hizo como los Gracos y pereció como ellos, mientras que Cleomenes trató de hacer lo que tan bien le habia salido á Julio César, y le faltó poco tambien para obtener un buen resultado.

Pero la gloria que necesitaba Cleomenes solo podia proporcionársela una tentativa para devolver á Esparta su antigua supremacía, y esa tentativa le conducia inevitablemente á una lucha contra la liga aquea ¡alternativa funesta! porque esta rivalidad iba á destruir la última esperanza de la Grecia.

Guerra entre Esparta y los aqueos; intervencion de Macedonia (227-221).

Los etolios precipitaron ese rompimiento. Tranquilizados ya con respecto á Macedonia, por los desórdenes que habian ocurrido despues de la muerte de Demetrio, les inspiró envidia el espectáculo de los rápidos progresos de los aqueos. Tres ciudades de Arcadia, Tegea, Orcomena y Mantinea, asociadas anteriormente á su confederacion, se separaron de ella para unirse á Esparta. Los etolios en vez de ofenderse por aquella defeccion, la confirmaron. En ella veian motivo para un conflicto inevitable entre Esparta y los aqueos; Esparta tenia por otra parte algunos resentimientos, de que se podia sacar partido. Megalópolis, la fortaleza armada por Epaminondas contra la Laconia, habia sido admitida en la liga, y ya hemos visto que Lidiades habia introducido en ella sentimientos hostiles á Lacedemonia. Por mas que Arato hubiese impedido que esos sentimientos se manifestasen con violencia, Esparta podia creerse amenazada; y por otra parte se creyó, se fingió creer que Arato meditaba acometer por sorpresa á Tegea ú Orcomena. Para conjurar ese supuesto peligro, Cleomenes fué á reconstruir en el territorio megalopolitano un fuerte que dominaba una de las entradas de la Laconia.

La asamblea de los aqueos rompió inmediatamente con Esparta y Etolia. «Pareciéles, dice Polibio, que no debian fiar mas que á sus propias fuerzas la defensa de su territorio y sus ciudades, sin implorar auxilio de nadie.» Aristomacos, que era entonces estratega, entró en campaña con veinte y un mil hombres, y acometió la Arcadia espartana que fué á defender el rey, enviado por los eforos, con cinco mil soldados (227). Cleomenes se portó como general enérgico y hábil. Puso en vergonzosa derrota á los aqueos, y al año siguiente venció junto al monte Liceo al mismo Arato, que huyó, á Lidiades, cerca de Megalópolis que perdió la vida. Habia procurado llevarse consigo á los espartanos que le eran mas hostiles, y despues de fatigarlos á propósito con prolijas marchas, les concedió el descanso que pedian á grandes voces. Entonces les dejó como para acometer otra empresa, y con sus mercenarios se dirigió á Esparta, donde sorprendió y pasó á cuchillo á los eforos. Uno de estos á quien creian muerto pudo refugiarse en un santuario, pero fué desterrado con otros ochenta partidarios de la oligarquía. En seguida puso todos los bienes en comun, empezando por los suyos, los de su suegro y los de sus amigos. Completó el número de los ciudadanos, llamando á los habitantes de los países vecinos con los que formó un cuerpo de cinco mil infantes, armados de largas picas que se manejaban con ambas manos, en lugar de javelinas. Repartió entre ellos todas las tierras, y hasta reservó porciones para los desterrados, á quienes prometió llamar cuando las circunstancias lo permitiesen, aunando la justicia y la humanidad á la extrema energía de sus actos. Volvió á poner en vigor, conforme á las leyes de Licurgo, la disciplina, la educacion, las comidas públicas, los ejercicios y otros usos, dando él mismo el ejemplo. Así se restableció el poder real en sus derechos primitivos usurpados por los eforos, y para conformarse fielmente á la antigua constitucion, dió un segundo rey á Esparta; solo que en vez de elegir á un Próclida, colocó en el trono á su hermano Euclides. Tambien sustituyó el senado con magistrados que se llamaban *patrónomos* (225).

Se suele presentar á Cleomenes como un ambicioso, y lo fué ciertamente; pero tuvo esa ambicion elevada que aspira al poder, no por las riquezas ó los placeres que da, sino por las gran-

des cosas que permite llevar á cabo. Ante todo Cleomenes queria regenerar el Estado. Bajo el punto de vista de las ideas de Esparta, esta era la mejor y mas hermosa empresa que se podia llevar á cabo. Lo malo es que ese punto de vista no era bastante dilatado. Esparta, divorciada desde hacia tiempo de los asuntos generales de Grecia, no comprendió que en adelante el interés griego debia sobreponerse al interés lacedemonio, para el mayor bien de todos. Otros eran los tiempos, y otra era la organizacion que se necesitaba: era un deber hacerse aqueo. Con la Macedonia siempre suspendida sobre la cabeza de Grecia; entre el Asia que pertenecia á los seléucidas y la Italia reunida bajo el poder de los romanos, no habia mas salvacion que la alianza para los griegos degenerados. Tres eran las potencias que aspiraban á ser núcleo de la union: la Etolia que á nada conducia ni podia fundar nada; Esparta, que lo que queria era tener súbditos; y la liga Aquea, que solo pedia conciudadanos. La liga era la que mejores condiciones presentaba para la solucion del problema. Aun cuando por el momento no fuese la mas fuerte, ¿debia consentir en irse á perder en el nuevo Estado espartano? Así lo creen algunos, olvidando el carácter con que comenzaba á distinguirse Esparta: el de una ciudad revolucionaria, donde se habian desencadenado y satisfecho todas las pasiones del pobre contra el rico, ejemplo contagioso, que se comunicaba á las ciudades vecinas. En todo el Peloponeso los pobres esperaban de Cleomenes la abolicion de las deudas y una reparticion de tierras, es decir, la desorganizacion social. Arato y los aqueos, poseidos de miedo, se echaron en brazos de Macedonia, y la pidieron que les ayudase á apagar aquel volcan que amenazaba con estragos á todo cuanto lo rodeaba. No hubo celos de Arato contra Cleomenes; lo que hubo fué el terror natural en una sociedad tranquila al ver una revolucion radical que en Esparta era necesaria, y por lo tanto legítima (1); pero que no lo era en ciudades constituidas conforme á otros principios.

Cleomenes deseaba mostrar cuanto antes la fuerza que acababa de recobrar Esparta; entró en Arcadia, separó á Mantinea de la liga, derrotó á los aqueos en Hecatombeon, en la misma Aca-

(1) Entiéndase que no comprendo en esa legitimidad los medios violentos, tales como la muerte de los éforos.

ya (224), y al año siguiente se apoderó de Argos y de toda la Argólida. En Corinto y Sicion los pobres se agitaron; Arato corrió á dichas ciudades: en la primera ordenó muchas ejecuciones, en la segunda estuvo en gran peligro su vida. Corinto se entregó á Cleomenes que bloqueó en seguida la ciudadela. Arato llamó á Antígono. El rey de Macedonia fué declarado generalísimo de los ejércitos de mar y tierra de la liga, con poder absoluto; y aun solo aceptó este cargo á condicion de que se le daria por salario la ciudadela de Corinto, imitando en esto al cazador de Esopo que embridó el caballo antes de montarlo.

Al acercarse Antígono, se apostó Cleomenes en el istmo. Para cerrar el paso á los macedonios, mandó abrir un foso entre el Acrocorinto y el mar; pero los grandes, á quienes no habia desterrado, sublevaron á Argos. La pérdida de esta ciudad le obligó á dejar sus posiciones, y Antígono, hallando el paso libre, entró en Corinto, donde puso una guarnicion y penetró en la Arcadia, en la que se apoderó de Tegea, Orcomena y Mantinea; despues de lo cual se retiró á Egina á pasar el invierno. Cleomenes, sin considerar la estacion, volvió inmediatamente á entrar en campaña; saqueó á Megalópolis, y amenazó á sus enemigos, inclusos los que se hallaban en Argos. Sin embargo, para sostener aquella formidable lucha habia tenido qué echar mano de los últimos recursos. Emancipaba á los ilotas y procuraba obtener el auxilio de Ptolomeo, que despues del acuerdo que se habia establecido entre Antígono y los aqueos favorecia á Esparta; y hasta le daba en rehenes su familia por un auxilio que al fin no obtuvo ó fué insignificante.

Cleomenes habia logrado reunir unos veinte mil hombres para la campaña decisiva que iba á abrirse. Antígono reunió unos veinte y ocho mil infantes y mil doscientos caballos. Además de la falange de diez mil macedonios, tenia aliados y mercenarios de todos los países, aqueos, megalopolitanos, beocios, epirotas, acarnanios, ilirios, agrianos, galos. Este ejército se dirigió hácia los montes Eva y Olimpo, al nereste de la Laconia, á orillas del rio Oenos. Allí se encontraba entre las dos montañas un camino que conducia por Selasia á Esparta. Cleomenes habia hecho fortificar todos los pasos con fosos y árboles cortados; pero previendo que los enemigos llegarian por aquella

parte, se habia apostado allí con su ejército. Euclides, su hermano, se situó sobre el Eva, y él mismo cubrió las pendientes del Olimpo. Sus posiciones eran formidables; Antígono vaciló algunos dias en atacar, pero por fin se decidió. La accion fué larga y sangrienta; por ambas partes los generales eran hábiles y los soldados estaban llenos de valor. Dos movimientos fueron decisivos en favor de los macedonios. Las tropas enviadas contra Euclides eran rechazadas en desórden, cuando una carga ejecutada por el jóven Filopemenes, á pesar de la órden de sus jefes, rompió á los lacedemonios. En el monte Olimpo, Cleomenes resistia á todos los asaltos; pero Antígono dobló su falanje, que avanzó con las picas bajas, y arrolló cuanto encontró delante. Tal es el relato de Polibio. Plutarco habla de traicion de un oficial espartano. Un gran número de soldados de Cleomenes se hicieron matar en aquel último y glorioso campo de batalla de la vieja Lacedemonia. Cuando todo estuvo perdido, el rey emprendió la fuga; llegó á Esparta acompañado solo de algunos ginetes; no quiso sentarse ni apagar su sed. Con el brazo apoyado en una columna, permaneció algun tiempo inmóvil y perdido en sus tristes reflexiones. Pero muy pronto recobró la energía, partió con sus amigos, llegó rápidamente á Gitio, y desde allí se dirigió á Egipto en un buque preparado de antemano.

Tolomeo Evergetes sufrió al principio el ascendiente de aquella fuerte naturaleza. Prometió socorros al espartano, y le señaló una pension anual para él y sus amigos. Pero á Evergetes sucedió su hijo Filopator, príncipe miserable, bebedor, disoluto, que dejó el gobierno á las mujeres. Mientras tanto en Grecia todo cambiaba de aspecto; despues de entrar en Lacedemonia, donde se habia apresurado á restablecer los eforos, y á resucitar todos los abusos y todas las causas de debilidad y de ruina, Antígono se habia dirigido á Macedonia, para rechazar un ataque de los ilirios. Habia quedado vencedor de aquellos bárbaros, pero habia muerto de una hemorragia; los gritos que habia dado en el combate habian hecho romperse una vena en su garganta. Dejaba el trono á su sobrino Filipo III, de edad de diez y siete años. El campo está pues libre; Cleomenes pensó en volver á su patria con sus compañeros de destierro. Habia conservado las costumbres austeras de Esparta en medio de la corrupcion de Egipto.

Esta conducta, acusacion viva para el príncipe y sus cortesanos, le habia hecho odioso; costó poco persuadir al suspicaz Filopator de que el desterrado queria hacer una tentativa sobre Cirene. Se le encerró con trece de sus amigos en una gran casa aislada, donde se le guardó como los turcos han guardado á Carlos XII en Bender. Cleomenes, que tiene mas de una analogía con este rey aventurero, hizo como él; no pudiendo sufrir la cautividad, engañó á sus guardias, y salió armado con sus amigos. Se esparcieron por Alejandría, dando el grito de *¡libertad!* Aquel pueblo embrutecido aplaudió y no se movió. En vano los espartanos mataron al gobernador de la ciudad y á otro cortesano: fueron envueltos y se dieron la muerte para no ser cogidos vivos. El cuerpo de Cleomenes fué desollado y puesto en cruz. Posteriormente se tributaron á aquellos restos honores expiatorios, y los alejandrinos le veneraron como á un héroe.

Así pereció el último de los espartanos, arrastrando á su sepulcro á su patria y á la Grecia. En efecto, Esparta estaba bien muerta esta vez, la liga aquea estaba moribunda, los macedonios se establecian en el corazon mismo del Peloponeso, lo cual debia facilitar á los romanos un pretexto para intervenir y expulsarlos. ¿Sobre quién debe recaer la culpa de estas tristes consecuencias? sobre Cleomenes que, en vez de marchar adelante, retrocedió seis siglos. Quiso realizar el ideal de Licurgo, cuando hubiera sido preciso arrancar á Esparta de su oligarquía opresiva, de su aislamiento culpable, de su egoismo inveterado, para lanzarla en las vias liberales, donde podia entrar, sin perder nada de su gran nombre. Haciéndose admitir en la liga aquea, Esparta arrastraba á ella al resto de la Península, y el Peloponeso, quizá la Grecia central, fraternalmente unidos, se habrian convertido en una fortaleza inexpugnable. Pero ni Esparta, ni Cleomenes consintieron en ir á perderse en aquella asociacion, donde todos tenian derechos iguales. La liga amenazada se defendió; y todo volvió á caer en el caos.

CAPÍTULO XXIV.

Desde la batalla de Selasia hasta la proclamacion de la libertad griega (221-196).

GUERRA DE LAS DOS LIGAS (220-217); MUERTE DE ARATO (213).—PRIMERA GUERRA DE FILIPO CON LOS ROMANOS (214-205).—SEGUNDA GUERRA DE LOS ROMANOS CONTRA FILIPO (200-197).—PROCLAMACION DE LA LIBERTAD GRIEGA (196).

Guerra de las dos ligas (220-217); muerte de Arato (213).

El gran fruto del período que estudiaremos en este capítulo, es la intervencion definitiva de los romanos. Ya los hemos presentado apareciendo en la Iliria. Pronto van á entrar en Grecia, y en veinte y cinco años serán dueños de ella, sin tener allí un soldado. Antes sin embargo la Grecia se consumirá en luchas intestinas, como si se hubiera propuesto absolutamente no tener ya sangre en las venas, cuando vengan sus robustos enemigos. Está nacion enervada caerá de debilidad en las codiciosas manos de la Macedonia, que en Grecia se creen fuertes y que no lo son.

Despues de la batalla de Selasia, estalló una guerra llamada *de las dos ligas*, en que los etolios y los aqueos pelearon cuerpo á cuerpo. Esparta ya no era nada; Macedonia se habia replegado sobre sí misma, y no parecia temible con un príncipe de diez y siete años. Parecia llegado para las dos ligas el momento de arreglar sus diferencias una con otra. Se miraban con ojos hostiles y desconfiados á través de su estrecho. Los turbulentos etolios, sobre todo, ardian en deseos de venir á las manos. Lo que mas impacientaba á aquellos incorregibles saqueadores, era que despues de la batalla de Selasia, por una especie de convenio tácito, reinó una paz general en Grecia; en todas partes se soltaron las armas; esto no les venia bien.

Habian enviado á Figalea, en el Peloponeso, junto á la frontera de Mesenia, á un jóven de carácter vivo y codicioso llamado Dorimaco; segun decian iba simplemente á guardar la ciudad y el país; su verdadera mision era vigilar el Peloponeso. Algunos

piratas etolios rondaban las costas de Mesenia, y no dejaban de hacer desembarcos, y cojer botin á viva fuerza. Los eforos de Mesenia se quejaron á Dorimaco, que hizo como que no oia; los piratas le daban parte. Repitiéronse los pillajes, y tras de ellos vinieron nuevas y mas vivas reclamaciones. Dorimaco fué obligado á comparecer en Mesenia ante los magistrados; presentóse profiriendo injurias y amenazas. Se le respondió con firmeza, y se retiró confuso. El despecho no le concedió reposo hasta que arrastró á los etolios á declarar la guerra á los mesenios. Rompieron con estos fieles aliados solo por el cebo del botin: Dorimaco les habia hecho observar que la Mesenia, al abrigo de los males de las últimas guerras, estaba llena de riquezas y que habia allí mucho que cojer.

Dorimaco y su partidario Scopas, dice Polibio, habiendo declarado la guerra irregularmente, sin esperar la asamblea, sin consultar á los magistrados, entraron en campaña y atravesaron á saco el territorio aqueo de Patras, Fares y Tritea. Estas ciudades y los mesenios presentaron sus quejas á la asamblea general. Arato hizo declarar la guerra, y vino á presentar á los etolios, cerca de Megalópolis, la batalla de Cafies, perdida por culpa suya: los vencedores penetraron en Acaya hasta Pelene, y asolaron las tierras de Sicion, retirándose por el istmo.

El triunfo no hizo mas que aumentar su confianza; extendieron sus latrocinios, y cuando se les reconvenia, ni siquiera se defendian. Se burlaban de los que les pedian cuenta de lo que habian hecho, ó de lo que trataban de hacer. Ariston, su estratega, estaba descansando en su casa, aparentando no saber nada, y repitiendo que no habia guerra, que se estaba en plena paz. Los aqueos, desde la intervencion de Antígono, habian desgraciadamente aprendido á contar con los demás, mejor que consigo mismos. Frente á un nuevo peligro, clamaron otra vez: «La Macedonia.» Enviaron embajadas á Filipo, á los epirotas, á los beocios, á los focios, á los acarnanios. Levantaron tropas á las cuales añadieron sus contingentes los mesenios y los lacedemonios, y dieron el mando á Arato, á quien habian devuelto la confianza, despues de acojerle bastante friamente al volver de Cafies.

Los lacedemonios jugaban entonces un doble juego; mientras

enviaban tropas á los aqueos, firmaban un tratado secreto con los etolios y preparaban en Esparta un movimiento. Estalló cuando entraba Filipo en el Peloponeso; muchos partidarios de la Macedonia fueron asesinados. Los eforos, aterrorizados al acercarse el rey, no se atrevieron á desenmascararse del todo, y fingieron una hipócrita adhesion. Filipo prefirió no aclarar este negocio, y vino á Corinto, donde habia convocado una asamblea de los miembros y aliados de la liga aquea. En aquel congreso, el jóven rey tomó respecto de los griegos una actitud que parecia una reminiscencia de Filipo ó de Alejandro. Haciéndose simple ejecutor de las voluntades de la liga, dejó al consejo decretar que se devolverian á todos los que habian sido despojados por los etolios, su gobierno, su país, sus ciudades, sin guarnicion, sin impuestos, sin mas leyes que las de sus padres; que se volverian á poner en vigor las leyes de los anfictiones, y que se les devolveria el templo de que los etolios habian querido apoderarse. Este decreto fué ratificado en la asamblea de Egion, donde Filipo pronunció un discurso que fué muy bien acogido. Se concibieron, dice Polibio, grandes esperanzas acerca de su dulzura y humanidad. Esta conducta era debida á la influencia de Arato, muy poderosa en aquella época, sobre el jóven rey.

Filipo preparó activamente la guerra. Los tesálos, los focios, los beocios, los acarnanios, los eubeos, los mesenios, y todos los miembros de la liga le prometieron auxilio. Obtuvo el de los ilirios que los etolios habian arrastrado poco antes á una empresa de pillaje, sin asociarlos despues á la reparticion del botin. Los etolios tenian de su parte á los eleos, los ambraciotas y los espartanos, que llevaron á cabo, en aquella época, la revolucion tanto tiempo meditada. Exterminaron á todos los jefes de la faccion macedónica y nombraron dos reyes. Los partidarios de la independencia habian dejado hasta entonces los tronos vacantes porque habian conservado la esperanza de ver volver á Cleomenes. La noticia de su muerte les decidió á dividir el poder real entre Agesipolis, jóven de la familia de los Euristenidas, y Licurgo entre cuyos antepasados no habia rey alguno, y que en calidad de sucesor de Hércules y de rey de Esparta no costó mas que tantos talentos como habia éforos (Polibio).»

«A principios del verano (220), cuando el jóven Arato tomó el

mando, hubo guerra por toda la tierra. Anibal marchaba contra Sagunto; los romanos al mando de L. Emilio, fueron enviados á Iliria contra Demetrio de Faros; Antíoco pensaba en la conquista de la Celesiria; Tolomeo hacia preparativos contra Antíoco. Licurgo seguia las huellas de Cleomenes y sitiaba el Ateneo de los megalopolitanos; los aqueos reunian caballería é infantería extranjera para la guerra que los amenazaba por todos lados; Filipo partia de la Macedonia á la cabeza de diez mil macedonios pesadamente armados, y de cinco mil hombres de tropas ligeras; en fin, al mismo tiempo, los rodios entraban tambien en hostilidades con Bizancio (Polibio).»

Filipo hizo con ventajas una guerra que presenta poco interés. A pesar de las invasiones de los dardanios que le llamaron á su reino, á pesar de las traiciones de sus ministros Apelas, Leoncio, Tolomeo, Megaleas, que conspiraron contra su vida, porque no pudieron destruir el crédito de Arato, se apoderó de Ambracia, en las fronteras del Epiro, de Thermos, capital de la Etolia, y de Tebas en Ftiotide, ciudad tesaliana de donde salian los etolios para devastar toda la provincia y disputar la dominacion á los macedonios; en el Peloponeso, ocupó una parte de la Elida, asoló la Laconia y derrotó dos veces á Licurgo.

Hallábase en Argos y asistia en aquella ciudad á la celebracion de los juegos nemeos, cuando «un correo, que venia de Macedonia, le participó que los romanos habian perdido una gran batalla, la de Trasimene, y que Anibal era dueño del país llano. El rey no enseñó aquella carta mas que á Demetrio de Faros y le prohibió hablar de ella. Este aprovechó la ocasion para hacerle presente que debia cuanto antes dejar la guerra de Etolia para atacar á los ilirios, y pasar en seguida á Italia: que la Grecia, ya sometida, continuaria obedeciéndole; que los aqueos se habian unido por sí mismos y de buen grado á sus intereses; que los etolios, espantados con la guerra presente, no dejarian de imitarlos; que si queria hacerse dueño del mundo, noble ambicion que á nadie convenia mejor que á él, era necesario empezar por pasar á Italia y conquistarla; que despues de la derrota de los romanos, habia llegado el tiempo de ejecutar tan buen proyecto, y que no habia que titubear.—Un rey jóven, afortunado en sus hazañas, atrevido, emprendedor, y además de esto, nacido de una

familia que se habia lisonjeado siempre de llegar un dia al poder universal, no podia menos de entusiasmarse con semejante discurso (Polibio).»

Causan admiracion estas quiméricas esperanzas del débil heredero de Alejandro, cuando se ve al mundo en la víspera del dia en que el imperio universal iba á fundarse en provecho de una potencia nueva. Filipo no sabia que en el libro de los destinos estaban designados los romanos como herederos de Alejandro, y con el ambicioso proyecto de cojer esta herencia, concedió la paz que necesitaban de él sus enemigos vencidos. Si hubiera visto sanamente las cosas, hubiera obrado lo mismo, pero con otro pensamiento: con el pensamiento de defender la independencia de la Grecia amenazada pronto de los mayores peligros. Sin embargo, en la asamblea de Naupacta, donde se ajustó la paz, á condicion de que cada cual conservara sus actuales posesiones, se alzó una voz para señalar el peligro: «Que la Grecia se una, decia Agelao de Naupacta; que la Grecia dirija su atencion al occidente; que considere esos ejércitos inmensos que se disputan los campos de batalla de la Italia; esta lucha acabará muy pronto: Roma ó Cartago quedará victoriosa; cualesquiera que sean los vencedores, vendran á buscarnos á nuestros hogares. Estad atentos, oh griegos, y tu sobre todo, oh rey Filipo! Cesen las discordias y trabajemos todos á una para conjurar el peligro!» Se escuchó al orador; pero sus palabras pasaron; la ambicion, la envidia, el odio permanecieron en todos los pechos. La Etolia y Esparta no perdonaban á la liga aquea el haber acudido á los extranjeros, ni á Filipo en la intervencion y sus triunfos. El mismo Filipo olvidó los sábios consejos de Agelao, de respetar la libertad de los griegos y hacerse lealmente su defensor. Sus ministros, y particularmente Demetrio de Faros, le aconsejaban esclavizar á los etolios y al Peloponeso, apoderarse de Itoma, á fin de que, poseyendo ya á Corinto, «tuviera al buey por los cuernos.» Arato pudo disuadir al rey de esta última empresa que hubiera irritado á los mesenios. Pero ya este prudente político, objeto de los mas groseros ultrajes de los cortesanos, iba perdiendo de dia en dia su influencia. Filipo, halagado por el poder, maestro peligroso, se abandonaba á todos las excesos. Hizo al jóven Arato un sangriento ultraje, y llevó la vergüenza á su casa. El mismo Arato

pareció tan importuno, que Filipo, si ha de darse crédito á una tradicion afortunadamente poco cierta, trató de deshacerse de él. No atreviéndose, dicen, á herir abiertamente á aquel anciano respetado, encargó á uno de sus oficiales que le diera un veneno lento. Arato conoció que estaba envenenado, pero como no le hubiera servido de nada el quejarse, sufrió con paciencia su mal, como si fuera una enfermedad ordinaria. Solo un dia que uno de sus amigos se admiraba de verle escupir sangre: «Mi querido Cefalon, le dijo, este es el fruto de la amistad de los reyes.» Murió en Egion, siendo estratega por la décimaséptima vez (213).

Primera guerra de Filipo con los romanos (214—205).

Antes de morir habia visto la lucha empeñada ya entre Filipo y Roma. Poco tiempo despues de la paz ajustada con los etolios, Filipo habia hecho equipar cien bajeles en el Adriático, para expulsar á los romanos del continente griego. La batalla de Canas (216) aumentó sus esperanzas. Envió á Anibal diputados que concluyesen un tratado de alianza. Se comprometia á facilitar doscientas naves y asolar las costas de Italia. Despues de la victoria, Roma, la Italia y los despojos pertenecerian á Anibal y á los cartagineses; estos debian entonces pasar á Grecia, hacer la guerra á favor de Filipo á los reyes que él designara, y someterle las ciudades del continente y las islas vecinas de la Macedonia. Filipo ejecutó mal este tratado imprudente, que le imponia todas las obligaciones del presente en cambio de un porvenir incierto. No equipó los doscientos bajeles prometidos, dejó á los romanos tiempo de armar una escuadra de ciento veinte galeras, superior á la suya, y al año siguiente, sitiando á Apolonia, se dejó sorprender y vencer en la embocadura del Aus, por el pretor Levino que le obligó á quemar su escuadra (214).

Despues de cerrar á la Macedonia el camino del Adriático, Levino se ocupó en suscitarle contratiempos en la misma Grecia. Los etolios aceptaron la alianza del senado, que les prometió no reservar para Roma mas que los despojos, y dejarles todas las ciudades con la Acarnania y la mitad del Epiro. Los eleos siguieron, como siempre, el partido de los etolios. Los mesenios y Pleurates, rey de Iliria, aceptaron la proteccion que se les ofrecia. Esparta en fin, por odio contra la liga aquea, y Atenas, en-

vidiosa tambien de estas pequeñas ciudades, que hacian entonces mas ruido que ella en el mundo, se pasaron al lado del extranjero (211).

Desde este momento hasta el tratado de 205, nada grande ofrece la Grecia. Ya no se vé en ella ni aun la energía de la guerra de las dos ligas. Se advierte ya que la sombra de Roma empieza á extenderse sobre aquella comarca. Sus armas vienen á debilitar á Filipo, y su política á dividir la Grecia. Mientras interviene de una manera mas decisiva, cada cual guerrea contra todos sin resultado. Filipo obtiene algunos triunfos contra los etolios. Pero Atalo, rey de Pérgamo, le quita varias ciudades. En el Peloponeso, Esparta, entregada al tirano Macanidas, hace á los aqueos una guerra de pillaje. La liga que no habia vivido mas que la edad de un hombre, es ya vieja. El lujo y la molicie se han introducido en ella El ejército está desorganizado, el servicio militar descuidado, aun de los caballeros. Un hombre, el megalopolitano Filopemenes, buen ciudadano y capitan hábil, logra sin embargo devolver algun ardor á aquella asociacion de donde la vida se retiraba, desde que no sabia ya defenderse; porque la proteccion del extranjero es como la sombra de aquellos árboles que mata todo lo que cobija. Filopemenes reanima el espíritu militar, reforma el armamento y la ordenanza de los soldados, y organiza una pequeña falanje á imitacion de la macedónica. Esta reforma le da, cerca de Mesine, la victoria sobre Macanidas, á quien mata por su propia mano. Para qué? en seguida se aleja, y va á hacer la guerra á Creta, dejando á los acontecimientos seguir por sí mismos y sin direccion en su patria.

Despues de estas guerras lánguidas se hizo la paz el año 205. Filipo firmó primero un convenio separado con los etolios, y despues trató con los romanos: el país de los partenios y otros varios cantones de la Iliria fueron añadidos á la Iliria romana.

Los romanos no veian en aquella paz mas que una suspension de armas. Querian desembarazarse de todo negocio hasta terminar su gran contienda con Cartago. Filipo no comprendió que esta era una dilacion que se le concedia. En lugar de preparar sus fuerzas, las disipó en una guerra inútil contra Attalo y Rodas. Sitió en vano á Pérgamo, y fué derrotado en el mar por los rodios. Pero se apoderó en las costas de Tracia, de varias plazas,

y en la Misia, de seis ciudades marítimas, entre ellas Abidos. Cubrirse con la Tracia contra un aliado de Roma, peligrosamente colocado para la Macedonia, estaba bien; ir á hacer conquistas en el Asia menor, era inútil é imprudente. No convenia extenderse, haciéndose por lo mismo mas vulnerable, sino concentrarse. Y despues ¿á qué provocar á Roma con el débil socorro de cuatro mil hombres enviado á Anibal fugitivo de Italia?—Era demasiado tarde para tratar de salvar á Cartago.

Segunda guerra de los romanos contra Filipo (200—197).

Los griegos aliados de Roma revelaron en el senado este envio de socorros á los cartagineses; al mismo tiempo los etolios y los atenienses acusaban á Filipo de haber devastado su territorio; el rey Attalo y los rodios le echaban en cara sus tentativas sobre el Asia. Filipo tenia indudablemente ambicion y poco afecto á Roma. Debia haberse conocido mucho tiempo antes; pero no habia convenido al senado darse por entendido hasta despues de la batalla de Zama.

Se declaró la guerra á Filipo, á fin, se dijo al pueblo, de no esperarle en Italia, como á Pirro y Anibal. Apenas se respiraba de la guerra de Africa y de una lucha sangrienta de diez y seis años. Aquel pueblo infatigable se rindió, sin embargo, á pesar de su deseo de descanso, á las especiosas razones del cónsul Sulpicio. Tenia el grande y raro valor de no descansar mientras quedaba algo que hacer.

La Grecia no era un adversario para Roma; toda energía moral y toda fuerza material la habian abandonado. Ni costumbres, ni religion, ni patriotismo, nada, en una palabra, de lo que hace á una nacion fuerte contra el extranjero. La última chispa se habia refugiado en el corazon de Filopemenes. Pero los antiguos focos de tantos sentimientos grandes y de tantas virtudes se habian apagado. Atenas no era mas que una ciudad rastrera; Esparta se agitaba todavía, pero como siempre, sin ideas, y á la sazon sin dignidad; Tebas habia caido en el último grado de abyeccion; Argos parecia embrutecida; Corinto sepultada en la corrupcion. La Acaya y la Etolia eran las únicas que respiraban todavía, pero ya débilmente por la libertad.

Ya no existia el genio! La inmensa Asia se habia vengado

agotando á la pequeña nacion victoriosa. Las cortes de los Tolomeos y de los Seléucidas atrajeron á los artistas, los poetas y los hombres de estado como los hombres de ciencia. El poeta romano decia:-*In Tiberim defluit Orontes;* con la Grecia sucedia lo contrario: á ella es á quien una especie de corriente regular arrastraba y lanzaba al Asia.

Ño tenia fuerzas! Polibio asegura que la Grecia estaba despoblada. Desde Selasia, en que ya habia tantas tropas mercenarias, no se veian ejércitos considerables: los habia de dos mil hòmbres, de cinco mil, los mas fuertes llegaban á diez mil. La marina era nula. Aténas tenia tres buques sin puentes; la liga aquea comprendia, Corinto, Sicion y la Argolida: tenia seis. Filopemenes estuvo á punto de ver zozobrar bajo sus piés á su navío almirante que hacia ochenta años se estaba pudriendo en el puerto de Egion. Ningun estado tenia bastante fuerza para atemorizar á los piratas que pululában.

Aquella Grecia moribunda no supo siquiera conceder una dócil obediencia á los jefes de la resistencia nacional. La Macedonia aunque sin duda muy escasa de hombres por tantas guerras como habia tenido en siglo y medio, y obligada tambien á recurrir á los mercenarios, tenia sin embargo una fuerza verdadera, y podia formarse en sus montañas un baluarte difícil de franquear. Desde allí, como desde una fortaleza, hubiera podido proteger á la Grecia. Pero varios pueblos griegos llamaban á los romanos al corazon mismo del país; los otros rehusaban á Filipo el mando de sus fuerzas militares, por temor de que abusara. En otras partes, ó mas bien en todas, la venalidad era la que servia á Roma; el senado compraba las conciencias: Charops en Epiro, Dicearcos y Antipilos en Beocia, Aristenes y cinco demiurgos en la misma Acaya, se vendieron de esta manera.

El senado solo envió dos legiones al mando del cónsul Sulpicio. Tal era el aprecio que hacian del valor y fuerzas de ios nuevos adversarios. Sulpicio desde la primera campaña (200) penetró en Macedonia, mientras su escuadra asolaba las costas. Al año siguiente, Filipo tomó la ofensiva, gracias á la incapacidad del cónsul Vilio, que pasó en la inaccion su tiempo de mando. Ocupó, en las orillas del Aus, una posicion inexpugnable que cubria la Tesalia y el Epiro. Solo Flaminio fué el que consiguió

en 198 desalojarle dando vuelta al campamento real por un sendero que le descubrió un pastor. Filipo se retiró atravesando la Tesalia que entregó al pillaje, y á donde le siguió Flaminio, haciendo admirar en todas partes la disciplina de sus tropas.

Todos los pueblos del noroeste de la Grecia, etolios, atamanos, ilirios, dardanios, se habian arrojado desde la primera campaña, sobre la Macedonia y la Tesalia como á una presa que Roma les ofrecia. En el invierno la liga aquea abandonó á la Macedonia, por efecto de las hábiles intrigas de Flaminio. Nabis, sucesor de Macanidas, era su enemigo declarado; Tebas fué la última que permaneció fiel. Flaminio que sabia tambien unir la piel de la zorra á la del leon, se apoderó de ella por una astucia desleal. Desde entonces, hallándose de parte de Roma la Grecia central y el Peloponeso, pudo atacar de frente á Filipo, y le presentó en Tesalia la batalla de Cinoscéfalos. Las ondulaciones del terreno, el choque de los elefantes, la presion desigual de los legionarios rompieron la masa de la falanje; y los macedonios vencidos perdieron ocho mil hombres muertos y cinco mil prisioneros.

Para reunir los veinte y cinco mil soldados que fueron vencidos en Cinoscéfalos, Filipo habia tenido que armar hasta los jóvenes de diez y seis años. Con esto queda dicho que habia agotado sus últimos recursos. Aceptó las condiciones de Flaminio, que le prohibió tener mas de quinientos soldados y mas de cinco buques de trasporte. Consintió en pagar en el acto quinientos talentos, y un tributo anual de cincuenta. Se le prohibió emprender guerra alguna sin el consentimiento del senado. Tuvo que dejar libres á los tesalos y aun á los orestinos, cuyo país era una parte abierta sobre la Macedonia, por la parte de la Iliria romana. Esta paz desarmaba á Filipo en el momento mismo en que Antivio, á instigacion de Anibal, preparaba sus fuerzas. «Flaminio, dice Plutarco, colocando muy oportunamente la paz entre estas dos guerras, terminando la una antes de empezar la otra, destruyó de un solo golpe la última esperanza de Filipo y la primera de Antioco »

Proclamacion de la libertad griega (196).

¿Pero qué iba á hacer de la Grecia el senado? Los griegos se habian manifestado aliados mas bien que enemigos. El esclavi-

zarlos hubiera sido burlarse demasiado abiertamente de la buena fe. Los diez comisarios enviados por el senado eran de opinion de declarar la Grecia libre exceptuando á Corinto, Calcis y Demetriada, donde se colocarían guarniciones romanas. Esta era una contradiccion: los griegos hubieran comprendido muy bien que esta libertad era ilusoria, bajo la vigilancia de tres plazas fuertes que se llamaban los grillos de la Grecia. La opinion pública, tan movible, tan libre en aquel país célebre por su talento, era temible. Ya los etolios, mas osados que los demás, la agitaban con sus discursos y sus canciones. Se alababan de que habian hecho ganar por medio de su caballería la batalla de Cinoscéfalos; acusaban á los romanos de desconocer sus servicios; y se burlaban de los griegos que se creian libres porque les habian puesto al cuello el hierro que llevaban en los piés. Flaminio comprendió que el mejor medio de destruir todas estas acusaciones y de vencer de antemano á Antíoco, quitando todo pretexto y todo apoyo á su expedicion, era dar plenamente á la Grecia una libertad que no podia ser para Roma un motivo de alarmas.

En medio de la solemnidad de los juegos istmicos, un heraldo se adelantó y leyó el decreto siguiente: «El senado de Roma y T. Quintio, general de los romanos, revestido del poder consular, despues de vencer al rey Filipo y á los macedonios, declaran libres de toda guarnicion y de todo impuesto á los corintios, los locrios, los focios, los eubeos, los aqueos, los tesalos, los ftiotas, los magnetas, los perrebios, y les dejan la facultad de vivir segun sus leyes.» Los griegos no podian dar crédito á sus oidos é hicieron repetir el decreto. Entonces hubo trasportes inauditos y gritos de alegría que retumbaron hasta el mar. Se olvidaron los juegos, se rodeó á Flaminio, llamándole el bienhechor y el salvador de Grecia.

Así, aquel pueblo que ya no sabia hacer grandes cosas por la libertad, sabia todavía amarla apasionadamente, y recompensaba cándidamente su sombra engañosa. Cuando Flaminio se embarcó, los aqueos le llevaron mil doscientos prisioneros romanos de las guerras de Anibal que habian sido vendidos en Grecia, y que acababan de rescatar con su dinero. Solo los griegos sabian agradecer así!

Pronto, sin embargo, se extendió una nube sobre aquella ale-

gría. Flaminio habia emancipado las ciudades que aun no lo estaban; habia marchado con los aqueos contra el tirano mas cruel y mas poderoso de la Grecia, contra Nabis, y he aquí que de repente se detiene, trata con el tirano, y le deja subsistir, quitándole solamente la Argolida, Gition y las ciudades marítimas (195). Por este hecho se revelaba en efecto toda la política de Roma; Nabis estaba colocado frente á frente de la liga etolia; ambos se contrarrestaban mútuamente y mantenia en la Helada la division y la debilidad. Roma no tenia verdaderamente necesidad de legiones para guardar aquel país que entregaba á la anarquía, bajo el nombre de libertad.

CAPÍTULO XXV.

Desde la proclamacion de la libertad griega hasta la reduccion de la Grecia á provincia romana (196—146).

RUINA DE LOS ETOLIOS (189).—MUERTE DE FILOPEMENES (183).—CAIDA DE LA MACEDONIA (168).—LA MACEDONIA Y LA GRECIA REDUCIDAS Á PROVINCIAS ROMANAS (148—146).

Ruina de los etolios (189).

Llegamos en fin al último acto de esta historia; acabamos de dejar á la Grecia soñando que estaba libre y rejuvenecida. En efecto se habia reanimado un momento en su loca alegría; hallándose moribunda festejaba la vida, y creia en el porvenir. Por otra parte, ya lo hemos dicho, habia algo en Etolia; algo en la liga aquea. Pero al presente abrimos la tumba á donde van á bajar estas últimas esperanzas. Roma, la implacable ciudad de la espada, va á arrojar la máscara de falsa dulzura que habia tomado con Flaminio, este romano de Atenas, y á presentarse en toda su rudeza bajo la figura del feroz é ignorante Mumio.

Tenemos que referir tres peripecias, las tres caidas sucesivas de la Etolia, de la Macedonia y de la liga aquea.

Cuando Flaminio hubo retirado sus legiones, los etolios dejaron estallar su descontento. Se habia proclamado la libertad de toda ciudad: nada les importaba. Habian creido heredar la Macedonia y no se les daba ni la Tesalia que codiciaban, ni la

Acarnania, ni Leucade, ni las demás ciudades que el tratado de alianza les habia prometido, sino dos pobres países, la Lócrida y la Fócida. Toas, el personaje mas influyente entre ellos, fué enviado cerca del rey Antíoco, cuyos proyectos de guerra eran bien conocidos, y le invitó á establecer el teatro de ella en Grecia los etolios, decia el diputado, le darian por aliados todos los pueblos. Despues volvió, trayendo un enviado de Antíoco, que hizo las mas brillantes promesas: las fuerzas del Asia, los elefantes de la India, y oro en abundancia para comprar á los mismos romanos. Flaminio hizo primero una advertencia á los etolios por medio de unos atenienses, que comprometieron al Panetolicon á continuar en la alianza romana. Su consejo no agradó; Flaminio fué en persona, y no adelantó mas. Toas y su fraccion hicieron decretar, en presencia del mismo general romano, la guerra contra Roma. Y como pidiera una copia del decreto; «Pronto, le dijo el estratega Damocrito con loca insolencia, pronto os daré la respuesta desde mi campamento á orillas del Tiber.»

Por lo demás, los etolios no se contentaron con palabras. Empezaron la guerra con su viveza habitual, y verificaron un triple ataque sobre Calcis, Demetriada y Esparta. Perdieron delante de Calcis, pero tomaron á Demetriada. Llamados á Esparta por Nabis, se presentaron como aliados, despues dieron muerte al tirano, invadieron su palacio, cogieron sus tesoros, y saquearon la ciudad. Los lacedemonios indignados se armaron contra aquellos bandidos, mataron á unos y expulsaron á otros. Filopemenes aprovechó hábilmente esta coyuntura, corrió á Esparta con un ejército, y la hizo entrar en la liga. «Los lacedemonios en reconocimiento le enviaron ciento veinte talentos que habia producido la venta de los bienes de Nabis. Les aconsejó guardar su dinero para comprar el silencio de las personas, que con sus palabras y consejos introducian las turbulencias y la confusion en la ciudad.»

Quedaba Antíoco, la esperanza de los etolios; por fin llegó; pero aquel fué para unos y otros el momento de reconocer sus mútuas fanfarronadas, y su mútua debilidad. Todos aquellos aliados prometidos por los etolios á Antíoco se redujeron á los magnetas, á los atamanios, y á algunos habitantes de la Helida y la Beocia. El, por su parte, en lugar de millones de hombres,

traia diez mil. Uniéndose estrechamente con el rey de Macedonia, segun el consejo de Anibal, podia propagar en Grecia un incendio difícil de apagar; léjos de esto, ofendió á Filipo con actos inconvenientes, y habló de sus derechos al trono de Macedonia; si bien es verdad que Filipo pidió á los romanos permiso para combatirle. Era preciso llevar la guerra con actividad, y los romanos no estaban preparados; se dió por satisfecho con la fácil conquista de la Tesalia y de la Eubea, y casi sexagenario, se puso á celebrar sus bodas con una jóven. Llegaron las legiones; Antíoco esperaba detenerlas en las Termópilas, y en efecto resistió al cónsul Acilio en el desfiladero; pero Caton le dió vuelta por el sendero de Efialto que dos mil etolios no pudieron defender, y el rey de Siria vencido huyó á Elatea, á Calcis y por último á Efeso (191). L. Scipion fué á buscarle allí, y por medio de la victoria de Magnesia, le arrojó al otro lado del Tauro (190). Despues habiendo Manlio Vulso, por medio de sus victorias sobre los galatas, roto la última resistencia del Asia Menor, esta comarca perteneció á Roma, bajo el servil reinado de Eumenes.

Al principio se habia concedido una tregua á los etolios, á fin de detener los progresos rápidos que Filipo hacia sobre ellos. Despues de desembarazarse de Antíoco, se volvió á emprender contra ellos la guerra con actividad. Vencidos los etolios enviaron al cónsul diputados pidiendo la paz: consentian en *someterse á la fe romana*. Estos eran los términos que exigia el senado. Pero cuando el cónsul Manio Acilio les hubo explicado lo que esto queria decir, entregar á Roma á los que habian fomentado la guerra, clamaron y dijeron que aquello era tirano á la costumbre de los griegos. «Entonces Manio, alzando el tono, no tanto por cólera como por hacer comprender á los diputados el estado á que se hallaban reducidos los etolios é inspirarles un terror extremado, les dijo: Bien os sienta en verdad, pobres griegos, alegarme vuestros usos, y advertirme lo que debo hacer, despues de haberos abandonado á mi fe. Sabeis que depende de mí cargaros de cadenas?—Y en el acto las hizo traer, así como un collar de hierro que mandó ponerles al cuello. Feneas y los demás diputados se atemorizaron tanto que sus rodillas se doblaban. Lucio y algunos otros tribunos que estaban presentes, suplicaron á Manio que respetara el carácter de embajadores de que estaban reves-

tidos aquellos griegos, y no los tratara con rigor. El cónsul se calmó y dejó hablar á Feneas (Polibio).»

Los etolios se esforzaban en vano: fué forzoso pasar por las condiciones que el senado imponia. Tuvieron que reconocer la supremacía de Roma, tener los mismos amigos y enemigos, entregar sus armas y sus caballos, pagar una contribucion de mil talentos, y por fin entregar á los romanos, como garantía, cuarenta rehenes designados por el senado.

Hé aquí un nombre mas borrado de la historia.

Muerte de Filopemenes (183).

Este rudo golpe descargado cerca de ellos era una advertencia para los aqueos, descubiertos en adelante por todas partes. Su papel se hacia difícil; en la asamblea se proponian diferentes sistemas de conducta. «No es posible, les decia Aristeno, que continueis amigos de los romanos, presentándoles á un tiempo el caduceo y la lanza. Si somos bastante fuertes, marchemos contra ellos, sino obedezcamos. Dos objetos hay en todo, lo bueno y lo útil. Si no se puede alcanzar el uno, á lo menos recójase el otro. O probemos que somos bastante fuertes para no obedecer; ó si obedecemos, que sea de buena gana y con solicitud.» Por lo que toca á Filopemenes, si lo que exigian los romanos estaba conforme con las leyes y los tratados de alianza, lo ejecutaba en el acto y sin murmurar. Pero cuando sus pretensiones pasaban estos límites, queria que en primer lugar se les hicieran comprender las razones que habia para no prestarse á ello, y en seguida que se les suplicara se ciñeran á los tratados; si permaneciesen inflexibles, que se tomara á los dioses por testigos de la infraccion y se obedeciera. «¿Es conveniente unirnos con todas nuestras fuerzas á los dominadores, decia, y sufrir sin oposicion las órdenes mas duras, ó bien resistirnos cuanto podamos y retardar nuestra esclavitud? Yo sé que llegará tiempo en que los griegos tendrán que obedecer, pero ¿debemos acelerar ó retardar la llegada de este tiempo? Creo que debemos retardarla. ¿Tienes pues, decia un dia á Aristenos, tienes pues mucha prisa por ver el último dia de la Grecia?» Aquellos dos políticos, dice Polibio, eran prudentes. Pero al lado de aquellos dos partidos que solo separaba una diferencia ligera, habia ya un tercero que

pronto oiremos expresarse por boca de Calícrates; este era el de los traidores vendidos al senado romano.

Encerrarse en el Peloponeso, vivir allí tan libres como fuera posible, evitar cuanto se pudiera introducir allí á los romanos, tal era el objeto de Filopemenes. Durante la guerra de Antíoco, sucedió que Esparta, siempre mal dispuesta para la liga, trató de separarse de ella. El pretor aqueo Diófanes marchó contra ella y llamó á su socorro á Flaminio. «Desgraciado! le dijo Filopemenes, guárdate de llamar á los romanos entre nosotros.» Y como Diófanes no hiciera caso de sus reconvenciones, se encerró en Esparta y la defendió contra los mismos aqueos. Otra vez el senado pidió á los aqueos que hicieran volver á los desterrados á Esparta. Filopemenes se opuso, no porque fuera contrario á la causa de los desterrados, sino á fin de que no tuvieran esta obligacion para con los romanos.

Si la elevacion de los sentimientos de Filopemenes pudiera ser dudosa, hubiera podido atribuirse esta conducta á un efecto del odio del megalopolitano á Esparta. Pudiera atribuirse tambien á un motivo semejante una modificacion muy grave que introdujo en la constitucion de la liga; quiero hablar de la ley, en virtud de la cual la asamblea, en lugar de reunirse exclusivamente en Egion, podia ser convocada por turno y sucesivamente en todas las ciudades de la liga. Filopemenes queria con esta medida dar satisfaccion á aquellas ciudades, algunas de las cuales como Esparta, no estaban todavía acostumbradas á la idea de reconocer por su capital y su centro una pequeña ciudad perdida al extremo del Peloponeso, sin antecedentes, sin gloria en el pasado. Esta medida era excelente, y quizá si Arato la hubiese tomado, si hubiera realizado la unidad del Peloponeso.

Es cierto que la liga, gracias á Filopemenes, recobró bastante poder y brillo para recibir embajadores de los reyes de Oriente: de Seleuco Filopator, de Eumenes, de Tolomeo Epifanes. Se aceptó la alianza de estos reyes, pero no sus presentes. Eumenes, pérfido aliado, habia enviado ciento veinte talentos para colocarlos á interés, y producir una renta anual á los individuos del consejo aqueo. Apolonidas de Sicion recordó que la ley prohibia á los aqueos recibir presentes de los reyes.

Roma habia mirado con malos ojos la energía desplegada por

Filopemenes. Algunos lacedemonios habian venido á quejarse de la revolucion violentamente operada entre ellos; el senado envió embajadores para intervenir. Apio Claudio se presentó en plena asamblea ponaquea, acompañado de dos denunciadores espartanos que aquella asamblea acababa de condenar á muerte. Licortas, padre de Polibio y entonces estratega, recordó aquella libertad proclamada en los juegos ístmicos por Flaminio, y se atrevió á decir, con aplauso de todos, que si Roma en Italia heria con el hacha á los senadores de Campania, la liga aquea podia, en el Peloponeso, hacer uso del mismo derecho contra los traidores. Apio respondió que aconsejaba encarecidamente á los aqueos trataran de tener al senado favorable, mientras fueran aun dueños de sus acciones, si no querian verse muy pronto obligados á obrar contra su voluntad.

En Mesena, Filopemenes habia protegido al partido democrático favorable á la liga. Cuando la oligarquía vió la buena acogida que hizo el senado á los denunciadores espartanos, se apresuró á enviar á su jefe Dinocrates á Roma. Volvió acompañado de Flaminio que iba á pedir á Prusias la cabeza de Anibal. El romano se detuvo en Mesenia justamente lo que se necesitaba para producir allí una revolucion. Mesenia rompió con la liga y envió tropas para apoderarse de Coronis. Filopemenes, de setenta años de edad, y estratega por la octava vez, estaba muy enfermo de fiebre en Argos; al saber la noticia partió para Megalópolis y llegó el mismo dia, andando veinte leguas seguidas. Reune un cuerpo de caballería, marcha contra el enemigo, le rechaza, pero rodeado por fuerzas superiores, se ve obligado á retirarse y cubre él mismo la retirada de los suyos. Al pasar un desfiladero, retirándose los otros muy de prisa, quedó solo en medio de los enemigos; tropieza su caballo y le arroja violentamente á tierra, donde queda sin conocimiento. Los mesenios le cojen, y cuando vuelve en sí le cubren de ultrajes indignos. Le conducen á Mesenia cargado de cadenas como un criminal, y le encierran en una prision subterránea, sin aire y sin luz. Muchos mesenios se interesaban por él; Dinocrates se apresuró á hacerle morir. «Cuando llegó la noche, y vió que la multitud se habia retirado, hizo abrir la prision, y mandó al ejecutor que bajara á llevar un veneno á Filopemenes, con órden de no dejar al cautivo hasta que

lo hubiera tomado. Filopemenes se hallaba tendido sobre su capa. Cuando vió la luz y aquel hombre delante de él con una copa en la mano, se levantó con trabajo, á causa de su debilidad, se sentó, tomó la copa, preguntando al ejecutor si sabia algo de sus compañeros, sobre todo de Licortas; el ejecutor le respondió que casi todos se habian salvado. Filopemenes le dió gracias con un movimiento de cabeza, y mirándole con dulzura: «Soy feliz, dijo, al saber que nuestra desgracia no ha sido completa (Plutarco).»

Al saber la noticia de su muerte, los aqueos consternados corrieron á las armas, conducidos por Licortas. Entraron en Mesenia á sangre y fuego, y Mesenia aterrada les abrió las puertas. Dinocrates se mató; muchos de sus partidarios le imitaron; los demás fueron entregados á los tormentos. «Se quemó el cuerpo de Filopemenes; y despues de recoger sus cenizas en una urna, se salió de Mesenia, sin confusion y en órden, mezclando con aquel convoy fúnebre una especie de pompa militar y triunfal. Los aqueos marchaban coronados de flores, pero deshaciéndose en lágrimas, seguíanles los prisioneros mesenios cargados de cadenas. Polibio, hijo de Licortas, rodeado de los principales aqueos, llevaba la urna que iba cubierta de tantas cintas y coronas que á penas se veia. Cerraban la marcha los jinetes cubiertos con sus armas, y montados en caballos ricamente enjaezados. No daban muestras de tristeza que correspondieran á tan gran duelo, ni señales de alegría proporcionadas á tan gran victoria.

«Los habitantes de las ciudades y villas que encontraban á su paso, salieron á ver los restos de aquel grande hombre, con la misma solicitud que acostumbraban manifestarle cuando volvia de sus expediciones; y despues de tocar la urna, acompañaron el convoy hasta Megalópolis. Aquel gran número de ancianos, mujeres y niños mezclados en la multitud, lanzaban gritos penetrantes que desde el ejército resonaban hasta la ciudad. Los habitantes respondian á aquellos gritos con sus gemidos, porque comprendian que con aquel grande hombre habian perdido su preeminencia entre los aqueos (Plutarco).»

Poco importaba aquella miserable preeminencia! La verdadera pérdida fué la que experimentó Grecia en su último hombre

grande, en el último sosten de su dignidad. «Como, segun opinion comun, las madres quieren mas á los hijos que han tenido en la edad madura, habiendo la Grecia engendrado á Filopemenes en su vejez, despues de todos los nombres grandes que habia producido, le amó con singular amor y le llamó el último de sus hijos (1). Despues de él alzaron la cabeza los hombres vendidos, y la fraccion habló en voz alta. Calícrates, enviado á Roma, dijo en pleno senado: «Padres conscriptos, vosotros mismos teneis la culpa, si los griegos no son dóciles á vuestra sórdenes. En todas las repúblicas hay dos partidos: uno que aconseja olvidar las leyes, los tratados y todas las demás consideraciones, cuando se trata de agradaros; otro que pretende que se deben seguir las leyes y los tratados. La opinion de estos últimos es mucho mas agradable al pueblo; así vuestros partidarios están despreciados y sin honor. Pero si el senado romano diera alguna señal de deseo en este punto, en el momento los jefes abrazarian su partido y el temor haria marchar á los demás.» El senado respondió «que seria de desear que en cada ciudad los magistrados se parecieran á Calícrates.» Este hombre, de regreso á su patria, con cartas del senado, fué elegido estratega (179). Desde aquel dia puede decirse que la liga fué entregada á sus enemigos atada de piés y manos. El senado la dejará algun tiempo todavía en este estado, mientras va á descargar el golpe decisivo sobre el renaciente poder de la Macedonia.

Caida de Macedonia (168).

Aquel mismo año (179), murió el rey Filipo, de sentimiento de haber hecho perecer á su hijo Demetrio. Sus últimos años habian sido ocupados por el pensamiento de vengarse de Roma. Cada dia se habia hecho leer el tratado humillante que le habian impuesto despues de la batalla de Cinoscéfalos, y preparaba secretamente la guerra. Perseo heredó su odio y sus proyectos (2). Puso al principio su corona á los piés del senado, como hacian entonces tantos reyes, y compró por medio de esta humillacion un descanso de siete años que empleó en reunir sus fuerzas; pero no debió contar mas que consigo. Ni el Oriente, ni el Occidente, ni la Gre-

(1) Plutarco, *Vida de Filopemenes*; y Rollin, *Historia Antigua*.

(2) Para la guerra de Perseo, véase mi *Historia de los Romanos*, cap. XVII.

cia se atrevieron á asociarse á su última lucha; por do quiera reinaba el terror y la cobardía. El senado cartaginés recibió sus diputados en secreto, de noche, temblando, y nada le envió. Se le prometieron socorros, despues de que venciera. Cotis, rey de los odriscos, fué el único que se atrevió á asociarse á su fortuna. Pudo obtener los servicios de los bastarnes y de Gentio rey de Iliria; pero habia que pagar muy caro un auxilio dudoso; su verdadera falta fué dejarse entretener con las negociaciones del senado. Por lo demás tuvo la gloria de poner en gran conmocion á la victoriosa Roma, y obligarla á hacer un esfuerzo heróico. Sus primeras operaciones, aunque tardiamente emprendidas y mal conducidas, fueron afortunadas (171 y 170). Cuatro años y cuatro generales fueron necesarios para vencerle. El último dia por fin manifestó un valor que injustamente se ha puesto en duda. Debe hacérsele sobre todo la justicia de haber cerrado la historia de la Macedonia con una bella derrota. La falanje hizo en Pidna su última hazaña. El viejo Paulo Emilio desgarró de dolor y de espanto su cota de armas al ver «aquella bestia monstruosa, erizada de picas, que derribaba cuanto encontraba delante;» y si se decidió que la legion triunfara sobre la falanje, y Roma sobre Macedonia, fué á lo menos con honor para los vencidos (168).

Perseo, conducido detrás del triunfador, fué arrojado á un calabozo, donde al año siguiente se dejó morir de hambre. Uno de sus hijos aprendió un oficio para vivir; posteriormente desempeñó el cargo de escribiente en la ciudad de Alba.

Gentio, su inútil aliado, tuvo la misma suerte.

La Macedonia y la Iliria fueron declaradas libres y divididas, la primera en cuatro y la segunda en tres distritos. Se descargó á los habitantes de la mitad de los tributos que habian pagado á los reyes, pero se quitó á aquellos toda vida nacional, prohibiendo á los habitantes de los distritos, bajo pena de muerte, comunicar entre sí, y desterrando á Italia á los principales personajes.

La Macedonia y la Grecia reducidas á provincias romanas (148—146).

Para recompensar al ejército que habia vencido á Perseo, se le

entregó el Epiro. Setenta ciudades fueron saqueadas,y ciento cincuenta mil habitantes reducidos á la esclavitud. En Etolia, los soldados romanos dieron muerte á todo el senado compuesto de quinientos cincuenta individuos. Los hombres de alguna importancia que habia aun en Macedonia y en Grecia fueron obligados á seguir á Paulo Emilio á Roma. Su policía establecida en todo el país, contra los partidarios secretos de Perseo, trabajó con tanto ardor, que el contingente de sospechosos, solo entre los aqueos, llegó á mil; Polibio era de este número. En vano se reclamó varias veces que se les formara causa ó se les pusiera en libertad, el senado los retuvo diez y siete años en Italia.

Mientras los mejores ciudadanos envejecian y morian en tierra extranjera, Calícrates, el amigo de Roma, continuaba al frente del gobierno de su país; allí hacia mucho mejor los negocios de los romanos que si el senado hubiera enviado en su lugar un procónsul. Cuando el senado permitió por último á los desterrados volver á su patria (151), solo quedaban trescientos. Algunos sin embargo, no tenian helado el resentimiento con la edad; Dieo, Critolao y Damacrito volvieron con el corazon ulcerado, y con su audacia imprudente precipitaron la ruina. Un aventurero llamado Andrisco, que se decia hijo natural de Perseo, acababa de sublevar la Macedonia, donde se habia hecho proclamar con el nombre de Filipo. El senado envió contra él un ejército que destrozó en 149; pero al año siguiente fué vencido por Quinto Cecilio Metelo. La Macedonia no quedó reducida sin embargo á provincia romana hasta seis años despues.

Metelo estaba allí cuando uno de los desterrados aqueos, de vuelta de Italia, Damocrito, fué elegido estratega. Durante su magistratura, la eterna contienda entre Esparta y la liga se renovó, gracias á las intrigas de Roma. Esparta quiso separarse otra vez de la alianza comun. Al punto se armaron los aqueos; pero llegaron diputados romanos trayendo un decreto que separaba de la liga á Esparta, Argos y Orcomena. Los aqueos, irritados de esta intervencion desleal, llenaron de ultrajes á los embajadores, y encontrando por fin algun valor en el exceso de su humillacion, aceptaron la guerra con la misma Roma. Calcis y los beocios se asociaron á su fortuna; y cuando Metelo bajó de la Macedonia con sus legiones, los confederados marcharon á su en-

cuentro hasta Esparta en la Lócrida (147). Este ejército fué destrozado; pero armando hasta los esclavos, Dieo reunió todavía hasta catorce mil hombres. Metelo quiso negociar; él rechazó todas las proposiciones, y situado en Leucopetra á la entrada del istmo de Corinto, esperó al nuevo cónsul Mumio. Los aqueos habian colocado en las alturas inmediatas á sus mujeres y á sus hijos para que los vieran vencer ó morir; murieron. Corinto fué tomada, saqueada, entregada á las llamas. Tebas y Calcis fueron arrasadas; las ligas aquea y beocia fueron disueltas; todas las ciudades desmanteladas, desarmadas y sometidas á un gobierno oligárquico, al cual el senado podia tener en dependencia mas fácilmente que á las asambleas populares. La Grecia en fin formó con el nombre de Acaya, una nueva provincia (146).

En cuanto á los autores de esta guerra, el uno, llamado Critolao, habia desaparecido en Escarfea; el otro, Dieo, se habia dado la muerte, que no habia podido encontrar en el campo de batalla. De Leucopetra, habia huido á Megalópolis, habia degollado á su mujer y á sus hijos, despues de lo cual pegó fuego á su casa y se envenenó. Aquellos hombres habian ocasionado muchos males á su patria; pero murieron por ella. El patriotismo y la abnegacion absuelven de la imprudencia; y mas vale que la Grecia acabara así en un campo de batalla, que en el sueño letárgico en que cayeron tantos pueblos al acercarse la dominacion romana. Los aqueos, únicos que habian quedado en pié, en medio de los pueblos griegos abatidos, debian este último sacrificio á la antigua gloria de la Helada (1).

(1) Me ocupo de la suerte de Grecia bajo la dominacion de Roma, en el tomo tercero de mi *Historia de los Romanos*.

CAPÍTULO XXVI.

Sumision de las colonias griegas á los romanos (1).

SICILIA; DIONISIO EL ANCIANO (405-368).—DIONISIO EL JÓVEN (368).—RODAS; CHIPRE; CRETA; CIRENE.

Sicilia; Dionisio el anciano (405—368).

El desastre con que terminó la expedicion de los atenienses á Sicilia habia puesto el sello á la gloria y al poder de Siracusa. Esta victoria tuvo otro efecto: como en Atenas, despues de Salamina, el pueblo quiso una constitucion mas democrática. Fué redactada por Diocles y es poco conocida. Solamente, el hecho de sustituir la designacion de los magistrados por la suerte, á la eleccion, mostró su carácter popular. Segun Diodoro, Diocles se ocupó mucho de las leyes civiles, y supo graduar muy hábilmente las penas segun los delitos. Solo su muerte bastaria para su honor eterno. A fin de alejar de las deliberaciones del pueblo toda posibilidad de violencia militar, habia prohibido bajo pena de muerte á los ciudadanos presentarse armados en la plaza pública. Un dia que volvia de una expedicion, oyó un motin en la plaza, y queriendo apaciguarlo, corrió allá sin acordarse de que estaba armado.

«Diocles, le gritaban sus enemigos, tú mismo violas la ley.—No, respondió, la confirmo;» y en el mismo instante se atravesó el pecho. Los siracusanos le elevaron un templo, y la mayor parte de las ciudades de Sicilia adoptaron sus leyes. Otros escritores atribuyen este hecho á Carondas.

El triunfo del partido popular fué completo en 407, cuando Harmócrates, jefe del partido opuesto, desterrado á causa del desastre de la escuadra siracusana en Cicico, pereció en una de las tentativas que hizo para volver á su patria. Pero bien pronto de

(1) La obra que se debe consultar especialmente respecto á Sicilia es la de Diodoro, que habiendo tenido á la vista no solo los libros de Eforo y Timeo, sino tambien el de Filistos, amigo de Dionisio el Tirano, tiene mas autoridad de la que suele en lo concerniente á esta época y asunto. Véase tambien Brunet de Presle, *Establecimientos de los griegos en Sicilia.*

la democracia iba á salir su habitual consecuencia, la tiranía, á favor de los peligros en que una nueva y horrible guerra lanzó á Siracusa.

La Sicilia era como un barco cargado igualmente á la popa y á la proa. En la costa oriental Siracusa gravitaba con todo su peso, y Cartago habia puesto el pié en la costa occidental. El comercio daba ya á estas dos ciudades intereses rivales; y cuando su dominacion se extendió por el interior de la isla, se encontraron y se chocaron. Los egetanos á quien el socorro de los atenienses habia aprovechado tan poco, temiendo las venganzas de Siracusa y de Selinonte, llamaron á los cartagineses y se entregaron á ellos. Anibal, nieto de aquel Hamilcar que habia sido vencido y muerto por Gelon en la gran batalla de Himera, vino, en nombre de Cartago, á tomar posesion de su ciudad, despues de ofrecer á los siracusanos, para quitarles todo pretexto de cólera, el arbitraje entre Egesta y Selinunte (410).

Al año siguiente el mismo Anibal desembarcó en el cabo de Libea con un ejército de cien mil hombres, y se dirigió contra Selinunte. La resistencia fué encarnizada, pero las máquinas sitiadoras derribaron las murallas, y una tropa de soldados iberos penetró en la plaza. Todo el mundo murió, hombres, mujeres, niños; la ciudad fué arrasada. La guerra tomó así desde su principio el carácter atroz que conservó hasta el fin. Despues de este golpe descargado en el sur, Anibal descargó otro en el norte á fin de hacer avanzar la dominacion de Cartago paralelamente en las dos orillas. Se presentó delante de Himera, y á pesar de la valiente defensa de los sitiados, la tomó. La mayor parte de los habitantes habia podido escapar antes del último asalto. Encontró sin embargo tres mil hombres que arrancó de las manos de sus soldados, pero fué para conducirlos al sitio en que su abuelo habia sido muerto, y degollarlos allí despues de horribles torturas. En la ciudad no dejó piedra sobre piedra; todavía se ven las ruinas.

Animada por estos triunfos, Cartago resolvió dar mayores proporciones á la lucha. Anibal é Himilcon, asociados en el mando, fueron autorizados para levantar mercenarios en España, en las Baleares; en la Libia, en los países aliados de Mauritania y de Numidia, entre los campanianos de Italia, por do quiera en fin donde se vendieran. Siracusa, por su parte, solicitó el socorro de los

griegos de Italia y del Peloponeso, y trató de reunir á todos los sicilianos en torno suyo.

La toma de Selinunte habia descubierto á Agrigento. Los cartagineses avanzaron esta vez con ciento veinte mil hombres hasta aquella ciudad. Era una de las poblaciones mas ricas, pero tambien una de las mas afeminadas del mundo: sus viñedos y olivares alimentaban un comercio considerable. Sus doscientos mil habitantes, sus monumentos, su templo de Júpiter, el mayor de toda la Sicilia; su lago artificial de siete estadios, y en que nadaban bandadas de cisnes; los trajes de oro y plata, el lujo inaudito de algunos de los principales ciudadanos, demostraban su riqueza. Pero en la antigüedad, la molicie sigue siempre de cerca á la fortuna; las costumbres militares, única defensa de aquellas ciudades constantemente amenazadas, se habian perdido. Habia sido necesario dar una órden para prohibir á los agrigentinos, mientras vigilaban á las puertas y en las murallas, tener mas de un colchon, un cobertor y dos almohadones. Agrigento hizo pues provision de mercenarios: el lacedemonio Dexippos, y los campanianos que habian servido á Cartago en la guerra anterior, pasaron á su servicio.

El sitio tuvo muchas vicisitudes. Anibal habia hecho demoler los sepulcros para procurarse materiales para construir un terrado. La peste que se declaró en el ejército y que tambien le causó la muerte, pareció una venganza de los dioses: Himilcon inmoló en sacrificio expiatorio un niño, y arrojó al mar varios animales como ofrenda á Neptuno. Un cuerpo de cuarenta mil iberos y panianos fué igualmente derrotado por el siracusano Dafneo. Los agrigentinos esperaban ya un buen término á aquella lucha, y cuando empezaban á sufrir escasez, llegaba un gran convoy de granos. Este convoy fué cogido; y al mismo tiempo, Himilcon, el nuevo general, sobornó á sus mercenarios. Entonces no pensaron mas que en huir, como habian hecho los himireos, y se refugiaron en Gela durante la noche. Su ciudad fué destruida y de tanta opulencia no quedaron mas que ruinas (406).

Este acontecimiento llenó de espanto á Siracusa. Se convocó una asamblea; nadie se atrevia á manifestar una opinion. Entonces apareció Dionisio, hombre de orígen oscuro, hijo de un arriero, segun dicen, y que habia sido escribano. Habia llamado

la atencion con muchos rasgos de valor, y se habia lanzado en el partido de Harmócrates, donde su resolucion y su audacia le habian dado pronto un grande ascendiente. En la asamblea se levantó para acusar á los generales de traicion. Sus palabras causaron tal emocion, que los magistrados le castigaron con una multa por haber alterado el órden. El rico Filisto su amigo, la pagó al punto, y declaró que si le imponian mas, las pagaria. Dionisio continuó, y el pueblo, procediendo inmediatamente á una nueva eleccion, le puso en el número de sus generales.

Entonces fué á sus cólegas á quienes acusó de venderse á *los* cartagineses. Enviado al socorro de Gela, encontró á los ricos en desacuerdo con el pueblo, los acusó en la asamblea, los hizo condenar y despojar de sus bienes, que distribuyó á sus soldados. Despues de hacerse así popular en el ejército volvió á Siracusa; el pueblo salia entonces del teatro. «Vuestros enemigos mas peligrosos, exclamó, no son los cartagineses: son los magistrados que os distraen con fiestas costosas, mientras el soldado carece de todo!» Y volviendo á la venalidad de sus cólegas: «No quiero, añade, el mando que me habeis confiado; porque es inútil ir á exponerse en frente del enemigo mientras otros venden la ciudad, y se corre además el peligro de pasar por cómplice de su traicion.» A estas palabras el pueblo se alborota, se reune, y Dionisio es nombrado general con pleno poder. Poco tiempo despues, imita la estratagema de Pisistrato, y se hace dar una guardia de seiscientos hombres que eleva á mil, elegidos entre los mas pobres y mas resueltos, á quienes cubre de trajes magníficos y embriaga de esperanzas. Esto pasaba en Leoncion, lugar de refugio de los desterrados: vuelve entonces á Siracusa, y se establece en la isla Ortigia donde estaban todos los arsenales y que dominaba al gran puerto; ciega la multitud se habia dado un tirano.

Mientras tanto Gela sitiada pedia socorro; esta era una nueva etapa de los cartagineses á lo largo de la costa meridional; insensiblemente avanzaban hácia Siracusa. Dionisio acude allí despues de haber tenido cuidado de deshacerse de Dafneos y de Demarcos, los dos jefes de la aristocracia. Habiendo perdido un combate renuncia á defender la ciudad, y la abandona á los cartagineses despues de retirar toda la poblacion; Camerina sucumbe á su vez. El enemigo solo dista 80 kilómetros de Siracusa, donde

las poblaciones fugitivas llevan el espanto y tambien la cólera contra Dionisio. Los caballeros le preceden en Siracusa, saquean su casa y dan muerte á su mujer á fuerza de malos tratamientos. Pero llega él con sus mercenarios, y se venga por medio de una matanza general de sus adversarios.

Por fortuna la peste habia diezmado el ejército de los cartagineses, que dan oidos á las proposiciones de paz. Se hizo un tratado que les confirmó la posesion del país de Selinunte, de Agrigento y de Himera. Los habitantes de Gela y de Camarina estaban autorizados para volver á sus ciudades desmanteladas pagando un tributo á Cartago. Dionisio era reconocido como tirano de Siracusa (405) (1).

Para afirmar su poder y aumentar el número de sus hechuras, hizo una nueva reparticion de tierras; las mejores fueron adjudicadas á sus amigos y á sus oficiales. Un gran número de lotes se repartieron entre los extranjeros que llamaba, y los esclavos emancipados, que elevó al rango de ciudadanos, con el nombre de neopolitas. Fortificó, en fin, la isla de Ortigia, que estaba unida á la ciudad por un muelle, pero que él separó con una muralla. Aquella fué su ciudadela; hizo salir de ella á todos los antiguos habitantes cuyos puestos ocuparon sus mercenarios. La precaucion era buena; aun cuando habia casi renovado la poblacion de Siracusa, el pueblo, sublevado por sus exacciones, le hubiera expulsado si no se hubiese refugiado en su fuerte. Aun temia ser cojido allí, y discutia con sus amigos, su muerte ó su fuga. «Es preciso vencer ó morir aquí, dijo uno de ellos; tu manto real debe ser tu sudario.» Entabló fingidas negociaciones con los sitiadores; le permitieron alejarse con cinco buques, y el sitio de Ortigia quedó como suspendido. Pero Dionisio no habia salido mas que con esta prevision y á buscar mil doscientos ginetes campanianos que habian dejado los cartagineses en sus nuevos dominios. Aquellos mercenarios cayeron de improviso sobre Siracusa, entregada á una completa seguridad. Una salida de la guarnicion de Ortigia acabó de dispersar á los sitiadores; siete mil de ellos huyeron á Etna. Dionisio quedó dueño de la ciudad; la alianza de Esparta fortificó su poder. Tuvo la prudencia de no

(1) Niebuhr, *Vortræge über alte Geschichte*, t. III, p. 212, cree que Dionisio estaba de acuerdo con los cartagineses, desde el principio del sitio de Gela.

mancharle esta vez con restos de venganza. Pero á los pocos dias, cuando todos los habitantes se hallaban en el campo haciendo la recoleccion, hizo visitar todas las casas y quitar todas las armas. Una segunda muralla hizo á la isla Ortigia inexpugnable; un gran número de mercenarios llamados de todas partes y nuevos buques construidos, aumentaron á la vez la fuerza de Siracusa contra sus enemigos, y la de Dionisio contra Siracusa. Minuciosas precauciones pusieron su vida al abrigo de los asesinos, pero no al abrigo del temor, de la sospecha, de los terrores.

Para tantos gastos se necesitaba oro; Dionisio le buscó en la guerra. Se apoderó de Etna, refugio de los desterrados siracusanos, puso de su parte á los habitantes de Enna en el centro de la isla, y compró á traidores Catania y Naxos, que destruyó despues de vender toda la poblacion. Dió las tierras de Naxos á los sículos de las inmediaciones, y las de Catania á sus mercenarios campanianos. Los leontinos espantados le abrieron sus puertas; les obligó á emigrar á Siracusa (400). Los habitantes de Regio se alarmaron al ver á Dionisio adelantarse tan cerca de su estrecho; hicieron pasar soldados á Mesina para atajarle. La discordía estalló entre aquella tropa é hizo fracasar la empresa, que tuvo por resultado atraer mas tarde las armas del tirano á la Grecia Magna.

Dionisio era un tirano pero un tirano activo. Su pensamiento dominante, despues del de su poder, fué el abatimiento de Cartago y el engrandecimiento de Siracusa; todo se dirigia á este objeto. Despues de asegurar su dominacion en la costa oriental, resolvió extenderla al oeste haciendo retroceder la invasion púnica, que en cuatro años, habia avanzado desde la extremidad de la isla hasta en frente del territorio siracusano. Pero para esta lucha decisiva, era preciso poner á Siracusa al abrigo de los azares de una batalla perdida. Aumentó la fuerza de las murallas y rodeó de un parapeto las alturas del Epipolo que dominaba toda la ciudad, á fin de que no se le pudiera cercar, como habia estado á punto de hacerlo la expedicion ateniense. A fin de ejecutar pronto esta obra, reunió sesenta mil trabajadores, tomados de la poblacion libre de los campos, y los repartió en el terreno. En cada estadio habia un arquitecto encargado de dirigir las obras. Seis mil yuntas de bueyes trasportaban los materiales.

Dionisio en persona vigilaba á los trabajadores, participaba de sus fatigas, y excitaba su emulacion con recompensas. El celo era tal, que en veinte dias se concluyó aquella muralla de treinta estadios de extension (55'50 kilom.) de piedras cuadradas, flanqueada de torres de una altura que la ponia al abrigo de los asaltos. Hizo en seguida fabricar una gran cantidad de armas y máquinas de guerra, entre las cuales habia una de especie nueva, la catapulta, que era á propósito para arrojar piedras y dardos. Para la marina, hizo venir maderas de construccion del Etna, reparó los buques antiguos y los construyó de un modelo mas fuerte que los que se habian usado hasta entonces. Atenas no usaba mas que triremos, porque toda la fuerza de sus galeras estaban en la rapidez de sus movimientos y en los golpes repetidos de su espolon para romper los barcos enemigos. Dionisio tuvo buques de cuatro y cinco bancos de remeros, mas pesados, pero mas sólidos; su escuadra contó mas de 300 buques de guerra. Hizo establecer ciento sesenta calas ó departamentos, cada uno de los cuales podia contener dos embarcaciones. Al mismo tiempo llamaba de todas partes mercenarios. Esparta, amiga de toda tiranía que se elevaba, le habia permitido alistar en el Peloponeso, en la misma Laconia, todos los que quiso (1).

Terminados sus preparativos, propuso Dionisio á la asamblea del pueblo declarar la guerra á Cartago, y á poco tiempo, con ochenta mil hombres, recobraba Gela, Camarina, Agrigento, Selinunte, Himera, é iba á atacar la principal fortaleza de los cartagineses, en la isla de Motya, en la punta occidental. Aquel fué un sitio memorable. Los cartagineses se defendieron con la obstinacion de la raza púnica. Las armas nuevas usadas por Dionisio vencieron por fin su valor. Pero llegó Himilcon con cien mil hombres y una gran escuadra. Recobró á Motya sin esfuerzo, y trasladando hábilmente la guerra á la costa oriental, destruyó á Mesina, y ganó un combate naval que le condujo hasta acerca del puerto de Siracusa. Desembarcó, plantó su tienda en el templo de Júpiter Olímpico, y fortificó su campo con las piedras de los sepulcros. Los griegos atribuyeron á estos sacrilegios la pes-

(1) Aun hoy dia se pueden ver los restos del fuerte levantado al Eurialos en la cumbre del Epipolo. Saverio Cavallari, *Zur Topographie von Syrakus*, p. 21 (Gœttingen, 1845).

te que devoró muy pronto el ejército cartaginés, y que introduciendo el terror en medio de él, hizo olvidar la disciplina y la vigilancia. Dionisio se aprovechó de ello para dirigir un doble ataque por tierra y por mar, durante una noche oscura. Parte de la escuadra enemiga fué incendiada, y los pocos soldados que los cartagineses pudieron armar, fueron derrotados y rechazados á su campo, donde les esperaba una muerte tan cierta como bajo la espada de los siracusanos. Himilcon pidió en secreto que se le permitiera huir con los ciudadanos cartagineses, y pagó por esta vergüenza trescientos talentos. Mientras huía el ejército vendido por su general era envuelto y cojido ó destruido (394).

En lugar de aprovechar la victoria que la peste le habia deparado y arrojar á los cartagineses de la isla entera, Dionisio, despues de dos años de hostilidades débiles, hizo la paz con ellos. Nó ganó mas que el territorio de los sículos con la plaza fuerte de Tauromenion. Entonces atacó á los griegos italiotas, cuya decadencia comenzaba á los golpes repetidos de las poblaciones indígenas del interior, los samnitas y los lucanios. Hácia el año de 397, antes de emprender la lucha contra los cartagineses, habia buscado aliados en aquellos países. Habia pedido á los habitantes de Regio el permiso de ir á su ciudad á elegir esposa. «Hay que enviarle, dijo un ciudadano en la asamblea pública, la hija del verdugo para que el matrimonio sea proporcionado.» Esta sangrienta alusion á las ejecuciones con que se habia manchado el tirano, permaneció grabada en su memoria, y Regio, que además era el lugar de refugio de los desterrados de Siracusa, fué atacada la primera. Sin embargo, no fué la primera destruida. Caulonia, Hiponion, Escilacion sucumbieron primero, y su territorio fué dado en recompensa á los locrios, que desde hacia mucho tiempo habian aceptado la alianza de Dionisio. Despues de once meses de sitio, Regio, que se habia defendido hasta el último extremo, tuvo que abrir sus puertas. Dionisio se mostró horriblemente cruel con Fiton, que habia dirigido la resistencia. Hizo matar á su hijo, y á él le hizo sufrir tales tormentos que hasta sus mercenarios murmuraron (387). Inútil es añadir que todos los habitantes fueron vendidos y la ciudad destruida. Crotona, la ciudad mas poderosa de la Magna Grecia, cayó tambien en su poder, y los desterrados siracusanos tuvieron que inter-

narse en el golfo Adriático para hallar un refugio fuera de sus alcances; se establecieron en el único puesto del litoral, en Ancona.

Mientras tanto Dionisio seguia adelante, sin plan determinado al parecer, y solo por añadir alguna ciudad á su imperio, ocupar á sus mercenarios y aumentar su nombradía; así su escuadra atravesó el mar Jónico y fundó en Iliria la ciudad de Lissos. Otra vez restableció en Epiro un príncipe desterrado; no era esto pura generosidad; por el Epiro se acercaba á Delfos, y á los tesoros del templo. Protegidos en los siglos anteriores por la piedad de los fieles, excitaban á la sazon la codicia de todos los poderosos. Dionisio hubiera querido poner la mano en ellos, y Jason ya lo pensó; los focidios lo hicieron. Por esta vez Esparta hizo abortar la empresa enviando por aquella parte un cuerpo de tropas. Dionisio se desquitó en otra parte; era entonces una época desgraciada para Italia. Roma habia sido tomada por los galos; Dionisio acudió á la presa; asoló las costas del Lacio y de la Etruria; solo del templo de Agila, se llevó valor de mil talentos. Al volver con un viento favorable de aquella expedicion sacrílega, decia á sus cortesanos: «Ved como los dioses protegen á los impíos.» En Siracusa habia ya robado á Júpiter su manto de oro maciso que sustituyó con un manto de lana, «porque el otro era demasiado frio para el invierno y demasiado pesado para el verano.» Esculapio perdió tambien su barba de oro, «porque no teniendo barba Apolo, no era conveniente que el hijo la llevára,» y Juno Lacinia su vestidura de tan maravilloso trabajo que los cartagineses la compraron en ciento veinte talentos.

En 383 Dionisio volvió á emprender la guerra contra Cartago; ganó contra Magon la gran victoria de Cabala, donde hizo prisioneros cinco mil enemigos y mató doble número, pero tuvo tales pérdidas en Kronion, que se vió obligado á reconocer á los cartagineses la posesion de toda la Sicilia occidental al otro lado del rio Halycos, y pagar una indemnizacion de mil talentos.

Nada mas sabemos, tocante á Dionisio, hasta el año 368 en que comenzó una tercera y última guerra contra Cartago; tomó á Selinunte, Eutela, Erix, pero su escuadra fué destruida en el puerto de Lilibea, y su muerte que sobrevino puso término á las

hostilidades. Unos dicen que fué envenenado por su hijo, otros que murió de indigestion de resultas de un banquete celebrado en honor de su triunfo dramático en Atenas. Dionisio, en efecto, buscó tambien esta gloria, como mas tarde Neron, y la buscó poco mas ó menos de la misma manera, es decir, á lo tirano. Envió á las canteras á Filoxeno por haber encontrado sus versos medianos. Platon, que fué á su corte, por los años de 389, fué castigado por su libre lenguaje y vendido como esclavo. Las salidas de Dionisio fueron desgraciadas en el estadio y en el teatro; sus carros se rompieron, y los atenienses silbaron sus comedias. A lo último obtuvo el triunfo que, segun dicen, ocasionó su muerte. Se atribuye este cambio en el gusto literario de los atenienses, á la importancia política que Dionisio habia adquirido en Grecia: mediador en 369 entre Esparta y Atenas, habia reconciliado á las dos ciudades que entonces trataban de unirse contra Tebas, y les habia enviado mercenarios galos.

Dionisio reinó treinta y ocho años; merecia el poder por su habilidad superior y por su actividad infatigable, pero le adquirió y le conservó por malos medios, y su usurpacion no tuvo ni aun la peligrosa excusa de hacer algun bien á su país. Su dominacion fué tan estéril como despiadada para Siracusa. ¿Y que fué para él mismo? Valiente en frente del enemigo, se hallaba en el interior asediado de contínuos terrores. No se atrevia á confiar su cabeza á un barbero, y se hacia quemar la barba por sus hijas con cáscaras de nuez encendidas. Llevaba siempre coraza debajo del vestido, y hacia registrar á todas las personas admitidas á su presencia, hasta á su hermano á quien desterró al fin, y á su hijo. Su habitacion estaba rodeada de un ancho foso, sobre el cual habia un puente levadizo, y cuando arengaba al pueblo era desde lo alto de una torre. Preguntaba un dia á Entifon cual era la mejor especie de bronce: «Aquella de que se han hecho las estatuas de Harmodio y Aristogiton,» respondió éste. Aquella respuesta le costó la vida; fué á reunirse con las diez mil víctimas del tirano (1). Queda sin embargo de Dionisio una imagen viva de sus terrores, la historia, si es verdadera, de una espada suspendida por un hilo sobre la cabeza de aquel Da-

(1) Plut., *de Fortuna Alex.*, p. 338 B.

mocles, imprudente cortesano, que habia ponderado la felicidad de los reyes, y obtenido una hora de reinado.

Dionisio el Jóven (368-343).

Dionisio tenia á lo menos costumbres austeras. Habiendo seducido su hijo á una mujer casada, le reprendió un dia severamente: «¿Cuándo me habeis visto, le dijo, hacer cosas semejantes?—Es que vos no erais hijo de rey, replicó el jóven.—Mucho temo, si continuais, replicó el padre, que vuestros hijos no lo sean tampoco.» La prediccion del padre debia realizarse. Dionisio el Jóven fué una mezcla de buenas intenciones impotentes y de pasiones desenfrenadas que le dominaron: naturaleza á un tiempo débil y violenta. Nadie representa mejor la lucha del vicio y la virtud en una misma alma. Arrastrado por sus compañeros de disolucion, entregado á orgías que duraban meses enteros, dejó, sin embargo, á dos hombres tomar sobre él ascendiente bastante para ser traido varias veces al camino del bien. El virtuoso Dion, hermano de una de las mujeres de Dionisio el Antiguo, extendió su benéfica influencia al principio del reinado de Dionisio el Jóven. Discípulo de Platon, inspiró al jóven tirano tal deseo de ver al maestro, que le llamó á su corte. Dos veces fué allí Platon (1), llamado por los buenos instintos del príncipe, á quien su palabra arrastraba y dominaba por algun tiempo; pero que, cansado muy pronto de su virtud, acababa por ceder á las seducciones del placer y á los consejos funestos de sus cortesanas. El mismo Dion perdió su ascendiente; Dionisio le obligó á huir al Peloponeso.

Algunos años se pasaron sin que Dion manifestara resentimiento, pero el tirano confiscó sus bienes, obligó á su mujer á tomar otro esposo y ultrajó á su hijo; entonces resolvió vengar sus injurias y libertar á su patria. Reunió mercenarios, embarcó ochocientos en dos buques, y fué á tomar tierra al puerto cartaginés de Minoa, en la costa meridional de Sicilia. Los desterrados, los descontentos acudieron en torno suyo; Agrigento, Gela, Camarina, Siracusa misma, de donde el tirano estaba au-

(1) Era tambien un tributo forzoso ó voluntario que se pagaba á la opinion pública, cuyos representantes y órganos eran entonces los filósofos, como lo fueron entre nosotros en el siglo XVIII.

sente entonces, le abrieron sus puertas (357). Solo la ciudadela fué conservada por los oficiales de Dionisio, que hicieron una larga y hábil resistencia. Preciso fué sin embargo ceder; Dionisio se retiró á Locres con sus tesoros. Pero habia sembrado tras de sí la discordia, excitando contra Dion al demagogo Heráclidas. Dion desagradaba al pueblo por su austeridad; quiso constituir en Siracusa una aristocracia que tuviera enfrenado al pueblo, y quizá una monarquía como la de Esparta. Expulsado por haberse opuesto á una ley agraria, llamado poco despues, murió en 353 asesinado por un aventurero ateniense, Calippo, que fué remplazado al año siguiente por Hipparino, hermano de Dionisio. Estas revoluciones confusas y miserables volvieron á abrir el camino á Dionisio, que entró de nuevo en la ciudad en 346. No fué por mucho tiempo; exasperado por la desgracia, mostró tal crueldad que los siracusanos invocaron á Hicetas, tirano de Leontion, el cual obligó á Dionisio á encerrarse en la ciudadela, é hizo entrar en el puerto buques de Cartago, contando sin embargo trabajar por cuenta propia.

Pero un nuevo libertador se armaba en la metrópoli de Siracusa, en Corinto. Timoleon fué designado por los corintios para aquella mision. Era un hombre virtuoso, enérgico, amante de la libertad, á la cual inmoló su propio hermano. Pasó á Sicilia con diez buques; en el estado en que se hallaba Siracusa, ocupada la ciudadela por el tirano, la ciudad y puerto por los enemigos, parecia cosa perdida. Afortunadamente, Dionisio, falto de recursos y de valor, no queria combates. Ofreció á Timoleon entregarle la ciudadela, á condicion de que se le trasportaria con sus tesoros á Corinto, donde vivió como simple particular (343). La sospecha entró en seguida entre Hicetas y los cartagineses; estos temiendo una traicion, en medio de aquella gran ciudad que tantas veces habian amenazado con la destruccion, volvieron á sus buques, é Hicetas abandonado tuvo que huir. El primer cuidado de Timoleon fué derribar el fuerte que la tiranía habia construido. En su lugar se levantaron pórticos y tribunales. Pero aquella ciudad emancipada necesitaba repoblarse, porque las revoluciones continuas de tantos años, habian hecho emigrar á una parte de los habitantes. Crecia la yerba en las calles desiertas de Siracusa, y los animales salvajes llegaban has-

ta las puertas de la ciudad, por los campos incultos. Timoleon escribió á Corinto para invitar á todos los griegos de Sicilia á volver á su patria y excitar á otros colonos á establecerse en ella. A consecuencia de esta proclamacion se reunieron diez mil griegos en el Peloponeso para ser trasportados á Siracusa; tambien llegaron una multitud de Italia. El número de emigrantes se hace subir á sesenta mil. Timoleon les hizo distribuir tierras; para restablecer la hacienda hizo vender, por cuenta del Estado, las casas abandonadas, dejando sin embargo á los antiguos propietarios, que se presentaran, la facultad de recobrar sus bienes. Tambien vendió un gran número de estátuas erigidas en diferentes épocas, despues de someterlas á una especie de juicio público; la estátua de Gelon fué la única que se conservó. Restableció el gobierno democrático puro, perfeccionó la legislacion civil, y estableció la magistratura anual de los *anfipoles* de Júpiter Olímpico, cuyo nombre debia servir para designar el año como en Atenas, el del arconte eponimo.

Despues de restablecer el órden en Siracusa, Timoleon trató de restablecerle en Sicilia. Hicetas fué reducido á vivir como simple particular en Leontion; Leptines, tirano de Apolonia, prefirió irse á reunir con Dionisio en Corinto. Las demás ciudades griegas y la mayor parte de los sículos entraron en su alianza.

Cartago se alarmó con aquel poder elevado por la sabiduría y el desinterés; setenta mil africanos desembarcaron en Lilibea. Con unos diez mil hombres solamente se atrevió Timoleon á salir al encuentro de aquel inmenso ejército. Dióse una batalla á orillas del Crimeso. Timoleon debió en parte el triunfo de su temeraria empresa á su valor y á la abnegacion de los suyos; pero tambien á una furiosa tempestad que desordenó el ejército enemigo, y que hinchando el rio, impidió el paso á una parte de los cartagineses. Mas de tres mil ciudadanos de Cartago fueron muertos, desastre casi sin ejemplo, para aquella ciudad acostumbrada á hacer la guerra con mercenarios (340). Así consintió en tratar.

Para obtener una paz mas segura, Timoleon no impuso condiciones muy onerosas. El límite del territorio de los dos pueblos se fijó en el rio Halycos. Pero los griegos establecidos en las

tierras de Cartago tuvieron permiso de emigrar á las de Siracusa; todas las ciudades griegas fueron declaradas libres, y Cartago le prohibió toda alianza con ningun tirano (338).

Timoleon volvió á emprender entonces su lucha contra los tiranos. Los de Catania y de Mesina, vencidos, fueron condenados á muerte, como ladrones públicos, por los pueblos que habian oprimido; otros fueron derribados. Los campanianos, antiguos mercenarios de Dionisio, habian hecho de Etna una guarida de bandidos, que infestaban todo el país circunvecino; los expulsó de allí.

Despues de haber, en menos de cuatro años, impuesto la paz á Cartago, restablecido el órden en Siracusa y la prosperidad en toda la Sicilia griega, Timoleon renunció sus poderes. Si los hubiera conservado, su nombre hubiera quedado confundido en la multitud de todos los jefes de Estado, legítimos ó usurpadores; su abdicacion le ha valido un lugar á parte, honroso y elevado. Pasó los últimos años de su vida en el retiro, respetado de todos los habitantes de la isla, que iban á consultarle sobre los tratados, las particiones de tierras y las leyes. Un dia le acusaron dos oradores de malversacion; el pueblo indignado se alzó contra ellos; Timoleon le detuvo: «No he arrastrado, dijo, tantos peligros, sino para que hasta el mas ínfimo de los ciudadanos se encuentre en estado de defender las leyes, y decir libremente su pensamiento.» Los siracusanos honraron hasta el último dia á su libertador, solicitando sus consejos y conduciendo á su presencia á los extranjeros que pasaban por su ciudad, como si no tuvieran ya nada que enseñarles, cuando les habian hecho ver una de las glorias mas raras de la Grecia, y en todas partes, el héroe de la probidad y del desinterés políticos. En los últimos años de su vida Timoleon se quedó ciego; los siracusanos continuaron consultándole en todos los negocios importantes. Entonces algunos diputados le llevaban un carro en que era conducido hasta en medio de la plaza pública; la deliberacion empezaba; Timoleon daba su parecer que la multitud atenta escuchaba con respeto y seguia siempre. Así murió lleno de gloria y de años, dejando á su patria adoptiva feliz, grande y libre, y una memoria sin mancha, á pesar de la severa virtud que un dia habia manifestado. Sus funerales se hicieron en medio de un numeroso

concurso y con todo el aparato de las mayores solemnidades. Cuando se colocó el cuerpo en la hoguera, se adelantó un heraldo y dijo: «El pueblo de Siracusa ha consagrado doscientas minas para honrar por medio de una pompa fúnebre la memoria de Timoleon el corintio; ha decretado que el dia del aniversario de su muerte, se celebraran á perpetuidad juegos de música, combates gímnicos y carreras de caballos, porque ha derribado los tiranos, vencido á los bárbaros, repoblado las grandes ciudades y devuelto á los griegos de Sicilia sus leyes y sus instituciones.»

Desde el año 337, en que acaeció la muerte de Timoleon, hasta el de 316, nos faltan documentos de la historia de Siracusa. Solo se advierte que aquella ciudad vuelve á caer en la confusion y anarquía de que la habia sacado Timoleon, y á donde las malas costumbres políticas y privadas la conducian invenciblemente. De la anarquía es sobre todo de donde nacen los tiranos; de ella deberian guardarse especialmente las repúblicas. Siracusa abandonándose á ella debia ser castigada con la vuelta de la tiranía. Primero dominaron Heraclidas y Sosistrato, hombres, dice Diodoro, que llenaron su vida de perfidias, de muertes, y de las mayores impiedades. Despues vino Agatocles, hombre de genio, halagado por las circunstancias y cuya vida fué maravillosa desde la cuna. Su padre, Carcino de Regio, retirado entre los cartagineses, le expuso, dicen, porque un oráculo habia pronosticado que seria para aquel pueblo causa de grandes desgracias. Su madre le salvó, y siete años despues, Carcino, feliz con volver á encontrar á su hijo, cuya muerte se echaba en cara, le condujo á Siracusa para sustraerle al odio de los cartagineses que se acordaban del oráculo. El jóven Agatocles aprendió el oficio de alfarero; pero su gran belleza le atrajo el afecto de uno de los mas ricos ciudadanos de Siracusa, que le llevó al ejército, y le hizo nombrar quiliarca. Desde entonces supo hacer su suerte por sí mismo. Su brillante valor, su elocuencia popular le dieron reputacion; y añadió á ella la riqueza, cuando á la muerte de su protector se casó con la viuda. Entonces se mezcló en los negocios y sostuvo al partido democrático. Desterrado por Sosistrato, se refugió en Crotona, despues en Tarento, se señaló al servicio de estas ciudades por su extremado valor y su habili-

dad; pero se hizo expulsar por sus miras ambiciosas. Cuando Sosistrato y Heraclidas cayeron, volvió á Siracusa y obtuvo el mando del ejército. Sospechas demasiado legítimas hicieron á los siracusanos revocar este nombramiento. Le deponen y preparan asesinos para darle muerte: estos no matan sino á un esclavo que habia vestido con sus ropas. En seguida marcha sobre la ciudad á la cabeza de su ejército enteramente adicto á su persona, porque le habia formado de los ciudadanos mas pobres, que todo lo esperaban de él y de un trastorno. Acusa al consejo de los seiscientos de haberle querido asesinar, hace matar á la mayor parte de ellos, así como á los principales ciudadanos, y despues convoca una asamblea del pueblo, declara que le basta haber librado al Estado de los seiscientos oligarcas que le oprimian, y que renuncia todos los poderes de que estaba revestido. En su discurso habia soltado hábilmente las palabras de abolicion de deudas y reparticion de tierras; en el instante se le suplica que vuelva á tomar el poder: resiste, y por último no acepta sino á condicion de que no tendrá que dividir la responsabilidad con cólegas que venderian quizá al Estado, y que seria único señor; el pueblo consintió (316).

Como Dionisio el Antiguo, Agatocles hizo la guerra á Cartago, y la hizo con una superioridad de genio que dió á aquella guerra el carácter mas vivo y sorprendente. Empezó por descubrir dos ligas contra Siracusa, una que tenia su centro en Mesina, y la otra en Agrigento, ambas formadas á instigacion de los desterrados siracusanos, ambas aliadas de Cartago. Mesina, Taurómenion y Gela fueron tomadas y cruelmente castigadas. Agrigento, socorrida inútilmente por Acrotato, hijo de uno de los reyes de Esparta, pidió la paz. Vencido en una gran batalla en el monte Ecnomo por las tropas superiores en número que mandaba Hamilcar, fué sitiado en Siracusa; pero habia sabido dar á la ciudad tiempo para ponerse en estado de sostener un largo sitio, y por otra parte meditaba un proyecto, el mas atrevido que hubiera imaginado capitan alguno: devolver á Cartago sitio por sitio y llevar bajo sus muros el teatro de la guerra. Sin confiar á nadie su designio, equipa una escuadra montada por catorce mil hombres, sale del puerto, burla á la escuadra enemiga favorecido por un eclipse, y aborda al Africa. Entonces cogiendo una antorcha,

declara á los soldados que ha hecho voto á Ceres y á Proserpina, durante la travesía, de sacrificarles sus buques, y les pega fuego; sus oficiales le imitan; sus soldados, trasportados de entusiasmo, juran no salir de Africa antes de apoderarse de Cartago, y se dirijen al punto allá.

Mientras tanto Hamilcar habia seguido á la escuadra; la vista de aquel incendio le sugirió la idea de una astucia hábil. Reuniendolas proas de los buques siracusanos, se hace á la vela hácia Siracusa, anuncia á los habitantes que Agatocles ha sufrido la mas completa derrota, y les intima la rendicion. Los restos de los buques parecia que atestiguaban la verdad de sus palabras. Ármanse violentas disputas en la ciudad; el mayor número quiere rendirse; el mismo Antander hermano de Agatocles, y gobernador de la ciudad, va á flaquear, cuando se presenta, delante de las murallas, una galera ricamente empavesada, de la cual se elevan cánticos de victoria. Evitando con destreza la escuadra cartaginesa, se lanza en el puerto, y los habitantes saben entonces el triunfo de Agatocles; todas las disposiciones cambian, y Hamilcar se aleja.

No podemos referir en detalle las brillantes victorias de Agatocles en Africa. Doscientas ciudades, dicen, son tomadas ó hacen alianza con él. Los númidas le facilitan tropas; Ofelas, gobernador de Cirene le da veinte mil hombres. Entre los dos se firma un tratado; se conviene que Ofelas poseerá toda el Africa, y Agatocles la Sicilia y el resto del Occidente. Así los grandes proyectos de Alejandro se cumplirán, y el mundo griego lo invadirá todo (1).

Pero Agatocles cometió entonces un gran crímen que fué, como son todos los crímenes, una gran falta. Por envidia quizá, ó por pesar de las promesas que habia hecho, promovió un tumulto en el cual hizo asesinar á Ofelas. Este asesinato separó de él una parte de sus numerosas tropas, le obligó á alejar otra, y sembró la desconfianza en el campamento. Sin embargo, todavía era vencedor. Pero los negocios de Sicilia, favorables al principio, se habian alterado; los generales llamaban á Agatocles; pero allí restablece las cosas, y somete á Agrigento que habia vuelto á to-

(1) Por la misma época seria cuando Agatocles tomó en Africa el título de rey y la corona, como solian hacer todos los sucesores de Alejandro

mar las armas. La fortuna le era fiel, pero no á sus tenientes. En su ausencia, dos divisiones de su ejército son destruidas en Africa, y los cartagineses, que hacian esfuerzos supremos, tienen sitiada á la tercera. Agatocles no encontró mas que diez ó doce mil hombres estenuados por los combates, desalentados y divididos por las sediciones. Sus mismos hijos, que ejercian á sus órdenes los principales mandos, le eran rebeldes. Fué preso á instigacion suya por los soldados, y en cuanto se vió libre, se escapó solo en un triremo que le condujo á Siracusa (307), mientras Cartago daba gracias á sus dioses sanguinarios inmolándoles los prisioneros siracusanos de mejor presencia.

Agatocles se habia mostrado cruel mas de una vez; despues del desastre de Africa, se volvió atroz. Supo que sus hijos habian sido muertos por el ejército, y su ternura hácia ellos le hizo cometer terribles venganzas. Siracusa fué inundada de sangre: todos los parientes de los soldados del ejército de Africa fueron muertos. Al cabo de un año hizo la paz con Cartago, que conservó todas las ciudades que habia ocupado anteriormente, mediante trescientos talentos y doscientos mil medimnos de trigo. El reposo no convenia á aquel genio inquieto; casi en el momento acometió nuevas empresas. Fué á someter el país de los brucios y á apoderarse de Crotona; ocupó á Corcira que le habia llamado contra los macedonios. Mientras tanto Cartago no dejaba de ocupar su memoria, y á la edad de sesenta años, hacia otra vez grandes preparativos, y elevaba su escuadra á doscientos buques, cuando la muerte le detuvo.

Quiso asegurar el trono á su hijo Agatocles; pero otro hijo, Arcagato, uno de los que murieron en Africa, habia dejado un hijo de su mismo nombre. Este jóven, para hacer morir á su abuelo, le dió, dicen, un mondadientes envenenado, que no le mató en seguida, pero que le causó grandes tormentos. Al mismo tiempo Arcagato, despues de un festin al cual habia convidado á su abuelo en una isla, le asesinó y arrojó su cuerpo al mar. El viejo rey, no pudiendo castigar al asesinó de su hijo, quiso al menos privarle de aquel poder que habia querido conquistar con tantos crímenes, y devolvió la libertad á los siracusanos. Pocos dias despues, murió entre horribles sufrimientos, y segun algunos fué colocado en la hoguera antes de haber dado el último suspiro (289).

Despues de esta trágica historia de los tiranos, vienen los frutos de la tiranía, las revoluciones, las guerras, los latrocinios; la Sicilia cayó en la confusion mas horrible. Los mercenarios de Agatocles la asolaban; se establecieron en Mesina, y se hicieron temibles á los dos lados del estrecho, con el nombre de mamertinos. Cartago se alió con ellos, y sus tropas fueron á sitiar á Siracusa. Entonces fué cuando los siracusanos llamaron á Pirro que rechazó á los cartagineses al oeste. El revés que sufrió delante de Lilibea, la insubordinacion de los sicilianos, la tiranía que hizo pesar sobre ellos, le impidieron acabar la emancipacion de la isla, y se retiró lo mismo que habia venido, como un aventurero, saqueando los templos que encontró en el camino.

Conocido es su dicho al dejar la Sicilia: «¡Qué buen campo de batalla dejamos á los romanos y cartagineses!» Para hacer frente á Cartago, señora indisputable del Africa, no bastaba ya Siracusa, porque no tenia fuerzas. Así lo conoció renunciando por sí misma á su antigua política, y en tiempo de Hieron, que la gobernó sábiamente desde 275 á 215, se resignó primero al papel de aliada de Cartago contra Roma, de donde venia en adelante el mayor peligro. Vencido Hieron con Cartago, obtuvo de Roma cincuenta años de paz, y el dominio pacífico de varias ciudades de Sicilia: período que nos lleva hasta 212, en que Siracusa, despues de haber desafiado todas las fuerzas de Atenas, y tantas veces las de Cartago, sucumbió bajo la espada de Roma. A lo menos en la última página de su historia aparece un gran nombre: Arquimedes.

Rodas.

La historia de la mayor parte de las colonias griegas desde las guerras medas, es ó demasiado secundaria, ó está demasiado mezclada con la historia de la Grecia para poderse prestar á desenvolvimientos especiales; la Sicilia y Rodas forman las únicas excepciones.

Rodas no tenia ya reyes desde el año 400 próximamente; á la monarquía habia sucedido un gobierno hábilmente compuesto de aristocracia y democracia, que preservó aquella isla de revoluciones interiores. Una antigua costumbre, religiosamente observada, obligaba á los ciudadanos ricos á sostener á los ciudadanos pobres. Estos además recibian del Estado ya distribuciones de

trigo, ya un salario determinado para ciertos trabajos públicos en los puertos ó en los arsenales, de manera que nunca estaban en la ociosidad ni en la miseria, malas consejeras. Esta solicitud de los ricos sirvió mas para el reposo, que todas las violencias en otras partes. El establecimiento de colonias á lo léjos, hasta España y Galia, habia sido tambien uno de los medios empleados para disminuir el número de los pobres y extender el comercio.

La prosperidad que gozó la isla bajo el nuevo gobierno dió orígen á un proyecto que contribuyó todavía mas á su grandeza, quiero hablar de la construccion de la ciudad de Rodas, en la costa septentrional, durante la guerra del Peloponeso. Se hizo de ella una ciudad suntuosa, llena de templos y de edificios majestuosos, capital única, que sucedia á tres antiguas capitales de la isla.

A pesar de lo poderosa que era ya Rodas por su marina, no pensaba en disputar á los atenienses el imperio del mar. Por el contrario, fué su aliada hasta el desastre de Sicilia, que la hizo pasar al partido de Esparta. Las victorias de Conon, en 391, la volvieron á atraer al de Atenas, que volvió á dejar en tiempo de la guerra social.

Entonces fué el rey de Caria, Mausoleo, quien amenazó la independencia de Rodas. Entró en la isla, puso en ella guarniciones, y sustituyó la oligarquía á la democracia. Expulsado por el pueblo, murió legando á su mujer Artemisa sus proyectos ambiciosos. Por medio de astucias é intrigas, se hizo señora de la isla. Pero su tiranía sublevó de nuevo á los rodios, que encontraron un apoyo en los atenienses. Estos, no pudiendo dominar á Rodas, no querian dejar allí á nadie; á la voz de Demóstenes, se enviaron á la isla fuerzas atenienses, y la devolvieron la libertad. De vuelta los rodios fueron útiles aliados contra Filipo, en las operaciones en Tracia.

Mientras uno de sus compatriotas, Memnon, se mostraba solo digno adversario de Alejandro, los rodios se sometian al conquistador, y recibian una guarnicion macedónica. A la muerte del rey la exterminaron, y trataron de conservar una neutralidad muy difícil. No referiremos aquí las circuntancias que condujeron á Demetrio Poliorcetes á poner sitio á Rodas, ni el ingenio demostrado por una y otra parte. Rodas salvada hizo prosperar cada

vez mas su comercio, y le debió bastante influencia para ver su alianza solicitada por los príncipes, y aun para equilibrar el poder de los Seléucidas.

Habia elevado una estátua de bronce que tenia setenta codos (unos 32 metros) de altura, y que segun dicen, apoyando un pié en cada uno de los muelles que formaban la entrada del puerto, servia en cierto modo de arco de triunfo bajo el cual pasaban los buques. Representaba á Apolo, el dios del sol; el año 224, un temblor de tierra arruinó casi enteramente la ciudad y derribó la estátua. Los rodios explotaron aquel desastre; imaginaron hacerse pagar su coloso por la caridad de los príncipes y de las ciudades, que se apresuraron á contribuir á aquella restauracion piadosa. Cuando tuvieron el dinero, le emplearon en usos mas profanos, y hallaron sin trabajo algun oráculo que les impidió levantar la estátua, cuyos fragmentos, despues de permanecer esparcidos por tierra nueve cientos años, fueron comprados por un judío que cargó con ellos setecientos camellos. La ciudad de Rodas salió pues sola de sus ruinas, sin hacer á su dios el mismo servicio; no parece que este se irritó, porque ella continuó cada vez mas floreciente, y cuando llegó la conquista romana á sus aguas, no habia marina mas poderosa que la suya.

A la historia romana pertenece referir el papel variable de Rodas en las guerras de Roma en Oriente. Aliada del senado, contra Filipo y Antíoco, abtuvo en recompensa la Licia y la Caria. Favorable despues á Perseo, perdió estas dos provincias á pesar del informe del censor Caton. Volvió sin embargo á la Grecia; y durante la matanza de los romanos por Mitrídates, ofreció un asilo á los fugitivos; hasta sostuvo un sitio contra el rey del Ponto. Sus escuadras fueron tambien muy útiles á Pompeyo contra los piratas. Frecuentada desde entonces por la juventud romana, vió dentro de sus muros á Ciceron y á César recibir las lecciones de sus retóricos. Bajo el imperio tuvo la honra de ser elejida por capital de la provincia de las islas.

Chipre, Creta, Cirene, Marsella.

Chipre no tuvo mas que un momento de verdadero poder. Este fué en tiempo de Evagoras, rey de Salamina, de que ya hemos hablado; dicho rey trató de dar en aquella isla preponderancia al

elemento helénico, y fué el constante amigo de Atenas. Cuando Alejandro sitió á Tiro, Chipre entró en su alianza. Despues de él, disputada, como hemos visto, por sus sucesores, continuó siendo una dependencia de Egipto hasta la conquista romana.

La Creta no habia salido de su oscuridad. Desde la guerra del Peloponeso, era una isia de mercenarios y de piratas; siempre conservó sus costumbres; los arqueros cretenses servian en todos los ejércitos. Sus piratas se atrajeron la cólera de Rodas que les obligó á invocar á los aqueos y á llamar á Filopemenes, y despues á acudir á la mediacion de Roma. Pero Roma misma no tardó en castigarles á su vez por haber dado auxilio á los bandidos de la Cilicia. Metelo los sometió (66), y ellos le entregaron todos sus buques. Pero habian sostenido con valor la lucha, muerto un pastor, y resistido tres años á las fuerzas de Roma; este era un buen fin.

Cirene, entregada á los Lagidas despues de Alejandro, y agregada al Egipto, volvió á hacerse independiente en tiempo de Tolomeo Fiscon, que hizo de ella un reino particular para Apion, su hijo natural. Apion la legó por testamento á los romanos (97), bajo cuyo dominio conservó todavía alguna independencia.

Marsella, que por temor de los galos se unió desde muy temprano á la política romana, conservó mucho tiempo una libertad que no inspiraba recelo al senado. Durante las guerras civiles declaróse por Pompeyo, y sostuvo un sitio contra César. Poco á poco se encontró convertida en ciudad romana.

Roma es pues, como vemos, la que aparece en todas partes á la muerte de los pueblos griegos, para recojer su herencia. «Así como el mar recibe todos los rios, dice el retórico Arístides, así el imperio romano recibe y conserva todas las naciones.»

FIN DE LA HISTORIA DE GRECIA.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL TOMO SEGUNDO.

PERÍODO QUINTO.

LUCHA ENTRE ESPARTA Y ATENAS (431–404).—DECADENCIA DEL ESPÍRITU PÚBLICO.

PERÍODO SEXTO.

SUPREMACÍA DE ESPARTA; LUCHA CON TEBAS (404-359). DECADENCIA DE GRECIA.

LIBRO SÉPTIMO.

SUPREMACÍA DE MACEDONIA (359—272).—PRIMERA SERVIDUMBRE DE GRECIA.

PERÍODO OCTAVO.

LA LIGA AQUEA (272-146).—ESFUERZOS IMPOTENTES PARA UNIRSE Y SALVARSE.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO ÚLTIMO.

